
Edición de Philip de Souza
La guerra en el mundo antiguo
Akal

LA GUERRA EN EL MUNDO ANTIGUO

Una historia global

Edición de Philip de Souza

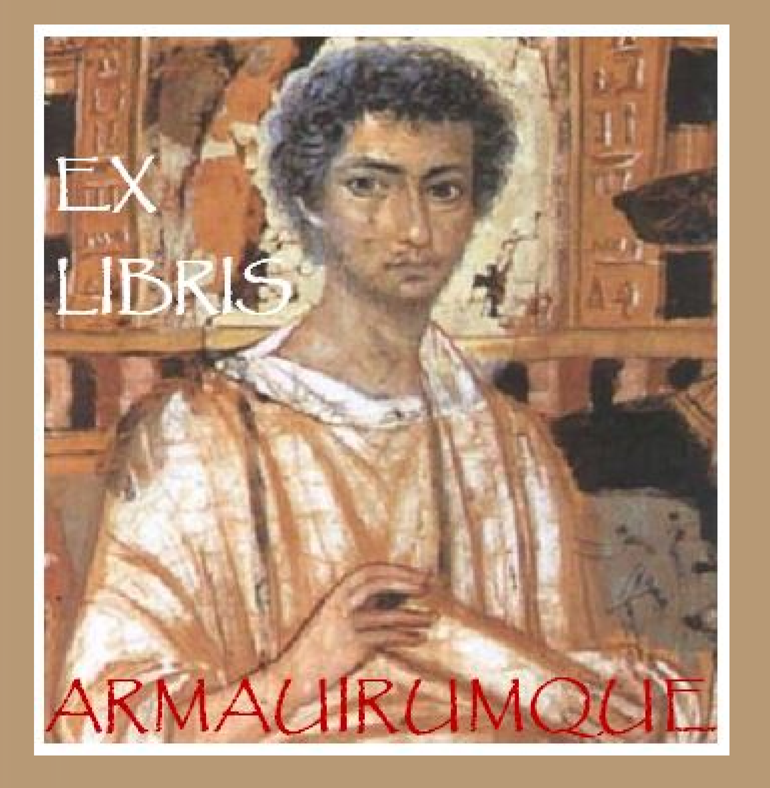
La presente obra constituye el primer estudio global que aborda el estudio de la guerra en el mundo antiguo. En sus distintos capítulos, un grupo de historiadores y arqueólogos de reconocido prestigio analizan la historia militar y las principales batallas, no sólo del Antiguo Egipto, Próximo Oriente, Grecia y Roma, sino también de ámbitos menos familiares para el lector occidental como Asia Central, India, China, Corea, Japón y los territorios del continente americano. El contenido abarca desde el año 8000 a.C. y los primeros testimonios de conflicto bélico encontrados en el norte de Iraq hasta los ejércitos aztecas e incas de hace 500 años, pasando por las arrolladoras campañas de Alejandro Magno, el enfrentamiento entre Cartago y Roma protagonizado por Aníbal, las guerras llevadas a cabo por César en las Galias o la derrota de los jinetes nómadas por parte de la China Han.

Junto a las descripciones del curso seguido por los acontecimientos, los autores ofrecen análisis y explicaciones de los factores sociales, económicos y culturales subyacentes que contribuyeron a configurar la guerra en el mundo antiguo. En sus páginas se aborda la evolución de los ejércitos, las tácticas y la impedimenta militar, con temas que van desde el dominio de la estrategia visible en *El arte de la guerra* de Sun-tzu al surgimiento de los hoplitas griegos o el desarrollo de las espadas y las armaduras en Japón. El texto se acompaña de abundante material gráfico que incluye reconstrucciones de batallas claves como Kadesh o Cannas, armas y fuentes visuales como la Columna de Trajano y el Ejército de Terracota.

El resultado es una original y oportuna aproximación a las causas, inicios y desarrollo del conflicto humano, que adquiere especial relevancia en una época como la actual, testigo de un incremento de la beligerancia en todo el mundo.

Con 351 ilustraciones, 150 en color.

Cubierta: izquierda y al fondo, figurillas de bronce que representan jinetes armados procedentes de una tumba de la China Han, akg-images/Erich Lessing; *derecha*, estatuilla en bronce de un hoplita griego, bpk/Antikensammlung, Staatliche Museen zu Berlin, fotografía Johannes Laurentius. *Contraportada:* detalle de una reconstrucción de la batalla de Cannas. Red Lion Prints.





El mundo antiguo en guerra

Una historia global

con 351 ilustraciones, 150 en color



Índice

Portadilla: *Un umbo de escudo de la Edad del Hierro decorado con dos guerreros, fechado alrededor del 750 a.C. y hallado en Italia.*
Portada: *Una escena de batalla de un sarcófago de emperador romano Hostiliano que murió en el 251 a.C.*
Esta página: *La batalla de Kadesh, parte de un grupo de relieves del Ramesseum (el templo funerario de Ramsés II) en Tebas (Egipto).*

Título original
The Ancient World at War. A Global History

Traducción de Manuel Villanueva Acuña

Diseño por Ben Cracknell Studios

Publicado por acuerdo con Thames & Hudson Ltd, Londres

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-2766-9

Impreso en China



Introducción: la terrible marea de la guerra

Guerra e historia están inextricablemente relacionados. La historia se desarrolló como género en primer lugar en la Grecia Antigua, con el propósito de dar un paso más allá de una mera relación de episodios de grandes guerras e intentar explicar sus orígenes. Pero antes de ésta, el registro de batallas y campañas había llegado a ser una práctica regular entre las civilizaciones más antiguas.

Aunque la tecnología de la guerra ha cambiado hasta hacerse irreconocible –desde el antiguo tipo de combate cuerpo a cuerpo con lanzas, espadas y escudos, completado con jabalinas, hondas y arcos–, mucha gente cree que se pueden obtener enseñanzas en muchos de los aspectos políticos, sociales y psicológicos de la guerra con la misma facilidad del estudio del mundo antiguo que del moderno.

La guerra antigua continúa siendo estudiada por especialistas militares actuales por las lecciones que se pueden extraer todavía de acontecimientos como la batalla de Cannas en el 216 a.C., donde el ejército cartaginés, mandado por Aníbal destruyó un ejército romano mucho mayor gracias a la estrategia y la táctica. La Guerra del Peloponeso, librada entre Atenas y Esparta entre el 431 y el 404 a.C. sigue siendo un capítulo esencial en el currículum de las academias militares. El tratado chino *El arte de la guerra,* del siglo IV a.C., atribuido a Sun-Tzu se convirtió en un texto clásico, leído y aplicado por estrategas de todas las clases desde mandos militares a directores de empresa.

Aunque hay otros libros sobre la guerra antigua, ninguno de ellos la aborda de manera auténticamente global y pocos ofrecen mucho más que una simple narración de las grandes batallas y campañas, intercalada con descripciones del personal y el equipamiento de los ejércitos antiguos. Este volumen es único e innovador porque combina la discusión del desarrollo de los avatares políticos y la evolución de las estructuras militares en todo el mundo con un análisis solvente y una explicación de los factores subyacentes sociales, económicos y culturales que conformaron la naturaleza de la guerra en el mundo antiguo.

LOS ORÍGENES DE LA GUERRA

Si definimos la guerra en un sentido amplio como *cualquier forma de violencia colectiva realizada entre dos grupos opuestos que se han armado y organizado para este fin,* entonces se podría pensar que la guerra siempre ha estado con nosotros. En el capítulo inicial de este libro, no obstante, Brian Ferguson desafía esta opinión comúnmente aceptada, aduciendo que muchos de los datos sobre el inicial desarrollo social humano encajan con la noción de que hubo «un tiempo anterior a la guerra». Él demuestra que «la terrible corriente de la guerra que llega ininterrumpidamente hasta el presente» hace su aparición más temprana en torno a 8000 años a.C. en el Iraq septentrional y está presente en Europa Central hacia el 5000 a.C. Sin embargo, no hay un patrón uniforme a través del globo y la guerra parece haber llegado relativamente tarde a algunas culturas. Las fortificaciones neolíticas en el norte de China comienzan hacia el 3000 a.C., pero la aparición de la guerra en el Japón puede haber sucedido tan tarde como el 300 a.C. De modo similar, algunas partes de América proporcionan indicios de

Este adorno de muñeca laboriosamente trabajado muestra al faraón Tutmosis IV (1400-1390 a.C.) ejecutando a un prisionero de guerra. Esto puede simbolizar el castigo a vasallos rebeldes en Siria o Palestina. Tutmosis lleva una peluca de estilo nubio y está coronado con un disco solar. Es observado por el dios guerrero Montu.

guerras desde el tercer milenio a.C., pero en otras no parece estar presente hasta el 500 a.C. o incluso más tarde. Así el punto cronológico de partida de los capítulos en este libro varía considerablemente, igual que el punto final, reflejando el ritmo desigual del cambio histórico desde el mundo antiguo al actual.

LA GUERRA EN EL ANTIGUO EGIPTO Y EL PRÓXIMO ORIENTE

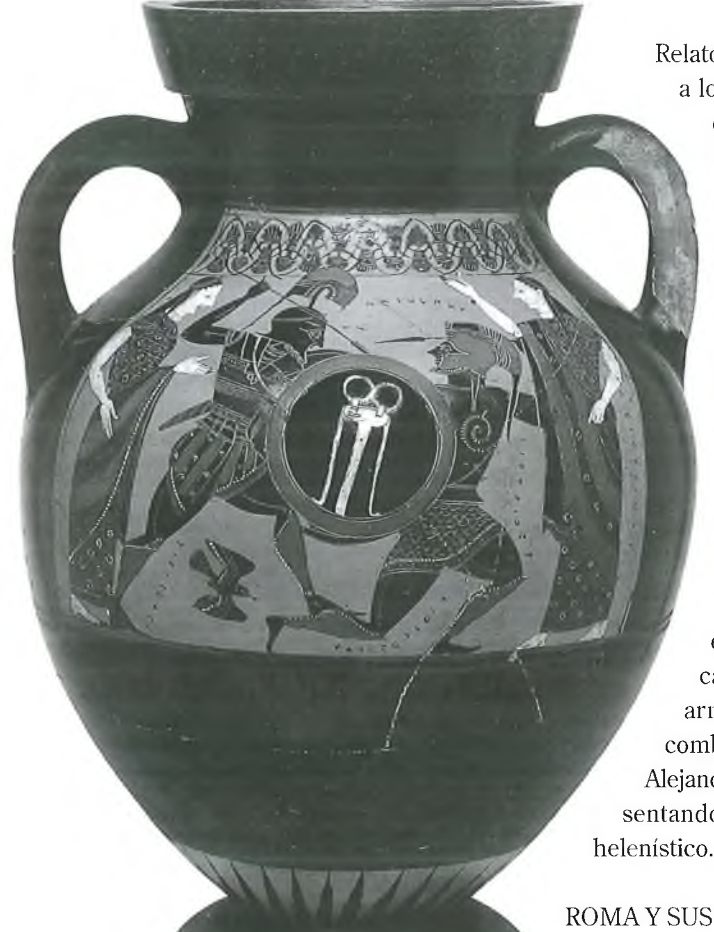
La guerra en el Antiguo Egipto es analizada por Ian Shaw y Daniel Boatright. Ellos afirman que ya en la etapa protodinástica, en torno al 3000 a.C., los egipcios ya estaban desarrollando un marco religioso ritualizado para justificar actos de guerra dirigidos a la conquista de territorio y a la apropiación de recursos valiosos. En torno a la VI Dinastía (2345-2181) las fuerzas egipcias estaban atacando y sitiando ciudades fortificadas en el Levante, que iba a ser un escenario casi constante de guerra durante los siguientes 2000 años. Durante el apogeo de la cultura egipcia, los faraones del Imperio Nuevo (1550-1069 a.C.) poseían un ejército semiprofesional de reclutas completado por mercenarios alistados en tierras extranjeras, tales como nubios y cananitas que lucharon con Ramsés II en 1285 en Kadesh, una de las primeras grandes batallas de la Historia.

El desarrollo de la guerra en Egipto tuvo lugar en el contexto de la rivalidad y la defensa contra los pueblos del Próximo Oriente antiguo, a los que estudia seguidamente Nigel Tallis. El autor examina el arte de la guerra en varias civilizaciones famosas, con una especial atención a los asirios, cuya reputación como fieros soldados era bien conocida por los escritores del Antiguo Testamento. Los asirios fueron uno de los primeros pueblos en desarrollar técnicas especializadas para la guerra de sitio. Los relieves de los palacios de algunos de los reyes asirios representan el uso de arietes, torres de sitio y rampas de asalto contra ciudades amuralladas de la región levantina.

Nicholas Sekunda pasa revista al poder militar del que dispusieron los reyes aqueménidas de la antigua Persia (558-323 a.C.), cuyo imperio en su apogeo se extendía desde el norte de Grecia en el oeste al río Indo en el este, obteniendo enormes riquezas en forma de tributo. Cuando Ciro el Grande y sus sucesores conquistaron Media, Asiria, Babilonia, Lidia y Egipto, reunieron enormes ejércitos multinacionales de lanceros, arqueros, caballería y carros que constituía la más poderosa máquina de guerra creada hasta ese momento.

LOS GRIEGOS EN GUERRA DESDE LA EDAD DEL BRONCE HASTA LA CONQUISTA ROMANA

La guerra en la Antigua Grecia es el tema de tres capítulos que reflejan la riqueza y variedad de nuestras fuentes. Alan Peatfield combina su conocimiento especializado de la arqueología de la Edad del Bronce con su propia experiencia en artes marciales para presentar un análisis innovador y estimulante de la guerra y el combate en el mundo egeo durante las etapas minoica y micénica. Sus explicaciones de las imágenes y objetos de la civilización minoica en la isla de Creta (3000-1400 a.C.) sugiere que existió allí una elite guerrera que se enorgullecía de sus habilidades como espadachines. Su interpretación desafía la opinión tradicional sobre los minoicos como amantes de la paz, pero concuerda bien con las evidencias arqueológicas y aporta un contexto para la llegada de los mercenarios micénicos de la Grecia continental en torno a 1450-1375 a.C. Las celebres ciudades micénicas, con sus muros ciclópeos y ricas tumbas de guerreros, aportan abundantes indicios de una sofisticada cultura guerrera cuya elite militar, blandiendo armas de bronce y montando en carros tirados por caballos, está detrás de las leyendas sobre la Guerra de Troya.



La ánfora de figuras negras, encontrada en Vulci, en Etruria fue pintada en Atenas en torno al 540 a.C. Describe a dos héroes homéricos enzarzados en un combate singular. Sus armaduras de bronce, grandes escudos redondos y lanzas son típicas de los guerreros hoplitas.

Relatos sobre los guerreros que lucharon en Troya se incorporaron a los poemas homéricos. Esas narraciones épicas, compuestas en torno al 700 a.C. proporcionaron inspiración a las sucesivas generaciones de griegos cuyos ideales y prácticas militares fueron investigados por Hans van Wees. Éste es uno de los grandes periodos de la historia antigua, cuando los griegos clásicos desarrollaron lo que muchos consideran la forma definitiva de guerra en el mundo occidental –la batalla campal entre dos ejércitos de infantería pesada luchando cuerpo a cuerpo–. En el meollo de esas batallas estaba el clásico guerrero «hoplita», con el característico gran escudo redondo, casco de bronce con penacho y empuñando la lanza.

David Potter continúa la siguiente gran etapa de la guerra en Grecia –la rápida creación de una nueva organización militar por el rey Filipo II de Macedonia (357-336 a.C.)–. Explica cómo los macedonios formaron un ejército mucho más eficaz que los de las ciudades-Estado clásicas griegas, combinando caballería e infantería bien entrenadas y coordinadas, con armamento ligero y pesado respectivamente. Esta fuerza de combate flexible permitió a Filipo adueñarse de Grecia y a su hijo Alejandro Magno (336-323 a.C.) invadir y conquistar el Imperio persa, sentando las bases de lo que los especialistas llaman el mundo helenístico.

ROMA Y SUS ENEMIGOS

Las habilidades tácticas y estratégicas de los generales romanos que provocaron la desaparición de los Estados helenísticos se pusieron a punto en una larga sucesión de guerras, incluyendo una lucha a muerte contra la ciudad fenicia de Cartago que incluyó la famosa guerra contra Aníbal (218-201 a.C.). En su capítulo sobre la República romana, Nathan Rosenstein traza la evolución de los ejércitos romanos desde los que se componían de un caudillo y su banda de fieles guerreros hasta las legiones de soldados-ciudadanos con los que Roma procedió a la conquista del Mediterráneo. Las ambiciones de generales como Pompeyo y Julio Cesar, que no se conformaban con ceder su poder y posición a otros, preparados para aprovechar la lealtad de sus soldados, condujeron a una serie de guerras civiles. El vencedor final fue Octavio, el hijo adoptivo de Julio César, que se convirtió luego en el primer emperador romano: Augusto.

El nuevo sistema militar romano que Augusto elaboró se describe en un capítulo por Jonathan Coulston. Explotando las ricas y variadas fuentes sobre el ejército de la época imperial (30 a.C.-284 d.C.), demuestra que éste era altamente profesional, organizado en legiones apoyadas por cohortes auxiliares, que preservaron la integridad de un vasto imperio. Sin embargo, esta *Pax Romana* costó un alto precio. Motines militares y guerras civiles asolaron el Imperio en el siglo III d.C. llevando finalmente a la creación de una estructura política con una base regional mayor en el Bajo Imperio (284 d.C.-500).

La guerra de este periodo es tratada por Hugh Elton. Aunque la infantería pesada continuaba proporcionando el elemento esencial de los ejércitos romanos, fue su fuerza en caballería, respaldada por arqueros e infantería ligera, la que se mostró decisiva en algunos éxitos militares. Finalmente, sostiene el profesor Elton, no hubo decadencia militar sino fracasos de dirección y cálculos políticos errados, exacerbados por la



La pareja de guerreros de este broche adornado de oro de Bactria portan armaduras de estilo grecorromano, cascos de diseño local y están armados con largas espadas, de estilo persa. Sus espadas, pantalones y botas pesadas son características de los jinetes nómadas de las estepas del Asia central.

pérdida de rico territorio, la que llevó a la desaparición del Imperio de Occidente. El Imperio de Oriente iba a durar otros 1000 años.

Los enemigos a los que los ejércitos griegos y romanos se enfrentaron desde los siglos v al I a.C. incluían a guerreros celtas e íberos. Louis Rawlings muestra cómo las proezas individuales en combate eran claves para el estatus político y social de estos guerreros. A pesar de su aparentemente enloquecido método de lucha podían ser muy eficaces. Los mercenarios íberos y galos, tanto de infantería como de caballería, jugaron un papel central en las victorias de Aníbal sobre los romanos, incluyendo la famosa batalla de Cannas (216 a.C.). Sorprende poco, entonces, que la conquista de la península Ibérica por Roma necesitase 200 años, o que las campañas de Julio César en la Galia fuesen tan importantes en el desarrollo del ejército romano.

El principal poder «bárbaro» que amenazó las provincias orientales de Roma fue el recuperado Imperio persa, examinado por Nigel Tallis. Este autor analiza los ejércitos del reino parto que surgió en el siglo III a.C. Aunque sus muy efectivos arqueros a caballos alcanzaron un notable éxito contra el general romano Craso en la batalla de Carrhae en el 53 a.C., los frecuentes conflictos entre reyes y nobles permitieron a los romanos mantener, en general, su superioridad. La dinastía sasánida que la sucedió, sin embargo, construyó una monarquía fuerte y llegó a capturar al emperador romano Valeriano en el 260 d.C. En lo sucesivo los dos imperios mantuvieron unas relaciones hostiles pero relativamente estables hasta que los árabes conquistaron Mesopotamia e Irán a mediados del siglo VII.

En varias ocasiones a lo largo de su historia, los griegos, romanos y persas se encontraron con formidables guerreros a caballo procedentes de las llanuras de Asia Central. Jonathan Coulston estudia estas tribus nómadas, habitualmente denominadas escitas, que eran famosos por sus capacidades como jinetes y su ferocidad. Durante la mayor parte del tiempo permanecieron lejos de las fronteras de los grandes imperios de la Antigüedad. En el siglo v d.C., no obstante, una confederación de tribus excepcionalmente amplia y poderosa, conocida en la historia como los hunos, penetraron profundamente en Europa, llevando el caos a las provincias septentrionales del Imperio romano, bajo el mando de Atila, conocido como «el azote de Dios».

INDIA, CHINA, COREA Y JAPÓN

Dirigimos ahora nuestra atención hacia las muy diferentes tradiciones culturales y militares del Sudeste Asiático. En la India, tratada por Robin Coningham y Mark Manuel, donde el ejército de Alejandro Magno luchó por vez primera contra elefantes, los numerosos pueblos desarrollaron actitudes respecto de la guerra y el imperialismo que difieren notoriamente de las de Próximo Oriente y el Mediterráneo. Esto está ejemplificado por la influencia de la filosofía budista en el gobernante Maurya Asoka (272-235 a.C.) que, después de una campaña de conquista tan triunfal como sangrienta en la India Central, repudió la guerra y el imperialismo en favor de la no violencia.

En el capítulo sobre la guerra en la China antigua, Charles Peterson subraya la creación de enormes ejércitos, a menudo mandados por guerreros profesionales muy capacitados. Después de varios siglos de guerra, la mayoría de los primeros Estados fueron unificados por el poder militar de los Qin en el siglo III a.C. El famoso «ejército de terracota», que guardaba la tumba del primer emperador Qin (250-210 a.C.) proporciona información valiosa y detallada sobre los tipos de armadura y armas de los soldados chinos.

Las armas auténticas encontradas por los arqueólogos pueden ser de alto valor informativo, como muestra Gina Barnes en su fascinante informe sobre la guerra en la

Estos modelos en arcilla de caballeros de Xianyang en el noroeste de China, datan de la época de la Dinastía Han occidental (206 a.C.-9 d.C.). Su fundador, Liu Bang, era un comandante militar que se abrió paso hasta el poder supremo. Las fuerzas de caballería eran un elemento esencial de la organización militar de los Han para la defensa contra los nómadas de Asia Central.



antigua Corea y Japón, donde no existen testimonios escritos propios. Ella rastrea la influencia de las innovaciones tecnológicas en el desarrollo político y social desde el primer milenio a.C. al establecimiento de Estados fuertes, centralizados, con ejércitos profesionales modelados a ejemplo de los de China.

MILITARISMO EN LAS AMÉRICAS

Los últimos dos capítulos examinan la naturaleza de la guerra en las antiguas civilizaciones de América Central y Sudamérica. Aquí, el término «antiguo» puede aplicarse a un vasto periodo histórico desde el II milenio a.C. hasta la llegada de los europeos en el siglo XVI d.C. El antropólogo e historiador Ross Hassig utiliza una variedad fascinante de indicios arqueológicos, textuales e iconográficos para explicar el apogeo y la decadencia de una sucesión de potencias militares de Mesoamérica, comenzando por los olmecas. Ellos dominaron una extensa red de comercio con la ayuda de fuerzas militares pequeñas pero muy bien organizadas. La tecnología militar mejorada y la organización táctica de la gran ciudad de Teotihuacán, le permitió controlar una extensa región a principios del I milenio d.C., mientras que Chichén Itzá era una ciudad-Estado muy militarizada en la península del Yucatán que perduró desde el siglo X al XIII d.C. El profesor Hassig concluye con los aztecas, cuyos ambiciosos gobernantes desplegaron ejércitos mucho mayores que cualquiera de sus predecesores, encabezados por una muy entrenada elite de soldados.

El Imperio azteca duró solamente un siglo, hasta que fue conquistado por los españoles en 1521. Una década más tarde los ejércitos españoles entraron en Sudamérica y pusieron fin al Imperio inca. Los indicios de la aparición de la guerra en esta región son desiguales, pero a través de una cuidadosa interpretación de fortificaciones y restos humanos conservados, de armas y representaciones artísticas, Elizabeth Arkus demuestra la importancia de la guerra en las culturas moche y nazca (*ca.* 1 d.C.- 700), y la importancia del sacrificio y desmembramiento de los prisioneros, que continúa en los periodos Huari y Tiahuanaco (*ca.* 700-1000 d.C.). Recurriendo a la evidencia tanto arqueológica como a los testimonios escritos de los conquistadores españoles, Brian Bauer y Joe Szymczak muestran que los incas habían desarrollado la capacidad de desplegar grandes ejércitos en batallas a campo abierto, así como de defender y atacar fortalezas de montaña. Tenían también una red de vías militares y puentes que rivalizaban con los del Imperio romano en su apogeo.

LA PERSPECTIVA DE CONJUNTO

Un tema importante de este libro es la tendencia gradual pero inexorable a la creación de ejércitos mayores, más diversos y más profesionales entre las civilizaciones del mundo antiguo. Al incrementarse la dimensión y la complejidad de la guerra, se necesitaba reclutar muchos más súbditos y aliados que pudiesen rellenar las filas de los ejércitos cuyo número se elevaba a decenas de miles. El rápido ascenso de la República romana no podría haberse alcanzado sin el despliegue de fuerzas extraídas de la extensa red de aliados de Roma. En el Bajo Imperio la incorporación de tribus enteras de aliados se convirtió en lugar común cuando los emperadores buscaban los recursos humanos necesarios proteger sus fronteras y mantener la tranquilidad en el interior. Tales estrategias eran peligrosas, sin embargo, como el ejemplo de Atila y los hunos muestra con toda claridad. Si miramos lejos de Europa una situación similar se daba en el caso de Corea y Japón. La introducción de aliados coreanos en el nuevamente formado Estado yamato en el siglo V d.C. tuvo efectos políticos y económicos de larga perduración. En el otro lado del mundo, el poderoso Imperio azteca fue destruido por una alianza entre los tlaxcaltecas, ene-



Las figuras grabadas en los laterales de este altar de piedra azteca están minuciosamente vestidas y armadas con armas apropiadas para guerreros de clase alta.
Como muchas otras culturas militares antiguas, las imágenes de la elite guerrera dominante se destacaban de manera prominente en las estructuras religiosas monumentales aztecas.

migos tradicionales de los aztecas y el pequeño ejército español mandado por Hernán Cortés.

Podemos también ver cómo las prácticas y la tecnología de la guerra en una parte del mundo antiguo se pudo transferir a la otra. Los ejércitos del Imperio Nuevo egipcio proporcionan ejemplos excelentes de la adopción de técnicas militares de los enemigos. Potentes arcos compuestos y carros de combate fueron adoptados por los egipcios de los hicsos y los cananeos, respectivamente. La transferencia de tecnología militar no siempre se produce en la dirección que podríamos esperar. Es poco conocido el hecho de que los romanos copiaron su armadura de cota de malla y los cascos de acero de los galos, y sus espadas cortas y de hoja ancha de los íberos.

Un importante legado cultural de la guerra antigua es la importancia de los temas militares en las artes. Grandes ciudades y templos de los antiguos egipcios, asirios, persas, griegos, romanos, chinos y mayas fueron adornados con impresionantes monumentos de piedra que concedían el orgullo de colocar las figuras esculpidas de los gobernantes conduciendo sus ejércitos a la batalla y consiguiendo victorias con la ayuda de una divinidad protectora. Tales monumentos presentaban también imágenes de los soldados victoriosos conduciendo prisioneros atados o recogiendo sus armas y otros despojos de guerra.

No puede dudarse de que las demandas militares estimularon la organización de las sociedades antiguas. La necesidad de mantener y equipar las tropas del Imperio Nuevo egipcio llevó al desarrollo de una importante industria armamentística, que pronto cayó bajo el control de funcionarios faraónicos. Tanto los romanos como los Estados combatientes de la China antigua desarrollaron sistemas burocráticos sofisticados para registrar, contar e imponer tributos a sus poblaciones campesinas, así como reclutarlos y equiparlos para la guerra.

Aunque la guerra es evidentemente una actividad perjudicial y destructiva, no obstante apela a nuestra imaginación y estimula nuestros impulsos creativos. Fue una importante fuerza impulsora en el desarrollo social, económico y cultural del mundo antiguo. A través del examen de los testimonios y restos de las civilizaciones antiguas, los capítulos siguientes proporcionan perspectivas fascinantes de uno de los aspectos más fundamentales de la sociedad humana.



1 La guerra antes de la historia

FECHAS CLAVE

12000-10000 a.C. Cuerpos con proyectiles incrustados en Jebel Sahaba, Sudán.

8000 a.C. Mazas y puntas de proyectil en Quermez Dere, norte de Iraq.

6000 a.C. Primeras representaciones en arte rupestre de conflicto grupal en Australia.

5500-5000 a.C. Masacres en Ofnet, Talheim y Schletz en Alemania.

5400 a.C. Esqueletos que muestran signos de violencia en Florida, USA.

5000 a.C. Zanjas defensivas alrededor de las aldeas yangshao en el valle del río Amarillo, China.

4300 a.C. Primera fortaleza auténtica en Icel en la costa sur de Turquía.

2600 a.C. Muros de tierra compacta en aldeas a través de Longshan, China.

2500 a.C. Esqueletos que muestran signos de violencia. Costa del noroeste del Pacífico, USA, comienza el patrón continuo.

2000 a.C. Cabezas lesionadas, costa peruana, América del Sur.

1500 a.C. Empalizadas y destrucción de poblado en San José Mogote, Oaxaca, México.

Izquierda: pintura rupestre neolítica de arqueros combatiendo de Tassili n'Ajjier, sudeste de Argelia. El Sahara era mucho más húmedo entonces; otras representaciones dan a entender que el conflicto se vio alentado por el robo de ganado.

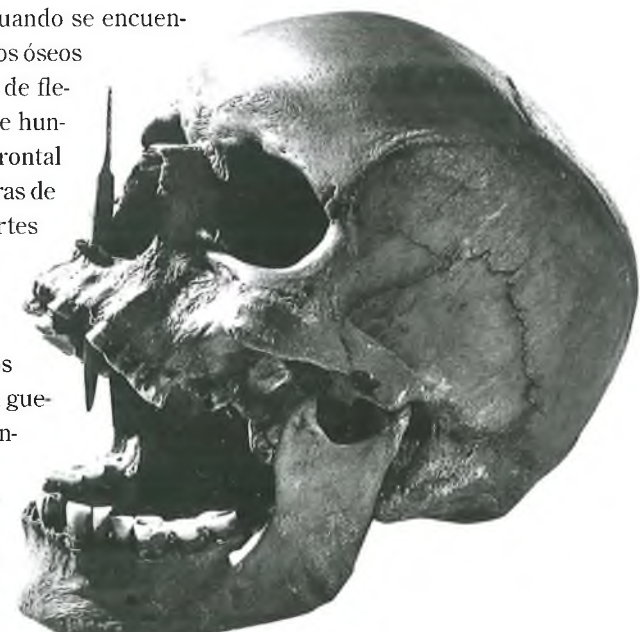
Derecha. Un cráneo de un cadáver de un pantano danés con una punta de hueso incrustada, datado del 2500 a.C., cuando la guerra se había vuelto endémica en Europa. La muerte fue provocada probablemente por otra punta encontrada en el pecho.

¿Cuándo nació la guerra? ¿O es que ha existido siempre? No lo sabemos. La definición de «guerra» es parte del problema, la mayoría de los antropólogos podrían escoger simplemente: «violencia letal organizada por miembros de un grupo contra miembros de otro». Esto es suficiente para que quede bien claro que la guerra es diferente del asesinato. Es un proceso de grupo, es social. Muchos creen que la guerra aprobada socialmente es tan antigua y corriente como la humanidad misma, o quizás más antigua. Según este parecer, llevamos la guerra en la sangre, o al menos en nuestros genes. Mucha gente, sin presumir de conocimientos, da por sentado, *sabe,* que la guerra ha sido siempre nuestro proceder, desde el pasado más remoto que podamos conocer. ¿Pero cuáles son los hechos? ¿Con «cuál» comenzaremos? ¿Qué clase de indicios revelan la presencia de la guerra? Luego continuaremos con «¿dónde y cuándo?», examinando el globo en busca de los más tempranos signos de guerra. Con esto en una mano, podremos preguntarnos ¿por qué?, ¿qué factores parecen responsables del origen y la temprana intensificación de la guerra?

LOS DATOS

El registro arqueológico varía enormemente a lo largo del mundo: el tipo de material que dejan los habitantes del pasado, el grado de conservación y la cantidad de investigación arqueológica que se haya producido. Además, el momento concreto a partir del cual se puede recuperar buenos testimonios oscila en milenios a través de las diferentes regiones del mundo. Pero cuando se dispone de un buen registro arqueológico, la guerra deja huellas recuperables en cuatro tipos de pruebas: huesos, asentamientos, armas y arte.

Las evidencias óseas pueden ser definitivas, pero muy a menudo no es así. Cuando se encuentran en una colección de restos óseos un buen número de puntas de flecha incrustadas, fracturas de hundimiento no curadas en el frontal izquierdo del cráneo, «fracturas de Parry»* en el antebrazo, partes del cuerpo desaparecidas o sobrantes, mutilaciones, enterramientos en masa desacostumbrados o cuerpos insepultos, la presencia de la guerra es incuestionable. Una pun-



* Nota del T.: Denominadas más frecuentemente fracturas de Monteggia: una fractura en la porción superior del cúbito, asociada a una dislocación de la cabeza del radio, que se produce en el curso de una lucha o combate.

Arriba. Arte rupestre de Morella la Vella, en el levante español. La datación ha sido muy discutida pero la mayoría cree que es neolítico. La interpretación del arte antiguo siempre es debatible, pero este panel parece mostrar una maniobra táctica elemental. Dos filas de arqueros se enfrentan mientras otro llega desde el flanco y dispara a un enemigo por la espalda.

Abajo. Arte rupestre paleolítico en Cougnac, Francia. Estas imágenes podrían ser una evidencia de violencia interpersonal, o incluso de guerra.



ta de flecha clavada podría indicar un asesinato, una ejecución o un accidente de caza, y muchas formas de violencia no letal ocasionan traumatismos en el esqueleto, desde violencia doméstica a duelos, culturalmente estructurados, consistentes en atacarse dándose golpes en la cabeza. En el pasado, los daños óseos post mórtem fueron a menudo incorrectamente identificados como una prueba de violencia, un error que dio lugar a suponer escenarios muy sangrientos en la prehistoria humana.

Los datos de asentamientos pueden ser también concluyentes (o no). Asentamientos concentrados, muros con elementos para la defensa, emplazamientos defensivos sobre colinas o riscos, reductos y atalayas, y destrucción de poblados se encuentran donde la guerra era habitual. Pero los recintos cercados pueden usarse también para proteger los rebaños y mantener lejos a los depredadores, o para indicar la categoría de un poblado. De la misma manera, los edificios apiñados pueden incendiarse accidentalmente y los poblados situados en el interior del territorio de un pueblo que guerrea contra enemigos exteriores pueden no sentir la necesidad de fortificarse.

Una maza de piedra o una espada de bronce pueden demostrar la existencia de guerra, pero la línea divisoria entre una herramienta y un arma a menudo no es tan fácil de marcar. La lanza o la flecha utilizada para matar a un animal puede matar a un hombre. Montones de puntas de flecha más grandes o de piedras para arrojar pueden hacen pensar en la preparación de una batalla, pero hasta que se desarrolló un armamento especializado, esos objetos por sí solos no permiten confirmar normalmente la existencia de guerra.

Las pinturas o los grabados rupestres que representan violencia interpersonal podrían ser pruebas convincentes de guerra. Pero la datación de esas imágenes con frecuencia resulta molestamente imprecisa, con un abanico de varios miles de años. ¿Y qué es lo que representan? Una escena del levante español –probablemente neolítica– sugiere una maniobra de envolvimiento, si bien hay quien ve en ella la escenificación de un ritual. Otros sugieren una ejecución, pero ¿de quién?

En el decenio anterior, tuvo lugar una controversia en torno a cómo interpretar el testimonio arqueológico antes mencionado. Algunos concluyen que la guerra se remonta siempre muy atrás en el tiempo. Pero otros –entre ellos yo mismo– sostienen que la evidencia de la guerra surge en contraposición a una situación previa de paz. La mayoría de los arqueólogos se sitúan en un término medio, asumen que faltan pruebas de la existencia de guerra en muchos de los antiguos pueblos prehistóricos, pero no van tan lejos como para afirmar que hubiese un tiempo anterior a la guerra. El apartado siguiente revisa el registro arqueológico global en busca de señales de violencia colectiva, para que usted, lector, pueda formar su propia opinión. Pero le advertimos, cada área es diferente.

ALREDEDOR DEL MUNDO CON UNA PALETA

¿Cuál fue la primera guerra? Esto depende de lo que usted considere. El canibalismo sobre los enemigos, por ejemplo, a veces sucede en la guerra. Hay indicios de canibalismo en el *Homo Antecessor* español en fecha tan temprana como el 780000 a.C., y posiblemente también (aunque discutido) entre los más recientes *Homo Erectus* en China, neandertales en Europa y entre los primeros *Homo Sapiens* modernos en Sudáfrica. Pero el canibalismo puede ser un último recurso para el hambriento, o parte de rituales mortuorios para el propio muerto, así que estos ejemplos no demuestran que haya un banquete con enemigos muertos. En Sudoeste de América, las pruebas de canibalismo incluyen un periodo en el que no parece haber existido guerra (900-1140 d.C.), aunque el canibalismo acompañó más tarde a la guerra.

Durante décadas, la evidencia de guerra más antigua comúnmente aceptada había sido un enterramiento excavado durante la construcción de la presa de Asuán en Jebel Saha-

ba, que data posiblemente de antes del 10000 a.C. Unos 5000 años más tarde, más al sur en el Nilo, el pueblo mesolítico de Jartum tenía discos de piedra que parecen ser mazas. A pesar de estos fascinantes hallazgos tempranos, la arqueología africana solamente aportó unos pocos indicadores óseos dispersos de violencia de estas épocas remotas. Sin embargo, grupos de varios cientos de esqueletos de Nubia muestran numerosos traumatismos, tímidamente relacionados con la guerra, combates con porras, lucha libre, violencia doméstica, accidentes e incluso represión política –si bien todos éstos vienen después de un largo contacto con la civilización egipcia–. Los testimonios más antiguos en África siguen siendo desconocidos para nosotros y pueden ser vistos como el futuro de la arqueología de la guerra.

Una novedad más reciente en la categoría de lo «muy antiguo» proviene de la tierra de Arnhem en el norte de Australia (véase recuadro de la p. 25). En Australia, o al menos en parte de ella, parece que la guerra fue permanente. Fracturas de Parry y depresiones craneanas son comunes en muchos grupos de esqueletos. La inmensa mayoría de ellas están curadas, haciendo pensar en las luchas, habitualmente no mortales, con porras observadas etnográficamente. Las mujeres normalmente tienen más fracturas craneales, lo que sugiere que muchos de los traumatismos pueden deberse a contextos domésticos, o incluso a un conocido ritual de luto consistente en golpearse la cabeza con piedras. Pero los primeros relatos de europeos dejan pocas dudas de que los aborígenes australianos estaban preparados para enfrentamientos mortales con lanzas de madera.

La primera evidencia de guerra que se acepta mayoritariamente se encuentra en el norte de Iraq. El yacimiento de Quermez Dere, que data de aproximadamente del 8000 a.C. (todas las fechas en esta parte del libro se simplifican y deben ser tomadas como aproximaciones), tiene mazas y puntas de proyectil, y otros dos yacimientos unos 1000 años más recientes tienen un gran muro defensivo, mazas y esqueletos asociados con puntas de flecha. Lenta e irregularmente, en los siguientes 3000 años, la guerra se extendió por Oriente Medio. En torno al 4300 a.C., en la costa sur de Turquía, en Icel, nos encontramos con un verdadero fuerte –más que una aldea amurallada– que fue destruido un siglo después y fue reocupado por otra población de cultura distinta. Pero en muchos lugares donde hay señales de que la guerra estaba presente –una maza esporádica, por ejemplo– no parece que hubiese mucha lucha real. No hasta que el desarrollo de las ciudades-Estado en el III milenio a.C. haga que la guerra de verdad se convierta en algo habitual.

Icel en la costa Anatolia, desde *ca.* 4.300 a.C. La guerra ha estado presente durante milenios, pero esta construcción representa una nueva fase. No es una aldea amurallada, se muestra como un verdadero fuerte, con torres salientes, entrada reforzada y alojamientos con ventanas de ranura.

En Oriente Medio, la guerra se desarrolló también debido a cierta combinación de interacción militar o condiciones de convergencia subyacente: las mazas de estilo mesopotámico están ya presentes en el norte de Egipto cuando se recuperan restos de en torno al 4300 a.C. En Asia Central, al este del mar Caspio, y en las tierras altas de Pakistán, las defensas de poblados comienzan a aparecer durante el IV milenio a.C. La gran civilización de Harappa en el Valle del Indo es un misterio, con escasos signos de guerra antes y durante sus años de esplendor: 2500-1800 a.C. Pero después de la decadencia de Harappa, la guerra intensiva y extensiva es inconfundible.

En China el primer marco defensivo aparece en el V milenio a.C. entre los yangshao neolíticos en el valle central del río Amarillo. Despues del 3000 a.C., aparecen fortificaciones de tierra pisada en el área de influencia de la cultura nedítica longshan y en otras regiones. Un yacimiento tiene varios cuerpos arrojados a un pozo. Al igual que en



Arriba. Un depósito de huesos en Talheim, Alemania. Al menos 34 individuos, 16 niños y 14 adultos , parecen haber sido asesinados y arrojados a una fosa. Más de la mitad tienen golpes en el cráneo.

Abajo. Enigmáticos nidos de calaveras de Ofnet, en Baviera, que datan de en torno al 5500 a.C., con unos 33 individuos, la mayoría mujeres y niños. La sepultura de craneos por separado no es rara en las prácticas de enterramiento, pero las heridas por golpes sufridos en el momento de la muerte sugieren que se trate de una matanza de guerra.

Oriente Medio, los signos de guerra están claros en algunas áreas, pero ausentes o escasos en otras. En la Edad del Bronce, sin embargo, la guerra se convirtió en un modo de vida.

Los datos para la península de Corea comienzan ya con la presencia de armas de metal específicas. En Japón, sin embargo, hay una espectacular transición desde los cazadores-recolectores, que muestran escasos traumatismos en sus esqueletos, a cuando llegan los belicosos agricultores de Corea en torno al 300 a.C.; en ese momento se extiende rápidamente la guerra con alta mortandad.

En Europa el tema es más complicado, en parte porque disponemos de mucha información. Los datos más antiguos son sugerentes pero difíciles de interpretar. Ya se habían advertido signos de canibalismo. En el Paleolítico Superior, hace 40.000 años, encontramos más esqueletos, pero muy raros indicios de violencia, incluyendo unas pocas puntas clavadas. Estos indicios podrían ser accidentales, riñas privadas o ejecuciones. En el IX milenio a.C., el calentamiento del clima llevó a la extensión de los bosques y a la desaparición de manadas de caza mayor. Se desarrollaron modos de vida mesolíticos estables, un cambio desde la caza errante a la dependencia de una alimentación silvestre más reducida, más concentrada. Hay más restos humanos con signos de violencia, como fracturas de hundimiento en varios cráneos de Ofnet, en Baviera.

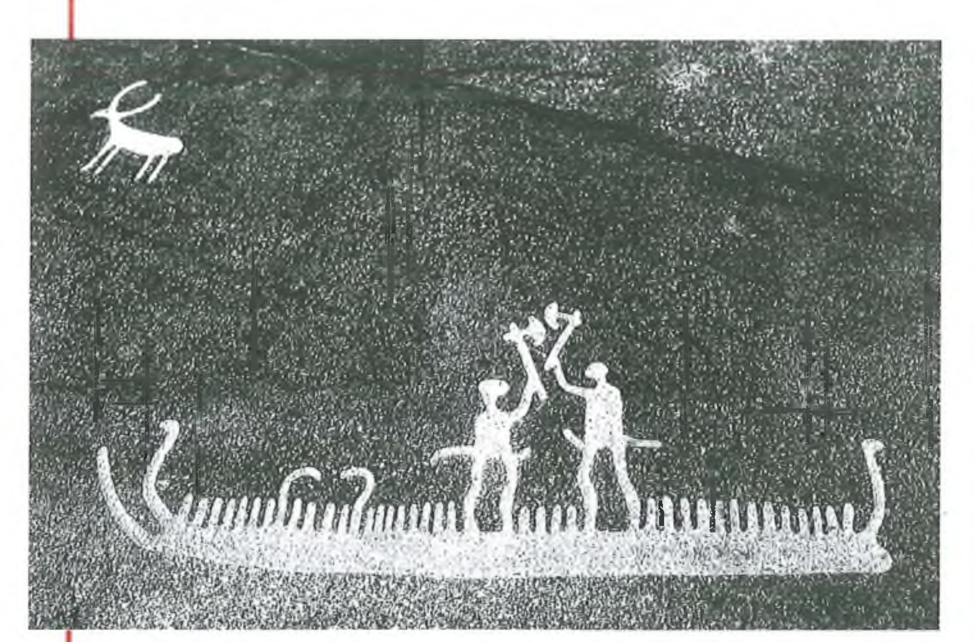
En el VI milenio a.C., la agricultura se comenzó a difundir lentamente por Europa, llegando a sus últimos rincones unos 2500 años más tarde. Los primeros poblados agrícolas carecen, en general, de cualquier tipo de elemento defensivo, y esta situación puede perdurar durante siglos. Los más tempranos modelos de fortificación pueden encontrarse antes del 5000 a.C. en la llanura italiana de Tavoliere, donde zanjas de dimensiones respetables rodean las aldeas neolíticas. Hacia el 5000 a.C. aparecen pruebas más concluyentes de guerra en el Talheim alemán y el Schletz austríaco, en lo que parecen asesinatos de aldeanos, muertos con azuelas y hachas de carpintería. Los signos de violen-

Armamento de la Edad del Bronce

Una aristocracia guerrera floreció durante la Edad del Bronce europea. En el Neolítico Final, la especialización guerrera se manifestaba ya en el ajuar de las tumbas, pero el bronce fue una innovación decisiva. Circulando en lingotes y productos acabados, al principio casi todo se empleó en las armas. Puntas de lanza, puñales y hachas de guerra de bronce atestiguan el combate singular por parte de unos pocos miembros de la elite, probablemente apoyados por contingentes mayores de labradores dependientes con armamento más tosco. A partir del 1500 a.C., la espada se convirtió en el arma suprema. Con más bronce en circulación, aparece en copas para bebida y utensilios corporales (peines, navajas de afeitar, pinzas y espejos) para hombres y mujeres.

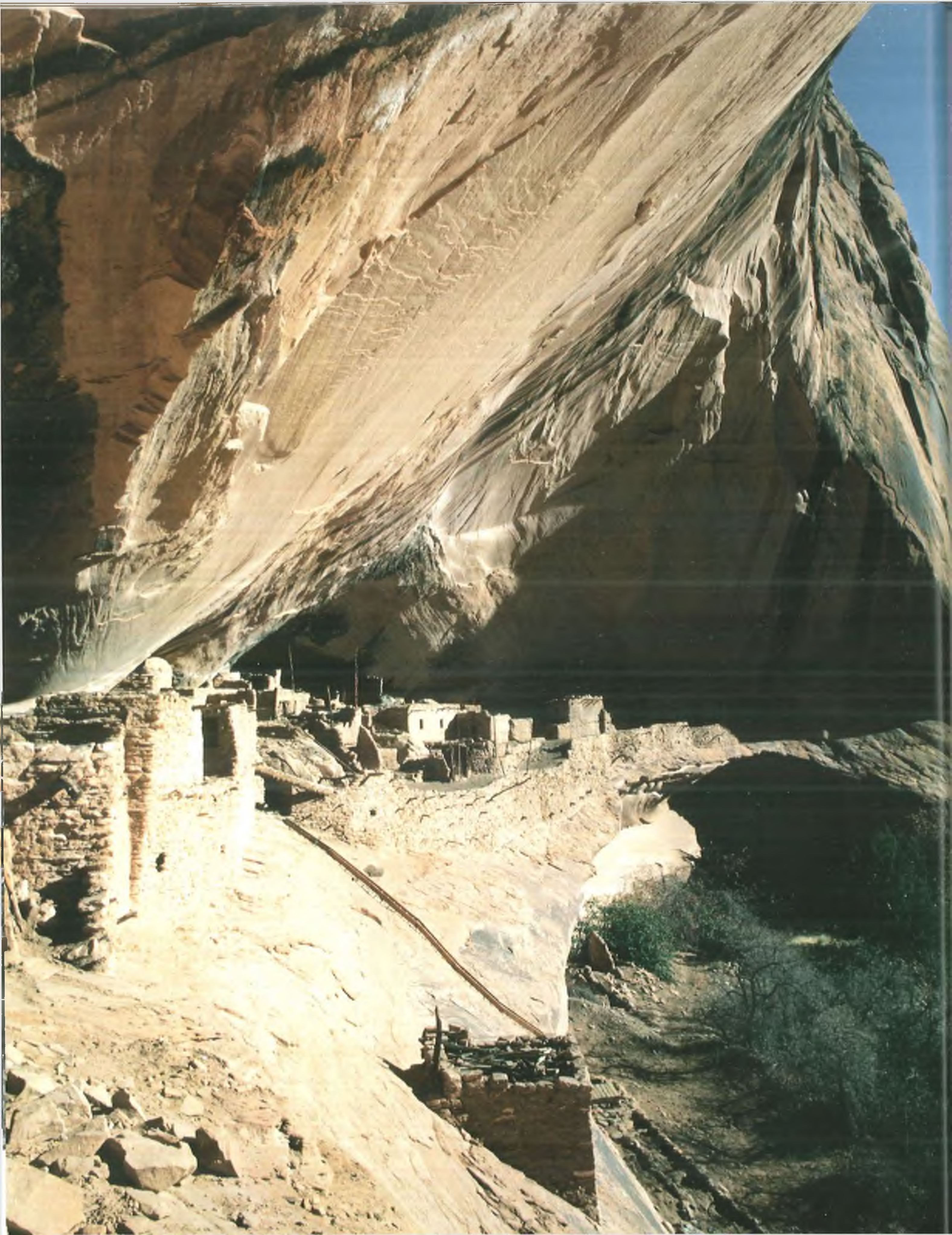
El elevado valor del bronce impelió más a monopolizarlo, a pelear por él; por ello las rutas de comercio estaban especialmente militarizadas. Pero si la elites lucharon entre sí, tambien comerciaron y establecieron alianzas. Estas cadenas entrelazadas conectaban grandes distancias, abarcando pueblos que eran muy diferentes culturalmente. Todo el sistema sustentó una red de jefes, minuciosamente sepultados con espadas ceremoniales artísticamente trabajadas, apoyados por guerreros cuyas espadas presentan amplias señales de uso. Las imágenes grabadas en piedra ensalzan una existencia marcial, reforzando ideológicamente la dominación política de los guerreros. También aparecen los carros de guerra, aunque sean poco prácticos en el norte de Europa. En su momento cumbre, esta elite compartía un *ethos* militar, un vínculo presente, gracias al comercio, en la mayor parte de Europa, desde España a Escandinavia, desde el Mediterráneo Oriental a Inglaterra. Después del 1200 a.C., con nuevas formas de combate –en algunas zonas basadas en armas de hierro– este universo se deshizo, poniendo fin a una época de una cultura común paneuropea, la del guerrero heroico.





Arriba. Una muestra de armas de la Edad del Bronce Medio (siglos XVI-XV a.C.) procedentes del nordeste de Hungría, incluyendo una espada corta y hachas de guerra tanto decoradas como lisas. Se depositaron en agua, una práctica ritual habitual. La cuenca de los Cárpatos fue una encrucijada de culturas de la Edad del Bronce; éstas muestran afinidades estilísticas con las regiones del Egeo y del norte hasta la misma Escandinavia.

Izquierda. Un grabado de la Edad del Bronce sobre roca granítica en Fossum en norte de Bohuslan, Suecia. Podría representar un combate auténtico, pero dada la significación simbólica de las hachas y los barcos en esta cultura, podría representar también una escena ritual o incluso una insignia de clan.



Ruinas en el nordeste de Arizona, EEUU. Los anasazi locales se desplazaron desde asentamientos dispersos desprotegidos para comenzar la construcción de esta posición defensiva en torno al 1250 d.C. En este momento, un periodo de sequía de un siglo, todos los pueblos locales se fueron a emplazamientos inaccesibles. Mas de 150 personas vivian en Keet Seel, pero a principios del siglo XIV todo el área se abandonó.

cia son escasos o inexistentes en la mayoría de las demás zonas en este momento, pero hacia el 3500 a.C., la guerra parece firmemente asentada en toda Europa. Las fortalezas dominaban las cimas de las colinas y los hombres eran enterrados con hachas de combate. La Edad del Bronce, que se inicia en torno al 2300 a.C. en el Egeo (más tarde en otros lugares), está asociada con un armamento perfeccionado, a menudo ceremonial, vinculando a elites guerreras a través del continente (véase recuadro).

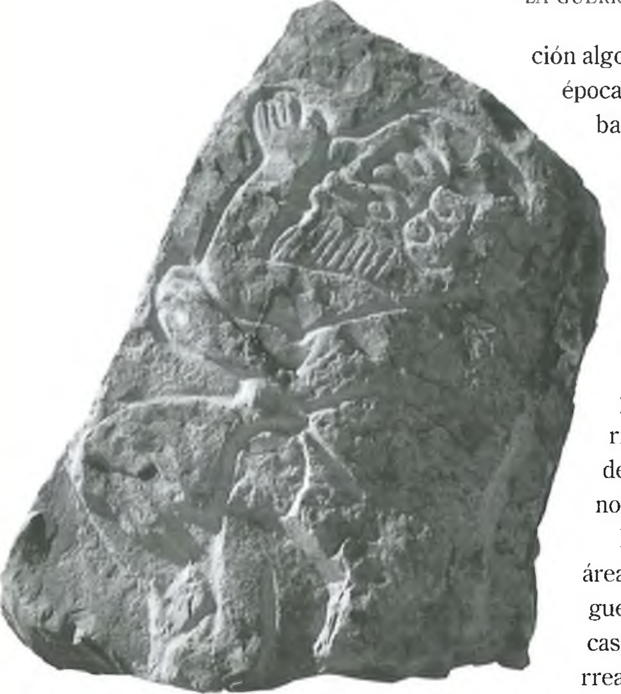
Al otro lado del Atlántico, los primeros habitantes de América del Norte no lo tenían fácil. Dos de los 39 individuos que conocemos de entre 13000 y 9000 años atrás –algunos fragmentos óseos– tienen señales de heridas de proyectil, otros tienen fracturas craneales. La arqueología es una labor de encajar piezas de muy diferentes historias de regiones diversas. Puesto que nos da un cuadro tan fascinante de la variedad de los datos sobre la guerra y puesto que América del Norte no está contemplada en este libro de otra manera, se hace necesario un análisis región por región.

En los bosques del este, uno de los más antiguos grupos de esqueletos, de cazadores-recolectores de hacia el 5400 a.C. en Titusville, Florida, tiene 9 individuos de los 168 con señales de violencia. En general los signos de violencia son infrecuentes y provienen de individuos aislados, dispersos. En el Arcaico Tardío, 4100-2500 a.C., hay unos pocos casos claros de muertes colectivas, tales como la de Indian Knoll, Kentucky, y el área de Finger Lakes de la zona central del Estado de Nueva York. El periodo que le sigue, Woodland, parece, comparativamente, pacífico. El desarrollo de la cultura urbana del Mississippi, basada en el maíz, que comenzó hacia el 900 d.C. se acompañó de signos indiscutibles de guerra: fortificaciones, franjas de tierra abandonadas ejerciendo de zonas tapón o barrera, armas y representaciones de guerra especializadas, etcétera. En el sudeste, esta violencia intensa parece estar asociada con rivalidades entre jefes regionales, que fueron observados y analizados por el explorador De Soto en su serpenteante y sangrienta busqueda de oro a mediados del siglo XVI.

La región de las grandes llanuras del sur comienza con apenas signos de violencia, a no ser por una mujer con dos golpes en la cabeza de entre unos 173 individuos. Una parte importante de esta región cayó más tarde en la órbita de la militarista cultura del Mississippi. Fuera del sudoeste de Minnesota, después del 1250 d.C., el pueblo oneota guerreó y finalmente sustituyó a los primeros habitantes. En Norris Farms #36, un cementerio oneota de Illinois, 43 de los casi 264 esqueletos completos tienen signos de violencia. Pero fue entre los dakotas donde sucedió la peor violencia registrada en la Norteamérica prehistórica: en Crow Creek hay un enterramiento masivo de 486 esqueletos, muchos mutilados, datado en 1325, aunque quizá sea posterior.

En el sudoeste, no hay claras evidencias de guerra durante siglos, desde el comienzo de la agricultura del maíz y la calabaza (1500-1000 a.C.). En el area anasazi, durante el periodo Basketmaker II entre el 500 a.C. y el 500 d.C., la violencia colectiva es evidente, incluyendo una aparente matanza de 90 individuos en la Cueva 7 de Weatherill en el sudoeste de Utah. Pero las áreas culturales de mogollon y hohokan al oeste y el sur siguen careciendo de indicios de guerra. En los siguientes 750 años, los testimonios son desiguales, pero el gran cambio que llevó a la guerra en el sudoeste llegó a partir del 1200, con poblados defensivos –incluyendo los famosos *cliff dwellings* o «casas al abrigo de cañones»–, destrucción de asentamientos, abandono de lugares y otros signos convincentes de guerra. Después de 1400, con extensas regiones ya abandonadas y con poblaciones concentradas en pueblos más grandes, disminuyen las señales de lucha. Sin embargo, la guerra estaba aún vigente cuando los españoles llegaron.

La poblaciones nativas de California tenían una reputación de no violencia en las narraciones históricas antiguas, pero los testimonios arqueológicos muestran una situa-



Arriba. La plaza central de Monte Albán el el Valle de Oaxaca de México fue el acogió más de 300 bajorrelieves grabados de prisioneros de guerra mutilados, que antes se creia representaban danzantes y por ello se les llamó «danzantes».

Abajo. Espíritu Nazca que sostiene una porra y cráneos como trofeos. Aunque unos cuantos pueblos de America del Sur cortaban cabezas enemigas, entre los Nazca de la costa sur peruana esto llegó a ser una auténtica obsesión. La cabezas se enterraban en otras tumbas, se pintaban sobre cerámica, y se tejian en diseños textiles.

ción algo diferente. Se encontraron unos pocos individuos con heridas de proyectil de época tan remota como el V milenio a.C. En las Channel Islands, cerca de Santa Bárbara, numerosas series de esqueletos de 7000 años de antigüedad indican un modo de lucha con porra que comenzó hacia el 3000 a.C., con pocas o ninguna víctima. Hacia el 500 d.C. el arco y la flecha aparecen en escena y con ello más esqueletos con puntas clavadas. Se produce un gran incremento de la guerra en varios lugares de California desde el 1150 al 1350 d.C.

La costa pacífica noroeste tiene la historia de la guerra más documentada de las Américas. En el primer conjunto de restos humanos, desde el 3500 al 1500 a.C., 9 de los 42 individuos muestran signos de violencia. Fortificaciones y puntas clavadas aparecen en tiempos posteriores. En términos generales, la guerra parece ser más temprana y más intensa en el norte, en el sur de Alaska, alrededor de Vancouver y en el Estado de Washington. A lo largo de la costa, se ve una notable intensificación de la guerra en el periodo que va desde el 900 d.C. al 1400.

Dando un salto hacia al sur, México y Guatemala son bien conocidas como un área de formación de Estados. Faltan pruebas convincentes de la existencia de la guerra hasta que algunos de estos Estados comenzaron a desarrollarse. Los olmecas, quizá el primer Estado centroamericano, fechado hacia 1150 a.C., sin duda guerreaban (vease capítulo 17). Sin embargo, la mejor secuencia continua centroamericana proviene de Oaxaca. La domesticación del maíz se produce en esta región alrededor del 3400 a.C., y las primeras aldeas con empalizadas y un poblado destruido, en San José de Mogote, se fechan en torno al 1500 a.C. En lo sucesivo, las señales de guerra fluctuan, pero en general, muestran que esos ataques son más frecuentes después del 800 a.C. La auténtica eclosión llegó con el ascenso de entidades políticas en torno al 500 a.C. La guerra aumentó en escala con el desarrollo del Estado de Monte Albán dos siglos más tarde. Las incesantes guerras de conquista aún caracterizaban la región en el momento de la conquista española.

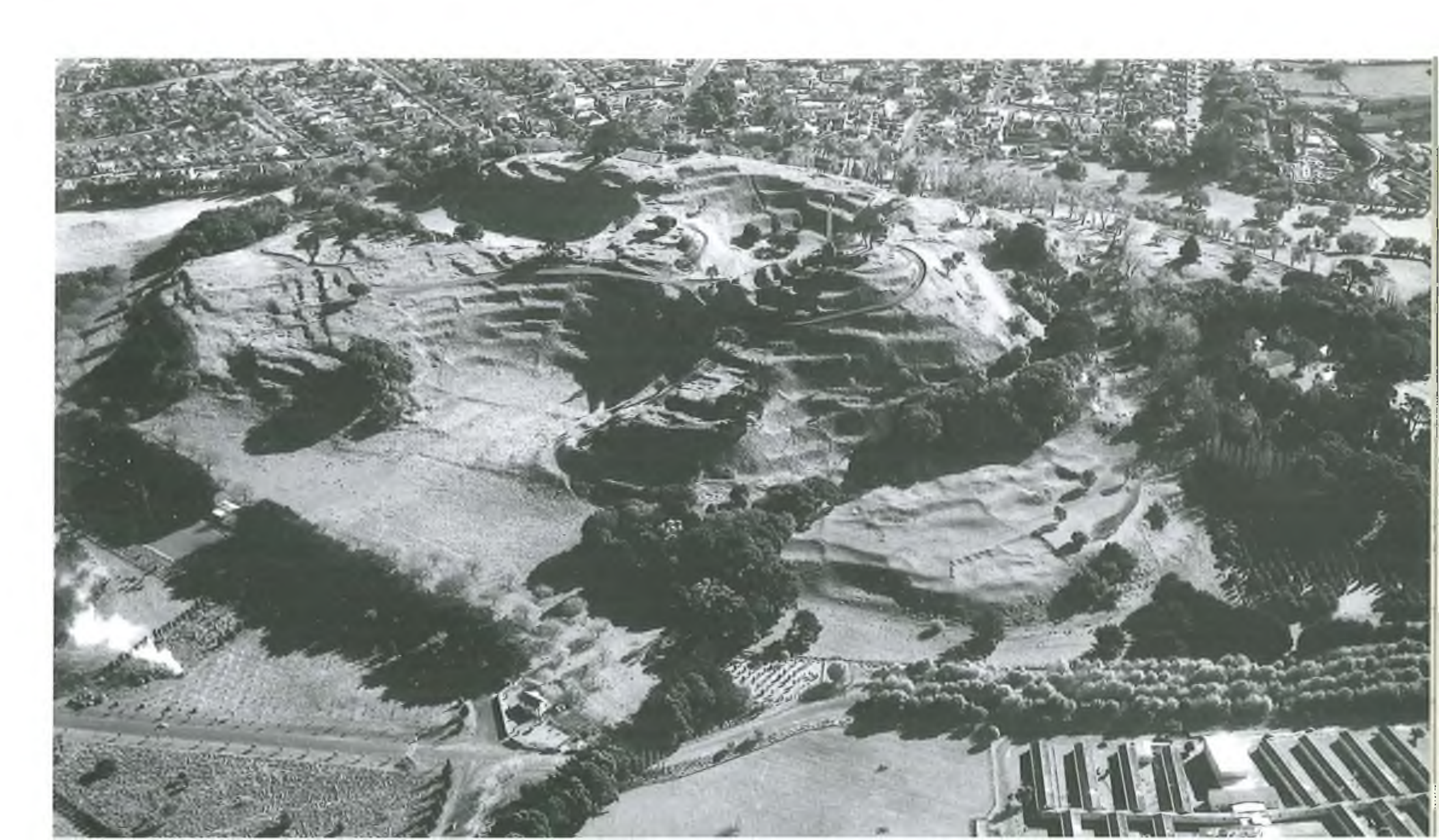
El continente de América del Sur abarca unas enormes diferencias en ecología, poblamiento, desarrollo político y registros arqueológicos. La costa pacífica y las tierras altas andinas, históricamente interconectadas, están divididas en múltiples redes de valles, ilustrando cuán variables pueden ser los testimonios localizados. En la región desértica costera peruana de Norte Chico, se fechan grandes poblados con arquitectura monumental desde el 3000 al 1800 a.C. Pero contradiciendo las espectativas, hay una sorprende falta de pruebas de violencia organizada. Otros yacimientos costeros antiguos tales como San Pedro de Atacama contienen cráneos que indican un cierto hábito de recibir golpes no mortales –quizá en duelos singulares, pero no en guerra–. Sin embargo, se han encontrado cabezas cortadas tan antiguas como el 2000 a.C. en el yacimiento de Asia. En el valle de Casma, un Estado teocrático con poca o ninguna guerra parece haber caído frente a un Estado militarista del altiplano hacia el año 1000 a.C. El resto de los valles costeros no muestran un nivel comparable de rupturas. En lo que sería posteriormente la zona moche de la costa norte peruana, la agricultura se practicaba en el 2700 a.C. desarrollándose una centralización política en torno al 1800-900 a.C., pero no hay señales de guerra en los esqueletos o los restos de asentamientos hasta el 400 a.C. aproximadamente. Desde ese momento, los indicios de guerra se incrementan a lo largo de 800 años, culminando en el Estado moche, que disfrutaba de paz interna pero hacía la guerra contra el exterior. En otros lugares, la guerra no llegó a manifestarse hasta algún momento entre el 200 a.C. y el 700 d.C. La cultura costera nazca, entre el 200 y el 600 d.C. exhibe una aparente obsesión por las cabezas como trofeos, en contraste con el Estado de Tiahuanaco en el altiplano, que alcanza su apogeo hacia el 800 d.C., que guerreaba, pero que pa-

rece relativamente no militarista. Otras entidades del altiplano ofrecen sus propias variaciones del modelo.

La arqueología de las demás regiones de América del Sur, particularmente las tierras bajas húmedas, está mucho menos desarrollada que la de los Andes o la costa del Pacífico. Se dispone de alguna información valiosa, sin embargo, de la cuenca del Orinoco en el centro de Venezuela. Una reconstrucción detallada del Orinoco Medio encuentra cultivos de mandioca en los primeros pequeños poblados identificados en la zona hacia el 2100 a.C. El cultivo del maíz comienza, lentamente, hacia el 800 a.C., desde ese momento el incremento de población se acelera durante siglos antes de estabilizarse. Se evidencian signos de guerra, junto con jefaturas, en un afluente del Apure, que a su vez lo es del Orinoco, hacia el 550 d.C. Era ésta una zona de contacto entre los pueblos de la llanura y de las tierras altas. Fueron necesarios 500 años para que esta combinación se diera en el Orinoco Medio; pero cuando los españoles llegaron en 1530, los poderosos caciques de las aldeas fortificadas podían reunir ejércitos de miles de hombres. Una vez la guerra se pone en marcha, nada la para.

La última parada en nuestra vuelta al mundo es el remoto Pacífico. En Nueva Guinea había tantos grupos diferentes haciendo la guerra ante los ojos de los antropólogos que llegó a ser un epicentro para elaborar teorías eruditas. Sin embargo, es una de las áreas menos estudiadas desde el punto de vista arqueológico. Las pruebas de algún tipo de violencia, colectiva o de otro tipo, son mínimas. Sin embargo, hay quien mantiene que la introducción de la patata dulce en las Tierras Altas orientales fue seguida por un mayor desarrollo de la guerra, sólo un par de siglos antes de la llegada de los europeos. Las islas melanesias de Fiji, Tonga y Samoa, colonizadas algo después del 1200 a.C., asistieron a la creación de poblados fortificados 2000 años más tarde. En Fiji y otros lugares, la guerra se asocia con el canibalismo de los prisioneros de guerra.

La colonización polinesia de otras islas del Pacífico está también llena de controversias e incertidumbres. La expansión está en marcha hacia el comienzo de nuestra era, pero se acelera más tarde. En esta extensa diáspora no se puede establecer una fecha inicial. Con el paso del tiempo se convirtió en una parte integral de la cultura polinesia.



Poblado fortificado maorí (o Pa) en One Tree Hill, sobre una cima volcánica en Auckland, Nueva Zelanda. Emplazado en un istmo entre dos bahías, estaba estratégicamente situado para recaudar tributos sobre el comercio. Éste puede que haya sido el mayor poblado maorí en tiempos anteriores a la llegada de los Europeos y es uno de los fuertes mas grandes de tierra conocidos en el mundo.

Cuando llegó a Nueva Zelanda –entre el 800 y el 1200 d.C.– la palabra guerrero y su elaboración cultural habían sido llevadas consigo. Algunos de los restos óseos tienen señales de violencia. Hawái vio surgir entidades políticas independientes y jerárquicas desde el 1100 d.C. y lanzarse a la guerra de conquista a partir del 1400. Las Marquesas también vieron desarrollarse fortificaciones entre el 1100 y 1400. Las cumbres de Nueva Zelanda se cubrieron de fortificaciones después de 1300, y todos los indicios de guerra aumentan a partir de 1500, poniendo las bases para las campañas genocidas cuando los europeos introdujeron las armas de fuego.

¿POR QUÉ SE INICIA UNA GUERRA? ¿POR QUÉ SE AGRAVA?

Estos testimonios tan enormemente variados a través del mundo, con todas sus incertidumbres, nos alerta contra cualquier teoría simple sobre los orígenes de la guerra. Al contrario que algunas opiniones populares, sabemos que la guerra existe antes de la agricultura o la civilización. En Europa, América del Norte, Australia y otros lugares, hay pruebas indiscutibles de guerra anteriores a la agricultura, y son las primeras sociedades agrarias, a menudo con abundantes restos arqueológicos, las que proporcionan algunas de las pruebas más convincentes de la ausencia de guerra. No obstante, con el tiempo, la guerra apareció regularmente en las sociedades agrarias, y muchas civilizaciones vivieron en guerra permanentemente.

Si comparamos algunas situaciones a lo largo del mundo, varios hechos aparecen una y otra vez antes o en el momento de que se desarrolle la guerra. Más que la causa de la guerra, pueden considerarse como precondiciones que hacen su inicio o su intensificación más probables. Estas precondiciones no son independientes, muchos vínculos causales conectan unos con otros. Pero cuando varias de ellas coinciden, se sientan las bases para que cualquier chispa desate finalmente el fuego.

El sedentarismo es muy importante. Los grupos en movimiento constante tienen la opción de alejarse del conflicto. Los signos iniciales de guerra aparecen habitualmente en los pueblos que acaban de fijar recientemente su residencia. Una vez la comunidad ha invertido en una localización, hay algo que se puede perder o ganar a través de la guerra. Además, los núcleos establecidos son a menudo lugares de relativa abundancia en regiones más extensas con escasez de recursos, codiciados, y si es necesario, defendidos.

El cambio a una explotación de los recursos más intensiva y sedentaria se asocia normalmente con otra precondición, el aumento de la densidad de población. Esto puede evidenciarse por la existencia de asentamientos mayores en la misma zona. Aunque la densidad de población no está correlacionada con una guerra más intensiva entre las poblaciones tribales de los siglos recientes, esto puede deberse a un sinfín de circunstancias históricas. En el pasado arqueológico, se manifiesta una cierta conexión en muchos casos. La conclusión obvia es que más población en una zona puede significar más competencia por unos recursos limitados, como también un terreno más fértil para la contienda política y los intentos de dominación.

Algunos autores han subrayado que la presencia de alimentos almacenados sirve como un atractivo para los invasores, bien los que se hayan recogido (por ejemplo, reservas de pescado en conserva), o bien cultivado (por ejemplo, el trigo limpio). Éstos son premios, aunque la capacidad de llevarse consigo la comida sin un transporte adicional puede limitar su importancia. Otros señalan que el ganado puede ser aún más tentador. No sólo éste es el capital en su sentido original, sino que puede moverse por sí mismo, e históricamente los pueblos pastores son a menudo notablemente belicosos.

Otras precondiciones atañen a la organización social, tanto horizontal como vertical. Una línea de pensamiento sostiene que el desarrollo de las estructuras sociales segmentarias, tales como linajes o clanes, es una precondición necesaria para la gue-

¿La primera guerra?



Dos lugares muy alejados acreditados como muy precoces ejemplos de guerra demuestran lo problemático de comprobar tales afirmaciones. Jebel Sahaba, un lugar de enterramiento cerca del Nilo, en Sudan, contenía 58 esqueletos, 24 asociados con artefactos de piedra interpretados como partes de proyectiles. Sin embargo, la mayor parte de esos proyectiles son simples lascas, imposibles de distinguir de vulgares desechos de talla de la piedra. Se han interpretado como lengüetas o puntas porque unas pocas estaban incrustadas en los huesos, y la posición de otras sugiere que estaban dentro de los cuerpos. Algunos enterramientos múltiples y algunas marcas de corte en los huesos refuerzan una interpretación bélica. Sin embargo, el cambio de posición post mórtem parece ser una mejor explicación. La datación de este yacimiento es muy problemática, se basa en la comparación de los instrumentos de piedra con otra cultura cercana, datada entre 12000 y 10000 años a.C.

En el norte de Australia el arte rupestre de figuras humanas, lanzando búmerans y con lanzas clavadas, parece revelar una muy prolongada progresión desde los enfrentamientos individuales a conflictos de grupos y batallas complejas, comenzando aproximadamente hacia el 8000, 4000 y 1000 a.C. respectivamente. ¿Representan una transición desde los duelos, a disputas o combates, y, finalmente, a la guerra tribal? ¿Representan seres humanos propiamente dichos o sucesos de índole espiritual? Aquí también las fechas son muy aproximadas, reunidas a partir de las valoraciones de la cultura material, indicaciones de la fauna, adaptaciones humanas y la cantidad de formación de costra silícea sobre las imágenes.



Arriba. Dos varones adultos de Gegel Sahaba, asociados con objetos de piedra puntiagudos. El individuo de la derecha tenía seis astillas de piedra, el de la izquierda, dos de ellas clavadas en hueso y dos dentro del cráneo. La puntas de los lápices mustran el emplazamiento de alguno de los artefactos. ¿Eran estos toscos utensilios puntas de proyectiles o los vestigios de la limpieza de la carne antes del enterramiento?

Izquierda Esta pintura rupestre procedente de Ngarradf-Warde-Dfobkeng, del Parque Nacional de Kakadu (Australia) parece representar a un grupo de hombres arrojando lanzas a otros.



rra. Estos grupos preconstituidos no sólo proveen una base para la mobilización militar, sino también para el establecimiento de identidades colectivas; promueven un cambio desde el homicidio dirigido contra individuos, al más belicoso «cualquiera de ellos lo hará». Aunque las divisiones culturales pueden también alimentar esas identidades de grupo, habría que subrayar que los casos más tempranos de guerra –cuando podemos hablar de ella– parecen existir entre pueblos de la misma cultura o similar.

El desarrollo social vertical implica jerarquía política. En etnografía, incluso de los más humildes líderes, como los jefes de la Amazonia, sabemos cómo manejan asuntos potencialmente conflictivos en beneficio de sus propios intereses particulares. En la arqueología, no se da el caso de que todos los sistemas de jefatura sean belicosos, pero la inmensa mayoría de ellos lo son. La lucha por alcanzar una posición y la competencia es una explicación habitual de la guerra intensiva, aunque «el esfuerzo por alcanzar una posición» debería ser leído como una disculpa para muchos intereses, que tienen que ver con la riqueza, esposas y poder. No siempre pasa, pero con frecuencia los líderes promueven la guerra porque la guerra favorece a los líderes... si la ganan.

Más allá de la organización de comunidades concretas, el comercio a larga distancia, en especial el de bienes de prestigio, crea una valiosa concentración que puede ser saqueada o monopolizada. El comercio de lujo ofrece quizá la unión más fuerte entre el uso de la fuerza y sus beneficios potenciales. Aquellos que dominan rutas de comercio, o quienes pueden imponer tributos o saquear el comercio, pueden llegar a ser muy ricos.

Una última precondición o causa del nacimiento o la intensificación de la guerra es un gran desastre ecológico. Éste puede ser de índole natural, como una disminución de las lluvias, un río que escava un barranco destruyendo una llanura aluvial o la elevación del nivel del mar, que empuja a la población a concentrarse en tierras menguantes. Un ejemplo particularmente notable es el aumento de la guerra en muchas zonas de Amé-

Arriba. Cabeza-trofeo maorí. La guerra tradicional maorí implicaba una mezcla de conflicto por los recursos, rivalidad e ideas cosmológicas sobre el poder social. Con la introducción de las armas de fuego, ésta derivó en ataques de exterminio. La guerras del mosquete de 1818 a 1840 produjeron de 20.000 a 50.000 víctimas.

Página opuesta. En su seguna visita a Tahití, el capitán Cook fue sorprendido por la repentina aparición de más de 200 barcos de guerra, tripulados por unos 6.000 hombres, que levantaron plataformas para luchar con hondas, porras y lanzas. Los tahitianos no querían que Cook viese la batalla y la fijaron para cinco dias después de que él partiese.

rica del Norte desde el 1100 al 1400 d.C. Este aumento siguió a un periodo que había sido favorable –en especial, por el cultivo del maíz– seguido por una época de enfriamiento y lluvias más irregulares que hicieron más difícil la obtención de alimentos para unas poblaciones que aumentaban. Otros cambios de tipo ecológico pueden ser antropogénicos, como la degradación causada por el cultivo excesivo o el sobrepastoreo. La guerra intensa asociada con cambios negativos de tipo ecológico parece haberse extendido en muchas zonas, lo que debería alarmarnos en lo referente a nuestro actual medioambiente global.

Pero si hubo un tiempo anterior a la guerra, ¿cómo es que ésta se volvió tan común? Aquí pueden identificarse cuatro pautas distintas. En primer lugar, la guerra comenzó en más lugares en cuanto que las precondiciones enumeradas antes se hicieron más habituales. Siempre que surgen preguntas sobre si es una invención independiente se produce una cierta discusión, en realidad, Oriente Medio, China, América Central y del Sur, y el Pacífico representan tradiciones de guerra *sui generis*. Solamente en Norteamérica, la costa noroeste, el sudoeste, los bosques del este y otras áreas parecen haber llegado a la guerra exclusivamente por sí mismos.

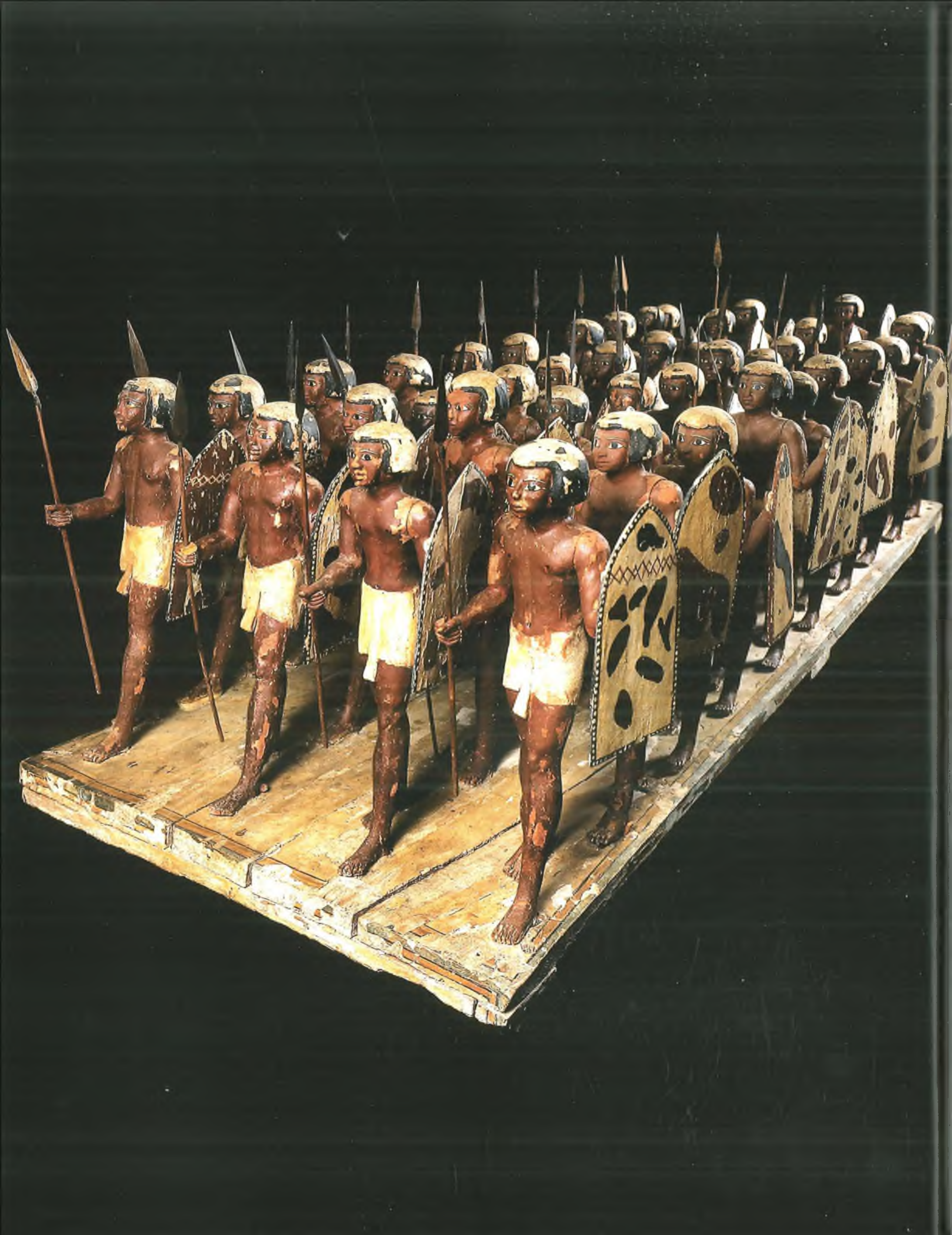
En segundo lugar, la guerra se difunde. En Japón, la guerra fue importada por pueblos procedentes de Corea. En Norteamérica, las jefaturas guerreras del Mississippi se extendieron por el medio oeste y el este. Por su parte, los navegantes polinesios llevaron consigo una cultura de la guerra a los nuevos territorios.

En tercer lugar, la aparición de los Estados impulsó el desarrollo de la guerra más allá de sus fronteras. Los pueblos tribales alrededor de los Estados probablemente desarrollaron culturas guerreras de modo simultáneo a los centros estatales, pero los Estados expansionistas difundieron el proceso. El ascenso y caída de los Estados puede provocar reacciones en cadena de violencia, como sucedió en el noroeste de México tras la caída de la gran ciudad de Teotihuacán en el siglo VI d.C. o en el sudeste de África con el ascenso de los zulúes. La rutas de comercio a larga distancia entre Estados estuvieron con frecuencia altamente militarizadas.

En cuarto lugar, en contra de la idea de que el contacto con los europeos «llevó la paz a los salvajes», el efecto inicial fue habitualmente el inverso. En contraste con la expansión gradual, localizada, de los antiguos Estados, los europeos cruzaron enormes distancias y abordaron zonas de interacción enteramente nuevas. Ellos llevaron nuevas plantas, animales y enfermedades que transformaron de manera traumática las sociedades locales. Trajeron artículos comerciales de hierro, vidrio y vestido, que a menudo se convirtieron en bienes de gran demanda, y por ello también en botín o indemnización de guerra. Sus técnicas militares y su tecnología, con el tiempo, transformó de modo radical los modos de guerra indígenas. El efecto de la demanda europea de trabajo esclavo o de las tierras despojadas de su población anterior fue mucho mayor que el de los más explotadores imperios antiguos. Todos estos factores crearon una ola creciente de guerra que se estendió mucho más allá que la colonización real, y que con demasiada frecuencia ha sido confundida con un modelo anterior a ese contacto.

Tomadas en conjunto, estas cuatro pautas explican cómo el mundo se inclinó hacia la guerra en los 10000 años que pasaron desde su origen documentado en el norte de Iraq. Sí, la guerra es antigua, y la guerra se ha generalizado entre los pueblos sin Estado de los que más sabemos. Pero no siempre fue así. Afirmar que hubo un tiempo anterior a la guerra –como yo hago– puede parecer demasiado exagerado a muchos arqueólogos, pero pocos de ellos discutirían que el universo etnográfico de los últimos 500 años está mucho, mucho más lleno de guerra que todos los testimonios de la arqueología primitiva de casi todos los lugares del planeta.

Los tiempos de la historia escrita pueden ser unas guías engañosas para el pasado prehistórico de la humanidad.



IAN SHAW Y DANIEL BOATRIGHT

2 La guerra en el Antiguo Egipto

FECHAS CLAVE

12000-10000 a.C. Evidencias de guerra en Jebel Sahaba.

Periodo Predinástico (*ca.* 5000-3100 a.C.).

Periodo Protodinástico (*ca.* 3100-2900 a.C.).

Imperio Antiguo (2686-2125 a.C.)

***ca.* 2550-2450 a.C.** Se construyen las pirámides de Gizeh.

***ca.* 2400 a.C.** Primera prueba de entrenamiento militar, la tumba de Khnumhotep.

Primer Periodo Intermedio (2125-2055 a.C.).

Imperio Medio (2055-1650 a.C.).

Segundo Periodo Intermedio (1650-1550 a.C.).

Imperio Nuevo (1550-1069 a.C.)

***ca.* 1479-1425 a.C.** Reinado de Thutmosis III.

***ca.* 1457 a.C.** Batalla de Megido

***ca.* 1332-1322 a.C.** Reinado de Tutankhamon.

***ca.* 1279-1213 a.C.** Reinado de Ramsés II.

***ca.* 1274 a.C.** Batalla de Kadesh.

***ca.* 1174 a.C.** Ramsés III rechaza las invasiones de los libios y de los Pueblos del Mar.

Una maqueta de madera de la tumba de la XI dinastía de Mesehti, retrata a 40 lanceros egipcios portando una lanza que se compone de una hoja de bronce y una larga asta. Esto puede reflejar simplemente la diferencia entre lo ideal (el bronce representado en un modelo de una tumba) y la realidad (el empleo del sílex).

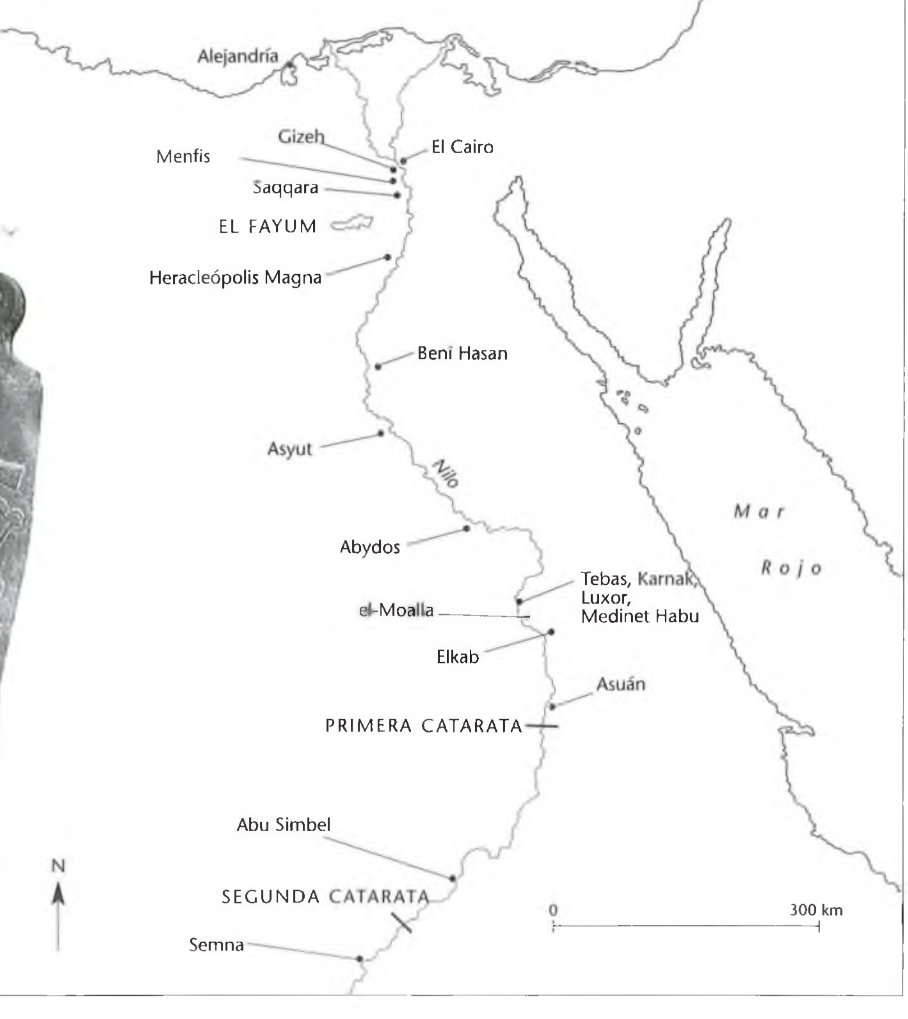
Las evidencias de lucha en el Antiguo Egipto se remontan al XII milenio a.C. cuando los enfrentamientos entre bandas de cazadores-recolectores del Paleolítico nos dejaron como testimonio numerosas puntas de flecha de sílex clavadas en los huesos de casi la mitad de los individuos enterrados en Jebel Sahaba, cerca de Wadi Halfa (véase la p. 25).

Los aspectos más importantes de la lucha en Egipto fueron recogidos en una fase sorprendentemente remota de su historia. Los relieves grabados en las paletas ceremoniales, cabezas de maza y puños de cuchillo de la etapa Protodinástica (*ca.* 3100-2900 a.C.) se caracterizan por unos pocos motivos constantemente repetidos: el rey golpeando a extranjeros, el sitio y captura de poblados fortificados, el apresamiento y la ejecución de prisioneros, y la ofrenda de los despojos de la guerra a los dioses. Es probable que, ya en este momento, la política real y las motivaciones económicas de la guerra –la defensa de las fronteras y la adquisición de tierra fértil, ganado, recursos naturales y esclavos– se enmascararan, de algún modo, con pretextos religiosos y rituales, que proporcionaban tanto una justificación moral como un marco «universal» para los desagradables asuntos de la guerra. La guerra en Egipto, como en la mayoría de las demás culturas, era una mezcla de conflicto interno (en particular en los tres denominados «periodos intermedios», cuando el control político estaba menos centralizado) y campañas contra los enemigos de más allá de las fronteras tradicionales. Las regiones y pueblos con los que Egipto entró en conflicto pueden agruparse en tres zonas fundamentales: África (principalmente los nubios y libios), Asia occidental (los habitantes de Siria-Palestina, Mesopotamia y Anatolia) y el norte y el este del Mediterráneo (los Pueblos del Mar).

La escena de batalla más antigua del Imperio Antiguo (2686-2125 a.C., la época de las pirámides de Egipto, después de la primera unificación del país), que muestra a unos arqueros tensando sus arcos, sobrevivió en un relieve fragmentado del complejo funerario de la IV dinastía del rey Khafra (Kefrén) en Gizeh. La otra única representación real conocida de una batalla en el Imperio Antiguo procede de la calzada funeraria del faraón Una de la V Dinastía, en Saqqara, donde los relieves muestran un enfrentamiento entre un soldado asiático y egipcios armados con puñales, arcos y flechas. Este tema, de los egipcios atacando a los asiáticos, se repite en dos tumbas privadas ligeramente posteriores: la de Inti en Deshasha, donde hay una clara evidencia del empleo de tecnología de sitio compleja, y la, más o menos contemporánea, tumba de Kaemheset en Saqqara, que muestra una escalera de asalto sobre ruedas utilizada en un asedio. Estas dos escenas dan a entender que Egipto estaba ya emprendiendo campañas militares en Siria-Palestina durante el Imperio Antiguo.

Algunos relieves funerarios y algunos textos conservados del I Periodo Intermedio (2125-2055 a.C.), como los de la tumba de Ankhtifi en el-Moalla y la tumba de Seka en Asuán, dejan claro que esta época se caracteriza por un gran conflicto entre las distintas regiones de Egipto. Los gobernadores provinciales continuaron jugando un papel militar en el inmediato Imperio Medio (2125-2055 a.C.). Esto es evidente en el hecho de que cuatro importantes tumbas de funcionarios de la XII Dinastía en Beni Hasan contienen pinturas de batalla. Estas batallas pueden haber sido una combinación de pe-

Derecha. Mapa con los principales lugares mencionados en este capítulo.



Abajo. Este ejemplo muy antiguo de la imagen clásica del faraón golpeando a un prisionero decora una de las caras de la denominada Paleta de Narmer. En este caso los rasgos faciales del prisionero parecen egipcios más que libios o asiáticos.



queñas escaramuzas o pueden no haber tenido lugar nunca; en realidad se ha indicado que las escenas de guerra de asedio en Beni Hasan se parecen tanto entre sí que pueden ser todas ficticias. De no ser así, las más antiguas de ellas pueden representar un único suceso histórico (quizá el asalto tebano sobre Heracleópolis Magna que puso fin al I Periodo Intermedio).

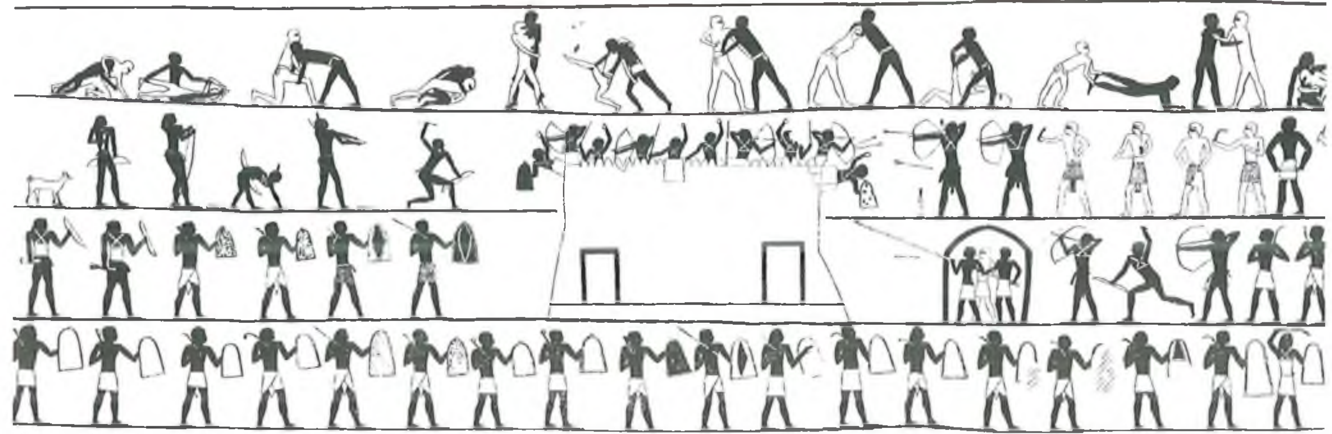
Los documentos militares más importantes que han sobrevido del Imperio Medio son los llamados Informes de Semna, que son informes administrativos de la tumba de un sacerdote en el oeste de Tebas. Estos documentos, fechados en el reinado de Amenemhet III, comprenden sobre todo copias de informes enviados al comandante en Tebas desde la guarnición egipcia de Semna en Nubia, transmitiendo algo del tedio de la vida militar en los descansos entre las campañas o las batallas. Uno, por ejemplo, describe la tarea rutinaria de vigilar el desierto: «La patrulla que se envió a patrullar la franja de desierto cerca de la fortaleza de Khesef-Medjau [Defensor del Medjay], el último día del tercer mes de la primavera del tercer año, regresó a informarme, diciendo: hemos encontrado las huellas de 32 hombres y tres burros...».

Abajo. Un grupo de arqueros en acción alzando sus arcos formaba parte de la decoración del complejo funerario del faraón Khafra (Kefrén) de la IV dinastía en Gizeh. Probablemente es uno de los primeros relatos militares egipcios.

Derecha: Las escenas pintadas en la tumba de la VI Dinastía de Inti en Deshasha proporcionan pruebas definitivas del uso de tecnología sofisticada de asedio. En este ejemplo, la apariencia de los defensores sugiere que es una ciudad asiática fortificada que está siendo sitiada por los egipcios, una rara evidencia pictórica de las primeras incursiones egipcias en el Levante.



Abajo: Parte de un mural de la tumba 15 de Baqt III, de beni Hasan.
Los dos frisos superiores muestran a combatientes, mientras que los tres inferiores representan una escena de batalla, incluyendo el sitio de una fortaleza.



LA PRIMERA BATALLA REGISTRADA DE LA HISTORIA

A lo largo del Imperio Nuevo (1550-1069 a.C.), los principales motivos de los egipcios para atacar a los extranjeros fueron mantener y extender sus propias fronteras, la protección de las rutas de comercio, las expediciones en busca de canteras y minas, y la adquisición de artículos foráneos, materias primas y mano de obra. Es materia de controversia si la persecución de esos objetivos llevó al establecimiento de un «imperio» en Siria y Palestina, que se opondría a una sucesión de esferas de influencia política y económica. En la época del faraón Thutmosis III de la XVIII Dinastía, el reino de Mitanni (situado entre los poderes crecientes de asirios e hititas) se había establecido como la influencia dominante sobre las ciudades-Estado de Siria. Hacia 1457 a.C., menos de un año después de ascender al trono, Thutmosis III emprendió su primera, y quizá más importante, expedición con el fin de desbaratar una rebelión de ciudades-Estado encabezada por el príncipe de Kadesh y respaldada sin duda por Mitanni. Esta campaña culminó en su ataque por sorpresa a la ciudad de Megiddo, descrita en sus anales grabados en los muros del templo de Karnak, que es el primer relato detallado conservado de una batalla. Según esta narración, el faraón escogió la más peligrosa de las tres rutas posibles para su ejército, obligándolo a marchar lentamente y con gran riesgo a través de un estrecho paso, permitiéndole así presentarse inesperadamente en la llanura de Meggido, a unos pocos cientos de metros de la coalición de tropas asiáticas, acampadas durante la noche frente a la ciudad. A la mañana

siguiente, las tropas de Thutmosis lanzaron un ataque frontal que derrotó al enemigo. Después de esta victoria en Megido, que fue tomada después de un asedio de siete meses, Thutmosis aseguró sus éxitos militares en Siria-Palestina con la creación de una red de guarniciones y numerosos pactos de vasallaje. En su sexta campaña adoptó una estrategia más a largo plazo, llevándose 36 hijos de jefes locales a la corte egipcia, que servirían como rehenes, serían adoctrinados con las ideas egipcias y luego en su caso restaurados en sus tronos como gobernantes afines.

La siguiente batalla importante de la que tenemos una descripción, aún más detallada, fue la batalla de Kadesh (véase recuadro al dorso), que tuvo lugar en el quinto año del reinado del famoso faraón Ramsés II (*ca.* 1274 a.C.). Ésta tuvo enorme publicidad y fue representada en no menos de cinco de los más importantes templos de Ramsés II (Luxor, Karnak, Abu Simbel, Abydos y el Ramesseum). Además, el relato escrito se conservó en tres papiros.

La sofisticación del sistema de defensas de adobe, taludes y zanjas de las fortalezas del Imperio Medio Egipcio en la Baja Nubia preludian ciertos aspectos de los castillos medievales, con el uso de pasadizos, arcenes, contraescarpas, glacis y bastiones, como se ve aquí en la parte exterior de Buhen.





El porte atlético y la disciplina de los soldados del faraón a principios de la V Dinastía son destacados en este fragmento de una escena que representa la barca real del faraón Sahura, desde su templo en Abusir. Los soldados llevan, posiblemente en su mayoría, estandartes militares.

EL CARÁCTER Y PREPARACIÓN DEL EJÉRCITO

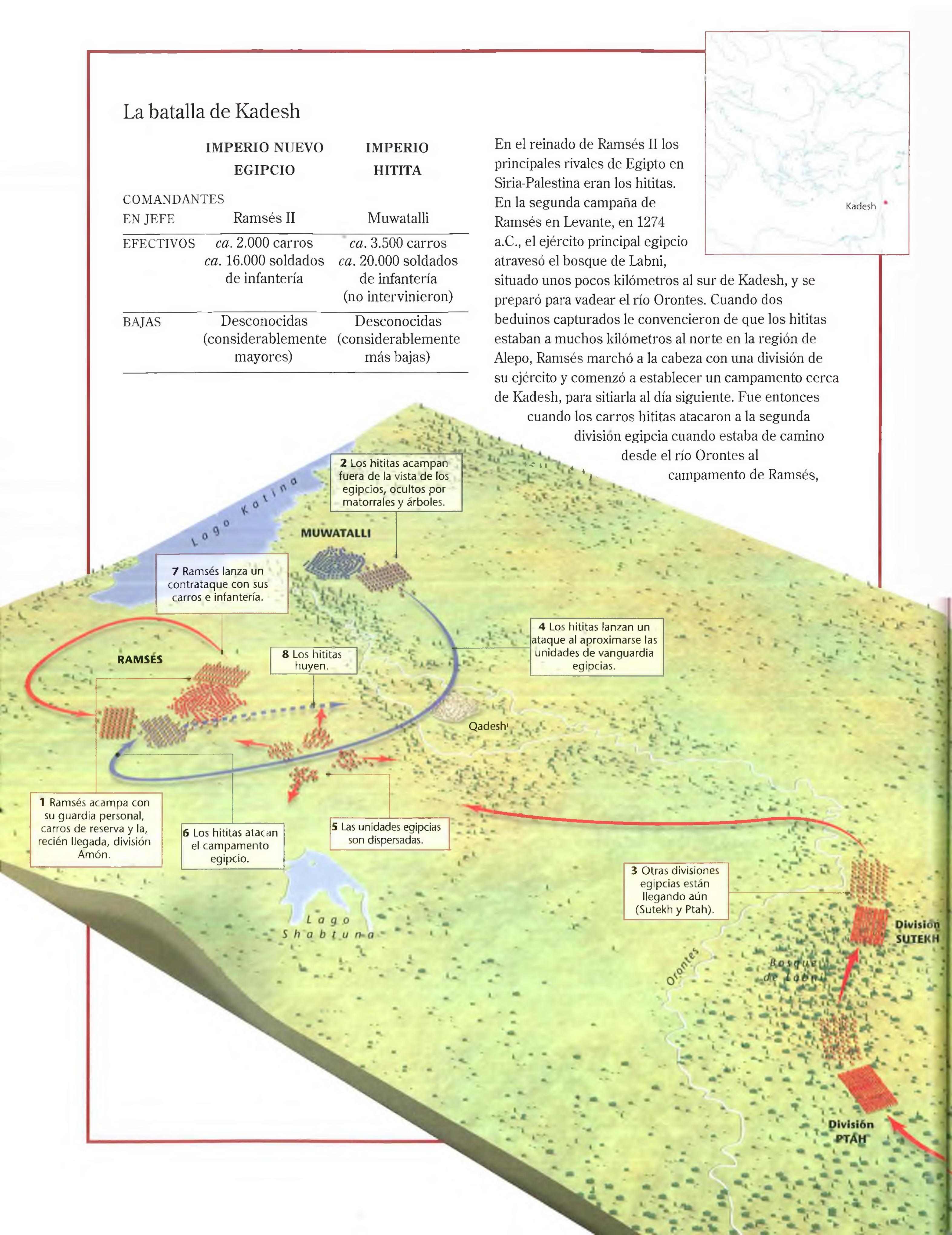
En los periodos más antiguos de la historia de Egipto (*ca.* 3000-2100) el ejército era probablemente poco más que una mano de obra reclutada formando un elemento especializado en un sistema del reclutamiento mayor de mano de obra forzosa, utilizada para las obras de las grandes construcciones. A causa de la naturaleza indeterminada e inestable del ejército egipcio en los Imperios Antiguo y Medio, es difícil calcular su dimensión auténtica, su composición y organización en esos tiempos remotos. Las cifras de soldados que dan los relatos egipcios de batallas –tales como «muchas decenas de miles»– parecen poco fiables e intentaban, posiblemente, dar la idea de números enormes.

A principios del Imperio Medio, el ejército funcionaba de un modo similar, con hombres reclutados por todo el país para participar en campañas estacionales y en los proyectos de construcción del faraón. Sin embargo, en la XIII dinastía hay pruebas de que las fortalezas en Nubia estaban defendidas por soldados a tiempo completo estacionados allí permanentemente, en oposición al anterior sistema de asignación de tareas por turno de la XII Dinastía.

La batalla de Kadesh

	IMPERIO NUEVO EGIPCIO	IMPERIO HITITA
COMANDANTES EN JEFE	Ramsés II	Muwatalli
EFECTIVOS	*ca*. 2.000 carros *ca*. 16.000 soldados de infantería	*ca*. 3.500 carros *ca*. 20.000 soldados de infantería (no intervinieron)
BAJAS	Desconocidas (considerablemente mayores)	Desconocidas (considerablemente más bajas)

En el reinado de Ramsés II los principales rivales de Egipto en Siria-Palestina eran los hititas. En la segunda campaña de Ramsés en Levante, en 1274 a.C., el ejército principal egipcio atravesó el bosque de Labni, situado unos pocos kilómetros al sur de Kadesh, y se preparó para vadear el río Orontes. Cuando dos beduinos capturados le convencieron de que los hititas estaban a muchos kilómetros al norte en la región de Alepo, Ramsés marchó a la cabeza con una división de su ejército y comenzó a establecer un campamento cerca de Kadesh, para sitiarla al día siguiente. Fue entonces cuando los carros hititas atacaron a la segunda división egipcia cuando estaba de camino desde el río Orontes al campamento de Ramsés,

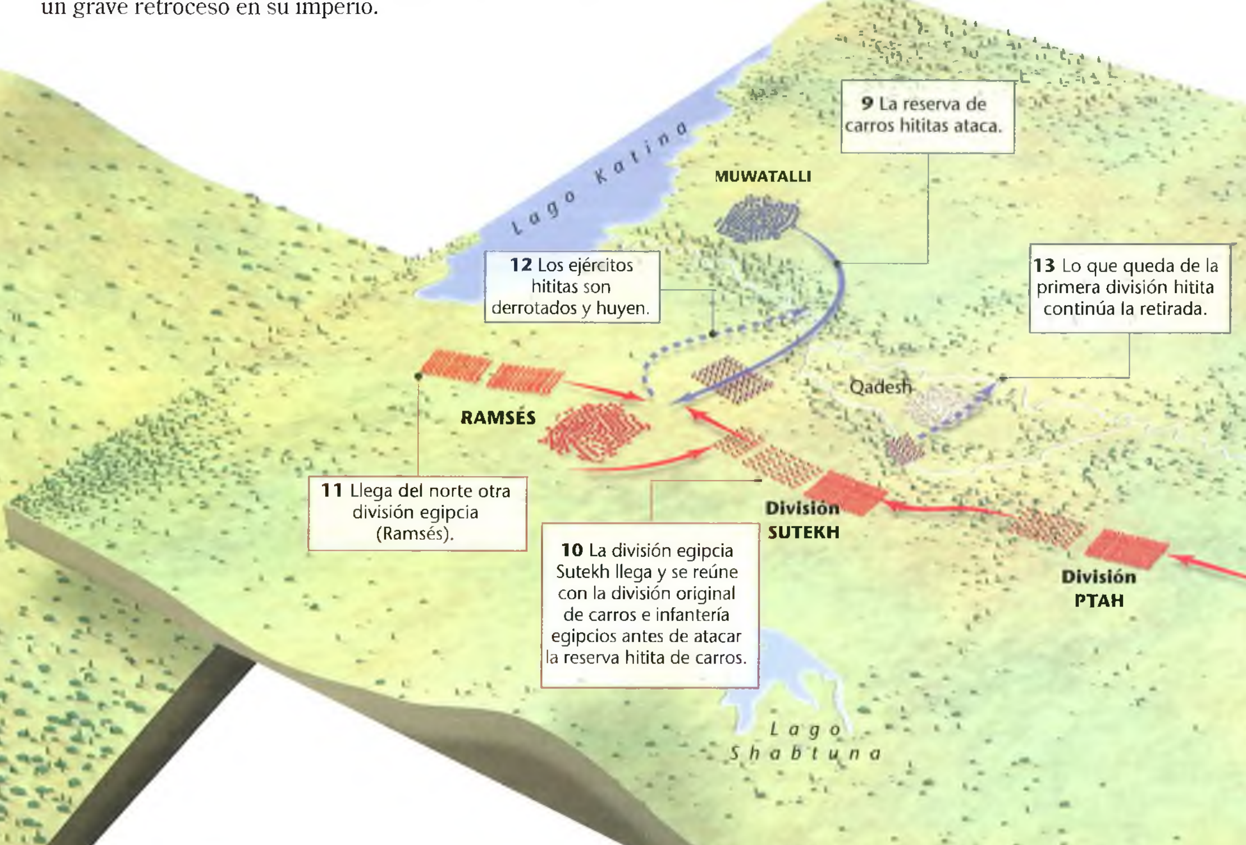


mientras otras dos divisiones estaban todavía en el bosque de Labni. Ramsés supuso que se habían reunido las tropas combinadas de Amón y Pre en un intento de arreglar la situación, gritando al parecer: «Conservad vuestra posición y manteneros bajo mi protección! Yo les atacaré como desciende el halcón, matando, masacrando y derribándolos por tierra».

Los egipcios y su rey podían haber resultado completamente derrotados en ese momento si no se hubiese producido la oportuna llegada de otro grupo de tropas egipcias que se había desplazado al norte por la ruta costera. A la mañana siguiente los dos ejércitos se alinearon uno frente al otro a ambos lados del río Orontes. Los hititas tenían aún la ventaja numérica pero probablemente habían sufrido grandes pérdidas de carros. Ramsés tomó iniciativa lanzando un ataque cruzando el río; éste resultó victorioso al principio pero luego fue frenado completamente por el peso del número, llegándose a una situación de punto muerto. En el intercambio de emisarios que siguió, se acordó una paz incómoda, que permitió a las dos partes proclamar un cierto grado de éxito. Aunque la dimensión de la conmemoración de la batalla de Kadesh indica que se intentó que se viese como un punto culminante en el reinado de Ramsés, parece más probable que, en el mejor de los casos, significase un equilibrio y, en el peor, un grave retroceso en su imperio.



Arriba. Procedente del Ramesseum, esta inscripción muestra a un grupo de carristas hititas caídos y sus caballos. Muchos de los muertos fueron abatidos por flechas disparadas por el mismo faraón cuando huían de su carro.



En el Imperio Nuevo parece haber existido un mayor aporte de voluntarios, bien a través de individuos que heredan la profesión de un miembro de la familia, o bien a través del enrolamiento de mercenarios de grupos étnicos como los cananitas, nubios y micénicos. Es probable, sin embargo, que se mantuviese alguna forma de reclutamiento obligatorio, pues, aunque un pequeño número de tropas estaban estacionadas en guarniciones en el exterior, la guerra era todavía estrictamente estacional. Los textos del Imperio Nuevo nos proporcionan cifras más fiables de soldados, aunque éste es aún un tema de mucha controversia. En la batalla de Kadesh, Ramsés parece haber mandado un ejército de cinco divisiones. Las opiniones respecto del tamaño de cada división oscilan, sin embargo, desde 1.000 a 5.000 hombres, indicando una cifra de 5.000 a 25.000 para el total de tropas del ejército de Ramsés. Un papiro de la época del padre de Ramsés, Seti I, enumera las raciones militares que habrían alimentado a un ejército considerablemente mayor de 5.000 hombres. Hay que señalar también que la población egipcia durante el Imperio Nuevo se estima en unos 3 millones, por eso, un ejército de 25.000 egipcios habría representado menos del 1 por 100 de la población. Respecto del tamaño total del ejército y de sus unidades, en cuestiones tácticas la unidad militar básica parece haber sido una sección de 50 soldados de infantería, bajo el mando de un «jefe de los 50». Había normalmente cinco secciones en una «compañía» *(sa)* y unas 20 compañías en una división (si aceptamos la cifra más alta de 5.000 por división). Las unidades de infantería eran reforzadas por compañías separadas de «tropas de elite» *(neferu)* y «carros» *(seneniu)*. El número de carros del ejército egipcio no habría sido elevado, con un máximo probable de unos 200 vehículos operativos y otros 50 de reserva. Como sucedía con la jerarquía de oficiales propiamente militares había también una cadena de mando separada que consistía en oficiales procedentes de la administración civil (tales como escribas, intendentes, asistentes y jefes de caballerizas).

UNA CARRERA MILITAR

No es hasta el Imperio Medio cuando aparecen las primeras evidencias de preparación militar. En la tumba de Khnumhotep hay una sucesión de escenas que representan a hombres peleando, así como lo que parece ser una batalla auténtica. Escenas similares se encontraron en los relieves de la batalla de Kadesh del Imperio Nuevo, en la que los soldados egipcios se muestran aplicando tácticas militares y combatiendo. Hay pruebas convincentes de que este entrenamiento podía ser muy exigente. Un ejercicio escolar del Papiro Anastasi III, fechado también en el Imperio Nuevo, describe a un muchacho reclutado para la infantería y enviado a los cuarteles para su entrenamiento, soportando una dura disciplina, incluyendo palizas. Un texto similar, del Papiro Anastasi I, muestra que la vida después del entrenamiento era todavía difícil, cuando describe los resultados de una larga marcha: «Tú paras por la noche, con todo tu cuerpo machacado y golpeado, y con tus extremidades magulladas». Aunque estos escritos son una forma de sátira redactada desde la perspectiva de un escriba, con el deliberado propósito de reprobar la vida militar y promover en su lugar el estilo de vida de un burócrata, la descripción bien puede haber tenido algo de cierta en la vida real.

A pesar de la dura realidad de la vida militar, servir en el ejército egipcio podría haber sido una lucrativa carrera, en especial en el Imperio Nuevo. Una inscripción en la tumba de Ahmose-pen-nekhbet en Elkab relata cómo fue recompensado con el «oro del valor», y recibió esclavos y tierra como resultado de sus actos en el campo de batalla. Otro texto, en la tumba de Amenemheb en Tebas, expone: «Yo capturé a 13 asiáticos como prisioneros de guerra... luego mi señor me concedió el oro del valor». Aunque estos textos provienen de un contexto funerario y se consideran a menudo una personal «lista de la compra» de recompensas, también muestran la distribución del botín de

guerra así como la concesión de condecoraciones al estilo de medallas («moscas del valor»), de las que se conservan ejemplares auténticos extraídos de tumbas contemporáneas.

Muchos soldados también poseían tierra. El papiro Wilbur, de mediados de la XX Dinastía, muestra el sistema de tenencia de la tierra en varias regiones de Egipto. Un gran número de pequeños propietarios ostentan categorías militares que varían desde infantes *(w'w)* a conductor de carros *(ket)*, además, este texto y otros indican que cualquier grado del ejército egipcio podía ser recompensado por sus servicios.

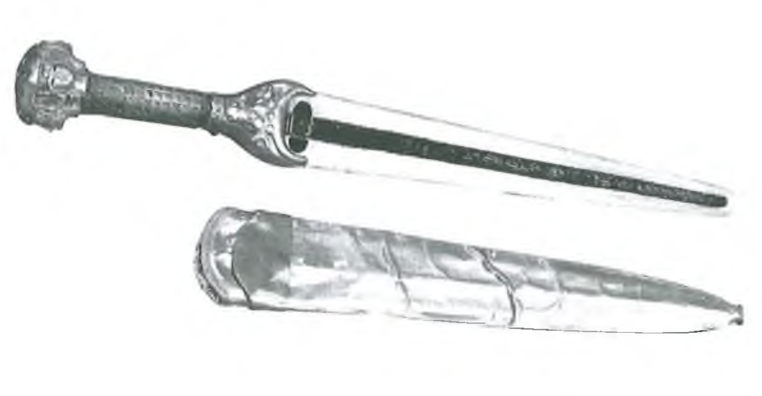
Arriba. La tumba de la reina Ahhotep de la XVIII Dinastía en Tebas contenía un collar consistente en grandes moscas de oro, tradicionalmente concedidas por hazañas en el combate. Puede haber pertenecido a su hijo el Faraón Ahmosis I.

El estatus y el grado han sido, aparentemente, aspectos importantes de la carrera militar en Egipto. Ahmose, hijo de Ebana, por ejemplo, se describe inicialmente como *infater,* el más bajo grado en la escala militar, pero sus textos funerarios indican que trabajó su ascenso hasta alcanzar el grado de comandante de tropas. Semejante desarrollo de ascenso y carrera era, pues, posible, pero la posición económica de nacimiento determinaba probablemente la progresión potencial de un individuo. Los carros eran una rama separada de la infantería, pero no está claro si los miembros de la infantería podían ser ascendidos a una posición en la que una carrera dentro del grupo de los carros fuese asequible. También resulta difícil saber si los soldados rasos (aquellos sin conexiones con la elite) podían acceder a posiciones de alto rango.

ARMAMENTO: LANZAS, MAZAS, HACHAS Y PUÑALES

Las armas egipcias eran similares, si no idénticas, a las de las tierras vecinas, en especial, a Asia occidental. Esto era una consecuencia de la adopción de tecnología de las civilizaciones limítrofes. Una vez se hubo desarrollado un ejército profesional, se cree que la industria egipcia de armamento se convirtió en competencia del gobierno, con talleres militares inicialmente adscritos a los templos, pero transferidos al tesoro real y al cuartel general del ejército más tarde, en el Imperio Nuevo.

Las armas utilizadas por los egipcios fueron estandarizadas durante el periodo dinástico, siendo los tipos principales la lanza, la jabalina, el arco y la flecha y, más tarde, en el Imperio Nuevo, espadas y carros. El conjunto de materias primas específicas utilizadas para fabricar estas armas son madera, cuero, piedra, cobre y –sobre todo en el Imperio Nuevo– bronce. El uso del bronce estaba restringido en los primeros tiempos debido a la falta de estaño en la zona, si bien los egipcios utilizaron extensamente el cobre. Un análisis de varias hachas egipcias ha mostrado que el cobre arsenicado se empleó como aleación deliberadamente desde una época muy antigua, con bronces basados en aleación de estaño que se usaban en una escala limitada. Aunque esta preferencia por las aleaciones arsenicadas no produjo armas tan sólidas, permitió al menos que los egipcios utilizasen el cobre de manera más productiva.



Hacha de oro, fundamentalmente ceremonial, minuciosamente decorada y daga envainada del faraón Ahmosis I. Se encontraron también en la tumba de la reina Ahhotep.

Los carros

El carro egipcio aparece como parte de un proceso de modernización militar al comienzo del Imperio Nuevo. Los egipcios obtuvieron el conocimiento de su tecnología de Canaán, siendo los primeros carros egipcios de la XVIII Dinastía exactamente iguales a los vehículos cananeos contemporáneos.

La estructura ligera del carro egipcio restringía su uso. Su velocidad lo capacitaba para ser usado como una plataforma móvil para que un arquero hostigase abriendo fuego contra la infantería enemiga. Pero es casi seguro que no se empleó directamente contra carros enemigos pues era vulnerable en combate cerrado. No podía emplearse tampoco en terreno montañoso y podía ser inutilizado fácilmente con un simple lanzazo.

Aunque la infantería probablemente jugaba un papel más importante en las campañas reales, el carro estaba estrechamente relacionado con las ceremonias de la elite, por eso la guerra basada en los carros sobrevivió mejor en el registro visual.

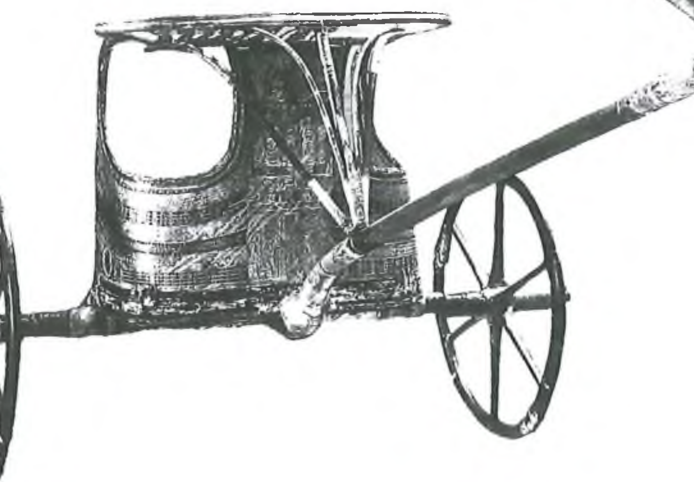
Los seis carros encontrados en la tumba de Tutankamón son especialmente útiles para determinar el proceso de fabricación. La parte baja del vehículo estaba compuesta, como era habitual, por dos ruedas de cuatro radios con el eje instalado hacia la cola. Todos los componentes se fabricarían de madera y se unirían utilizando piel, cuero sin curtir y cola. Se añadían tiras de cuero a la rueda para ayudar a mantenerla unida y protegerla, y el cuero crudo se usaba para reforzar las juntas, los cubos de la rueda, y como soporte del eje. Ese uso tan regular de la cola y el cuero crudo sólo era posible en un clima seco como el de Egipto. Aun así, la protección frecuente de las juntas con envolturas impermeables, como corteza de abedul, indica que el aflojamiento de las juntas debido a la humedad puede haber planteado un problema.

Se cree que el carro del Imperio Nuevo egipcio se situaba en lo tecnológico entre los ejemplares experimentales levantinos de los siglos XVIII-XVII a.C. y el tipo más pesado del I milenio a.C., representado en los relieves asirios. Diseñado para la velocidad, ligereza y estabilidad, se puede decir que es el carro técnicamente más logrado que se fabricó nunca.



Arriba Este carro, representado en una escena pictórica de la tumba de Tutankamón, es más elaborado y ornamentado que los ejemplos físicos de la misma tumba.

Abajo Los carros de la tumba de Tutankamón fueron enterrados en piezas. En su forma reconstruida encontramos la mejor evidencia de cómo fueron construidos, no sólo en Egipto, sino en toda la Edad del Bronce del Mediterráneo.





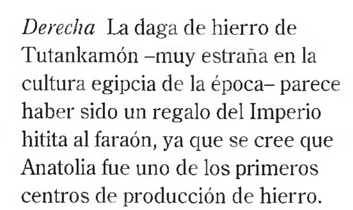
Arriba La Paleta del cazador data de un periodo en el que el conflicto interno y la formación del Estado eran más importantes que las invasiones. Los soldados aparecen armados con arcos y lanzas.

La lanza era el arma de corto alcance principal. Los primeros ejemplares representados en una «paleta del cazador» de la etapa predinástica consiste en una larga asta y una punta con forma de hoja con una púa saliente. En el Imperio Antiguo y en el Imperio Medio los ejemplares de puntas de lanza estaban hechos habitualmente de sílex o cobre y se ataban a las astas de madera con una espiga al final de la punta. En el Imperio Nuevo parece que había bronce disponible para producir puntas de lanza; esto, junto con un aumento en los contactos con Asia occidental, se cree que es el desencadenante de un cambio del diseño, de donde se comenzaron a producir lanzas con un sistema de enmangado de tubo más que una espiga.

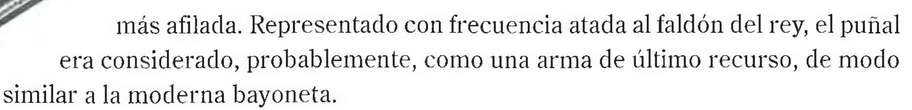
La maza era un arma de ataque de mano básica, que constaba de poco más que un mango con una piedra en forma de pera, manzana o platillo montada en su extremo. Esta arma parece haber sido utilizada más para fines ceremoniales después del Imperio Antiguo, aunque es posible que los los soldados puedan haber llevado la maza por su cuenta como un arma extra para completar el armamento estándar asignado, especialmente por su construcción simple.

Hachas y puñales fueron muy importantes a lo largo de la época faraónica. No sólo están representadas frecuentemente en los muros de tumbas y templos, sino que se han hallado muchos ejemplares en contextos arqueológicos. El puñal se fabricaba habitualmente de aleaciones de cobre, y conservó un diseño invariable, buena parte de la Edad del Bronce. La introducción de técnicas más perfeccionadas de producción en el Imperio Nuevo, permitió, no obstante, a los egipcios producir una hoja más estrecha,





Derecha La daga de hierro de Tutankamón –muy estraña en la cultura egipcia de la época– parece haber sido un regalo del Imperio hitita al faraón, ya que se cree que Anatolia fue uno de los primeros centros de producción de hierro.



Espada en forma de hoz (o *klepesh*), como ésta de la tumba de Tutankamón pudo ser muy efectiva como arma cortante contra la infantería ligera.

más afilada. Representado con frecuencia atada al faldón del rey, el puñal era considerado, probablemente, como una arma de último recurso, de modo similar a la moderna bayoneta.

Se han encontrado una gran variedad de espadas en los contextos funerarios de las dinastías XIX y XX, aunque es difícil de determinar la extensión de su uso. El tipo principal era la espada en forma de hoz (o *klepesh*). Se cree que las técnicas de fabricación para producir esta arma fueron tomadas probablemente de Canaán (que forma parte ahora del moderno Israel), sin embargo, la importación directa, a través de comercio o tributo, puede haber sido frecuente también, como lo demuestra un ejemplar encontrado en la tumba de Tutankhamón.

Los egipcios utilizaban más habitualmente el hacha cortante de tipo espiga, más que el hacha de mango en tubo preferida en el Asia Anterior. Un hacha particularmente frecuente en Egipto durante el Imperio Medio fue el hacha de tres espigas en épsilon. Éste tenía tres agujeros, que permitían que la cabeza de la misma se sujetase por la mitad con cuerdas o pequeños clavos. Las hachas «pico de pato» eran también habituales en el Imperio Medio y siguieron utilizándose durante el siguiente II Periodo Intermedio en el que se desarrollaron formas más redondeadas, antes de que fueran reemplazadas por un arma «tipo» extendida con lados rectos o curvados que se impuso en el Imperio Nuevo. Se cree que este cambio es el resultado de la capacidad de penetración del último tipo, y su diseño una respuesta al desarrollo de la armadura corporal. El hacha siguió siendo un arma importante hasta el fin de la XVIII Dinastía, hasta que fue gradualmente sustituida por la espada en forma de hoz.

EL ARCO Y LA FLECHA

El arco y la flecha eran el arma de largo alcance básica en Egipto desde el comienzo del periodo faraónico. El arco simple fue el primer arco conocido en Egipto, se confeccionaba de una tira de madera casi derecha, recortada en ambos extremos para producir un efecto de estrechamiento. Se cree que las técnicas de producción sufrieron pocos cambios a lo largo de la época faraónica. Exigía que la madera fue suficientemente larga como para curvarse, pero sin romperse, esto puede haberse conseguido sometiéndola al vapor para aumentar su flexibilidad durante el proceso de fabricación. Se conservan arcos simples del Imperio Medio, como los ejemplares encontrados en la tumba de Tutankamón, éstos son especialmente importantes, porque varios de ellos conservan adheridos todavía restos de cuerda de tripa de animal. Han sobrevivido algunas representaciones de periodos anteriores, como las escenas de la tumba de Khnumhotep en Beni Hasan o la maqueta de 40 arqueros nubios de la tumba de Mesehti en Asyut.

La flecha tenía que hacerse de un material ligero, recta como una caña (aunque también se han encontrado astas de madera) a las que se sujetarían puntas de metal, sílex

La vida en un campo militar

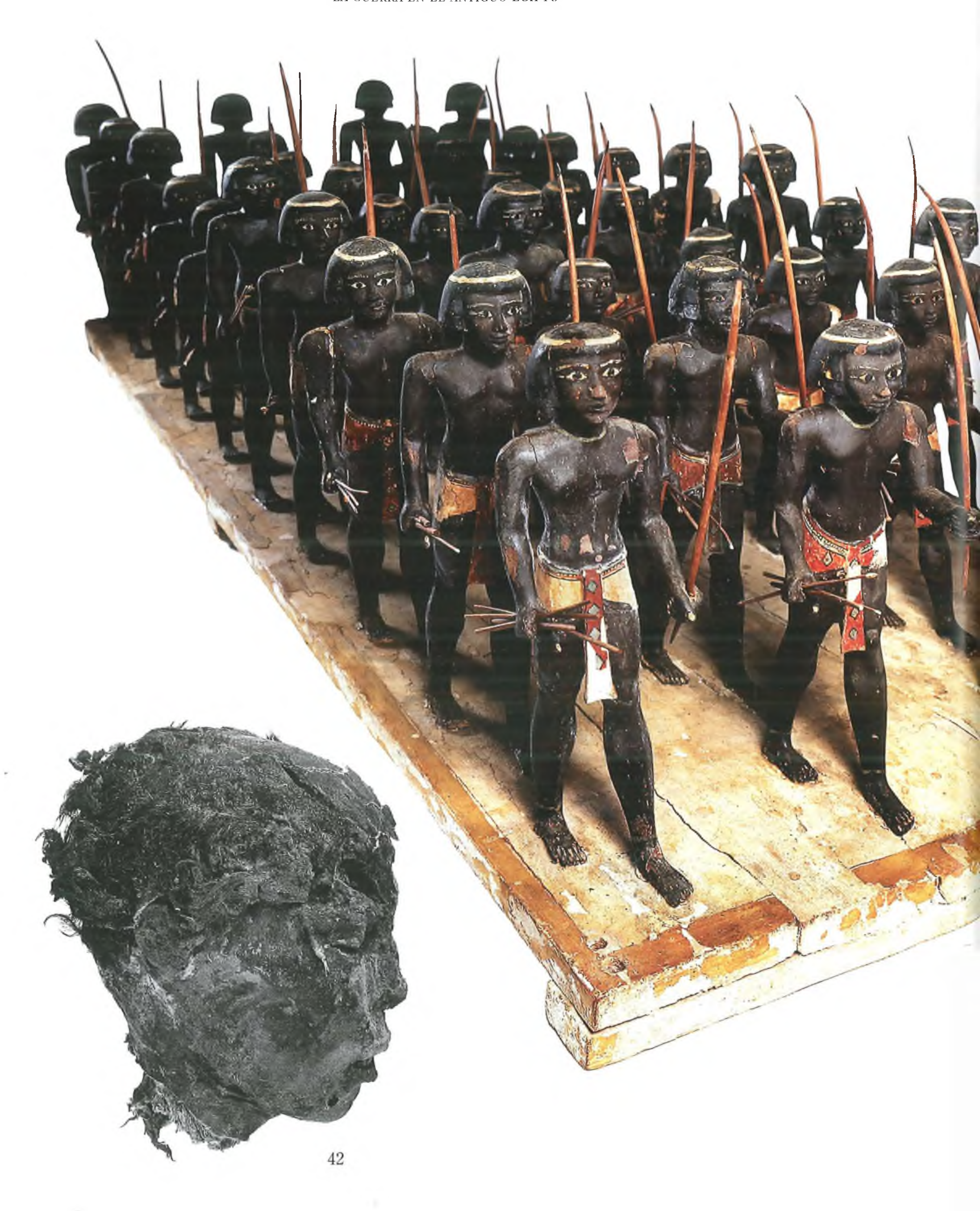
Los relieves que representan la batalla de Kadesh incorporan escenas del interior del campamento principal de Ramsés II. Entre los detalles están los carros de bueyes llevando suministros al campamento, un carro de guerra en reparación, un arquero reponiendo la cuerda de su arco, el interrogatorio y azote de espías hititas, y un soldado sentado cuya pierna herida está a punto de ser curada. Se muestra la magnífica tienda de Ramsés rodeada por las tiendas más pequeñas de sus oficiales y, en otra parte, el rey discute sentado la estrategia con sus generales.

En esta escena de Kadesh, se muestran una multitud de actividades, incluyendo soldados entrenándose, hombres curándose los pies, dando de comer a los animales y preparando las armas para la batalla próxima.

Además de individuos ocupados produciendo alimentos y armas para el ejército, hay también muchos otros trabajadores realizando una extensa gama de contribuciones no militares a la causa. La tumba tebana de Userhet, un oficial del ejército de la época de Amenofis II, contiene escenas de barberos cortando el pelo de los soldados e intendentes repartiendo raciones. Otra tumba en Tebas, de un escriba del ejército del reinado de Thutmosis IV, contiene una representación de ganado que es llevado al campamento como alimento para las tropas. Varios relieves de la tumba del general-faraón Horemheb en Menfis representan un campamento militar en el reinado de Tutankamón. Un fragmento muestra una tienda ya montada y otra que quizá está siendo armada, rodeada de soldados preparando y comiendo su ración. Tres fragmentos mejor conservados de la misma tumba muestran a muchachos llevando odres de agua y comida por todo el campamento, mientras los soldados atienden a los caballos y los asnos, cuidan el equipo de los carros de guerra y establecen tiendas. Las imágenes de las tiendas de los oficiales (incluyendo quizá la del mismo Horemheb) muestran que contenían reservas de alimentos y un taburete plegable, y que estaban siendo escrupulosamente limpiadas por criados. En una de estas escenas se muestra a un escriba en cuclillas escribiendo instrucciones o quizá una lista de provisiones.



La tumba de Userhet, de la XVIII Dinastía, muestra soldados cortándose el pelo. El corte típicamente militar es común en los ejércitos a través de los tiempos, generalmente para inculcar disciplina y *esprit de corps*. Es posible también que en Egipto la forma del corte de pelo se diseñase para proteger la cabeza de un ataque.



La maqueta detallada de los cuarenta arqueros nubios de la tumba de Mesheti del Imperio Medio, muestra una formación ideal de soldados. Cada soldado lleva un arco en su mano izquierda y varias flechas en la derecha, mientras marchan al unísono.

o madera. Se han encontrado flechas con y sin plumas al final de la caña; como la adición de plumas daba mayor estabilidad y precisión, en consecuencia debían emplearse mucho. Del estudio de la balística egipcia se concluye claramente que la flecha emplumada tenía una fuerza considerable.

La introducción del arco compuesto, más fuerte y más eficaz que el arco simple, fue parte de un notable cambio en el equipamiento militar que sucedió al comienzo del Imperio Nuevo. Esta modernización del ejército egipcio se atribuye a la necesidad de mantener la paz con las innovaciones militares de los países vecinos e impedir cualquier repetición de una incursión exterior como la de los hicsos en el II Periodo Intermedio (1650-1550 a.C.). El arco compuesto se hacía de un núcleo de madera con una capa de tendón aplicada al dorso. Una capa de cuerno se aplicaba en el frente y todo el arco se cubría luego con una funda protectora hecha de ceniza o corteza de abedul. Todos los arcos compuestos hallados en Egipto proceden de tumbas, aunque no parecen haber sido particularmente raros o costosos, pues muchos provienen de tumbas no reales.

HERIDAS Y MUERTE EN COMBATE

A fines del III milenio a.C. al menos 60 soldados de la XI Dinastía fueron enterrados juntos en una tumba, excavada en la roca cerca de la de Nebhepetre Mentuhotep II al oeste de Tebas; muchos de ellos habían sufrido graves heridas en la cabeza, recibidas probablemente en el curso de una asedio, y en un caso se descubrió una punta de flecha de ébano afilada clavada en la cuenca ocular. Los cuerpos de los soldados sin momificar envueltos en lino se preservaron gracias a la deshidratación –a pesar de no haber sido embalsamados, estos cadáveres son los cuerpos mejor conservados de todo el Imperio Medio–. La razón por la cual fueron enterrados en grupo y a la vista del cementerio real, se ha conjeturado que se debe a que murieron en alguna acción particularmente heroica, quizá relacionada con la guerra de los gobernantes de Tebas contra la dinastía del norte de Heracleopolis.

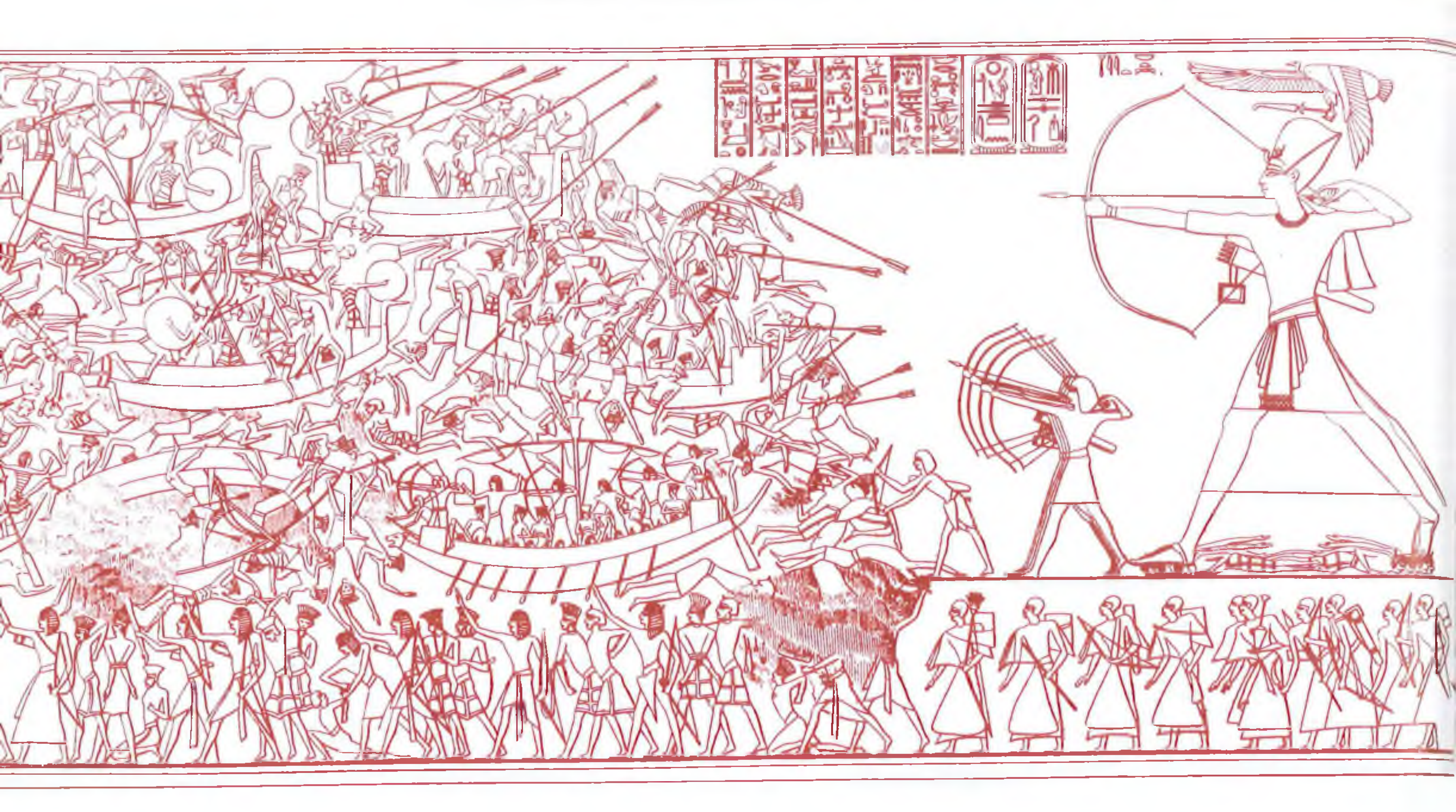
Gonzalo Sánchez, de la Escuela de Medicina de la Universidad de Dakota ha señalado que las representaciones que los artistas hacen de los soldados muertos y heridos en las escenas de batalla ramésidas parecen correctas desde el punto de vista médico. En dos escenas que representan la batalla de Kadesh, Sánchez identifica heridas específicas, en un 70 por 100, de los carros hititas que penetran en el campamento militar egipcio. Halla que la mayoría de estas heridas fueron infligidas desde una dirección frontal sobre el tronco, dando a entender que se produjeron en combate cercano más que con armas de largo alcance.

LA GUERRA EN EGIPTO DESPUÉS DE KADESH: DE LOS PUEBLOS DEL MAR A LOS PERSAS.

Durante la mayor parte de la época faraónica, la intervención egipcia en el Mediterráneo parece haber sido comercial más que abiertamente militar, pero al final del Imperio Nuevo numerosos ejércitos extranjeros llegados por mar comenzaron a poner en peligro la costa del Delta, planteando un nuevo tipo de amenaza. El segundo año del reinado de Ramsés II (*ca.* 1278 a.C.) hubo un razia por parte de piratas sherden, que fueron derrotados e incorporados al ejército egipcio como una fuerza de elite de mercenarios. Éste fue el primer aviso del desafío planteado por una confederación laxa de indoeuropeos errantes (que incluía a los ekwesh, shekelesh, tjeker, weshesh, teresa, sherden, lukka y denyen) a quienes los egipcios denominan como Pueblos del Mar o simplemente «norteños».

En el quinto año del reinado de Merneptah (*ca.* 1207 a.C.), fue rechazada una invasión desde el noroeste a cargo de una alianza de tjehenu (libios), meshwesh y Pueblos

Pagina opuesta. Cabeza de uno de los 60 soldados momificados enterrados en una tumba colectiva en el complejo funerario de Nebpetre Mentuhotep II. Los traumatismos evidentes en los cuerpos y las puntas de flecha encontradas en varias cavidades torácicas indican que murieron en combate. Se cree que estos soldados murieron durante el conflicto de la XI Dinastía cuando los gobernantes locales egipcios intentaban reunificar el país.



del Mar; más tarde, en el octavo año del reinado de Ramsés III (*ca.* 1174), una segunda oleada de Pueblos del Mar llegó a la frontera del Delta. Esta vez estaban aliados con los peleset (filisteos) y su ataque se lanzó desde el nordeste por tierra y mar. Un texto contemporáneo describe el avance de los Pueblos del Mar: «De pronto estos pueblos se pusieron en movimiento, llevando a todas partes la guerra. Ningún país podía resistir sus armas». El ataque por tierra parece haber sido detenido en una batalla cerca de una de las guarniciones de la frontera egipcia en el extremo norte del desierto del Sinaí. Cuando intentaron un audaz ataque por mar, Ramsés III los derrotó de nuevo en una gran batalla naval, que fue descrita en un complejo relieve en el muro exterior norte de su templo funerario en Medinet Habu. A largo plazo, sin embargo, esta solitaria victoria naval parece haber pospuesto lo inevitable, simplemente, y al final de la XX Dinastía gran parte de Siria y Palestina había pasado efectivamente a manos de los Pueblos del Mar. El relato de la desafortunada misión comercial de Unamón muestra que, en la época del sumo sacerdote Herihor (*ca.* 1075), al final de Imperio Nuevo, la marina egipcia ni siquiera pudo conservar sus suministros tradicionales de madera de cedro del puerto levantino de Biblos.

Las últimas batallas de los faraones egipcios fueron desesperadas luchas defensivas, muy alejadas de la edificación de un imperio militar en los Imperios Medio y Nuevo. Significativamente, muchas de las acciones militares del III Periodo Intermedio y la Baja Época, tuvieron lugar en suelo egipcio, cuando sucesivas oleadas de extranjeros se aprovecharon de la debilidad económica y política de su viejo enemigo. En el 671 a.C. los ejércitos del rey asirio Asarhaddón capturaron Menfis. En una inscripción de Senjirli, Asarhaddón describe el suceso con gran deleite: «Yo puse sitio a Menfis ... y la conquisté en medio día por medio de minas, brechas y escaleras de asalto; la destruí, derribé sus murallas y la incendié. Su "reina", su presunto heredero, sus otros hijos, sus posesiones, caballos, incontable ganado mayor y menor, los llevé como botín a Asiria».

Página opuesta. En la batalla naval de Ramsés III contra los Pueblos del Mar, los soldados egipcios se representan sobre los barcos combatiendo a las fuerzas invasoras cuerpo a cuerpo, mientras más arqueros y honderos egipcios lanzan proyectiles en la masa.



Derecha. Este grupo de «Pueblos del Mar» capturados representados en Medinet Habu, fueron apresados después de su combate contra las fuerzas de Ramsés III. Se describen en un rótulo adjunto como «los que se rindieron de Pelest» y se cree que son un grupo cultural que seguidamente se estableció en el Levante después de su fracasada invasión de Egipto.

Durante la Baja Época, los egipcios comprobaron que no estaban exentos del ciclo recurrente de conquista, pillaje, servidumbre y rebelión que ellos habían impuesto durante tanto tiempo a los pueblos de Nubia y Siria-Palestina. Humillados por los superiores, tanto desde el punto de vista tecnológico como táctico, ejércitos de los asirios, persas y macedonios, los egipcios ya no pudieron ser considerados como actores principales en el juego de la dominación del Mediterráneo Oriental.



3 La guerra en el Próximo Oriente antiguo

FECHAS CLAVE

***ca.* 3500-3100 a.C.** Periodo de Uruk; expansión; invención de la escritura.
***ca.* 3000-2334 a.C.** Protodinástico; uso de los primeros carros de guerra.
***ca.* 2334-2193 a.C.** Dinastía de Akad.
***ca.* 2112-2004 a.C.** III Dinastía de Ur.
***ca.* 1894-1595 a.C.** I Dinastía de Babilonia (Imperio paleobabilónico).
***ca.* 1700-1450 a.C.** Antiguo reino hitita. Saqueo de Babilonia (1595 a.C.).
***ca.* 1550-1250 a.C.** Imperio de Mitanni C.
***ca.* 1450-1200 a.C.** Imperio (nuevo) hitita.
***ca.* 1365-1057 a.C.** Imperio medio asirio.
911-605 a.C. Imperio neoasirio
883-859 a.C. Asurnarsirpal II; campañas victoriosas en el Oeste.
858-824 a.C. Salmanasar III; extensión del Imperio.
747-727 a.C. Tiglat- Palasar III; reforma la organización provincial.
721-705 a.C. Sargón II; Urartu es contenido.
704-681 a.C. Senaquerib; Nínive se desarrolla como capital imperial.
680-669 a.C. Asarhaddón; conquista de Egipto.
668- *ca.* 627 a.C. Assurbanipal; Elam devastado, la revuelta de babilonia es aplastada.
625-539 a.C. Imperio neobabilónico.
539 a.C. Conquista de Babilonia por Ciro.

Detalle de la Estela de los Buitres (*ca.* 2500 a.C.) mostrando la infantería de elite de Eannatum de Lagash. Aparecen equipados con armadura de tiras cruzadas y casco, con largas lanzas en su mano derecha y la típica hacha de bronce del tipo protodinástico en la izquierda.

El lapso de tiempo que abarca este capítulo es de al menos 2500 años (3200-539 a.C.), en términos reales, la mitad de toda la historia escrita. Además, en este periodo tan inmenso, estamos tratando no con una sino con muchas culturas o civilizaciones que se extienden sobre una extensa y variada área geográfica que incluye Anatolia, Siria, el Levante (Siria y Palestina), Mesopotamia (esencialmente el Iraq actual), Arabia e Irán. Nuestras fuentes incluyen muchas imágenes de escenas militares en estelas conmemorativas, decoración figurativa en relieve sobre piedra y pinturas murales en palacios, así como placas, azulejos, incrustaciones, sellos e impresiones de sellos; ahora bien, su interpretación no es sencilla. Además, desde fines del IV milenio a.C. los textos conservados, escritos en su mayoría en tabletas de arcilla casi indestructibles, incluyendo considerables cantidades de inscripciones oficiales y cartas, archivos administrativos y de negocios, y correspondencia privada. Estos textos nos dan una visión incomparable del funcionamiento de las estructuras militares del Próximo Oriente antiguo, pero una vez más, estos documentos tienen que manejarse con precaución pues su mensaje a veces superó está influido por la ideología oficial y la propaganda. Finalmente, algunas regiones parecen tener una menor significación histórica simplemente por haber suscitado mucha menos atención arqueológica que otras. Por todas estas razones, Próximo Oriente en su conjunto sólo puede aquí recibir un tratamiento conciso, la atención principal estará en Mesopotamia y su zona de influencia, donde la combinación de fuentes pictóricas y textuales es más rica.

LOS ORÍGENES

La civilización, tal como la entendemos hoy, surgió en Próximo Oriente durante el IV milenio a.C., muy probablemente como resultado del intenso cambio climático, sobre las llanuras aluviales que flanquean los grandes ríos Tigris y Éufrates en el sur de Mesopotamia, y los ríos Karun y Kerkha del sudoeste de Irán. El aumento en la disponibilidad de tierra cultivable, muy fértil, aseguró un rápido crecimiento de la población en el sur de Mesopotamia. Cuando el clima continuó haciéndose más seco, y una parte cada vez más importante de la llanura potencialmente productiva estuvo disponible para las poblaciones que florecían, se hizo imprescindible un considerable sistema de regadío –pues, al contrario que otras zonas, había demasiada poca lluvia para la agricultura de secano–. La necesidad de reclutar y dirigir el trabajo imprescindible para la actividad económica, la irrigación, los canales y otras grandes obras públicas demandó formas más complejas de organización social, comunicación y registro en el sur, densamente poblado, que en otras regiones limítrofes. Dado que éstas eran también las herramientas básicas para una organización militar eficaz, no causa sorpresa que la estructura de los primeros ejércitos se base, claramente, en las empleadas para las brigadas de trabajadores en los proyectos civiles. En el mundo antiguo, aún más que hoy, la naturaleza y estructura del ejército, la sociedad, la economía y el Estado estaban directamente relacionados y eran interdependientes.

Al comienzo del periodo parece que la población del sur de Mesopotamia, o Sumer, estaba compuesta de dos grupos étnicos principales: los que vivían al sur y hablaban

Arriba. Mapa mostrando los yacimientos principales y las áreas mencionadas en este capítulo. Los cursos de los ríos Tigris y Éufrates, diferían en la Antigüedad del actual.



sumerio y los que, predominantemente en el norte, hablaban una lengua semítica conocida como acadio. Ambos grupos parecen haber compartido una común, aunque «diversa», cultura sumeria. Los primeros testimonios históricos muestran que el sur de Mesopotamia estaba dividido políticamente en unas cuantas ciudades-Estado pequeñas pero densamente pobladas y pueden indicar que el Estado septentrional de Kish era el más grande y algunas veces hegemónico. Los centros urbanos eran generalmente extensos y llegaron a estar fuertemente defendidos con fortificaciones de adobe o ladrillo cocido. Algunas ciudades eran realmente grandes: las murallas de la ciudad de Uruk (construidas según la tradición por el semilegendario Gilgamesh) tenían 11 km de circunferencia.

A pesar de los considerables recursos humanos de Sumeria, no hay fuentes locales de piedra, madera de buena calidad o minerales, y las ciudades-Estado del llamado Periodo Protodinástico (*ca.* 2900-2334 a.C.) rivalizaban entre sí para obtener el control de las rutas de comercio o las fuentes de abastecimiento de esas materias primas esenciales –una situación agravada por el conflicto endémico entre los Estados por las vías fluviales y la tierra fértil–. Por supuesto, la necesidad de recursos naturales parece que muy pronto condujo a una extraordinaria, pero de muy corta duración, expansión de la civilización «sumeria» en Irán, norte de Mesopotamia, Siria y sur de Anatolia en el periodo prehistórico tardío de Uruk. Los sellos de este periodo en Mesopotamia y el sur de Irán representan escenas de guerra, y también hay evidencias arqueológicas de conflictos armados y destrucción de centros urbanos locales en estas áreas «colonizadas», como Tell Hamoukar en Siria. Las representaciones artísticas muestran que el arco y

la lanza pesada se usaban tanto para la caza como para la guerra. Aunque las representaciones no están del todo claras, el tipo de arco representado es el característico, de doble curva con extremos curvados hacia atrás que indicarían una construcción avanzada, compuesta de varias capas de madera, cuerno y tendón. El arco como arma aparece también en tablillas arcaicas de Uruk y Elam, con cantidades de «flechas» o de «arcos y flechas», distribuidos a los funcionarios. Otras armas conocidas por la arqueología incluyen hondas, puntas de jabalina, mazas de piedra y hachas de cobre simples. Incluso antes, un almacén en el pequeño yacimiento neolítico tardío de Umm Dabaghiyah contenía más de 1.000 hondas y muchos más proyectiles para lanzar. Las flechas se hacían de caña, modeladas con hojas o puntas de pedernal atravesadas. Incluso con estas limitadas evidencias, está claro que se trata de una tradición militar ya madura cuyos orígenes deben ser anteriores a la evidencia pictórica y textual que conocemos.

La historia del III milenio a.C. en Mesopotamia muestra varios elementos que se verán una y otra vez en Próximo Oriente. El primero es la compleja, también a veces violenta, interacción entre poblaciones y modos de vida seminómadas y sedentarios; el segundo es el conflicto constante que busca crear unidades políticas mayores tanto en Mesopotamia, como luego, a través de la expansión por medios militares, en las zonas circundantes. La contrapartida de esta construcción de Estados es el sucesivo colapso de estas organizaciones durante periodos después identificados por sus sucesores como de anarquía antinatural. En este periodo hay pruebas de que los soberanos, de la Época Protodinástica, Eannatum de Lagash (*ca.* 2450 a.C.) y luego Lugalzagesi de Uruk establecieron imperios de breve existencia en el sur de Mesopotamia con una influencia limitada en territorios de Siria y Elam.

Pagina anterior, abajo. La estela de piedra procedente de la ciudad de Uruk (hoy Warka, Iraq) muestra a un rey cazando leones en dos escenas. En la superior con una lanza, en la inferior con un arco compuesto y arcos rematados con puntas atravesadas, probablemente de sílex u obsidiana (*ca.* 3000 a.C.). Los leones aparecen heridos con varios flechazos, lo que puede indicar el uso de una técnica de disparo rápido.

Sin embargo, hacia el 2330 a.C., Lugalzagesi fue derrotado y barrido por Sargón (*Sharru-kin*, «rey legítimo», 2334-2279 a.C.) de Akkad en un momento decisivo en la historia de Mesopotamia y del mundo. Por primera vez, el acadio se convirtió en idioma para inscripciones oficiales y los hablantes semíticos del norte adquirieron un predominio político absoluto. Sargón y su dinastía crearon el primer verdadero imperio



Derecha. Un sello de arcilla (*ca.* 3000 a.C.) procedente de Susa en el sudoeste de Irán con una impresión hecha por un cilindro sello. La escena completa se ha reconstruido y representa a un rey disparando una flecha con un arco compuesto a tres adversarios desnudos, uno de los cuales está huyendo y el resto ya han recibido una flecha. A la derecha está un templo sobre una plataforma decorada con cuernos (símbolo de divinidad).



Arriba. Fragmento de una estela de piedra del periodo de la Dinastía de Akkad, mostrando un soldado con un hacha en forma de media luna escoltando prisioneros atados y desnudos. Se encontró en la acrópolis de Susa, a donde había sido llevada en la antigüedad (probablemente como botín).

Abajo: Una incrustación en piedra caliza (*ca.* 2500-2400 a.C.) de la ciudad de Ebla, que muestra a un arquero sin armadura. Aunque raramente sea representado en Sumer en esta época, sin embargo el uso del arco como arma es conocido por fuentes textuales.

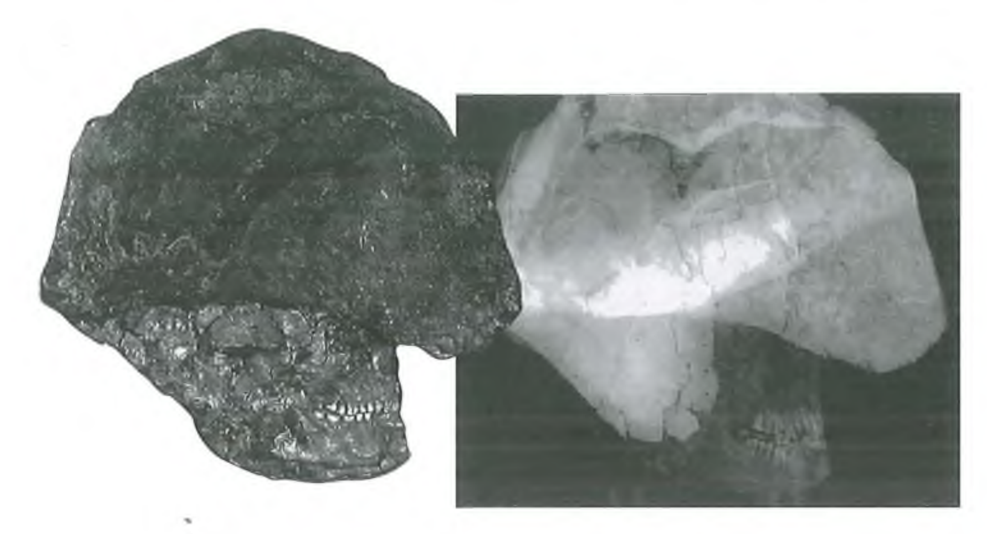
mundial e introdujeron un nuevo concepto de realeza y de Estado. Establecieron un estándar real conspicuo y un éxito figurado que posteriores generaciones de soberanos podían solamente intentar emular. La diferencia más significativa respecto de los Estados anteriores estaba en las posibilidades y el ámbito de las operaciones militares. Los reyes de Akkad llevaron sus operaciones muy lejos de Mesopotamia; la más espectacular fue la campaña naval a la tierra de Makkan (que probablemente fuera o bien Omán o bien el sur de Irán), y estas campañas parecen haber tenido objetivos esencialmente económicos para asegurar rutas de comercio o por botín.

LOS EJÉRCITOS EN EL TERCER MILENIO A.C.

La primera narrativa histórica coherente en el mundo es un relato de una serie de guerras libradas por territorios y derechos sobre el agua en Sumer. Fue librada por la ciudad-Estado de Lagash en nombre de su dios protector Ningirsu contra la ciudad vecina de Umma (Tell Jokha) durante un periodo de unos 150 años a partir del 2500 a.C. El más famoso de estos documentos, encontrado en el yacimiento de Tello (antigua Girsu) en 1881, es una fragmentaria estela de piedra ilustrada en relieve con escenas que representan un episodio de este dilatado conflicto y se conoce hoy como la Estela de los Buitres (por los detalles de los pájaros dándose un festín con los caídos). Los protagonistas principales representados son, sin embargo, el dios con su carro y portaestandartes divinos en una cara y, en la otra, el soberano victorioso de Lagash, Eannatum, montando en su carro ante una falange de sus soldados. Éstos aparecen marchando, en formación bien ordenada, sobre el enemigo muerto y despojado, y armados con hacha y lanza, protegidos con armadura de tiras cruzadas en el pecho y cascos puntiagudos, y detrás de un muro de grandes escudos rectangulares. Otras producciones artísticas, por ejemplo, el famoso Estandarte de Ur (de *ca.* 2600 a.C.), muestran tropas muy similares, aunque en este caso, llevaban amplias capas para protegerse, en lugar de las tiras cruzadas y los escudos. La extremada importancia de este personal altamente entrenado y las unidades de defensa se aprecia en parte de la extensa inscripción de la estela de «los Buitres»: «... alguien disparó una flecha a Eannatum. La flecha le atravesó y apenas podía moverse. Por eso gritó».

Se conocen escenas de victoria protodinásticas de elaboración similar en otros lugares del sur de Iraq, aunque habitualmente se presentan en forma de concha u otras incrustaciones –como en el Estandarte de Ur–. También se conocen ejemplos fragmentarios, por ejemplo de Kish y de Siria, en Mari (Tell Hariri) sobre el Éufrates, y más espectacularmente de Ebla (Tell Mardikh), que representan un gran número de arqueros equipados de forma ligera con arcos largos del mismo tipo, además de las tropas de elite que se representan con más frecuencia.

El aspecto más sorprendente de estas representaciones, la sofisticación técnica del equipamiento militar, tanto ofensivo como defensivo, y su homogeneidad, puede confirmarse fácilmente con la arqueología. Leonard Wooley excavó cascos de cobre, aún en las cabezas de sus propietarios, en el Cementerio Real de Ur en los años veinte, del mismo tipo exactamente que los que se muestran en el arte protodinástico contemporáneo. La tipología del hacha de bronce con cabeza también ha sido encontrada en el Cementerio Real de Ur, en Kish y en otras partes. El tipo más co-



Arriba. La cabeza de un soldado de la «Tumba Real», PG789 en Ur (Tell al Muqayyar), tal como se conservó llevando puesto aún un casco de cobre/bronce. Aplastado y deformado después del sepelio, los rayos X muestran que su apariencia original era realmente idéntica a las representaciones contemporáneas (véase abajo) y revela los detalles de su fabricación. Nótense los agujeros alrededor del borde del casco para sujetar un suave forro interior y un reborde.

rriente es un arma de hoja estrecha con un filo cortante en el extremo y una hoja interior, una forma muy especializada de intentar perforar blancos desde arriba –presumiblemente cascos rellenos de bronce-cobre– aunque también formaban parte del arsenal militar otras de hojas cortantes anchas, en forma de media luna.

Las puntas de lanza excavadas son tanto grandes picas de bronce como jabalinas más pequeñas, encontradas éstas en tumbas del Cementerio Real en conjuntos de cuatro. Estos concuerdan con las representaciones de jabalinas en aljabas de carros y posiblemente indican que estas tumbas eran las de los conductores de carros de clase superior. El armamento de este tipo, básico, sigue utilizándose, con variaciones menores de diseño, en todo Próximo Oriente hasta comienzos del II milenio a.C. Las armas

Abajo. Este enigmático objeto (fechado en el 2600 a.C.) llamado convencionalmente el Estandarte de Ur (aunque su propósito no se conoce –era posiblemente la caja de resonancia de un arpa–), se encontró en el Cementerio Real de Ur. Está hecho de incrustaciones de concha, caliza roja y lapislázuli fijadas en asfalto sobre una base de madera (descompuesta hace mucho). Esta escena representa los resultados de una batalla victoriosa: el enemigo derrotado es perseguido por carros de cuatro ruedas, mientras que los prisioneros desnudos son escoltados ante un soberano por soldados que llevan cascos y capas protectoras.



Esta escena de la Estela de los Buitres (*ca.* 2500 a.C.) muestra la falange en orden cerrado de Lagash avanzando en la batalla detrás de su soberano, Eannatum. Sólo las cabezas de la primera fila se ven por encima de los grandes escudos de cuerpo entero. En la escena mayor, parece haber cuatro hombres armados con lanzas largas, seis portando escudos y uno, quizá un oficial armado con un hacha, en el extremo derecho. Seis astas de lanzas están a la vista, así que la formación tenía al menos seis al fondo, y posiblemente representa una compañía de 60-100 hombres. Tales formaciones mixtas de lanceros y portadores de hachas protegidos por los escuderos son mencionadas también por inventarios contemporáneos.

de proyectil eran arcos, hondas y jabalinas, mientras que las armas de combate cerrado incluirían picas, lanzas, jabalinas, hachas, mazas, puñales y espadas con forma de hoz. La espada de forma de hoz era un arma de bronce cortante sofisticada, con una hoja curva en una empuñadura recta y con un borde cortante en el borde exterior de la hoja.

Los escudos, conocidos por fuentes pictóricas, no han sido encontrados en las excavaciones. En la Estela de los Buitres, la infantería de la falange se presenta en seis filas cerradas (indicadas por seis hileras de lanzas alzadas que sobresalen) detrás de un frente de seis escudos rectangulares que cubren desde el cuello hasta el tobillo, decorados con grandes protuberancias circulares. Habitualmente se mantiene que estos escudos de gran tamaño eran para proteger o apoyar en el suelo. Era como «una pantalla para el ejército» en el combate a campo abierto y durante los asedios, más que como escudo individual.

ORGANIZACIÓN MILITAR EN EL III MILENIO A.C.

En la Sumeria protodinástica, los palacios del Estado y los templos funcionaban como grandes unidades administrativas y económicas, organizando el comercio y empleando miles de arrendatarios en talleres y en la tierra. Estos hombres y mujeres estaban organizados en equipos según su profesión, bajo la supervisión de «comandantes» **(ugula)***, «capitanes» **(nu-banda)** y, en las posesiones de los templos, por «superintendentes» y «administradores». En tiempo de guerra un soberano de una ciudad podía movilizar a esos arrendatarios para el servicio militar, cuya duración y condiciones no están enteramente claras. El pago se realizaba en raciones y ropa, y más tarde en el periodo acadio parece que también con asignación de tierra para soldados profesionales.

En sumerio, tanto los trabajadores como los soldados eran denominados **erin,** mientras que los soldados profesionales, guardias y criados eran conocidos como **Shub-lugal,** o **aga.ush,** y probablemente formaban parte del personal del palacio.

* el texto en negrita y en cursiva en este capítulo representan los idiomas sumerio y acadio, respectivamente.

Textos de *ca.* 2600 a.C. de Shurrupak (Tell Fara), que en este momento estaba sometida a la poderosa ciudad de Kish, describen una gran casa real. Pero en muchos casos, los títulos ostentados por estos hombres eran probablemente honorarios y reflejan el estatus de quienes los detentan como criados en la casa real. Se dice, por ejemplo, que Sargón de Akad fue una vez el «copero» del rey de Kish. Un texto afirma que un artesano de Kish había reparado su carro en el taller del palacio de Shurrupak, lo que da a entender que algunos empleados de la casa real luchaban en carros. Ciertamente, el soberano de la ciudad de Umma tenía una unidad de elite de 60 vehículos, de igual manera que, una gran cantidad de équidos eran parte de la responsabilidad de uno de los departamentos administrativos de la contemporánea Ebla en Siria.

Estela de la Victoria de Naramsín de Akad (*ca.* 2254-2218 a.C.). El divinizado Naramsín, llevando un casco con cuernos que proclama su divinidad, avanza decidido ante los estandartes de su ejército y las filas de sus hombres portando un hacha, arco y lanza, ascendiendo laderas boscosas en una campaña contra los montañeses al este de su reino. Naramsín se hizo famoso por ganar nueve batallas en un solo año.

Las unidades militares parecen haber tenido un tamaño fijo. Aunque el tamaño de una brigada de trabajadores variaba según la naturaleza del trabajo. Las unidades mayores se componían de 670-680 hombres y se describían como «yendo al combate» en textos de Shurrupak. También en unidades de 800-300 hombres en una gran lista de tropas de Ebla.

En el reinado de Sargón de Akad tenemos la primera indicación auténtica de fuerzas militares considerables de tipo profesional, cuando se dice que la casa de Sargón contaba con 5.400 hombres (llamados *guruš* en acadio). Estaban acuartelados en el palacio de Sargón en su capital de Akad, donde «comían pan diariamente ante el rey», y podían constituir nueve unidades de 600 hombres. Se pensaba que el uso militar de los primeros carros había declinado rápidamente después del Periodo Protodinástico, pero los sellos excavados en Tell Brak en Siria, mostrando carros y jinetes a caballo en combate, dan a entender ahora otra cosa distinta. Los carros parecen haber sido usados todavía como monturas rápidas para mensajeros, y se mencionan unos «caminos para carros» en algunos textos. Hay pruebas de que en el Periodo Protodinástico se utilizaron mercenarios extranjeros, de fuera de Mesopotamia, y esto continuó con Sargón, con evidencias de la existencia de mercenarios de Elam, los montes Zagros y del oeste.

Para superar las tradiciones, fuertemente independientes, de las ciudades-Estado conquistadas, Sargón reemplazó a sus soberanos por sus propios gobernadores, que eran responsables también, probablemente, de los destacamentos militares en sus distritos. El resplandor de Akad fue breve y, más tarde, sería recordada como una dinastía que quizás aspiró a demasiado. Después de las revueltas generalizadas, el poder en Mesopotamia regresó de nuevo a la ciudad-Estado y a las fuerzas exteriores, como los bárbaros de las tribus guti de la región de los Zagros.

El siguiente intento exitoso, pero igualmente breve, de establecer una sola entidad política en Mesopotamia fue protagonizado por los soberanos de la III Dinastía de Ur (*ca.* 2112-2004 a.C.). Al contrario que los imperialistas reyes de Akad, ellos no recalcaron exageradamente sus éxitos militares. En lugar de ello, las inscripciones que nos llegaron se concentran en proyectos píos y civiles: la excavación de canales, la reconstrucción de templos y la restauración del orden. Se llevaron a cabo campañas al norte y al este, las

Carros y guerra montada

Los primeros vehículos de combate aparecen en torno a 2800 a.C. Eran esencialmente carros ligeros con un frente protector, costados bajos y cuatro o dos ruedas compuestas macizas (con tres secciones de madera), y con un simple timón con un tiro de cuatro asnos u otros équidos. El control de la dirección se hacía por medio de un aguijón (una vara con un clavo en el extremo) y el frenado se hacía con las riendas atadas a un anillo nasal; así pues, aunque estos primeros vehículos eran bastante rápidos, eran difíciles de girar y de dominar. Los primeros carros tirados por asnos eran vehículos monoplaza, el segundo ocupante estaba atado al carro. Éste lanzaba jabalinas, probablemente, mientras, por ejemplo, el carro forzaba la ruptura de las formaciones enemigas o perseguía tropas en retirada.

Los asnos montados en combate aparecen también tempranamente en el registro artístico y textual. Los caballos parecen haber sido de utilización frecuente en la III Dinastía de Ur (hacia el 2100 a.C.). Los carros de cuatro ruedas dejan de ser representados como vehículos de existencia real y los carros de dos ruedas se hacen cada vez más ligeros, tirados por caballos e incorporando ruedas radiales a principios del II milenio a.C. Desde 1700 más o menos, las evoluciones de estos vehículos perfeccionados, combinadas con la invención de nuevas formas de armadura completa para hombres y caballos, desemboca en el *chariot-system* o guerra basada en el carro de combate, que dominó la guerra en Próximo Oriente durante casi 1000 años. El diseño del carro de guerra sólo cambió de forma importante en el I milenio a.C. con el uso creciente de los jinetes en una guerra montada (actuando al principio en parejas como si fuesen los ocupantes de un carro sin vehículo). Se fueron desarrollando diferentes sistemas de atalaje y yugos, y los vehículos pudieron llevar a varios tripulantes, con más de cuatro hombres y con tiros mucho mayores de tres o cuatro caballos.







Arriba. Maqueta de cobre (de Tell Agrab, Irak) de un carro de dos ruedas y cuatro asnos.
Izquierda. El rey Asurnasirpal II de Asiria (883-859 a.C.) en un nuevo tipo de carro con un timón sólido en forma de «Y».
Derecha. Una placa de arcilla de Mesopotamia con una representación temprana de monta a caballo en el III milenio a.C.



Esta impresión de un cilindro-sello muestra la aparición de los veloces carros de combate entre los siglos XVIII y XVII a.C. Representado normalmente como una montura para arqueros de la elite, en su forma final, de siglo VIII A.C., éste se ha vuelto un vehículo acorazado con cuatro integrantes y cuatro caballos. Esta forma probablemente refleja una especialización progresiva.

últimas aseguraron Elam para el imperio, y se emprendieron proyectos masivos de fortificación para proteger la frontera occidental «como una red para pájaros» de las depredaciones de pueblos seminómadas conocidos como **martu** (los «occidentales» o amoritas).

Los gobernadores **(Ensi)** administraban ciudades y sus distritos adyacentes a través de una burocracia asombrosamente rigurosa. Éstos eran trasladados con frecuencia de una ciudad a otra, bien para impedir que se desarrollasen fuertes lazos locales que supusiesen una amenaza para el rey, o bien para utilizar el talento de un hombre competente en zonas problemáticas. Los deberes de un gobernador eran: mantener el orden en su ciudad, recaudar impuestos, mantener las infraestructuras locales en buen estado y mantener al rey informado de los sucesos de la zona. Las comunicaciones se mantenían a través de la utilización de numerosos mensajeros reales, viajando por carreteras bien guardadas, como corredores o a lomo de caballo o mula. Las responsabilidades militares de un gobernador estaban concentradas en el cargo de «general». Los dos tipos de funcionario existen uno al lado del otro en algunas provincias, aunque en ocasiones estaban concentrados en una persona (a menudo en zonas remotas), cuya seguridad dependía del ejército. Los hombres empleados en tareas civiles y militares al mando de esos gobernadores parecen haber sido reclutados como antes. Las tropas reales eran llamadas **erin-lugal** o **lu tukul,** «hombres del rey» u «hombres en armas». En las provincias fronterizas había una provisión especial de concesiones de tierra en arriendo **(gun mada)** para la manutención de las tropas de frontera.

UN NUEVO MILENIO

En el periodo que sigue al colapso de la II Dinastía de Ur, en los primeros años del II milenio a.C., hay un asentamiento generalizado de amoritas en los viejos centros urbanos de Mesopotamia y Siria; éstos fueron asimilados culturalmente con rapidez. El proceso de urbanización gradual subsiguiente creó numerosos pequeños reinos amoritas, de lo cuales los más importantes eran Alepo (Yamhad), Qatna, Mari, Larsa y, con el tiempo, Babilonia. El Estado más poderoso en la Mesopotamia septentrional era gobernado por Shamshi Adad I (1813-1781 a.C.) mientras que la mayor parte del área al sur de Babilonia estaba controlada por Rimsin (1822-1763 a.C.) de Eshnuna. Sin embargo, al final de su reinado, desde estos poco prometedores comienzos, Hammurabi de Babilonia (1792-1750 a.C.) se alzó triunfante, derrotando a todos sus vecinos a través de una paciente estrategia de guerra, alianza y astucia.

La organización militar en los Estados amoritas parece haber sido muy similar, de hecho, podemos ver que la organización tribal amorita se combinaba con aspectos de la tradición mesopotámica. El elemento amorita en la comunidad parece haber sido favorecido militarmente, como demostraba el grado militar superior de «Jefe Amorita» *(rab amurrum).*

Los soldados eran reclutados a través de la institución del *ilkum:* una obligación de servir al rey a cambio de una concesión de tierra. Los beneficiarios de *ilkum* tenían que servir en servicio de guerra en campañas reales, funciones policiales o trabajo (como excavar canales y construir fortificaciones). Según el famoso Código de Hammurabi, si un soldado no acudía al llamamiento o enviaba un sustituto, el castigo era la muerte. Si un soldado era cogido prisionero y su tierra se concedía a otro, si regresaba, ésta sería devuelta a su propietario original –junto con la obligación del *ilkum*–. Además, el templo o el Estado pagarían el rescate necesario para recuperar al cautivo. Los funcionarios que se apropiasen de la concesión de tierra de un soldado o abusasen del sistema de otra manera eran susceptibles de sufrir la pena capital.



El famoso Código de Hammurabi (*ca.* 1792-1750), inscrito en esta estela de granito negro incluye varios edictos relativos a la ley militar, mostrando cuán íntimamente ligado estaba el sistema militar de reclutamiento con la vida civil. Ésta, como muchas piezas icónicas de arte mesopotámico, fue descubierta en Susa, adonde había sido llevada como botín con motivo de exitosas campañas elamitas de época posterior.

La mayor parte del ejército se componía de infantería organizada en compañías, de las que había dos tipos principales: tropas «plenamente equipadas» y tropas «ligeras». Las últimas se empleaban especialmente para organizar emboscadas o escaramuzas, y podían incluir guías y exploradores. Las tropas estaban equipadas por los arsenales de palacio y los talleres, y se desplazaban a menudo y eran suministradas por medio de botes, haciendo un uso exhaustivo de las redes fluviales; aparte de esto el aprovisionamiento se confiaba a animales de carga y carros. Se usaban sistemas sofisticados de señales de fuego para alertar de un ataque inminente y movilizar a las fuerzas armadas para la defensa. Los carros eran ahora vehículos rápidos de dos ruedas tirados por caballos, pero no figuran de forma destacada en la guerra del momento y el número de ellos utilizado parece ser pequeño.

Se conocen ejércitos de 20.000, 30.000 y hasta 60.000 hombres para este periodo, pero se mencionan con más frecuencia fuerzas menores de 100, 1.000, 2.000 y 10.000 hombres. Se depositaba una gran confianza en contingentes aportados por tribus seminómadas aliadas o súbditas de los reinos amoritas y en los aliados extranjeros: un contingente enviado a Mari desde Llamad ascendía a 10.000 hombres, otro, de Hammurabi, ascendía a 10.500, y una conocida carta afirma que 15 reyes aliados obedecían a Hammurabi de Babilonia. Otra carta de Shamshi Adad I, que por un momento dominó la mayor parte del norte de Mesopotamia y administró Mari (situada en el curso medio del Éufrates, en la unión de rutas de comercio) a través de su disoluto hijo Yasmah Adad, dio instrucciones para la construcción de un «fuerte» ejército de campaña: 3.000 hombres habían sido ya reunidos para su servicio militar y 2.000 fueron reclutados por Yasmah Adad de los campamentos tribales. Sólo se necesitaron 1.000 guardias, sumando un total de 6.000. A éstos se añadirían 10.000 hombres enviados por Shamshi Adad. Se esperaba, asimismo, la llegada de otros 6.000 soldados aliados de Eshnuna.

LA ERA DEL CARRO DE GUERRA: 1600 a.C. a 745 a.C.

Entre los siglos XVI y XV a.C. iba a darse un cambio radical en la naturaleza de la guerra en Próximo Oriente. En este periodo, el carro rápido, que se conocía desde hacía 200 años, alcanzó finalmente su pleno potencial militar cuando se emparejó con la armadura defensiva para el caballo, vehículo y tripulación y con un armamento ofensivo completo para el combate a pie y montado (arco compuesto, un gran número de flechas, jabalinas, armas de mano y lanzas pesadas). Mantenidos bajo patronato real por una aristocracia militar, el concepto del *chariot-system* (guerra organizada en torno al carro de guerra), iba a reinar de manera absoluta en todo Próximo Oriente durante casi 1.000 años y en forma modificada se extendió a los Estados de la Edad del Bronce Egeo, a la India y China.

Una pista sobre los orígenes de este desarrollo puede encontrarse en los nombres más comunes para la armadura de metal en el Próximo Oriente: todos derivan de la palabra hurrita *sharyani*. Durante el III milenio a.C. los hurritas de las montañas comenzaron a formar un elemento creciente en las poblaciones de Siria y el norte de Mesopotamia. En el siglo XVII a.C. se habían constituido en estas regiones varios Estados hurritas y en el siglo siguiente una confederación de estos Estados, entre el Éufrates y el Tigris, conocida como el reino de Mitanni, se había hecho con el dominio de la mayor parte de Siria y el norte de Mesopotamia. Las habilidades en la equitación y en la guerra con carros se asociaban de manera especial con los hurritas, y una clase aristocrática de ciudadanos llamados *mariannu*. La categoría de *mariannu* estaba ligada con tenencias de tierras y podía ser hereditaria; ahora bien, no todos los conductores de carros eran *mariannu*, ni todos los *mariannu* poseían carros. En el reino hurrita de Arrapha, en el norte de Mesopotamia, encon-

Campaña, sitio y batalla

El Próximo Oriente antiguo era un mundo de ciudades, asentada cada una sobre importantes rutas y caminos, y controlando el territorio y los recursos de su *hinterland*. Por esta razón, las artes de la fortificación y las técnicas de la guerra de sitio se desarrollaron desde época muy temprana. En contraste con la tradición occidental, el triunfo en batallas aisladas importaba menos en términos de prestigio, los relatos escritos, en cambio, se centran en las campañas en su conjunto y la captura de centros urbanos clave.

La estrategia neoasiria requería que las ciudades fuesen capturadas rápidamente antes de que la estación de la campaña finalizase y el arte del asedio alcanzó un máximo de eficiencia. Los arietes son mencionados tan tempranamente como el III milenio a.C. en textos de Ebla, y hay algunas escenas en cilindros-sello del protodinástico que parecen representar torres de sitio (en forma de carros de cuatro ruedas con una escalera detrás de una alta fachada protectora) o arietes. Las máquinas de sitio podían ser prefabricadas en talleres de la ciudad y transportadas luego al teatro de operaciones, a veces en barca. Semejantes trenes de asedio eran, desde luego, torpes y pesados, y nos encontramos con máquinas que son quemadas para impedir que caigan en manos del enemigo.

Numerosos textos matemáticos tratan sobre la construcción de rampas de tierra para capturar ciudades. Éstos eran ejercicios para que los escribas resolviesen, dando a entender que el proceso de asedio y captura de una fortificación enemiga era tan programable y cuantificable como en la Europa de la Edad Moderna.

Las batallas en campo abierto son tratadas en términos estilizados en el arte y la literatura, con representaciones de combate limitadas a menudo al soberano y su entorno inmediato persiguiendo a un enemigo ya derrotado y con textos que centran la atención en el avance hacia el combate y la enumeración de enemigos muertos y capturados. En contraste, la mecánica real de la batalla –lo que sucedió realmente– es muy poco conocido. Hay, no obstante, una descripción de un combate en un texto literario paleobabilónico en la forma de un simple, pero sofisticado y polisémico símil (evocando a Ishtar, diosa de la guerra y del amor carnal):

«Las filas que se retuercen se retorcerán para atrás y para adelante,
Dos mujeres dando a luz, bañadas en su propia sangre.»

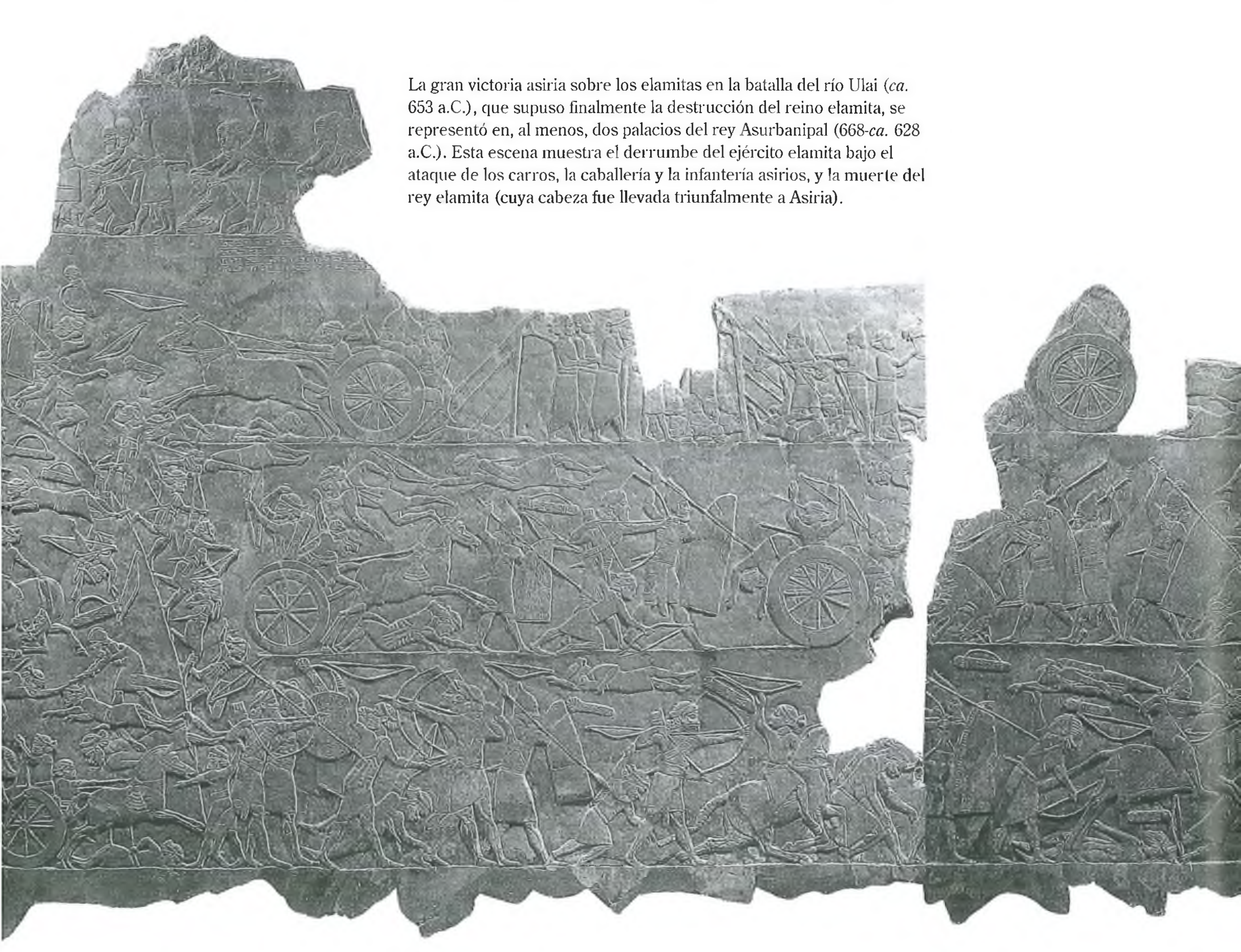
Este relieve en piedra caliza, procedente del palacio principal del rey Tiglat-Pileser III (745-727 a.C.), muestra un asalto asirio a la ciudad de U[pa], en el sur de Turquía. Lanceros aliados o súbditos con cascos con penachos ascienden las escaleras mientras una maquina de sitio ataca bajo la cobertura de los arqueros. Éstos están protegidos por pantallas o manteletes de mimbre. Las máquinas de asedio neoasirias parecen haber sido hechas para parecer poderosas bestias, con arietes modelados como cabezas de jabalíes, o, como en este relieve, con máquinas construidas para parecer elefantes.



tramos carros *mariannu* y una milicia de infantería alistada que sirve como *alik ilki*, «el que cumple la obligación *ilku*», igual que en la contemporánea Asiria. Presionados tanto por Egipto como los hititas y luego por Asiria, el reino de Mitanni se hundió finalmente en el siglo XIII a.C., pero la influencia hurrita-mitannia en la organización del ejército y el armamento fue muy profunda y puede verse en los Estados de Próximo Oriente de los que poseemos información, desde el Egipto del Imperio Nuevo a los hititas (e incluso la Grecia de la Edad del Bronce), al Imperio Medio Asirio y la Babilonia kasita.

Asiria parece haber capeado las calamidades del final de los siglos XII y XI a.C. mejor que la mayoría de los demás Estados de Próximo Oriente. Los últimos reyes del Imperio Medio Asirio llevaron a cabo numerosas campañas contra poblaciones tribales arameas nómadas, a veces cruzando el Éufrates y llevando sus incursiones al corazón de sus tierras en Jebel Bishri, pero a pesar de estos esfuerzos el reino cayó en una fuerte decadencia después del reinado de Asur Bel Kala (1073-1056 a.C.).

Se hace evidente una importante recuperación asiria a partir del reinado de Tukulti-Ninurta II, con niveles máximos de la misma en los reinados de los reyes neoasirios Asurnasirpal II (883-859 a.C.) y su hijo Salmanasar III (858-824 a.C.)



La gran victoria asiria sobre los elamitas en la batalla del río Ulai (*ca.* 653 a.C.), que supuso finalmente la destrucción del reino elamita, se representó en, al menos, dos palacios del rey Asurbanipal (668-*ca.* 628 a.C.). Esta escena muestra el derrumbe del ejército elamita bajo el ataque de los carros, la caballería y la infantería asirios, y la muerte del rey elamita (cuya cabeza fue llevada triunfalmente a Asiria).

ORGANIZACIÓN Y RECLUTAMIENTO DEL EJÉRCITO NEOASIRIO

La costumbre mitanni y unos pocos indicios procedentes de un pequeño número de antiguos textos da a entender que el concepto de *dullu* o *ilku*, mejor conocido por fuentes más tardías, formaba la base del reclutamiento de los ejércitos de Asiria en la época del Imperio Medio y la neoasiria. En su forma básica, este concepto parece implicar la obligación de todos los súbditos de servir al rey, no necesariamente en una función militar, durante un periodo limitado cada año, aunque había grandes excepciones a esta regla. Los habitantes de la ciudad de Asur, por ejemplo, reclamaron la exención privilegiada durante la mayor parte de este periodo, y así, en otras circunstancias, el servicio personal podía ser conmutado por el pago en dinero o en especie, o el equipamiento de un sustituto en lugar de los sujetos al *ilku* que servían en persona realmente. Este sistema tenía grandes desventajas: exigía un alto grado de control burocrático (aunque en esto los asirios destacaban), no se acomodaba fácilmente a la necesidad de especialistas y podía ser motivo de alteración económica y agrícola, con el servicio de trabajadores cada vez más lejos de la patria a medida que el Imperio se extendía. Más importante aún, el sistema podía, y lo hacía claramente, proveer recursos militares a magnates locales ambiciosos en épocas de debilidad del poder central, en cuanto que parece que los magnates reunían y posiblemente mandaban sus propias fuerzas para el ejército real.

Salmanasar III murió en el 824 a.C. en medio de la rebelión y la guerra civil. La gran revuelta contra Salmanasar en Asiria al final de su largo reinado parece haber sido causada, al menos en parte, por las exigencias crecientes de *ilku* sobre los asirios derivadas de sus constantes campañas. Salmanasar fue sucedido por una serie de reyes débiles que fueron incapaces de impedir la pérdida de la autoridad real a manos de poderosos magnates ni de mantener las conquistas de Asiria frente al poder creciente del Estado de Urartu. Adad Nirari III, que obtuvo algunos éxitos militares modestos, ascendió al trono como menor de edad, con su madre Sammuramat actuando como regente. Las fuentes asirias la recuerdan a ella en una victoriosa campaña con su hijo contra los medos, lo que daría lugar a las historias griegas sobre Semiramis.

En el 745 a.C. Tiglat Pileser III usurpó el trono y procedió a reformar radicalmente el gobierno de Asiria. Se restauró y reforzó la autoridad real y Tiglat Pileser alteró los fundamentos del Estado acelerando y formalizando la creación de un ejército profesional, regular. Este ejército se hizo con la inclusión selectiva de territorios conquistados como provincias asirias gobernadas por funcionarios reales, éstas estaban sometidas también al *ilku*, en lugar que limitarse a cobrar un tributo. Las deportaciones en masa de poblaciones a través del imperio para castigar a los rebeldes pretendían también, probablemente, romper lealtades locales y establecer reservas de recursos humanos a disposición del rey por todo el imperio. La misma Asiria fue reorganizada en provincias más pequeñas y los territorios que no se consideraba conveniente anexionar, por ser más útiles como Estados-tapón, se supervisaban estrictamente a través de un *qepu* o supervisor real. Se estableció un eficiente sistema de postas y correos y el rey mantenía un estrecho control sobre las provincias y recibía informes detallados de inteligencia sobre otros Estados a través de espías y mercaderes, alguno de los cuales llegó hasta nosotros.

En aplicación de estas reformas, el ejército neoasirio de época posterior parece haber estado compuesto de tres categorías principales de soldados: la guardia de elite real; profesionales con largo servicio del *kisir sarruti (la s con signo diacrítico)*, o «cuerpo real»; y reclutas con servicio más breve, los «hombres del rey», levados de todas las provincias del imperio sirviendo en el ejército en unas condiciones fijas en cumplimiento de sus obligaciones para el Estado y que formaban la base



Arriba. Los relieves asirios eran originalmente de colores brillantes, pero éstos raramente se conservan. Este azulejo vidriado policromado de Asurnasirpal II ofrece alguna pista de cómo podrían haber sido estos colores. El rey bebe de un cuenco bajo un dosel, armado con un arco compuesto angular. Adviértase el soldado de caballería desmontado con un casco de bronce, escudo en su espalda, un carcaj trenzado con correa de brillante color y una jabalina con punta de hierro.

del ejército anterior a la reforma, como se expuso anteriormente. Además estaba el importante y gran *s'aglute,* o «legión extranjera», creada con tropas de guardia deportadas de reinos conquistados. Cada categoría comprendía carros, caballería e infantería, aunque los asirios nativos puede que sólo sirviesen como tropas montadas. Además del ejército regular, los soldados y fuerzas navales de Estados clientes podían ser movilizados, y se hacían levas irregulares de soldados de regiones sometidas.

El reclutamiento estaba en manos de *rab kisri* profesionales, o «jefes de compañía», nombrados por responsables ante él, que recibían la concesión de una serie de poblados de los que recuperar, entrenar y mantener a sus compañías. Cada compañía estaba formada por hombres que probablemente se conocían entre sí y tenían lazos familiares que podían ayudar a incrementar la cohesión y la moral de la unidad. El verdadero nombre de una compañía, *kisru,* conocido desde la III Dinastía de Ur, significa «nudo», el término implica cohesión y fuerza.



El análisis de los registros de revista sugiere que cada año los mejores de aquellos que eran elegibles para el servicio serían concentrados en puntos de reunión *(pirru)* para servir como soldados de primera línea o como reserva para reponer bajas, mientras que los demás se emplearían como trabajadores en proyectos estatales. Los hombres con profesiones o habilidades especializadas podían emplear éstas para cumplir sus obligaciones al servicio del Estado, posiblemente, aunque no necesariamente, fabricando material directamente para el ejército, como uniformes, armaduras o armas, más que sirviendo como soldados o peones. El servicio en teoría estaba limitado a un periodo fijo, probablemente a unos pocos meses cada año después de la cosecha, pero en la práctica, las necesidades militares podían traer como consecuencia un servicio prolongado.



Arriba. Esta banda de bronce es parte del revestimiento decorativo de una puerta de madera del palacio de Salmanasar III en Imgur-Enlil (la moderna Balawat, Iraq). Muestra en dos registros casi todo el repertorio de la representación artística del siglo IX a.C. La guerra neoasiria: el asalto de ciudades, ciudades fortificadas que actúan como depósito de suministros para el ejército; carros apoyados por la caballería persiguiendo al enemigo; la recepción de prisioneros y el tributo al rey.

LAS REFORMAS DE SENAQUERIB Y ASARHADDÓN

La reforma del ejército no terminó con Tiglat-Pileser III. Otros cambios sustanciales se iniciaron con Sargón II y Senaquerib (donde nos encontramos a más de un *rab sha reís* o jefe de eunucos, uno de los mandos militares más elevados en la jerarquía asiria) y por Asarhaddón. Los dos últimos reyes, en especial, aumentaron el tamaño de la guardia y el cuerpo de oficiales: Asarhaddón «añadió tropas egipcias al *kisir sharruti* y aumentó la guardia de carros, la guardia de caballería, los oficiales *shaknute ma'assi,* los oficiales *shaknu,* los especialistas y *kallapani*».

El ejército regular estaba compuesto por dos elementos principales: la elite de palacio y las tropas de la guardia, y unidades de soldados profesionales permanentes. Había evidentemente un gran número de tropas de la guardia de alta calidad, que en parte habían ascendido de los mejores de las tropas regulares.

LAS TROPAS DE PALACIO

La guardia personal del rey, que casi con certeza tiene su origen en el Imperio Medio Asirio, era llamada *sha shepe,* «a los pies (del rey)». Hacia el siglo VIII a.C., los *sha shepe* consistían en, al menos, dos cuerpos: uno de carros, probablemente un escuadrón de 50 vehículos; y una gran formación de caballería, quizá creada antes, a principios del siglo IX a.C. En el informe detallado de la octava campaña de Sargón II, dirigido al dios Azur, se dice que esta unidad de caballería constaba de 1.000 hombres, y que estaba siempre acuartelada al lado del rey. Aquí se describe también el nombre de su oficial jefe, en este caso, el hermano del rey. También existía una unidad aparte, pero poco conocida de «Carros de Palacio» *(ekal mugirri).*

Las otras guardias del palacio, los *qurubtu* o *s'ha qurbute,* estaban compuestas de carros, caballería *(pethal qurubtu)* y, probablemente, infantería. La gran reforma de la guardia durante el reinado de Senaquerib creó unidades adicionales «de la izquierda» y «de la derecha» (conocidas ya desde el reinado de Sargón II). El rey parece haber asignado unidades de palacio separadas a miembros importantes de la familia real: el príncipe heredero, la reina y la reina madre. Ser miembro de la guardia era una posición de alta categoría y gran responsabilidad: podían asignarse *qurbuti* a otras unidades, o incluso ser designados para mandarlas. Un papel especial era el de reunir nuevos reemplazos para los hombres del rey y actuar como representante del rey resolviendo disputas relativas al reclutamiento.

Hay muy poca información textual referente a los guardas de a pie, aunque se muestran invariablemente formados en filas ordenadas ante el carro real en los relieves del palacio. Es muy interesante al respecto la afirmación de Herodoto de que los reyes persas aqueménidas marchaban siempre acompañados por una caballería escogida de 1.000



El ejército asirio hizo un uso extenso de tropas de aliados y de dependientes. Este relieve del palacio de Senaquerib (704-681 a.C.), en Nínive, muestra a dos soldados de la guardia asirios en traje corto. El lancero de la derecha lleva un traje casi idéntico al de los defensores de la ciudad de Lachish en Judá (véase el recuadro siguiente). Probablemente fuera un miembro del regimiento samaritano.

efectivos y una unidad de 1.000 hombres de la guardia de 10.000 infantes apodados, supuestamente, como «los Inmortales». La unidad de caballería es notablemente similar a la de caballería de 1.000 hombres *sha shepe* del periodo neoasirio y parece muy probable que el tamaño, estructura y organización de la guardia asiria de infantería, fuese similar. Un cuerpo de 10.000 infantes de infantería neoasiria no parece disparatado como la columna vertebral del ejército.

El EJÉRCITO REGULAR

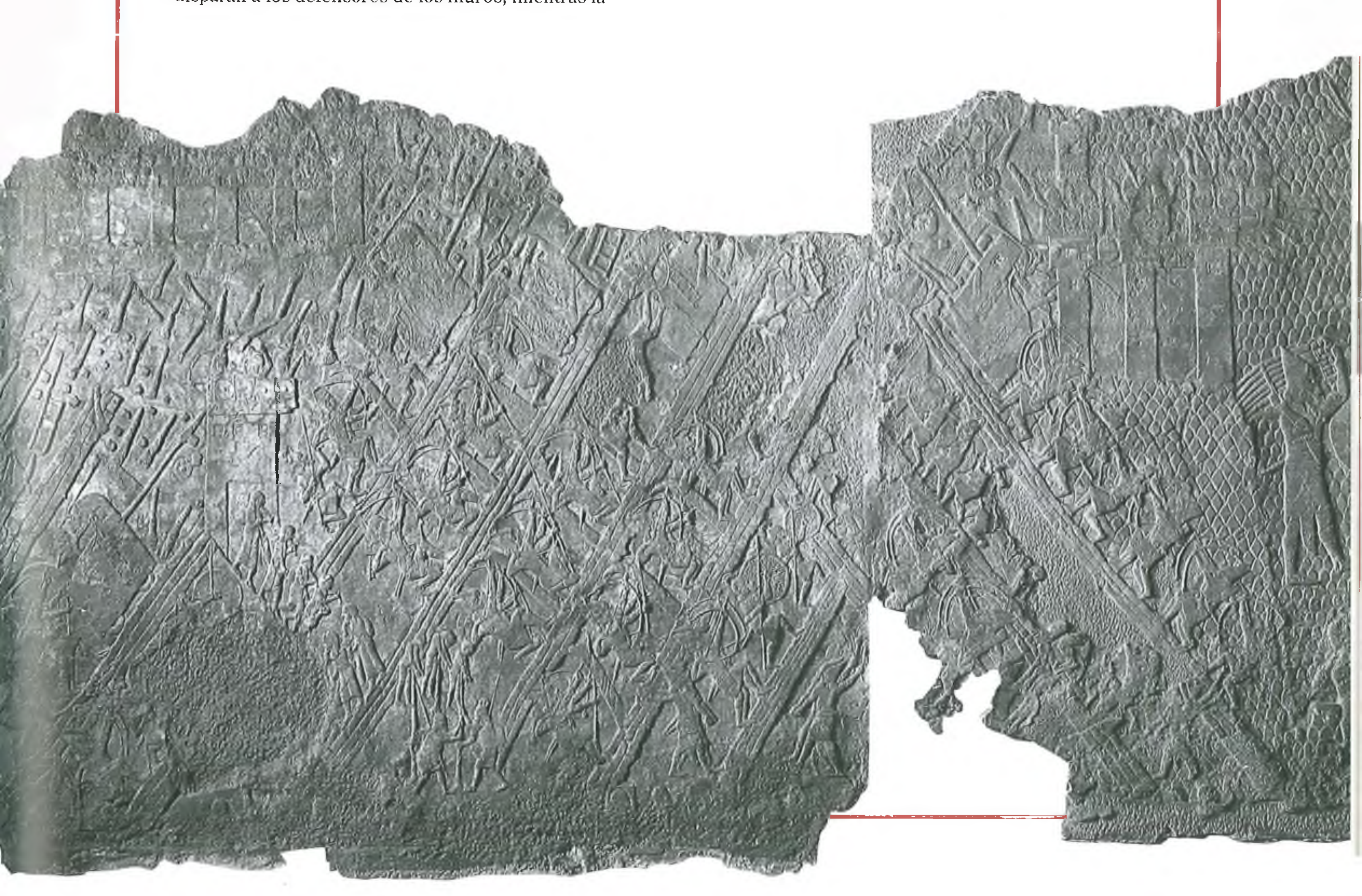
Además de la guardia, el núcleo del ejército del Periodo Neoasirio Final fue administrado por un jefe eunuco en un conjunto de unidades administrativas al parecer permanentes, o regimientos. Estos regimientos eran denominados según las áreas

El asedio de Lachish

Los detallados relieves del sitio de Lachish muestran los métodos usados contra una gran fortaleza, la más poderosa fortaleza del rey Ezequías de Judá, durante la campaña de rey asirio Senaquerib en el Levante, en el 701 a.C. Una rampa de tierra, reforzada con madera y revestida, se muestra proyectada contra el muro –los restos de la rampa han sido identificados por el más reciente excavador del yacimiento–. La madera usada en la construcción era un punto débil, y a veces los defensores podían procurar incendiarla, lo cual era también arriesgado porque, como un relato asirio cuenta, se intentó pero, con un cambio de viento, las llamas retrocedieron y debilitaron la muralla del enemigo.

Sobre la rampa se ve un camino de madera, dispuesto para proporcionar una buena superficie de avance de las máquinas de sitio de cuatro ruedas. Éstas usan «arietes» puntiagudos para desprender ladrillos y piedras de los muros. Detrás de ellos, honderos y arqueros protegidos con pesadas armaduras, situados detrás de grandes escudos de caña (manteletes), disparan a los defensores de los muros, mientras la infantería asiria, con arqueros ligeramente equipados que disparan en su apoyo, asalta la muralla con escalas de asalto. Los defensores tratan de detener a las máquinas arrojando antorchas inflamadas e incluso carretas ardiendo, pero cada máquina tiene una tripulación que refresca su refugio con agua (también se conocen intentos de anular las máquinas de sitio atrapando el ariete con una cadena, colgada de las almenas). Parece probable que la escogida y bien equipada caballería y las tripulaciones de los carros desmontasen durante los asedios. Y los grupos de tres o cuatro hombres disparando detrás de pantallas (que representan a esas tripulaciones) son un elemento habitual de los relieves asirios de asedios.

Estos relieves del Palacio de Senaquerib en Nínive, muestran el clímax de un asedio asirio. Los desesperados defensores arrojan antorchas o incluso carros intentando destruir las máquinas de asedio asirias.





Los asirios parecen haber adoptado su uniforme militar de la etapa final, con prácticas mallas y botas de los pueblos montañeses del este (posiblemente iranios). Esta sección de una pintura mural del centro provincial asirio de Til Barsip muestra guardas en traje corto situados detrás del rey sentado en un trono con ruedas (sólo se ven ahora sus pies). Muestra que las mallas cortas asirias, o calcetines largos, y botas se disponían brillantemente en filas alternas de color.

geográficas o los grupos étnicos de su reclutamiento original o las ciudades que los albergaban, y parecen haber incluido carros, caballería e infantería. Los textos de Nimrud, datados en *ca.* 716-710 a.C., registran cinco unidades reclutadas de las provincias originales de la gran Asiria –enumeradas en lo que parece ser un estricto orden de precedencia– y sus respectivos *rab urâte/rab kisri* o «jefes de equipo/capitanes». La de más categoría, la mayor y, probablemente la más antigua de estas unidades regulares, era el regimiento «asirio», seguido del regimiento «ciudad de Arrapha», luego, los «arameos», la «ciudad de Arzuhina», y finalmente el regimiento «ciudad de Erbil».

El número de estas unidades regulares fue aumentando, claro está, a medida que la influencia asiria alcanzaba más regiones. Por ejemplo, el regimiento «caldeo» fue constituido y agregado a los cinco regimientos territoriales en torno al 709 a.C. Un regimiento separado y evidentemente de elite «etnico» de los *kisir sharruti* fue formado bien por Salmanasar V o bien por Sargón II de las tropas de guardia de la conquistada Samaria en *ca.* 726/725 a.C. Esta gran unidad, con 50 carros, se mantuvo como un cuerpo distinto, como los regimientos territoriales.

Finalmente, además de los regimientos del ejército regular y otros regimientos regulares «étnicos», los textos de Nimrud también enumeran la elite ecuestre y la legión extranjera de antigua tradición, o «regimiento de deportados», bajo sus propios jefes. Esta unidad, o unidades, se aumentaba con frecuencia con la adición de guardias, montados y a pie, de reinos conquistados. Probablemente incorporó tropas de los poderosos Estados neohititas y arameos del norte de Siria, tales como Carchemish y Hamat, y, más tarde, fuerzas de Elam y Egipto. Cuerpos de deportados análogos (normalmente arqueros y sus familias) se conocían por textos administrativos de comienzos del Imperio Medio Asirio asignados al rey y a las casas de magnates asirios.

De acuerdo con las escasas cifras proporcionadas por las fuentes, aparentemente un regimiento de *kisir sharruti* podía tener unos efectivos de entre 50-300 carros, 200-600 jinetes y 500-3.000 infantes.

LOS RECLUTAS

Los «hombres del rey», que formaban la base del ejército anterior a la reforma, como se señalaba arriba, cumplían el servicio militar como su *dullu* u obligación hacia el rey. Ellos proporcionaban carros, caballería e infantería y podían ser reclutados de las provincias bajo el mando de sus gobernadores locales. Hay ejemplos en tiempos de los últimos reyes asirios de hombres del rey sirviendo durante tres años o más, y puede suponerse que la eficiencia y entusiasmo de estas unidades variaría mucho. Las cartas hablan de deserciones y pequeños motines así como confirman la confianza y competencia de los asirios y otros grupos, en especial los arameos itu'aya: «Yo les envié a su *shaknu* con estas palabras: "Venid, pasad revista ante mí y os daré vuestro equipo de combate", pero ellos rechazaron venir y (en vez de eso) lo maltrataron...».

Con este ejército soberbiamente equipado y organizado, y bajo una dinastía de capacidad excepcional, el diminuto Estado neoasirio dominó y transformó absolutamente Próximo Oriente durante un periodo de unos 200 años. No obstante, las rivalidades por el trono fueron una gran debilidad, y a fines del siglo VII a.C. las agotadoras guerras civiles socavaron la fuerza de Asiria. Ya en el siglo VIII a.C. las demandas de hombres para el ejército habían producido quejas de oficiales afirmando que sus soldados eran muchachos solamente, y los poderosos regimientos de la guardia (reclutados en todo el imperio y más allá) pueden haber sido incluso, hacia el final, una quinta columna –siguiendo la sugerencia de que una proporción importante de sus hombres eran proporcionados por los medos–. Entre el 614 y el 612 a.C., una guerra enconada con una resurgida Babilonia llevó al desastre cuando los medos atacaron también. Los babilonios y los medos forjaron una alianza, y en el 605 a.C. Asiria habia dejado de existir. No obstante su legado militar y administrativo perduró, parte en el Estado neobabilonio, parte en las provincias asirias del oeste, posiblemente en parte también en la misma Media y, finalmente, y más sorprendentemente, en el ejército del poderoso imperio aqueménida (véase el siguiente capítulo).



4 El poder del Imperio persa

FECHAS CLAVE

559–530 d.C. Ciro el grande gobierna sobre el Imperio persa.

539 d.C. Conquista de Babilonia.

530 d.C. Ciro muere en batalla contra los masagetas.

530–522 d.C. Cambises II.

522–486 d.C. Darío I.

490 d.C. Batalla de Maratón.

486 d.C. Muerte de Darío I.

486–465 d.C. Jerfer I.

480 d.C. Batalla de las Termópilas.

480 d.C. Batalla de Salamina.

***c.* 465 d.C.** Paz de Callias.

423–405/4 d.C. Darío II Oco.

401 d.C. Batalla de Cunaxa.

386 d.C. Paz de Antalkidas.

358–338 d.C. Bajo Artajerjes III Oco el Imperio revive.

336–330 d.C. Darío III.

333 d.C. Batalla de Issos.

331 d.C. Batalla de Gaugamela.

330 d.C. Darío III es asesinado.

Página opuesta (66): Dos inmortales del muro de ladrillo policromo incendiado del palacio de Darío en Susa. Sus pendientes de oro y brazaletes denotan su estatus.

Derecha. Dibujo compuesto de una impresión de sello encontrado en varias tablillas en Persépolis fechadas en el reinado de Darío. La inscripción elamita nos informa de que el sello pertenecía a «Ciro el anshanita, hijo de Teispes». Se ha sugerido que este sello es una reliquia, y que perteneció a Ciro I, el abuelo de Ciro el Grande.

El imperio persa fue la primera de las entidades imperiales de Próximo Oriente en pasar a ser más que la simple extensión de un poder nacional. Como pequeña nación que era, los persas no tenían la demografía suficiente para imponer su cultura sobre la masa de pueblos que conquistaron y se vieron obligados a adoptar nuevas técnicas militares y administrativas. Se introdujeron mecanismos de planificación familiar para aumentar la población persa, la administración provincial fue encomendada a los sátrapas, que mandaban fuerzas locales, y se confió mucho en fuerzas de mercenarios. Al final, no obstante, estas políticas minaron la eficiencia del gobierno central del Estado y contribuyeron mucho a su decadencia militar y su caída.

EL ASCENSO DE LOS PERSAS

Al finales del II milenio a.C., los iranios se introdujeron en Irán y se dispersaron hacia el oeste y el sur. Uno de los pueblos iranios, los persas, se instalaron en lo que más tarde se convirtió en su patria, Persis, y se hicieron súbditos de los elamitas, que habían dominado la zona desde tiempos antiguos. En el 646 a.C. los asirios invadieron Elam y devastaron su capital, Susa. En lo sucesivo, el rey en Susa fue un *primus inter pares* de un grupo de soberanos elamitas, uno de los cuales gobernaba sobre Persis desde la ciudad oriental de Anshan. Mientras tanto, el reino iranio septentrional de Media, bajo Fraortes (647-625) y Ciaxares (625-585), ganó suficiente poder para vencer a los asirios. En el reinado del siguiente rey medo, Astiages (585-550) el reino de Anshan se había convertido en Estado vasallo de Media.

Las circunstancias bajo las que Ciro el Grande (559-530 a.C.), rey en Anshan, acabó con dominación meda en 550-549 son oscuras. Según una fuente mesopotámica, el «Cilindro de Ciro», Astiages invadió Anshan, su ejército se amotinó, y él fue derrotado y hecho prisionero. Ciro se puso en marcha y tomó Ecbatana, la capital meda. En el lapso de una sola generación, el modesto reino de Anshan se transformaría en





Quedan pocas representaciones que muestren a la caballería lidia, que en su día fue una de las más poderosas fuerzas militares en Asia. Esta acuarela reproduce un fragmento de cerámica pintada con un jinete solo. La caballería lidia parece haber confiado sobre todo en el uso de una larga lanza.

una gran potencia mundial. Sin embargo, las campañas de Ciro no siempre fueron exitosas y la primera expansión de Persia estuvo llena de reveses.

La frontera occidental del Imperio medo con el reino de Lidia estaba fijada en el río Halys. Ciro se vio pronto abocado al conflicto con el rey lidio Creso y llamó a todos los pueblos sometidos a los lidios a separarse de su autoridad. Los reyes de Chipre se sometieron de buen grado al conquistador persa, mientras que, con la excepción de Mileto, las ciudades griegas permanecieron leales a Creso.

Aunque los medos eran famosos como jinetes, los persas mismos no habían formado aún un importante cuerpo de caballería. Los lidios también eran famosos como jinetes y confiaban en la victoria. Según una leyenda, Ciro alcanzó la victoria en el 547 enviando camellos a la batalla. Los caballos lidios se asustaron y huyeron ante esas extrañas criaturas. Quizá en este momento los persas decidieron formar una fuerza de caballería eficiente. Ciro gobernó a los lidios con mano ligera hasta que se produjo una revuelta encabezada por Paktyes. Según Herodoto, a los lidios se les ordenó en lo sucesivo «llevar túnicas bajo sus capas y botas en sus pies, y enseñar a sus hijos a tocar el arpa y el laúd, y practicar el comercio». Al dejar de ser instruidos en el arte de la guerra, los lidios dejaron de tener importancia militar.

Herodoto nos dice que los sakas y los bactrianos no estaban incluidos en el Imperio medo, así que Ciro debe ser quien sometió a esos pueblos. Bactria fue incorporada al Imperio tras la caída de Sardes, la capital lidia. En una campaña posterior el ejército de Ciro se quedó sin víveres y tuvo que recurrir al canibalismo hasta que los arimaspios llegaron con 30.000 carretas con provisiones. Este episodio tuvo lugar probablemente en la provincia de Helmand, en el sur de Afganistán. De aquí en adelante fueron recompensados con el título de «benefactores» del rey. Se afirma también que Ciro hizo campañas en la India. A su regreso a Persia, su ejército se encontró con el desastre en el desierto de Gedrosia: sólo se libró Ciro con siete hombres.

Ciro invadió Babilonia en el año 539. El modo en que luego se culminó la conquista es algo envuelto en el misterio, pero Ciro obtuvo una gran victoria en Opis sobre el Tigris y Babilonia cayó. Ciro adoptó el título de «Ciro, rey del mundo, gran rey, poderoso rey, rey de Babilonia, rey de Sumer y Akad, rey de las cuatro partes». Su imperio fue el primero en gobernar sobre prácticamente todo el mundo conocido.

La última campaña de Ciro, en el 530, fue en Asia Central. El propósito parece haber sido estabilizar la frontera norte del Imperio sometiendo a sus turbulentos vecinos







nómadas. La ciudad de Ciropolis *(*kuruš-kaōa)* se fundó probablemente en estas fechas. Ciro cruzó el río Araxes pero cayó en combate contra los maragetas, una tribu saka, mandada por su reina Tomyris. Otras tribus sakas que vivían en la zona aprovecharon para librarse de la autoridad persa.

Los monarcas persas tendían a dividir el territorio de sus imperios en zonas más fácilmente gobernadas, cada una encomendada a un hijo. Una zona era Asia Central, gobernada desde la capital bactriana: Bactra, que Ciro confió a su hijo más joven, Tanaoxares, antes de su muerte. El Rey mismo gobernaba normalmente desde los palacios de Persépolis, Susa y Ecbatana. Hay algunas evidencias de una segunda zona occidental, gobernada desde Babilonia. Estos soberanos subordinados eran llamados *karanos* en griego, quizá reflejando un término persa antiguo *kara-naya*, «jefe de huestes».

El hijo y sucesor de Ciro, Cambises (530-522) anexionó Egipto en el 525. El faraón confiaba en el dominio del mar, pues un ejército sólo podía acercarse a Egipto desde el este a través de la estrecha franja entre el desierto y el mar, así que Cambises construyó la primera flota persa. Estaba organizada en un sistema sexagesimal, tomado quizá de los fenicios. Cada cinco áreas de reclutamiento aportaban 60 naves: dos escuadro-



Arriba. Derecha. Este cilindro-sello (con impresión lateral) muestra a los persas, protegidos con corazas compuestas y luchando con lanzas, en combate contra los sakas, que usaban hachas de combate de hoja fina (como ésta del Ashmolean Museum de Oxford, *arriba*) que estaban diseñadas para atravesar una armadura. No se sabe si el sello fue emitido para conmemorar algún episodio histórico en especial o si es una imagen genérica.



Derecha. Impresión de un cilindro-sello aqueménida que muestra a dos soberanos aqueménidas coronados frente a frente. La imagen simboliza probablemente la división geográfica del gobierno entre el monarca reinante y su hijo: quizá se refiere a Darío y Jerjes. Se ignora el significado preciso del altar de fuego entre las dos figuras.

nes navales de 30 buques. Las defensas de Egipto fueron superadas. Los persas utilizaron entonces su poder naval en el oeste. En el 520/519 Otanes, el gobernador persa de Sardes, capturó la isla de Samos.

EL REINADO DE DARÍO (522-486 a.C.)

La muerte de Cambises llevó la confusión al Imperio. Finalmente Darío, que reclamaba un parentesco con Cambises a través de un remoto antepasado común, conquistó el trono y trajo la estabilidad. Los especialistas modernos creen que este vínculo de linaje es una ficción, y algunos han sugerido incluso que Ciro y Cambises eran étnicamente más elamitas que persas. Darío puede haber sido el primer rey auténticamente persa.

El reinado de Darío asistió a campañas en muchos frentes; según su propia versión de los acontecimientos libró 19 batallas y redujo a nueve reyes rebeldes en su primer año de reinado. Una de las primeras fue en el 519 contra los sakas, algunos de los cuales fueron incorporados al Imperio. La mayoría de los historiadores creen que Darío extendió el Imperio también al valle del Indo y estableció una capital de satrapía en Axila. Esta campaña puede haber tenido lugar en el 515 (véase p. 233).

Darío se volvió luego hacia el oeste. Tracia y Macedonia fueron anexionadas. Aunque la dominación persa en Macedonia fue corta, su influencia fue profunda. El ejército macedonio, por ejemplo, conservó el título persa *dekas* o «decuria» para la fila de infantería, aun cuando ésta contase con 16 hombres. Darío intentó luego la conquista de los escitas europeos, primos étnicos de los sakas, quizá en el 513 (véase p. 219). Los escitas se retiraron y dejaron el país devastado y Darío se vio obligado a retirarse. Ésta fue la campaña más alejada de su patria que hicieron nunca los ejércitos persas.

Una serie de acontecimientos llevaron al levantamiento de los griegos de Jonia en el 500 a.C. Los jonios pidieron ayuda a los griegos del continente y los eretrios y atenienses respondieron. Al principio los rebeldes triunfaron y Sardes fue incendiada, pero la fortuna les volvió pronto la espalda. En el 494, la revuelta fue reprimida y la clase dirigente de Mileto fue deportada. En Chipre, también involucrada en la sublevación, He-



Mercenario de caballería que se muestra en un vaso ateniense del 470-460 a.C. Va armado con un hacha de combate y un lazo, un arma que Herodoto (7, 85) dice que era utilizada por los sagartianos. Nótese el modo en que la cuerda de repuesto del lazo esta enrollada en el hombro derecho. Esta imagen se inspiró probablemente en la presencia en Asia Anterior de mercenarios reclutados entre las tribus iranias nómadas del Asia Central.

Escudos dipylon

Un modelo común de escudo utilizado por los aqueménidas es del tipo conocido por los arqueólogos clásicos como escudo dypilon. Los escudos de este tipo tienen una forma muy característica, con cortes a cada lado de la sección central del escudo. El escudo dypilon se llamó así cuando se descubrió cerámica geométrica decorada con figuras de guerreros portando escudos de este tipo en las excavaciones cercanas a la puerta de Dipylon en Atenas. La forma probablemente deriva en última instancia de la figura de escudos en ocho usados en la Edad del Bronce griega, que se muestran frecuentemente colgados del cuello. Muchas representaciones de estos escudos dejan claro que estaban hechos de piel de toro. Estos grandes escudos eran puestos bajo tensión a los lados para que mantuviesen las grandes superficies de piel bajo tensión.

En la Edad del Hierro otra generación de escudos ocupó su lugar, éstos podían confeccionarse con otros materiales además de la piel de toro, pero en general mantenían la forma de los viejos escudos en forma de ocho. Se cortaban para que la forma en conjunto fuera similar. En la Grecia de la Edad del Hierro el escudo dipylon se colgaba a menudo sobre la espalda, permitiendo al guerrero luchar con los dos brazos libres. Escudos de este tipo eran usados también por los persas aqueménidas. Se ven claramente en el relieve de Persépolis, pero también están atestiguados en otros hallazgos arqueológicos. Los escudos persas dipylon estaban provistos de bordes y umbos de metal. Los testimonios figurativos griegos continúan mostrando escudos dipylon en contextos persas hasta el final del periodo aqueménida, y quizá más allá.

Arriba. Las monedas de Mazaios, acuñadas cuando fue sátrapa de Cilicia, mostraban escudos dipylon con un rayo. Después de asumir el mando el macedonio Balacros sus monedas continuaron mostrando escudos dipylon, pero decorados ahora con su signo personal, la letra *beta*.

Arriba. El escudo dipylon continuó apareciendo en la cerámica griega hasta finales del siglo VI, aunque los arqueólogos discuten si esto refleja la realidad militar contemporánea o más bien es un «distintivo» que señala a un héroe. En este jarrón Ajax recobra el cuerpo de Aquiles.



Izquierda. La evidencia comparativa para la construcción y modelado de los escudos de piel procede del África moderna. Esta fotografía de Camerún muestra a un jefe acompañado de sus guardias con escudos de este tipo.





La rampa de asedio persa en Palea Pafos, en un fotomontaje publicado en 1984 de la sección transversal del corte estratigráfico y en una fotografía aérea más reciente. Una idea del tamaño de esta construcción lo dan las figuras humanas de dos arqueólogos de pie cerca de la sección. Se encontraron en la rampa unos 422 proyectiles, que pesaban entre 2,7 y 21,8 kg; los más pesados de éstos sólo pueden haber sido munición para catapultas. Una piedra idéntica de 22 kg de peso se encontró en Focea, que también fue sitiada por el general persa Harpado en *ca.* 540 a.C. Las fuentes griegas nos habían hecho creer que la artillería de lanzar piedras era una invención griega del siglo IV, pero se ha dado a entender que los persas ya conocían artillería de sitio de lanzar piedras en el siglo VI basándose en éstas y otras pruebas.

rodoto menciona una rampa de asedio construida en Pafos, que se ha identificado arqueológicamente.

El incendio de Sardes provocó la ira de Darío contra Eretria y Atenas. Además, los atenienses habían entablado negociaciones para una alianza en el 507. En el 490 a.C. se envió una fuerza expedicionaria para castigar a Eretria y Atenas. La ciudad de Eretria fue arrasada y un destacamento de 10.000 medos comandado por Datis, más algunos regimientos de infantería persa y saka, y caballería, desembarcaron en la llanura de Maratón. El ejército que los atenienses oponían se elevaba a 9.000 hombres, ayudados por 1.000 hombres más de Platea. Los atenienses temían atacar careciendo de caballería y la situación se estancó. Los persas comenzaron a reembarcarse para Atenas, donde se esperaba que la ciudad fuera traicionada. Pero cuando la caballería hubo reembarcado, los atenienses atacaron. Con el fin de no dejar ningún flanco de la línea opuesta sin cubrir, los regimientos tribales del centro se dispusieron en filas poco profundas, si bien las de los dos flancos tenían más profundidad. Esto hizo la línea ateniense más larga que la persa.

Los atenienses cargaron, haciendo retroceder a sus oponentes en ambos flancos. En el centro se vieron frenados por la maleza y fueron rechazados. Algunos de los regimientos de los flancos lograron detener su avance, volver a formar y atacar el centro persa, poniéndolos en fuga. Para los griegos fue de inmensa importancia psicológica descubrir, por vez primera, que podían enfrentarse a un ejército persa y vencer.

EL IMPERIALISMO MILITAR PERSA

La muerte de Darío en el 486 es un momento apropiado para recapitular. El Imperio, con una población estimada 50 millones de habitantes, se extendía desde el Egeo has-

Escudos de mimbre

La guerra entre los griegos y los persas se caracterizó como una guerra entre lanceros y arqueros, o lanzas y arcos. Sin embargo, los muros de escudos de mimbre son mencionados por Herodoto, y parece que los decuriones en la primera fila de una línea de infantería persa llevaban escudos de mimbre y lanzas y, como los portadores de manteletes medievales protegían a los arqueros que componían el resto de la unidad.

El escudo de mimbre, *gerrhon* en griego, se llamaba *spara* en antiguo persa. Parece quedar claro en la glosa *sparabarai* de Hesiquio, donde nos cuenta que la palabra equivale al griego *gerrhophoroi*, «portadores de escudos de mimbre». Esto se ve apoyado por la palabra *ispar,* que significa «escudo», que ha sobrevivido en el persa medio y nuevo persa. Diferentes versiones del escudo de mimbre eran llevadas por la infantería y la caballería. Los escudos de infantería eran grandes y rectangulares, mientras que los escudos de caballería eran más pequeños y podían ser de formas más variadas.

El escudo estaba construido por mimbres entrelazados por dentro y por fuera a través de una pieza de cuero de la forma que se deseaba dar finalmente al escudo. Cuando el cuero se secaba y se contraía ponía en tensión los mimbres. Los mimbres se flexionaban y la construcción en conjunto se reforzaba. Esta combinación de materiales puestos en tensión producía un escudo de gran ligereza y también gran elasticidad.



Arriba. Una representación interesante de un escudo de mimbre persa a través de ojos griegos llega de la famosa Copa Brygos de Oxford. El guerrero aqueménida mostrado aquí sostiene claramente el escudo frente a su cuerpo por una simple asa.

Los mimbres y el cuero podían ser teñidos de diferentes colores y las varillas de mimbre estaban entrelazadas a través del cuero de tal manera que resultaba un diseño en forma de V o W. Esto se aprecia más claramente en el caso de la tumba de Pazyryk, que podría ser aqueménida por la fecha, y en un número de escudos sasánidas posteriores encontrados en excavaciones de un túnel de asedio en Dura Europos.



Derecha. El tamaño de los escudos de Dura, así como la forma, da a entender que estos escudos estaban diseñados también para ser usados por la caballería. Esto está sugestivamente demostrado en esta foto de archivo de las excavaciones de Dura. Este escudo en concreto se conservó bien en condiciones de sequedad.

Arriba. El escudo de Pazyryk se recuperó de una tumba del siglo IV a.C. (aprox.) de un jefe tribal siberiano, y se conservó gracias el frío. Pudo haber sido una importación aqueménida.







Arriba. (dcha) Casco de bronce encontrado en las excavaciones arqueológicas alemanas de Olimpia. La inscripción que rodea el borde nos informa de que fue dedicado como botín tomado al ejército aqueménida, quizá en la batalla de Platea.

Arriba. (izq.) Dos caras de un vaso ático pintado hacia el 440 a.C. que representan una escena de la obra de Esquilo *Los Persas*. Cuando las noticias de Salamina llegan a Susa, Darío fue invocado de su tumba por su viuda Atossa. Él condenó a Jerjes por su locura.

Abajo. Documento en arcilla de asignación de raciones excavado en Persépolis. Los nombres que de las unidades del ejército persa y sus comandantes pueden reconstruirse en estos documentos. Esta tablilla en concreto, escrita en elamita, registra la asignación de raciones al *daiabām* de Uštanna en el *satabān* de Mannanda.



ta el Indo, desde Asia Central a Egipto. El soldado e historiador griego Jenofonte nos dice que los persas ascendían a 120.000 –presumiblemente el número de hombres adultos–. En 64 años esta pequeña tribu irania había sometido la mayor parte del mundo conocido, un proceso de expansión militar imperial con pocos paralelos en la historia.

El número limitado de persas propiamente dichos implicaba métodos de gobierno más flexibles. Ciro dejó la administración local casi intacta. Los persas estaban presentes únicamente en el escalón más alto del gobierno provincial. Las provincias eran gobernadas por sátrapas, quizá una traducción del viejo persa *xšaçapāvan*, «protector del reino». Herodoto menciona que Darío creó 20 distritos, llamados satrapías, como si fuese la primera vez, pero parece probable que el sistema fuese más antiguo.

Se aplicaron ciertas políticas para incrementar la población persa. Se estimularon los matrimonios múltiples. El mismo Darío tenía cinco esposas y al menos doce hijos legítimos. Tenemos muchas pruebas de la poligamia y de las concubinas en las cortes de los sátrapas. Los hijos ilegítimos podían desempeñar importantes mandos militares. Estrabón informa de que «los hombres se casan con muchas mujeres, y al mismo tiempo mantienen muchas concubinas con el propósito de tener muchos niños. Los reyes establecen cuatro premios anualmente para los que tienen más hijos». En la inscripción de Behistun Darío desea para sus leales súbditos «que Ahura Mazda te sea favorable, te conceda una numerosa descendencia y una larga vida». En Persépolis, las trabajadoras que habían dado a luz recibían una ración extra de harina y vino durante un mes, mientras que las madres con hijos recibían el doble. Persis, al menos durante el reinado de Darío, estaba exenta de tributo, que pagaban los pueblos conquistados. El propósito era probablemente dar a los persas riqueza suficiente para mantener familias numerosas.

Arriba. Maqueta en oro de un carro recuperada del llamado Tesoro del Oxus descubierto en Asia Central. Aunque no es un carro de combate armado con hoces, probablemente se trata de un jefe militar de finales del siglo IV en su carro. La cabeza del dios egipcio Bes, visible en el frente del carro, era un símbolo muy popular entre los mercenarios aqueménidas. Podría ser el distintivo de la unidad militar que mandaba este jefe.

Derecha. Detalle de un relieve de Persépolis que muestra soldados aqueménidas. Algunos de estos soldados son de infantería, presumiblemente de uno de los regimientos de Inmortales persas, quizá del regimiento de elite de mil lanceros. Todos ellos llevan coronas, que era quizá una distinción restringida a este regimiento. También llevan escudos dipylon, más útiles para los lanceros que los escudos de mimbre.



LAS FUERZAS MILITARES PERSAS

De los 5 a los 20 años, a los varones adultos persas se les enseñaba equitación, tiro con arco y a decir la verdad. Después de este periodo de entrenamiento militar permanecían disponibles para el servicio militar desde los 20 a los 25 años.

Los ejércitos persas estaban organizados sobre una base decimal, la base era un regimiento de 1.000 *(hazārābam)* mandados por un *hazārapatiš*, «comandante de 1.000», dividido en 10 *sataba* de 100 hombres. Cada *satabām* era comandado por un *satapatiš* y estaba dividido en 10 *daθaba* mandados por un *daθabapatiš*. Jenofonte menciona comandantes de 50 y de cinco, y las tablillas cuneiformes mesopotámicas mencionan «los 50», mientras que los documentos de racionamiento de Persépolis mencionan un *pasçadaθapatiš*; un grado inferior a *daθapatiš*. Por encima del regimiento se mantenía el sistema decimal. Una división de 10.000 hombres, formada por 10 regimientos, se denominaba un *baivarabām*, o «miríada» en griego, mandada por un *baivarapatiš*.

El más famoso *baivarabām* del ejército eran los Inmortales de infantería *(amṛtaka)*, llamados así según Herodoto, «porque se mantenía siempre su composición; si un hombre resultaba muerto o caía enfermo, la vacante que dejaba se cubría al momento, así que el total de este cuerpo nunca constaba de menos ni de más de 10.000». Parece que los Inmortales eran la única fuerza permanente de infantería compuesta por persas propiamente dichos que mantenía el Imperio. La fuerza principal del ejército nacional persa descansaba en su caballería y nuestras fuentes dan a entender que se mantenía en una dimensión de unos 30.000 hombres. El comandante de la caballería se denominaba el *asapatiš*, o «señor del caballo» en antiguo persa.

El regimiento de elite de los Inmortales eran los Lanceros *(arštibara)*, compuesto de nobles persas que forman la guardia personal del rey. El *hazārapatiš* del rey mandaba este regimiento, guardaba al rey y controlaba el acceso a éste. Se convirtió en la figura dominante en la corte y había que ganarse su favor para obtener una audiencia real.

LAS TROPAS MERCENARIAS

Las tropas persas eran inadecuadas tanto para extender el Imperio como para defenderlo. Los mercenarios, iranios y no iranios, se usaron intensamente. Los pueblos iranios de Asia Central –bactrianos, cadusios y saka– eran una fuente importante de ellos. Estas fuerzas podían ser contratadas temporalmente, aunque lo más frecuente era que se mantuviesen de forma permanente o semipermanente. Los ejércitos enviados en operaciones ofensivas, como las invasiones de Grecia, estaban predominantemente compuestos de mercenarios, así como las guarniciones instaladas a través del Imperio.

Se hizo un intento de formar una reserva para asegurarse mercenarios, dando, después de un periodo inicial de servicio militar, un feudo a cambio de asegurar la disponibilidad para la movilización. La mayoría de los datos sobre este sistema nos llegan de Babilonia, aunque se presume que se crearon reservas en todas las provincias. Los textos griegos dan a entender que se esperaba que cada satrapía del Imperio proporcionase un *baivarabām* de tropas cuando se decretaba la movilización general. Los feudos militares no podían ser enajenados y podían transmitirse en herencia con la obligación del servicio militar. Con el tiempo el sistema cayó en desuso. Los lotes fueron subarrendados y el servicio militar se sustituyó con un impuesto y la obligación de aportar trabajo manual.



Una gema «greco-persa» procedente de Asia Menor. ¿Es éste un mercenario griego hoplita visto a través de ojos no griegos? El casco tipo *pilos*, la lanza y el escudo son bastante realistas, pero ¿luchaban desnudos realmente los mercenarios griegos en esta época? Es posible, pero es más probable quizá que el cortador de la gema anatolio haya copiado un modelo griego estándar.

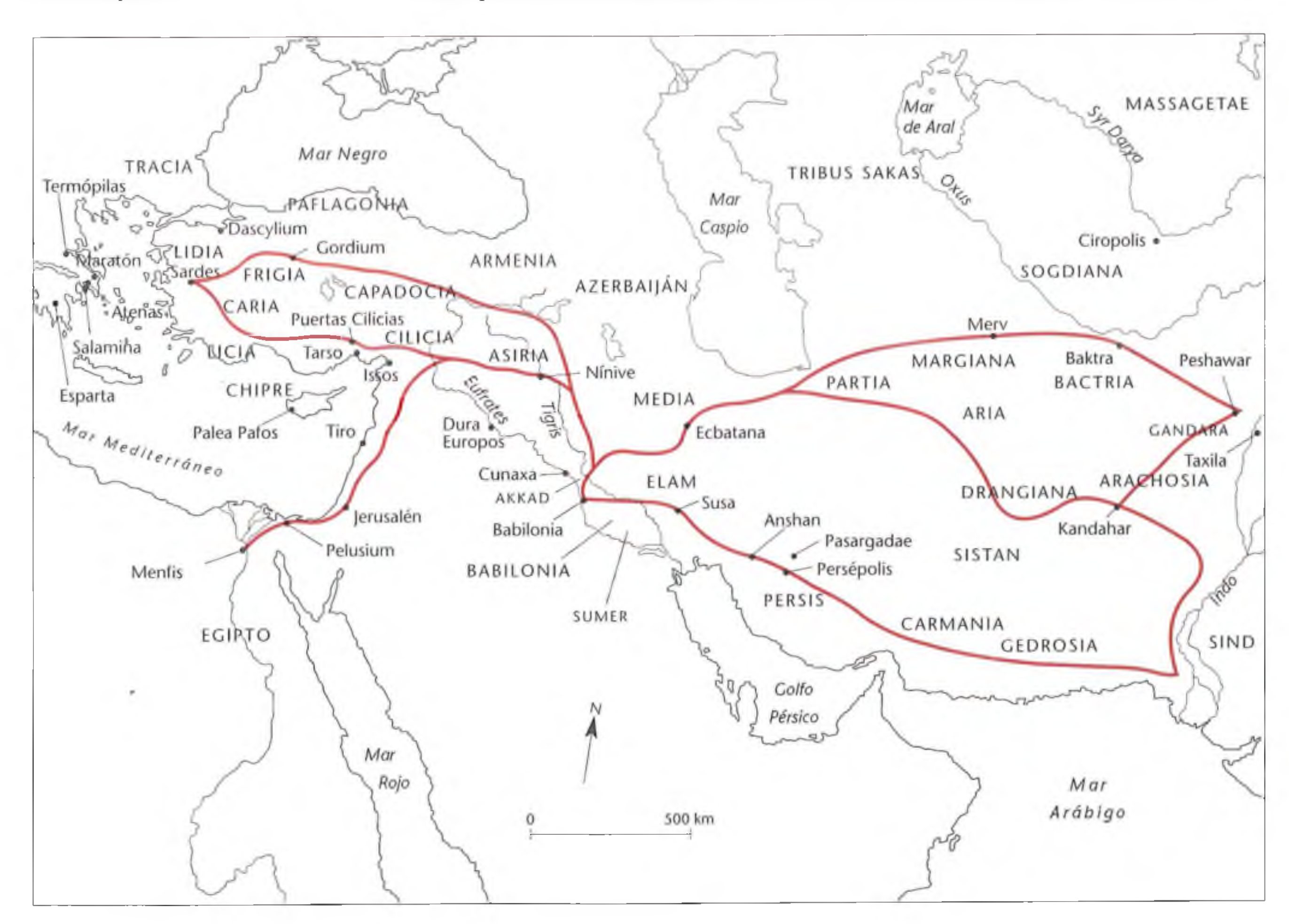
LAS CARRETERAS REALES

Los persas heredaron una red de carreteras que existía en muchas partes del Imperio y desarrollaron aún más estos recursos. Los caminos más importantes de Mesopotamia estaban pavimentados o con piedra, o ladrillo, o tenían superficies de asfalto. Hero-

doto menciona primero la Carretera real que iba desde Sardes a Susa en el reinado de Darío, pero la red pudiera haber existido anteriormente. La red de caminos tenía una función estratégica ofensiva, posibilitando a los ejércitos y a los convoyes de suministros desplegarse de uno a otro extremo del Imperio con rapidez, incrementando el ritmo de las operaciones militares durante la época de la expansión imperial en muchos frentes.

Herodoto describe las estaciones de postas a lo largo de la carretera, separadas aproximadamente por un día de camino: «A intervalos a lo largo de la vía hay estaciones de postas reales (*stathmoi*) con posadas excelentes, y la carretera misma es segura para viajar, pues nunca abandona zonas habitadas». Un día de camino se calculaba en 150 estadios, o tres *parasangas* (una *parasanga* medía unos 5,25 km) para un hombre a pie. Parece que el paso de cada *parasanga* estaba señalado con una columna: el equivalente antiguo a un «poste kilométrico». Un hito de este tipo, fechado a comienzos del periodo helenístico se encontró en Pasargadae. Las postas estaban a 25 a 30 km de distancia. Cuando la carretera atravesaba un obstáculo natural como el desfiladero en el río Halys o las Puertas Cilicias, el paso estaba defendido por una fortaleza.

Herodoto habla como si hubiese sólo una Carretera real, pero había toda una red. Se depositaban suministros de agua en jarros a lo largo del tramo de la vía de Gaza a Egipto: un ejército podía retirarse a Egipto se fuese necesario. Se ha identificado un tramo auténtico de la carretera al norte cortada en las rocas cercanas a Pasargadae. Susa estaba en el centro de este sistema, y las tablillas de arcilla de Persépolis dejan claro que existía una conexión de 600 km entre las dos ciudades, mencionado 22 es-



Mapa del Imperio aqueménida, mostrando las principales vías militares y los lugares mencionados en este capítulo.



taciones de postas a lo largo de su longitud. Los especialistas modernos han establecido una ruta plausible para la carretera e incluso se ha intentado localizar las estaciones de postas.

Además de hospedaje, para que pernoctasen los viajeros, las estaciones proporcionaban cambios de caballos para los correos reales, llamados *pirradazzish*, o mensajeros rápidos. Herodoto afirma: «Nada hay en el mundo que viaje más rápido que estos correos persas... Se dice que los hombres y los caballos están estacionados a lo largo de la ruta, igual en número que el número de días que dura el viaje: un hombre y un caballo para cada día. Nada detiene a esos correos para cubrir la etapa que se les asignó en el menor tiempo posible, ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor ni la oscuridad». Los persas parecían haber desarrollado también un sistema de señales de fuego para asegurar la circulación más rápida de información desde las fronteras al corazón del Imperio, aunque se conoce poco de sus detalles.

LA ASCENSIÓN AL TRONO DE JERJES (486-465 a.C.)

El hijo mayor de Darío era Artabazanes, nacido antes de que Darío hubiese subido al trono, de una hija del noble Gobryas. Sin embargo, fue Jerjes, el primer hijo de Atossa, hija de Ciro, el que le sucedió en el trono. Su madre había utilizado el argumento de que debía ser el primer hijo de Darío, «nacido en la púrpura» el que fuese investido rey. Darío nombró a Jerjes «el más grande después de él mismo» –que quizá fuera un título oficial–. Las consecuencias de la poligamia real se resolvieron de modo incruento esta vez.

En el 487 los egipcios se rebelaron. Jerjes marchó contra Egipto y dejó a su hermano Aquemenes allí como gobernador. Algún tiempo más tarde, posiblemente sobre el 484, Aquemenes fue asesinado, pero Jerjes fue incapaz de volver debido a que los babilonios se levantaron dos veces, según parece en el 484 y el 482. Babilonia fue castigada con dureza, destruyéndose muchos templos. A los babilonios se les prohibió llevar armas, como antes a los lidios, eliminando a Babilonia como fuerza militar.

A pesar de estos problemas, en el 480 a.C. Jerjes se dirigió a cobrar venganza por la derrota de Maratón con un enorme ejército. Herodoto, no teniendo a mano otra información, hizo uso de una lista de pueblos del Imperio compilada por el geógrafo Hecateo y dio por hecho que cada uno de esos pueblos envío una división de 10.000 hombres contra Grecia. Calculó que el ejército se elevaría a 1.700.000 hombres. Ctesias, que quizá utilizó fuentes persas, nos dice que el ejército ascendía a unos 800.000. De hecho, la mayor parte del ejército se compondría de regimientos de mercenarios, y era probablemente mucho más pequeño que ambas cifras.

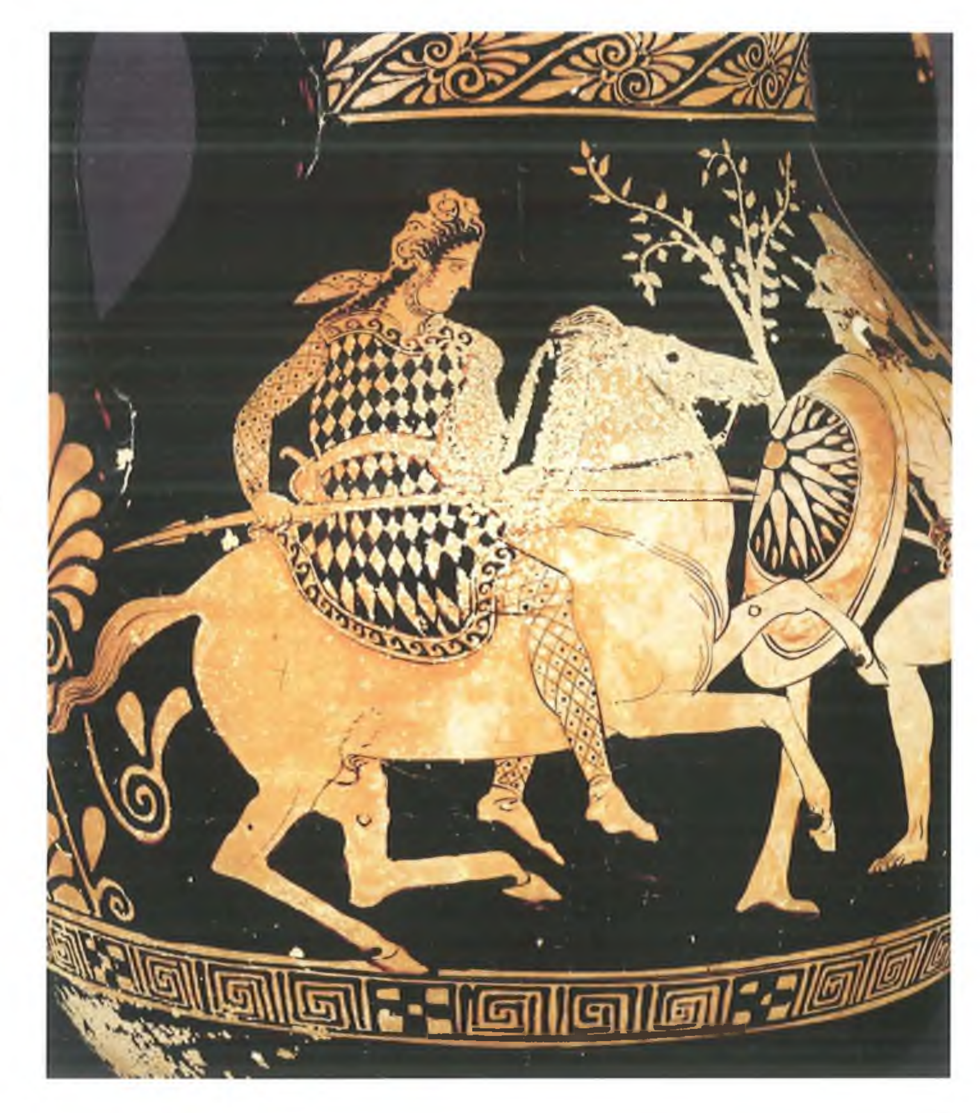
El ejército se dirigió a las Termópilas, que daban entrada a Grecia central. Allí, fue detenido brevemente por una fuerza de espartanos y aliados, que fue rodeada y eliminada. La flota sufrió considerables pérdidas en Artemisión. El escuadrón fenicio fue enviado al sur para bloquear a la escuadra griega en los estrechos entre el continente y la isla de Eubea. Fue completamente dispersado, con muchas pérdidas, por una formidable tormenta. Esto echó a perder la acción pues la flota griega pudo escapar al sur.

El ejército persa marchó sobre Atenas y arrasó la ciudad. La flota griega se apostó ahora entre el continente y la isla de Salamina. Los persas intentaron una vez más atrapar a los griegos en los estrechos, pero ya no disponían de efectivos suficientes para dividir sus fuerzas. La batalla que se entabló a continuación se perdió, así como toda posibilidad de rodear a las fuerzas griegas que defendían el Peloponeso (véase el recuadro de la p. 103).

Jerjes se retiró, dejando 300.000 soldados en Beocia bajo el mando de Mardonio. Al año siguiente, por una hábil maniobra que suponía un segundo ataque contra Atenas,



Derecha. Impresión de un cilindro-sello aqueménida. El emblema alado superior representa la fortuna del pueblo iranio. A la derecha un hoplita griego, a la izquierda se muestra un guerrero aqueménida atacando al hoplita con su lanza. Él lleva una coraza compuesta con faldones para proteger la ingle. Por detrás, una protección de la nuca se proyecta sobre la línea de los soldados. La significación iconográfica precisa de esta escena es difícil de interpretar, pero puede predecir la victoria de los iranios sobre los griegos.



Derecha. La vestimenta persa ejerció una gran influencia sobre la indumentaria de las poblaciones súbditas del Imperio, y sobre el concepto griego de lo que parecía oriental. Este vaso griego del siglo IV muestra una amazona montada atacando a un hoplita griego. Las amazonas habían llevado antes traje escita; ahora mantienen los pantalones, comunes a los escitas y los persas, pero la túnica que se muestra aquí es de un modelo popular con los persas, griegos y las poblaciones nativas residentes en el Asia Anterior.

Pagina opuesta. (p. 78) Este *arybalos* de figuras negras registra uno de los episodios de las guerras contra Persia. Un hoplita griego, arriba, derriba a un soldado aqueménida, abajo, quizás un arquero saka mercenario del Asia Central, ya doblado sobre sus rodillas. El soldado aqueménida porta un escudo enmarcado en madera recubierto de piel. Ambos escudos tienen un delantal de material duro amarrado a la parte inferior. Este elemento estaba destinado a proteger la parte inferior de las piernas de las flechas.

Página opuesta (79). Justo antes de la I Guerra Mundial, arqueólogos franceses y británicos dieron cuenta de esta escultura aqueménida, ahora perdida, cerca de Daskyleion. Muestra un grupo de caballeros con coraza, con protecciones en los muslos ajustadas a las sillas, llevando escudos de mimbre. La escultura habría constituido originalmente el costado de un sarcófago de una tumba perteneciente a uno de los farnabácidas, dinastía establecida cerca de Daskyleion. Este dibujo reconstruye la apariencia del original.

el ejército griego se vio forzado a abandonar su inexpugnable posición sobre el Istmo. Avanzó hacia Beocia y tomó posiciones en la llanura de Platea. Las tropas griegas se veían hostigadas por los ataques incesantes de la caballería. Si los griegos intentaban moverse, la caballería persa les infligía graves pérdidas con las jabalinas. La caballería era apoyada por arqueros, que descargaban sus flechas sobre cualquier sector de las líneas griegas que se retiraba ante la caballería.

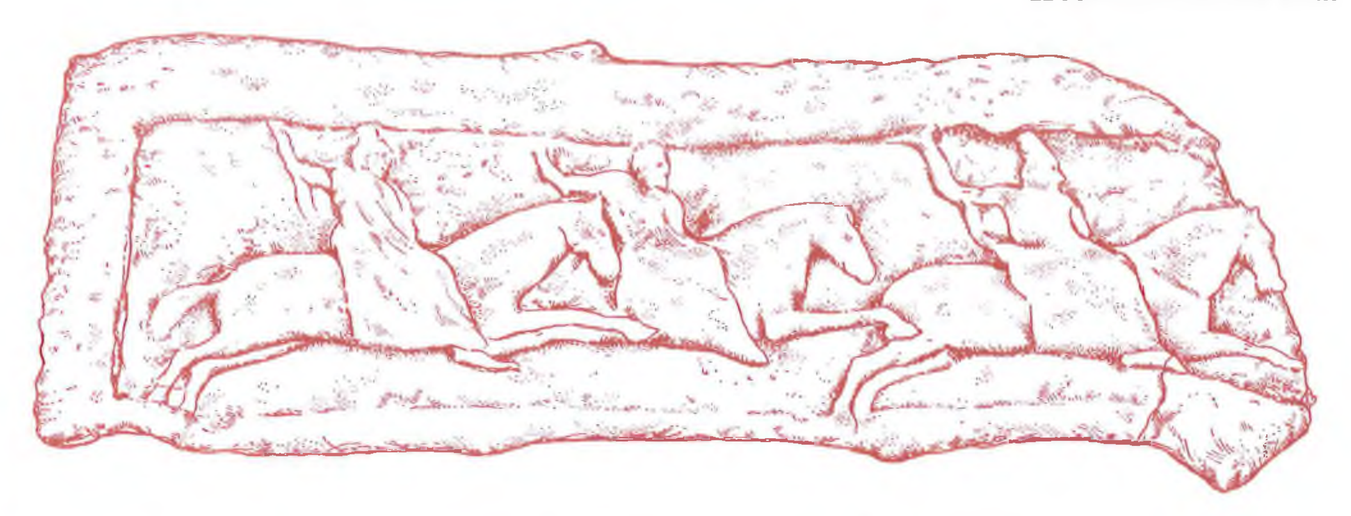
Los griegos soportaron estos ataques hasta que se vieron privados de su suministro de agua, por lo que decidieron retirarse de noche a las colinas detrás de la llanura. La retirada se retrasó y el amanecer sorprendió a los griegos formando una fila entre la llanura y las montañas. Los persas salieron de su campamento y avanzaron, con cierto desorden, tras los griegos, que cayeron bajo una intensa lluvia de flechas. El comandante tegeata recomendó atacar a lo que los espartanos dieron su acuerdo, al estar su espíritu combativo gravemente debilitado por su impotencia militar en los días anteriores. Los griegos alcanzaron las líneas persas y derribaron el muro de escudos *spara*. Las lanzas persas eran más cortas que las lanzas de los hoplitas y los persas se vieron perjudicados. Los arqueros persas se abalanzaron valientemente sobre los griegos tanto individualmente como allí donde el *dathapatis* tomó la iniciativa, en grupos de diez, intentando apartar las lanzas griegas con sus manos desnudas y romperlas. Esta lucha desesperada sólo podía retrasar la derrota. Pocos escaparon: el mismo Mardonio resultó muerto. El valor no les había faltado a los persas, pero el equipamiento y la táctica sí. Más importante que cualquier otro factor, sin embargo, fue la incapacidad de los persas de desplegar fuerzas suficientes para lograr la victoria.

LA DEFENSA DEL IMPERIO

Las fuentes griegas retratan a Jerjes como un cobarde: el primer monarca persa que fracasó en extender el Imperio. No sabemos cuánto de esto es un reflejo de la opinión real; Jerjes, simplemente, se enfrentó a los hechos. Los persas ya no tenían el poder militar, y los recursos humanos, para continuar extendiendo el Imperio. Ahora el esfuerzo militar de los persas había de dirigirse a su propia defensa.

Se habían establecido persas en Anatolia occidental al menos desde el reinado de Darío en adelante. El propósito de esto era disponer de una reserva de ciudadanos persas que, junto con sus dependientes feudales, pudieran ser movilizados en época de crisis. Se otorgó también a familias aristocráticas tierras en Lidia, Caria y Frigia. Es difícil fijar cuándo sucedió esto exactamente. Estas concesiones de tierras debían ser consideradas también como recompensas a la aristocracia persa por su leal servicio durante la expansión imperial. Quizá no quedaban ya en Persis tierras suficientes para recompensar a los jóvenes hijos de la aristocracia persa. Se establecieron soldados mercenarios en el oeste hasta el final de su servicio. También sabemos de bactrianos y otros, presumiblemente antiguos mercenarios, establecidos en Lidia. Los griegos leales también recibieron feudos a lo largo de la costa egea. Temístocles, por ejemplo fue recompensado con un feudo después de abandonar Atenas alrededor del 470 a.C. después de aprender persa durante un año, obtuvo una audiencia con el rey y le fue con-

Un número de impresiones de sellos aqueménidas muestran jinetes aqueménidas combatiendo con hoplitas griegos. Estas dos imágenes repiten una variante común del motivo, mostrando al caballero victorioso, su caballo saltando sobre el cuerpo de un hoplita caído, mientras él se enfrenta contra un segundo hoplita.



Abajo. Pintura mural de karaburun, Túmulo II, cerca de la moderna Elmali, fechada en el 470 a.C. El muerto puede haber sido un noble local que recibió el privilegio de vestir ropa persa. Es una de las más antiguas representaciones de una protección del muslo ajustada a la silla.

cedido el usufructo de una serie de ciudades, una aristócrata persa como esposa, y el privilegio de llevar indumentaria persa. Llamó a su hija más joven Asia. Fue probablemente el fruto de su último matrimonio con una mujer persa.

El establecimiento de aristócratas persas, mercenarios retirados y griegos leales en el oeste se procuró seguramente para estabilizar la frontera del Egeo contra la hostilidad griega. Los griegos habrían sido especialmente útiles, por su conocimiento de la zona y sus contactos. Sin embargo, el conflicto con Grecia se prolongó durante muchos

años, hasta que se firmó la llamada Paz de Callias. El rey aceptó que sus ejércitos no cruzasen al oeste del Halys y la defensa de Asia Menor occidental se encomendó a las fuerzas locales disponibles por los sátrapas.

Políticas similares parecen haber sido adoptadas por Jerjes para fijar la frontera de Asia Central. Tres grandes familias persas se establecieron allí: las dinastías de Ariamazes, Sisimithres y Oxyartes, junto con una amplia masa de dependientes. Cuando Alejandro Magno invadió Asia Central, Ariamazes mandaba un contingente de 30.000 hombres. La urbanización se alentó con la instalación forzosa de carios y griegos de Barka y de Didyma. Las fuentes nos dicen que el hermano mayor de Jerjes, Ariaramnes, «reinó» en Bactria. Esto parece indicar un mando mayor que el de un sátrapa. Quizás Ariaramnes recibió el nombramiento de *karanos* responsable de toda la frontera de Asia Central.

A lo largo del Imperio se pusieron fortalezas importantes, desde el punto de vista estratégico, bajo el mando de comandantes *(didapatis)* responsables directamente ante el rey y guarnecidas por guardias pagados directamente por el rey. La división de poderes en satrapías hacía más difícil una rebelión.

LA DECADENCIA DEL IMPERIO

Parece un hecho inevitable en el ciclo de la historia que el poder imperial pueda o bien crecer o bien menguar. No puede permanecer constante. Desde el reinado de Jerjes en adelante el poder de la Persia imperial disminuía. Factores clave en esta decadencia parecen ser los efectos negativos de las mismas políticas puestas antes en práctica para crear el mismo Imperio.

Desde el reinado de Jerjes en adelante, las intrigas de palacio jugaron un papel crecientemente maligno en la historia de Persia. La damas de la corte jugaban papeles clave en estos «culebrones» regios: una consecuencia de las políticas de estímulo a la familia introducidas para la expansión de la base demográfica. Las madres intrigaban para que su hijo fuese escogido para la sucesión. En el 465 Jerjes fue asesinado por su *hazarapatis* Artabanos, junto con su hijo mayor y heredero. Otra lucha de palacio siguió a la muerte del siguiente rey Artajerjes I, que al principio fue sucedido por Jerjes II (424), luego por Sekundianos (424-423) y luego por Darío II Oco el Bueno (423-405/4), el hijo de Artajerjes I con una mujer babilonia. Además de complicar sucesión, las intrigas palaciegas impedían realizar una política consistente, pues un miembro de la corte intrigaba para obtener la supremacía sobre otro, fuese el *hazarapatis* o fuesen las esposas reales.

Otro elemento cada vez más evidente de los últimos años del gobierno aqueménida es la revuelta de los sátrapas. Los primeros soberanos aqueménidas se habían visto obligados a conceder mucho poder independiente a sus gobernadores locales, de nuevo otra consecuencia de la falta de recursos humanos. Cuando el poder imperial en el centro se debilitó, los gobernadores procuraron cada vez más afirmar su independencia local. Este problema era más serio en el oeste.

En el 401 el sátrapa de Sardes, Ciro el Joven, favorecido por su madre en detrimento de su hermano mayor reinante, Artajerjes II Mnemon (el Memorioso) se rebeló y se dirigió hacia el este con un enorme ejército de 10.000 mercenarios griegos. Artajerjes inicialmente se retiró pero se enfrentó a Ciro en la batalla de Cunaxa. Los hoplitas griegos vencieron al ejército de Artajerjes, pero Ciro resultó muerto. Los griegos, entonces, emprendieron el regreso a su patria. Aunque la revuelta había fracasado, la campaña había demostrado claramente la superioridad del hoplita griego. La revuelta precipitó una invasión espartana de Asia, que fue rechazada con dificultad y el conflicto sólo terminó en el 386 con la Paz de Antálcidas. En el 362 se desencade-



Aunque solamente se muestra el brazo y un costado de un persa en este fragmento de una crátera para mezclar vino, la etiqueta parcialmente conservada ARTOBA da a entender que el individuo representado es el *¿hazarapati?* Artabanos, y que el vaso mostraba originalmente el asesinato de Jerjes en el 465.



Derecha. Guerrero anatolio, posiblemente un licio, representado en una estela conservada ahora en Konya, llevando una hoz de guerra anatólica. La estela aún existe, pero los colores sólo se conservan en esta antigua reproducción.

nó en las provincias del oeste la Revuelta de los Sátrapas, paralizando cualquier acción persa allí.

La revuelta local en las provincias iranias del Imperio también se intensificó, particularmente entre los cadusios, medos y bactrianos. El problema de la revuelta de los sátrapas era más agudo en Bactria, donde el sátrapa tenía un gran número de colonos nobles para convocarlos en su apoyo. Más que por cualquier sentimiento nacionalista local, estas revueltas eran provocadas una y otra vez por el alto grado de poder independiente en manos de los sátrapas. En otras dos áreas del Imperio, sin embargo, la revuelta local tenía una dimensión nacionalista.

En el 405 Egipto se separó de nuevo y, hacia el 401, toda presencia aqueménida había desaparecido. La acción militar contra Egipto se retrasó por otros problemas en Chipre. En el 390 Evagoras de Salamina se rebeló y, en alianza con Akoris de Egipto, extendió su dominio desde Chipre a Cilicia, pasando por Tiro y Fenicia. Según Diodoro, Artajerjes «apreciaba la posición estratégica de Chipre y su excelente posición marítima con la que podría proteger Asia». El rey lanzó varias expediciones contra Chipre, pero fueron infructuosas.

La primera expedición persa contra Egipto tuvo lugar entre el 385-383. El general ateniense Chabrias defendió con éxito Egipto contra la invasión con una empalizada levantada en Pelusium. Estas defensas de campaña pueden haber sido en origen un concepto persa adoptado por Chabrias. La idea se exportó a Grecia y las defensas de campo jugaron un gran papel durante la guerra Beocia del 378-371. Chipre fue finalmente recuperado para el gobierno aqueménida en el 381 y los persas pudieron reunir fuerzas para una segunda expedición egipcia en el 379. Se lanzó una invasión anfibia en el 373 pero después de unos éxitos iniciales, los persas fueron forzados a retirarse.

Abajo. Representación de un arquero oriental en una gema «greco-persa» encontrada en el santuario de Zeus Messapeo cerca de Esparta. Presumiblemente el arquero no es un persa de condición libre, pues no lleva la capucha típica de un individuo de este estatus. Nótense los lóbulos asimétricos del arco y las largas flechas.



EL RESURGIR AQUEMÉNIDA

El Imperio parecía haber alcanzado su punto más bajo, pero cuando Artajerjes II murió en el 359-358 y fue sucedido por su hijo Artajerjes III Ocos, la suerte del Imperio se rehizo espectacularmente. De inmediato guerreó contra los cadusios. En la batalla decisiva Codomannos, un bisnieto de Darío II, ganó la batalla en combate singular contra un general enemigo. Fue nombrado sátrapa de Armenia. La Revuelta de los Satrapas en el oeste fue dominada y los ejércitos de los sátrapas se desbandaron en el 356. Egipto, que había estado en revuelta desde el 404, fue finalmente reconquistado hacia el 342.

Ocos murió en el 338 y fue sucedido brevemente por su hijo Arses, que adoptó el nombre dinástico de Artajerjes IV. Éste fue sucedido a su vez por Codomano, que adoptó el nombre de Darío III, en el 336. Según las fuentes griegas, el «hacedor de reyes» tras todas estas sucesiones era un cierto Bagoas, un eunuco de la corte que envenenó a los primeros dos monarcas antes de ser obligado por Darío III a beber él mismo la copa fatal. Esto se contradice con fuentes babilonias, que dan por supuesto que los monarcas murieron por causas naturales y que dan a Bagoas el título de *ša rēš šarri* «el que está a la cabeza del rey». La significación precisa de este título no se conoce, pero quizás Bagoas fuese el *hazārapatiš*.

Paradójicamente fue precisamente ahora, una vez que el poder persa había sido restaurado por dos gobernantes competentes, cuando el Imperio iba a caer. Al prin-

La batalla de Cunaxa

En la batalla de Cunaxa, librada en una llanura abierta del Éufrates, Ciro dispuso a los más dignos de confianza de su regimiento personal de caballería pesada de 600 hombres, que había reclutado entre la nobleza irania y local en el Asia Menor occidental. Tanto jinetes como monturas estaban acorazados, y el regimiento llevaba sobrecapas de color carmesí sobre las armaduras. La caballería pesada que luchaba en el bando de Artajerjes II tenía sobrecapas blancas. El rey adoraba a la diosa Anahita y el blanco era el color de la pureza ritual. A la cabeza de su regimiento Ciro fue en busca de su hermano mayor el rey Artajerjes II. Se dio cuenta de que una victoria de su infantería mercenaria griega en la línea opuesta no serviría de nada si se permitía que el rey se retirase vivo del campo de batalla. Ciro quería encontrarlo y matarlo, en persona si fuese necesario. Después de la carga de Ciro, la batalla se volvió confusa. Ciro fue herido y luego muerto en circunstancias que no están claras, tres personas parecen haber participado en su muerte. Más tarde la reina madre Parysatis cobró su venganza en los tres, que murieron soportando las más horrorosas torturas que la imaginación humana pudiese concebir. Así eran las recompensas por servir con lealtad al rey. Artajerjes, por su parte, propagó una falsa historia de que había matado a Ciro él mismo en combate singular.



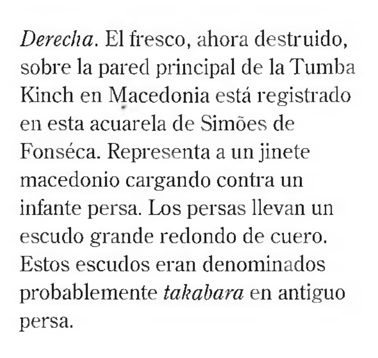


Arriba. La reconquista de Egipto se celebró en esta impresión de un cilindro sello del reinado de Artajerjes III. El rey, visible aquí, alancea al último faraón nativo Nectanebo II, mientras detrás arrastra una hilera de prisioneros por el cuello.

cipio el peligro planteado por Macedonia al oeste fue subestimado. La desbandada de las fuerzas de los sátrapas había debilitado las defensas de la frontera y Alejandro fue capaz de lograr una victoria por sorpresa en el Gránico. Fue entonces solamente cuando Darío comenzó a movilizar sus fuerzas en cantidad suficiente. Se inició una movilización general de las fuerzas tanto persas como de los sátrapas. Pero una vez más, la falta de tropas persas fieles fue un defecto fatal para la solidez del ejército, y hubo que depositar demasiada confianza en tropas no persas. Los dos ejércitos se encontraron en un campo de batalla limitado entre el mar y las montañas en Issos en el 333 a.C., pero Darío fue incapaz de hacer valer su superioridad numérica, perdiendo la batalla (véanse las pp. 122-123).

Darío comenzó a reunir un nuevo ejército mientras Alejandro emprendía la conquista de Fenicia y Egipto. Su base principal de reclutamiento eran las satrapías orientales –se habían perdido muchas fuerzas propiamente persas en Issos–. También intentó formar un cuerpo de infantería equipado con largas picas al estilo macedonio. Los dos ejércitos se enfrentaron en Gaugamela en el 331 a.C. Aunque el ejército persa era superior en número, era inferior en calidad, y Alejandro se impuso de nuevo. Darío se retiró a Media y Alejandro entró en el territorio persa, propiamente dicho. La derrota fue inevitable cuando Darío se retiró más lejos a Asia Central, esperando reclutar otro ejército entre los colonos persas de la zona. Fue asesinado por sus generales, pero esto no terminó con la oposición a Alejandro. Invirtió muchos más años de costosas campañas antes de que fuese capaz finalmente de conquistar las provincias de Asia Central de Bactriana y Sogdiana.





Derecha. El fresco, ahora destruido, sobre la pared principal de la Tumba Kinch en Macedonia está registrado en esta acuarela de Simões de Fonséca. Representa a un jinete macedonio cargando contra un infante persa. Los persas llevan un escudo grande redondo de cuero. Estos escudos eran denominados probablemente *takabara* en antiguo persa.



5 La guerra minoica y micénica

FECHAS CLAVE

***ca.* 3000-2000 a.C.** Minoico Antiguo/Periodo Prepalacial.

***ca.* 2000-1600 a.C.** Periodo Minoico Medio.

***ca.* 1900 a.C.** Se funda Knossos. Comienzo del Periodo Protopalacial.

***ca.* 1700 a.C.** Los palacios son destruidos por terremotos. Comienza el Periodo Neopalacial.

***ca.* 1600-1050 a.C.** Periodo Minoico Reciente; Periodo Micénico en el continente.

***ca.* 1600-1450 a.C.** Primeras tumbas de fosa en Micenas. Fortificaciones.

***ca.* 1500 a.C.** Erupción de Thera.

***ca.* 1500-1450 a.C.** Guerra civil en Creta, destrucción de los grandes palacios excepto Knossos, tumbas de guerreros en Knossos.

***ca.* 1450-1375 a.C.** Dominación micénica en Knossos.

***ca.* 1375 a.C.** Destrucción de Knossos, fin del Periodo Neopalacial.

***ca.* 1400-1200 a.C.** Periodo cumbre de la civilización micénica.

***ca.* 1200-1100 a.C.** Ataque de los Pueblos de la Tierra y del Mar.

***ca.* 1100 a.C.** Destrucción de los palacios micénicos y colapso de la civilización micénica.

Página opuesta. Placa micénica de marfil (de la Tumba de cámara de Micenas 27, siglo XIII a.C.), que representa a un guerrero llevando un casco hecho con colmillos de jabalí. Este tipo de casco es mencionado por el poeta Homero.

Derecha. Puñal de doble filo de la Edad del Bronce Inicial o Medio. Nótense los remaches para acoplar la empuñadura.

Uno de los clichés de la civilización de la Edad del Bronce Griega es que la Creta minoica fue pacífica, mientras que la civilización micénica de la Grecia continental fue guerrera. Semejantes clichés simplifican en demasía la realidad. A fin de descubrir la realidad de la guerra, minoica y micénica, y del conflicto, deberíamos primero examinar nuestros propios prejuicios sobre lo que quiere decir «guerra».

En su *Historia de la guerra**, John Keegan argumentaba de modo convincente que la comprensión de la guerra en la civilización occidental derivaba esencialmente de los antiguos griegos. El tipo de guerra griego era el encuentro de dos grupos opuestos de soldados acorazados en un campo de batalla definido. La victoria o la derrota se medían por el control o por la retirada de ese campo de batalla. Con los «matices» adicionales de invasión, asedio y conquista, a través del imperialismo de Alejandro y de los romanos, esta expresión de la guerra bastante formal dominó la civilización occidental hasta el siglo XX. Las tecnologías militares contemporáneas han hecho imposible tal guerra sin que se amenace la verdadera supervivencia no ya sólo de la humanidad, sino la del planeta. Así, somos testigos de la aparición de una expresión de guerra más circunscrita a conflictos regionales limitados pero intensos, acciones de guerrilla y misiones de «pacificación». Esta fragmentación del anterior significado bastante monolítico de «guerra» nos permite ahora percibir la expresión de la guerra y el conflicto en sociedades antiguas y no occidentales como un fenómeno más complejo y variado de interacción violenta entre comunidades.

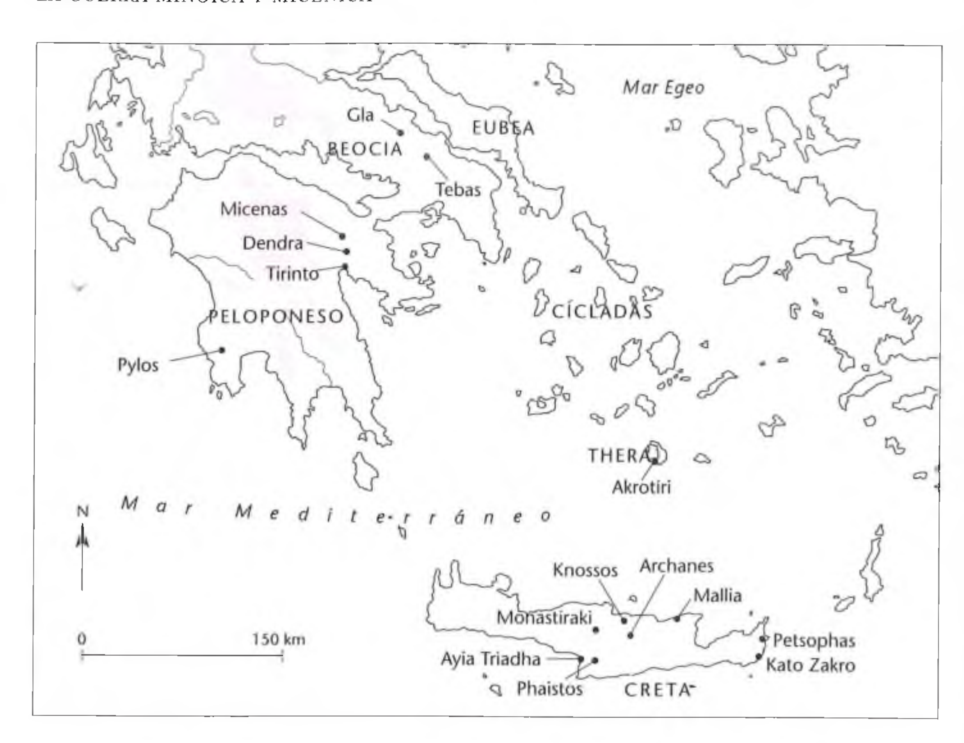
LA CRETA MINOICA. SÍNTOMAS PRECOCES DE CONFLICTO

Los síntomas de importancia social de la violencia se manifiestan en la aparición de puñales de bronce de doble filo en los hallazgos de las tumbas comunales de la Creta del Minoico Antiguo y Medio (3000 al 1800 a.C.). Aparecen en tales cantidades que se han utilizado para calcular el número de enterramientos y el tamaño de las poblaciones. La complejidad creciente y la riqueza de estas tumbas se cita a menudo como prueba de la emergencia de una jerarquía social y como parte del proceso de desarrollo de los Estados «palacio» complejos, como Knossos, que caracterizan a la civilización minoica.

Los puñales de bronce tienen un diseño simple; con doble filo, hojas de bronce reforzadas por una nervadura central, son relativamente cortos en su mayoría. Las empuñaduras de madera se acoplaban por medio de remaches en la hoja. Este método de enmangar crea una debilidad intrínseca, porque el puño puede desprenderse si se somete a demasiada presión. La escasa longitud del puñal, sin embargo, indica que este no era probablemente un problema importante. Definir estos puñales como herramientas o como armas es importante también para

* Barcelona, Planeta, 1995.

Derecha. Mapa de Creta, la Grecia continental y los lugares importantes mencionados en éste capítulo.



Abajo. Estatuilla masculina de arcilla ofrecida en el santuario de la cumbre de Petsophas en Creta, hacia el 1800 a.C. El puñal modelado con remaches, que se exhibe ostentosamente en la cintura, se parece a los puñales de bronce auténticos de la época.



entenderlos. Cualquiera que use cuchillos regularmente para actividades normales como cazar, desollar, tallar madera y preparar o comer alimentos, reconocerá que con una hoja de doble filo es mucho más fácil que uno se corte accidentalmente. Por contra, la capacidad de cortar en cualquier dirección los hace perfectamente apropiados como armas.

Que estos puñales no eran solamente funcionales, sino que tenían una dimensión simbólica más compleja, lo dan entender pequeñas figuritas de arcilla de hombres, con puñales modelados colocados bien a la vista en sus cinturas. Estas figuritas de arcilla, en su mayoría del Minoico Medio en cronología (2000-1700), fueron ofrecidas en santuarios de cimas de montañas para dejar memoria de la participación en los rituales del lugar. Ellos representan adoradores más que divinidades.

La ostentosa exhibición de los puñales sugiere que la asociación con un arma era un elemento simbólico importante en la concepción minoica de la masculinidad. A juzgar solamente por las estatuillas, esto puede haber estado limitado a una clase elitista socialmente elevada, pues, en general, las estatuillas que están mejor hechas y mejor pintadas son las que tienen puñales. Pero la presencia continuada de los puñales en las tumbas denota que esta asociación fue muy importante en la sociedad minoica.

Más allá de lo simbólico hay pruebas más tangibles de que la Creta minoica fue menos pacífica de lo que se piensa generalmente. Un elemento citado para «probar» el pacifismo minoico es la falta de fortificaciones de Knossos y otros palacios. Es cierto, pero deberíamos desconfiar de aplicar tal percepción como una generalización sobre la civilización minoica. El cambio del patrón de asentamiento para emplazamientos estratégicamente situados y refugios defensivos de montaña se conoce bien para Creta al final de la Edad del Bronce, pero los especialistas han discutido según los casos en favor de una elección similar de emplazamientos defensivos al comienzo de la Edad del Bronce, e incluso para pequeñas ciudadelas en la dinámica previa a la fundación de los palacios del Periodo MA III- MM I (2200-1900).

La elección de emplazamientos defensivos puede ser más el resultado de una sensación de amenaza que de una amenaza real. Pero podemos vislumbrar las consecuencias de un conflicto real en otro momento clave de la historia minoica, la transición del



Espadas tipo A y B (del Círculo A de tumbas de Micenas, tumba de fosa V, siglo XVI a.C.) los lomos redondeados de la espada de tipo A (*izquierda*, 95 cm), similar a los primeros puñales, sugiere que el origen de las espadas parte de puñales alargados. La espiga alargada de la espada de tipo B (*derecha*, 43,2 cm) elimina la debilidad de la sujeción del puño.

Protopalacial al Neopalacial. El acontecimiento principal fue un terremoto que destruyó los primeros palacios, pero la continuidad social se preservó en tanto que se recuperaron de las ruinas para alcanzar el apogeo de la civilización neopalacial. Un posible conflicto en esta turbulenta época, sin embargo, se da a entender por la destrucción y abandono del palacio protopalacial de Monastiraki, en el valle de Amari al oeste de Creta. En el vecino valle de Ayos Vasilios, hay una clara ruptura en el patrón de asentamiento de la misma época. Las dos áreas, en el Periodo Protopalacial, son satélites de Phaistos, donde los datos del Periodo Neopalacial dan a entender que Knossos estaba extendiendo su influencia en la zona.

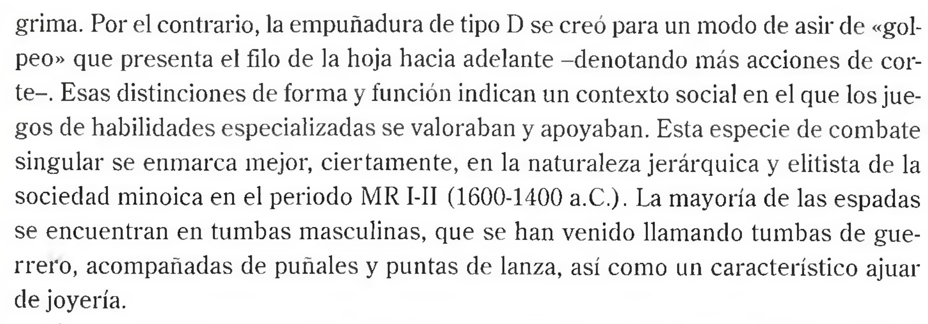
¿Cómo deberíamos interpretar esas escasas pero persistentes señales de conflicto? En verdad esto no es la guerra tal como se define habitualmente. Quizá lo que se ve aquí es la práctica bien conocida por los antropólogos, de las incursiones entre vecinos. Esta especie de conflicto de baja intensidad ofrece oportunidades para la exhibición masculina, pequeños cambios territoriales, e intercambio de recursos, pero minimiza las pérdidas reales y la destrucción, y así apenas resulta desestabilizadora culturalmente.

LA CRETA NEOPALACIAL. CONFLICTO CRECIENTE

La Creta neopalacial representa el apogeo de la civilización minoica, con sus «tesoros» artísticos, los palacios, los frescos, los vasos esculpidos en piedra y las obras maestras en miniatura de los sellos de piedra y los anillos de oro. Sin embargo, terminó en violencia y destrucción. Un militarismo creciente se aprecia en el desarrollo de las primeras espadas. Las espadas minoicas y micénicas reciben una caracterización estándar basada en la tipología de las empuñaduras. Las espadas tipo A son las primeras. Con sus hombros redondeados y su casi inexistente espiga, recuerdan claramente a los primitivos puñales. Ciertamente es bastante probable que sean esencialmente una extensión de la forma del puñal. Las espadas tipo A más antiguas se encuentran en contextos religiosos, el más famoso es un santuario del MM II-III en Malia. Esto, una vez más, subraya la naturaleza simbólica del armamento en la civilización minoica.

Un vez que se desarrollaron las espadas, los minoicos perfeccionaron rápidamente su tecnología funcional. Aunque la espada tipo B, que es la primera en resolver la debilidad de la empuñadura alargando la espiga, se desarrolló probablemente por los primeros micénicos, se ha defendido de modo convincente que el principal taller de las espadas tipo C y D estaba establecido en Knossos. Aun con sus empuñaduras decoradas, en cuanto hojas metálicas, estas espadas eran muy funcionales. Lo que también hace interesantes estas dos espadas es que fueron diseñadas para distintos estilos de combate. La empuñadura tipo C favorece empuñarla como sable, que permite también al dedo índice abrazar de manera natural en torno a la guarda de «cuerno»; esta forma de empuñar presenta la punta de la hoja hacia su oponente, un estilo de combate más propio de la es-

Espada tipo D, con empuñadura decorada en oro (de Knossos, cementerio Zapher Papoura, siglo XVI-XV a.C.). La hoja es funcional, lo que indica que la empuñadura de oro se le añadió para el uso final de la espada como ofrenda funeraria.



grima. Por el contrario, la empuñadura de tipo D se creó para un modo de asir de «golpeo» que presenta el filo de la hoja hacia adelante –denotando más acciones de corte–. Esas distinciones de forma y función indican un contexto social en el que los juegos de habilidades especializadas se valoraban y apoyaban. Esta especie de combate singular se enmarca mejor, ciertamente, en la naturaleza jerárquica y elitista de la sociedad minoica en el periodo MR I-II (1600-1400 a.C.). La mayoría de las espadas se encuentran en tumbas masculinas, que se han venido llamando tumbas de guerrero, acompañadas de puñales y puntas de lanza, así como un característico ajuar de joyería.

Aunque la mayoría del arte pictórico se concentra en la pompa religiosa y el ritual, hay algunas imágenes de combates, representando tanto combates singulares como de hombres con leones. Es significativo que el arma dominante sea la espada, aun admitiendo que un espadachín con el pecho al descubierto, representado con cierto detalle, derrote a más lanceros anónimos con escudo torre. La lógica elevación de las espadas sobre otras armas indica claramente una percepción jerárquica de la destreza en el combate. También las técnicas que vemos en las imágenes, una preferencia por el tajo a distancia y el tiro (que concuerda perfectamente con el diseño de las espadas), también da a entender un tipo de combate formal de esgrima, con duelos uno contra uno más que luchando en grupo. Una técnica predilecta es una punzada descendente al cuello. Además de ser una técnica de muerte rápida, al cortar vasos sanguíneos vitales, el cuello es difícil de proteger con armadura y suele estar expuesto.

Aunque no directamente «minoica», la práctica de las razias, supuesta anteriormente, está representada en el famoso Fresco del Barco de la Casa Oeste de la isla de Tera. Entre las representaciones de unas ciudades, una procesión en barco y una tormenta en el mar, aparece una escena que muestra a unos hombres armados con grandes escudos torre, cascos de colmillos de jabalí y lanzas. Parecen estar en una expedición de robo de ganado.

La cronología de estas tumbas de guerrero se extiende en el periodo MR I-II. Al final del MR I (1450) todos los lugares importantes, palacios, villas y ciudades, exceptuando el palacio de Knossos fueron destruidos por un incendio, del que no se recuperaron. Estas destrucciones son el resultado de la intervención humana, la guerra. Aunque la cronología de estas destrucciones es contemporánea arqueológicamente, en términos humanos puede haberse prolongado una generación. La interpretación de la Creta de este periodo como una isla agitada, da a entender que como resultado del daño ecológico causado por la anterior erupción del volcán de Thera, la competencia por los menguantes recursos impulsaría a los Estados palaciales a la competición. Esto se produjo a una escala mucho más intensa que la de las «incursiones» de anteriores generaciones, conduciendo, según parece, a la destrucción sistemática de la infraestructura de todos los Estados, excepto Knossos.





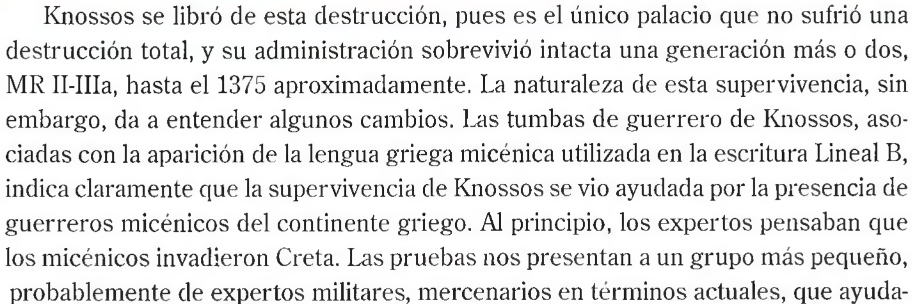
Espada tipo C (*arriba*, réplica) con su guarda en cuerno característica. El diseño de la guarda en cuerno permite de forma natural agarrar con el índice sobre la guarda, presentando la punta al frente. Es muy adecuada para las acciones de duelo y de tiro. Esto contrasta con la espada de tipo D (*sobre el texto*, réplica). La pequeña empuñadura y la guarda con la característica forma de T favorecen su uso como un martillo, mejor para acciones de corte y cambios rápidos de dirección en una melé en la que hay múltiples oponentes.







Tres sellos de oro mostrando escenas de combate (todas del Círculo A de tumbas de Micenas, Tumba de fosa III y IV, siglo XVI a.C.) (*izquierda*). El espadachín vence al mejor protegido escudero empujando la parte superior del escudo y realizando un tiro o golpe por encima, un golpe mortal. (*Centro*). El espadachín vence a un grupo de enemigos, incluyendo a un escudero, y usa el tiro elevado. (*Derecha*). Combate entre hombre y león.



Arriba. Vista parcial del fresco de la Casa Oeste de Akrotiri en Thera (siglo XVI a.C.). Esta parte del fresco muestra una partida de guerreros con escudos torre y cascos de colmillos de jabalí, armados con lanzas y espadas.

Knossos se libró de esta destrucción, pues es el único palacio que no sufrió una destrucción total, y su administración sobrevivió intacta una generación más o dos, MR II-IIIa, hasta el 1375 aproximadamente. La naturaleza de esta supervivencia, sin embargo, da a entender algunos cambios. Las tumbas de guerrero de Knossos, asociadas con la aparición de la lengua griega micénica utilizada en la escritura Lineal B, indica claramente que la supervivencia de Knossos se vio ayudada por la presencia de guerreros micénicos del continente griego. Al principio, los expertos pensaban que los micénicos invadieron Creta. Las pruebas nos presentan a un grupo más pequeño, probablemente de expertos militares, mercenarios en términos actuales, que ayudaron a Knossos y luego asumieron su control, por medio de matrimonios con la clase dominante minoica –quizá la elite femenina que se enterró en las grandes tumbas de Knossos, Archanes y Ayia Triadha, que coinciden con la datación de las tumbas de guerrero.



LOS PRIMEROS MICÉNICOS

Lo anterior nos lleva a Micenas. La espectacular riqueza de las tumbas de fosa de Micenas en el HR I (1600-1550) es un marcado contraste con la pobreza relativa de la Grecia continental en el periodo Heládico Medio Anterior. Se han propuesto varias explicaciones para esta repentina riqueza, que van desde que estos difuntos son, en realidad, minoicos o que eran mercenarios griegos que volvieron de Egipto con su botín. Cualquiera que sea la historia que subyace, es evidente que éste representa a un grupo con una especialización militar mucho más sofisticada que la de los minoicos. Hay docenas de espadas, lanzas, puñales y cuchillos en las tumbas. Los mismos huesos nos cuentan una historia compleja. No sólo hay heridas mortales en la cabeza, hay



Tablilla de Lineal B de Pylos (siglo XIII a.C.). La escritura, en origen minoica, registra la más antigua forma de griego empleado por los micénicos. Las tablillas son cuentas del palacio enumerando producciones, desde lana y aceite a caballos, carros y armas.



Armas decoradas, puñales, cuchillos y puntas de lanza de las tumbas de fosa de Micenas. Cada una de las tumbas contenía docenas de armas, reflejo del *ethos* guerrero de este pueblo.

también cicatrices de heridas de espada en los esqueletos, ilustrando largos historiales de lucha, e incluso lesiones en los huesos de las piernas al correr con grandes escudos de cuerpo entero. Dos tipos de esos grandes escudos se representan en uno de los puñales de las tumbas de fosa, en el que guerreros con escudos en ocho y escudos torre luchan con leones.

Las imágenes en los tesoros de las tumbas de fosa ensalzan también la ciencia militar. Quizá el más elocuente sea el fragmentario *Rhyton* del asedio, que demuestra que ya desde el inicio los micénicos conocían y valoraban las habilidades de la guerra de sitio y los grupos de combate con unidades especializadas de espadas, lanceros y arqueros, más que los ejércitos para las incursiones y los duelos, o las bandas de guerreros.

Que este valor cultural no está limitado a la misma Micenas, lo indican los hallazgos de otros lugares. La tumbas de la época no sólo contienen armas sino también elementos de armadura, incluyendo fragmentos de cascos de colmillos auténticos de jabalí y la más famosa armadura completa, el coselete de Dendra.

La armadura de Dendra

Ninguna discusión sobre la guerra en la Edad del Bronce griega debería olvidar la armadura completa encontrada en una antigua tumba micénica en Dendra, cerca de Micenas. La armadura consta de un coselete simple, peto y espaldar. Un gran gorjal cubre el cuello y la parte inferior de la cara. Los hombros están protegidos por hombreras metálicas curvas. Colgando de la cintura aparece un faldón de láminas superpuestas, que permite el movimiento de la cadera y las piernas. Está construido toscamente de láminas de bronce semicilíndricas, curvadas para adaptarse al cuerpo, pero sin el detalle de elegancia anatómica de la posterior armadura hoplítica.

El problema con la interpretación de esta armadura es que es única en el registro arqueológico; no sabemos si es la armadura típica micénica, o si es un ejemplar inusual. No se ha encontrado ninguna como ésta en otras tumbas, ni aparece representada en imágenes. Está claro que era especial para el propietario con el que se enterró y representó un considerable gasto en términos de cantidad de metal.

Las interpretaciones modernas se centran en la apariencia incómoda de la armadura. Las reconstrucciones que se han hecho sitúan al guerrero que porta esta armadura sobre un carro, en la creencia de que es demasiado pesada para que su portador se empeñe en un combate singular. Sin embargo, ha habido varios intentos recientes de reproducir la armadura con exactitud. Esos experimentos concuerdan en que la armadura se hizo para un individuo fornido, con el «físico de un jugador de *rugby*». Aunque es difícil incorporarse del suelo de la posición boca abajo, y la carrera fatiga rápidamente al portador, la armadura no es particularmente incómoda de llevar. Es comparable en movilidad con la armadura medieval y esa comparación puede dar la clave de su uso real.

La armadura *tonlet* es un diseño de armadura de torneo de principios del siglo XVI, especialmente favorable para los duelos con hacha. Tiene un faldón característico y las curvas están proyectadas para impedir que un arma del contrario tenga un asidero con el filo o con la punta. A modo de comparación, da la impresión de que la armadura de Dendra no era un equipo de batalla, sino que estaba pensada más bien para el duelo. Esta interpretación daría veracidad ciertamente al modelo de sociedad micénica dominado por una aristocracia cuyo prestigio se mediría a través de la destreza personal con las armas. En resumen, la armadura de Dendra se usó más probablemente para el combate personal que para la guerra en carro.

Arriba. La armadura de Dendra es la primera armadura completa conocida en Europa, su diseño ofrece protección desde los muslos al cuello.

Izquierda. El doctor Barry Molloy llevando una reproducción de la armadura de Dendra, usándola más certeramente para el combate a pie. Aunque es pesada, ofrece movilidad suficiente para el combate singular a pie, tal como un duelo, más que para luchar desde un carro.



Abajo. Casco realizado con colmillos de jabalí (procedente de Spata en el Ática, siglo XIII a.C.). Se estima que pueden hacer falta 30 jabalíes para obtener los colmillos necesarios para estos cascos.

Arriba. El *Rhyton* de plata del Asedio (procedente de la Tumba de fosa IV, del Círculo A de tumbas de Micenas. Siglo XVI a.C.). Parece existir alguna forma de coordinación entre las filas de un ejército atacante usando espadas, arqueros y escuderos y lanceros. Esto da a entender que se conocían y utilizaban tácticas de combate.



Arriba. Puñal de bronce con una escena de cacería de leones (de Micenas, Circulo A de tumbas, Tumba de fosa IV, siglo XVI a.C.). Se representan escudos en forma de ocho y escudos torre. Los escudos son sostenidos por tirantes. Nótese la forma de propulsar las lanzas con las dos manos por encima de la cabeza.

LA DOMINACIÓN MICÉNICA

Después de la eliminación de Knossos en el periodo HR IIb (1350-1200) la civilización micénica se convirtió en dominadora de todo el Mediterráneo oriental. En Grecia, éste es el momento de las grandes ciudadelas amuralladas. Con su enorme construcción ciclópea, demostraron un considerable conocimiento de la planificación arquitectónica. En Micenas, y en la cercana Tirinto, en especial, la dimensión militar de su saber se manifiesta en el modo en que las puertas están dispuestas en ángulos con los muros principales, de manera que los flancos de los potenciales agresores quedaran expuestos al fuego de los defensores. Ambos yacimientos incorporan también en su plano acceso a las fuentes cercanas, para disponer de agua en momentos de asedio, y poternas para que los defensores huyan o tiendan emboscadas a los atacantes.

Lamentablemente no tenemos textos contemporáneos literarios o históricos que nos pudieran explicarnos estos fenómenos culturales. ¿Estaban los micénicos constantemente en guerra entre sí? Los textos lineal B conservados de las destrucciones de los principales yacimientos micénicos son ante todo la contabilidad administrativa de una economía altamente organizada. Los micénicos pueden haber sido guerreros, pero eran también burócratas. En medio de las ovejas, la lana y el aceite de oliva, sin embargo, está el registro de un gran número de armas, armaduras, caballos, carros y ruedas de carro. Teniendo en cuenta lo accidentado del terreno griego, es discutible que los micénicos hayan luchado realmente con carros. Solamente la llanura de Beocia, dominada por Tebas y la impresionante fortaleza de Gla, tenía campo abierto suficiente. Sin embargo hay indicios de una enorme acumulación de armas. ¿Nos atreveríamos a llamarla una «carrera armamentística»?

Es posible también que exista una naturaleza decididamente militar en la jerarquía social y política micénica. Los más altos cargos citados en los textos lineal B son el *wanakas* y el *lawegetas* (literalmente el «jefe del pueblo»). Ambas palabras sobreviven en el griego arcaico posterior, la primera como *wanax*, con el significado de rey, y la segunda refiriéndose al jefe de la tropa.

En el exterior éste es también el periodo de las aventuras micénicas económicas y militares. Primero como enclaves comerciales y luego como colonias, los micénicos establecieron la primera presencia griega en lo que luego llegarían a ser las grandes ciudades griegas de Asia Menor, Jonia y Chipre. Si las referencias hititas a los ahhiyawa, se refieren realmente a los aqueos, es decir, a los griegos, hay un testimonio verídico de la capacidad militar de los micénicos, aunque sólo fuesen una leve molestia para la



Arriba. Lápida funeraria con relieve de carro cargando sobre un guerrero armado de infantería (procede del Círculo A de tumbas de Micenas, Tumba de fosa V, siglo XVI a.C.) el conductor parece estar solo en el carro. El guerrero de infantería parece llevar una espada, posiblemente de un solo filo.

Página opuesta, arriba. Reconstrucción de la ciudadela de Micenas en su máxima extensión, después de que el Círculo A de tumbas fuese incorporado a la ciudadela. La puerta está dispuesta en ángulo recto con las murallas y tiene una muralla adicional en el lateral, de modo que los flancos de cualquier atacante estarían expuestos. Éste es un uso sofisticado de las fortificaciones.

Página opuesta, abajo. Fotografía aérea de la ciudadela de Tirinto. La ciudadela superior a la derecha tiene los muros más gruesos para proteger el palacio. Las gruesas murallas dobles permiten proteger el acceso al agua en caso de asedio.

superpotencia anatólica. Es probable que estas aventuras micénicas en Asia Menor sean las raíces de las historias de la Guerra de Troya.

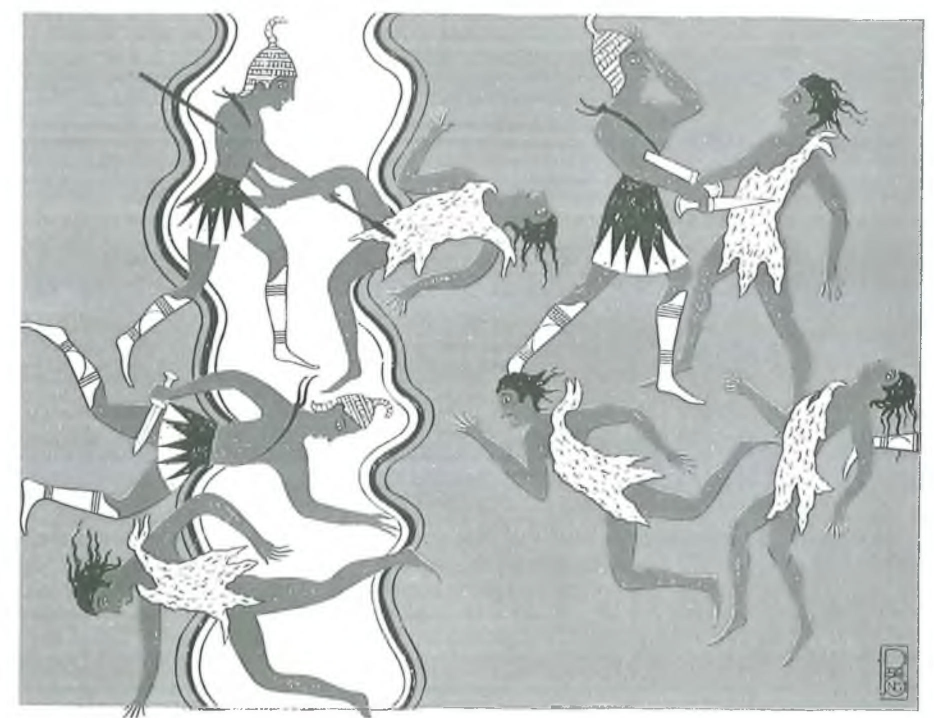
EL FINAL MICÉNICO

A la vista del manifiesto poder militar de los micénicos, su desplome total a finales de la Edad del Bronce parece sorprendente (HR IIIc, 1200-1050). En términos humanos se prolongó bastante durante varias generaciones. Se han apuntado varias explicaciones, desde una invasión bárbara a la sequía o a la guerra intestina; probablemente todas ellas puedan haber actuado. Desde luego, el final de la civilización micénica no debería verse como un acontecimiento aislado. El «acontecimiento principal» de la época fue la migración de lo que los egipcios llamaron «Pueblos del Mar y la Tierra». Este enigmático desplazamiento y migración de poblaciones acabó con el Imperio hitita y amenazó a Egipto desde el 1205 a.C., hasta que Ramsés III los derrotó en 1174. Se establecieron en Palestina y llegaron a ser conocidos por los autores de la Biblia como los filisteos. La cultura filistea incluye un elevado componente egeo, dando a entender que los Pueblos del Mar pueden haber incluido a minoicos y micénicos desplazados.

Volviendo a los micénicos, la naturaleza de la amenaza provocó evidentes cambios en el armamento y las tácticas. El Vaso del Guerrero de Micenas representa una procesión de guerreros llevando cascos con cuernos, armadura de coraza y grebas, y portando escudos redondos. Este es un equipamiento similar a la posterior panoplia hoplita, lo que indica la necesidad de equipar y desplegar nutridos grupos de soldados en batalla más que sólo guerreros de elite, típicos de épocas anteriores.

Apoyando esta sugerencia está el fresco que decora la sala 64 del Palacio de Pilos. La escena fragmentaria representa a guerreros micénicos tocados con cascos combatiendo con enemigos vestidos con pieles (lo que puede ser una caracterización de su barbarie), en una melé de combates individuales, más que duelos formales o formaciones de guerreros.

Vaso del Guerrero de Micenas, (*ca.* 1200 a.C.). La armadura de estos últimos guerreros micénicos ha cambiado respecto de la de sus antepasados de las tumbas de fosa. Tienen armaduras más ligeras y escudos más pequeños. Su representación en procesión indica también que luchaban como una unidad, una indicación de guerra de grupo más que de duelo aristocrático.



Fresco del palacio de Pylos, sala 64. Guerreros micénicos en combate contra «bárbaros». Los micénicos, con cascos de colmillo de jabalí y grebas, se distinguen de sus enemigos que visten pieles. Nótese el uso de las lanzas blandiéndolas para punzar y espadas cortas.



Arriba. Espada de bronce Tipo F de Tríkala, en Tesalia (36,6 cm, siglo XII a.C.). Un diseño de espada tan funcionalmente simple y brutal como la espada romana. Nótese el pomo integrado y el filo recurvado. Ésta es un arma para una batalla en melé cerrada.

Sobre estas líneas. Espada de bronce Naue II de Antheia, en Acaya (65 cm, siglo XII a.C.). Este tipo de espada, con su guarda característica, se introdujo probablemente en Grecia desde Europa Central. Se convirtió en el diseño de espada dominante en Europa, desde Irlanda hasta el Mediterráneo, en los últimos estadios del Bronce Final y hasta el fin de la Edad del Hierro.

De modo adecuado, las espadas representadas en el fresco son cortas, usándose para clavar en los enemigos. Como descubrieron los romanos más adelante, las espadas más cortas eran más adecuadas para el caos de la batalla, porque podían ser manejadas más rápidamente para cambiar de dirección, cuando uno se ve amenazado por múltiples enemigos. En lógica correspondencia, las espadas de este turbulento periodo (tipos F, G y el Naue II) experimentan un rápido desarrollo. Son normalmente más cortas y un poco más anchas que los tipos anteriores. Pero las dos mejoras más importantes son la sustitución de la nervadura central por un triángulo aplanado (que hace a la espada más sólida) y el desarrollo del filo recurvado (lo que hace una lámina en forma de hoja). La ventaja especial de este filo recurvado es que mejora la eficiencia de la acción de corte, especialmente el corte que acarrea desgarro (donde se corta tirando hacia sí más que impulsando hacia delante). Una vez más, ésta es una ventaja cuando uno lucha contra muchos contrarios en una melé. Y es este diseño de espada el que avanza desde la Edad de Bronce a la Edad del Hierro inicial, a la guerra de la Grecia Arcaica y Clásica.



6 La guerra en la Grecia Arcaica y Clásica

FECHAS CLAVE

Época arcaica (*ca.* 700-480 a.C.)

ca. **600 a.C.** Conquista definitiva de Mesenia por Esparta.

ca. **550 a.C.** Batalla de Campeones.

ca. **525 a.C.** Asedio de Samos por Esparta.

510 a.C. Destrucción de Síbaris.

499-494 a.C. Revuelta jonia.

490 a.C. Batalla de Maratón.

Época clásica (*ca.* 480-338 a.C.)

480 a.C. Batalla de las Termópilas.

480 a.C. Batalla de Salamina.

480 a.C. Batalla de Hímera.

479 a.C. Batalla de Platea.

479 a.C. Batalla de Micala.

461-446 a.C. Primera Guerra del Peloponeso.

440 a.C. Asedio de Samos por Atenas.

432-421 a.C. Segunda Guerra del Peloponeso. I fase.

413-404 a.C. Segunda Guerra del Peloponeso. II fase.

395-386 a.C. Guerra de Corinto.

371 a.C. Batalla de Leuctra.

362 a.C. Batalla de Mantinea.

338 a.C. Batalla de Queronea.

Un hoplita plenamente equipado con armadura en una ánfora griega de *ca.* 480 a.C., encontrada en Caere (Etruria). Lleva un casco ático y coselete de tela o cuero; su emblema del escudo representa a una figura desarmada soplando el *salpinx,* una trompeta empleada para dar señales en la batalla.

Los griegos se enorgullecían de su característico estilo de hacer la guerra. El soldado griego más típico, el hoplita, iba al combate con una pesada armadura que lo capacitaba para entablar combate en una lucha más cerrada que la habitual del mundo antiguo. Esto elevaba el amor propio de los griegos como nación de luchadores excepcionalmente bravos y fuertes, rodeados por débiles y cobardes bárbaros que preferían la seguridad de la lucha a distancia con jabalinas y flechas. Una fuente de orgullo griego adicional era que ellos luchaban de una manera contenida, según «leyes» que exigían entre otras cosas, respeto por los caídos en combate.

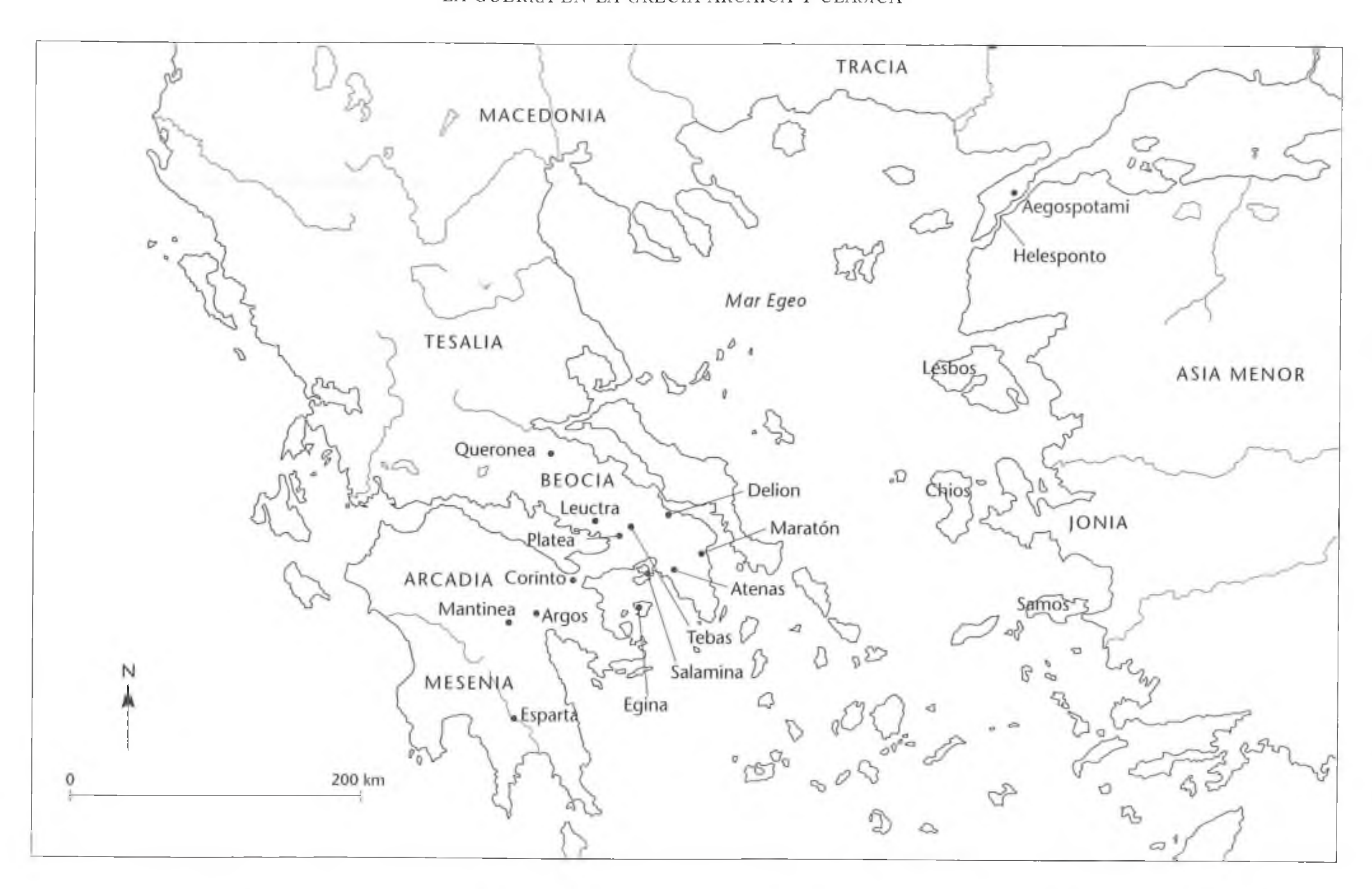
Existe una imagen de la guerra griega dominada por los hoplitas que impregna la antigua literatura y los estudios modernos. Uno podría fácilmente salir con la impresión de que la guerra griega consistía en poco más que hoplitas luchando una especie de juego («agonístico») de batallas organizadas –al menos hasta el siglo V a.C., cuando otros tipos de guerra entraron en escena–. Pero ésta es una impresión errónea, porque descuida los otros tipos de personal militar, acción y valores que desempeñaron siempre su papel junto del hoplita.

LAS CIUDADES ESTADO-GRIEGAS

Después de varios siglos en los que los griegos vivían en aldeas dispersas, el siglo VIII a.C. asistió a la aparición de cientos de pequeñas ciudades, al primer uso de la escritura desde la caída de los reinos micénicos, y las primeras guerras registradas en la historia europea –parte de la Guerra de Troya y otros conflictos griegos legendarios.

A lo largo de la época arcaica (700-480 a.C.) los poblados se hicieron más grandes, aparecieron las fortificaciones y los edificios monumentales, y los griegos viajaron a través del Mediterráneo y del mar Negro fundando muchas nuevas ciudades. Lentamente surgió la forma griega característica de organización política, la ciudad Estado *(polis).* No podemos reconstruir la historia militar de este periodo con detalle porque la mayoría de nuestros datos provienen de fuentes mucho más tardías y son parciales y poco fiables. No obstante, algunos fragmentos de poesía arcaica, escenas de batallas en el arte y hallazgos arqueológicos revelan la naturaleza genérica de la guerra en este momento, y arrojan alguna luz sobre los grandes conflictos. Mejor conocidas son las Guerras de Mesenia del siglo VII a.C., durante las cuales Esparta redujo a sus vecinos a servidumbre y se convirtió en el Estado más poderoso de Grecia

Hacia el 550 a.C. las relaciones internacionales entre las ciudades Estado griegas fueron formalizadas primero por medio de tratados de alianza y amistad, alguno de los cuales se conserva en inscripciones. Los tratados bilaterales de Esparta con sus aliados subordinados cubrían la mayor parte del Peloponeso (la península meridional griega), y equivalían a lo que los autores modernos llaman la Liga Peloponesia. Síbaris edificó un sistema similar de alianzas entre las ciudades griegas del sur de Italia, pero éste llegó a un fin abrupto cuando la ciudad fue arrasada hasta los cimientos por su vecina Trotona en el 510 a.C.



Mapa de Grecia, con las ciudades Estado importantes, regiones y otros lugares mencionados en el texto.

A lo largo de la época Arcaica, las ciudades griegas de la costa de Anatolia (actual Turquía) sufrieron ataques del reino de Lidia, que finalmente conquistó buena parte de la región. No mucho más tarde, Lidia fue también conquistada por los persas, quienes desde mediados del siglo VI en adelante crearon un vasto imperio con centro en Irán. Los griegos en Anatolia fueron sometidos en el 546 a.C. y, a finales del siglo, el control persa ya se había extendido a algunas islas del Egeo y al Norte de los Balcanes.

Un punto de inflexión en la historia, a ojos de los propios griegos, llegó al comienzo del periodo clásico (480-338 a.C.) con la resistencia contra la expansión imperial persa (como narra Herodoto). Un intento fallido de librarse del control persa (la revuelta jonia, 499-494 a.C.) fue seguido del primer ataque directo persa contra la Grecia continental, detenido por la derrota a manos de Atenas en la batalla de Maratón en el 490 a.C. Le siguió una expedición mucho mayor en el 480 a.C., comandada por el nuevo rey Jerjes. Esto llevó a muchas ciudades Estado griegas, no a todas, a unir sus fuerzas en una alianza conducida por Esparta. La flota aliada, dominada por la marina ateniense, se apuntó una sorprendente victoria en Salamina (véase recuadro opuesto), después de la cual se retiró el grueso de los ejércitos persas. Los ejércitos aliados obtuvieron otra inesperada victoria contra las tropas persas que quedaron en la batalla de Platea (479 a.C.), y siguió una sucesión de campañas griegas de represalia en territorio de control persa. Esparta perdió pronto interés, dejando a Atenas convertirse en líder de una nueva alianza antipersa, la Liga de Delos, que se convirtió pronto en un «imperio» ateniense, con súbditos tributarios. En un desarrollo similar, Siracusa se erigió como el poder hegemónico griego en Sicilia después de llevar a cabo campañas contra un poder no griego que estaba en expansión, el imperio de Cartago en el Norte de África, y obtener la victoria en la batalla de Himera en el 480 a.C.

La batalla de Salamina

A pesar de su fama como «la batalla que salvó a la civilización occidental», el choque entre las marinas persa y griega en Salamina, en el 480 a.C. es importante más por su valor simbólico que por su impacto militar.

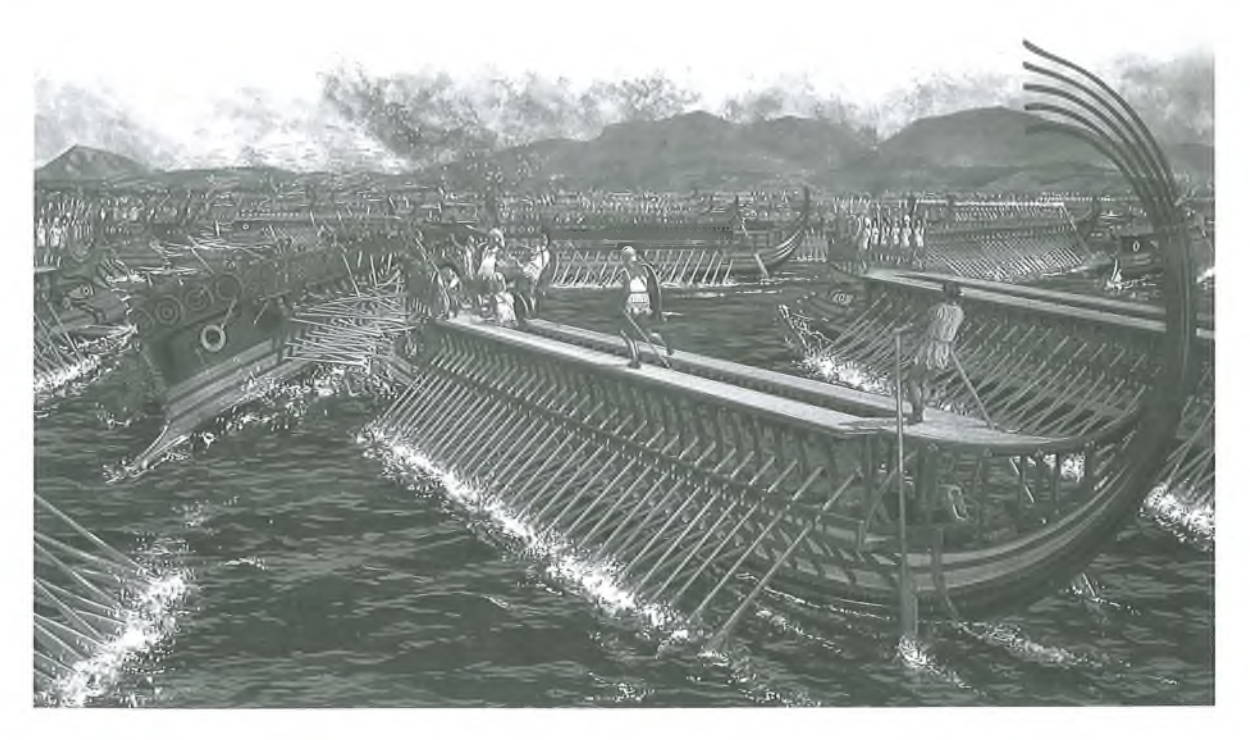
El curso de la batalla es imposible de reconstruir más allá de un somero esquema, ya que cada Estado en la coalición griega contó una historia diferente, glorificando su propio papel y minimizando el de sus rivales. Así pues, los atenienses proclamaron que ellos habían iniciado la batalla y que los corintios huyeron sin luchar; otros decían que los eginetas iniciaron las hostilidades y que los corintios dominaron la acción. Había acuerdo, no obstante, en que la flota griega, apostada en Salamina para cubrir la evacuación de Atenas, fue convencida con dificultad de que resistir aquí contra los persas, comandados por el mismo Jerjes, y que los griegos se las ingeniaron para atraer al enemigo a la parte más estrecha del golfo, donde los persas no podían hacer valer su gran superioridad numérica. Las fuentes no dan cifras de pérdidas, pero dan a entender que los griegos causaron tanto daño que los restos de la flota de Jerjes y el grueso de su ejército se retiraron inmediatamente a Persia presas del pánico y la desesperación.

Los griegos en realidad no fueron superados por mucho en número. Se dice que los persas habían lanzado 1.207 barcos, pero 600 se perdieron en dos tormentas separadas, y al menos otros 100 en combates previos. Así pues, los griegos, con 380 barcos, se enfrentaron a 500 barcos, como mucho. Los estragos causados por las tormentas no sorprenden, ya que era mediados de septiembre y, de hecho, incluso si Jerjes hubiese ganado la batalla, habría sido el momento de que su flota regresase a sus bases para el invierno. Es probable que la retirada persa fuese parte de su plan. A los griegos, sin embargo, Salamina les pareció una victoria milagrosa, símbolo de su determinación de defender su libertad a cualquier precio.



Arriba. Reconstrucción del desarrollo de la batalla.

Abajo. Una impresión artística de trirremes fenicios y griegos en acción en Salamina.





Estatuilla de bronce de un hoplita, *ca.* 500 a.C., encontrada en Dodona. La figura sostuvo en su día un lanza alzada, y representa de modo realista la postura de perfil adoptada por el hoplita en combate. Su escudo es de tipo beocio más que del tipo característico de hoplita (la hendidura del lateral es plenamente visible), con un brazalete central y una asa en el extremo.





Tres piezas de una armadura decorada

Izquierda. Un casco corintio del siglo VI a.C. de Olimpia

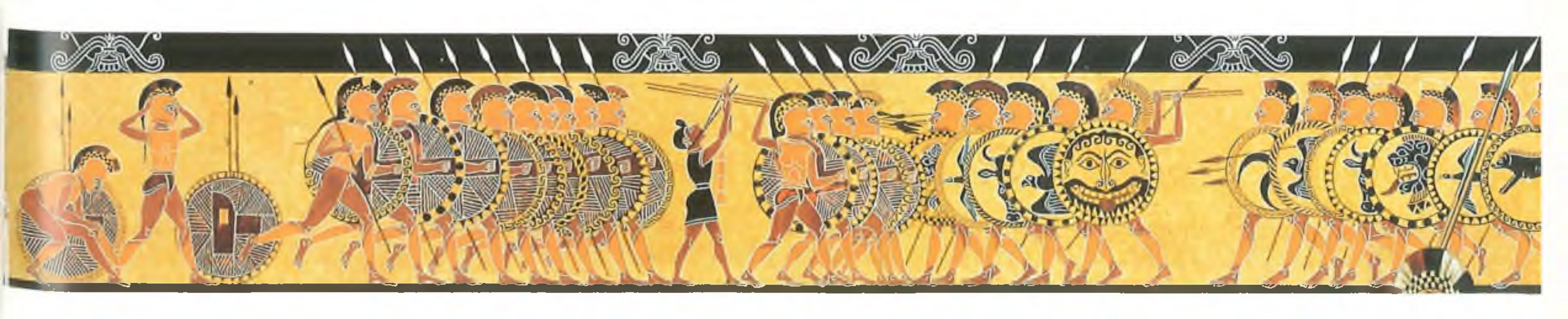
Extremo izquierda y debajo. Piezas decoradas de armadura de Afrati, Creta, *ca.* 650-600 a.C., que parecen haber sido capturadas en combate, con inscripciones de los nombres de quienes tomaron el botín.





Izquierda. Una copa ateniense de principios del siglo V que representa jóvenes armados. Comenzando por la esquina inferior izquierda, les vemos fijando las grebas, atándose un coselete de cuero o tela y ciñéndose la espada; la figura siguiente mira su casco con inquietud, quizá por que su penacho desapareció. Sus escudos se sitúan detrás de ellos.

Abajo. Escena del Vaso Chigi, *ca.* 640 a.C. En el centro, un muchacho toca un caramillo para animar a aquellos que luchan delante de él, o pide ayuda del grupo más numeroso que corre detrás de él. En el extremo derecho más soldados se están uniendo a la acción, en el izquierdo otros soldados se están armando. Todos llevan dos lanzas con cordones de lanzar.



Escudos griegos

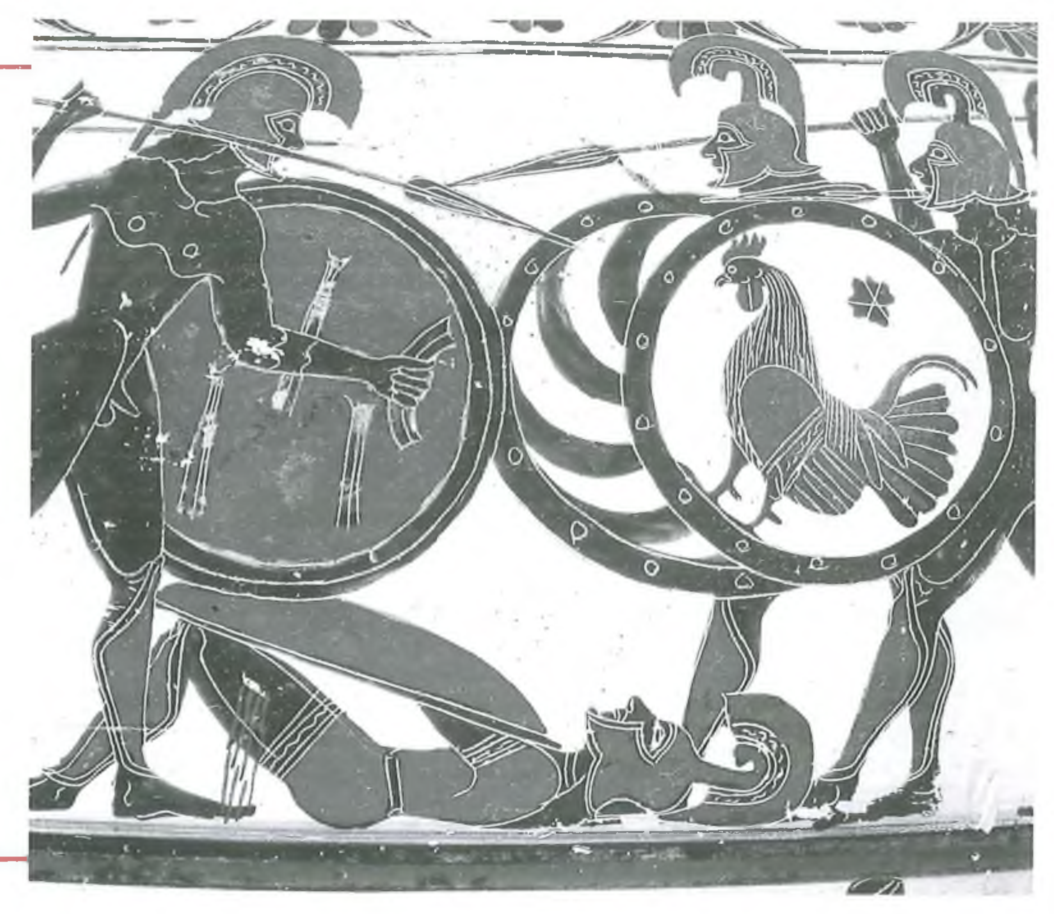
El hoplita clásico llevaba un escudo de madera, circular, convexo, *ca.* 90 cm de diámetro y 7 kg de peso, con una abrazadera central por la que el portador desliza su brazo izquierdo hasta el codo, y un asa, hecha normalmente de cuerda en el borde. Para un soporte adicional, el hoplita llevaba el escudo inclinado hacia atrás sobre su hombro izquierdo. Su dureza y su forma convexa hacían a este escudo muy difícil de perforar, especialmente si se reforzaba con un recubrimiento de bronce, mientras que su tamaño aseguraba que cubriera casi todo el cuerpo: la mitad inferior, que sobresalía hacia delante cuando la cima del escudo se apoyaba contra el hombro, daba protección incluso a las espinillas. Cuando un hoplita adoptaba su postura normal de perfil, se mantenía erguido detrás del centro de su escudo y estaba excepcionalmente bien protegido tras el centro de su escudo, aunque su flanco derecho era vulnerable.

Algunos hoplitas arcaicos prefirieron el ligero escudo «beocio» y llevaban un par de lanzas cortas adecuadas tanto para el combate a corta como a larga distancia, mejores que una simple lanza pesada para cargar. El escudo era de forma oval, consistente en un bastidor de madera a través del cual extendía cuero o mimbre, con hendiduras semicirculares en medio de cada uno de los lados largos (es una forma menos exagerada del escudo Dipylon, véase recuadro en página 71). Originalmente tenía una sola asa central, pero las versiones posteriores copiaban el sistema de doble agarre del escudo hoplita, excepto que el asa estaba fijada cerca de la parte inferior y el portador lo llevaba con el brazo extendido.

En el norte de Grecia, muchos soldados estaban equipados de modo muy similar con un escudo ligero de mimbre o cuero llamado pelta. El escudo beocio y el par de lanzas dejaron de utilizarse a principios del siglo V a.C., y fue quizás entonces cuando se desarrolló una clara distinción entre los hoplitas y los que llevaban pelta, los «peltastas». El término «hoplita», en cualquier caso, no se atestigua antes de 470 a.C.

Sus éxitos en estos grandes conflictos hicieron mucho por crear la idea griega de que eran superiores de forma innata a sus enemigos «bárbaros», y defensores de la libertad contra la esclavitud de los imperios totalitarios. Nótese que la «libertad» no se debe confundir con democracia; incluso Atenas, el Estado más democrático de la alianza griega, disfrutaba de una participación popular limitada en la política en ese momento, y la mayoría de los demás aliados eran Estados oligárquicos regidos por elites ricas. Siracusa fue gobernada por una serie de poderosos dictadores.

Durante algún tiempo Esparta y Atenas compartieron la posición de «líder de los griegos», pero las ambiciones de ambas partes condujeron a una serie de guerras por la hegemonía, para las que nuestros datos principales provienen de historiadores contemporáneos como Tucídides y Jenofonte: la Primera Guerra del Peloponeso (461-446 a.C.), las dos fases de la (Segunda) Guerra del Peloponeso (431-421 y 413-404 a.C.), y la Guerra de Corinto (395-386). Durante buena parte del siglo V a.C., los atenienses tuvieron éxito y confiaron en sí mismos lo bastante como para involucrarse en guerras distantes también, en especial un intento fallido de apoyar una revuelta egipcia contra los persas, y una expedición desastrosa a Sicilia, pero finalmente Esparta obtuvo el apoyo financiero persa, que le posibilitó derrotar a Atenas y sus aliados completamente. A fines del 380 a.C., Esparta era otra vez el dominador indiscutido de Grecia y más poderosa que en cualquier momento del pasado. Pero su rival no se rindió, creó una Segunda Confederación Ateniense en el 377 a.C. y aparecieron nuevos aspirantes al liderazgo, muy en especial, los beocios, los arcadios y los tesalios. Después de que Esparta fuese derrotada de modo decisivo en Leuctra, hubo alianzas constantemente cambiantes y con liderazgos igualmente variables que se disputaron la hegemonía, pero cada vez con menos éxito duradero. La (segunda) batalla de Mantinea en el 362 a.C. dejó a Grecia sin un «líder» reconocido por todos.



Dos hoplitas tratando de rescatar a un camarada herido o muerto de las manos de su enemigo, en un vaso corintio de *ca.* 600 a.C. El brazalete central y el asa periférica típica del escudo hoplita se ven con claridad. El soldado muerto lleva una túnica, pero no coraza; la desnudez de los otros puede ser una convención artística de tipo heroico.

En este momento, el paisaje político se transformó con el ascenso de Macedonia. El poder potencial de los principales pueblos del norte balcánico, los macedonios y los tracios, con sus grandes recursos de mano de obra, oro y plata y sus tradiciones guerreras, habían sido advertidas por los griegos tiempo atrás, pero no fue hasta que Filipo II de Macedonia unificó una gran parte de la región, obtuvo el control sobre sus minas de oro y transformó sus fuerzas militares, que este poder se hizo evidente. A pesar de la resistencia en particular de Atenas, la influencia de Filipo en Grecia se extendió cada vez más hasta que su victoria en Queronea en el 338 a.C. lo hizo «líder de los griegos», que se unieron en la nueva Liga de Corinto. Pronto Atenas, Esparta y otros Estados griegos fueron reducidos a actores menores en la política internacional, pero continuaron existiendo –y luchando– como Estados independientes hasta que Grecia se convirtió en provincia del Imperio romano en el 146 a.C.

UNA MILICIA ABIGARRADA: EL EJÉRCITO CIUDADANO

La gran mayoría de soldados que lucharon en las guerras de la Grecia arcaica y clásica eran milicianos no profesionales. En tanto que se ganaban la vida con la agricultura, la artesanía o el comercio, se esperaba en la mayor parte de las ciudades griegas que los ciudadanos se proveyesen de su propio equipo, se ocupasen de su propia preparación y sirviesen en la guerra con lo mejor de su capacidad. Los hombres más pobres no podían permitirse comprar armas caras y armadura, comprometerse a un entrenamiento regular o abandonar sus medios de vida para servir en largas campañas, pero se aprestaban con sus jabalinas, arcos y piedras cuando se dictaba una leva general en defensa propia o para campañas cortas justo al otro lado de la frontera. Los autores antiguos tenían en tan poca consideración a esta muchedumbre pobremente armada y entrenada que raramente se molestaban en mencionarla, pero estas masas de tropas ligeras de armamento están presentes en muchas batallas importan-

tes y debieron de tener algún impacto en su resultados (véase el recuadro sobre la batalla de Delion, pp. 114-115)

Los ciudadanos que podían permitirse comprar al menos un escudo y una lanza y, en el mejor de los casos, también armadura y espada, servían como *hoplitai* u hoplitas, que quiere decir «hombres que tienen impedimenta militar» *(hopla)*, en oposición a las masas desprotegidas de hombres «ligeros» y «desnudos» *(psiloi, gymnetes)*. El arte griego del periodo arcaico suele mostrar soldados pesadamente acorazados, pero los hallazgos arqueológicos revelan que en realidad algunas partes de la armadura corporal eran más utilizadas que otras: los cascos superan en número a las grebas por 3 a 1 y las corazas por 10 a 1. La mayor parte de los hoplitas llevaban sólo espada y escudo (véase recuadro p. 104), y no usaban más que un casco y una túnica corta.

Los ciudadanos más ricos estaban equipados con una panoplia de armadura espléndida, incluyendo cascos con triple penacho y escudos con blasones personalizados más que los emblemas nacionales de sus ciudades que servían generalmente como emblemas de escudo para la mayoría de los soldados. Los hoplitas adinerados eran atendidos por criados, normalmente esclavos, y los que eran muy ricos iban a la batalla a caballo, aunque luchasen a pie. En la época arcaica, esos hoplitas montados eran relativamente habituales, mientras que los caballeros –soldados que combatían a caballo– eran más raros. Pero a lo largo de la época clásica cada vez más ciudades organizaron fuerzas de caballería, y los hoplitas montados fueron cada vez más escasos.

Estatuilla de bronce de un hoplita montado del Sur de Italia, *ca.* 575-550 a.C. La inclinación del brazo izquierdo del jinete muestra que portaba un escudo de hoplita originalmente, y las marcas en su casco muestran que estaba decorado con un penacho transversal.

A pesar de tender a la uniformidad, la milicia hoplita clásica siguió siendo una fuerza abigarrada, el equipamiento de cada individuo se determinaba únicamente por lo que quería y podía comprar.

El entrenamiento también se dejaba fundamentalmente a la propia iniciativa individual. Los ricos gastaban gran parte de su tiempo libre en gimnasios públicos o privados y en recintos de lucha, donde corrían, saltaban, lanzaban el disco o la jabalina, luchaban y boxeaban para fomentar la buena forma en general, la agilidad y la resistencia. El entreno con las armas no formaba parte habitualmente del programa de preparación. Algunos podían contratar a un preparador personal de lucha *(hoplomachos)*, pero otros sostenían que esto era malgastar dinero porque la habilidad en el manejo de las armas se conseguía naturalmente. Los menos adinerados no entrenaban tanto, y los que eran demasiado pobres para encontrar tiempo simplemente se confiaban a la buena forma y la fuerza derivadas del duro trabajo. Raramente eran posibles los ejercicios de instrucción en formación: ya que los hombres entrenaban en su mayoría en solitario o en pequeños grupos, en todo caso, las maniobras de campaña solamente podían ser practicadas durante las campañas, una vez que las tropas se hubiesen

concentrado. Los soldados griegos, pues, debían más sus éxitos a una excepcional habilidad para luchar cuerpo a cuerpo y en orden cerrado que a cualquier competencia especial en el uso de armas o maniobras tácticas.

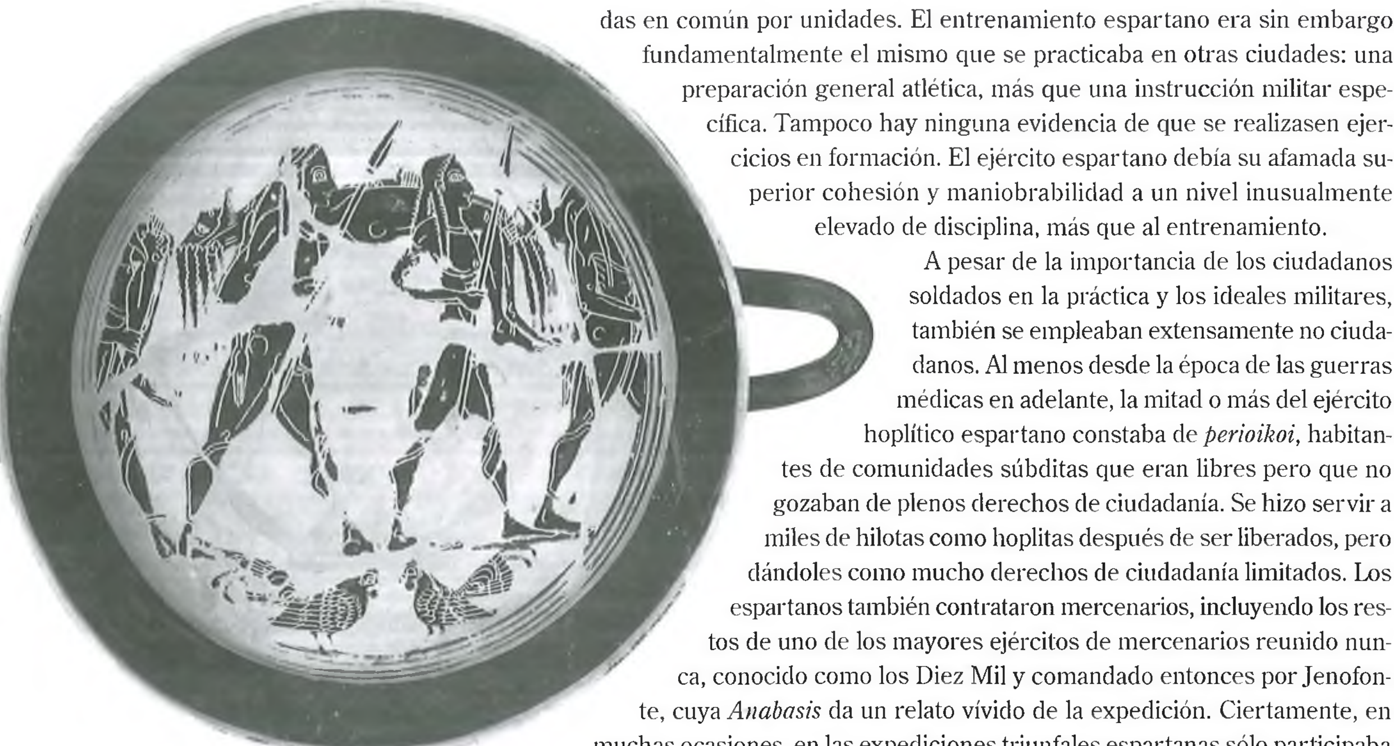
La composición de una leva general dependía de las tradiciones militares de una ciudad Estado y de la distribución de la riqueza entre su pueblo. En la Atenas clásica, en torno al 40 por 100 de los ciudadanos en edad militar –entre 18 y 60 años– servían como hoplitas; el 2 por 100 como caballeros; el resto como infantería ligera armada al azar y como remeros en la marina. Es probable que pocos Estados tuviesen una proporción tan amplia de infantería pesada. En regiones como Tesalia una gran brecha económica entre la elite y las masas contribuía a que las ciudades presentasen grandes contingentes de caballería y de infantería ligera y menores fuerzas de hoplitas.

Sólo una minoría de ciudadanos podía permitirse servir durante largos periodos de tiempo, y una ciudad no podía comprometer todo su contingente en una campaña lejana en el exterior o una larga guerra de conquista. Para ese tipo de campañas, un Estado solicitaba voluntarios u obligaba a servir a los ciudadanos más ricos: aquellos que poseyeran propiedades por más de un valor determinado podían ser obligados a equiparse por su cuenta en un nivel básico y estar disponibles para el servicio. Las clases más bajas no estaban sometidas a esa obligación, pero podían ir como voluntarios.

Esparta es una excepción parcial a casi todo lo que se ha dicho hasta ahora. La reducción de los habitantes de las regiones vecinas a un estatus análogo a la servidumbre, el de «hilotas», posibilitó la conversión de los ciudadanos espartanos en una elite ociosa de «iguales» *(homoioi)* dedicados al servicio como hoplitas. Estos ciudadanos adoptaron un estilo de vida comunitario y fuertemente igualitario que iba mucho más allá de la uniformidad del equipo, y un régimen de vida cotidiana mucho más regulado que el que se encontraba en otros lugares, con, por ejemplo, ejercicio y comidas toma-

Caballeros ligeramente armados haciendo prácticas de tiro en una crátera ateniense del siglo IV a.C. El blanco es un escudo blanco sobre una base; un jinete ya pasó y dejó su jabalina rota en el suelo, el siguiente está a punto de lanzar mientras unas figuras aladas sostienen una corona, que simboliza el triunfo.





Jóvenes imberbes, cuyas grebas y lanzas indican que eran soldados, llevan a casa los cadáveres de sus camaradas mayores, barbados. La escena está pintada en una copa para beber espartana del siglo VI. Los gallos peleando al pie simbolizan la competitividad masculina.

das en común por unidades. El entrenamiento espartano era sin embargo fundamentalmente el mismo que se practicaba en otras ciudades: una preparación general atlética, más que una instrucción militar específica. Tampoco hay ninguna evidencia de que se realizasen ejercicios en formación. El ejército espartano debía su afamada superior cohesión y maniobrabilidad a un nivel inusualmente elevado de disciplina, más que al entrenamiento.

A pesar de la importancia de los ciudadanos soldados en la práctica y los ideales militares, también se empleaban extensamente no ciudadanos. Al menos desde la época de las guerras médicas en adelante, la mitad o más del ejército hoplítico espartano constaba de *perioikoi*, habitantes de comunidades súbditas que eran libres pero que no gozaban de plenos derechos de ciudadanía. Se hizo servir a miles de hilotas como hoplitas después de ser liberados, pero dándoles como mucho derechos de ciudadanía limitados. Los espartanos también contrataron mercenarios, incluyendo los restos de uno de los mayores ejércitos de mercenarios reunido nunca, conocido como los Diez Mil y comandado entonces por Jenofonte, cuya *Anabasis* da un relato vívido de la expedición. Ciertamente, en muchas ocasiones, en las expediciones triunfales espartanas sólo participaba un ciudadano espartano como jefe de muchos miles de soldados no ciudadanos.

Los mercenarios fueron empleados, junto con los ciudadanos, por la mayoría de los Estados en la mayor parte de las guerras del siglo IV a.C., para consternación de algunos contemporáneos a quienes preocupaba que pudiesen sustituir por completo al ciudadano soldado. Tales temores –que se revelaron infundados– pueden parecer manifestar que el uso de tropas de no ciudadanos era un fenómeno nuevo de la época clásica tardía. Sin embargo, de hecho, las ciudades siempre confiaron mucho en «aliados» para ayudarles a librar sus guerras, desde Troya en la *Ilíada* de Homero, a Esparta y Atenas y sus aliados en las ligas del Peloponeso y de Delos. Lo que cambió en el siglo IV fue que Grecia se fragmentó tanto que las tropas de los aliados políticos eran difíciles de conseguir, y las ciudades, en su lugar, recurrieron a mercenarios que servían por un salario más que en virtud de un tratado o de la amistad.

La misma buena disposición a contratar los servicios militares de extraños se evidencia en la guerra naval. Las pequeñas flotas de galeras de 50 remos pueden haber sido manejadas por amigos y dependientes de sus capitanes, pero sólo muy excepcionalmente era posible esa base para reclutar la tripulación de 200 hombres necesaria para el trirreme *(trieres)* que se convirtió en el barco de guerra predominante desde fines del siglo VI en adelante. Las tripulaciones de Córcira constaban sobre todo de esclavos, mientras que las tripulaciones espartanas eran una combinación de hilotas y extranjeros, y en Atenas toda clase de hombres servían como remeros, el grupo más nutrido probablemente fuese el de los extranjeros residentes, muchos de los cuales habían emigrado a Atenas precisamente para ganarse la vida como remeros. Sólo en caso de crisis los barcos de Atenas eran tripulados por una leva general de ciudadanos, y aunque éstas alcanzaron éxitos notables, sobre todo en la batalla de Salamina, su inferioridad respecto de las tripulaciones profesionales era ampliamente reconocida.

DEVASTACIÓN Y RESTRICCIÓN: LA CONDUCCIÓN DE LA GUERRA

En el 341 a.C., el político ateniense Demóstenes se quejaba de que los macedonios estaban luchando una nueva clase de guerra, que continuaba casi todo el año, empleaba

todas clases de soldados y tácticas, recurría a la traición y destruía ciudades enteras. Por el contrario, dice, «en los viejos tiempos los espartanos y todos los demás invadían y saqueaban el territorio con ejércitos de hoplitas ciudadanos durante cuatro o cinco meses –la estación de la guerra– y luego regresaban a casa. Estaban tan chapados a la antigua, o tan imbuidos de espíritu cívico, que libraban las guerras según las reglas y de manera abierta». Estos buenos viejos tiempos parecen ser las décadas anterior y posterior al 400 a.C., un momento en el que de hecho las batallas abiertas de hoplitas se daban raramente, los hoplitas nunca luchaban solos, y numerosas ciudades y poblaciones eran aniquiladas por Estados guerreros. El discurso de Demóstenes pues, no es una reflexión sobre como luchaban antes los griegos en realidad, sino sobre un ideal nostálgico, falso, proyectado en el pasado. Los griegos libraron guerras «totales» tanto como «agonísticas» desde el comienzo de su historia.

Toda campaña, desde la incursión más pequeña de tipo privado hasta la mayor invasión, implicaba la devastación del territorio agrícola del enemigo. La cosechas y los árboles eran quemados o talados, las granjas y las instalaciones agrícolas destruidas, el ganado y la población capturada. Algunas veces no se causaban más que daños simbólicos, como un desafío para que el enemigo saliese y luchase –para no caer en el deshonor–. En otras ocasiones, el perjuicio infligido era tan grave que obligaba al enemigo a rendirse. Esto sólo era posible cuando un gran ejército invadía un territorio pequeño en la época propicia del año, cogía por sorpresa al enemigo, y permanecía allí por largo tiempo. El factor sorpresa era vital, pues si el enemigo estaba prevenido podía evacuar el campo, incluso extraer la carpintería de las casas. Los invasores podían hacer el daño mayor quemando el grano en el tallo justo antes de la cosecha en mayo o impidiendo la labranza y la siembra en octubre y noviembre, pero éstas eran precisamente las estaciones en las que la mayoría de los ciudadanos soldados tenían que estar en casa para cuidar sus propias haciendas. Los que podían y querían servir en el extranjero en estos momentos eran demasiado pocos normalmente para hacer mucho daño. No es sorprendente que los espartanos con sus enormes ejércitos de ociosos ciudadanos soldados, súbditos y aliados fuesen capaces de utilizar la devastación agraria con efectos mucho más notables que la mayoría, a través de invasiones anuales, a amplia escala, bien calculadas, así como ocupaciones a pequeña escala pero permanentes de puestos fortificados en territorio enemigo como bases para partidas de saqueo.

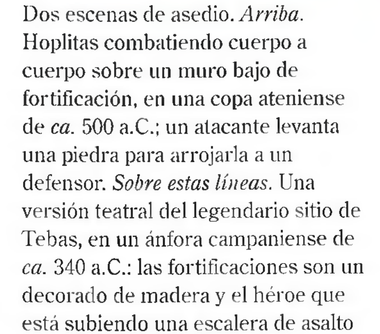
Heracles robando los bueyes de Gerión, en una copa ateniense pintada por Eufronio, *ca.* 510 a.C. Esta mítica escena está representada aquí de un modo realista, con el héroe y sus compañeros representados como un grupo de hoplitas regulares ahuyentando el ganado del enemigo.

En algunas campañas, el objetivo era nada menos que la destrucción absoluta del enemigo y su ciudad. Esto exigía aún más tiempo, hombres y recursos que la devastación extensiva de la campiña. A no ser que los traidores estuviesen preparados para abrir las puertas, era muy difícil conquistar una ciudad, pero eso no disuadió a los griegos de intentarlo, y a veces conseguirlo. Sabemos de la destrucción de diez ciudades durante la época arcaica, y puede deducirse que hubo muchos más asedios, menos exitosos o menos destructivos, como el asalto espartano de Samos en el 525, abandonado después de 40 días. De la misma época sabemos de un puñado de batallas campales. Desde mediados del siglo V a.C. en adelante, algunos Estados se hicieron lo bastante ricos y poderosos como para

mantener asedios durante meses y años utilizando tácticas de trabajo intensivo como circunvalación o zapa, e invirtiendo e construir arietes, catapultas y torres de asedio móviles. Primero Atenas, luego Esparta, Siracusa en Sicilia y otras grandes potencias adquirieron la capacidad de hacer guerra de sitio, se desarrolló algo parecido a una carrera armamentística, en la que fueron finalmente los macedonios los que triunfaron. Muchas ciudades cayeron y fueron literalmente arrasadas hasta los cimientos. Sus habitantes se convertían en refugiados si tenían suerte o, si no, los hombres eran masacrados y las mujeres y niños vendidos como esclavos.

Si la milicia salía para detener la devastación del campo o para impedir que el invasor atacase la propia ciudad, podía producirse una batalla campal. En las batallas de las que tenemos datos contemporáneos (véase recuadro al dorso), hay pocos indicios de que el combate estuviese sujeto a regulaciones y restricciones, excepto que el ganador tenía derecho a levantar un «trofeo» inviolable *(tropaion)* en el campo de batalla y estaba obligado a entregar a los enemigos muertos para que fuesen sepultados a requerimiento formal del perdedor. Ninguna de estas batallas clásicas fue librada en una ocasión y lugar o sujetas a otras condiciones que se acordasen. A menudo acabaron siendo libradas en circunstancias relativamente abiertas y equitativas, pero sólo porque ningún bando había conseguido maniobrar para situarse en la posición de ventaja que quería. Los generales procuraban a veces ser más listos que el enemigo con maniobras por sorpresa, emboscadas y desinformación deliberada. En la guerra naval, una artimaña preferida era atacar cuando la mayoría de los remeros habían salido a adquirir provisiones en la ciudad más cercana: los espartanos lograron hacer esto contra la flota ateniense en Egospótamos en el 405 a.C., de tal modo que trajo el fin de la Guerra del Peloponeso. No se permitía sin más la huida de los enemigos, sino que se les perseguía el mayor tiempo posible y se les mataba. La carnicería no se prolongaba si el terreno, el tiempo o la falta de luz creaban condiciones demasiado peligrosas para los perseguidores, pero continuaba hasta que nadie quedase vivo si el ejército derrotado se encontraba atrapado. En el mar las tripulaciones de los navíos capturados eran habitualmente esclavizadas o masacradas.

Para la época arcaica, aparte de las generalizaciones del tipo que hemos citado, tenemos algunas tradiciones sobre guerras en las que se observaron restricciones específicas. Éstas incluyen la batalla de los Campeones entre Esparta y Argos en *ca.* 550 a.C., uno de varios intentos conocidos de decidir una guerra a través de un combate entre dos o más campeones escogidos, y la prohibición de armas arrojadizas durante la llamada guerra Lelantina (de fecha incierta). Extraordinarios como son estos episodios, deberían verse en su contexto: cada uno formaba parte de una guerra de larga duración que en otras ocasiones se libró con máximo empeño. La guerra restringida no fue, en otras palabras, la norma ni siquiera en los tiempos más antiguos sino simplemente un recurso temporal –y en todos los casos conocidos fallido– para poner fin a conflictos inaceptablemente costosos.



Dos escenas de asedio. *Arriba.* Hoplitas combatiendo cuerpo a cuerpo sobre un muro bajo de fortificación, en una copa ateniense de *ca.* 500 a.C.; un atacante levanta una piedra para arrojarla a un defensor. *Sobre estas líneas.* Una versión teatral del legendario sitio de Tebas, en un ánfora campaniense de *ca.* 340 a.C.: las fortificaciones son un decorado de madera y el héroe que está subiendo una escalera de asalto con antorcha y hacha se vuelve de cara al observador.

TÁCTICA Y COMBATE

Los autores antiguos dan pocos detalles de la guerra en época clásica, pero los relatos de Tucídides y Jenofonte muestran que los hoplitas luchaban siempre cuerpo a cuerpo en una formación densa, la falange. El combate a corta distancia supone presionar al enemigo con los escudos además de apuñalar y embestir con la lanza y la espada.

Algunos autores creen que esa acción de empuje se daba de un modo concertado, cargando cada hoplita su peso sobre su escudo y apoyándose contra el enemigo o sobre un camarada que estuviese delante, hasta que un lado u otro se descubriese, y que éste era «el empujón» *(othismos)* que las fuentes mencionan como el momento decisivo de la batalla. Lo más probable, sin embargo, es que el empuje se limitase a un ocasional entrechocar de los escudos en el combate hombre a hombre, y el momento decisivo fuese un «empujón» solo metafórico (tal como sucedía en una batalla naval). Dudas similares se ciernen en torno a la densidad de la falange política: algunos piensan que los escudos se tocaban realmente y formaban un muro ininterrumpido, pero los datos tienden a indicar huecos más amplios que los necesarios para manejar las lanzas y las espadas. Fuese cual fuese la naturaleza de la formación, difícilmente podía alcanzar al enemigo en orden perfecto, pues los hoplitas ciudadanos tenían escasa o nula posibilidad de practicar ejercicios en formación, y los últimos centenares de metros de su avance al combate tendían a degenerar en una carrera desordenada. Únicamente los espartanos y los cretenses marchaban al paso en vez de correr.

Fuga y persecución después de un batalla, en un pieza ateniense del Pintor C, *ca.* 560 a.C. La mayoría de las escenas muestran a un soldado con una lanza rota a punto de ser muerto por uno o dos enemigos, en tres escenas un soldado en retirada está aún sosteniendo un combate. Todos llevan túnicas, grebas y cascos; ninguno lleva coraza.

El combate en la época arcaica es aún más difícil de reconstruir. Se suele aceptar que los hoplitas luchaban del modo clásico desde el momento en que se introdujeron las armas y la armadura hoplítica. Pero hay pruebas contundentes en el arte y la poesía marcial de que, mientras que en la época clásica los hoplitas, caballería e infantería ligera tenían cada uno su propio lugar en el campo de batalla, en la época arcaica todos se mezclaban libremente y luchaban en una masa indiferenciada. Además, algunos hoplitas arcaicos luchaban tanto con proyectiles como cuerpo a cuerpo. Esto podría haber supuesto una formación mucho más abierta, fluida, y que las batallas oscilasen entre avance y retirada a través del campo de batalla durante toda la jornada, más que ser decididas en un simple choque, como sucedía en la época clásica. A la luz de esto, es importante recalcar que la costumbre clásica de señalar la victoria con la erección de un trofeo y la entrega de los enemigos muertos al final de la batalla no está atestiguada en la época arcaica. Esta costumbre y el estilo de batalla hoplita puede haber aparecido solamente a principios del siglo V a.C. De ser así, habría existido durante poco más de un siglo, cuando los macedonios desarrollaron una versión aún más densa y disciplinada de la falange que derrotó completamente toda resistencia griega.

El combate naval también experimentó un desarrollo excepcional. En la Grecia arcaica tuvieron lugar batallas navales, libradas con tácticas de embestida y de combate al abordaje sobre las cubiertas entre tripulaciones de hoplitas, pero los primeros

La batalla de Delion

	BEOCIOS	ATENIENSES
COMANDANTES	Pagondas	Hipócrates
TROPAS (excluyendo la infantería ligera)	8.000	8.000
BAJAS (excluyendo la infantería ligera)	*c.* 500	*c.* 1.000

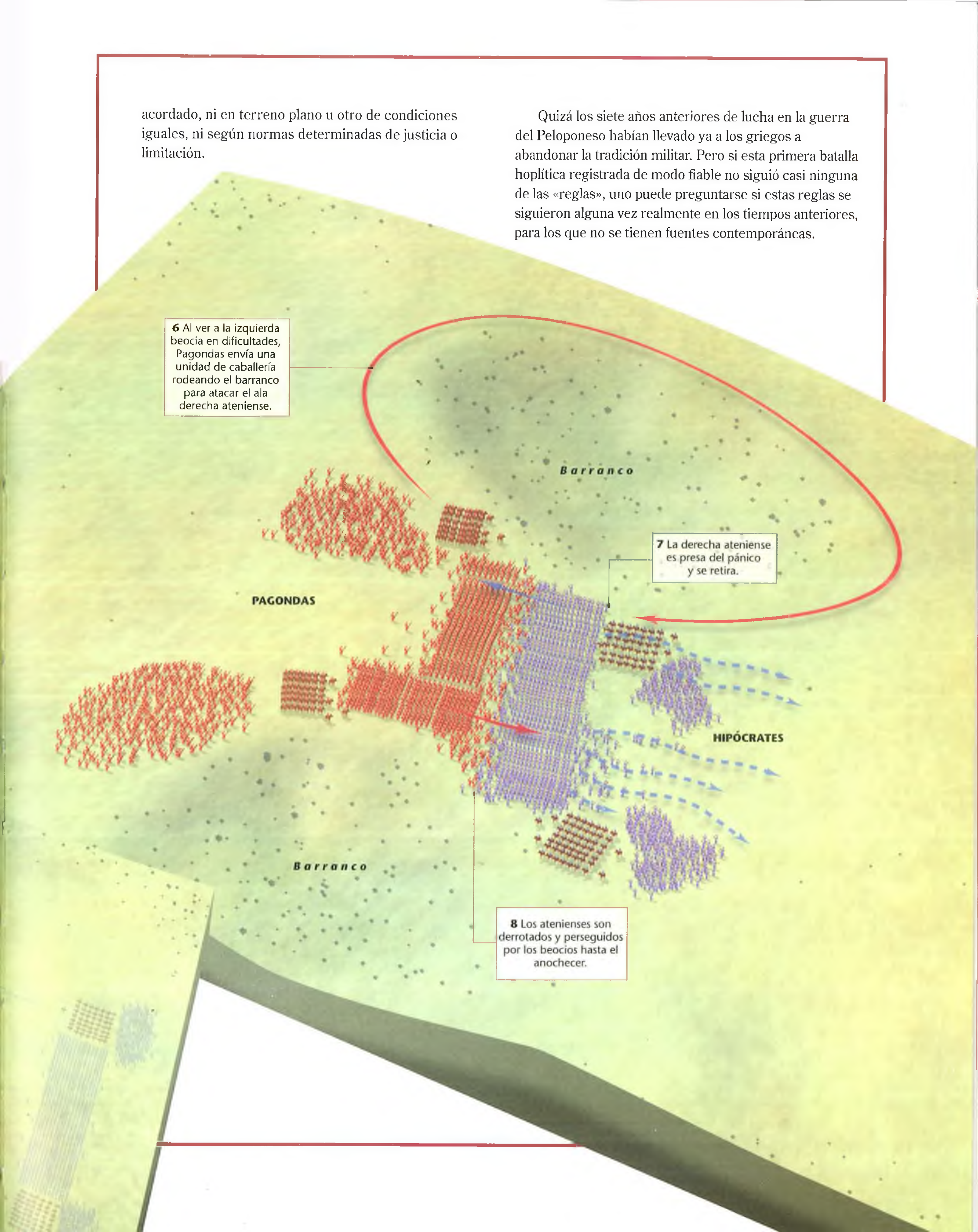
La más antigua batalla de la que nos llegó un relato detallado contemporáneo se libró entre los atenienses y los beocios en Delion en el 424 a.C., que Tucídides nos describe. La campaña comenzó cuando los atenienses ocuparon un recinto sagrado en Delion para establecer allí un puesto fortificado. Esperaban hacerlo sin librar una batalla confundiendo a los beocios con una operación de distracción: los aliados iban a tomar dos ciudades en el otro confín del país con ayuda de colaboracionistas del interior. Este plan fracasó, pero los atenienses consiguieron sin embargo tomar Delion antes de que los beocios pudiesen contraatacar.

Ambos bandos tenían 7.000 hoplitas y 1.000 soldados de caballería, pero los beocios también desplegaron 10.000 tropas ligeras, cuando el aún mayor contingente de soldados de infantería ligera ateniense había partido de regreso a casa. Los beocios sacaron ventaja del terreno y del factor sorpresa: ellos solamente hicieron su aparición después de haberse concentrado de manera oculta para la batalla, entonces atacaron desde la cima de la colina mientras el general ateniense estaba pronunciando su arenga. Se desató otra sorpresa cuando la caballería beocia se desplazó al ala izquierda sin ser vista por los atenienses, que se espantaron irremediablemente ante su repentina aparición. Los beocios mataron a 1.000 hombres, y habrían matado a más en la persecución si la oscuridad no hubiese llegado. Rechazaron dar permiso a los atenienses para recuperar a sus muertos, excepto si evacuaban Delion.

Los atenienses habían recurrido a una maniobra estratégica para evitar la batalla, y cuando la batalla se les impuso no se luchó en un momento o lugar

acordado, ni en terreno plano u otro de condiciones iguales, ni según normas determinadas de justicia o limitación.

Quizá los siete años anteriores de lucha en la guerra del Peloponeso habían llevado ya a los griegos a abandonar la tradición militar. Pero si esta primera batalla hoplítica registrada de modo fiable no siguió casi ninguna de las «reglas», uno puede preguntarse si estas reglas se siguieron alguna vez realmente en los tiempos anteriores, para los que no se tienen fuentes contemporáneas.





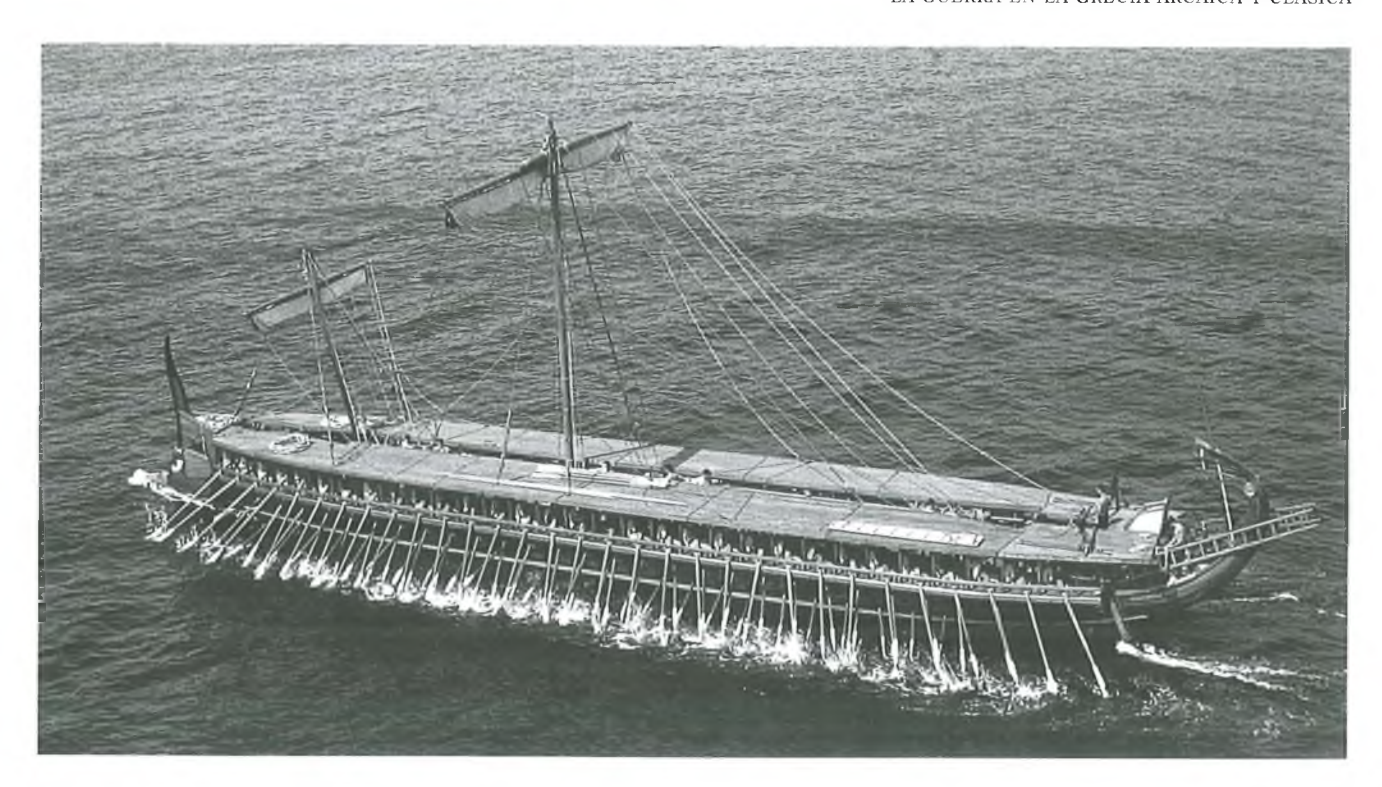
Un barco mercante a la deriva (izquierda) es atacado por un barco de guerra con remos en dos niveles *(birreme)*, en una copa ateniense de fines del siglo VI. Pegado a la proa hay un espolón de bronce en forma de cabeza de jabalí. En la otra cara del vaso, el mercader despliega sus velas en un intento de huir.

barcos de guerra servían ante todo para transportar soldados, que remaban ellos mismos, hasta el territorio enemigo. El trirreme clásico, por el contrario, estaba diseñado ante todo para lograr rapidez y maniobrabilidad. Su adopción extendida significa una traslación de la prioridad del transporte al combate, y del combate sobre las cubiertas a la embestida. Para la batalla naval, los trirremes formaban normalmente en una línea larga simple y se empeñaban en duelos uno contra uno en los que giraban en torno a otro buscando la ocasión de superar de flanco la nave enemiga, espolonearla y retroceder rápido antes de que volcase. Esto exigía mucho de las capacidades de remeros y marineros, especialmente el timonel, y fomentaba mucho el empleo de tripulaciones al menos semiprofesionales.

EL PRECIO DE LA AMBICIÓN: CAUSAS, OBJETIVOS Y COSTES DE LA GUERRA

La causa fundamental de la guerra, tal como la veían los griegos, era «querer más» *(pleonexia)*. Las dos cosas que todos querían más eran honor y riqueza. Las ciudades procuraban ganar mayor prestigio entre los Estados vecinos y tomaban represalias por actos de desconsideración, y la rivalidad permanente producía tensiones constantes y guerras frecuentes. Cuanto mayor es el poder de una ciudad, más alta es su posición de prestigio en el mundo griego, y más propensa es a percibir las ofensas. La riqueza, en forma de botín, esclavos y territorio también es perseguida, no sólo por las ciudades que padecen escasez sino también, y sobre todo, por ciudades que tienen ya una abundancia de recursos que pueden movilizar para adquirir aún más.

El honor o la codicia podían ser satisfechos quemando y saqueando el país enemigo durante unos días, pero, en el curso de una larga rivalidad, las apuestas tendían a hacerse más altas. Las rivalidades más feroces se intensificaban hasta el punto en que sólo la aniquilación completa del enemigo produciría satisfacción. Estas causas y objetivos de la guerra fueron constantes en la historia de Grecia, y fueron vigorosamente perseguidos dentro de las limitaciones de lo que podía hacerse con milicias no profesionales y un aparato estatal subdesarrollado.



La réplica reconstruida del trirreme *Olympias*. Tenía una tripulación de 170 remeros, 14 soldados y 16 marinos. El timonel y el vigía navegaban, mientras el maestre de remo y el flautista aseguraban que los remeros mantuviesen el ritmo. Había espacio sobre la cubierta para otros 30 soldados, si fuese necesario. En Atenas, el capitán no era normalmente un especialista naval, sino un ciudadano rico designado para cubrir parte del coste de mantener el barco y la tripulación.

Estas limitaciones eran especialmente graves en la época arcaica, cuando el control del Estado y la hacienda eran rudimentarios. Asi, todos los costes de la guerra eran asumidos por los mismos soldados, y la organización de ejércitos y flotas descansaba sobre todo en las relaciones personales entre personas poderosas y sus seguidores. El apoyo logístico no existía y la disciplina era precaria. Desde fines del siglo VI en adelante, el proceso acelerado de consolidación del Estado hizo posible crear una falange hoplítica más densa, adoptar el costoso trirreme como principal arma en la guerra naval, desarrollar técnicas y máquinas de asedio, y pagar habitualmente a ciudadanos y mercenarios para librar guerras más lejanas, más ambiciosas. Aún así los ejércitos griegos alcanzaron sus famosas victorias contra el Imperio persa a pesar de una constante lucha contra la frágil disciplina, la logística insuficiente y la financiación escasa.

Estas debilidades, junto con las feroces rivalidades internas que los dividían, supusieron que los griegos no pudieron contrarrestar el creciente poder militar de Macedonia y se vieron reducidos a la situación de súbditos en el 338 a.C. Atenas hizo un intento de ponerse al día creando un ejército ciudadano mejor adiestrado, y algunos otros Estados la siguieron posteriormente. La mayoría de las ciudades griegas, sin embargo, no tenían simplemente los recursos para competir con los nuevos reinos, y tuvieron que contentarse con conservar sus milicias hoplitas tradicionales, aunque ahora más bien sirviesen para la exhibición.



7 Alejandro Magno y la guerra helenística

FECHAS CLAVE

Época helenística (338-31 a.C.)

338 a.C. Batalla de Queronea.
336 a.C. Muerte de Filipo de Macedonia.
334 a.C. Batalla del Gránico.
333 a.C. Batalla de Issos.
332 a.C. Asedio de Tiro.
331 a.C. Batalla de Gaugamela.
326 a.C. Batalla del río Hydaspes.
323 a.C. Muerte de Alejandro Magno.
320 a.C. Batalla del Fuerte de los Camellos.
301 a.C. Batalla de Ipsos.
274-271 a.C. Primera Guerra Siria
265-260 a.C. Guerra de Cremónides.
260-253 a.C. Segunda Guerra Siria.
246-241 a.C. Tercera Guerra Siria.
217 a.C. Batalla de Raphia.
197 a.C. Batalla de Cynoscefalos.
189 a.C. Batalla de Magnesia.
168 a.C. Batalla de Pydna.
146 a.C. Saqueo de Corinto por Roma.
63 a.C. Muerte de Mitrídates del Ponto.
31 a.C. Batalla de Actium.

Alejandro Magno en la batalla de Issos en el 333 a.C. de un mosaico romano hallado en Pompeya. El mosaico se modeló probablemente sobre una pintura realizada en vida de Alejandro. La obra entera se muestra en la p. 123.

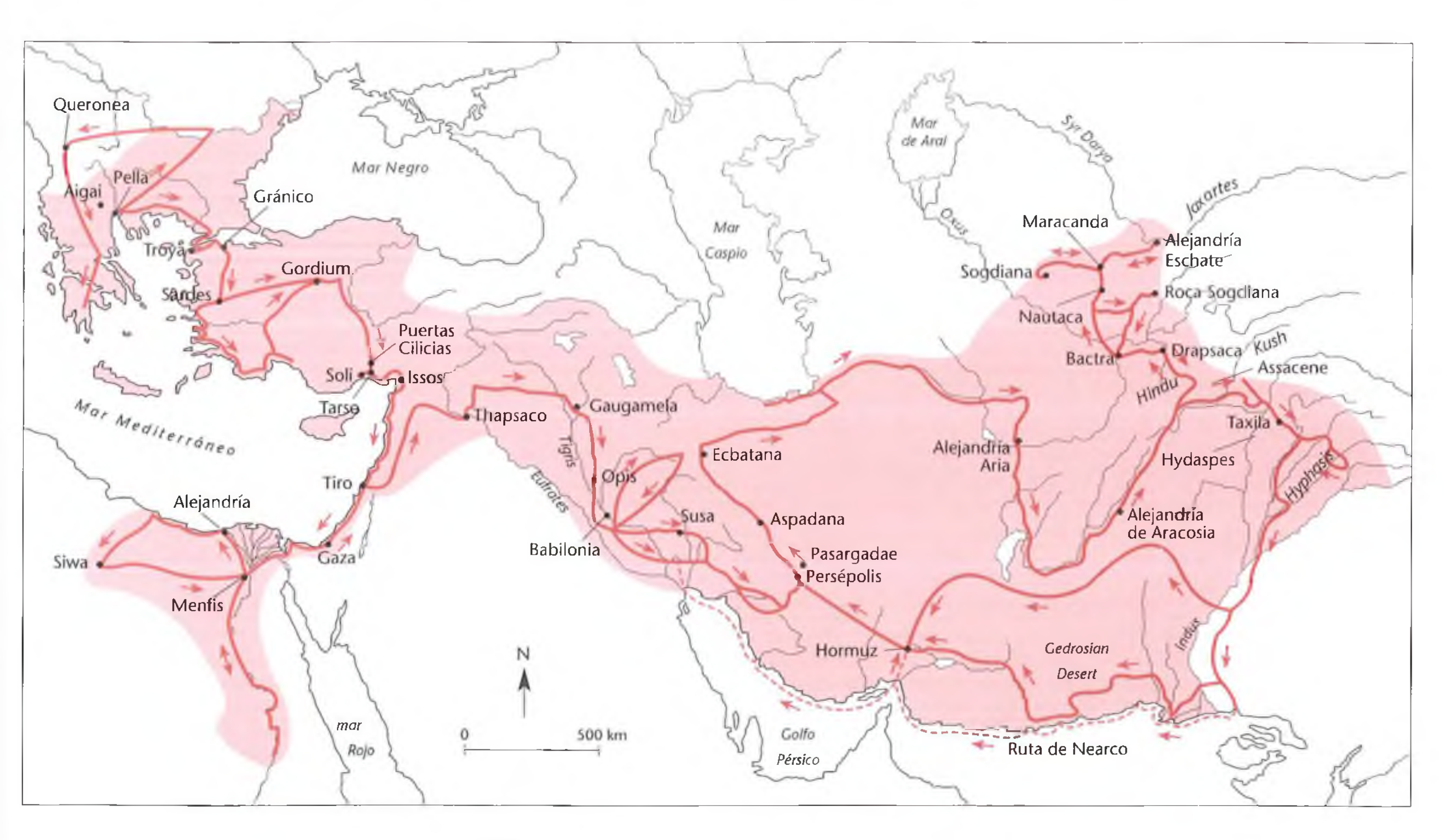
Al final del día 2 de agosto del 338 a.C., los efectos del programa más radical de reforma militar de la historia de Grecia se hicieron sentir plenamente. Los cuerpos sin vida de los griegos se extendían sobre el campo de batalla de Queronea. Exhaustos y sumidos en el desorden, habían sido víctimas primero de una carga de caballería, y luego del inexorable avance de la línea macedónica. La batalla de Queronea no fue simplemente una victoria lograda por un hábil estratega, fue una victoria decisiva lograda gracias a una organización táctica revolucionaria que establecía vínculos efectivos entre las unidades combatientes en una variación de la falange tradicional con tropas ligeras y la caballería. La caballería fue mandada ese día por el hijo de Filipo de Macedonia, que sería su sucesor como Alejandro III de Macedonia. Más conocido hoy como Alejandro Magno.

Fue tan rápida la aparición del nuevo sistema de combate macedonio que los enemigos de Filipo y Alejandro se vieron incapaces de generar una respuesta adecuada en el campo de batalla. Durante los siguientes cincuenta años, los ejércitos de la Grecia continental consiguieron lo que había sido sólo un vago sueño una década antes de Queronea. Alteraron la balanza geopolítica entre el Mediterráneo y Próximo Oriente, transfiriendo el centro del poder político lejos de lo que es hoy Iraq y el sur de Irán hasta la costa mediterránea. La carrera de innovaciones militares que posibilitó esa transformación continuó su curso a lo largo de estos años cuando generales griegos y macedonios adoptaron el modelo impuesto por Filipo incorporando nuevos pueblos y técnicas de combate en sus ejércitos. En poco más de veinte años, desde su primer encuentro contra elefantes de guerra, por ejemplo, estos generales habían incorporado una versión modificada de esta arma –ahora parte animal y parte torre móvil de combate– en sus operaciones tácticas. En estos mismos años, como sucede en periodos auténticamente revolucionarios, también se asistió a cambios extraordinarias en otros aspectos de la vida de los griegos cuando la tarea de clasificación de Aristóteles fue continuada por parte de miembros de la escuela filosófica peripatética que había fundado, y se les unieron novedosos sistemas filosóficos desarrollados por Epicuro y Zenón de Kition; el teatro griego comenzó a incluir representaciones más realistas de la vida cotidiana, mientras que otras formas de poesía sintetizaban la experiencia humana con tradiciones míticas; y los cánones del arte griego se hicieron aún más fluidos.

Los años de expansión militar e intelectual fueron también años de inestabilidad política. Al comienzo de esta época el reino de Macedonia ascendió del caos al poder mundial. Desde luego, cuando Filipo accedió al trono en el 359 a.C. no estaba del todo claro que Macedonia tuviese mucho futuro. El mismo Filipo no tenía más que 23 años; su hermano mayor, Perdicas, acababa de morir en combate. Después de sobrevivir por poco sus primeros doce meses, Filipo actuó rápidamente para asegurar los recursos que necesitaría para construir un ejército eficaz, y crear la flexible máquina militar que le permitiría dominar a sus enemigos. En el curso de sus campañas demostró no sólo que era un soldado extraordinariamente innovador deseoso de adaptar nuevas técnicas de guerra –en especial la guerra de sitio– a sus necesidades, sino también que era un experto diplomático. Las cosas fueron de tal manera que, una vez que aseguró el

control de Grecia tras la batalla de Queronea, formó una liga de Estados griegos, la Liga de Corinto, para unificar el continente en una guerra contra el Imperio persa, resucitando la ideología de las grandes luchas del siglo V a.C. en busca de la «liberación de los griegos» bajo el dominio persa.

La campaña de Filipo contra Persia fue corta a causa de su asesinato en el 336 a.C. Alejandro se dio cuenta de que necesitaba continuar la lucha si quería lograr mantener el control sobre el continente. Al cruzar a territorio persa en el 334 a.C., parece que el plan inicial de Alejandro era asegurar la «liberación» de las ciudades griegas del oeste de Turquía. Después de aniquilar al ejército persa, encargado de detener su invasión en la batalla de Gránico, y neutralizar la flota persa capturando sus bases a lo largo del Egeo, se vio inevitablemente empujado, cada vez más profundamente, al interior del territorio persa. Una victoria aplastante sobre el rey persa Darío III en Issos en el 333 (véase recuadro en las pp. 122-123) parece haber convencido a Alejandro de que podía conquistar todo el Imperio persa. Después de asegurar el resto de la costa mediterránea –una operación que fue coronada por su extraordinario asedio de la ciudad de Tiro–, avanzó al interior de Iraq. Darío fue capaz de levantar otro ejército, pero no de aprovecharlo. En el 331 a.C. Alejandro destruyó este ejército en Gaugamela, cerca de la moderna ciudad de Mosul; Darío huyó hacia la meseta irania, donde fue asesinado por una conspiración de sus propios generales, uno de los cuales, Besso, reclamó el trono para sí. La persecución de Besso llevó a Alejandro a Asia Central,



donde Besso le fue entregado para que fuese castigado por los mismos que lo apoyaron en el 329 a.C. Al ser ahora el indiscutible gobernante del Imperio persa, parece que Alejandro encontraba imposible detenerse. Lanzado cada vez más al este, invadió Afganistán, y comenzó a fundar una serie de ciudades en Asia Central para veteranos que no podían ya seguir su marcha. Sus puestos eran cubiertos con tropas frescas reclutadas en Macedonia y, a pesar de la oposición de sus propios generales, de poblaciones que había vencido. En el 326 a.C., Alejandro entró en la India, donde libró su última gran batalla en el río Hydaspes contra el rey local Poros, que empleó elefantes de guerra, anteriormente desconocidos en las guerras libradas en Grecia.

Alejandro continuó su marcha por la India durante un año después de la batalla contra Poros hasta que su ejército proclamó que ya había sido suficiente. Después de los duros combates en el camino de regreso hacia el oeste, y otros momentos de crisis debidos a su incapacidad de entender la geografía de la zona que había escogido para su regreso –la costa desértica del sur de Pakistán– regresó al territorio del Imperio persa a fines del 325 a.C. Los últimos 18 meses de su vida los pasó planeando nuevas expediciones, e instaurando una apariencia de orden en la administración de su imperio: al contrario que muchos de sus seguidores macedonios, Alejandro comprendió que el nuevo imperio necesitaba ser gobernado en alianza con los pueblos que había conquistado. Nunca sabremos si habría logrado triunfar en la tarea de forjar una construcción política exitosa, pues murió en junio del año 323 a.C.

Un calendario astronómico babilónico que recuerda la batalla de Gaugamela el 1 de octubre del 331 a.C., la derrota de Darío y la ocupación de Babilonia por Alejandro. Uno de los aspectos más interesantes del texto es que menciona el título de Alejandro «Rey de Asia» en la forma «Rey del mundo» pues Asia no era un concepto reconocido por los astrólogos babilonios. También ofrece una versión diferente de la batalla en la que afirma que el ejército de Darío desertó, una afirmación que puede haber estado influida por la propaganda de Alejandro.

La destrucción del Imperio persa y la falta de maduración del proyecto de Alejandro, hicieron surgir varios proyectos políticos experimentales en oposición hasta la muerte de Lisímaco y Seleuco, los últimos de los nuevos reyes que habían servido entre los generales de Alejandro, en el 281 a.C. A partir de ese momento surgieron tres grandes reinos: el reino antigónida en Macedonia, el Imperio seléucida que controlaba buena parte del antiguo territorio continental de los reyes persas y el reino Ptolemaico en Egipto. El ritmo del progreso se hizo más lento, y en algunos casos incluso se invirtió. Los ejércitos macedonios cayeron en rápida sucesión ante los de Roma y los ejércitos seléucidas perdieron terreno rápidamente ante los partos en el este, y fracasaron incluso en dominar al Estado judío que surgió en Palestina, mientras que militarmente Egipto parecía haber sufrido una implosión hacia el 200 a.C. El periodo entre los siglos III al II a.C. se caracterizó por el sacrificio de la eficiencia táctica ante los grupos de presión, el prejuicio racial y el colapso de la innovación tecnológica que deriva en tecnofilia cara. Al mismo tiempo, la especulación filosófica original desembocó en una competición dogmática entre escuelas de pensamiento cada vez mejor definidas, los esfuerzos enormemente originales de organizar el conocimiento dio lugar a la biblioteconomía y la innovación literaria desembocó en la especialización genérica. La antorcha de la innovación pasó ahora a otros.

Página anterior. Arriba: Busto de Alejandro, hallado en la isla de Delos, y ahora en el Louvre. Como pasa con otros retratos, éste recalca la juventud del rey.

Página anterior. Abajo: Mapa ilustrativo de las campañas de Alejandro.

FILIPO Y ALEJANDRO

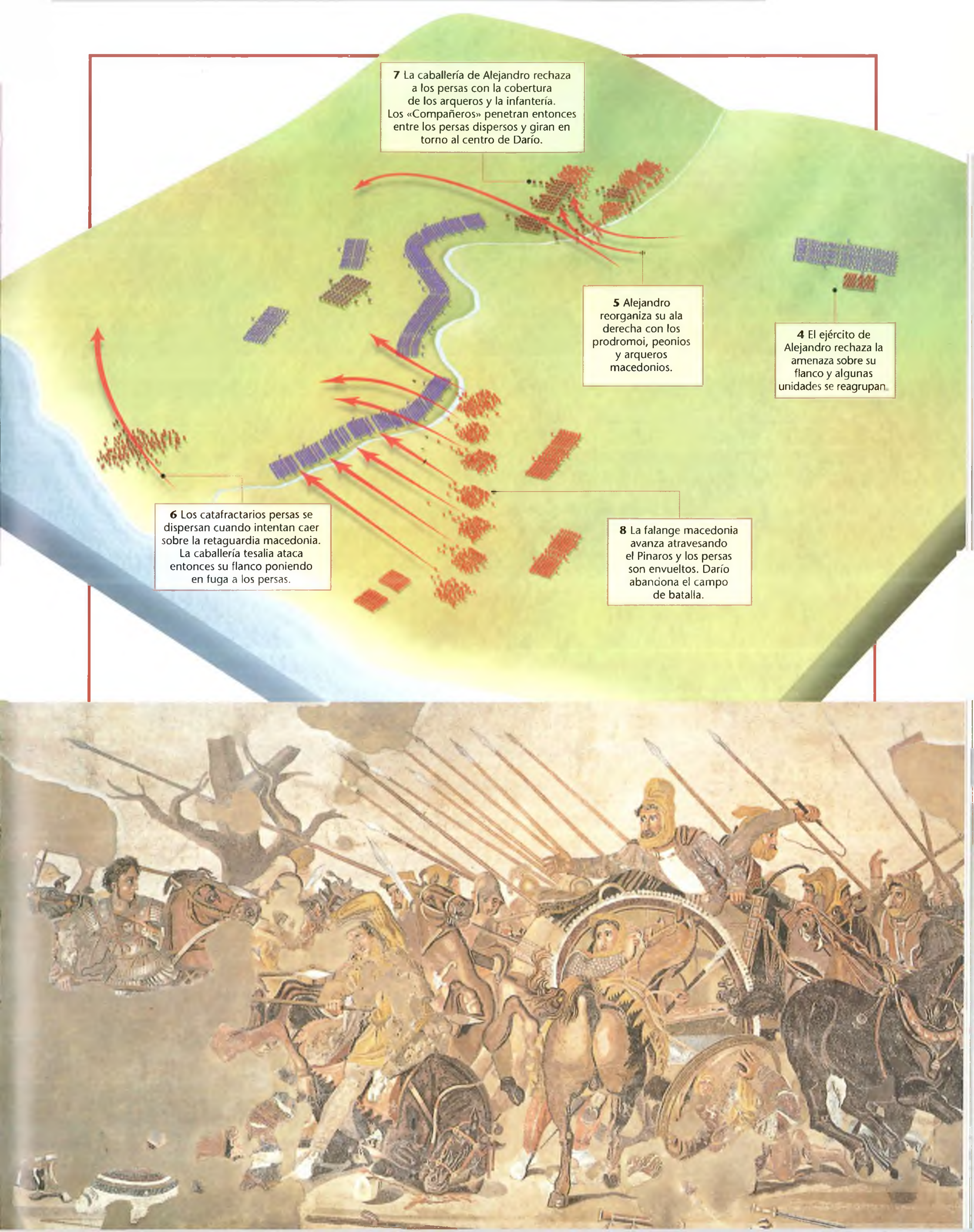
La creación por Filipo II de un ejército macedonio de nuevo tipo fue notablemente rápida. Nueve años después de que Filipo asumiese el trono, el orador ateniense Demóstenes, que empleó mucha de su energía intentando agrupar la resistencia griega a lo

La batalla de Issos

	MACEDONIOS	PERSAS
COMANDANTES	Alejandro Magno	Darío III
EFECTIVOS	32.000 infantería 5.000 caballería	35.000 infantería 5.000 caballería
BAJAS	*ca.* 7.000	*ca.* 25.000

La batalla de Issos –representada en un famoso mosaico de Pompeya (se muestra en la página siguiente)– se libró en noviembre del 333 a.C. en una llanura atravesada por el río conocido como Pinaros en la Antigüedad. Los dos ejércitos se dispusieron en un frente de unos 3 km, y eran probablemente de una fuerza similar. La mejor estimación de la fuerza de Alejandro se cifra en *ca.* 32.000 infantes y 5.000 de caballería, mientras que el ejército persa, a pesar de las afirmaciones en las fuentes antiguas de que ascendía a 600.000 hombres, debe haber sido aproximadamente del mismo tamaño: ocupaba el mismo frente que el de Alejandro sin que dispusiese de reserva táctica de importancia, un punto crucial que decidió el resultado. Cuando comenzó la batalla, Darío desplazó la caballería a su flanco derecho para rodear la izquierda macedonia. Alejandro reforzó su izquierda para aguantar este ataque, ordenando a la falange inmovilizar el centro persa mientras él explotaba una brecha entre el centro persa y la izquierda con su caballería, dirigiéndose directamente a la posición que ocupaba Darío. Al no disponer de reservas, Darío huyó y su ejército se derrumbó. Un aspecto táctico crucial fue que Alejandro no consideró la falange como potencialmente decisiva, sino que se apoyó en su caballería de elite para sacar una ventaja decisiva y ganar una batalla muy igualada.

Explicación de la compleja disposición de los dos ejércitos: **Macedonios** (azul): **1.** Los «Compañeros» (Caballería de elite); **2.** Hypaspistas; **3.** Falange macedónica; **4.** Arqueros cretenses; **5.** Lanzadores de jabalina tracios; **6.** Caballería griega aliada; **7.** Caballería tesalia; **8.** *Prodromoi*; **9.** Caballería peonia; **10.** Arqueros macedonios; **11.** Lanzadores de jabalina agrianos; **12.** 300 jinetes; **13.** Algunos de los arqueros macedonios (ej. 10); **14.** Infantería griega mercenaria. **Persas** (rojo); **1.** Catafractarios persas (caballería acorazada); **2.** Honderos y arqueros; **3.** Infantería griega mercenaria; **4.** Reservas; **5.** Caballería hircania y media; **6.** Caballería persa; **7.** lanzadores de jabalina y honderos; **8.** Infantería independiente.



7 La caballería de Alejandro rechaza a los persas con la cobertura de los arqueros y la infantería. Los «Compañeros» penetran entonces entre los persas dispersos y giran en torno al centro de Darío.
5 Alejandro reorganiza su ala derecha con los prodromoi, peonios y arqueros macedonios.
4 El ejército de Alejandro rechaza la amenaza sobre su flanco y algunas unidades se reagrupan.
6 Los catafractarios persas se dispersan cuando intentan caer sobre la retaguardia macedonia. La caballería tesalia ataca entonces su flanco poniendo en fuga a los persas.
8 La falange macedonia avanza atravesando el Pinaros y los persas son envueltos. Darío abandona el campo de batalla.



Retrato de marfil que se considera que es de Filipo II. El ojo derecho parece estar dañado, y sabemos que Filipo perdió su ojo derecho en combate en el 353 a.C. El busto se encontró en la que se cree que es su tumba en Vergina, en el norte de Grecia.

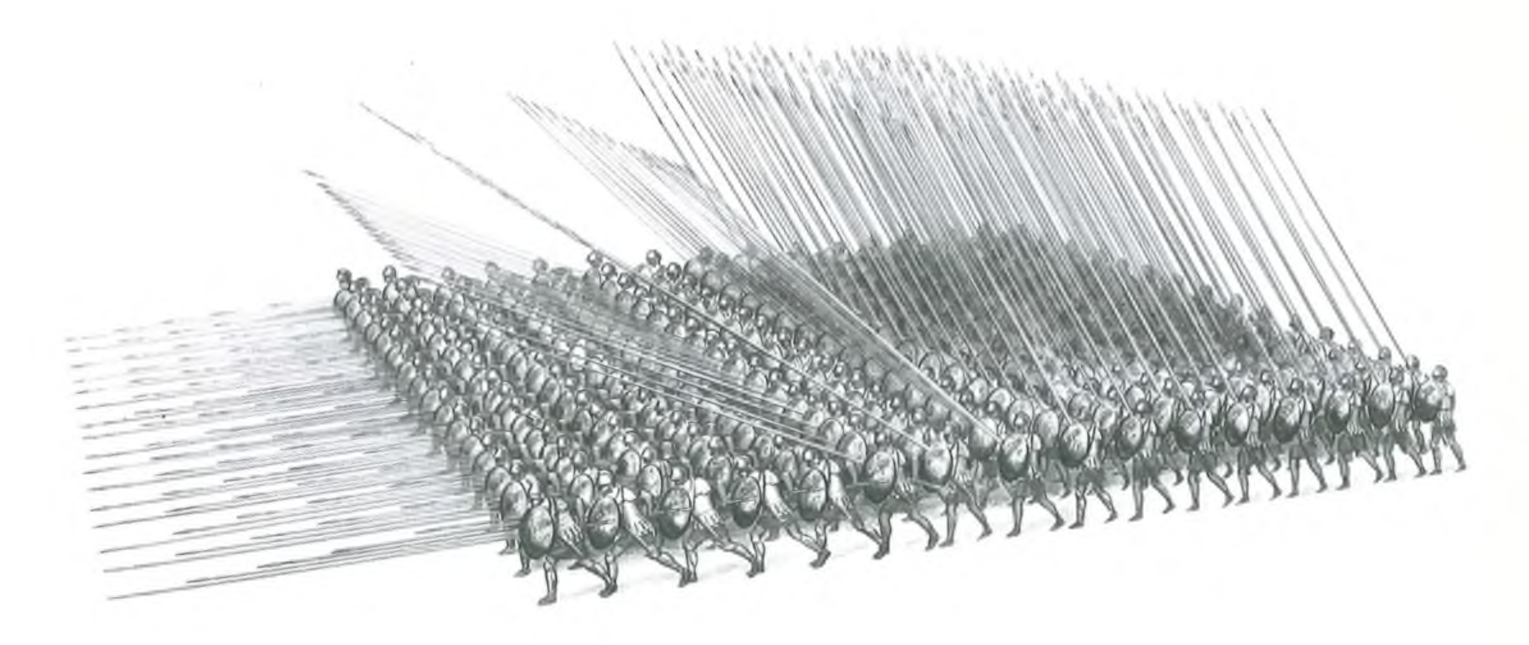
Arriba. El casco de acero hallado en la «Tumba de Filipo» en Vergina es similar a los cascos de estilo frigio que eran de uso común por los soldados rasos del ejército de Filipo.

Derecha. La coraza de acero que se encontró también en la «Tumba de Filipo» es una variación elaborada de los coseletes de lino que eran habituales en el ejército macedonio.

que él (correctamente) percibía como la creciente amenaza en Macedonia, utilizó por primera vez la palabra *pezhetairos* en un discurso. Aunque existe confusión sobre lo que la palabra significaba, sabemos que en tiempos de Alejandro la palabra se usaba para definir una unidad de la falange que contenía a los soldados más corpulentos y valientes. Así que podemos concluir que en el año 349 a.C. Filipo había organizado algunas secciones del ejército que se convertiría en la clásica falange macedónica. Ocho años más tarde Demóstenes decía que Filipo podía hacer lo que quisiese «no por mandase una falange de hoplitas sino porque estaba acompañado por lanzadores de jabalina, caballería, arqueros, mercenarios y tropas de esta clase». En el 341 a.C., parecería que Filipo había conseguido crear un ejército en el que las acciones tácticas de las distintas unidades eran coordinadas en el campo de batalla y que el núcleo del ejército era la falange.

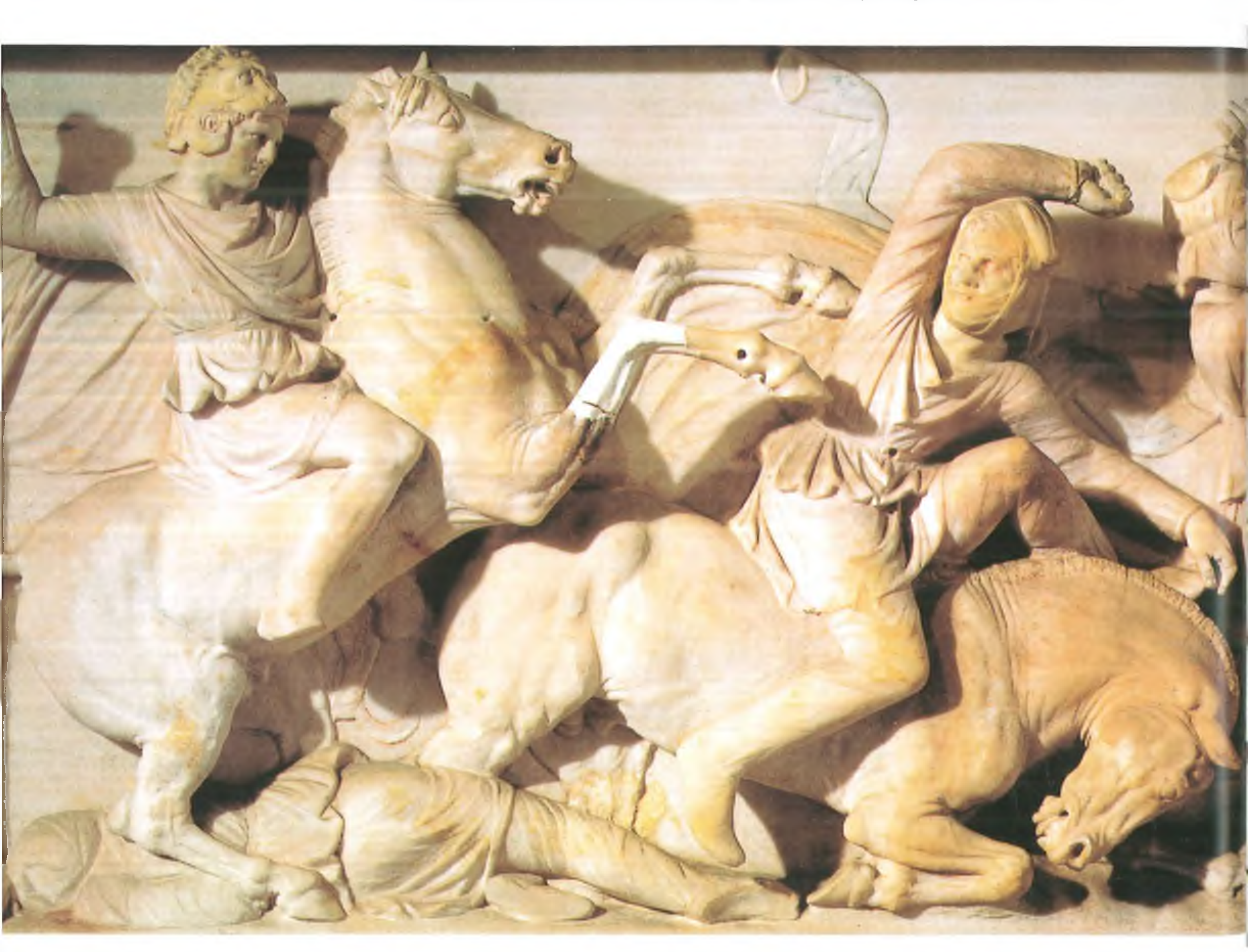
Aunque los hombres con experiencia fuera de Grecia reconocían que los hoplitas necesitaban coordinarse con las tropas ligeras, la lección parece haberse olvidado por los generales cuya experiencia se limitaba a la guerra en el continente. El impacto de la destrucción de un regimiento espartano por tropas ligeras en el 390 a.C. no parece haber provocado ningún replanteamiento serio de las tácticas esencialmente políticas que habían dominado la guerra griega desde el siglo VII. Filipo, sin embargo, se enfrentó a condiciones más diferentes de campos de batalla que la media de los generales de hoplitas. En sus primeros años tuvo que luchar contra invasiones de ejércitos ilirios desde el norte que parece que estaban especializados en tácticas de infantería ligera. Su solución –la creación de una infantería que pudiese mantenerse frente a frente con los hoplitas de los ejércitos tradicionales griegos, armada con una pica de cinco metros (la *sarissa*) pero protegida de modo ligero por otra parte, que podía rivalizar con los hoplitas de los ejércitos griegos tradicionales– le dio la posibilidad de explotar los recursos humanos de su reino con mayor efectividad que sus predecesores. Filipo aumentó también las fuerzas de caballería existentes en el reino macedonio; los hijos de la nobleza fueron reclutados para una unidad especial de guardia –los primitivos «Compañeros» *(hetairoi)*– y se entrenaron con la mayoría de las demás unidades de caballería para responsabilizarse del reino contra cualquier formación que no fuese la falange hoplítica.

La unidad básica táctica de la falange macedónica era el sintagma, con 16 filas de 16 hombres. Cuando el sintagma entraba en combate, las picas de las primeras cinco filas de cada fila sobresaldrían más allá de los escudos de los soldados de la primera línea. Esta formación era inmensamente poderosa para la defensa y en terreno plano, pero era cuestionada sobre la base que resultaba difícil mantener las filas intactas.



Aunque no tenemos descripciones fiables de las batallas en las que derrotó a los ilirios, no es aventurado suponer que un factor de su éxito fue simplemente que tenía la capacidad de desplegar más hombres en el campo de batalla. Otro fue que la nueva infantería entrenada para combatir en una falange de 16 filas, era capaz de controlar el centro de un campo de batalla contra fuerzas peor organizadas, mientras su infantería ligera y caballería podía llevar la lucha a áreas donde la falange no sería eficaz; a menudo una carga de caballería en el momento oportuno decidía una batalla. Ni Filipo ni Alejandro parecen haber visto la falange como una unidad decisiva. Desde luego, como dan a entender los relatos de las batallas de Queronea (338 a.C.) e Issos (333 a.C.) así como la menos conocida batalla de Crannon contra los Estados griegos aliados en el 323 a.C., la falange macedónica no era más efectiva que la tradicional falange hoplítica. Fue una carga de caballería la que desató la derrota en Queronea; la falange no derrotó a los hoplitas de Darío en Issos, y desde luego (la caballería, de nuevo) fue la perdición de los hoplitas en Crannon.

Una de las constantes quejas de Demóstenes sobre Filipo era que éste era capaz de desarticular su oposición a través de la diplomacia. Dicho de otro modo, lo que Demóstenes observaba era que Filipo comprendía que la guerra se libraba tanto en



el campo de batalla como fuera de él, que comprendía la psicología de sus oponentes. Las descripciones de Queronea manifiestan que esto era también verdad en el campo de batalla, por eso parece que aprovechó la agresividad primaria de sus rivales y los indujo a lanzar ataques que sólo servían para fatigar a sus hombres. El dominio que Alejandro tenía de la psicología de la batalla es aún más evidente en sus magistrales choques contra los persas. La estructura de mando persa era excesivamente jerárquica y si el comandante podía ser neutralizado o muerto, era probable que todo su ejército se derrumbase. En sus tres grandes batallas con los persas Alejandro condujo un ataque directo de los «Compañeros» de caballería contra el comandante enemigo. Desde luego, el concepto de Alejandro sobre el ejercicio del mando parece haber sido que una vez que se establece la línea de frente, lo mejor que podía hacer era emprender bajo su mando el ataque decisivo, confiando en su propio sentido táctico más que el de un subordinado. En las tres batallas él cedió la ventaja de escoger el terreno al enemigo, asegurándose de que quisiesen luchar en un terreno que consideraban ventajoso, cuando su propia estrategia requería un choque decisivo. En Gránico, por ejemplo, él necesitaba una victoria por razones políticas en su reino, y para desalojar al ejército persa a fin de poder capturar las bases de su flota en la costa. En Issos, parece haber sido superado en habilidad para el mando por Darío III, que había conseguido situar al ejército persa a través de su línea de suministros, mientras que, en Gaugamela, él operaba a gran distancia de sus bases. Solamente en el río Hydaspes, enfrentándose a un enemigo indio cuyas tácticas estaban más allá de la experiencia de cualquier griego, fracasó este intento de ganar con su caballería. Esta batalla fue ganada por la falange, que pudo encargarse de los elefantes de Poros.

Escena del sarcófago de Abdalonymos de Tiro representando a Alejandro en acción contra los persas, reflejando la tendencia de Alejandro a luchar en la primera línea en los momentos decisivos, y su dependencia de la caballería para asestar golpes decisivos en la batalla.

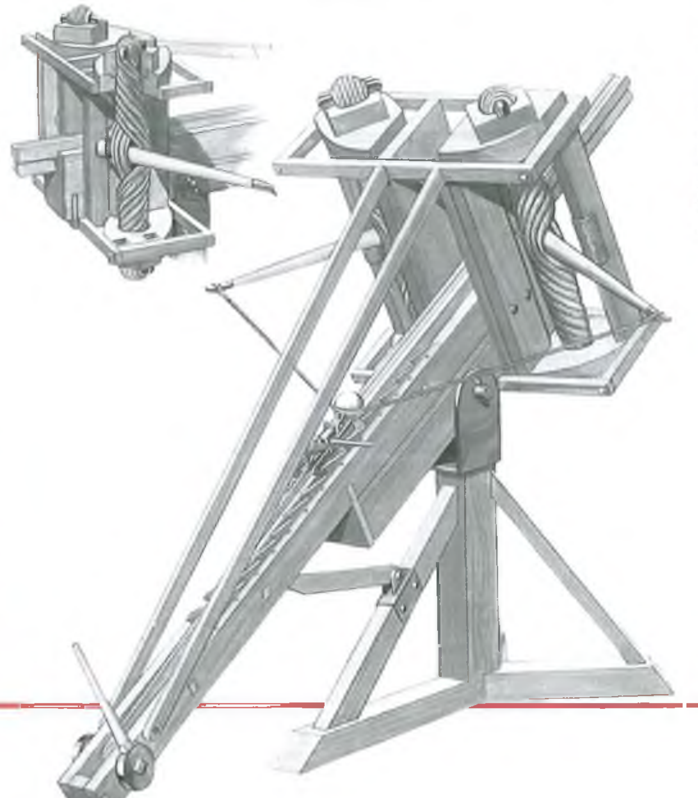
Si Filipo y Alejandro sobresalieron en anticipar las respuestas de sus enemigos en el campo de batalla, no se distinguieron menos en su capacidad para la guerra de sitio. De nuevo fue Filipo quien mostró el camino a su hijo. Parece que Dionisio I de Siracusa fue el primer griego en usar la catapulta de torsión para la toma de la ciudad siciliana de Motya en el 397 a.C., pero el arma parece haber sido tan ignorada en el continente que Eneas el Táctico, que escribe en los años 350 a.C. no la menciona como amenaza para una ciudad asediada. Filipo, sin embargo, reconoció el potencial de un arma que podía permitir la toma de una ciudad, y su capacidad de tomar áreas fortificadas en muy corto periodo de tiempo asombró a sus enemigos. Parece haber desplegado un tren de sitio completo incluyendo arietes y torres (véase recuadro en página siguiente) así como catapultas contra Anfípolis en el 357 a.C., y pernos de su catapulta se han identificado entre las ruinas de Olinto, que tomó al asalto en el 348 a.C. Alejandro hizo venir con él expertos en guerra de sitio, *katapeltaphetai*, y sus extraordinarios logros en sitios como Tiro, demuestran que podían construir armas enormes sobre el lugar y mejorar su tecnología con los años.

Otra característica tanto de Filipo como de Alejandro fue su deseo de incorporar pueblos conquistados dentro de sus propios ejércitos. En el caso de Alejandro, la incorporación de persas directamente al ejército macedonio causó una crisis entre él y elementos destacados de su propio ejército que seguía sin resolverse en el momento de su muerte. Aunque Alejandro estaba comprometido en una política de integración, sus soldados se ofendían al tener que compartir su privilegiada posición con pueblos que para ellos eran bárbaros. Tampoco se acabó el problema con la muerte de Alejandro. Aunque sus sucesores inmediatos, apurados como parecen haber estado para encontrar soldados que apoyasen sus interminables guerras, utilizaron algunas unidades de soldados no griegos, aunque impidieron la integración plena de éstos en sus unidades clave. Sólo en el 217 a.C. Ptolomeo IV, afrontando una grave carencia de hombres, reclutó un gran número de egipcios para su falange. El histo-

Máquinas de asedio

Antes de la época de Filipo las técnicas básicas de asedio consistían en una circunvalación para privar de alimento una plaza que no podía ser tomada directamente al asalto, o la construcción de rampas para dar acceso a los muros a los atacantes. Sólo con la invención de ingenios para lanzar dardos *(oxybeleis)* y para lanzar piedras *(petroboloi)* que funcionaban mediante la aplicación de fuerza rotacional a una barra transversal, se hizo posible atacar los muros de una ciudad desde lejos. A fines del siglo IV (posiblemente ya en vida de Alejandro) tuvo lugar un enorme avance en la tecnología de estas máquinas que derivaban su poder de la fuerza rotacional aplicada a una barra longitudinal. Estas máquinas, conocidas como *katapeltai* cuando usan flechas y (de modo equívoco) *petroboloi* cuando arrojan piedras, tenían un alcance efectivo de 150 metros. Los *petroboloi* tenían fuerza como para destruir murallas con un bombardeo.

Lanzadores de dardos y piedras se incorporaron también a las torres de asedio como la *Helepolis* de Demetrio, la elevada estructura de 140 metros utilizada para el asedio de Rodas en el 304 a.C. Esta torre se desplazó hasta su posición por un equipo de 200 hombres que manejaban un cabestrante que movía el acorazado de ocho ruedas con el que estaba equipada. El desarrollo de la tecnología de asedio a fines del siglo IV a.C. llegó a tal nivel que mientras que en tiempos de Filipo, los asedios victoriosos eran raros, 59 de los 79 asedios emprendidos entre el 317 y el 303 tuvieron éxito.



Arriba. La helépolis era una especie de prototanque diseñado para permitir el bombardeo a corta distancia de la muralla de la ciudad de Rodas desde 20 máquinas de guerra sobre sus nueve pisos alineando desde *lithobaloi* en el nivel más bajo a lanzadores de dardos en el superior.

Izquierda. Lithobalois como el que se representa aquí fueron diseñados para lanzar piedras cuyo tamaño iba desde 5 a 80 kilos. A corta distancia estas máquinas podían destruir una muralla. No parecen haber sido utilizadas con fines tácticos en campo abierto.

riador griego Polibio dijo que el resultado fue un desastre, provocando revueltas indígenas por todo Egipto, y esta opinión de que era una mala idea parece haber sido ampliamente compartida. El resultado fue que los seléucidas nunca fueron capaces de aprovechar el potencial de recursos humanos de su enorme territorio, y que los antigónidas de Macedonia nunca dispusieron de clara superioridad en número sobre los Estados de la Grecia meridional.

LOS SUCESORES DE ALEJANDRO

Alejandro murió sin un sucesor manifiesto. Su hermanastro, Filipo III, era considerado por todos un incapaz, y la esposa de Alejandro, Roxana, estaba encinta. Las mismas últimas palabras de Alejandro sobre el asunto –oídas o bien como *tôi Kraterôi* una recomendación para el general Crátero, un viejo mariscal que había sido enviado a Asia occidental con una amplia fuerza de veteranos, o bien como *tôi kratistôi*, «al más fuerte»– no ayudaron nada. Para complicar la situación, además el asistente desde los tiempos de Filipo, Antípatro, era todavía el regente de Macedonia, y no podía ser ignorado. Después de que fuese evitada a duras penas una guerra civil abierta en Babilonia, se alcanzó un compromiso por el que Filipo III y el hijo de Roxana, si era niño (como así sucedió y se convirtió en Alejandro IV) deberían gobernar conjuntamente, con el gobierno efectivo dividido entre Perdiccas, un general en Babilonia, Crátero, como representante *(prostates)* de los reyes y Antípatro como regente para Europa. Otros territorios se distribuyeron a varios generales como satrapías, con Egipto que fue a manos de Ptolomeo, hijo de Lago, y una especie de mando superior sobre el oeste de Asia que se concedió a Antígono «el Tuerto», que gobernaba entonces la satrapía de Frigia.



Moneda de Ptolomeo I Soter, el amigo y compañero de Alejandro que se convirtió en el primer rey macedonio de Egipto. Como era habitual en los macedonios de su generación, era un militar muy competente, era menos típico en cambio por su competencia altamente comprobada como gobernante en la paz como en la guerra.

Quizá la única cosa que mantuvo unido este compromiso tan difícil durante 18 meses fue el hecho de que estaba estallando una gran revuelta en Grecia. Atenas tomó un papel dirigente en la revuelta, con un ejército poderosamente reforzado con un gran contingente de mercenarios que había reunido en el extremo sur de Laconia durante el último año de vida de Alejandro. La reunión de ese contingente fue el resultado del esfuerzo de Alejandro por desmovilizar antiguos mercenarios del rey persa que servían a varias autoridades en el oeste. El problema era que esos mercenarios no conocían otra actividad y no deseaban ser disueltos en la misma medida en que deseaban un nuevo patrón. Reforzados por profesionales, el ejército ateniense derrotó a Antípatro en Crannon y lo asedió dentro de la ciudad. Crátero marchó al rescate de Antípatro mientras que una flota reunida en Fenicia destruyó a la marina ateniense en una batalla en aguas de la isla de Amorgos. Ésta resultaría ser la última batalla en la que la trirreme fue el buque principal.

Con Crátero y Antípatro en Europa, Perdiccas intento asentar su autoridad sobre «el todo», como llamaban los contemporáneos al imperio de Alejandro. El resultado fue una guerra civil en la que Perdiccas mostró pronto no estar al nivel de su ambición, muriendo en un motín. Pero no fue la única pérdida de importancia en esta campaña. Crátero había muerto también, al frente de una carga de caballería contra Eumenes de Cardia, que mandaba las tropas de Perdiccas en Anatolia, y que continuaría resistiendo a la alianza durante tres años más antes de que Antígono sobornase a sus exhaustas tropas. La guerra entre los generales continuó durante otros 15 años hasta que Antígono, que buscaba asegurar su propia reivindicación del «todo» (el imperio), murió en combate contra Seleuco en Ipsos, el 301 a.C. Seleuco había tomado el control de las satrapías orientales en el 312 a.C. y reclamó el título de rey seis años más tarde, después de que los últimos miembros de la familia de Alejandro fuesen masacrados por Casandro, hijo de Antípatro y gobernante de Macedonia después de la muerte de su padre en el 319 a.C. A la reivindicación de Seleuco al título siguió el paso dado por



Monumento funerario de un soldado que murió luchando en la batalla de Curupedion en el 281 a.C., en la que Seleuco derrotó a Lisímaco; fue la última batalla entre generales que habían combatido con Alejandro. Este monumento refleja el uso continuado de levas cívicas en los ejércitos reales.

Antígono, que fue proclamado rey después de una victoria naval en aguas de Salamina (Chipre) en el 306 a. C, y de los otros actores principales del momento –Ptolomeo, Casandro y Lisímaco.

Los sucesores de Alejandro mostraron que habían absorbido las tradiciones de Filipo y Alejandro, y que eran capaces de aumentar lo que habían aprendido. Las batallas en las décadas posteriores a la muerte de Alejandro fueron decididas esencialmente por cargas de caballería contra las alas de la falange, mientras nuevos tipos de tropas se integraban regularmente en la mezcolanza de ejércitos que contenían a menudo una alta proporción de no griegos entrenados en las más novedosas tácticas. Los ejércitos de Antígono y Eumenes, por ejemplo, empleaban unidades de caballería oriental, elefantes y falanges no griegas, formando brigadas separadas de las unidades griegas. El apoyo logístico para sus operaciones, y también las de los demás sucesores, era suficiente para sustentar largos y a menudo muy rápidos movimientos, mientras que la innovación tecnológica estaba a la orden del día en la guerra naval y la de sitio.

Al mismo tiempo, se puso mucho acento también en la ejecutoria personal de los reyes como guerreros, tanto como generales. Así, en la batalla del Fuerte de los Camellos en el Nilo en el 320 a.C., donde sacó partido de las defensas preparadas para rechazar a las fuerzas de Perdicas. Se dice que Ptolomeo luchó en primera línea y que cegó a un elefante, mientras que en la batalla en la que derrotó a Crátero, Eumenes se enzarzó en combate singular con su especialmente odiado antiguo colega. Arrojados de sus caballos lucharon cuerpo a cuerpo y cuando hubo paralizado a su enemigo con un golpe en el tendón de la corva, Eumenes se regocijó ante él de un modo que recordaba a los héroes homéricos antes de infligirle un golpe mortal y despojarlo de su armadura. Tres años más tarde una carga de caballería conducida por Antígono y su hijo Demetrio detuvo el avance de Eumenes lo suficiente como para que una maniobra de flanco exitosa capturase el campamento de Eumenes. Una maniobra similar no tuvo tanto éxito en Ipsos en el 301 a.C., donde Demetrio persiguió hasta demasiado lejos al ala del ejército seléucida que acababa de derrotar. Seleuco desplegó una pantalla de elefantes para impedir el regreso de Demetrio mientras rodeaba a la falange de Antígono con la caballería bajo su mando personal, ofreciendo a sus enemigos la posibilidad de desertar, algo que finalmente una parte hizo en detrimento de la línea en su conjunto. El mismo Antígono murió por una lluvia de jabalinas.

La capacidad de adaptación a las nuevas situaciones no es simplemente una característica de la guerra terrestre. Ni Filipo ni Alejandro tenían conocimientos profundos de la guerra naval. Aunque Alejandro actuó para privar a la flota persa de sus bases en Asia Menor, no hizo uso de las flotas más que como apéndices de sus campañas terrestres, y aun entonces, tenía una conciencia mínima de las limitaciones del viento y la marea bajo los que necesitaban actuar los barcos. No puede decirse lo mismo de sus sucesores, que elevaron la guerra naval a nuevas cotas de éxito tecnológico.

El desarrollo decisivo a principios de la época helenística fue la sustitución de la trirreme, con tres bancos de remos con un solo remero por cada remo, por barcos que empleaban a varios remeros por banco. El primer modelo de este tipo de nave, el tetreres (o tetrarreme), con cuatro hombres por banco, se desarrolló evidentemente en Sicilia durante los primeros años del siglo IV a.C., pero se adoptó muy lentamente en el Mediterráneo Oriental. La marina ateniense en el 326/5 a.C. poseía sólo 50 tetrarremes, y sólo siete quinquerremes (de cinco hombres por banco) sobre un total de 419 embarcaciones, y el relato (que se considera carente de fiabilidad) de la construcción del barco de Alejandro en su último año de vida, sugiere que el también

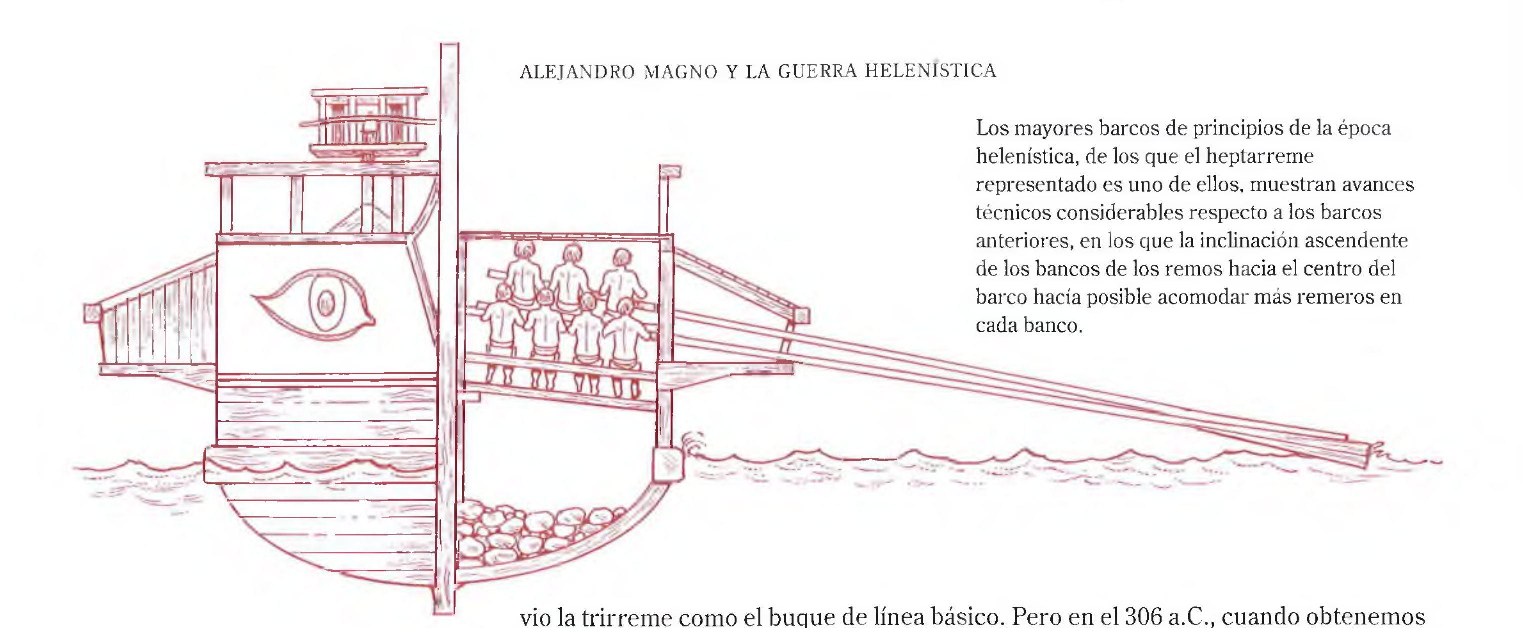


Derecha. La victoria de Antíoco sobre los celtas que invadieron Turquía en el 275 a.C. se debió al empleo que hizo de elefantes, y está conmemorada en terracotas como ésta que muestra a un guerrero celta siendo aplastado por un elefante.

Abajo. Una representación del siglo III a.C. de un elefante de guerra africano en un cuenco italiano; los cartagineses adoptaron el uso de elefantes por influencia de la práctica griega.

Abajo, derecha. Este plato del siglo III a.C., hallado en el Ager Falisco en Italia representa una elefanta de guerra con su cachorro, y representa claramente al *mahout* o conductor de elefantes indio así como los dos piqueros en la torre de combate.





Los mayores barcos de principios de la época helenística, de los que el heptarreme representado es uno de ellos, muestran avances técnicos considerables respecto a los barcos anteriores, en los que la inclinación ascendente de los bancos de los remos hacia el centro del barco hacía posible acomodar más remeros en cada banco.

vio la trirreme como el buque de línea básico. Pero en el 306 a.C., cuando obtenemos detalles de los barcos empleados en la batalla naval de Salamina de Chipre, está claro que los barcos de guerra básicos son los tetrarremes y los quinquerremes. Se hacía un uso masivo de lanzadores de proyectiles instalados en las proas de los barcos, mientras que los duelos barco contra barco se decidían bien por embestida o al abordaje. Lo chocante aquí es que, aunque los tipos de barco esenciales estaban disponibles desde casi un siglo atrás, la sustitución del trirreme y la experimentación con variaciones sobre los tetrarremes/quinquerremes (sobre todo por Demetrio) tuvo lugar en los 15 años siguientes a Amorgos. Las innovaciones navales de Demetrio, que incluyeron finalmente la construcción de *pentekaidekairis* y *ekkaidekereis,* en lo esencial trirremes con 15 o 16 remeros por cada banco de remo, no eran sino un alarde de fértil imaginación tecnológica que suscitó el asombro mismo de sus enemigos. Incluso Lisímaco, que lo odiaba, le pidió, y lo obtuvo, dar un paseo por su campamento y volvió expresando admiración por las máquinas que era capaz de construir, mientras que los rodios, que resistieron un asedio con éxito, le pidieron que dejase allí su enorme *helepolis* (torre de asedio) para que pudiesen tener un recordatorio de la grandeza del hombre al que habían derrotado. Fue un ejemplo que otros reyes quisieron seguir, aunque al mismo tiempo, carecían del sentido que él poseía de que la tecnología necesitaba tener una aplicación práctica.

Moneda de Demetrio: Moneda que muestra a la Victoria sobre la proa de un barco de guerra, acuñada para celebrar la victoria de Demetrio sobre Ptolomeo en aguas de Chipre en el 306 a.C.

La participación personal del rey en combate, y la vinculación entre poder real y hazañas militares no acabó con las muertes de Demetrio (285 a.C.), Lisímaco y Seleuco (los dos en el 281 a.C.). La imagen del rey como un guerrero continuó informando la ideología de las tres grandes casas reales, como también, finalmente, de una que apareció en Pérgamo en las décadas posteriores a la muerte de Seleuco. Incluso aunque los reyes adquirieron nuevos roles como patrones de las artes, y continuó la tradición que se inició con Alejandro (si no con Filipo, al final de su vida) de igualar su poder con el de los dioses, el militarismo de su posición servía para intensificar la tendencia ya dominante en el mundo griego a definir el estatus a través de la capacidad para la violencia, y de cada ciudad Estado para emprender la guerra contra sus vecinos. Las ciudades estaban llenas de memoriales de batallas, y grupos de Estados en zonas como Creta y Etolia podían asociarse para emprender colectivamente actos de piratería para ampliar su fama por el mundo. Para los jóvenes, la elección de un oficio como el de mercenario era atractiva no sólo por las demandas insaciables de nuevos reclutas por los ejércitos reales, sino también por las necesidades de Estados concretos de profesionalizar cada vez más las fuerzas armadas. La cuestión de si el militarismo real era simplemente un reflejo de un *ethos* general de violencia interestatal, que era en sí misma un

factor que contribuía al desarrollo de este *ethos*, o bien, si por la fuerza de las circunstancias se llegó a que al ser reyes careciesen de la inclinación a buscar modos alternativos de resolver sus diferencias, debe quedar, al menos por ahora, como una cuestión sin resolver.

El *ethos* militarista del siglo III a.C. dio impulso a una cultura mercenaria mucho más sofisticada que la existente con anterioridad. Si bien el servicio como mercenario no era nada novedoso en el mundo griego de la época, las condiciones que podían pedir los soldados parecen haber mejorado espectacularmente. Los reyes y los aspirantes a poderosos necesitaban ser vistos como buenos pagadores. Rara era la circunstancia en la que los mercenarios rebeldes fuesen simplemente asesinados. Lo más habitual eran los convenios como los alcanzados por Eumenes I de Pérgamo con un grupo de mercenarios amotinados, que recibieron un generoso pago por acordar volver a su servicio. Es en este periodo cuando comenzamos a percibir que la práctica general era que los mercenarios firmasen por plazos de cuatro meses, tras los cuales podían renunciar o cambiar, mientras que el privilegio culminante era obtener una concesión de tierra donde la cuadrilla pudiese asentarse una vez que hubiese negociado un final a sus días de lucha. El resultado fue que al final del siglo II a.C., Asia Menor se vio sembrada de nuevos asentamientos que tuvieron el efecto coincidente de extender la cultura griega por el interior. El impulso a la colonización es un signo de las privaciones que llevaron a los hombres a abandonar todo aquello en donde se habían criado para buscar una vida mejor por medio de la guerra. No era fácil elegir, quizá, pero eso también es reflejo de un mundo en el que el servicio militar era una alternativa al comercio, o al tipo de colonización que había sido característica de las épocas más antiguas de la historia griega.

ESTANCAMIENTO

Los altos niveles de competencia militar siguieron siendo una característica de la realeza helenística en la generación que siguió a la muerte de Seleuco I en el 281 a.C. Ptolomeo II de Egipto emprendió una serie de guerras agresivas contra sus rivales dinásticos, obteniendo algunos éxitos contra Antíoco I en la I Guerra Siria (274-271 a.C.), una guerra poco conocida derivada de las reclamaciones de que Seleuco había engañado a Ptolomeo II en concesiones territoriales después de la derrota de Antígono. En la década siguiente Ptolomeo II intentó vencer al naciente poder antigónida en Grecia con la ayuda de una liga de ciudades griegas –la Guerra Cremonídea de 265-60 a.C.– y, para arrancar más territorio de Antioco en la II Guerra Siria. Aunque estos esfuerzos se revelaron inútiles, acabando con la pérdida de algunos territorios de Asia Menor en favor de los seléucidas y de influencia en Grecia después de las batallas navales de Cos y Éfeso, delatan la continuidad de la noción de que un rey debe procurar dominar «el todo», y que los reyes tenían todavía la capacidad logística de hacer la guerra a una escala muy amplia. El ataque de Ptolomeo III al Imperio seléucida en la III Guerra Siria del 246-241 a.C. fue quizá el más espectacular de esos esfuerzos, cuando los ejércitos ptolemaicos alcanzaron Babilonia antes de concluir una paz que dejaba a Ptolomeo con algunas ganancias territoriales en Asia Menor y el control de Laodicea del Lycos, el puerto que servía a la capital seléucida en Antioquia. Pero fue en la generación siguiente cuando la descomposición militar tuvo lugar en el mundo helenístico.

Es una pena que no tengamos descripción detallada de ninguna de las guerras del siglo III a.C., que nos permitiera saber por qué los ptolemaicos y seléucidas abandonaron la política de incluir hombres que no fuesen griegos en sus unidades de primera línea. Todo lo que podemos saber es que la fuerza principal de los ejércitos seléucidas y ptolemaicos consistía en griegos que recibían tierras en un régimen semifeudal por medio de su asignación a *katoikiai*. Las *katoikiai* consistían en soldados que recibían del

rey una parcela de tierra *(kleros)*, y debían prestar servicio militar a cambio de esta concesión. Aunque no podemos estar seguros, el sistema de *katoikiai* puede haber sido desarrollado al margen de los asentamientos de grupos de veteranos de Alejandro en las ciudades de Oriente durante su larga marcha a la India.

El resultado de estas concesiones fue catastrófico: la clase militar no consiguió reproducirse, implicando que los ejércitos se hacían progresivamente más débiles aunque los *kleruchoi*, como se llamaban los beneficiarios, parecen haber conservado suficiente influencia política para impedir la integración de soldados nativos en sus formaciones. Hacia el final del siglo III a.C., parece que el total de militares griegos establecidos en los asentamientos seléucidas se había reducido a unos 55.000 hombres. Los esfuerzos por incrementar esas cifras con el reclutamiento de mercenarios y unidades de no griegos, sirviendo como «contingentes nacionales» quedaron claramente deslucidos. En el apogeo de su poder en el 217 a.C., Antíoco III pudo alinear, además de a sus colonos militares, no más de 12.000 mercenarios y 19.500 de otros contingentes, lo que quiere decir que el total de efectivos del que podía disponer directamente el rey seléucida era de menos de 90.000 hombres. Los ptolemaicos estaban aún peor, pues en el 217 a.C. solamente 5.000 griegos estaban disponibles para la falange, a los que se sumaban 3.000 miembros de la guardia real y 2.000 peltastas, y 700 de caballería de la guardia de palacio. El resto del ejército, antes del reclutamiento de 8.000 mercenarios griegos, consistía en 2.000 soldados griegos de caballería recién alistados, 3.000 libios entrenados como peltastas, 2.300 efectivos de caballería egipcios y libios que podían ser integrados con la caballería de palacio (reflejando posiblemente la preocupación anterior ptolemaica por el número menguante de griegos a su disposición), 3.000 cretenses y 6.000 tropas galas o tracias, de los cuales 4.000 eran *katoikoi*, así como 73 elefantes africanos.

Más problemático que el fracaso en explotar los recursos demográficos potenciales de sus reinos, era el hecho de que los ejércitos de Antíoco III y Ptolomeo V eran menos flexibles que los que habían disputado la supremacía después de la muerte de Alejandro. El relato de Polibio de la batalla de Raphia en el 217 sugiere que hubo un desarrollo mínimo de la doctrina táctica durante el siglo anterior. Antíoco se colocó a sí mismo en la izquierda de su línea con la intención de enfrentarse a Ptolomeo en combate cuerpo a cuerpo (algo que no sucedió), y acabó persiguiendo a sus enemigos después de que hubiesen sido dispersados por el fracaso de sus elefantes. Ptolomeo se retiró bajo la cobertura de su falange, y cuando su propia ala izquierda destrozó el ala derecha de Antíoco, ordeno lo que demostró ser un ataque decisivo de su propia falange. Advirtiendo, por la observación de la nube de polvo que envolvía el campo de batalla, que el resto de su ejército se batía en retirada, Antíoco se retiró a su campamento, al que Ptolomeo no hizo ningún esfuerzo por atacar. Es quizá irónico que Polibio nos diga que los dos reyes intentaron enardecer a sus ejércitos contando las hazañas de sus antepasados. Los dos eran jóvenes sin méritos propios, pero en una guerra que se disputaba para resolver un conflicto, que se remitiesen hasta los fundadores de sus dinastías respectivas es también un signo de que el pasado había llegado a dominar en exceso los modos de pensar del presente.

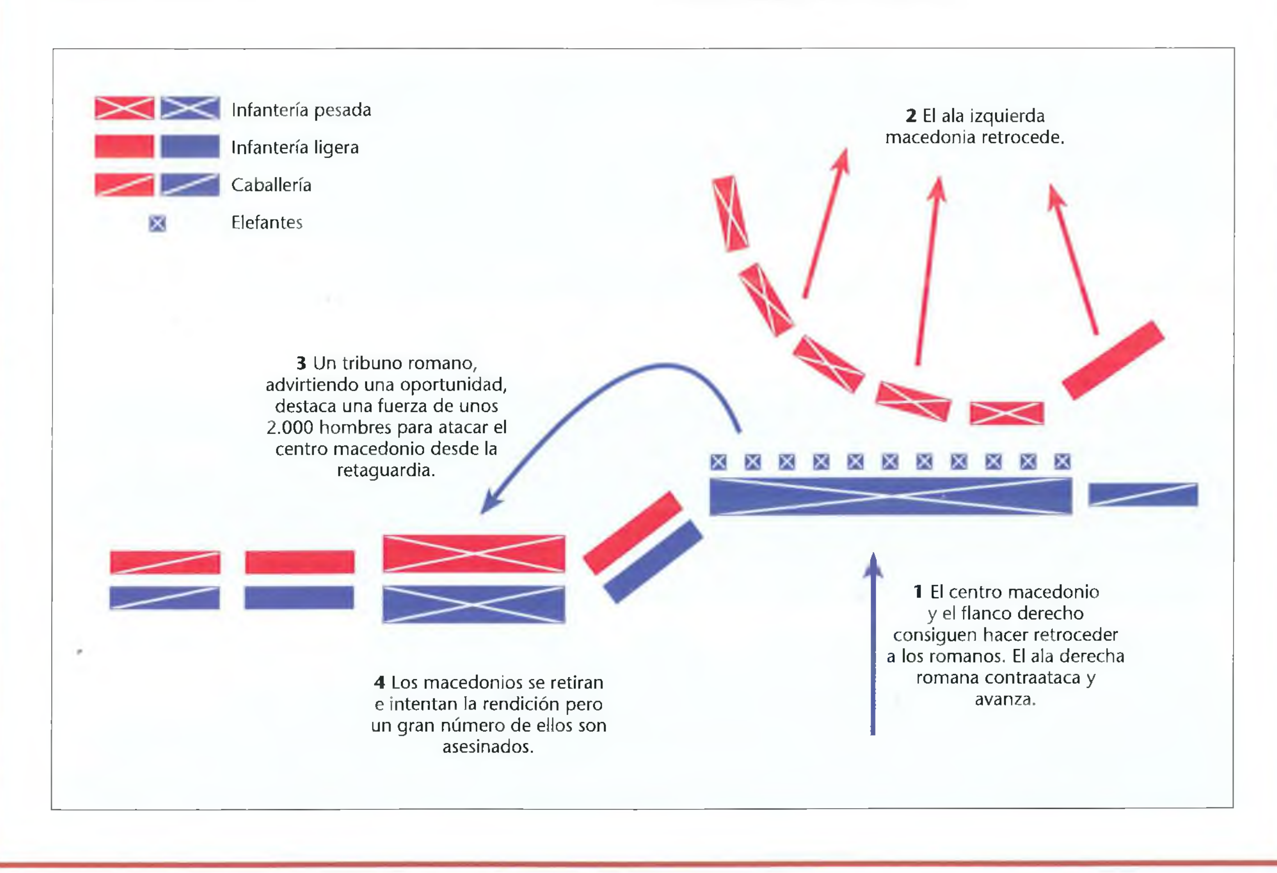
Una característica de la carrera de Antíoco III es que no parece haber aprendido de la experiencia de Raphia. En el 189 a.C. se enfrentó a un enemigo mucho más poderoso que Ptolomeo, un ejército romano entre cuyos comandantes estaba nada menos que P. Cornelio Escipión, el vencedor de la batalla de Zama, librada contra los cartagineses en el 202 a.C. La batalla tuvo lugar cerca de la ciudad de Magnesia del Meandro y fue el segundo de los tres grandes conflictos que mostraron la completa inferioridad de la forma de hacer la guerra en el Mediterráneo oriental en comparación con la de Roma. Filipo V de Macedonia había sido derrotado en Cynoscefalos en

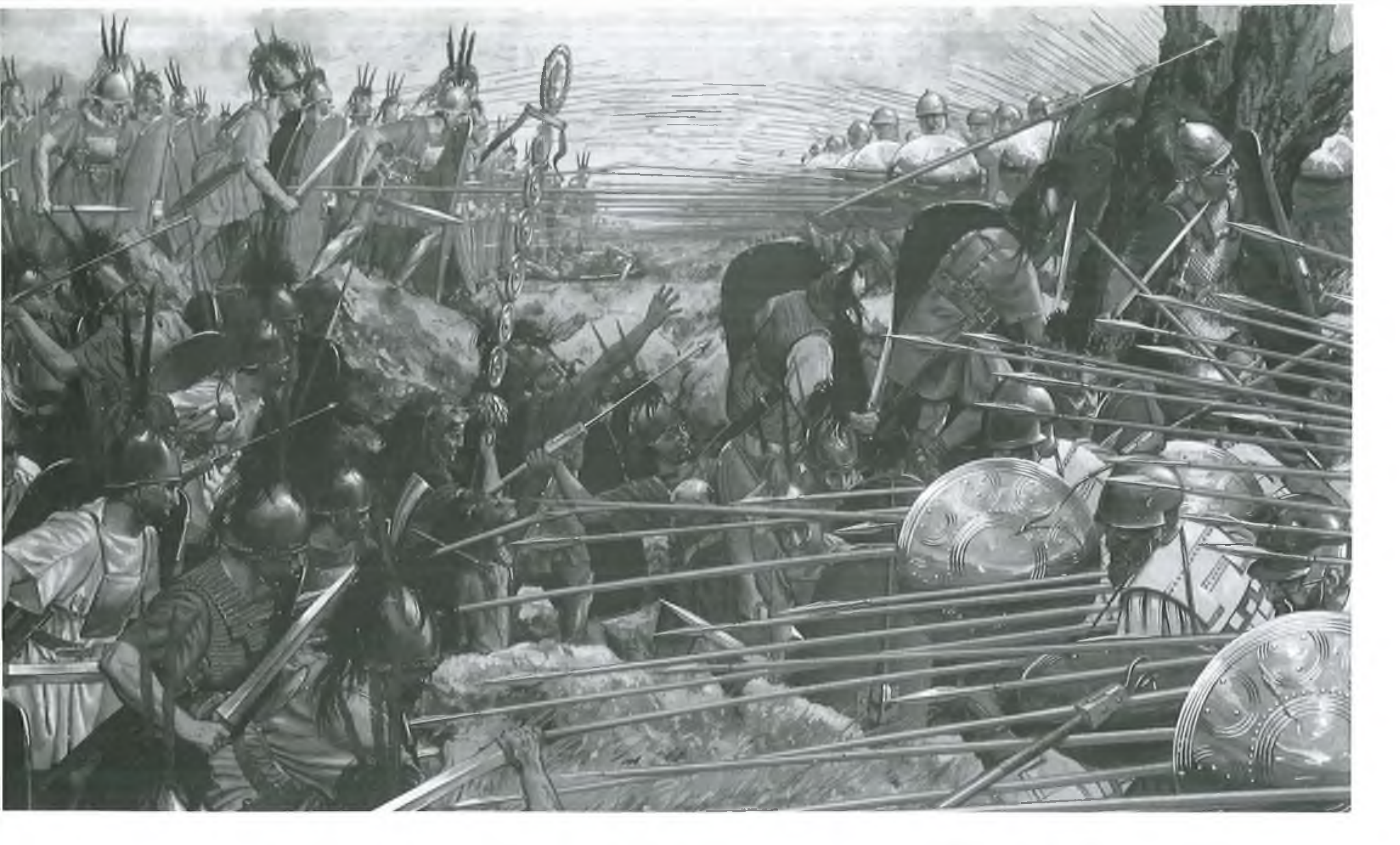
La batalla de Cinoscéfalos

La batalla de Cinoscéfalos –cuyo nombre proviene de una cadena de colinas cerca de Volos en Grecia– fue librada entre los macedonios a las órdenes de Filipo V y un ejército romano a las órdenes de Tito Quinctio Flaminino en mayo o junio del 197 a.C. Cada ejército ascendía a unos 25.000 hombres. La noche antes de la batalla, los ejércitos acampaban en lados opuestos de la línea de crestas. Por la mañana, cubiertas por una densa niebla, tropas ligeras de ambos bandos subieron a la cima de las colinas y comenzaron a combatir. Tras conocerse el encuentro, ambos generales reunieron al grueso de sus tropas. Filipo llegó a la cima de las colinas antes que los romanos, aunque en este proceso, su ala izquierda se separó del centro. Cuando la falange de Filipo cargó y comenzó a empujar a los romanos hacia atrás, un tribuno del ala derecha romana, advirtiendo la brecha entre la izquierda macedonia y el centro, separó 20 manípulos, unos 2.000 hombres, y atacó el centro macedonio desde la retaguardia, provocando la desbandada del ejército. La flexibilidad de un ejército romano que admitía que oficiales subalternos tomasen decisiones tácticas decidió la batalla; el plan de Filipo, que dependía de su falange, no dejaba lugar para maniobras tácticas de las otras unidades una vez comenzada la batalla.



Arriba. Tito Quinctio Flaminino, el vencedor en Cinoscéfalos, era quizá mejor diplomático que general. Su victoria en el campo de batalla sobre Filipo fue el resultado de la inspiración de un subordinado, pero su campaña diplomática en Grecia, antes y después de la batalla resultó brillante.
Abajo. Plano de Cinoscéfalos, mostrando el momento decisivo de la batalla.





Legión contra falange: este cuadro muestra la diferencia esencial entre las tácticas de las dos unidades, en donde la táctica romana descansaba más en la capacidad individual de sus soldados en el combate singular. Aquí los soldados de la falange intentan conservar la estabilidad de su formación, mientras que los soldados romanos procuran actuar entre las picas de sus enemigos para hacer uso de sus espadas.

Tesalia en el 197 a.C. (véase recuadro en p. 135), y su hijo Perseo sufriría una suerte idéntica en Pidna en el 168 a.C. La batalla de Magnesia en el 190 fue quizá la peor de estas grandes confrontaciones, pues enfrentó a un general incompetente como Antíoco III contra uno de los mejores soldados de la época. El resultado del enfrentamiento quedó decidido tan pronto como Antíoco perdió el control de su propio plan de batalla. Habiendo tomado personalmente el mando de la caballería en su ala derecha, consiguió derrotar a la legión que se le opuso, pero entonces, en lugar de rodear la formación romana persiguió a los romanos derrotados hasta el campamento, donde consiguieron reorganizarse y rechazar los sucesivos asaltos. El resto de su ejército se derrumbó cuando estaba empeñado en sus ataques. En el extremo izquierdo Antíoco había dispuesto carros con hoces enfrente de su propia caballería, y en el centro había formado 22 elefantes entre los batallones de la falange. Los carros con hoces fueron lanzados a la confusión por la infantería ligera aliada con los romanos y llegaron a poner en fuga a su propia caballería al retirarse. En el centro, los romanos ni siquiera se acercaron a la falange, prefiriendo bombardearla, así como a los elefantes, con jabalinas hasta que los elefantes se abrieron paso entre las tropas cercanas. Como regla básica de la guerra, los elefantes nunca deben formar una unidad con otras tropas precisamente porque no se pueden controlar. Eran efectivos si podían cargar delante de su propia línea de batalla para dispersar al enemigo, o como una pantalla para la infantería contra la caballería enemiga. El objetivo de estas disposiciones era que un ejército roto por los elefantes no se pudiese rehacer, mientras que si la carga fallaba, lo mejor es que pasase donde los elefantes no pudiesen volverse contra sus propios hombres.

EL ÚLTIMO SIGLO DE GUERRA HELENÍSTICA

La legión romana se había revelado pronto una amenaza para el ejército griego, y en las últimas dos décadas del siglo III a.C. Anibal había enseñado cómo podía formarse un ejército que pudiese enfrentarse con los romanos. ¿Por qué las estructuras militares del Mediterráneo Oriental no se adaptaron? La respuesta puede residir en la

conexión entre la guerra y la posición del rey. El ejército de Alejandro siguió siendo el modelo para los ejércitos posteriores, así como el ejemplo de Alejandro siguió siendo un modelo para el papel del rey en el combate. La percepción de que el poder real descansaba en la capacidad de desplegar ciertas formas de poder militar ocasionó que los reyes montasen despliegues masivos de su poder tradicional, e invirtiesen en inútiles artefactos de parada como *tesserakonteres* (o buques de 40 remeros por grupo de remos que Ptolomeo IV construyó en la segunda mitad del siglo III a.C.). Si ser un rey suponía tener un ejército que evocase al ejército de Alejandro, luego la presión contra la reforma era casi irresistible. El fracaso en adaptarse a las circunstancias cambiantes condenó a los seléucidas a una serie de catastróficas campañas contra el nuevo poder parto que comenzó a surgir en la meseta irania en el curso del siglo II a.C. y quizá explique por qué los pequeños ejércitos de los macabeos en Palestina fueron capaces de constituir un Estado independiente sólo a unos pocos cientos de kilómetros de Antioquía. Puede explicar también por qué Perseo de Macedonia aun cuando tenía los ejemplos de Cinoscéfalos y Magnesia antes que él, intentó combatir a Roma con un ejército que en lo esencial no era diferente del de su padre, y por qué, en el 146 a.C., la Liga Aquea se enfrentó a los romanos con un ejército de hoplitas. El poder de la tradición puede verse aún más tarde cuando Mitrídates del Ponto, cuya visión de la realeza parece incluir tanto tradiciones aqueménidas como griegas, equipó un ejército basado en la falange para su primera guerra contra Roma en el 89 a.C.

Mitrídates aprendió de su experiencia. Antes de entrar en guerra contra Roma por tercera vez en el 76 a.C., intentó reciclar su ejército con la ayuda de instructores romanos, y otro ejército, organizado por el rey Deiotaro de Galacia a mediados de siglo, se organizó al modo romano desde el comienzo. Pero por entonces era ya demasiado tarde. El general romano Pompeyo puso fin formalmente al régimen seléucida en el 63 a.C. cuando organizó las tierras centrales de la Siria seléucida en la provincia romana de Siria, y treinta años más tarde, Cleopatra de Egipto unió su destino al de Marco Antonio. El reino macedonio se había disuelto después de la derrota de Perseo en el 167, y Roma había adquirido el reino de Pérgamo por el testamento de su último rey, Atalo III, para formar la base de su provincia de Asia. Ejércitos de estilo macedonio volverían a reaparecer después, de vez en cuando, –10.000 falangistas fueron ofrecidos por el rey de Comagene a los romanos para el sitio de Jerusalén en el 70 d.C., y el emperador romano Caracalla creó una falange macedónica como parte de su propia fantasía sobre Alejandro en el 215– pero se trataba de excentricidades.

El brío extremo y la originalidad que caracterizaba el arte de la guerra en los siglos IV y III a.C. había desembocado hacía tiempo en una superada forma de imitación a Alejandro que perdía de vista la perspectiva de lo que el auténtico Alejandro había intentado.



NATHAN ROSENSTEIN

8 Los ejércitos de la Roma republicana

FECHAS CLAVE

República romana (509-27 a.C.)

264-241 a.C. Primera Guerra Púnica.

218-202 a.C. Segunda Guerra Púnica.

218 a.C. Batalla de Trebia.

217 a.C. Batalla del Lago Trasimeno.

216 a.C. Batalla de Cannas.

211 a.C. Caída de Capua.

207 a.C. Batalla del Metauro.

149-146 a.C. Tercera Guerra Púnica.

105 a.C. Desastre de Arausio.

89-82 a.C. Primera Guerra Civil.

58-50 a.C. Conquista de la Galia por César.

49-45 a.C. Segunda Guerra Civil: César contra Pompeyo y el Senado.

48 a.C. Batallas de Dyrrachium y Farsalia.

44 a.C. Asesinato de César.

43-42 a.C. Marco Antonio y Octavio contra los asesinos de César.

42 a.C. Batalla de Filipos.

32-31 a.C. Guerra Civil final entre Marco Antonio y Octavio.

31 a.C. Batalla de Actium.

Dos hoplitas latinos con toda la panoplia (salvo sus escudos) de fines del siglo IV se representan en estas placas de hueso encontradas en la ciudad latina de Praeneste, a unos 40 km al sudeste de Roma.

Los romanos crearon la máquina militar más potente que el mundo antiguo conoció y la usaron para crear un imperio igualmente sin precedentes, que se extendía desde el mar del Norte al Sahara, y desde el Atlántico al Éufrates. El ejército que creó este coloso salió de las granjas de Italia, organizado, entrenado y dirigido por aristócratas para quienes la guerra era la puerta de entrada al poder político. En la base de sus triunfos militares, sin embargo, hay que destacar uno político y diplomático que aunque más discreto, resulto capital: la amalgama de Italia en una vasta coalición de ciudadanos romanos y aliados, creando la inagotable reserva de hombres que permitió a la República derrotar a Aníbal y continuar luego la conquista de España, Italia del Norte y las grandes potencias helenísticas en medio siglo. Sin embargo, este mismo ejército fue también la herramienta utilizada para el hundimiento de la República, primero permitiendo a César rivalizar con Pompeyo como conquistador en la Galia y luego, cuando las tensiones políticas llegaron a un punto crítico, estableciendo la monarquía de César y después de su muerte, la de su hijo.

GUERREROS Y BANDAS DE GUERREROS

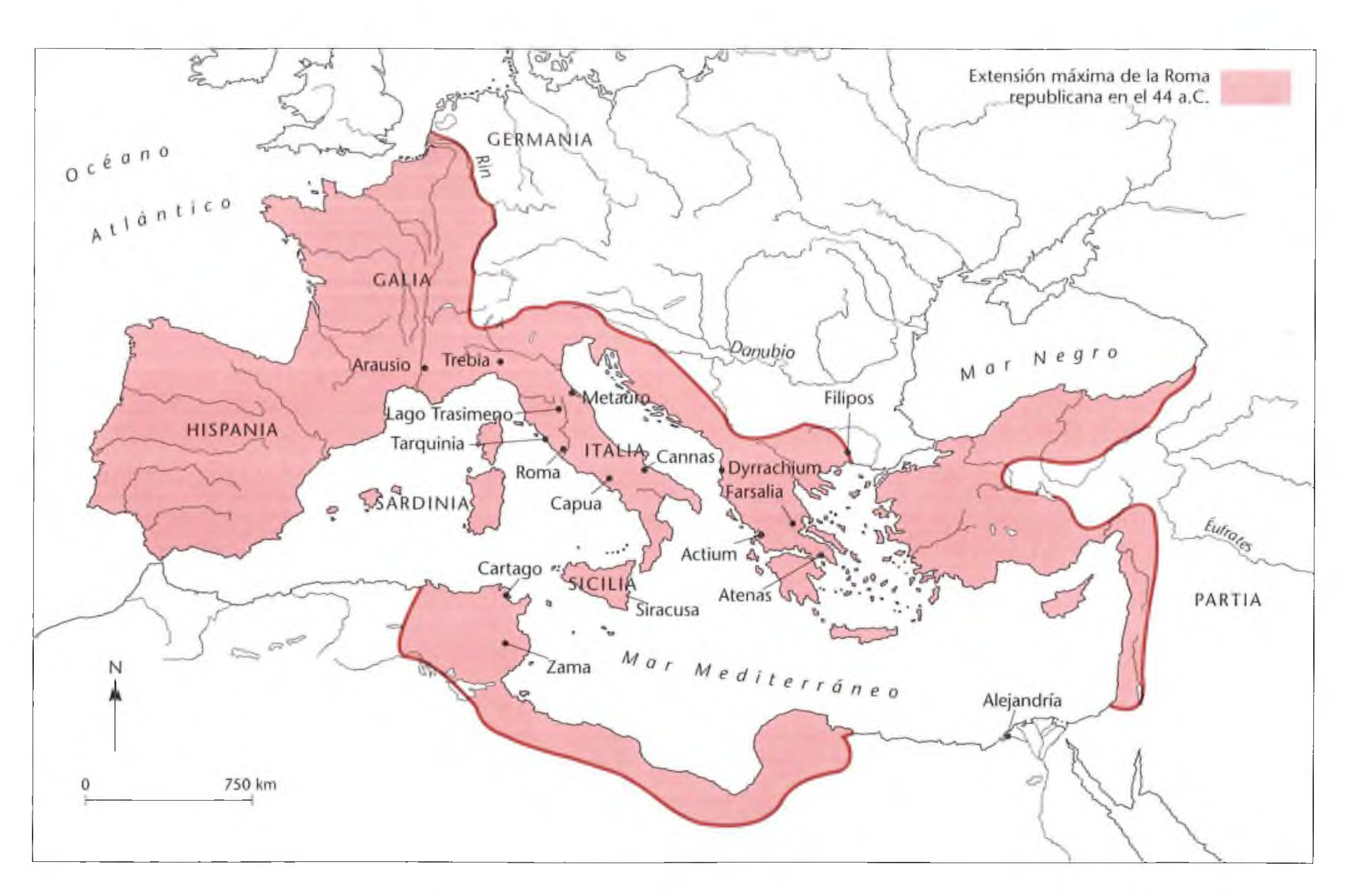
La Italia primitiva era un mundo de bandas de guerreros. Aunque estamos habituados a pensar en guerras libradas por Estados, no está claro que la formación estatal hubiese avanzado lo suficiente durante los siglos VII y VIII a.C. para permitir a los gobernantes reunir ejércitos formales. Más bien, los lazos sociales estructuraban la guerra. Grupos de guerreros se agrupaban en torno a jefes destacados –como los héroes etruscos Caeles y Aulas Vibenna, el «rey» de Clusium, Lars Porsenna, o aun en el siglo VI a.C., el cónsul romano Publio Valerio–. Su servicio se basaba en la lealtad personal, no en la ciudadanía o el respeto a un gobierno. Ocasionalmente estas bandas conseguían establecer el dominio en una ciudad, como Mastarna, un seguidor de los hermanos Vibenna, hizo con Roma, después de la muerte de éstos –la tradición romana lo conoció como el rey Servio Tulio–. Pero a menudo eran aventureros sin Estado, *condottieri*. Siempre se pensó que la excepción serían los griegos, que colonizaron el sur de Italia y Campania en los siglos VII y VI a.C., trayendo su propio estilo de lucha, la falange hoplítica, de donde se extendería a Etruria. Sin embargo, la aparición de la falange en Grecia se cree ahora posterior a este periodo. Con toda probabilidad, pues, griegos, etruscos y romanos lucharon con armas variadas en bandas mezcladas, mayores o menores dependiendo de la importancia de la ocasión y el prestigio de los jefes implicados. Algunos guerreros habrán exhibido una panoplia completa, otros sólo una parte, y otros se armarían solamente con piedras o jabalinas.

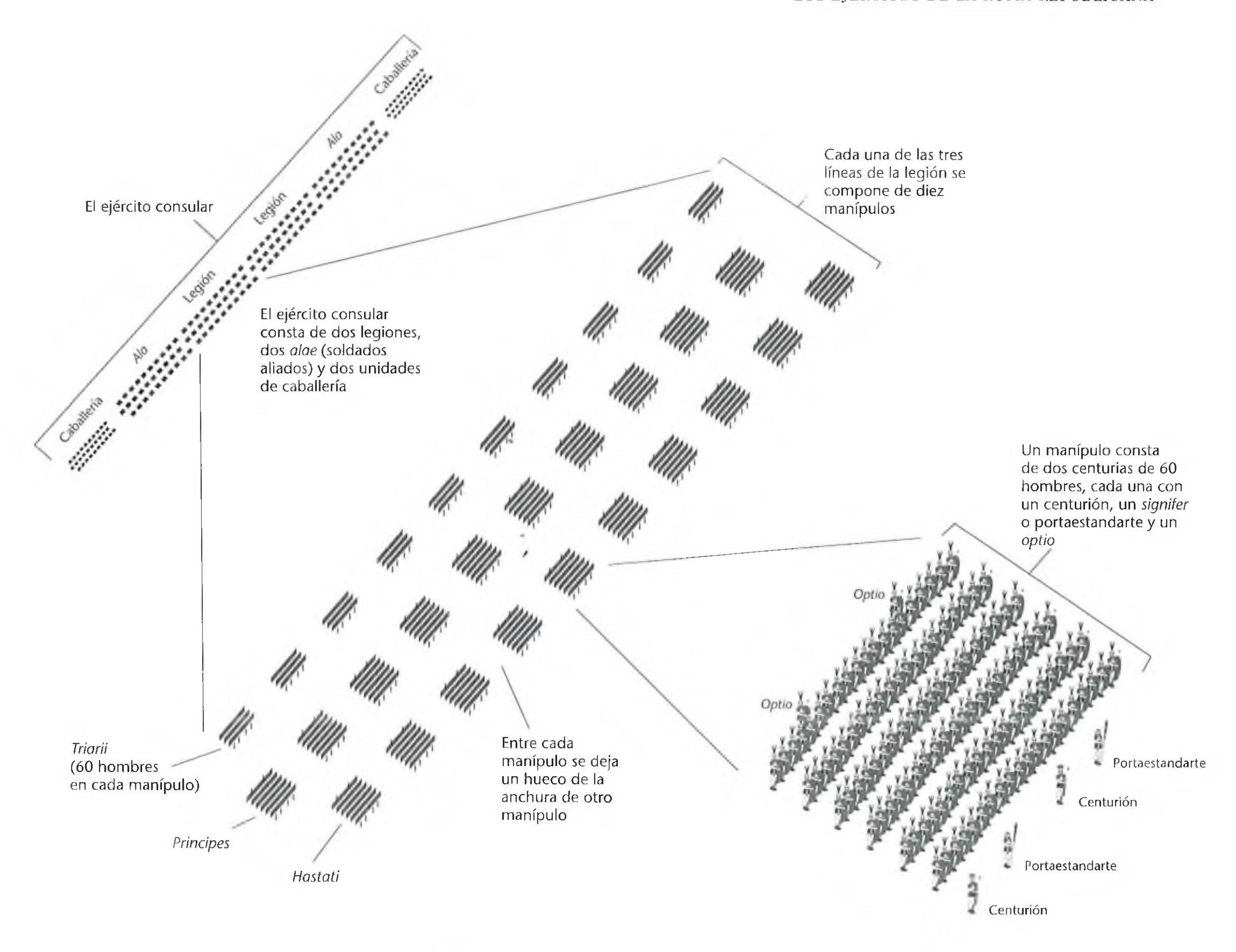
En Roma esta situación comenzó a cambiar en el siglo VI a.C. con una serie de reformas atribuidas por la tradición al rey Servio Tulio. Él estableció un ejército nuevo, «romano», reclutado entre el conjunto de los ciudadanos. Para asegurarse que fuese lo más grande posible, cambió las bases de la ciudadanía del nacimiento a la simple residencia. También estableció una nueva asamblea de ciudadanos, los *comitia centuriata* o «asamblea de las centurias» que era simplemente el ejército reunido como cuerpo de-

liberativo en sus unidades militares, las «centurias». Esta asamblea permitía al ejército dar su asentimiento a toda guerra que el rey quisiese emprender y en la que sus miembros tendrían que luchar. Además, Servio probablemente estableció un censo que pretendía, primero, fijar el número de ciudadanos y, segundo, determinar cuántos de ellos podían equiparse a sí mismos para la guerra. Éstos formarían la *classis;* aquellos con menos riqueza eran *infra classem,* o «debajo de la *classis*». Finalmente, un pequeño grupo de caballeros aristocráticos disponía de sus monturas a cargo del Estado. Con este nuevo ejército, Servio y su sucesor –Tarquino el Soberbio– consiguieron imponer una hegemonía sobre sus vecinos.

Aun después de que la monarquía cayese y se estableciese una república, Roma siguió dominando en el centro de Italia, como revela un tratado firmado con la poderosa ciudad de Cartago en el 509 a.C. El siglo V a.C. trajo desafíos importantes cuando las tribus montañesas se infiltraron en las fértiles tierras bajas. Roma se encontró luchando por su supervivencia, y es difícil saber con qué frecuencia su ejército «nacional» conquistó el territorio y en cuántas ocasiones las guerras se libraban por bandas bajo el mando de jefes de clan, como la derrota de los fabios, aniquilados casi hasta el último hombre por una tribu vecina. Pero la gravedad de la amenaza obligó a los romanos a enterrar sus diferencias y actuar juntos, y poco a poco se impusieron –a pesar de desastres como su derrota a manos de una banda de galos en el 390 a.C., y la posterior captura de la ciudad–. Hacia mediados del siglo IV a.C., Roma se había impuesto como hegemónica en la Italia central, sometió a sus vecinos y los incorporó a su cuerpo de ciudadanos, y comenzó a establecer el sistema de alianzas con pueblos y ciudades más lejanos que sería la piedra angular de su control sobre la península Itálica.

Mapa que muestra la extensión de la República Romana y los lugares y regiones mencionados en este capítulo.



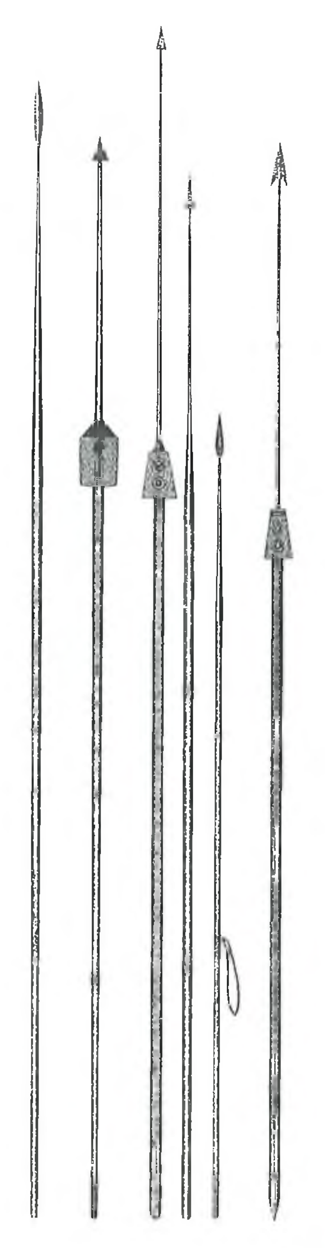


El orden romano de batalla, fase manipular (*ca.* 300-100 a.C.). Dividiendo la legión en manípulos –unidades separadas de infantería capaces de maniobrar con independencia en la batalla– se aportó a las legiones flexibilidad y elasticidad bajo la tensión del combate cuerpo a cuerpo.

MANÍPULOS

El ejército manipular conquistó un imperio para Roma. Sus orígenes son muy poco conocidos, pero en algún momento de la parte final del siglo IV a.C., Roma reorganizó sus fuerzas en pequeñas unidades tácticas llamadas manípulos, literalmente «puñados». En este momento, Roma estaba comprometida en una larga y difícil lucha contra los samnitas, tribus que ocupaban las tierras altas de la Italia centro-meridional. La ineficacia de las formaciones concentradas contra el tipo de lucha más libre de los guerreros samnitas llevó a los romanos a adoptar tácticas similares. Roma dividió la densa masa de sus ejércitos en pelotones de legionarios, los manípulos, que estaban dispuestos en tres líneas. Diez manípulos, formados cada uno por 120 hombres, componían la primera línea, los *hastati*. Detrás de ellos había diez manípulos de *principes,* también de 120 hombres, y en la retaguardia estaban diez manípulos de *triarii,* con 60 hombres cada uno (el total es de 3.000 hombres). Los manípulos de cada línea estaban separados de sus vecinos por un hueco igual al de sus propios frentes, mientras que los manípulos de las líneas de retaguardia se disponían detrás de estos huecos. No está claro cómo actuaba esta formación, conocida como *quincunx,* en combate: posiblemente, los manípulos de la primera línea se desplegaban en extensión cuando entraban en combate. O quizá se conservaban los huecos en el com-





bate, permitiendo a los manípulos de la primera y segunda líneas retroceder si se veían muy presionados o a los manípulos de la segunda o tercera, avanzar para reemplazar a los *hastati* cuando se fatigaban.

Dentro de los manípulos, cada soldado ocupaba un espacio de un metro y ochenta centímetros aproximadamente, el doble de lo que se requería cuando los combatientes se ordenaban en formación concentrada, debido a los cambios en el armamento «legionario». La infantería pesada luchaba ahora con un escudo oblongo, el *scutum,* una espada corta de acuchillar, el *gladius,* y lanzas arrojadizas, *pila,* sustituyendo las largas lanzas pesadas de hoplita (exceptuando a los *triarii,* que son los únicos que la conservaron). Manejar espadas y lanzas arrojadizas implicaba que cada hombre necesitaba más espacio para combatir. Un tipo de casco más abierto permitía el campo de visión mayor que este nuevo orden de batalla exigía. La formación más abierta permitía también a los soldados de las filas de atrás del manípulo avanzar y relevar a los combatientes de primera línea, y a éstos, retroceder más fácilmente. Esta capacidad de mantener combatientes frescos en la «zona mortal» dio a las legiones una enorme ventaja en combate (véase recuadro página 144).

Además de la infantería pesada, una legión (de 4.500 hombres) comprendía también 1.200 hombres con armamento ligero, los *velites,* que llevaban pequeños escudos y lanzas arrojadizas, junto con 300 caballeros escogidos entre los ciudadanos con riqueza suficiente para poseer caballos. Además de librar escaramuzas al inicio de cualquier batalla, los *velites* y la caballería eran esenciales para la exploración, la busca de provisiones y el pillaje de los campos, y la proporción relativamente alta de ellos en la legión da una buena indicación de cuán destacadas eran esta clase de operaciones en la conducción de cualquier campaña.

A partir del 311 a.C., los ejércitos fueron aumentados de modo que cada cónsul mandaba dos legiones. Además, normalmente estaba disponible un contingente de aliados de Roma igual o mayor que el número de legionarios, así que podían ponerse sobre el terreno ejércitos con un tamaño teórico de más de 18.000 hombres. Los contingentes aliados eran agrupados en unidades algo mayores, *cohortes,* y probablemente estaban



Arriba. Pila (o lanzas arrojadizas) romanas. Las puntas perforaban los escudos enemigos y se curvaban, haciendo inútiles los escudos. Los prendedores del asta de las *pila* tardías estaban diseñados para romper, impidiendo su reutilización.

Derecha. Caballero romano (fines del s. II a.C.). Antes de la guerra anibálica, combatían con un escudo ligero como única armadura defensiva, pero su ineficacia contra la caballería púnica llevó a la adopción de la cota de malla.

Página 142. Guerreros samnitas pintura mural en Paestum s. IV a.C. Los samnitas estaban entre los más contumaces oponentes de los romanos. Según algunos autores, sus tácticas en pequeños grupos obligaron a Roma a desarrollar el orden manipular de combate.

Cómo luchaban los romanos

El historiador Polibio, un testigo ocular del ejército manipular en acción, insiste en la flexibilidad inherente a la formación legionaria y los soldados que la componían.

> Pues aunque la línea romana es difícil de romper, cada soldado y cada compañía, debido a la táctica uniforme que se emplea, puede luchar en cualquier dirección, y aquellas compañías a las que toca estar en contacto más cercano con el peligro, se dan la vuelta en el momento preciso. De nuevo, la naturaleza de sus armas da al mismo tiempo protección y confianza, pues su escudo es grande y su espada no se doblará: por eso los romanos son formidables en el campo de batalla y difíciles de conquistar... Ahora, un soldado romano con la armadura completa también requiere un espacio de tres pies cuadrados. Pero como su método de lucha admite la iniciativa individual para cada hombre –porque defiende su cuerpo con un escudo, que mueve hacia cualquier punto del que venga un golpe, y porque usa su espada tanto para tajar como para punzar– es evidente que cada hombre debe tener un espacio despejado, y un intervalo de al menos tres pies tanto en los flancos como detrás para cumplir con su deber con efectividad... El orden romano... es flexible, pues cada romano, una vez armado y en el campo de batalla, está igual de bien equipado para cada lugar, tiempo o aspecto del enemigo. Está, además, bastante preparado y no necesita hacer cambios si se requiere luchar en la formación principal, en un destacamento, en un simple manípulo o incluso por sí mismo. Por eso, como los integrantes del ejército romano son mucho más útiles, sus planes son también coronados por el éxito mucho más a menudo que los de otros.



Legionarios romanos de mediados de la República. Los más ricos, como el *triarius* de la derecha (lanza pesada), podían permitirse llevar una cota de malla *(lorica)* en lugar del habitual «protector de corazón» metálico cuadrado del legionario de la izquierda. Los *velites,* como el del centro, disponían de poca protección defensiva y llevaban escudos más ligeros.

armados y actuaban en el combate de modo similar a las legiones, aunque no tenemos datos directos.

Probablemente en la parte final del siglo IV a.C., Roma comenzó también a pagar a sus legionarios. El *stipendium,* como se llamaba la paga, eliminaba la necesidad de que los soldados aportasen su propio alimento y otros artículos mientras se estaba en campaña.

Sin embargo, esto significa que tenía que estar disponible un suministro de alimentos para ellos, y pronto, si no desde el principio, la misma Roma asumió la responsabilidad del mismo. Los ejércitos romanos no «vivían sobre el terreno», pues las cosechas de grano en el Mediterráneo están maduras y disponibles como alimento aprovechable solamente unas pocas semanas al año. Aunque las tropas romanas saqueaban regularmente el territorio enemigo y, por supuesto, utilizaban todo el alimento que obtenían de este modo, el objetivo primordial era privar al enemigo del mismo. En lugar de ello, el sistema logístico romano dependía de la compra o requisa de alimentos de una variedad de fuentes, locales y exteriores, cuando el Imperio romano se extendió para incluir regiones productoras de cereales como Cerdeña, Sicilia, y África del Norte. A los legionarios se les hacían asignaciones alimentarias, entregadas bajo pago, cada pocos días, y aunque Roma no pagaba a sus tropas aliadas (lo hacían sus propias ciudades), les suministraba grano. Además, en algún momento, probablemente a fines del siglo III a.C. como muy tarde, Roma comenzó a suministrar también bajo pago armas y otros equipos a los soldados que no podían aportar el suyo propio o necesitaban sustitución durante la campaña.

Dirigir los ejércitos romanos era el cometido de la clase gobernante de la República, la aristocracia senatorial. Ninguna burocracia o servicio civil llevaba los asuntos públicos de la ciudad. Éstos eran obligación de todo aristócrata romano, y su recompensa era el honor y la gloria a los ojos de sus pares y camaradas, premios que sólo se podían obtener de esa manera. En esta época el asunto más urgente de la ciudad era la guerra, y así la guerra era el lugar en el que los aristócratas se esforzaban por dejar su huella. Ellos servían en la caballería y competían ansiosamente por ganar una reputación de valor personal *(virtus)* en el combate. La gloria mayor se acumulaba llevando un ejército a la victoria, pero las oportunidades para hacerlo eran muy limitadas. El mando sólo llegaba con la elección a una de las dos magistraturas principales de la ciudad: el consulado o –muy ocasionalmente– la pretura, que era inmediatamente inferior al consulado. Los hombres elegidos cónsules servían sólo durante un año, aunque en casos en los que necesidades militares o de otro tipo requiriesen más comandantes que los magistrados en ejercicio del año (frecuente durante la guerra contra Aníbal –véase más adelante– y después), sus mandatos podían ser prorrogados, en cuyo caso se convertían en procónsules o propretores («que actúan como cónsules o pretores»). La competencia era intensa, y la ventaja era normalmente para los retoños de las familias aristocráticas tradicionales, en especial aquellas que podían presumir de un antepasado cónsul. Estos hombres estaban bajo una intensa presión para igualar, si no sobrepasar, los logros de sus antepasados, pues cada nueva generación tenía que renovar su afirmación de posición aristocrática obteniendo las más altas magistraturas de la república.

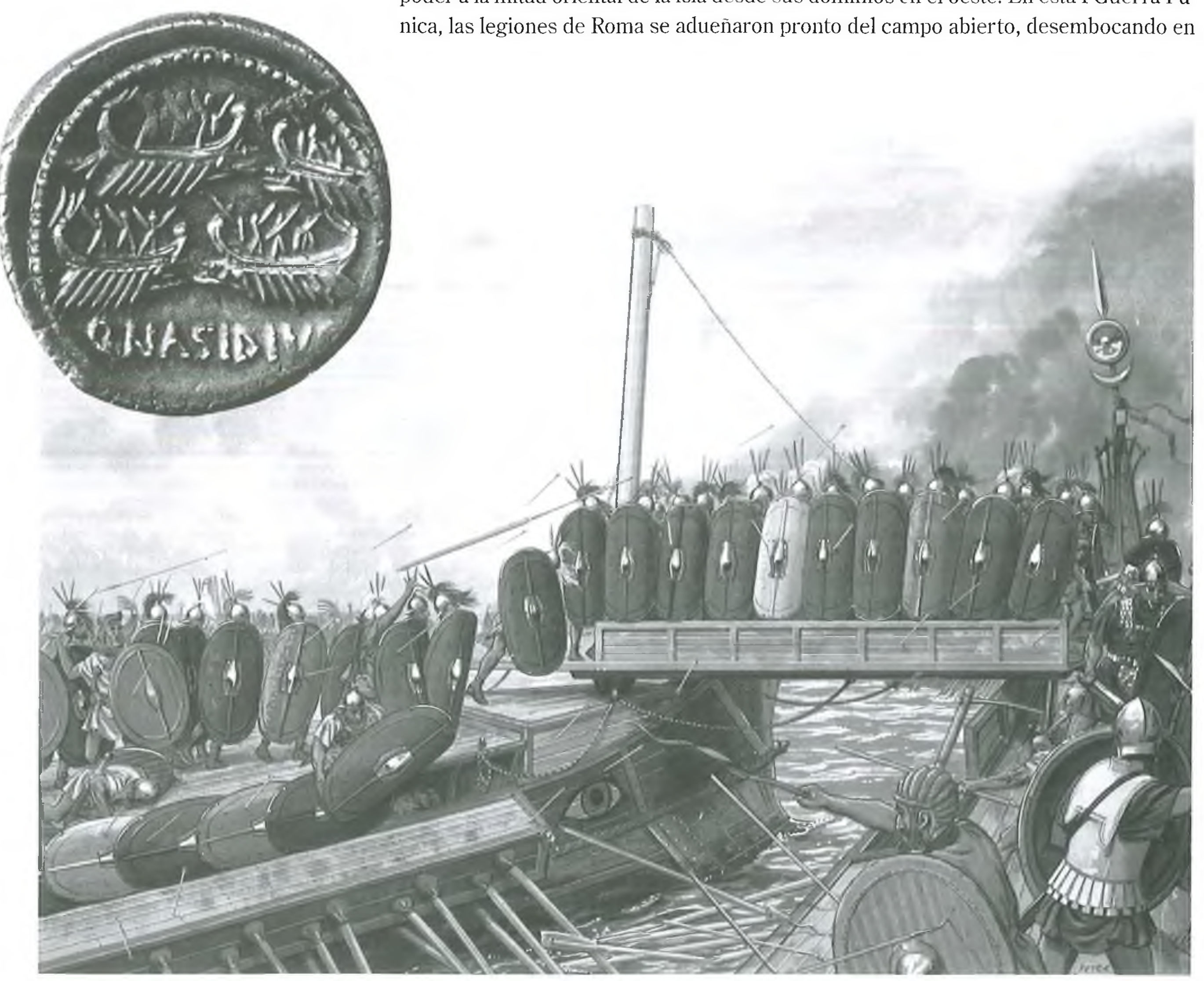
Estas presiones políticas tenían un impacto directo en los modos en que Roma libraba las guerras. Como el consulado era la coronación de una carrera aristocrática y tantos deseaban la magistratura, raramente un general, incluso victorioso, obtuvo la reelección. En vez de eso, una sucesión de hombres diferentes detentaron la magistratura, hombres que, aunque posiblemente tenían experiencia en campaña, normalmente tenían escasa o nula experiencia en el mando supremo. Por ello Roma necesitó un repertorio bastante simple desde el punto de vista táctico que pudiese ser dominado fácilmente por hombres que podían o no haber demostrado aptitud alguna para el mando. Un general, desde luego, era responsable de reclutar a su ejército (aunque los tribunos militares hacían la auténtica selección de los reclutas), de disponer los suministros y el transporte, y de reunir la información y guiar la diplomacia que le permitiría encontrar al enemigo y atraerlo a la batalla. Éstas no eran tareas despreciables, pero exigían poco en términos de capacidad específica o conocimiento. Pero una vez que la batalla estaba a la vista, los ejércitos romanos se disponían de la misma manera –las legiones en el centro, los aliados en las alas– y una vez entablada la batalla, la misión del general era sobre todo decidir cuándo mover los manípulos hacia la «zona mortal» o retirarlos. La maniobra se limitaba sencillamente a esto. Sin embargo, estas decisiones se tomaban probablemente sobre la base de la información proporcionada por los tribunos o incluso los centuriones, que estaban en la lucha y tenían un mejor sentido de cómo estaban resistiendo sus hombres. Mas allá de esto, la contribución esencial de un general era principalmente elevar la moral: moverse entre los manípulos, dejarse ver compartiendo sus peligros, animarlos e infundir valor a los que vacilaban. Roma podía permitirse generales sin experiencia porque los experimentados y disciplinados soldados ganaron para ella la mayoría de sus batallas.

Sin embargo, la derrota no era desconocida, y la historia de la guerra en Roma está jalonada por algunos desastres verdaderamente terribles. Lo que dio a la República su poder persistente y le permitió prevalecer al final fue la enorme reserva de hombres que se incrementó en el curso de los siglos IV, III y II a.C. Al contrario que las ciudades de la Grecia Clásica, que eran de miras estrechas, lugares exclusivos, la

Roma republicana encontró fácil admitir nuevos ciudadanos en su cuerpo político y así lo hizo repetidas veces hasta que el territorio romano abarcó gran parte del centro de Italia. Al mismo tiempo, Roma amplió su red de ciudades y pueblos aliados, tanto a aquellos que buscaban su protección como, a menudo, aquellos a los que conquistaba, así como colonias con «derecho latino» (una categoría privilegiada de aliados) por toda la península. De todos ellos se exigía que aportasen un número fijo de tropas para los ejércitos romanos. Como resultado, la víspera de la guerra contra Aníbal, Roma podía movilizar 250.000 ciudadanos para servir en la infantería y 23.000 potenciales jinetes, junto con 320.000 efectivos de infantería aliada y 31.000 de caballería. Estas reservas permitieron a la República sobreponerse a derrotas aplastantes y seguir combatiendo hasta la victoria, como muestran con claridad sus enfrentamientos con Cartago.

LA PRIMERA Y LA SEGUNDA GUERRAS PÚNICAS

La preocupación por el control de los estrechos de Mesina llevó a los ejércitos romanos a Sicilia en el 264 a.C., inicialmente para combatir a Hierón, el rey de Siracusa. Una vez que este astuto monarca se rindió en condiciones favorables, sin embargo, Roma se encontró luchando con Cartago, que tenía ambiciones muy persistentes de extender su poder a la mitad oriental de la isla desde sus dominios en el oeste. En esta I Guerra Púnica, las legiones de Roma se adueñaron pronto del campo abierto, desembocando en



Los cartagineses superaron a los romanos en los combates navales al principio de la I Guerra Púnica, hasta que los romanos concibieron un modo de convertirlos en batallas terrestres. El *corvus*, montado sobre el mástil y desplegado a cada lado, les permitía trabar su barco con una nave enemiga y así hacer valer la superioridad de su infantería. La moneda de Pompeyo el Grande *(véase ilustración)* fue emitida durante la guerra civil y representa una batalla naval en la que los barcos se embisten. El *corvus* se abandonó una vez que los romanos pudieron maniobrar en igualdad de condiciones con barcos enemigos.

una larga, agotadora lucha para rendir por asedio las fortalezas costeras de Cartago. Desde estas posiciones dependientes del abastecimiento por mar, las batallas clave tuvieron lugar allí. La República se anotó importantes victorias cuando equipó a sus buques con el *corvus,* una rampa con un gran clavo en el extremo que se incrustaba en el barco enemigo cuando se soltaba el tablón, permitiendo a los legionarios que iban a bordo atravesar por él y capturarlo. Pero las derrotas y las tormentas costaron caro en hombres y barcos, y el intento de Roma de desembarcar un ejército en África y atacar Cartago directamente acabó en desastre cuando sus legiones fueron aplastadas y su general capturado. Al final, sin embargo, la mayor capacidad de resistencia de la República le permitió rehacerse de estos reveses mejor que Cartago, y después de la destrucción de su flota en aguas de las Islas Egades, en el 241, Cartago se vio obligada a capitular.

Las reservas humanas de Roma demostrarían ser aún más decisivas en la revancha durante la II Guerra Púnica, 23 años más tarde. Aunque la disciplina y valor de los soldados romanos e itálicos habían caído, hasta un punto de que se correspondía con la inexperiencia de los generales de la República, este sistema encontró su contrapartida en Aníbal. Él era todo lo que los generales romanos no eran. Entrenado por su padre y su cuñado en el mando militar durante su conquista de España, y criado entre los soldados, combinaba el dominio de las dotes de mando con la capacidad de inspirar devoción absoluta entre sus hombres. Puso estos talentos al servicio de una estrategia tan brillante como atrevida. Dándose cuenta de que el corazón de la fuerza militar de Roma era su red de alianzas, quiso desbaratarla marchando por Italia y ofreciendo la libertad a los aliados de la República. Para convencerlos de vincular su suerte a la suya, tenía que demostrar que podía protegerlos de las represalias derrotando a los romanos en combate. Cuando Roma perdiese hombres, la fuerza de Aníbal podría incrementarse hasta que hubiese eliminado la dominación de la República en Italia. Y desgraciadamente para la República, Aníbal poseía el genio táctico para casi conseguirlo. Después de una brutal marcha sobre Italia, Aníbal obtuvo tres grandes victorias en rápida sucesión –en el río Trebia (217 a.C.), el Lago Trasimeno (217 a.C.), y Cannas (216 a.C.)–. Ésta última fue aplastante (véase recuadro p. 148-149).

Un busto de Publio Cornelio Escisión Africano. El más grande general de Roma hasta César llevó el desarrollo de la táctica manipular del ejército a su máxima culminación durante la Segunda Guerra Púnica. Más tarde acompañó a su hermano durante el mando de éste contra el rey sirio Antíoco el Grande y lo derrotó en la batalla de Magnesia en el 189 a.C.

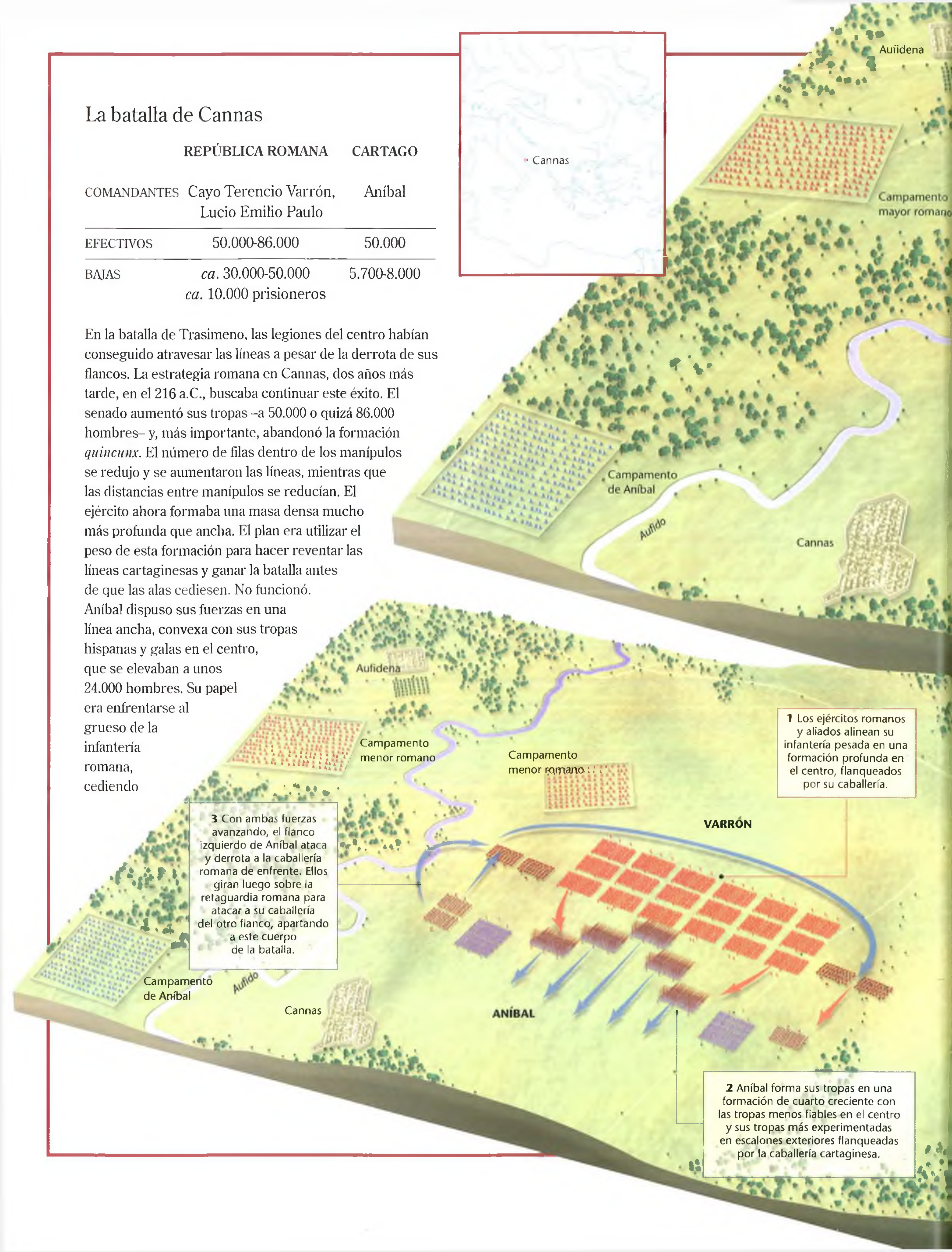
A Roma no le quedaba otro recurso que confiar en su superioridad numérica. Pero Cannas había provocado una ola de defecciones, y la estrategia romana después del desastre se centró en impedir más. La República comenzó a desplegar un ejército tras otro: uno estaba ya en España para impedir que llegasen refuerzos a Aníbal, otro fue a Sicilia después de que Siracusa se pasara a Cartago; otros operaban en Italia, aplicando duras represalias contra los rebeldes y apuntalando la fidelidad de los dudosos. En el 212, Roma había movilizado 25 legiones, unos 80.000 hombres. Esta estrategia planteaba un dilema insoluble para Aníbal. Proteger a sus aliados exigía su presencia, pero para ganar nuevos aliados necesitaba también estar disponible en otra parte. Las facciones prerromanas de las ciudades aliadas, así como las rivalidades de larga tradición entre esos mismos aliados (que se rebelaron) y sus vecinos inmediatos, demostraron ser obstáculos serios para que se extendiese con rapidez el deseo de unirse a su causa, y Aníbal había contado con ello para compensar su inferioridad numérica. Aníbal no podía estar en todas partes a la vez; pero Roma sí. Después de la caída de Capua en el 211 a.C., tras un asedio que Aníbal se había mostrado incapaz de romper, la marea cambió su sentido de forma decisiva. Con la derrota de una fuerza importante procedente de España, dirigida por el hermano de Aníbal en el río Metauro en el 207 a.C., se perdió toda esperanza de victoria cartaginesa en Italia, y el eje de la lucha se desplazó a África y al más grande de los generales de Roma en este momento: Escipión Africano.

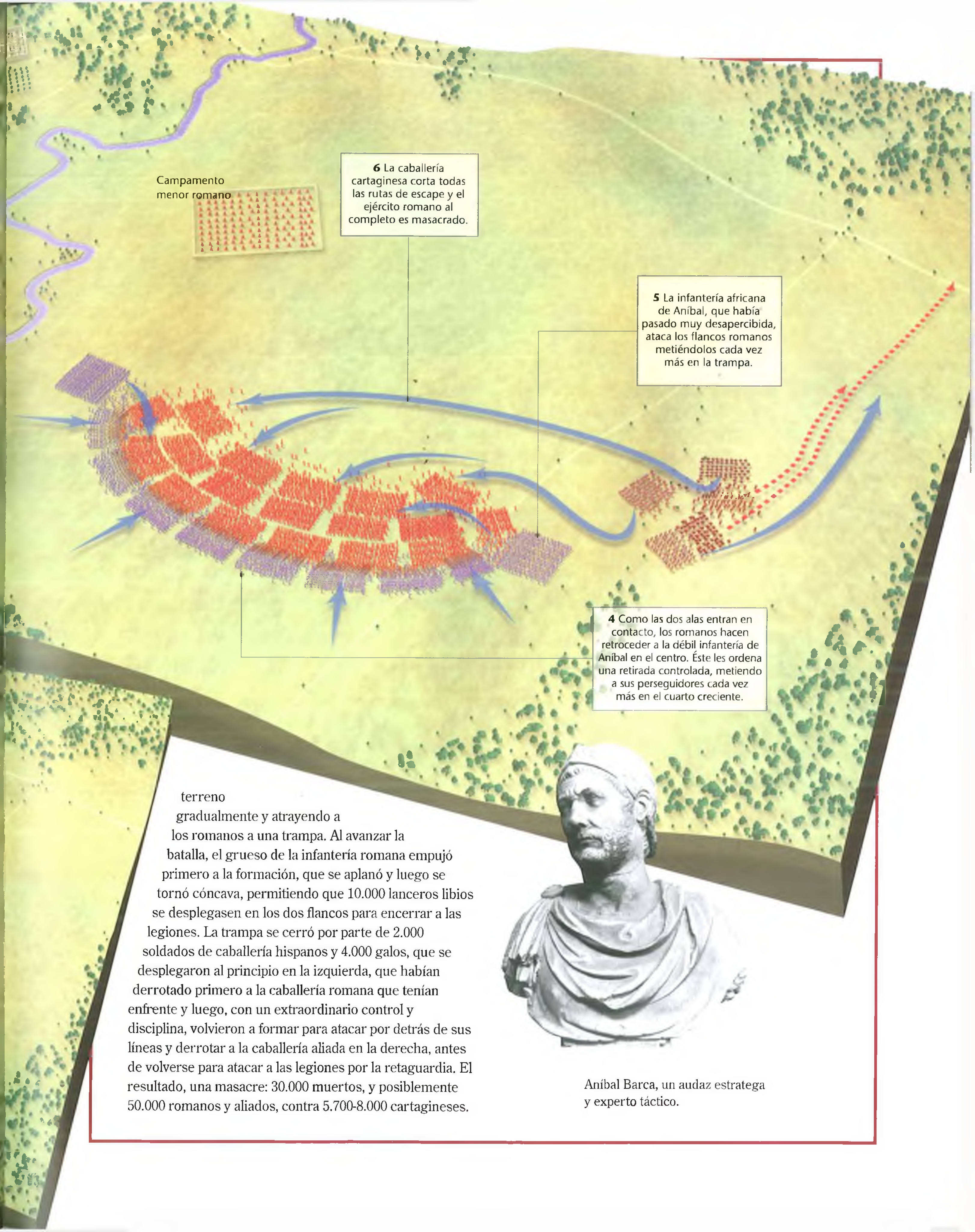


La batalla de Cannas

	REPÚBLICA ROMANA	CARTAGO
COMANDANTES	Cayo Terencio Varrón, Lucio Emilio Paulo	Aníbal
EFECTIVOS	50.000-86.000	50.000
BAJAS	*ca.* 30.000-50.000 *ca.* 10.000 prisioneros	5.700-8.000

En la batalla de Trasimeno, las legiones del centro habían conseguido atravesar las líneas a pesar de la derrota de sus flancos. La estrategia romana en Cannas, dos años más tarde, en el 216 a.C., buscaba continuar este éxito. El senado aumentó sus tropas –a 50.000 o quizá 86.000 hombres– y, más importante, abandonó la formación *quincunx*. El número de filas dentro de los manípulos se redujo y se aumentaron las líneas, mientras que las distancias entre manípulos se reducían. El ejército ahora formaba una masa densa mucho más profunda que ancha. El plan era utilizar el peso de esta formación para hacer reventar las líneas cartaginesas y ganar la batalla antes de que las alas cediesen. No funcionó. Aníbal dispuso sus fuerzas en una línea ancha, convexa con sus tropas hispanas y galas en el centro, que se elevaban a unos 24.000 hombres. Su papel era enfrentarse al grueso de la infantería romana, cediendo





terreno gradualmente y atrayendo a los romanos a una trampa. Al avanzar la batalla, el grueso de la infantería romana empujó primero a la formación, que se aplanó y luego se tornó cóncava, permitiendo que 10.000 lanceros libios se desplegasen en los dos flancos para encerrar a las legiones. La trampa se cerró por parte de 2.000 soldados de caballería hispanos y 4.000 galos, que se desplegaron al principio en la izquierda, que habían derrotado primero a la caballería romana que tenían enfrente y luego, con un extraordinario control y disciplina, volvieron a formar para atacar por detrás de sus líneas y derrotar a la caballería aliada en la derecha, antes de volverse para atacar a las legiones por la retaguardia. El resultado, una masacre: 30.000 muertos, y posiblemente 50.000 romanos y aliados, contra 5.700-8.000 cartagineses.

Aníbal Barca, un audaz estratega y experto táctico.

La práctica de situar generales inexpertos al mando significaba que los ejércitos manipulares raramente desarrollaban todo su potencial, que residía en su maniobrabilidad. Los generales romanos en general se limitaban a alinear sus ejércitos, enviarlos a la batalla, y dejar a los soldados hacer el resto. Sin embargo, la legión manipular compuesta de 30 bloques separados de soldados era capaz de mucho más, y bajo la presión de la lucha contra Aníbal, los comandantes romanos comenzaron por fin a explotar sus posibilidades, como revela la trayectoria de Escipión. En el 210 a.C., el Senado envió a este joven de 26 años a España para hacer frente a los ejércitos cartagineses después de haber sufrido los romanos una gran derrota allí. En los cinco años siguientes, fue capaz de explotar plenamente el potencial de la legión manipular, culminando con la batalla de Ilipa en el 206 a.C. Allí Escipión y sus enemigos cartagineses estaban enfrentados en una llanura, y cada mañana Escipón alineaba sus fuerzas con sus legiones de romanos y aliados itálicos, el pilar esencial de su ejército, en el centro; y sus aliados hispanos, en las alas. Los cartagineses contaban con oponer sus mejores tropas a los romanos y sus peores tropas en las alas. Ninguno se decidió a atacar en varios días. Finalmente, Escipión salió más temprano de lo habitual y colocó a sus contingentes romanos e itálicos en las alas y a sus tropas hispanas en el centro. Los cartagineses, sorprendidos, formaron apresuradamente como de costumbre, así que las mejores tropas de Escipión hicieron frente a las peores de ellos. Al ordenar a sus aliados hispanos avanzar lentamente y evitar entablar combate con el centro cartaginés, Escipión hizo marchar a sus manípulos a izquierda y derecha de su línea, y luego hacia el enemigo en columna; después los hizo girar hacia atrás en la línea de batalla, llevándolos al contacto con los flancos de los cartagineses. El resultado fue una derrota completa antes de que el centro cartaginés pudiese asestar un solo golpe: con sus flancos desarbolados, no tenían más elección que la huida. Esto demostró lo que podía hacer el ejército manipular, pero una vez que Escipión fue a África y derrotó definitivamente a Aníbal en Zama en el 202, la necesidad de dejar lugar a otros hombres para el consulado supuso que Escipión quedase relegado; él sólo ostentaría otra vez más el consulado. Sus conocimientos, habilidad y talento para el mando quedaron desaprovechados. Hombres peores dirigieron los ejércitos romanos, y las tácticas volvieron a su anterior nivel elemental.

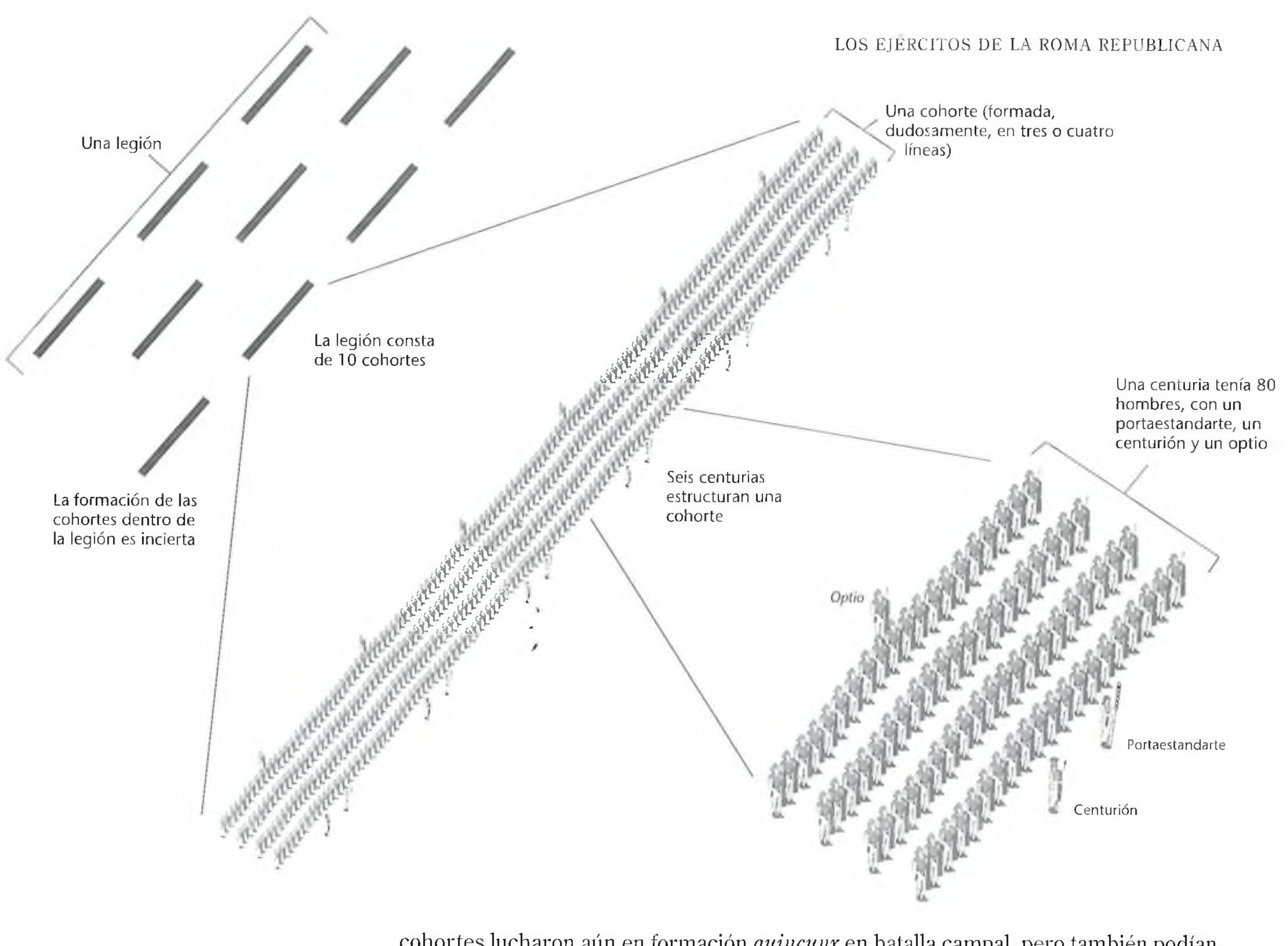
Sin embargo, el sistema funcionó lo suficientemente bien como para permitir a Roma conquistar todo el Mediterráneo. En las décadas posteriores a Zama, los ejércitos romanos pacificaron la Galia Cisalpina, conquistaron España, el Norte de África, Grecia y Asia Menor, a menudo luchando en varios frentes simultáneamente. El progreso no siempre era fluido, pero las enormes reservas de soldados de la República le permitían reanudar la lucha tantas veces como fuese necesario. Al final, Roma siempre ganaba.

LA ÉPOCA DEL EJÉRCITO DE COHORTES.

En el 105 a.C., en Arausio, en lo que hoy es el sur de Francia, cuatro legiones fueron aniquiladas por una fuerza masiva de germanos en migración. En respuesta, los romanos advirtieron que sus manípulos eran incapaces de resistir un ataque en masa de los germanos y necesitaban ser fortalecidos. Tres manípulos se agruparon en una cohorte, diez de las cuales componían ahora una legión. Para añadir aún más masa, los *velites, triarii* y la caballería fueron eliminados y todos los legionarios se armaron con *scutum, gladius* y *pila*. En lo sucesivo, las cohortes se convirtieron en la unidad táctica básica. El siete veces cónsul Cayo Mario es considerado normalmente el autor del cambio, pero hubo precedentes: las legiones romanas habían luchado antes en cohortes cuando la situación lo exigía –Escipión formó a sus hombres en cohortes en Ilipa, por ejemplo–. Estas unidades mayores no sólo demostraron ser más capaces de resistir las embestidas germánicas, sino también mucho más adaptables que los manípulos. Las

Página opuesta arriba. El orden de batalla romano, fase de cohortes (*ca.* 100 a.C. – Bajo Imperio). Más robustas y más capaces de maniobrar con independencia que los manípulos, las cohortes fueron los bloques tácticos constitutivos de los ejércitos romanos. Curiosamente, las centurias siguieron existiendo como las unidades administrativas básicas de las legiones, aunque habían dejado de jugar un papel táctico en el combate.

Página opuesta abajo. Una moneda emitida por la confederación itálica durante su rebelión contra Roma, (91-89 a.C.). Al igual que Roma, la confederación itálica emitió moneda acuñada para pagar a sus tropas, permitiéndoles hacer frente a sus gastos mientras estaban en campaña, y permitía a un sector mucho más amplio de la población masculina participar en la guerra. El anverso muestra la cabeza de la diosa «Italia», y el reverso muestra una escena de prestación de juramento: la figura arrodillada en el centro está a punto de sacrificar un cerdo; las figuras que están a cada lado de él con las manos extendidas están haciendo el juramento y representan a los pueblos que se aliaron para librarse de la dominación romana.



cohortes lucharon aún en formación *quincunx* en batalla campal, pero también podían ser reunidas en destacamento más pequeño o más grande que una legión en caso de necesidad. Los romanos al final encontraron el modo de utilizar con regularidad la flexibilidad intrínseca de sus legiones.

Los hombres que servían en las legiones de la República eran reclutados de la misma clase de pequeños agricultores que anteriormente. Aunque la pobreza se estaba convirtiendo en un problema creciente en el siglo I a.C., y aunque las exigencias de propiedad se habían anulado con la crisis germánica –la invasión de cimbrios y teutones– (y luego en las circunstancias de la Guerra Social en el 91 a.C., cuando los aliados de Roma se rebelaron), las legiones no estaban compuestas principalmente por desesperados, hombres empobrecidos sin lugar en el sistema, como algunos autores han afirmado. Tampoco llegaron los soldados a convertirse en «profesionales» en ningún sentido. Ellos consideraban el servicio militar como un deber y una oportunidad de enriquecerse, igual que antes, y esperaban finamente volver a su hacienda. Sólo un pequeño cuadro de oficiales medios mostraba algún signo de evolución hacia una clase de soldados profesionales. Éstos eran los *viri militares* o «hombres militares» –centuriones con dilatados servicios, u oficiales llamados *legati,* «legados»–, que eran nombrados por los generales para posiciones intermedias de mando. Ellos eran los depositarios de los conocimientos técnicos que permitían que las lecciones, una vez aprendidas, se acumulasen en un fondo de conocimientos militares que permitía a los ejércitos de reclutas campesinos ejecutar hazañas espectaculares de ingeniería militar y logística, así



Página anterior. Un legionario romano, probablemente del siglo II a.C. Lleva una lanza larga, pesada (de punzar), revelando su condición de *triarius*, y una cota de malla, que era prerrogativa de miembros de la primera clase censitaria, la categoría más rica de ciudadanos por debajo de la aristocracia.



Arriba. Reverso de una moneda acuñada en el 101 a.C., que representa a un general en triunfo montando un carro de cuatro caballos. La fecha y otros datos hacen bastante probable que el general representado aquí sea Mario, celebrando su triunfo en ese año sobre cimbrios y teutones.

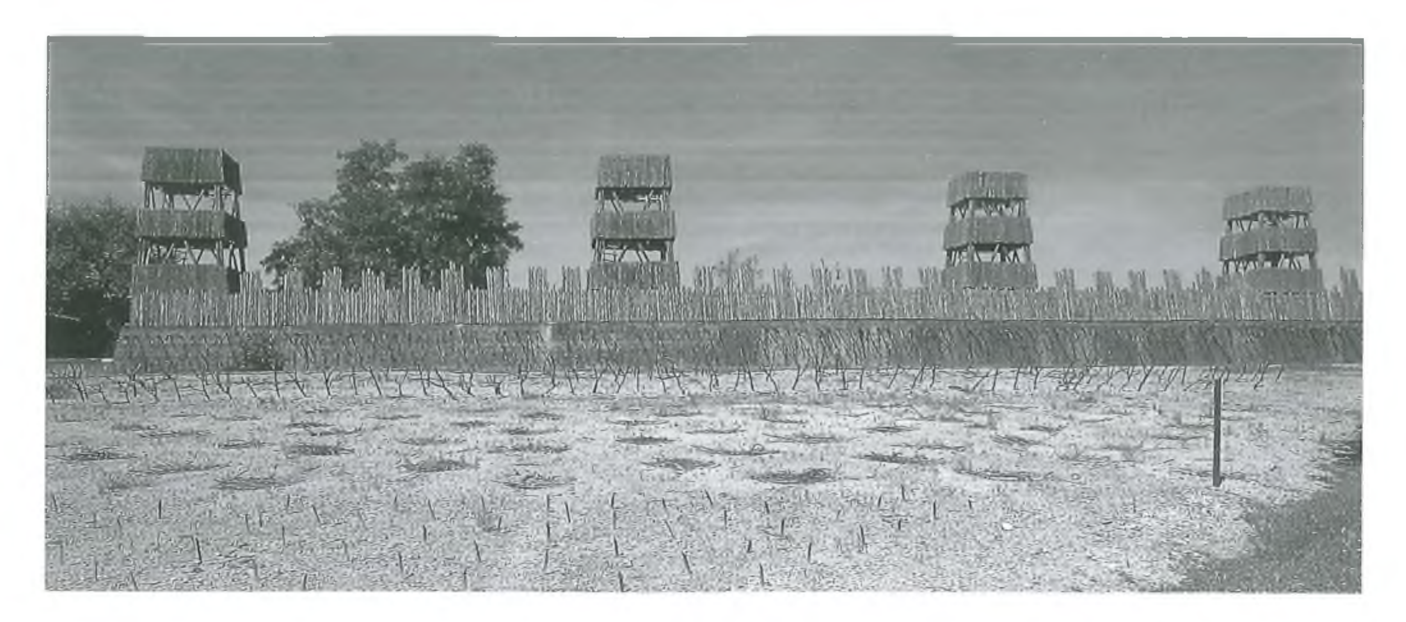
como operar en el campo de batalla a un nivel de sofisticación táctica mucho mayor que el de cualquiera de los enemigos de Roma.

El mayor cambio, sin embargo, fue la entrada de los militares en las luchas políticas de la aristocracia. La lucha política había estado notablemente libre de violencia seria a mediados de la República, pero eso cambió en el 133 a.C., cuando un grupo de senadores enfurecidos lincharon a uno de sus miembros que temían aspirase a la tiranía. La violencia intermitente continuó estropeando el proceso político durante medio siglo, hasta que se alcanzó una línea divisoria en el 89 a.C. Después de que Mario usase los tumultos y el asesinato para transferir el mando de una guerra entonces en perspectiva contra Mitrídates del Ponto (que prometía gloria fácil y botín) del cónsul del año –Lucio Cornelio Sila– a sí mismo, Sila respondió marchando sobre Roma con su ejército. Expulsó a Mario al exilio y revocó las leyes que lo habían privado del mando y luego se dirigió al Este para combatir a Mitrídates. Pero Mario levantó su propio ejército y sitió y tomó Roma. Y aunque éste murió poco después, cuando Sila volvió estalló la guerra civil entre él y los partidarios de Mario. Sila se hizo con la victoria y se lanzó a una venganza terrible contra sus oponentes a través del asesinato y la confiscación masiva de tierras. Esto último fue decisivo. El ejército de Sila había salvado su vida y le permitió triunfar sobre sus enemigos. Ellos pidieron recompensas, y su premio iba a ser abundantes repartos de tierras, la base de la riqueza en el mundo antiguo. Sila se retiró después de restaurar el poder del Senado y murió poco después. Pero se había sentado un precedente, y la perspectiva de que la lucha política extendiese al campo de batalla arroja una larga sombra sobre la última generación de la República.

En estos años, los cambios militares que Roma afronta crecieron también más que las posibilidades del sistema rotatorio de mando. Comenzando con la crisis germánica, de cimbrios y teutones, los romanos se enfrentaron a varias guerras que exigían el nombramiento de mandos por periodos de tiempo dilatados: Mario en la Galia, Sila en el Este, Pompeyo el Grande en España, luego contra los piratas que infestaban el Mediterráneo, y finalmente contra Mitrídates del Ponto, una vez más. Al mismo tiempo, en buena parte del resto del mundo romano la *pax Romana* implicaba que las oportunidades militares en otros lugares eran raras. Esta evolución culminó con el mando de ocho años de Julio César en la Galia (58-50 a.C.). La región estaba en paz; de hecho, cuando comenzó su cargo, pero la gloria, el poder y la riqueza que Pompeyo había acumulado debido a sus espectaculares éxitos militares elevaron enormemente el listón de la competición política. Aunque Pompeyo y César fueron aliados políticos durante muchos años, César sabía que para ocupar su lugar en la vanguardia de sus pares aristocráticos necesitaba éxitos para igualar los de Pompeyo, y la Galia iba a dárselos. La guerra que instigó allí en su primer año al mando y las victorias que cosechó pusieron en movimiento una reacción en cadena en la que las tribus de la Galia vieron en César y sus legiones un nuevo factor en el equilibrio de poder de la zona, uno que podía alterarlo decisivamente en su favor o en su contra. Por eso abundaron las oportunidades para un imperialismo agresivo, que era lo que César necesitaba. La organización militar romana alcanzó su apogeo en la Galia, pues ocho años de duras campañas convirtieron indiscutiblemente a las legiones de César en la mejor fuerza de combate que conoció nunca el mundo antiguo. Y esos mismos años vieron a César perfeccionar sus enormes dotes naturales para el mando. Juntos, llevaron los dos a César no sólo al triunfo por la Galia, sino también hasta la monarquía en Roma.

César había aprovechado inicialmente el intento de los helvecios de emigrar hacia el oeste en el 58 desde sus hogares en la actual Suiza como un pretexto para atacar y destruir a buena parte de la tribu en su marcha. Su éxito aquí y su deseo de inyectar armas romanas en las disputas entre tribus lo llevaron más tarde, ese mismo verano, a

Derecha. Los romanos, como los griegos, erigían trofeos en los campos de batalla para señalar sus victorias. Esta moneda, acuñada por Julio César en el 48 o 47 a.C., muestra en su reverso una especie de armadura y armas tomadas al enemigo y colgadas en el tronco de un árbol, simbolizando las conquistas de César en la Galia y presagiando su victoria en la guerra civil.



Una moderna reconstrucción de los trabajos de sitio de César en Alesia. Obsérvense las diversas trampas para hombres en primer plano, bautizadas como «lápidas», «lirios» y «espuelas» por los legionarios. Tanto como sus habilidades combativas, las capacidades de los legionarios como ingenieros militares dieron a Roma una ventaja decisiva sobre sus enemigos, incluso frente a amenazas aparentemente insuperables, como en su victoria sobre Vercingetórix y los galos aquí.

atacar a Ariovisto, el jefe de un poderoso grupo de recientes inmigrantes de Germania. La victoria en esta lucha le supuso invitaciones en el 57 a.C. de tribus más al norte para que les ayudase contra los belgas, la coalición más fuerte del Nordeste. Ellos respondieron atacando al ejército de César cuando estaba construyendo su campamento en el río Sambre donde, después de una lucha desesperada, Cesar obtuvo una victoria decisiva. Pasó el resto del año rindiendo las fortalezas belgas y luego, en el 56 a.C., hizo una campaña en el noroeste contra los Vénetos, mientras que uno de sus lugartenientes pacificaba Aquitania en el Suroeste. Con la Galia aparentemente sometida por completo, César comenzó a mirar más lejos. Dándose cuenta de que las tribus del otro lado del Rin planteaban una amenaza al control romano de la Galia, atravesó este río por un puente en el 55 a.C. e hizo una demostración de fuerza para disuadir a los germanos de intervenir en los asuntos de la Galia. Este mismo verano construyó una flota y cruzó a Britania, que era muy poco conocida entre los romanos y tenía fama de ser fabulosamente rica. Sus victorias allí en ese año y el siguiente no resultaron decisivas, se encontraron pocas riquezas y, en cada nueva ocasión, las tormentas hundían parte de su flota, así que Cesar logró volver a la Galia, aunque con dificultad. De manera mucho más amenazadora, los galos, muchos de los cuales habían cooperado con César con la esperanza de ampliar sus propios dominios, se dieron cuenta de que las victorias de César significaban la sumisión permanente a Roma. Una revuelta seria estalló en el invierno del 54/53 a.C., durante la cual una legión y cinco cohortes fueron destruidas y otra legión rescatada pero con gran dificultad. El año siguiente fue relativamente tranquilo, pero en el 52 a.C. estalló una gran revuelta guiada por Vercingetórix (véase p. 163). Finalmente Vercingetórix se vio obligado a rendirse y, con esto, la revuelta se apagó –pero la situación política en Roma estaba alcanzando el conflicto abierto.

Los sucesos del año 50 a.C. llevaron las tensiones entre César y Pompeyo, respaldado por la línea más dura en el Senado, a un punto crítico, y César apeló a su ejército para defenderse. Tenía motivos convincentes para desafiar al gobierno: su propia honra y sus logros estaban siendo menospreciados; sus enemigos estaban violando la constitución ancestral, pero también había recompensado generosamente a sus hombres por sus conquistas en la Galia, y el precedente de Sila justificaba sin duda su presunción de que la victoria en una guerra civil sería materialmente beneficiosa para ellos también.

El conflicto que estalló enfrentó entre sí a los dos mayores genios militares de Roma. César confiaba en su ejército veterano, su proximidad a Italia, y en su propia audacia.





Arriba, parte superior: Cneo Pompeyo Magno –Pompeyo el Grande–. General y estratega brillante, sus éxitos de juventud le ganaron ese cognomen e invitaban a la comparación con Alejandro. Sus victorias elevaron espectacularmente el listón para la gloria militar en Roma y despertaron el anhelo de César de conquistas igualmente espectaculares en la Galia.

Arriba Cayo Julio César. En la guerra civil, César se encontró superado una y otra vez por Pompeyo. Sólo el liderazgo carismático de César, su brillantez como improvisador táctico, y la disciplina y devoción de sus veteranos curtidos en la guerra hicieron posible convertir en victoria lo que era una derrota cierta en Farsalia.

Pompeyo contaba con recursos mucho mayores, aunque dispersos, en hombres y dinero, y un estilo de guerra más pausado, controlado. César golpeó primero, entrando en Italia en enero y febrero del 49 a.C. y esperando aislar a Pompeyo de sus ejércitos en el Este y acabar la guerra rápidamente. Pompeyo había previsto ya este movimiento, y evacuó la península a pesar de las quejas de sus aliados senatoriales de que estaba abandonando todo aquello por lo que estaban luchando. Pero necesitaba tiempo para reunir sus recursos para la lucha, y así impidió a César la posibilidad de perseguirlo llevando consigo o destruyendo todo barco que pudiese encontrar. César, sabiendo que cuando persiguiera a Pompeyo hasta Grecia dejaría su base en la Galia vulnerable frente a los lugartenientes de Pompeyo en España, se volvió hacia el Oeste y en una única campaña relámpago los derrotó. Con su retaguardia asegurada, cruzó a Grecia y a principios del 48 a.C. encontró a Pompeyo en Dyrrachium. Esperando bloquearlo y rendirlo por hambre, César comenzó a consolidar sus posiciones; pero Pompeyo dominaba el mar y pudo así abastecer a su ejército, mientras que los hombres de César padecían escasez porque el grano en la región no había madurado aún. Resistían todas las privaciones por él, pero César se había excedido. Pompeyo, esperando su oportunidad, encontró un punto débil en las obras de sitio de César y se abalanzó por ahí. La posición de César era absolutamente comprometida, y no tenía otra posibilidad que retirarse perseguido por Pompeyo. Éste probablemente habría preferido jugar una partida a la espera, pero no podía esperar. Las presiones en forma de quejas de sus aliados senatoriales en su campamento, deseosos de una victoria decisiva y criticando que Pompeyo prolongase la campaña para extender su mandato, lo empujaron a un encuentro decisivo y ésta era la oportunidad que César necesitaba. Cuando los dos bandos estuvieron listos para la batalla, César, dándose cuenta de que Pompeyo había concentrado sus fuerzas de caballería, que eran superiores, para un golpe decisivo contra el flanco derecho de César, retiró rápidamente cohortes de su tercera línea a una cuarta, y envió ésta contra la caballería pompeyana. Las cohortes de César los expulsaron del campo y entonces se desplazaron a la izquierda para atacar la retaguardia de Pompeyo. Una vez que la infantería entró en combate, los reclutas de Pompeyo no tenían posibilidad alguna contra los veteranos de César, curtidos en mil batallas.

Pompeyo huyó a Egipto y fue asesinado, pero tres años más de duras campañas pasaron entre César y el poder absoluto. Sin embargo, éste se comprobó efímero, y su asesinato trajo sólo una paz momentánea. Los autores del mismo fueron destruidos en Filipos en el 42 a.C. por Marco Antonio y Octavio, el hijo adoptivo y heredero de César. Estos dos se miraron uno al otro cautelosamente en la década siguiente, en que cada uno procuró prepararse para la lucha final, Octavio consolidando su poder en Italia y el Oeste; Antonio, en alianza con Cleopatra de Egipto, conquistando Partia en el Este. El clímax llegó en la batalla de Actium, en ella la flota de Antonio y Cleopatra, superada en número e incapaz de maniobrar, se desintegró en la fuga, y sus legiones se rindieron sin lucha. Octavio había librado su camino hacia la cima, y como emperador Augusto, convirtió al ejército romano finalmente en una fuerza de combate profesional, que tácticamente se parecía mucho a las legiones ciudadanas de la República pero cuya lealtad a Augusto sería la piedra sobre la que descansaba el poder imperial.



9 Las culturas guerreras celtas e íberas

FECHAS CLAVE

500-400 a.C. Migraciones galas al norte de Italia.

390 a.C. Saqueo de Roma por Breno.

295 a.C. Batalla de Sentinun.

279 a.C. Invasión gala de Grecia.

264-241 a.C. Primera Guerra Púnica.

225 a.C. Batalla de Telamón.

218-202 a.C. Segunda Guerra Púnica.

216 a.C. Batalla de Cannas.

211 a.C. Derrota de los Escipiones en España.

209 a.C. Sitio de Cartago Nova (Cartagena).

207 a.C. Batalla del Metauro.

203 a.C. Batalla de las Grandes Llanuras, África del Norte (Zama).

200-190 a.C. Conquista de la Galia Cisalpina por Roma.

154-151 a.C. Guerra de Fuego.

150-139 a.C. Campañas de Viriato.

133 a.C. Conquista de la Galia Transalpina (Provenza) por Roma.

58-51 a.C. Conquista de la Galia por Julio César.

52 a.C. Campaña de Vercingetórix.

Estatuilla de bronce de un guerrero o un dios galo, hallada en el santuario de Saint-Maur-en Chaussée, siglo I a.C. La túnica ceñida, pantalones, escudo oval y torques son elementos característicos de la vestimenta de un guerrero.

Desde el siglo V a.C., buena parte de Europa occidental era un mosaico de jefaturas y tribus. Éstas parecen haber poseído una cultura material relativamente homogénea, que los arqueólogos llaman *La Tène* (por un trascendental descubrimiento de materiales en un yacimiento situado en Suiza), y que han sido identificados con pueblos conocidos por los griegos y romanos como celtas *(Keltoi/Celtae)* o galos *(Galatai/Galli)*. En España, la cultura material ibérica indígena era distinta, aunque había una presencia celta fuerte en la parte centro norte de la península (Celtiberia).

Durante el siglo IV las sociedades «célticas» se extendieron a lo largo de la llanura danubiana; entre tanto, los escritores posteriores griegos y latinos recordaban también una oleada de migraciones galas a Italia, que comenzó en el siglo V a.C. No está claro qué fue lo que causó tales migraciones, aunque la superpoblación y la atracción por la tierra y el botín jugaron probablemente su parte. Varias grandes tribus se asentaron en el valle del Po y a lo largo de la costa adriática hasta Ancona. Desde aquí, las bandas lanzaron incursiones contra las ricas tierras del Sur: un ejército dirigido por Breno saqueó Roma en el 390 a.C. Sin embargo, a pesar de las sucesivas incursiones galas en Italia central, Roma se mostró como el poder más fuerte de Italia. En las guerras de principios del siglo III a.C., las tribus galas se aliaron con los etruscos, samnitas y umbros, pero no pudieron impedir la conquista de Italia por Roma. En la batalla de Sentinum, en el 295, un gran ejército de galos y samnitas, que alcanzaba quizá unos 40.000 hombres, se enfrentó con un ejército romano de tamaño similar. Según posteriores relatos de la batalla, la caballería gala y los carros, derrotaron a la caballería romana, pero los samnitas fueron también derrotados y la infantería gala, durante un prolongado intercambio de proyectiles, fue rodeada y derrotada.

Al norte del río Rubicón, en lo que los romanos llamaban Galia Cisalpina, las tribus seguían siendo poderosas e independientes. En el 225 a.C., provocados por el expansionismo romano, un ejército confederado de tribus, completado por guerreros transalpinos –los gaesatae («lanceros»), que eran probablemente mercenarios)–, entró en Etruria. Ellos fueron rodeados y destruidos por dos ejércitos romanos en la batalla de Telamón (véase recuadro en pp. 160-161).

LAS GUERRAS PÚNICAS

Durante la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.), Cartago había empleado mercenarios galos e íberos para luchar contra Roma en Sicilia. Después de la derrota cartaginesa, los mercenarios galos, entre otros, se vieron envueltos en una implacable revuelta de cuatro años contra sus patrones (la «Guerra sin Cuartel», 241-237 a.C.). El general cartaginés Amílcar Barca aplastó la revuelta y se embarcó luego en la conquista del sur de España, desde el 237 a.C. La familia Bárcida se estableció como soberanos, reclutando a muchas de las tribus locales en su ejército y explotando las ricas minas de plata alrededor de Cartago Nova (Cartagena) para financiar sus conquistas y pagar a sus soldados. En el 219 a.C., el hijo de Amílcar, Aníbal, sitió la ciudad íbera de Sagunto, un aliado reciente de Roma. Esto fue la chispa que encendió



Arriba. Vaso de San Miguel de Liria que representa guerreros íberos lanzando jabalinas (posiblemente el *saunion* o *soliferrum,* una lanza de acero macizo mencionada por los escritores clásicos) y con escudos ovales muy decorados. Sus túnicas estampadas pueden representar cotas de malla o armaduras de escamas.

la Segunda Guerra Púnica (218-202 a.C.), en la que los soldados hispanos, celtíberos y galos cisalpinos jugaron un papel esencial. Ambos bandos reclutaron aliados íberos y emplearon mercenarios celtíberos cuando libraron las campañas por el control del Sur de España. Fue la defección de 20.000 celtíberos lo que condujo a la destrucción de dos ejércitos romanos dirigidos por Publio y Cayo Escipión en el 211 a.C. Los aliados íberos eran volubles y con frecuencia cambiaban de bando según los avatares de la guerra. En Italia, las aplastantes victorias púnicas en las batallas de Trebia y Trasimeno fueron seguidas aun por la que fue la más dura derrota para Roma, en Cannas, Apulia (216 a.C. Véase recuadro pp. 148-149). Los aliados de Aníbal en la Galia Cisalpina destruyeron también otro ejército romano el mismo año; con la cabeza de Postumio se hizo una copa dorada para sacrificios. A pesar de esas victorias, Aníbal no fue capaz de explotar fácilmente los recursos humanos de sus aliados durante las fases finales de la guerra. Cuando, en el 207 a.C., su hermano Asdrúbal trajo un gran ejército a Italia desde España, incrementado por muchos miles de galos reunidos sobre la marcha, falló la cita con Aníbal y su ejército fue destruido en la batalla del Metauro.

La victoria final sobre Aníbal en el 202 a.C. permitió a los romanos dirigir su atención a someter a las tribus principales del valle del Po (los boios, los cenomanos y los insubres). Grandes ejércitos romanos hicieron campañas anualmente en la región en-

Área de la cultura celta
N
0
500 km
Océano Atlántico
Alesia
Bibracte
Gergovia
Ciumesti
Lago Trasimeno
Aquae Sextiae
Trebia
Narbona
Numancia
Metauro
CELTÍBEROS
Entremont
Sentinum
Marsella
Roma
Telamon
ÍBEROS
Sagunto
Cannas
Mar Mediterráneo
Pérgamo
Cartago Nova
Grandes Llanuras
Cartago



Arriba. Un relieve grabado del siglo III a.C. hallado en Osuna de un guerrero íbero con escudo oval de cuerpo entero *(scutum)*, una espada cortante pesada *(falcata)*, y un casco con penacho con un guardacuello extendido, probablemente de tendones o de cuero. Polibio describe las túnicas de estos guerreros como blancas con bordes rojos (o de púrpura).

Página anterior: Mapa con los lugares principales mencionados en este capítulo.

tre el 201 y el 190 a.C.; la intensidad de la guerra fue tal que se afirmaba que sólo viejos y muchachos sobrevivieron a la victoria final de Escipión Nasica sobre los Boios. Los romanos exhibieron grandes cantidades de botín de sus campañas y la región al sur del río Po fue densamente colonizada y romanizada por colonos latinos en los años siguientes. Al norte del río, sin embargo, a pesar de la urbanización creciente (Milán, Verona), la cultura material del campo mantuvo influencias de *La Tène*.

ROMA Y LOS ÍBEROS

La España cartaginesa había sido conquistada por Escipión Africano, cuyo carisma y hazañas militares (como la espectacular captura de Cartago Nova en el 209 a.C.) atrajo a su bando a muchos jefes tribales. Los romanos dividieron la región en dos provincias (Citerior y Ulterior, es decir, más cercana y más lejana), pero la tensión entre los gobernadores y las tribus estalló en violencia. Además, las tribus independientes de más allá de las provincias, en Celtiberia y Lusitania, guerreaban con frecuencia contra los romanos. Desde luego, la violencia parece haber sido endémica, pero normalmente se materializaba en poco más que incursiones súbitas y retirada igual de rápida. Sin embargo, algunos conflictos fueron duros e intensos, tales como las guerras celtíberas que éstos libraron contra Roma desde los años cincuenta del siglo II a.C., y que estuvieron marcadas por atrocidades y masacres (la llamada Guerra de Fuego por Polibio). Líderes carismáticos, como el caudillo lusitano Viriato, a veces unían a las tribus, pero a causa de la naturaleza rebelde de la política tribal, cuando resultaban muertos, la resistencia organizada tendía a derrumbarse. Viriato, por ejemplo, que había sobrevivido a una masacre a traición de tribus lusitanas, cometida por los romanos en el 150 a.C., se enfrentó con éxito a grandes ejércitos romanos en campo abierto y hostigó a otros con constantes incursiones y emboscadas. En varias ocasiones consiguió tratados de generales romanos (aunque el Senado en Roma los repudiaba). Era un táctico ingenioso que explotaba su conocimiento del terreno y la rapidez y ferocidad de su caballería íbera e infantería ligera. Era famoso por dormir poco y siempre con su armadura, y generoso en la distribución del botín entre sus camaradas y aliados. Sin embargo, a pesar de sus ocho años de éxitos, fue asesinado por dos de sus propios compañeros, que habían sido corrompidos por los sobornos de Roma.

Viriato había vuelto a meter a los celtíberos en la guerra contra Roma y, durante casi diez años, los ejércitos romanos no consiguieron hacer progresos importantes contra ellos. La independencia celtíbera, sin embargo, recibió un golpe definitivo en el asedio de Numancia en el 133 a.C., donde la feroz resistencia de unos 8.000 guerreros fue contenida mediante de un sistema extensivo de obras de sitio, mantenido

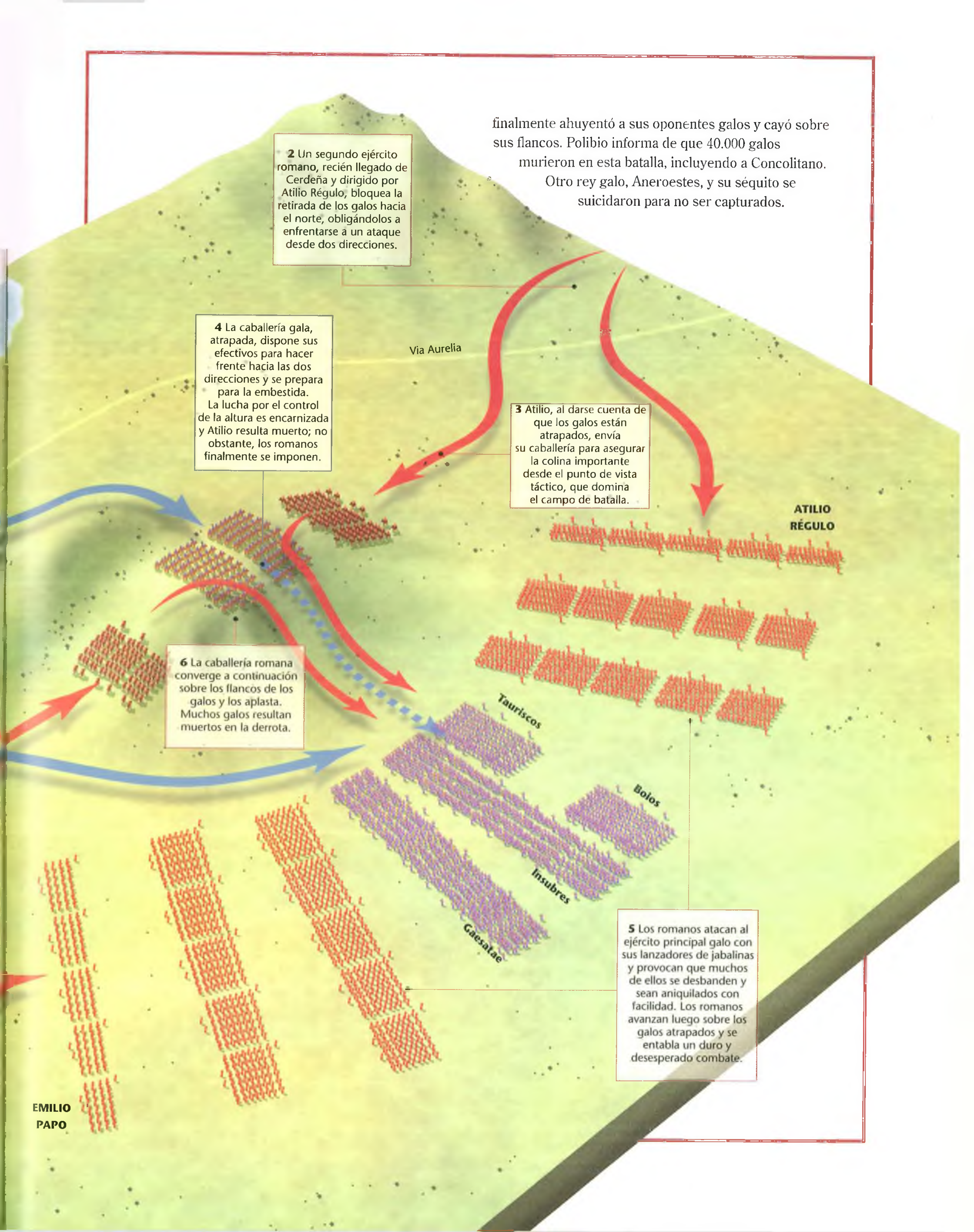
La batalla de Telamón

	EJÉRCITO ROMANO	EJÉRCITO GALO
COMANDANTES	Atilio Régulo Emilio Papo	Concolitano Aneroestes
EFECTIVOS	70.000 infantería 5.400 caballería	50.000 infantería 20.000 caballería y carros
BAJAS	se desconoce	40.000 muertos 10.000 prisioneros

Polibio narra una gran incursión de guerreros galos en Italia central en el 225 a.C. Unos 50.000 infantes y 20.000 jinetes y carros, salidos de los boios e insubres de la Cisalpina y Gaesatae alpinos, se internaron en Etruria, donde saquearon la región y avanzaron hasta un punto que estaba sólo a pocos días de marcha de la misma Roma. Después de haber batido a un ejército romano, tomaron el camino de vuelta a su casa cargados con el botín. En Telamón, sin embargo, fueron interceptados por dos ejércitos romanos, que llegaron desde direcciones opuestas. Los galos se vieron obligados a desplegar su ejército haciendo frente a esas dos fuerzas. Polibio recalca los elementos de exhibición e intimidación en su despliegue: el estrépito de los cuernos de guerra, las trompetas y los gritos de guerra, y la apariencia física y gestos de los Gaesatae de elite, que iban desnudos a la batalla delante de los demás. La batalla se inició con un intento de la caballería gala de desalojar a las fuerzas de Atilio de una colina que controlaba la ruta vital de escape hacia sus hogares, pero aunque el general romano murió y su cabeza fue llevada ante el rey galo, Concolitano, la caballería no consiguió conquistar este objetivo. En el lado opuesto del campo de batalla, los gaesatae, incapaces de hacer frente a la infantería ligera romana, fueron forzados a retroceder a las filas de su propio ejército. En la prolongada lucha cuerpo a cuerpo que siguió, el valor y desesperación de los galos les permitieron resistir la presión creciente hasta que la caballería romana

1 Un gran ejército de galos comienza a batirse en retirada cargados con botín después de atacar Italia central y amenazar Roma. Son perseguidos por un prudente Emilio Papo.

finalmente ahuyentó a sus oponentes galos y cayó sobre sus flancos. Polibio informa de que 40.000 galos murieron en esta batalla, incluyendo a Concolitano. Otro rey galo, Aneroestes, y su séquito se suicidaron para no ser capturados.





Derecha. Cuerno de guerra celtíbero hecho en terracota procedente de Numancia. El sonido era un instrumento poderoso para intimidar a los enemigos y animar a los amigos; estos instrumentos ayudaban a disimular el estrépito de la batalla en beneficio de los guerreros.

Abajo. Remate de un cuerno de guerra (ampliado) en forma de cabeza de lobo, hallado en Numancia. Los cuernos de animal y cabeza de monstruo son frecuentemente representados en el arte galo e íbero y pueden haber intentado emular el rugido de las bestias salvajes.



por el ejército romano y las tribus aliadas locales, que se elevaban a 60.000 hombres. Las excavaciones arqueológicas han descubierto siete de los campamentos y partes de la circunvalación. La resistencia de los numantinos se quebró por el hambre; muchos tuvieron que recurrir al canibalismo en los últimos momentos. Los supervivientes que no se suicidaron se rindieron. Pero aun después de la caída de Numancia, las campañas romanas para someter la península continuaron esporádicamente hasta Augusto.

LOS CELTAS DEL NORTE Y CENTRO DE EUROPA

En la Galia, en principio, la mayor parte de las tribus parecen haber estado poco organizadas. La mayoría de los poblados eran pequeños y estaban dispersos, lo cual sugiere que se trataba de comunidades con concentración de poderes limitada en manos de las elites locales. Durante los siglos III y II a.C., sin embargo, eran evidentes un notable incremento de la población y las diferencias económicas y sociales crecientes dentro de esa población, en un momento en que se incrementaban los contactos con el Mediterráneo. Algunas tribus desarrollaron magistraturas y consejos de notables, aunque las relaciones personales de los hombres poderosos dentro y más allá de los límites tribales fueron un elemento importante en la política tribal. Se desarrollaron poblados fortificados en altura *(oppida)*, con poderosas defensas exteriores. Éstos actuaban como capitales tribales y centros de manufactura y comercio, como indicaban las excavaciones del *oppidum* de los Saluvii en Entremont o el de los Eduos en Bibracte (Mont Beuvray).

Las tensiones entre la colonia griega de Massilia (Marsella) y las tribus locales llamaron la atención de Roma, que buscaba asegurar su ruta terrestre desde Italia hasta las provincias de España. Desde el 124 al 122 a.C., los saluvios, alóbroges y arvernos fueron derrotados, y el establecimiento de bases romanas en Aquae Sextiae (Aix-en-Provence) y Narbo (Narbona) anunciaba la creación de la provincia de Galia Transal-



Parte de un sistema defensivo excavado en Entremont, la capital de los saluvios. Murallas de piedra de 3-5 metros de espesor, posiblemente elevadas a 6-7 metros de altura, estaban jalonadas a intervalos regulares por torres macizas de 9,5 metros de ancho, y trazadas para rodear una meseta alta densamente poblada. La mayoría de los *oppida* (poblados fortificados en altura) se construyeron con sistemas defensivos elaborados (aunque no siempre de piedra), que servían de demostración de la organización comunitaria y la identidad de las tribus.

pina (Provenza). Esta provincia se proyectó a lo largo del Ródano y dio a los mercaderes itálicos acceso al interior, donde parece haberse desarrollado un importante comercio de vino y esclavos.

Cuando una confederación alpina, los helvecios, decidió emigrar en el 62 a.C., ocasionó un gran temor a que la Galia Transalpina pudiese ser invadida y permitió a Julio César obtener un mando prolongado que propició su conquista de la Galia. Después de siete años de exitosas campañas, César se enfrentó a un gran levantamiento conducido por Vercingetórix en el 52 a.C. Éste, con la fuerza de su carácter, la disciplina que inculcó en su ejército y el hábil encuadramiento militar de los recursos de una alianza pan-gálica, condujo una campaña eficaz para hostigar las fuentes de suministro de César y derrotarlo en Gergovia. Incluso apartó de César a unos aliados acérrimos, los eduos. Sin embargo, después de una derrota en combate, su ejército de 80.000 hombres se vio obligado a retroceder al *oppidum* de Alesia, donde César construyó extensas obras de sitio de 22 km de largo. A pesar de los esfuerzos de un gran ejército de socorro enviado por las tribus, las líneas de César resistieron y finalmente Vercingetórix se rindió para salvar a sus hombres de la inanición. La limpieza de tribus rebeldes continuó durante unos pocos años más, pero, en lo sucesivo, la Galia quedó absorbida dentro del Imperio romano.

GUERREROS Y GUERRA

La mayor parte de los ejércitos galos e íberos parecen haber consistido en bandas de guerreros mandados por caudillos y otros hombres poderosos. Vercingetórix era el hijo de un hombre que había sido rey de los arvernos, y su banda de guerreros estaba escogida de una mezcla de sus propios compatriotas, clientes y aquéllos atraídos a su



La visión clásica de los guerreros

La mayoría de los escritores clásicos recalcaron el deseo de los guerreros de gloria personal en alardes de proezas militares. Aunque a menudo están sesgados y son estereotípicos, tales relatos, como ocurre con éste de Diodoro, reflejan sin embargo una conciencia de los valores fundamentales y de los intereses de esos guerreros:

> [...] cuando entran en combate, los galos usan carros de dos caballos que llevan a un conductor y al guerrero. Cuando encuentran caballería en la batalla, lanzan sus jabalinas primero y desmontan de sus vehículos luego para entrar en la melé con sus espadas. Algunos tienen tal desdén por la muerte que luchan sin armadura y con poco más que sus cinturones. Traen también a sus seguidores a la guerra, hombres pobres para que les sirvan de conductores y escuderos. Cuando se han desplegado para la batalla, están acostumbrados a dar un paso al frente de la línea de batalla y retar al mejor de los enemigos en combate singular, blandiendo sus armas para intimidar a sus oponentes. Y cuando alguien acepta su reto, prorrumpen en una canción de alabanza a las proezas de sus antepasados y alardean de sus propias hazañas, y todo mientras injurian y menosprecian a su adversario, e intentan con palabras despojarlo de su ánimo y su valor antes del choque. Cuando sus enemigos caen, cortan sus cabezas y las atan a los cuellos de sus caballos; y entregando las armas manchadas de sangre de sus enemigos a sus seguidores, las llevan como botín, cantando un peán sobre ellas y un himno de victoria, y cuelgan en sus casas estos primeros frutos de la batalla con clavos [...].

Denario de plata romano acuñado por L. Hostilio Saserna (48 a.C.) para conmemorar las victorias de César, que representa un retrato de un guerrero galo (posiblemente Vercingetórix) con un carro de dos caballos en el reverso.

servicio desde todas partes (los que César llama con desprecio «hombres marginados y desesperados»). Los guerreros a tiempo completo, que actuaban como séquito y guardaespaldas de sus líderes, formaban el núcleo de la mayoría de las bandas, en tanto que otros que escogían o eran obligados a seguirlas, saldrían también de campaña. La capacidad de jefes como Viriato y Vercingetórix de mantener y atraer seguidores estaba basada no sólo en su reputación militar y carisma, sino también en su capacidad para recompensar a sus guerreros. La capacidad de dispensar alimento y bebida, en especial, vino, a los seguidores en banquetes parece haber sido un aspecto integral del



Izquierda. Típico guerrero galo con lanza y un noble con cota de malla, del siglo III a.C. Los escudos de madera decorados tenían una espina de refuerzo en el centro, con un umbo central de acero. El casco montefortino era popular en el norte de Italia y fue adoptado también por los soldados romanos. Las espadas de larga hoja necesitaban espacio para ser efectivas, pero las lanzas pesadas permitían formaciones más densas en una batalla.

Página anterior. Escultura de un guerrero procedente de Vachères. Su pelo corto manifiesta una influencia romana, aunque también lleva un torques. La mayoría de los guerreros no podía permitirse la cota de malla, así que esta estatua representa probablemente a un noble galo o a un auxiliar que sirve en el ejército romano.



Moneda de plata de los eduos, emitida por Dubnoreix (Dumnorix), subrayando las cualidades militares. La figura está vestida con una camisa de malla y espada y sostiene una cabeza cortada en una mano y un carnix (trompeta de guerra) y un jabalí en la otra. El jabalí puede representar la fuerza física y la ferocidad, el valor en la caza o la generosidad de Dumnorix en los convites a sus seguidores.

poder del jefe. La posición de Dumnorix entre los eduos, por ejemplo, parece haber descansado en su control del comercio de vino.

En tiempos de grave conflicto o levantamiento, levas más generales de hombres, sacados del conjunto de la población de la tribu, hinchaban los ejércitos hasta decenas de miles. Los generales de esos ejércitos podían ser escogidos por un voto popular de la tribu o por sus guerreros. Ambiorix, de los eburones, afirmaba que había sido obligado por su tribu a lanzar el ataque contra los legados de César, Sabino y Cotta (en el 54 a.C.), y que los términos de su propio *imperium* («mando») implicaban que la multitud tenía tanto poder sobre él como él sobre ella. Algunos ejércitos tribales parecen haber sido acompañados por sus mujeres y llegan a parecer migraciones que en raros casos lo eran efectivamente. Estas migraciones parecen haber supuesto una organización considerable: parece que los helvecios pasaron dos años preparándose para su partida e incluso redactaron listas (usando el alfabeto griego) de participantes y provisiones.

Aunque algunas tribus y alianzas galas fueron capaces de alinear a muchos miles de guerreros en el campo de batalla, el apoyo logístico seguía estando subdesarrollado y las campañas eran relativamente breves. Parece que las guerras en general parecen haber pretendido intentar afirmar el poder de un grupo sobre los demás por la devastación del territorio enemigo, o buscando la batalla campal en la que podía demostrarse el valor militar y vencer o destruir al enemigo. Los ejércitos confederados se desplegaban por tribus, normalmente, subdivididas probablemente en clanes o bandas dirigidas por los jefes de cada clan. Estos ejércitos eran potencialmente indisciplinados; los conflictos en muchas ocasiones debilitaron el progreso de las operaciones, o llevaron a cada ejército, según parece, a seguir su propio camino (como pasó durante una invasión de Grecia en el 279 a.C.).

La necesidad de agasajar a los guerreros parece haber estimulado las incursiones, con jefes de éxito que atraían a gran número de seguidores que necesitaban ser retribuidos por sus servicios con hospitalidad y botín. Las incursiones eran también la vía fundamental por la que los hombres demostraban su valor y se enriquecían. Para los jóvenes, la posibilidad de iniciarse en las actividades de la guerra y afirmar su madurez. Una incursión con éxito reforzaba el honor de los individuos, la banda y la comunidad, y, al mismo tiempo, humillaba al enemigo, que podía buscar la venganza de una manera similar. Esto parece haber creado una situación de guerra casi constante, aunque de intensidad relativamente baja.

Los griegos y romanos retrataron a menudo a los guerreros galos como llenos de furia impetuosa y temeraria e incapaces de una acción racional. A pesar de esos estereotipos despectivos, está claro que un énfasis en las «virtudes feroces» es una parte integral de la autodefinición del guerrero en estas sociedades. La *virtus* personal («hombría») se alcanzaba a través de actos de guerra que reportaban prestigio y respeto. Mucho de esto se manifiesta en forma de alarde marcial diseñado para intimidar a los enemigos y exhibir el valor del guerrero (véase recuadro página anterior). La fuentes griegas y romanas subrayan cosas como danzas guerreras, gritos y voces de los guerreros, el sonido de sus trompetas de guerra, torques de oro y cascos ostentosamente decorados, peinados e incluso la desnudez de algunos guerreros. Sus colecciones de trofeos de enemigos muertos, a menudo cabezas cortadas (o manos derechas), o equipo demostraban el valor del vencedor. Algunos de esos elementos se representaron en las monedas acuñadas por Dumnorix para hacer propaganda de sus credenciales militares a sus seguidores y al conjunto de la comunidad.

La tribus, también, parecen haberse visto afectadas en su reputación de valor y bravura militar; al menos, ésta es la opinión que César da al explicar las razones de varias

tribus y confederaciones galas para entrar en guerra. Los nervios, por ejemplo, se consideraban como los más valerosos de los belgas, que a su vez se imaginaban los más valientes de todos los galos por sus éxitos militares recientes.

Los escritores clásicos observaron que los galos creían en el más allá, así que la muerte en el combate inspiraba poco temor en ellos y, desde luego, era una «bella muerte», que los guerreros esperaban obtener. En Iberia, según Estrabón, algunas tribus consideraban «estas muertes en la guerra como nobles, heroicas y llenas de valor». Ciertamente la identidad marcial o las aspiraciones de los muertos se señalaron a menudo en forma de deposición de armas en las sepulturas de estas culturas. Tales elementos, particularmente las espadas, fueron a veces incluso «matadas» (dobladas o rotas, haciéndolas inutilizables), manifestando la estrecha conexión perso-

Abajo. La importancia social y ritual de las cabezas de los muertos en la cultura gala es evidente en Roquepertuse, donde las puertas de un santuario tenían nichos para la exposición de cráneos humanos.



Arriba. Restos de una estatua de tamaño natural de un guerrero con las piernas cruzadas y una pila de trofeos de cráneos alrededor de sus rodillas hallados en Entremont (reconstrucción, a la *derecha*). El torso lucía también un broche con una cabeza decapitada como decoración. La estatua parece haber sido ubicada en un espacio público de reunión del *oppidum*, representando, quizás, a un héroe ancestral o tribal.

nal entre el guerrero y sus armas y su papel en la creación de su identidad.

Las armas, pues, desempeñaban una función social importante. Afirmaban la identidad marcial del guerrero, tanto en la guerra como en la paz, y ponían de manifiesto su excelencia en el uso de las mismas y su valor militar. Armas excelentes y armadura indican también posición social y recursos económicos. Algunos ejemplos de este equipo se han descubierto en tumbas de «guerrero», como las de Çiumesti en Rumanía, que demuestran la alta calidad de la artesanía y la gran sofisticación tecnológica, pero esos artículos habrían sido costosos de fabricar y laboriosos y llevarían mucho tiempo; es probable que no más de una cuarta parte de los guerreros poseyese una espada. Parece que la mayoría utilizaba escudos planos de madera y lanzas, mientras que pocos llevaban armadura de metal o de cualquier tipo. Este armamento tan limitado probablemente explica la falta de resistencia en combate que los autores romanos y griegos han señalado a menudo.

Las armas eran enterradas a veces en tumbas o depositadas en santuarios consagrados, bosques o en el agua (p. e. pantanos, ríos o lagos). Algunas espadas se doblaban de una forma inutilizable. Esta punta de lanza parece diseñada ante todo para punzar (véase reconstrucción en página 165), aunque también fueron descubiertos otros tipos, arrojadizos,. La vaina consistía probablemente en una funda de cuero o madera (se descompuso), con una base metálica para impedir provocar una herida accidental.

Los carros eran propiedad probablemente de la elite que los utilizaba, ante todo como símbolos de estatus. Aunque están presentes en las batallas de Sentinum y Telamón (en el 295 y 225 a.C.), su uso declinó en la Europa continental durante los siglos III y II a.C., cuando fueron suplantados por la caballería. Los hombres de César se desconcertaron por la visión desconocida y la táctica de los carros britanos durante su invasión del sureste de Inglaterra (55-54 a.C.). La mayoría de la caballería tribal estaba formada también por nobles y sus seguidores, que disponían de tiempo de ocio para convertirse en excelentes jinetes. Ciertamente, las caballerías íbera y gala podían ser extremadamente eficaces en una batalla y en una campaña, como demostró su papel en Cannas (véanse las pp. 148-149).

El énfasis en el honor y el prestigio significa que el estilo de lucha de los guerreros galos e íberos en el combate era individualista. Las espadas de corte, que necesitan espacio para ser manejadas, indican dicho individualismo. Las bandas parecen haber luchado sin ningún orden regular como tal; los más valerosos y más impacientes por impresionar se situaban en vanguardia, como hicieron los gesatas desnudos en Telamón. Su embestida era feroz y aterradora, pero si se podía soportar o frustrar, entonces los guerreros tenían una resistencia limitada. En Sentinum, después de que la carga inicial de los galos hubiese sido rechazada, se reagruparon en un muro defensivo de escudos, pero se derrumbaron bajo un bombardeo sostenido de jabalinas por parte romana. Sin embargo, fue la expectativa de que los guerreros galos se cansarían rápidamente y retrocederían lo que atrajo a los romanos a la trampa tendida para ellos por Aníbal en la batalla de Cannas. Muchos de las 8.000 bajas de Aníbal en la batalla fueron galos y esa tasa tan alta de bajas para los vencedores (20 por 100 en conjunto, 25-30 por 100 de la infantería del centro) es una prueba de su tenacidad y de la ferocidad del combate. Otras bandas también lucharon notablemente con una voluntad de hierro: 4.000 mercenarios celtíberos, por ejemplo, lucharon hasta perder el último hombre en la batalla de las Grandes Llanuras (203 a.C.). Fue esta valentía desesperada en la derrota lo que muchos grie-

Derecha. Artesanía de alta calidad y un *ethos* de exhibición ostentosa en la guerra son evidentes en este casco complejo, coronado con un cuervo, hallado en Çiumesti (siglo III a.C.). Las alas articuladas se movían probablemente cuando el portador paseaba o corría y atraería la atención de amigos y enemigos.



Abajo. Este detalle del caldero de plata de Gundestrup (siglo II a.C.) representa a la caballería armada con lanzas y con cascos, infantería con escudos y lanzas y tocadores de carnix. La escena es controvertida y difícil de interpretar, pero puede representar una iniciación de un guerrero por inmersión dentro de una caldera.

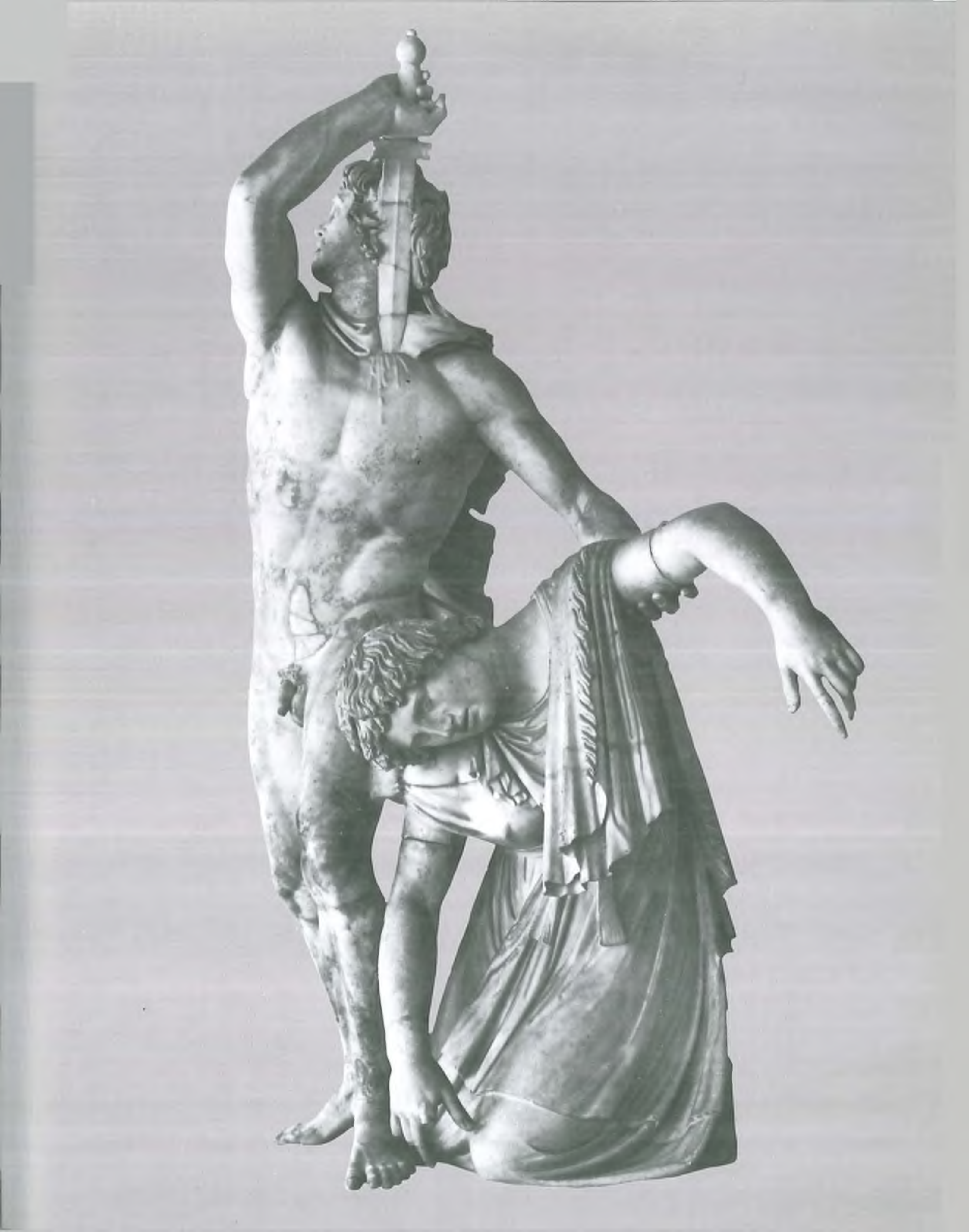




Arriba. Guerreros galos con escudos, lanzas y torques representados en un fragmento de un monumento triunfal romano del siglo II a.C. de Civita Alba, cerca de Sassoferrato, en Italia. Un guerrero está representado desnudo; en realidad, quizá esto podía deberse a razones rituales o para mostrar su físico y demostrar desdén por el enemigo, aunque el escultor romano y los que viesen el monumento podían interpretarlo como una absurda exhibición bárbara.

gos y romanos admiraron e inspiró a los artistas de Pérgamo para esculpir las famosas estatuas de los galos suicida y moribundo, representaciones icónicas de la bravura autodestructiva del *ethos* del guerrero.

Página siguiente. Las tribus gálatas se habían establecido en Asia Menor en el siglo III a.C. y habían hecho incursiones sobre los Estados griegos de la zona y suministrado mercenarios y fuerzas aliadas. La escultura griega de un galo desnudo suicidándose en la derrota, procedente de un grupo escultórico en Pérgamo, presenta una visión idealizada de la apariencia física y del espíritu desafiante de estos pueblos.





10 La guerra entre los partos y los sasánidas

FECHAS CLAVE

ca. **238 a.C.** Los parnos conquistan Partia.
171-138 a.C. Mitrídates I funda el Imperio parto.
69/66 a.C. Los partos y los romanos fijan la frontera en el río Éufrates.
53 a.C. Craso rompe el tratado e invade el Imperio parto, pero es derrotado y muerto en Carrae.
36 a.C. Las campañas de Marco Antonio contra los partos fracasan.
114-117 d.C. Campañas de Trajano contra Partia.
197-198 Septimio Severo toma Ctesifonte, capital de los partos.
224 El último rey parto cae en combate en Hormozjan y comienza la dinastía sasánida.
226 Ardashir I conquista Mesopotamia.
244 Gordiano III muere en combate.
260 Sapor (Shapur) I derrota y captura a Valeriano.
363 La desastrosa campaña de Juliano el Apóstata contra los sasánidas concluye con su muerte.
602-622 Los sasánidas conquistan Siria, Asia Menor y Egipto, y ponen sitio a Bizancio.
628 Asesinato de Cosroes II.
633-651 Reinado de Yezdegerd III, último rey sasánida, asesinado en Merv.

Esta bandeja de plata muestra a un rey sasánida cazando leones a caballo. Posiblemente retrata a Bahram V (420-438 d.C.), que alcanzó gran fama por sus hazañas en el campo de batalla. El rey lleva un mono de montar flojo sobre sus pantalones, típicos del traje sasánida de montar, y ejemplares muy decorados se han descubierto recientemente en tumbas de soldados sasánidas en Egipto.

Son realmente formidables en la guerra... Los partos no hacen uso de escudo, pero sus ejércitos consisten en arqueros y lanceros montados, la mayoría con armadura completa. Su infantería es pequeña, constituida por los hombres más débiles; pero también éstos son todos arqueros. La tierra, al ser llana en su mayor parte, es excelente para criar caballos y muy adecuada para montar a caballo; en cualquier caso, incluso en la guerra, llevan amplias manadas de caballos, así que pueden utilizar caballos distintos en diferentes momentos, pueden cabalgar con rapidez desde una gran distancia y retirarse lejos también rápidamente.

(Dión Casio, siglo III d.C.)

Después del 323 a.C., el vasto Imperio aqueménida se dividió entre los reinos en conflicto de los sucesores de Alejandro. La mayor parte de Oriente Próximo cayó en manos de Seleuco, pero después de poco más de un siglo de gobierno helenístico, dos dinastías iranias, primero los partos arsácidas y luego los persas sasánidas, volvieron a imponer su control. En total, gobernaron Irán durante más de 800 años, y demostraron ser formidables adversarios para los imperios romano y bizantino.

El origen y la historia antigua de los partos se conoce poco, pero, hacia el 238 a.C., nómadas iranios llamados parnos tomaron el control de la satrapía seléucida de Partia, al Este del mar Caspio. Bajo su rey Arsaces, y los reyes posteriores de la dinastía arsácida, el Imperio parto se extendió hasta que, al final del reinado de Mitrídates I, en el 138 a.C., los partos gobernaban un imperio diverso y multicultural que incluía la mayor parte de Irán y Mesopotamia. En el 113 a.C., la frontera del Éufrates quedó asegurada por Mitrídates II, que desde entonces en adelante adoptó el antiguo título aqueménida de «rey de reyes». La continuidad entre la dinastía parta y sus predecesores aqueménidas era tenue, pero los autores clásicos como Tácito no eran contrarios, desde luego, a hacer tales comparaciones, al ver detrás de la política de Mitrídates el intento de que «sobre todo lo que fue posesión de Ciro, y después de Alejandro, tenía su indudable derecho y estaba decidido a recobrarlo por la fuerza de las armas».

De hecho, Partia raramente fue el agresor, y después de la caída en poder de Roma de lo que quedaba del reino seléucida, fue por la provocación de Roma y las disputas por la influencia en Armenia y Siria por lo que las hostilidades continuaron de manera intermitente durante varios siglos. La aniquilación completa del ejército de Craso, el triunviro romano, en la batalla de Carrae por un ejército parto en el 53 a.C., dio a los romanos una dura lección al combatir a un ejército plenamente montado en un terreno favorable, pero Partia era un objetivo tentador, dividido por disputas dinásticas y rico por el comercio en objetos de lujo, en especial la seda de la China Han. Sin embargo, la expansión de Roma tuvo éxito únicamente con la anexión o destrucción de Estados tapón amistosos o neutrales, y no alcanzó resultados positivos, sino que más bien dañó la autoridad de una dinastía arsácida fundamentalmente pacífica y estimuló la formación de confederaciones nómadas hostiles en la frontera del desierto.

El debilitado Estado parto cayó después de una prolongada lucha contra Ardashir, el rey de la Pérside, que se reclamaba descendiente de la casa de Sasán. Artabán IV, el

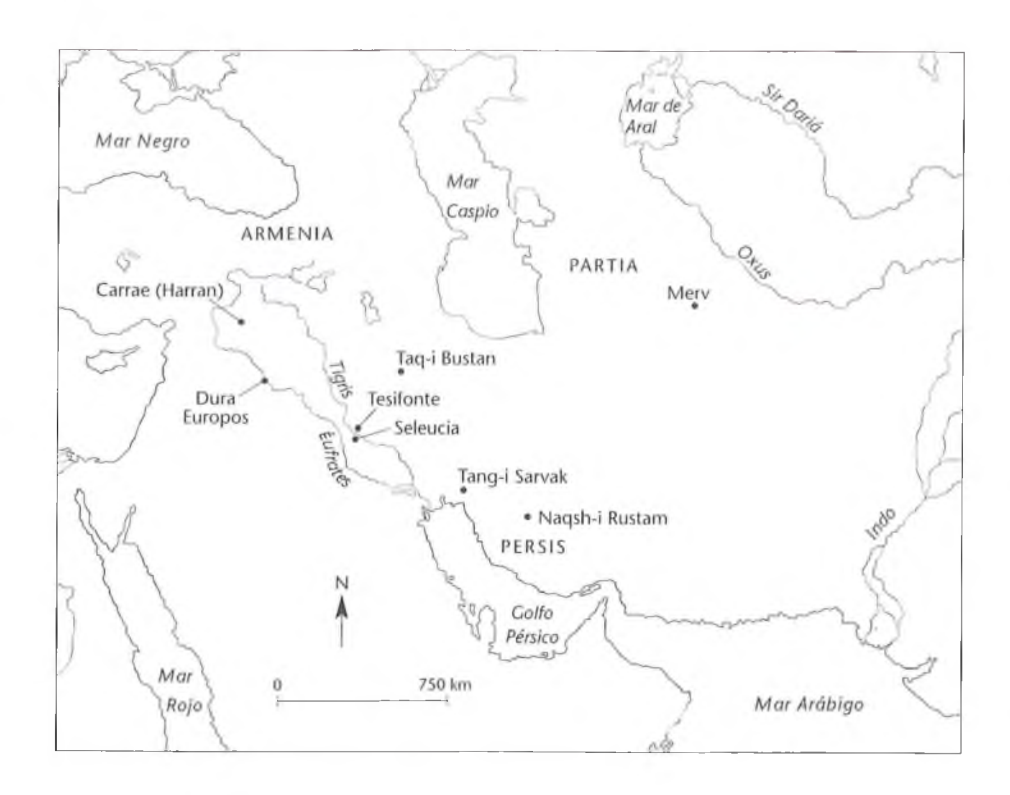
último rey parto, fue muerto en combate contra Ardashir en Hormizjan, en Media, en el 224 d.C. La dinastía sasánida iba a gobernar Irán y Mesopotamia durante otros 400 años y su cultura y religión influyeron mucho en Roma, Bizancio y el Oeste, especialmente en relación con la ideología de la realeza y las técnicas de guerra a caballo. Los reyes sasánidas se consideraban cercanos a los aqueménidas, y uno de los relieves que grabaron al lado de las tumbas reales aqueménidas de Naqsh-i Rustam fue para celebrar la estrepitosa derrota de no menos que tres emperadores romanos. Después de siglos de intermitente pero intensa guerra por Armenia y Mesopotamia, los sasánidas finalmente conquistaron todo el Imperio romano de Oriente (bizantino), entre el 602 y el 622 d.C., antes de que, exhausto, Irán y Oriente Próximo se hiciesen parte del mundo islámico a lo largo del siglo VII.

Hebilla de cinturón parta rematada en bronce, decorada con un jinete que lleva un *bashlyk*, o gorra, y armado con un arco compuesto en su mano derecha y un *akinakes* o espada corta, con soportes en aro, colgando del cinturón sobre su muslo. Éste es el tipo de jinete ligero que apoyaba a los catafractarios. Eran capaces de disparar igualmente bien en ataque o mientras se retiraban del enemigo (el famoso «disparo parto»), a menudo como parte de una supuesta huida pensada para romper la formación enemiga.

EL REY Y EL ESTADO

Los reyes partos arsácidas eran señores de un considerable número de dinastas semiautónomas, algunas de los cuales tenían derecho a llamarse «rey». Plinio el Viejo cita no menos de 18 principados dependientes entre los mares Caspio y Rojo. Además, los arsácidas administraban extensas tierras reales y provincias por medio de funcionarios designados. Tenemos pocos detalles de dicha jerarquía aparte de sus títulos, pero esta estructura aparece en una forma más desarrollada y mejor conocida en inscripciones reales de la época sasánida, encabezada por el rey, los príncipes, los magnates y nobles *(sahrdaran, vaspuhran, vuzurgan* y *azadan)*. El escritor del siglo X al-Masudi aún describe un manual sasánida conservado, parte de un *A'in-nama*, o «libro de las reglas», «en el que se mencionan todos los dignatarios del rey persa, que se elevan a 600, y se clasifican según sus respectivas categorías».

El ejército estaba bajo la responsabilidad del *spahbed* y la caballería, bajo el *asbed*. Los sasánidas mismos atribuyeron sus instituciones a las reformas de Ardashir I, pero la apariencia menos burocrática del Estado parto es, al menos parcialmente, resultado de los escasos datos disponibles. Sin embargo, el Imperio sasánida muestra un mayor



Derecha. Mapa que muestra los lugares principales mencionados en este capítulo, y las tierras de origen de los imperios parto y sasánida.



Los relieves rupestres en Bishapur en el suroeste de Irán muestran la captura de emperadores romanos y conmemora dos grandes victorias sasánidas. Éste muestra al rey Sapor (Shapur) I montando sobre el cuerpo sin vida del emperador Gordiano III. Su sucesor, Filipo el Árabe, se arrodilla ante Sapor y acepta los términos del tratado (244 d.C.). El rey sostiene con la mano a otro emperador romano. Es Valeriano, capturado en el 260 d.C. La misma escena, menos Gordiano, está también representada, como es bien sabido, en Naqsh-i Rustam.

control real sobre la administración militar y civil. Así, por ejemplo, fueron sustituidos los dinastas locales por miembros de la familia real sasánida. Hubo también una considerable intervención directa del rey en vastos proyectos de construcción –la fundación de nuevas ciudades, sistemas complejos de fortificaciones de frontera y proyectos enormes de irrigación– como parte de sistemas elaborados para la defensa en profundidad y el desarrollo económico.

LOS EJÉRCITOS PARTO-SASÁNIDAS

Los dos Estados reclutaron los ejércitos reales basándose en los guardias reales profesionales, mercenarios y conscriptos, completados por los ejércitos privados de los magnates y la nobleza menor, y las tropas de los clientes extranjeros (en especial los Lakhmidas árabes de Hira en la frontera mesopotámica) y los aliados. Por debajo de los reyes se alineaban las grandes familias terratenientes, los magnates, entre los que se seleccionaban los jefes del ejército. Alineada por debajo de los magnates estaba la nobleza menor, llamada de diversas formas en griego, latín y las fuentes en persa medio los *azadan* u «hombres libres». Esta nobleza menor constituía la formidable caballería acorazada de los ejércitos partos, armenios y sasánidas, conocida simplemente como los *asavaran,* o «jinetes».

Los arsácidas reclutaron sus ejércitos entre los criados y campesinos con obligación de prestar servicios a la corona y la aristocracia terrateniente, los nobles y los magnates. Según el historiador galo Trogo Pompeyo (cuya obra sobrevive sólo a través de un resumen tardío de Justino) la nobleza instruía a sus criados «en las artes de la monta y disparo con arco con el mismo cuidado con el que enseñaban a sus hijos nacidos libres». Esos criados proporcionaban los famosos arqueros a caballo con equipo ligero

de los ejércitos partos, que realizaban escaramuzas en apoyo de la caballería pesada, conocida como catafractarios (véase el recuadro de la página siguiente), y rompían las formaciones del enemigo con huidas simuladas, mientras lanzaban una lluvia de flechas con potentes arcos compuestos. Plutarco escribió que el comandante parto en la batalla de Carrae, un magnate de la poderosa familia Suren, tenía 1.000 catafractarios como guardia de corps personal, y «muchos más con armamento ligero». Los ejércitos reales partos podían ser muy grandes, como después de la batalla de Cremona, en el 69 d.C., cuando Tácito dice que Vologeses I ofreció a Vespasiano 40.000 aliados de la caballería parta. Sabemos que los ejércitos sasánidas ascendían con frecuencia a 20.000 hombres y más.

Los criados con armamento ligero del periodo parto parece que llegaron a estar dotados con equipo más pesado con el paso del tiempo (Dión comenta sobre los arqueros montados de fines del periodo parto/principios del sasánida que en su mayoría tenían armadura completa) hasta que, al menos en el reinado de Cosroes I –Khusrau Anishirwan (531-579 d.C.)–, toda la caballería sasánida estaba en teoría estandarizada con el lancero catafractario, armado con arco y dotado de armadura completa. Los reyes sasánidas se esforzaron por lograr regularizar el pago del servicio en el ejército real y también estimularon el desarrollo del *dekhan* o nobleza menor, para reforzar las filas del *asavaran*. A diferencia de los partos, los sasánidas fueron también maestros en las técnicas de asedio, ataque y, en especial, defensa.

Los jinetes sasánidas eran famosos por su magnífica panoplia. La vista deslumbrante de un *asavaran* en el campo de batalla se convirtió en un cliché literario en Roma; según Libanio, los persas eran «un ejército bien disciplinado con el destello del oro en su armamento», y en Juliano y Libanio se alardea de que los catafractarios



Este detalle de un relieve rupestre de la época sasánida tardía de Taq-i Bustan en el Noroeste del Irán, datado habitualmente en el reinado de Cosroes II (591-628 d.C.) muestra a un rey cazando ciervos a caballo en una zona cercada preparada con un puesto de observación. Está acompañado por asistentes a caballo, y por músicos, pero más notoriamente también, por asistentes en elefantes, que los sasánidas usaron extensamente en la guerra (véase p. 179).

Catafractarios

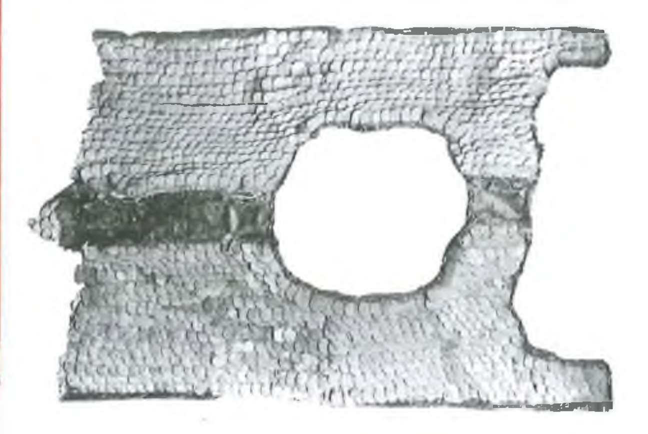
Jinetes cada vez más pesadamente protegidos, armados con lanza, arco, maza y espada, montando caballos con armadura, aparecen en Irán desde el final de la época aqueménida. Son conocidos como «catafractarios», del griego *hippeis de kataphraktoi,* o jinetes «totalmente cubiertos». El nombre tardorromano para ellos, *clibanarii*, proviene del persa y hace juego de palabras con las similitudes entre el nombre de una pieza de armadura y un horno, evocando algo de la sensación de llevar semejante panoplia con el calor de Oriente Próximo.

Aunque pueda sorprender, las representaciones de estos imponentes caballeros son raras, y se han hallado pocas piezas de armadura catafractaria. La imagen más ampliamente conocida es un relieve de la ciudad de Dura Europos en Siria, pero la mejor representación antigua de un catafractario parto-sasánida está realmente en un relieve rupestre en Tang-i Sarvak en el suroeste de Irán. Probablemente representa a un príncipe de Elimaida con armadura completa, cargando con una lanza contra un (ahora desaparecido) oponente montado. El arma de combate es la lanza a dos manos, que, según Plutarco, tenía impulso suficiente para perforar a dos hombres a la vez. Los relieves rupestres sasánidas de Firuzabad y Naqsh-i-Rustam de los siglos III y IV d.C. muestran escenas similares de lanceros a la carga.



Arriba. Este relieve de Tang-i Sarvak, en Irán, representa a un monarca local de Elimaide del periodo parto tardío o sasánida temprano. Lleva una armadura de completa de catafractario, cota de placas y escamas (o lamelar) y brazales reforzados, excepto en la cabeza, que ha sido dejada sin cubrir para que se vea el retrato real. Su caballo también lleva un peto de escamas y un petral redondo sobre el pecho. Sobre la cintura el jinete lleva dos aljabas con flechas y una funda para el arco, además de una maza enganchada con un cordón.

Las representaciones partas y sasánidas y las armaduras conservadas de caballo en escamas de cuero de Dura Europos muestran que el peto o barda sólo cubría el cuerpo y dejaba las patas completamente al descubierto. La razón de esto es de tipo práctico: las patas resultarían magulladas o lesionadas por un peto pesado y ellos (los caballos) necesitaban también libertad de movimiento. Los catafractarios, aunque se desplegaban normalmente en formaciones densas lentamente, podían realizar un sorprendente cambio de velocidad si era necesario.





Derecha. Petos similares a los que se representan en el relieve de Tang-i Sarvak, de escamas de cuero y bronce (puestas aquí en un caballo actual), se han hallado en el sitio de la ciudad fronteriza romana de Dura Europos en Irak, destruida por los sasánidas en los años 250. Los petos habían sido dañados en la antigüedad y posiblemente estaban a la espera de reparación. Esta vista del diseño *(arriba)* muestra el espacio reservado para la silla y los faldones originalmente en cada esquina pero ahora conservados sólo en el frente. Se hallaron también partes de la protección del cuello.

Página siguiente. Los últimos relieves rupestres en Taq-i Bustan, cerca de Kermanshah, en el noroeste de Irán, se fechan habitualmente en el reinado de Cosroes II (591-628 d.C.). El registro superior, al fondo del arco, muestra al rey investido con los símbolos de la realeza, mientras debajo se lo muestra como un jinete acorazado plenamente equipado sobre un caballo con un adorno frontal, armado con lanza, escudo y arco. El escudo está atestiguado para los últimos jinetes sasánidas en los relatos bizantinos y árabes, pero no aparece en los primeros relieves de la dinastía.

Abajo. Casco de acero sasánida procedente del túnel de contramina bajo la torre 19 de Dura Europos. Cascos de este tipo parecen haber inspirado diseños tardorromanos. Está hecho con dos medias conchas remachadas a una tira con una cresta protectora añadida sobre la cúspide. Originalmente había una cresta frontal separada en forma de T y guarda nariz del que sólo se conserva el extremo. Hay un soporte de pluma tubular en la corona y los restos de una cofia de malla sujeta al borde. Algunos cascos parto-sasánidas conservados parecen haber tenido cubiertas de tela decorativas.

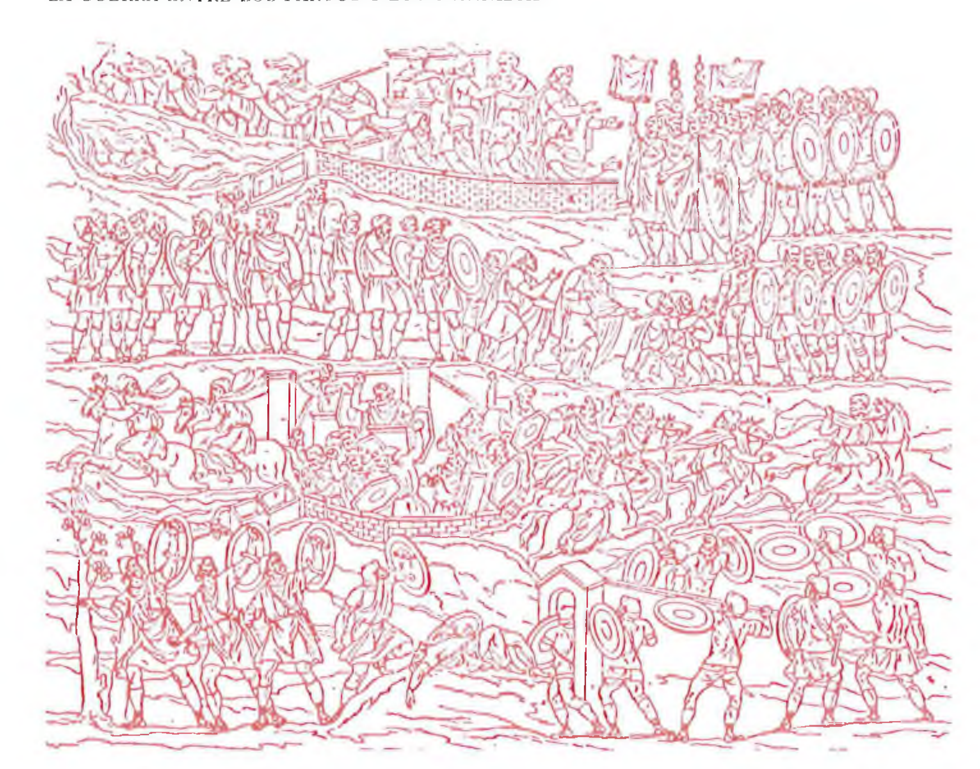
de Constancio II estaban mejor equipados que los persas –es la mayor alabanza posible, claro–. El comentario de Libanio, sin embargo, es interesante en otros aspectos. Para los escritores clásicos, las tropas persas eran bárbaras y por definición, pues, no podían tener las virtudes de disciplina y orden para vencer batallas. Amiano Marcelino, un testigo ocular romano de la desastrosa campaña del emperador Juliano en el sur de Mesopotamia se extiende en este cambio espectacular en la apreciación de los ejércitos «bárbaros»: «su entrenamiento militar y su disciplina, y su práctica constante de maniobras e instrucción con armas, que he descrito a menudo, los hacen formidables incluso para grandes ejércitos. Ellos confían especialmente en su caballería, en la que sirve toda su nobleza y hombres notables. Su infantería está protegida como los *mirmillones* [tipo de gladiadores] y obedece las órdenes como esclavos...».

El armamento y el régimen de entrenamiento para los hijos de los *asavaran* sasánidas se muestran en textos árabes y neopersas de fines del siglo IX y del XI (fundamentalmente, al-Tabari, Bal'ami y en el siglo XI, el Shahnamah de Firdausi) que deriva en última instancia de los últimos anales reales sasánidas, el «Libro de los Reyes», una historia oficial compuesta en los siglos V al VI d.C. El *ethos* de la elite militar, como expresa el arte, los cuentos y la fábula, destaca la excelencia absoluta en la guerra y en la paz. Las «hazañas del rey Ardashir», del siglo VI, una revisión de un texto contemporáneo, da la primera indicación de ese entrenamiento, donde a los 15 años, habiendo alcanzado el dominio en el saber y en la montura, es convocado a la corte arsácida de Artabán IV. Firdausi explica cómo los jóvenes eran instruidos y luego enviados a la corte para ser alistados en el ejército en la época de Ardashir I: «Cuando vio el incremento de su ejército en la capital, envió oficiales a todas las regiones pidiendo que aquellos padres que tenían hijos no les permitiesen hacerse adultos sin un entrenamiento adecuado. Todos deberían aprender a montar y métodos de lucha con hacha, arco y lanzas afiladas». Al- Tabari cita también a un «instructor de jinetes» en una información sobre la guardia real sasánida. Las últimas reformas sasánidas de impuestos y del ejército, promulgadas por Cosroes I, conservadas tanto en textos en árabe como en fuentes neopersas, concuerdan en su resumen de las condiciones para alistarse en que «los soldados de caballería tenían que presentarse ante él para la inspección sobre sus monturas y con sus armas, y la infantería con sus armas esenciales».

La poco considerada infantería, como es normal, recibía poca atención, pero el equipamiento exigido a la caballería era: armadura del caballo, cota de malla, peto, placas de armadura para brazos y piernas, espada, lanza, escudo, y, atado a su cintura, una faja, hacha de combate o un garrote, un estuche para arco conteniendo dos arcos con sus cuerdas, 30 flechas y finalmente (Firdausi también añade un lazo), dos cuerdas de arco trenzadas, «que el jinete deja colgando a su espalda desde su casco». Los soldados que asisten a la inspección reciben una paga en metálico.

Que los arsácidas y sasánidas tenían una estructura organizativa sofisticada (basada en un sistema decimal) se da a entender también por el uso de estandartes de unidad. Mientras se burla divertido de historiadores crédulos, Luciano señala que los partos usaban estandartes «dragón», uno por cada unidad de 1.000 hombres. Tácito también escribe sobre jinetes partos «alineados en escuadrones *(turmae)* con su insignia nacional» (que en unidades de caballería romanas de 1.000 hombres equivaldrían a unos 40 o 50 hombres), mientras que las escenas muy desgastadas que muestran la captura de Edessa (en el 197 d.C.) sobre el arco de Septimio Severo parecen mostrar un estandarte parto «dragón» y una bandera de la misma forma que la de los reyes aqueménidas.





Derecha y abajo. Las representaciones romanas de partos y sasánidas eran normalmente genéricas, representando un tipo «oriental» más que la realidad contemporánea. Sin embargo, dan una cierta idea de la apariencia de la infantería parto-sasánida, como aquí en el Arco de Septimio Severo (que representa la captura por Roma de Seleucia del Tigris durante la segunda campaña parta de Septimio Severo, en el 197-198 d.C.). Los defensores partos tienen escudos hexagonales o recortados en forma oval. Escudos de asedio sasánidas de mimbre con los extremos cubiertos se han hallado en Dura Europos, idénticos a los diseños mesopotámicos utilizados desde el III milenio a.C.



Además de los ejércitos proporcionados por los reyes dependientes y la nobleza, Tácito informa que los reyes partos mantenían cuerpos profesionales de guardias («mercenarios») y guardia de caballería permanentemente disponible («la escolta habitual del rey»), y los describe siendo utilizados para operaciones de movimientos rápidos mientras el ejército real estaba reuniéndose. Varios nombres para esas unidades, de 3.000 a 10.000 componentes, aparecen en las fuentes persas, latinas, griegas, siríacas y árabes. *Pushtighban* es el término genérico para guardia personal en persa medio, y los nombres conocidos para el comandante de los guardias sasánidas son *pushtighbansalar,* y *hazaruft* (*chiliarca,* «comandante de 1000»). Bal'ami da el nombre de la guardia personal del rey como los *gyan-abesparan*, los que «sacrifican sus vidas», posiblemente un sobrenombre adquirido después de una batalla de la que informa Sócrates Escolástico en el 422 d.C., cuando los guardias reales, llamados los Inmortales en las fuentes griegas y latinas, murieron hasta el último hombre. En las últimas batallas contra los ejércitos del Islam, al-Baladuri también menciona una guardia de infantería de 4.000 hombres reclutada en Daylam, en el norte de Irán, y la muy eficaz infantería daylamita es mencionada antes por Agathias y Procopio.

El uso por los partos de guardias o infantería de recluta se conoce poco, aunque, por ejemplo, Flavio Josefo describe al rey de Partia «con un gran ejército de infantes y jinetes», y la infantería parta con escudos recortados de forma oval o hexagonal se representa en el arco de Septimio Severo. Los elefantes fueron usados con mucha frecuencia por los sasánidas en combate (y por al menos un rey parto como montura), tri-

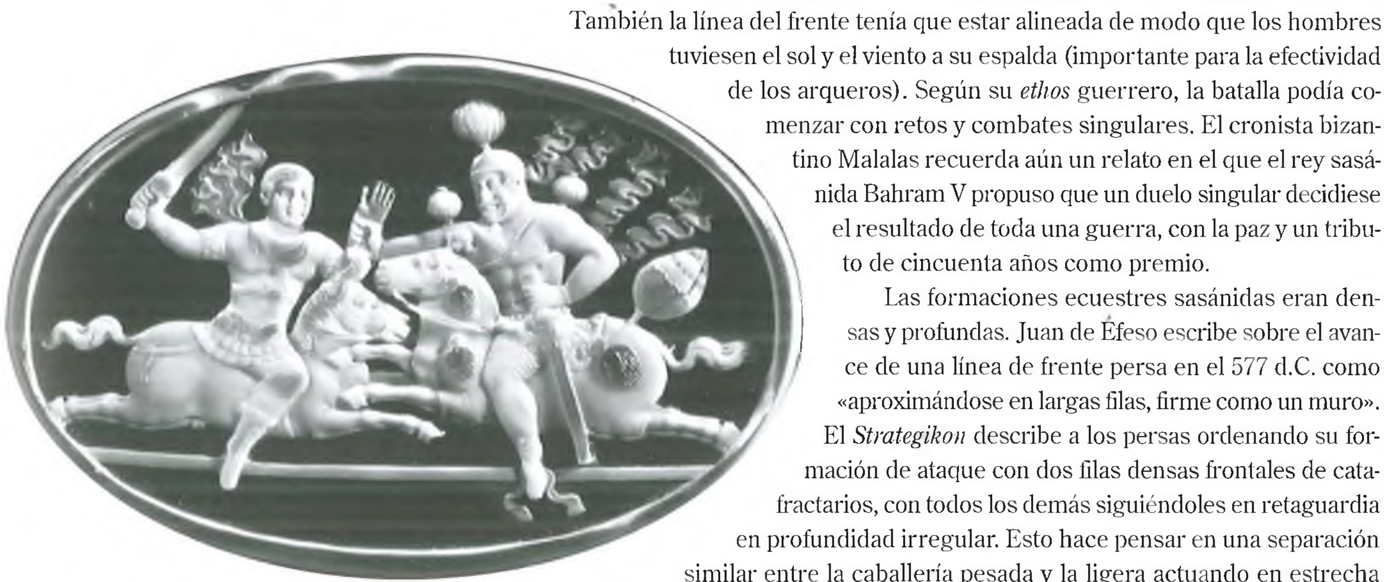
pulados por *asavaran,* según al-Tabari, formaban detrás de la caballería entremezclados con la infantería, como «torres sobre una muralla».

ORGANIZACIÓN EN EL CAMPO DE BATALLA

Los ejércitos sasánidas formaban una sola línea de batalla, dividida en una división central con dos alas. El manual militar bizantino del siglo VI atribuido al emperador Mauricio, el *Strategikon,* afirma que éstas eran de igual tamaño, con unos 500 soldados de elite que se añadían al centro, pero los pasajes de un manual militar sasánida en el *A'in-nama* no confirman esto, sino que se indica que el ejército tenía que formar de modo que la derecha fuese el ala atacante, y el ala izquierda (de arqueros montados capaces de disparar en cualquier dirección) se hacía más fuerte pero se mantenía atrás en reserva en caso de avance enemigo. El centro tenía que estar situado sobre una zona alta, con la infantería detrás de la caballería para apoyarla contra las cargas enemigas. El *Strategikon* confirma que los ejércitos sasánidas preferían desplegarse en terreno accidentado.

También la línea del frente tenía que estar alineada de modo que los hombres tuviesen el sol y el viento a su espalda (importante para la efectividad de los arqueros). Según su *ethos* guerrero, la batalla podía comenzar con retos y combates singulares. El cronista bizantino Malalas recuerda aún un relato en el que el rey sasánida Bahram V propuso que un duelo singular decidiese el resultado de toda una guerra, con la paz y un tributo de cincuenta años como premio.

Las formaciones ecuestres sasánidas eran densas y profundas. Juan de Éfeso escribe sobre el avance de una línea de frente persa en el 577 d.C. como «aproximándose en largas filas, firme como un muro». El *Strategikon* describe a los persas ordenando su formación de ataque con dos filas densas frontales de catafractarios, con todos los demás siguiéndoles en retaguardia en profundidad irregular. Esto hace pensar en una separación similar entre la caballería pesada y la ligera actuando en estrecha cooperación, como se relató para el ejército parto en Carrhae –aunque allí los catafractarios estaban escondidos detrás de los arqueros ligeros para mantener una sorpresa táctica.



Este camafeo, hecho quizá por un artista romano para un rey sasánida, representa probablemente la captura del emperador Valeriano por Sapor I. Las amplias borlas decorativas atadas a los arneses eran características de la panoplia de un jinete sasánida.

Después del hundimiento del reino sasánida, las habilidades de los jinetes iranios continuaron siendo apreciadas, entrando en la literatura árabe *furusiyya* sobre la equitación militar, y se conservó como una tradición viva a principios de la Edad Moderna:

> Mi destreza montando y con el arco es tal que el otro [hombre] debe considerase afortunado, quien puede escapar a mi flecha (escondiéndose] detrás de [la cabeza de su] caballo. Y mi destreza apuntando la lanza es tal, que el jinete debe considerarse afortunado, quien llega a un encuentro conmigo y un combate conmigo a caballo con lanza y espada...Y lanzando/manejando la maza golpeo tan certeramente, como si fuese la cara de un ariete [...]» (Husrav ud redag, *Cosroes y su paje,* un relato en persa medio probablemente contemporáneo del reinado de Cosroes I [Khusrau] Anoshirvan.)



JON COULSTON

11 La guerra en la Roma imperial

FECHAS CLAVE

Imperio romano (Principado: 27 a.C.-284 d.C.)

31 a.C. Batalla de Actium.

31 a.C.-14 d.C. Imperio romano controlado por Octavio Augusto.

9 d.C. Tres legiones destruidas por los germanos en el bosque de Teutoburgo.

43 Invasión de Britania por Claudio.

66-71 Guerra judía.

67 Asedio de Gamla.

68-69 Guerra Civil. Vespasiano sale vencedor.

72 Asedio de Masada.

83/84 Batalla de Mons Graupius.

101-102, 105-106 Guerras dacias de Trajano.

193-197 Guerra Civil: Septimio Severo sale vencedor.

212 Se otorga la ciudadanía a toda la población libre del Imperio.

253/255 Dura Europos es tomada por los sasánidas.

284/305 Diocleciano desarrolla la «Tetrarquía» o gobierno de cuatro emperadores.

Detalle de la caballería protegida con cota de malla representada en la Columna de Trajano, Roma. Se trata del grueso de los regimientos de auxiliares de caballería, compuestos predominantemente por soldados hispanos, germanos, galos y tracios. Esta escena es una de las pocas en la Columna que representa con exactitud a jinetes con la espada larga de caballería *(spatha)*.

El periodo comprendido entre el gobierno único sobre el Imperio romano por Augusto y el establecimiento de un «colegio» de emperadores por Diocleciano (27 a.C.-284 d.C.), conocido convencionalmente como «el principado», ha sido considerado con frecuencia como el apogeo de la organización militar romana, de su eficiencia y de su fuerza, inigualada en los Estados occidentales hasta fines del siglo XVII. Los ejércitos del Imperio seguían teniendo algunos defectos graves, pero siempre hacían gala de capacidad de recuperación para volver a ganar las guerras. Ciertamente, el establecimiento de un ejército de soldados de profesión con una cultura de entrenamiento para tiempo de paz, un *ethos* de servicio, lealtad a las formaciones militares permanentes, y sistemas de comunicación y logísticos muy sofisticados, eran un logro formidable, que proporcionó un modelo que influyó en la futura historia mundial. La cantidad de datos disponibles sobre las actividades de los ejércitos del «Principado» en textos literarios, inscripciones, instalaciones excavadas, iconografía militar y objetos arqueológicos es extraordinaria, sin paralelos hasta llegar a los comienzos de la Edad Moderna; el torrente de información disminuye en el siglo IV d.C. Este capítulo examina el papel de los emperadores en esos acontecimientos y la naturaleza de las fuerzas que lo constituían, ciudadanas y no ciudadanas, antes de analizar a los ejércitos en el campo de batalla enfrentándose a una gran variedad de enemigos bárbaros.

EMPERADORES Y EJÉRCITOS

La victoria obtenida por Octavio (llamado Augusto desde el 27 a.C. en adelante) en Actium en el 31 a.C. fue tan importante que tuvo la oportunidad de terminar el largo ciclo de un siglo de guerras civiles. Comenzó a completar esto de muchas maneras, pero con respecto al ejército tomó la decisión de mantener uno profesional de número limitado de legiones, en lugar de volver al sistema de la milicia ciudadana. Esto tenía muchas ventajas. Un ejército limitado de legiones permanente podía ser mejor planificado para cuestiones como la paga, el equipamiento, la recluta de hombres y oficiales, fuerza disponible y reemplazo de los veteranos. Los legionarios servían durante 20 años, y, antes de principios del siglo III d.C., no podían casarse legalmente durante su servicio. Eran pagados por Augusto en exclusiva, usando monedas con su retrato para concentrar las mentes de los receptores en su patrón. Se estableció una caja para financiar adquisiciones de tierras para los veteranos, utilizando capital proporcionado ostensiblemente por Augusto. Se fundaron nuevas colonias en Italia, pero también se consideró aceptable instalarlas en las provincias, cerca de donde habían servido los soldados. La lealtad a la dinastía de Augusto se reforzó con la extensión de un culto informal al espíritu del emperador, y por la divinización de los miembros de la familia fallecidos. Los soldados que se incorporaban al ejército prestaban un juramento al emperador y al Estado. Cada legión y sus auxiliares llevaban retratos del emperador en sus estandartes y erigían estatuas en los santuarios de las instalaciones militares.

Los emperadores gobernaban aparentemente a través de las instituciones tradicionales del Estado republicano, lo cual implicaba la continuidad del papel senatorial en el mando militar. Así que necesitaban senadores para dirigir todos los ejércitos y cada le-

Cenotafio de Marco Celio, un centurión de la *regio XVIII* (escrita como XIIX), hallado en Bonn (Alemania). Celio resultó muerto en el desastre de Varo en el 9 d.C. y los números de las tres *legiones XVII-XIX* que se perdieron nunca se utilizaron de nuevo en unidades legionarias. Sus huesos están enterrados en Germania y la escultura fue erigida por sus dos libertos supervivientes.

gión de ciudadanos romanos, por su prestigio social y por su experiencia administrativa. El peligro era que los emperadores y usurpadores venían de esa misma clase, así que si bien las vías que llevaban a la gloria militar no podían bloquearse, tenían que supervisarse cuidadosamente. La ambición militar estaba restringida para dejar claro que todos los gobernadores de provincias con importantes fuerzas militares eran los delegados del emperador, así que cualquier victoria que obtuviesen contra los enemigos de Roma se atribuía con bastante lógica al emperador. Sólo los emperadores recibían la aclamación formal por el ejército como general victorioso, o se permitían el desfile triunfal tradicional por las calles de Roma.

Cada vez más desplazados a la segunda clase dentro de la elite romana, los équites responsabilizaron como administradores militares, especialmente en los puestos más delicados políticamente, como los de comandante(s) de la Guardia Pretoriana (véase abajo). Desde mediados del siglo II d.C. en adelante, los gobernadores de las provincias recién formadas y los comandantes de las nuevas legiones reclutadas fueron *praefecti* ecuestres más que *legati* senatoriales. Los équites dirigían todas las unidades de no ciudadanos en el ejército, incluyendo la marina. A mediados del siglo III los senadores habían sido excluidos de todos los mandos militares, un proceso que culminó con la separación completa del mando militar respecto de la administración civil (legal y financiera). Una consecuencia de este proceso fue la creación de una clase de oficiales verdaderamente profesional. Ascendidos desde soldados rasos, algunos hombres alcanzaron finalmente la cima como emperadores. Los más destacados procedían de las provincias danubianas, formando en conjunto la región de Iliria, de ahí que estos soldados fuesen conocidos como ilirios (*«illyriciani»)*.

Las medidas para proteger a los emperadores reinantes tuvieron un éxito destacable, al menos hasta el final de la dinastía Severa en el 235 d.C. Sin embargo, en el centro del poder, los emperadores necesitaban protección diariamente, controlar a las masas en Roma, asegurar las comunicaciones con las provincias y tropas de escolta para cuando viajaban y acampaban en la guerra. La tradicional guardia de los comandantes republicanos se hizo permanente y se amplió por Augusto, y en el 23 d.C. Tiberio concentró esta Guardia Pretoriana en una fortaleza construida ex profeso. Diez cohortes, de 480 soldados de infantería y 120 de caballería cada una, fue el contingente normal hasta el 193 d.C. Todos sus miembros eran ciudadanos reclutados en Italia, que servían durante 16 años, con una paga más alta que los legionarios. Los primeros emperadores tenían también una guardia de caballería ferozmente leal de germanos. Éstos fueron disueltos en el 68-69 y sólo se reconstituyeron con Trajano, que formó los Guardias Montados, 1.000 jinetes ascendidos desde los regimientos de auxiliares provinciales. Aparte de los deberes de escolta, estas tropas suponían un contrapeso a los pretorianos. Hallando que los pretorianos italianos no eran de fiar, en el 193 d.C. Septimio Severo los sustituyó por soldados ascendidos de sus leales legiones danubianas. También dobló el tamaño de las cohortes pretorianos hasta 800 (probablemente con 240 de caballería cada una), y los Guardias Montados, a 2.000. Durante la mayor parte de su historia, estas unidades de guardia sirvieron a los emperadores con lealtad, hasta que fueron disueltas finalmente por Constantino en el 312 d.C.

Los soldados se identificaban con sus propias unidades, y en cierta medida con el ejército regional al que pertenecía su unidad. Las legiones reclutaban cada vez más poblaciones fuera de Italia y, desde la época de Adriano (117-138 d.C.), casi nunca se trasladaron a bases nuevas. Así que es práctico pensar en «el ejército romano» como un serie de ejércitos regionales, con rasgos culturales diferentes, como el acento, la jerga, el estilo arquitectónico, la decoración de objetos metálicos, y las prácticas de culto localizadas. Estas divisiones se hicieron especialmente evidentes en las guerras civiles. Desde la época augusta, los soldados manifestaban también su orgullo por el éxito en su


CAELIVS
M · L
IVATVS
M·CAELIVS
M·L
THIAMINVS
M·CAELIO·T·F·LEM·BON
O·LEG·XIIX·ANN·LIII
CIDIT·BELLO·VARIANO·OSSA
I·FERRE·LICEBIT·P·CAELIVS·T·F

carrera personal, erigiendo lápidas funerarias con inscripciones recordando el nombre, la unidad, edad al morir, años de servicio, grado alcanzado y condecoraciones militares obtenidas. Muchas de esas lápidas eran figurativas, representando al difunto posando con el uniforme militar y la insignia de grado.

Los «paisajes de batalla» alrededor de los campos de batalla romanos están siendo sistemáticamente estudiados ahora, pero los ejércitos republicanos habían dejado pocas huellas específicas, excepto cuando los asedios prolongados produjeron un impacto estructural por los trabajos de sitio. Sin embargo, desde la época augusta en adelante, los ejércitos empiezan a tener visibilidad arqueológica. Se construyeron nuevas instalaciones a lo largo de las fronteras imperiales, para reforzarlas, para los ejércitos, legiones concretas, formaciones agrupadas, regimientos auxiliares, e incluso destacamentos menores. Cuando las fronteras se estabilizaron, sobre todo desde fines del siglo I d.C., se invirtieron más recursos para asegurarlas con fuertes, pequeñas fortalezas, torres e incluso barreras lineales. Esto originó miles de emplazamientos que contenían una amplia gama de objetos que revelan aspectos políticos, sociales, económicos, tecnológicos y rituales de las actividades militares romanas. Las unidades militares como tales han dejado una «huella» que puede ser rastreada a través de su arquitectura, inscripciones, tablillas escritas, papiros, graffiti, estampillas de almacenamiento, equipos varios e insignias de la unidad.



Relieve del arco de triunfo erigido para celebrar la conquista de Britania en el 43 d.C., ahora en el Museo del Louvre, París. Representa a las tropas legionarias con armadura muy clásica posando bajo la insignia de su legión.



Fotografía aérea de un fuerte romano en Housesteads (Northumberland, Inglaterra). Están al descubierto en el interior del recinto el cuartel general, una residencia con patio para un comandante del orden ecuestre, graneros y barracones. Diseñado originalmente para albergar un gran regimiento de auxiliares de infantería, el plano es una versión a escala de un campamento legionario, a su vez derivado del trazado planificado de las colonias del norte de Italia.

LAS LEGIONES IMPERIALES

A través de licenciamientos, fusiones y nuevas creaciones, Augusto redujo las 60 legiones de la Guerra Civil a un cuadro de 27 legiones, reducidas asimismo a 24 (12.000 hombres) cuando fueron destruidas tres por los germanos en el año 9 d.C. Después, sólo muy excepcionalmente se perdieron legiones en la guerra o fueron disueltas por deslealtad, y se constituyeron otras nuevas a veces en relación con guerras que se planearon o expansión territorial. Elementos de algunas legiones existían aún en el siglo VII. Así pues, el número de legiones ascendió a 29 con Vespasiano, 30 con Trajano y 33 (165.000 hombres) con Severo (193-211 d.C.). Se distinguían por su número, titulatura basada en consideraciones tales como el nombre del patrón que la constituyó, las circunstancias de su formación, cuándo fueron constituidas, dónde sirvieron con distinción o iban a servir, el nombre de la divinidad titular, o un epíteto marcial. Por ejemplo, cuando Severo formó la segunda legión para sus guerras en Partia, fue honrado por su lealtad por su hijo Caracalla (Marco Aurelio Antonino), y fue conocida como la *legio II Parthica Antoniniana* («La segunda legión Pártica de Antonino).

Cada legión constaba de 10 cohortes, cada una de ellas de 480 hombres, divididas en 6 centurias de 80 soldados ciudadanos. Algunas legiones en momentos dados en los siglos I y II tenían una primera cohorte de cinco centurias dobles con un total de 800 hombres. Una pequeña fuerza de 120 jinetes por legión actuaba como exploradores, correos, escoltas y caballería de combate. Su número puede haberse incrementado en el siglo III. Destacamentos de una o más cohortes podían ser enviados a tareas específicas o agregadas a un ejército en operaciones mientras durase la guerra. Esos destacamentos podían estar segregados de su legión propia durante largos periodos, o incluso no volver nunca a ella. La artillería estaba también integrada en la organización legionaria (véase recuadro en la p. 190).

Estas legiones desempeñaban muchos cometidos. Una vía de promoción para los soldados era la adquisición de conocimientos, y había muchas especialidades que se desarrollaban en las filas legionarias. No había cuerpos específicos de ingenieros o za-



Lápida de Marco Favonio Facilis, un centurión de la *legio XX*, encontrada en Colchester, en Essex. Facilis tomó parte con toda probabilidad en la invasión por Claudio de Britania en el 43 d.C. Está representado con la vara de centurión *(vitis)*, como insignia del grado, pero no lleva condecoraciones militares. La piedra fue dañada probablemente en la revuelta de Boudica en el 61.

Página siguiente. La meseta de Masada en Palestina, mirando oblicuamente al sur. La rampa de asedio romana es visible como una diagonal más clara que asciende a la derecha. El palacio-fortaleza estuvo ocupado por guarniciones romanas antes y después de la revuelta judía del 66-73 d.C. Arriba a la derecha está el campamento de sitio en dos fases (Campamento F), parte de las obras para circunvalar Masada, construido hacia el año 73 y localizado fuera de la fotografía en la parte inferior derecha.

padores, así que las legiones construían todas sus instalaciones militares en madera y piedra. Se construían campamentos, carreteras, puentes, vías, túneles y puertos. La inmensa mayoría del equipo militar era fabricado y reparado por soldados en los talleres legionarios. El más importante nivel de competencia y continuidad de práctica ejercitada era el del centurionato. Los centuriones de las legiones formaban una reserva de talento que podía ser asignado para misiones especiales: centuriones a título individual administraban puertos, canteras, mercados, fincas imperiales y justicia local, y eran apoyados para mandar unidades militares ad hoc o regimientos a la espera del nombramiento de oficiales de más alta graduación.

Estrechamente relacionadas con las capacidades constructivas están las técnicas necesarias para la guerra antigua de sitio. Las legiones ya incluían la artillería para esa tarea y tenían la capacidad para construir todas las «máquinas» necesarias para batir o atravesar fortificaciones: torres de sitio, arietes, escudos, cobertizos móviles, manteletes y barreras lineales de contención. Los romanos habían heredado las técnicas y los métodos de la época helenística, mejorados sustancialmente ambos, y los aplicaron a gran escala. En las provincias orientales había disponibles también gran número de arqueros que proporcionaban el apoyo suficiente para este arma. Los asedios de época romana son muy visibles en el registro arqueológico por sus grandes movimientos de tierra y el gasto de artefactos lanzables. Todo lo que sigue se traduce en la arqueología: rampas de sitios para rellenar fosos y posibilitar el acceso de torres con ruedas de madera a las fortificaciones; minas bajo las murallas cavadas por atacantes y defensores; plataformas de artillería para disparar sobre las defensas; contravallados para aislar a los defensores, y circunvalaciones para mantener alejadas a las fuerzas enemigas; y los campos defendidos de los agresores. Por ejemplo, los detalles de los asedios a Gamla y Masada en el siglo I d.C. en Palestina, y Cremna (Turquía), Dura Europos (Siria) y Hatra (Irak) se han redescubierto a través de las excavaciones; desde luego, fue en el teatro oriental donde las técnicas de sito romanas fueron probadas y perfeccionadas, en guerras como la Primera Revuelta Judía (66-71 d.C.) y los conflictos con la Persia sasánida (desde el 250 d.C. en adelante), dominados por asaltos a ciudades.

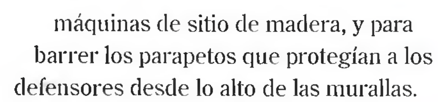
Dura Europos, una ciudad fronteriza en Siria, fue sitiada por los persas sasánidas en el 253 d.C. La arqueología de este yacimiento revela una desesperada e ingeniosa defensa contra todo pronóstico con ninguna esperanza de ayuda porque los ejércitos romanos ya habían sido batidos en campo abierto. Atacantes y defensores cavaron minas bajo los muros para derrumbar las torres y desestabilizar las obras de asalto. Una mina se derrumbó sepultando a varios soldados romanos y un sasánida con todo su equipo; otra «abría el cierre» de los bloques del muro de una torre angular, haciéndola indefendible para los arqueros; una tercera demolió otra torre preservando escudos romanos, armaduras de caballos y otros equipos en el suelo de la armería. El yacimiento estaba cubierto de proyectiles de artillería, flechas y manteletes de mimbre. Parece claro que a los romanos se les permitió rendirse cuando las murallas se hicieron indefendibles, porque, aunque la ciudad se despobló, no había indicios de saqueo.

Se procuró siempre que las legiones formasen la línea principal de un ejército en orden de batalla. Las armas y la armadura de la infantería legionaria se desarrollaron en parte de manera simbiótica con las exigencias del campo de batalla, en parte según influencias culturales. Sin embargo, el tema principal es constante: la mayoría de los legionarios eran luchadores con espada en orden cerrado, protegidos con armadura, con armas arrojadizas. Desde la época de Augusto hasta al menos mediados del siglo III, muchos legionarios llevaron armadura de segmentos de acero, articulada para proteger el torso y los hombros (la denominada «*lorica segmentata*»). También se usaban corazas de malla y escamas. Los cascos se hacían con rebordes bajos y anchos para proteger el cuello y los laterales de la cabeza. El escudo variaba en forma pero era siempre





Artillería romana



La artillería imperial romana no se limitó a heredar la tecnología helenística, sino que la desarrolló en las funciones de batalla en campo abierto y de asedio. Vegecio, escritor del siglo IV d.C., afirmaba que cada legión debería tener una balista o lanzador de dardos por centuria y una catapulta –lanzador de piedras– por cohorte: un total de 65 piezas. Esto encaja bien con la afirmación de Flavio Josefo de que las tres legiones que sitiaban Jotapata en el 67 d.C. desplegaron 160 armas de artillería. La gran mayoría de las catapultas eran de dos brazos, similares a las ballestas pero propulsadas por haces de tendones retorcidos. Los accesorios metálicos de su armazón, especialmente las «lavadoras» que contenían los tendones, son hallazgos arqueológicos de referencia que, junto con los proyectiles, revelan el diseño y el calibre. La más pesada lanzaba piedras de más de 118 kg de peso, pero lo más habitual es que fuesen de unos 26 kg, para utilizar en la demolición de estructuras de puertas, máquinas de sitio de madera, y para barrer los parapetos que protegían a los defensores desde lo alto de las murallas. Las más ligeras disparaban flechas o dardos a una distancia de 400 m o más con una precisión extrema, contra objetivos humanos o, usando cabezas incendiarias, para incendiar por dentro edificios asediados y máquinas de sitio de madera. Un armazón intacto se encontró recientemente en Xanten (*Castra Vetera)* en la Renania alemana. Pertenece a un arma pequeña, propulsada por tendones, manual y de uso individual. Lanzadores de dardos más pesados se vieron primero en la Columna de Trajano, montados sobre un carro para usar en apoyo de la línea que avanzaba, y fueron habituales hasta el siglo VI.



Arriba. Reconstrucción de una pieza de artillería de torsión de un tipo de uso corriente desde el siglo I a.C. hasta el I d.C.

Izquierda. Reconstrucción del arma de torsión manual, lanzadora de dardos: una *manuballista* de un tipo que probablemente se empleó en las legiones mucho más de lo que se había imaginado hasta ahora.



Arriba. Vista de la Puerta de Palmira (oeste) en la muralla del desierto de Dura Europos. Era el acceso mejor defendido de la ciudad, frente a la meseta desértica, con dos torres rectangulares salientes y un patio delantero amurallado. Era tan fuerte que fue evitada por los sitiadores sasánidas a mediados de los años 250 d.C.

Abajo. Reconstrucción de dos legionarios del siglo I d.C.

amplio para cubrir a su portador desde el tobillo al mentón, recurvado en su eje estrecho o lateral. Los escudos legionarios estaban pintados con rayos de Júpiter y signos del zodiaco, así como distintivos de la unidad.

Durante los siglos I y II d.C., el armamento legionario consistía en una espada corta de doble filo que el soldado portaba en su lado derecho para evitar que le estorbase el escudo curvo. Era una espada diseñada igualmente para el corte y para punzar, basada en las formas republicanas. Las jabalinas pesadas republicanas *(pila)* continuaron empleándose también. Algunos legionarios utilizaban jabalinas más ligeras *(lanceae)*, y un cuidadoso análisis de las fuentes da a entender que la infantería ligera armada con jabalina estaba presente siempre en la composición de las legiones. Hay datos abundantes de que el tiro con arco jugaba un papel en el entrenamiento general de todos los soldados romanos, especialmente para la defensa desde las almenas, pero hay atestiguados arqueros especialistas en las legiones en diversos periodos. En el siglo III se difundió un escudo oval en forma de plato y parece haber declinado el uso de las corazas segmentadas. La espada corta se sustituyó ampliamente por espadas largas *(spatha)*, que se llevaban en el lado izquierdo.

LAS TROPAS AUXILIARES

En todas las épocas la infantería pesada de las legiones requería tropas de apoyo. El Imperio romano incorporó una gran variedad de tradiciones culturales. Éstas proporcionaron especialistas, como caballería con lanza y escudo (hispanos, galos y tracios), caballería ligera adaptada a las escaramuzas (moros y dálmatas), infantería ligera (númidas), tropas de montaña (hispanos), arqueros (númidas, tracios, sirios) y honderos (hispanos). Aliados y mercenarios habían sido utilizados durante la República, pero se necesitaba algo disponible con más regularidad para servir al lado de las legiones imperiales. Así que los emperadores crearon regimientos «auxiliares» permanentes de infantería, caballería y mixtos, unidades parcialmente montadas. Cohortes de 480 u 800 hombres (a los que



Arriba. Dos soldados legionarios de siglo I d.C. en un pedestal de la fortaleza de Maguncia, en Alemania. Obra de soldados, estos relieves son una fuente iconográfica que sirve como paralelo válido para contrastar con los esculpidos en los talleres de la metrópoli, como la Columna de Trajano.

Página siguiente. Lápida del auxiliar de caballería tracio Longinus, hallada en Colchester (Essex). El difunto parece llevar una coraza de escamas, la armadura de cota de malla más común en el arte funerario. La cara fue dañada seguramente en la revuelta de Boudicca, pero la parte perdida fue redescubierta y restaurada recientemente.

se agregaban a menudo 120 o 240 soldados de caballería) se dividían en centurias bajo el mando de centuriones. Los regimientos compuestos íntegramente de jinetes eran denominados «*alae*» (alas), y también los habría de mayores o menores dimensiones, organizados en *turmae* bajo el mando de decuriones. Así, había seis tipos de regimientos auxiliares basados en los modelos pretoriano y legionario. De modo absolutamente predecible, los datos de los barracones excavados en los fuertes que se cree alojaban un regimiento y de registros de la unidad sobre papiro demuestran que esta composición numérica era teórica y que la organización interna del regimiento podía variar mucho. No obstante, los comandantes del ejército podían dar por bueno que las cohortes auxiliares estaban en dos órdenes de tamaño; en torno a 500 hombres unas y en torno a 1.000 hombres, otras.

Cada regimiento estaba comandado por un oficial del ordo ecuestre y se desarrolló una jerarquía de antigüedad o escalafón, en especial desde los años 60 d.C., cuando surgieron las primeras grandes unidades. La caballería era de mayor categoría que la infantería. Como las legiones, estas unidades eran alistadas para campañas específicas, y luego fusionadas y disueltas. También como en las legiones, sus títulos podían ser reflejo de su creador, pero los basados en el origen de las tropas eran más precisos, según el pueblo, la tribu o, en el caso de regimientos reclutados en Oriente, la ciudad. Otros títulos aludían a las especialidades en armamento, como lanceros de caballería, catafractarios o arqueros. Los regimientos eran recompensados por su lealtad y acciones en combate con condecoraciones militares y títulos adicionales como *torquata* («premiada con torques») o *pia fidelis* («fiel y leal»). La mayoría de los regimientos estaban compuestos no ciudadanos, pero algunos fueron recompensados con concesiones en bloque de la ciudadanía. Así pues, los títulos que podía acumular un regimiento podían llegar a ser bastante complejos. Por ejemplo, un regimiento de caballería de gran tamaño, alistado primero por Petrus en la Galia y honrado tres veces, fue denominado *ala Gallorum Petriana milliaria civium Romanorum bis torquata* («ala petriana de galos, de 1.000 ciudadanos romanos, premiada dos veces con torques»). Petrus fue uno de los ciudadanos romanos que alistó personalmente las primeras unidades de caballería. Los auxiliares servían durante 25 años por menos paga y recompensas que las tropas legionarias, pero, antes del 212 d.C. (cuando la población libre recibió la ciudadanía), la atracción a largo plazo por el alistamiento incluía las ventajas de dicha ciudadanía concedida al finalizar el servicio.

El establecimiento definitivo de regimientos auxiliares puede estimarse de periodo a periodo examinando los títulos de las unidades, rastreando historias de cada una



Arriba. Placa de bronce fragmentaria, mitad de un diploma de licenciamiento hallado en Malpas (Cheshire), concedido a Reburrus, del *ala I Pannoniorum,* en el 103 d.C.

a través de su registro arqueológico, y a través de los documentos en placas de bronce *(«diplomata»)* entregados a los soldados cuando se licenciaban. Más de 400 de éstos han sido redescubiertos, con la enorme significación de que dan cuenta de los nombres de todos los regimientos que licencian hombres en una provincia al mismo tiempo. Así, hacia el 155 d.C. había 81 regimientos de caballería grandes y pequeños y unos 247 regimientos de infantería y mixtos de varios tamaños, que suponen sobre el papel unos 180.000 auxiliares para todo el Imperio.

Los auxiliares proporcionan el grueso de la caballería del ejército: exploradores, batidores, infantería ligera y lanzadores de proyectiles. Ellos tenían la parte más difícil en la vigilancia de las fronteras del Imperio. Es probable que la mayoría no tuviese las capacidades para construir instalaciones hasta bien entrado el siglo II d.C., pero desde entonces construyeron sus propias fortificaciones y otras obras, y los regimientos de caballería eran tan activos como otras unidades. Los auxiliares rara vez o nunca manejaban la artillería.

En cuestiones de equipamiento, tanto la infantería como la caballería estaban dotadas universalmente de corazas de escamas o de cota de malla. Los ejércitos romanos puede que hayan sido uno de los ejércitos más fuertemente acorazados de la historia, sin distinción de riqueza personal y estatus, sobre todo porque el equipamiento estaba disponible en cantidad adecuada y su coste dependía del Estado. Los auxiliares tomaron parte cada vez más en el trabajo del metal, la fabricación del equipo y su reparación. Las formas del casco de infantería eran similares a las de los que llevaban los legionarios y la caballería llevaba diferentes tipos que acentuaban la protección de la parte baja del cuello. A fines del siglo II y en el siglo III los cascos de infantería y caballería se volvieron muy semejantes en diseño y protección, lo que en parte se debe a una postura más erguida en la esgrima por parte de la infantería, que utiliza ahora espadas más largas. Todos los auxiliares utilizan escudos planos, ovales o rectangulares con un umbo con asa central, pero se sabe poco de su decoración pintada. En el siglo III utilizaban los mismos escudos ovales como platos igual que los demás soldados, y las mismas formas de espada. Ellos sustituyeron los *pila* por lanzas

(hastae) y jabalinas ligeras. La caballería usaba también estas armas astadas y manejaban la larga *spatha* para tener el alcance necesario desde la grupa del caballo. Se adoptaron lanzas a dos manos tomadas de los pueblos nómadas sármatas de la estepa (véase capítulo 13) por parte de unas pocas *alae* en la época de las guerras danubianas de Trajano. Los arcos compuestos fueron utilizados por arqueros levantinos. Los hallazgos de proyectiles de honda dan a entender que muchas unidades auxiliares eran entrenadas como honderos sin que tuviesen un epíteto específico de unidad. Toda la caballería, excepto los irregulares moros más ligeros, usaba la silla con cuernos «traco-céltica» que daba al jinete un asiento enormemente seguro.

Aparte de los regimientos auxiliares, había también unidades transitorias reclutadas para campañas concretas, o aportadas por Estados amigos para apoyar a los ejércitos romanos. La caballería ligera mora para las escaramuzas era idónea contra los nómadas de las estepas del Danubio o los arqueros partos a caballo en el este. Igualmente, los arqueros sirios, tanto a pie como a caballo, eran muy valorados para utilizar contra las tribus germánicas sin armaduras y los arqueros orientales a caballo. Ambos grupos alcanzaron a menudo una existencia más permanente como unidades denominadas *numeri* –un término genérico que se empleaba para cualquier unidad cuando otros términos, como legión o cohorte, no resultaban apropiados.

Otro componente no ciudadano de las fuerzas armadas de Roma estaba constituido por las flotas. La batalla de Actium en el 31 a.C. fue la última gran acción naval de la época romana. Desde entonces el Mediterráneo fue un lago romano. Augusto estableció dos flotas «imperiales», en Miseno (en la bahía de Nápoles) y en Rávena (en la cabecera del mar Adriático). Durante el siglo I d.C. se estacionaron otras escuadras en el Canal de la Mancha, a lo largo del Rin y el Danubio, en el mar Negro, y en el Mediterráneo Oriental. Estas flotas transportaban y aprovisionaban los ejércitos en un papel auxiliar, transportaban al emperador y su séquito, actuaban a modo de comunicación veloz y patrullaban las fronteras fluviales del norte utilizando artillería montada en barcos. Las tropas de la flota operaban en tierra también como mano de obra experta para proyectos arquitectónicos e ingeniería; tendían los toldos sobre los edificios de espectáculos de Roma y a veces eran alistados en legiones recién creadas o actuaban como tropas de combate por sí mismas.

Casco de bronce de caballería tipo «deportivo» para emplear en las exhibiciones de entrenamiento de armas, procedente de Ribchester en Lancashire. La máscara protegía la cara y los ojos sobre todo de las jabalinas de ejercicio con punta de madera, y el caballo del propietario debía llevar una protección similar con una parrilla protectora ocular. La cima del casco está cubierta con decoración repujada y la máscara toma la forma de un rostro masculino griego idealizado.

LOS EMPERADORES Y LOS EJÉRCITOS EN LA GUERRA

Augusto incorporó enormes territorios al Imperio romano, pero bajo sus sucesores la expansión se ralentizó. Al principio las legiones estaban concentradas en grandes bases en las fronteras o detrás de ellas, dispuestas para avances futuros. Durante el siglo I d.C., el grupo de ejércitos del Rin fue el más numeroso y dominante políticamente. Los conflictos con los germanos orientales, dacios y sármatas en el frente danubiano se hicieron preponderantes en el siglo II d.C., con las guerras dacias de Trajano (101-102 y 105-106 [véase recuadro en la página siguiente]), las guerras contra los marcomanos y otros germanos en tiempos de Marco Aurelio (168-175, 178-180), y, posteriormente, con la aparición de nuevos enemigos como los godos. El resultado fue que el equilibrio numérico se desplazó hacia el este y el ejército de Iliria se convirtió en la elite militar y política. La frontera oriental fue la única que se enfrentaba a un enemigo ur-

La Columna de Trajano

La Columna de Trajano en Roma es el monumento por excelencia a las capacidades y a los logros del ejército romano. Sus 200 metros de friso helicoidal representan a 2.600 figuras humanas participando en las guerras dacias de Trajano más allá del Danubio (101-102, 105-106 d.C.) Los soldados romanos marchan, construyen, combaten y triunfan bajo la dirección del emperador, y someten a los bárbaros a su poder. Los relieves en el pedestal representaban originalmente más de 600 objetos de equipo bárbaro como despojos de la victoria.

Los acontecimientos históricos verificables en la columna son pocos, y las escenas de arengas imperiales, sacrificios, victorias y rendiciones enemigas están estilizadas y son formularias. Los soldados ciudadanos se representan de forma que se reconozcan visualmente con facilidad siguiendo los cánones de la propaganda, con armadura segmentada y escudos rectangulares. Sólo ellos ponen en práctica las artes de construcción de las instalaciones y el manejo de la artillería. La infantería auxiliar y la caballería llevan armadura de malla de anillos, portan escudos ovales y afrontan la mayoría de los combates, coincidiendo con las concepciones de la elite sobre una victoria gloriosa –aquella que se obtiene sin que se derrame sangre *romana*.

La columna aporta, además, información independiente no disponible en las otras fuentes, en especial en lo que concierne a los estandartes militares, tiendas, el rango de las fuerzas romanas participantes (tropas ciudadanas y no ciudadanas, infantes de marina, arqueros orientales, honderos, irregulares germanos, caballería mora) y los tipos variados de bárbaros a los que se combatió en las guerras. Los relieves de la columna fueron los primeros y los últimos que intentaron representar tal escala con semejante nivel de detalle escultórico.



Detalle del friso helicoidal de la Columna de Trajano: escenas de género representando la rendición de los bárbaros, los carros de suministros del ejército romano (parte inferior); la construcción de un campamento temporal y tropas dirigiéndose a la batalla (parte central); Trajano observando una gran batalla cuando se presentan ante él cabezas cortadas de bárbaros y el ejército avanza al asalto (parte superior).

banizado que planteaba una amenaza seria para los territorios de Roma. Las guerras contra los partos fueron fundamentalmente campañas agresivas que buscaban la gloria según el modelo de Alejandro, pero en realidad consistían en múltiples asedios de ciudades. Desde el año 230, una nueva dinastía persa, la sasánida, apareció en el este; un vecino mucho más peligroso, que infligió algunas duras derrotas a los ejércitos romanos (véase capítulo 10). El frente oriental se convirtió en una región de ciudades bien fortificadas y una «escuela de guerra» en el sentido renacentista. Aparte de guerras civiles cortas, en las que los ejércitos romanos practicaron sus habilidades militares unos sobre otros (68-69 d.C., 193-197, 217-218, 235 en adelante), hubo revueltas contra el dominio romano que fracasaron siempre una vez que se reunieron los ejércitos para aplastarlas.

Entre las grandes guerras y las incursiones bárbaras a gran escala, el ejército tenía que guardar las fronteras contra amenazas de bajo nivel. Así que, por razones de seguridad política y facilidad de abastecimiento, las bases se redujeron para albergar sólo una legión, y la mayoría se situaron en vías fluviales navegables. Destacamentos legionarios y regimientos auxiliares, o parte de éstos, se desplegaban a lo largo de las líneas fluviales y las barreras fronterizas para encargarse de instalaciones más pequeñas. Sobre el terreno, la capacidad de los ejércitos romanos para tender puentes en los grandes ríos, para abrir claros en los bosques, construir carreteras y comunicarse a largas distancias con torres de señales y otros medios, les daba a sus ejércitos de campaña grandes ventajas en movilidad estratégica sobre la mayoría de los enemigos bárbaros. Teóricamente los trenes de equipajes se reducían al mínimo; integradas en las unidades militares, no había una organización separada de transporte o de aprovisionamiento. Las reatas de mulas eran comunes en todo el Imperio y los restos de muchos de ellos se han hallado en un yacimiento excavado relacionado con el desastre del Varo del año 9,

Mapa que muestra la extensión máxima del Imperio romano y las principales provincias y lugares mencionados en este capítulo.





Detalle del friso helicoidal de la Columna de Trajano: el ejército cruza el Danubio al comienzo de la primera guerra dacia en el 101 d.C. (parte inferior); soldados romanos construyen puentes y fortificaciones (parte superior).

en el que tres legiones y los auxiliares correspondientes fueron destruidos por tribus germanas cerca de la actual Kalkriese, en Alemania. Llevaban tiendas, piedras de moler grano y equipo de repuesto. En las provincias orientales las tropas tenían una ventaja absoluta por la disponibilidad de rebaños de camellos, principalmente dromedarios. La mayor parte de la comida, bebida y equipo, sobre todo artillería, se transportaban en carros de dos o cuatro ruedas tirados por mulas, caballos o bueyes.

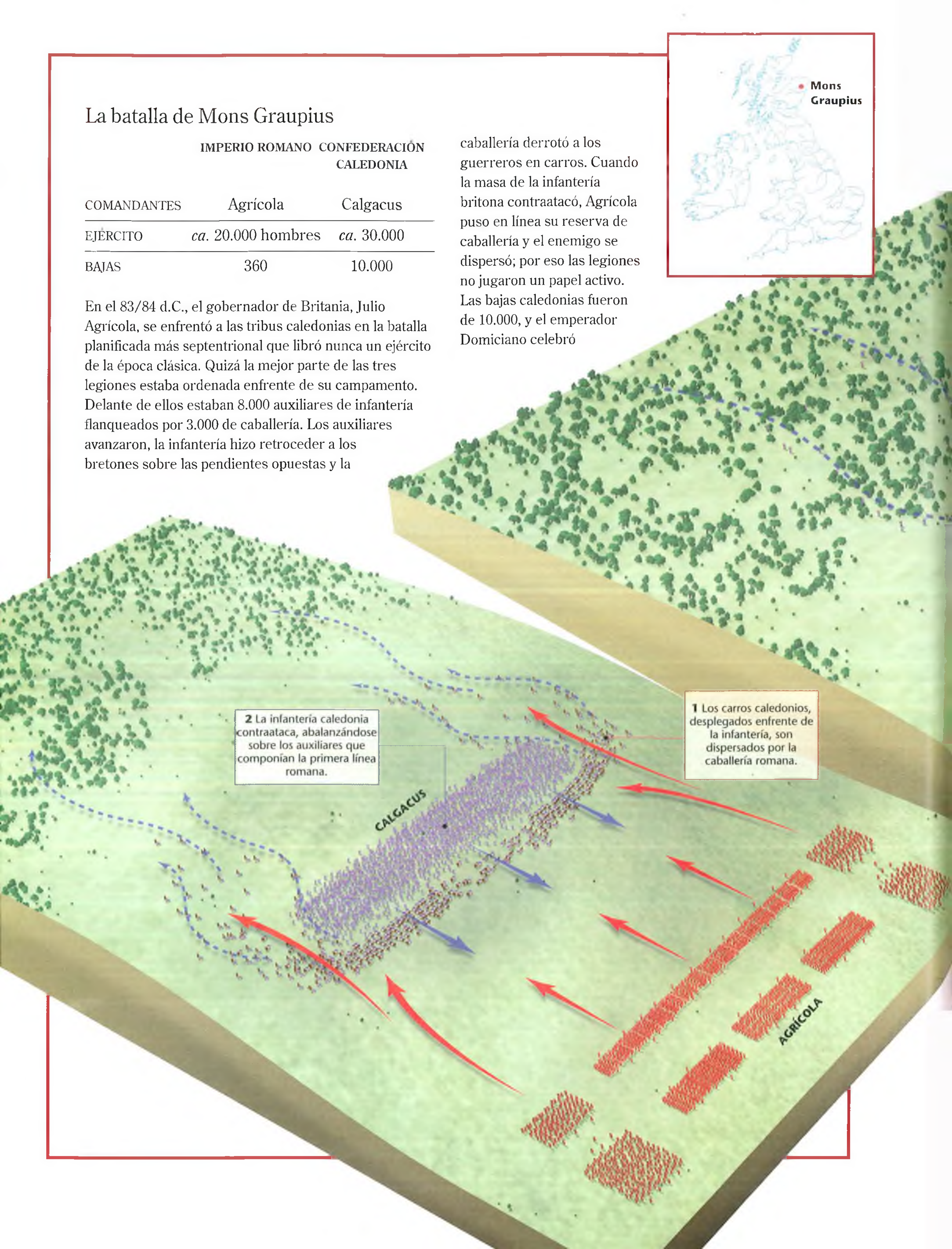
El cuadro completo de establecimientos legionarios y auxiliares (en número de 140.000 y 180.000 en *ca.* 155 d.C.) no ayuda descubrir a los ejércitos romanos en guerra, porque muchas unidades patrullaban las fronteras en regiones pacíficas o cumplían funciones de apoyo en retaguardia en los frentes de guerra. Sin embargo, hay varios ejemplos que ilustran la composición de los ejércitos de campaña en el frente. Durante la guerra de Panonia entre el 6-9 d.C., librada en el oeste de los Balcanes contra tribus panonias rebeldes, el futuro emperador Tiberio concentró un enorme ejército de campaña. Consistía en 10 legiones y 10.000 legionarios veteranos adicionales, más de 70 cohortes auxiliares, 14 regimientos de caballería, y algunas tropas irregulares. Con al menos 102.000 hombres, fue una concentración extraordinariamente amplia bajo el mando del designado heredero de Augusto. Durante la guerra judía (66-73 d.C.), Vespasiano y Tito mandaron conjuntamente tres legiones, 23 cohortes auxiliares y cinco *alae,* más 4.000 arqueros de caballería y 6.000 de infantería aportados por los reyes vecinos, elevando a 60.000 el total de tropas. Un texto escrito por un autor desconocido («Pseudo-Hygino») en el siglo III d.C., que describe la disposición de una base de campaña, enumeraba un ejército de cuatro cohortes pretorianas con 400 jinetes adscritos, 450 guardias a caballo, tres legiones, 1.600 legionarios sueltos, cuatro grandes *alae,* cinco *alae* pequeñas, 600 efectivos moros y 800 panonios de caballería irregular, 200 exploradores, 1.300 tripulantes de la flota, 12 cohortes de auxiliares diversos, 3.300 arqueros de Palmira y otros irregulares, y 200 de tropas de servicios especiales. Aunque sea un ejercicio literario, la evidencia interna manifiesta que éste era un ejército concebido para el frente danubiano, quizá en la época de Adriano o Marco Aurelio con unos efectivos de unos 37.000 hombres.

Desgraciadamente, las descripciones de batallas en los textos históricos conservados son breves y resumidas. Por ejemplo, según Tácito, en la batalla del Mons Grau-

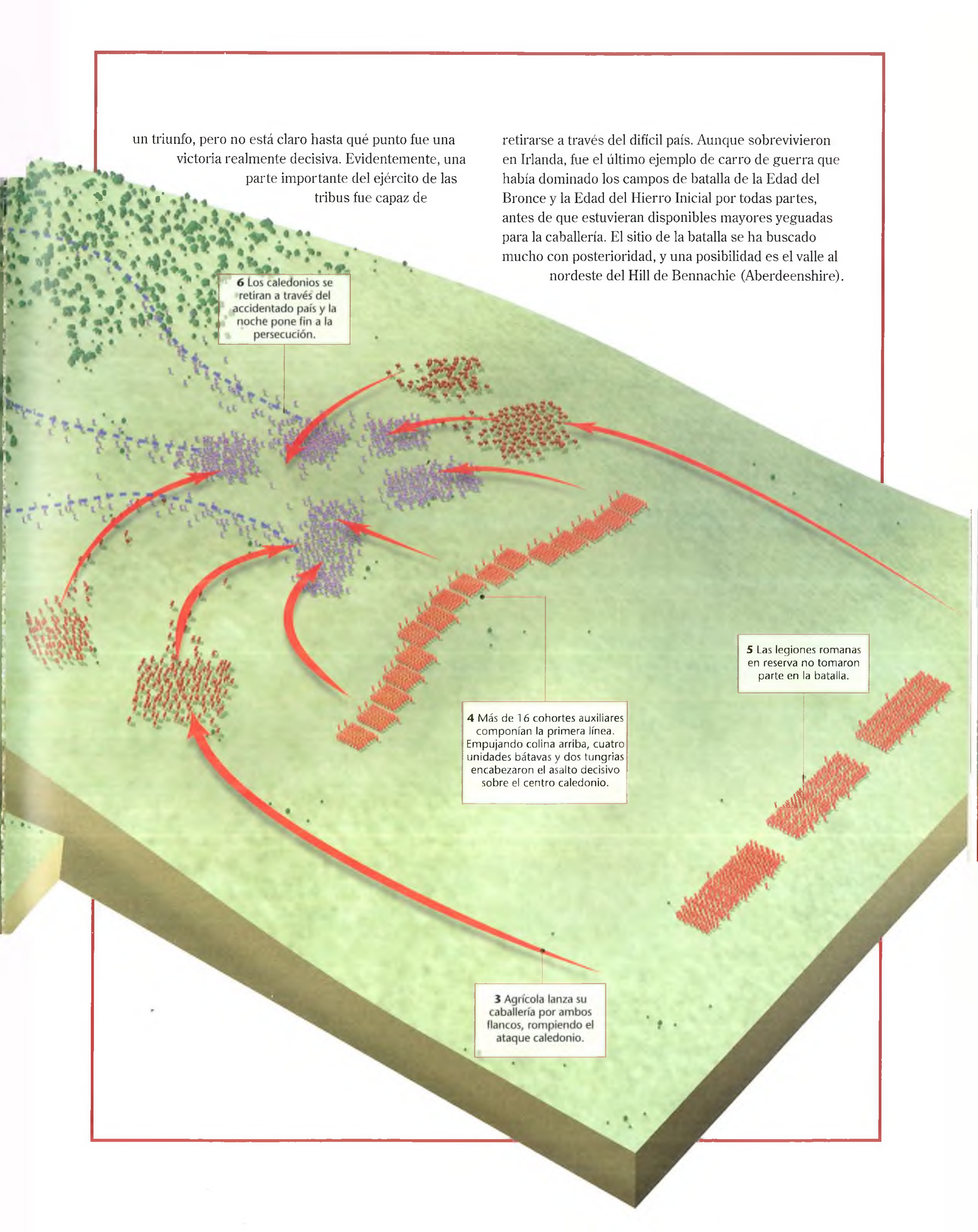
La batalla de Mons Graupius

	IMPERIO ROMANO	CONFEDERACIÓN CALEDONIA
COMANDANTES	Agrícola	Calgacus
EJÉRCITO	*ca.* 20.000 hombres	*ca.* 30.000
BAJAS	360	10.000

En el 83/84 d.C., el gobernador de Britania, Julio Agrícola, se enfrentó a las tribus caledonias en la batalla planificada más septentrional que libró nunca un ejército de la época clásica. Quizá la mejor parte de las tres legiones estaba ordenada enfrente de su campamento. Delante de ellos estaban 8.000 auxiliares de infantería flanqueados por 3.000 de caballería. Los auxiliares avanzaron, la infantería hizo retroceder a los bretones sobre las pendientes opuestas y la caballería derrotó a los guerreros en carros. Cuando la masa de la infantería britona contraatacó, Agrícola puso en línea su reserva de caballería y el enemigo se dispersó; por eso las legiones no jugaron un papel activo. Las bajas caledonias fueron de 10.000, y el emperador Domiciano celebró



un triunfo, pero no está claro hasta qué punto fue una victoria realmente decisiva. Evidentemente, una parte importante del ejército de las tribus fue capaz de retirarse a través del difícil país. Aunque sobrevivieron en Irlanda, fue el último ejemplo de carro de guerra que había dominado los campos de batalla de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro Inicial por todas partes, antes de que estuvieran disponibles mayores yeguadas para la caballería. El sitio de la batalla se ha buscado mucho con posterioridad, y una posibilidad es el valle al nordeste del Hill de Bennachie (Aberdeenshire).



pius en el 83/84, la caballería auxiliar y la infantería avanzaron con tanta eficacia que ellos solos rechazaron a las tropas caledonias, dejando a los legionarios como espectadores (véase recuadro p. 198). Exactamente contemporáneas, las esculturas de la Columna de Trajano en Roma muestran a las tropas auxiliares luchando y a las ciudadanas, de reserva. Los últimos entran en combate en muy pocas ocasiones, principalmente en asedios que están ligados con la maestría técnica romana, con la civilización superior romana. La cuestión aquí es que la descripción de Tácito (y también la de la Columna de Trajano) puede simplemente haberse adaptado al ideal de victoria militar de la elite.

Sin embargo, la literatura histórica y técnica muestra cómo se ordenaban realmente los ejércitos romanos para ofrecer batalla a los enemigos bárbaros. El método básico era disponer las cohortes legionarias presentes en tres hileras para formar la línea principal de batalla, como describió Julio César. La tropas de apoyo auxiliares se colocarían en las alas del ejército y en la reserva. El armamento legionario de espada corta y *pila* había demostrado ser eficaz durante la República contra la infantería con armadura, en orden cerrado, armada con pica o con lanza, de los ejércitos helenísticos y cartagineses. Igualmente, la formación en cohorte fue capaz de resistir las cargas salvajes de la infantería de los bárbaros del norte. Éstos continuaron siendo enemigos de consideración en Britania, Germania y en las tierras del Danubio. Puede imaginarse un escenario táctico en el cual los guerreros bárbaros que se acercaban eran golpeados primero a larga distancia por la artillería, que liquidaría con precisión a sus jefes principales; luego, por los arqueros y honderos, que eliminarían a un número importante de hombres desprotegidos, sin armadura. Más cerca, una lluvia de *pila*s pesadas los traspasaría a través de los escudos y las armaduras. La línea legionaria habría contraatacado para enfrentarse a una formación bárbara que ya habrá perdido su ímpetu por los cuerpos caídos, con los que tropezaban y desorganizaban a los hombres que seguían detrás. En el choque con los bárbaros, la bien protegida línea de legionarios, en una formación flexible con un espacio de un metro por hombre, luchaba utilizando los escudos en combinación con estocadas súbitas con la espada sobre blancos vulnerables. Si la línea romana se sostenía y el ímpetu bárbaro se apagaba, entonces las legiones avanzaban cortando entre la masa de guerreros hasta que se desintegraba en fuga. Si la línea romana era rechazada o, peor aún, superada, entonces entraba en acción la siguiente línea de cohortes.

Cómo se enfrentaron los ejércitos romanos con los nómadas de las estepas, los ejércitos de los partos y los sasánidas en el oriente, podemos valorarlo a partir del *Orden de batalla contra los Alanos* de Arriano. Arriano, general, historiador y filósofo del siglo II d.C., describe meticulosamente la composición de su ejército en Capadocia (Turquía oriental) durante el reinado de Adriano, cuando hubo una amenaza de invasión de alanos sármatas. El ejército de Arriano se componía de una legión completa de más de 2.000 legionarios sueltos, exploradores de caballería, tres *alae*, el equivalente a cinco cohortes auxiliares mixtas, y 1.000 tropas irregulares: una fuerza total de 13.000 hombres. Cuando el ejército llegó al lugar escogido, hubo que ordenarse con las tropas legionarias en el centro. Sus flancos iban a ser protegidos por las colinas cubiertas por la artillería, la infantería auxiliar y las tropas irregulares, incluyendo los arqueros. La caballería se mantendría en reserva. La mayoría de la cohorte auxiliar de caballería e infantería eran arqueros, como una importante proporción de las tropas irregulares.

Los legionarios fueron dispuestos en filas cerradas con un espacio de 45 cm por hombre, escudo contra escudo, en una formación de ocho filas en fondo, las cuatro primeras armadas con *pila*, las cuatro de atrás con jabalinas más ligeras *(lanceae)*. La línea entera sería respaldada por arqueros de los auxiliares de infantería. Cuando los ala-



Lápida de un lanzador de jabalina *(lancearius)* de la legio II Parthica, fechada en la primera mitad del siglo III d.C., procedente de Apamea (Siria). Un haz de jabalinas cortas, ligeras, se representa claramente en la mano derecha del soldado.

nos cargasen contra el centro romano tendrían que pasar a través de una tormenta de proyectiles. En el improbable caso de que sus caballos alcanzasen la vanguardia romana, se encontrarían con un impenetrable bosque de puntas y una continua lluvia de jabalinas y flechas. Una vez el enemigo fuese rechazado, entonces la infantería, armada con jabalinas, y la caballería de reserva los perseguiría con precaución hasta que pudiesen contar con apoyo a su vez; tal movimiento debería hacer retroceder el ataque de los alanos. Las tropas de las alas, en especial los arqueros, tenían que impedir que la vanguardia se viese superada en los flancos por los contraataques bárbaros. Arriano se preocupaba sobre todo por los peligros que planteaba a un ejército mayoritariamente de infantería la flexibilidad táctica y la movilidad de la caballería de los nómadas de las estepas. En cualquier caso, los ejércitos romanos en el este contenían una proporción mucho mayor de arqueros que los del oeste por razones de tradición cultural de la zona y por causa de que se constituyeron regimientos auxiliares.

Este plan táctico fue habitual probablemente en la frontera oriental, en la que los ejércitos romanos se enfrentaban no sólo a los nómadas de las estepas, sino también a los ejércitos de caballería acorazada de los partos y sasánidas. Lápidas encontradas en Apamea (Siria), fechadas en la primera mitad del siglo III d.C., pertenecían a soldados de la *legio II Parthica,* y enumeran varias especialidades legionarias, incluyendo lanzadores de dardos, arqueros, lanzadores de jabalina e infantería de formación cerrada. Esta *II Parthica* probablemente se desplegase en una formación profunda similar al orden de batalla de Arriano, quizá de manera especial cuando se entrenaba para la guerra en el este. Los *pila* continuaban fabricándose en las fortalezas legionarias del oeste, junto con el equipo para los arcos. Se han tenido en cuenta estos datos para sugerir que desde la época de Adriano hubo un desplazamiento en las tácticas legionarias: de las líneas múltiples, flexibles de cohortes a una «falange» simple, profunda, monolítica. Esta interpretación simplifica los datos trazando líneas de desarrollo entre muy pocos puntos establecidos, y valora insuficientemente el contexto táctico específico del oriente de las fuentes.

Los ejércitos romanos se mantuvieron siempre como modelos de excelencia militar. Esto se debe en parte a que tenían una filosofía de entrenamiento continuo. Todos los ejércitos son tan buenos como su última actuación, y sin guerras frecuentes su experiencia real de combate se disipa con el tiempo. Muy pocos ejércitos anteriores a la época moderna fueron más allá del entrenamiento inicial en las armas y la formación de los reclutas. Los romanos tenían inspecciones y revistas y practicaban maniobras que no involucraban sólo a regimientos, sino a grupos de combate legionarios extensos. Esto es lo que significa la famosa afirmación de Josefo de que los ejercicios romanos son batallas sin sangre y sus batallas son ejercicios sangrientos. Los peligros de la laxitud, del lujo y la inactividad eran bien conocidos y se tomaban medidas para evitarlo. Evidentemente, Roma sufrió algunas derrotas notables a manos de enemigos aparentemente menos desarrollados. Sin embargo, los métodos exitosos con la infantería de ciudadanos que se desarrollaron durante la República se perfeccionaron, y se desarrolló un ejército verdaderamente profesional bajo Augusto y sus sucesores. Las tradiciones militares constitutivas del Imperio fueron plenamente explotadas con los no ciudadanos de las tropas auxiliares, y la tecnología y las tácticas evolucionaron según cambiaban los enemigos y las circunstancias. ¿Cómo se puede explicar mejor el largo historial de éxito del ejército romano?



12 Roma y los bárbaros

FECHAS CLAVE

Imperio romano (284-476 d.C.)

260 d.C. Derrota de Valeriano ante los persas en Edessa.

284 Diocleciano accede al trono.

285 Diocleciano divide la administración imperial entre Oriente y Occidente.

363 Invasión de Persia por Juliano.

363 Batalla de Ctesifonte.

378 Derrota de Valente ante los godos en la batalla de Adrianópolis.

410 Saqueo de Roma por los godos.

439 Conquista de Cartago por los vándalos.

451 Derrota de Atila y los hunos en la batalla de Chalons.

455 Saqueo de Roma por los vándalos.

461 Asesinato del emperador Mayoriano. El ejército de Occidente se derrumba.

476 Es depuesto el último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo.

Mosaico de la iglesia de Santa Maria Maggiore, Roma, mediados del siglo v d.C. Esta escena bíblica muestra la destrucción del ejército del faraón en el cruce del mar Rojo. Los soldados se representan sobre modelos contemporáneos, aunque los carros son anacrónicos.

El Bajo Imperio romano estaba rodeado por enemigos bárbaros en Europa, África y el Oriente. En Europa había tres fronteras septentrionales: en Britania y el mar del Norte, a lo largo del Rin y el alto Danubio, y en el medio y bajo Danubio. Aquí había grupos de bárbaros, que se aliaban a veces en grandes confederaciones bajo el mando de jefes competentes. Los enemigos en Britania incluían a pictos, escotos y sajones; en el Rin, varios grupos de francos y alamanes; y en el Danubio, godos, sármatas y hunos. En África del Norte, Egipto y el Levante, las amenazas venían de varias tribus de moros, blemnios y sarracenos. La política romana en África y Europa era a corto plazo y agresiva. La amenaza bárbara no podía ser erradicada, así que se mantenía a distancia del mejor modo, con una combinación de actividad política y ataques preventivos. A veces los bárbaros tenían suerte y obtenían victorias, pero la explotación de las mismas sólo podía producirse si los romanos estaban distraídos con la política doméstica. Sin embargo, debe reconocerse también que siglos de exposición a los métodos militares romanos habían hecho a esos enemigos mucho más peligrosos que los bárbaros a los que se enfrentó el Alto Imperio. Pero el mayor enemigo del Imperio estaba en el este: Persia. En Mesopotamia, el Cáucaso, en las montañas de Anatolia central, los romanos se enfrentaron con un Estado organizado que podía desplegar grandes ejércitos. En el 260 d.C., el emperador Valeriano en persona fue capturado cerca de Edessa. Las relaciones con Persia eran más formales, y hubo estados de guerra y paz regulados por tratados escritos. Así pues, aun cuando el Imperio de Occidente se derrumbó bajo la presión de los bárbaros en el siglo v, Persia siguió siendo el mayor enemigo.

PROBLEMAS BÁRBAROS

A lo largo de los siglos III y IV, los romanos fueron capaces, en general, de conservar la superioridad en sus fronteras. Se perdieron algunas batallas pero también se habían perdido antes, y al final del siglo IV el Rin y el Danubio eran todavía las fronteras romanas en Europa. No obstante, el fracaso frente a los godos en la batalla de Adrianópolis en el 378 (véase recuadro pp. 206-207) llevó finalmente al asentamiento de grupos de godos en los Balcanes. El uso subsiguiente de éstos por los romanos en las guerras civiles contra Magno Máximo, primero (en el 388), y Eugenio después (en el 394) permitió la creación de una identidad política goda. Los godos se convirtieron en una parte fija del paisaje militar y político, un poder con el que negociar dentro de las fronteras del Imperio. Al mismo tiempo continúan las amenazas externas. Así, los problemas de Roma con los godos en Italia, que concluyen con el saqueo de Roma en el 410, tuvieron lugar contra un telón de fondo con el cruce del Rin en el 406 por grupos de vándalos, alanos y suevos, y la pérdida del control de Britania. Los godos se establecieron luego en Aquitania en el 418, donde fueron utilizados contra estos vándalos, alanos y suevos, que se habían asentado en España.

No fue hasta los años cincuenta del siglo v cuando los godos comenzaron a desarrollar algún sentimiento de independencia. Hasta ese momento, eran más importantes otros problemas, en especial los vándalos que habían ocupado el norte

Estatua de pórfido de los cuatro tetrarcas (Diocleciano, Maximiano, Galerio y Costancio I) procedente de Venecia. Los emperadores aparecen como soldados abrazándose entre sí para simbolizar la unidad imperial, y están vestidos como tal, aunque llevan el típico gorro informal («gorro panonio») en lugar de los cascos.

de África, los burgundios, que estaban ocupando parte de Renania, y los hunos. Los hunos proporcionan un buen ejemplo de la debilidad de los enemigos de Roma. Aunque fueron capaces de reducir los Balcanes a un estado de devastación en los años cuarenta del siglo V, el poder del caudillo de los hunos, Atila (véase capítulo 13), era personal y no podía sobrevivir a los reveses. Fue frenado en la Galia en la batalla de Chalons, en el 451, e invadió Italia en el 452 con escaso efecto. Una vez muerto Atila en el 453, su imperio se derrumbó. Pero las fronteras eran largas y continuaron presentando problemas a los romanos con un saqueo vándalo de Roma en el 455 y la aparición de nuevos grupos de godos en el Danubio. El colapso militar definitivo de Occidente vino sólo con el asesinato del emperador Mayoriano en el 461, pero el Imperio de Oriente continuó, y en el siglo VI Justiniano consiguió emprender una exitosa reconquista de África, Italia y algunas partes de España.

La política imperial fue también una parte importante de la historia de Roma y los bárbaros en la Baja Antigüedad. Cuando Diocleciano tomó el poder imperial en el 284 d.C., se enfrentó a numerosos problemas. La inestabilidad política era quizá el más crítico. La respuesta de Diocleciano fue crear la Tetrarquía, un grupo de cuatro emperadores cooperantes, que fueron capaces de estabilizar la mayoría de las crisis internas y externas a las que se enfrentó el Imperio. El sistema se derrumbó bajo las presiones de la sucesión a principios del siglo IV, pero estableció el principio de un colegio de emperadores que se recreó en el reinado de Constantino I (306-337), aunque éste prefirió la familia a los amigos. Se sucedieron guerras civiles entre los hijos de Constantino, que desembocaron en el gobierno único de Constancio II desde el 350, pero para entonces estaba claro que se necesitaba más de un emperador, y Constancio nombró a su primo Juliano como emperador subalterno. Constancio murió en el 361 y Juliano murió combatiendo en Persia en el 363. Después del breve reinado de Joviano, el siguiente emperador, Valentiniano I, compartió el poder con su hermano Valente. Aunque había todavía un solo Imperio (con un único sistema legal y moneda), desde este momento las partes oriental y occidental comenzaron a distanciarse, un proceso que se aceleró en el siglo V. El último emperador romano en el Oeste fue depuesto en el 476, pero el Imperio de Oriente continuó.

Estatua colosal de bronce (cinco metros de alto) de un emperador romano bajoimperial de Barletta, Italia, aunque se supone que originalmente estaba en Constantinopla. Aunque está vestido como general, es dudosa la identificación del emperador; Valentiniano I, Teodosio II y Heraclio se han señalado como candidatos. La cruz es una adición posterior.



EL EJÉRCITO BAJOIMPERIAL

El ejército bajorromano era como cualquier otro, con buenos y malos soldados, oficiales y generales. Algunos días fue afortunado, desafortunado en otros. Su misión era defender al Estado romano, una tarea que cambió muchísimo entre el 284 y el 500. La historia del colapso del Imperio en el Oeste ya no se ve tanto como una historia militar, sino más bien como fracaso del mando y la política.

Pero si el Imperio que había que defender era radicalmente diferente en el 284 y el 500, ¿cómo era el ejército? Más que centrarse en los fracasos del ejército, o en anécdotas llamativas, un planteamiento más útil es quizá preguntarse si el Imperio podía haberse permitido el lujo de un sistema defensivo que mantuviese alejados a los bárbaros todo el tiempo. Los escritores de la época pueden haber deseado esto (y son seguidos por autores de ahora que escriben sobre el imperio romano), pero parece improbable que hubiesen pagado los impuestos necesarios para ello. Cuando el funcionario financiero imperial subalterno Ursulus vio las ruinas de Amida (en la actual Turquía) en el 360, saqueada por los persas el año anterior, subrayó: «Contemplo el valor con el que son defendidas las ciudades por nuestros soldados; para pagar bien a los cuales, la riqueza del Imperio es insuficiente». Sus comentarios fueron recordados por las tropas, y un año más tarde en Calcedonia fue condenado a muerte en las purgas que hubo al acceder Juliano al trono. Así que nuestras preguntas deberían orientarse a cómo actuó el ejército en función de los recursos de que disponía y los retos que tenía que enfrentar. Durante este periodo hay pocos cambios en el ejército como tal, lo cual es importante porque da a entender que los romanos estaban satisfechos con sus estructuras militares.

Hay más datos para fines del siglo IV, cuando tenemos las historias detalladas de Amiano Marcelino, un oficial que había servido en Persia y en Renania. El reclutamiento es un tema interesante. Estudios antiguos afirmaban que había una disminución de hombres, aunque sería mejor hacer hincapié en las dificultades del reclutamiento. Los problemas para reclutar hombres de una población reacia eran los mismos en el 500 que en el 284, y no hay diferencia entre la Galia, Egipto o la frontera danubiana.

A mediados del siglo IV, Flavius Abinnaeus era el oficial al mando de un regimiento de caballería con base en Dionysias, en el Fayum. Se ha conservado un pequeño archivo de papeles personales y oficiales de Abinnaeus. Nos revelan que los soldados iban a la aldea de Dionysias cada día. Además de recaudar impuestos, el capítulo más veces registrado de la actividad reglamentaria era reclutar, pero conseguir reclutas de las aldeas no era siempre fácil. En un caso, un oficial no pudo encontrar ningún recluta, a pesar de pasar tres días allí; finalmente, los aldeanos aportaron dinero en lugar de un recluta, aunque mucho menos del valor oficial de un solo soldado. Otros soldados eran menos pacientes y más violentos: otra misión de reclutamiento hizo una leva a la fuerza, saqueó casas y espantó algún ganado. La reticencia a aportar hombres se debía a varias razones, aunque el hecho de que muchos de los que se fueron para ser soldados no hubieran regresado era probablemente la principal. Abinnaeus recibió una carta pidiendo que el cuñado del remitente fuese destinado a las tropas de frontera para que sirviese en Egipto, mejor que en el ejército de maniobra que podía desplazarlo a cualquier lugar del Imperio. Sin embargo, centrarse en los recursos humanos disponibles puede desenfocar la cuestión. Así lo señala Sinesio, responsable para la administración de algunas de las defensas de Cirenaica a principios del siglo V, «para la guerra necesitamos manos, no una lista de nombres».

Algunos de los hombres de la guarnición de Egipto serían nativos egipcios, destinados no lejos de sus hogares. Pero otros tendrían el destino temido por el correspondiente de Abinnaeus y serían enviados muy lejos. En los años 380, el emperador Teodosio I trasladó algunos godos recientemente reclutados a Egipto, mientras que un

La batalla de Adrianópolis

	IMPERIO ROMANO DE ORIENTE	GODOS
COMANDANTES	Valente	Fritigerno, Athaltheo, Saphrax
EFECTIVOS	15.000 a 30.000	*ca.* 20.000
BAJAS	Unos 20.000	Se ignora

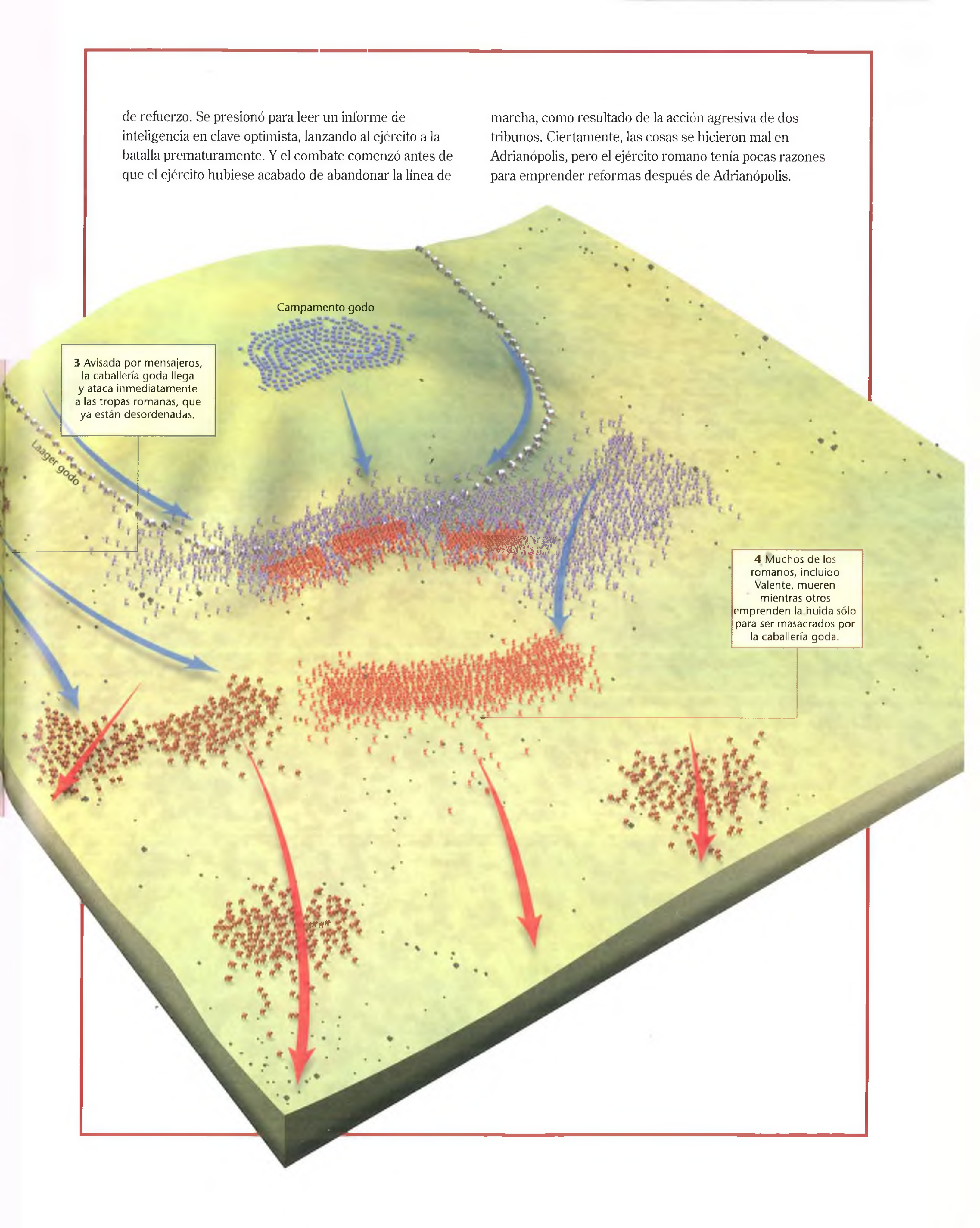
El 9 de Agosto del 378, un ejército de godos derrotó a uno romano en Adrianópolis (la actual Edirne, en Turquía).

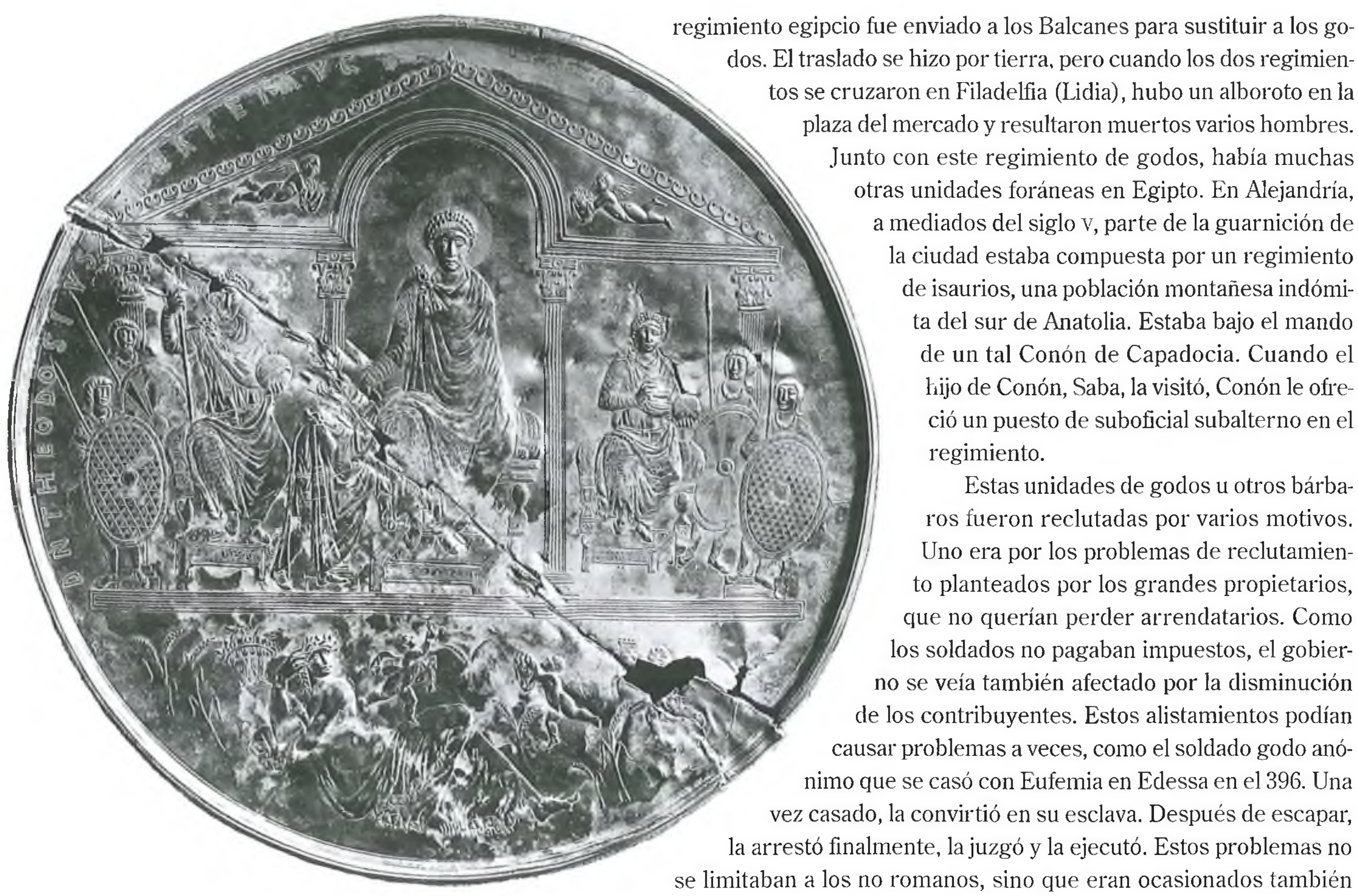
Miles de soldados romanos perecieron, y el emperador resultó muerto. Aunque la historia fue contada muchas veces anteriormente, todas las informaciones se basan en el relato de Amiano Marcelino.

Podemos decir poco con seguridad sobre las cifras de romanos o godos participantes o cuántos murieron. Cuando los dos ejércitos se encontraron, ninguno tenía prisa por iniciar el combate: los godos estaban esperando a que llegase la caballería diseminada y los romanos, saliendo aún de su formación de marcha. La caballería romana del flanco izquierdo estaba intentando desplegarse aún cuando dos regimientos romanos –los *Sagittarii* bajo el mando de Bacurio, y los *Scutarii* bajo Casio– entablaron combate contra los godos, arrastrando al resto de los romanos a la batalla. En este momento, parte de la caballería goda llegó y consiguió batir el flanco izquierdo romano, que todavía estaba saliendo del orden de marcha. En lugar de ser un una batalla planificada, en la que las ventajas de Roma se pudiesen desplegar, se desarrolló como un combate desorganizado, en el que los godos se hicieron poco a poco con la victoria. Cuando los romanos se replegaron, Valente, rodeado por los regimientos de *Lanciarii* y *Mattiarii,* quedó aislado; las reservas romanas estaban ya comprometidas en el combate que se desarrollaba en el centro. Entonces, Valente fue herido por una flecha y se refugió en una granja. Los godos, que no sabían quién estaba dentro, al enfrentarse con una fiera resistencia por parte de los guardias de Valente, incendiaron la casa. Cuando anocheció, los romanos habían perdido al emperador, dos generales y 35 tribunos. Amiano estimó que sólo un tercio del ejército se salvó de la derrota.

Aunque Adrianópolis fue un desastre, con la importante excepción de Amiano, los escritores contemporáneos no la consideran como el fin de una era. Además, los fallos no fueron estructurales. Los errores que condujeron a la derrota se sitúan en varios niveles. El primero fue la impaciencia de Valente, que quiso derrotar a los godos antes de la llegada de un ejército

de refuerzo. Se presionó para leer un informe de inteligencia en clave optimista, lanzando al ejército a la batalla prematuramente. Y el combate comenzó antes de que el ejército hubiese acabado de abandonar la línea de marcha, como resultado de la acción agresiva de dos tribunos. Ciertamente, las cosas se hicieron mal en Adrianópolis, pero el ejército romano tenía pocas razones para emprender reformas después de Adrianópolis.





regimiento egipcio fue enviado a los Balcanes para sustituir a los godos. El traslado se hizo por tierra, pero cuando los dos regimientos se cruzaron en Filadelfia (Lidia), hubo un alboroto en la plaza del mercado y resultaron muertos varios hombres.

Junto con este regimiento de godos, había muchas otras unidades foráneas en Egipto. En Alejandría, a mediados del siglo V, parte de la guarnición de la ciudad estaba compuesta por un regimiento de isaurios, una población montañesa indómita del sur de Anatolia. Estaba bajo el mando de un tal Conón de Capadocia. Cuando el hijo de Conón, Saba, la visitó, Conón le ofreció un puesto de suboficial subalterno en el regimiento.

Estas unidades de godos u otros bárbaros fueron reclutadas por varios motivos. Uno era por los problemas de reclutamiento planteados por los grandes propietarios, que no querían perder arrendatarios. Como los soldados no pagaban impuestos, el gobierno se veía también afectado por la disminución de los contribuyentes. Estos alistamientos podían causar problemas a veces, como el soldado godo anónimo que se casó con Eufemia en Edessa en el 396. Una vez casado, la convirtió en su esclava. Después de escapar, la arrestó finalmente, la juzgó y la ejecutó. Estos problemas no se limitaban a los no romanos, sino que eran ocasionados también por soldados reclutados dentro del Imperio. Aunque conocemos más detalles de los problemas causados por el regimiento de egipcios nativos de Abinnaeus, sus hombres no parece que fueran ni mejores ni peores que los demás.

El *missorium* de plata (plato de presentación) de Teodosio I. Este gran plato o disco presenta a Teodosio en el centro, con sus hijos Arcadio (a la izquierda) y Honorio (a la derecha). Están rodeados de guardias imperiales, que se distinguen por su pelo largo y torques. Este plato ha sido doblado en algún momento de su historia, de ahí la gran fisura que lo atraviesa por el centro.

ESTRUCTURAS MILITARES

Estos regimientos eran parte de una compleja combinación de tropas de frontera y ejércitos de campaña móviles. Hasta mediados del siglo III, la mayor parte de los regimientos tenían su base en fortalezas en las fronteras y estaban bajo el mando de los gobernadores provinciales. Cuando el ejército lanzaba una ofensiva, se organizaban las fuerzas expedicionarias de las tropas sacadas de todo el Imperio, dirigidas normalmente por el mismo emperador. Pero a mediados del siglo III, las frecuentes crisis militares (relacionadas con enemigos externos o internos) mantenían al emperador en el frente de forma continua y las tropas que estaban con él se convirtieron en un ejército de campaña conocido informalmente como *comitatus* («acompañante»). Durante la Tetrarquía, cada emperador tenía su propio *comitatus*, pero la derrota por Constantino de sus rivales en la guerra civil del 324 le permitió volver a crear un solo ejército de campaña vinculado al emperador. Al principio, Constantino dirigía él mismo este ejército, pero al final de su reinado, el mando pasó a dos nuevos oficiales generales, el *magister peditum*, (el maestro de peones o infantería), y *magister equitum* (maestro de la caballería). A pesar de sus títulos, ambos oficiales conducían fuerzas de infantería y caballería. Igual que antes, las tropas de las fronteras estaban bajo el mando de los gobernadores provinciales (que son conocidos ahora como *duces* y solamente tenían poderes militares). Al final del siglo IV, hay dos ducados en Britania, doce en el Rin y el Danubio, siete en África y ocho en el este.



Arriba. Fuerte de la época de la Tetrarquía (302-305) de Mobene (en Qasr Bshir, Jordania). El fuerte, bien conservado, abarca 57 x 54 metros con muro de 1,5 m de espesor. El nombre y la fecha son conocidos por una inscripción recordando que la construcción fue ordenada por el gobernador provincial Aurelio Asclepiades.

Derecha. Camafeo de sardónice, representando probablemente Constantino I.

En el 337, los hijos de Constantino se repartieron el Imperio y el ejército de maniobra, creando partidas de campaña separadas en la Galia (Constantino II), Illyricum (Constante), y Oriente (Constancio II). En el 353, cuando Constancio II se convirtió en el único emperador, el ejército imperial central se restauró y pronto se conoció como el ejército praesental. Sin embargo, continuaron existiendo los ejércitos regionales en la Galia, Illyricum y el Oriente. El sistema de ejércitos de campaña regionales apoyados por ejércitos praesentales se mantuvo intacto más allá del siglo V, aunque el número de ejércitos regionales de campaña y la estructura de los ejércitos praesentales cambió. Así, con la división del Imperio de Valentiniano y Valente en el 364, el ejército de campaña principal de dividió y se crearon dos ejércitos praesentales. El ejército praesental occidental tenía su base en Italia; el ejército praesental oriental, en Constantinopla. El ejército de campaña ilirio fue asignado primero al mando occidental, pero después de la muerte de Valente en Adrianópolis en el 378, fue transferido al Imperio de Oriente. Aunque el control romano del Rin se debilitó, una parte del ejército de las Galias continuaba existiendo en los años 460, bastante después de que el control imperial directo sobre la Galia dejase de existir. Y en Italia en el 489 había todavía un ejército praesental capaz de resistir la invasión de los godos de Teodorico.

La mayor parte de la infantería, tanto en los regimientos de campaña como en los de frontera, estaba formidablemente armada y equipada, en contraste con sus enemigos, así como bien entrenada. El equipo defensivo era normalmente una camisa de malla, casco y gran escudo. Cuando se desplegaban para la batalla, los romanos luchaban en formación cerrada. El combate comenzaba con una descarga de proyectiles, primero de ar-

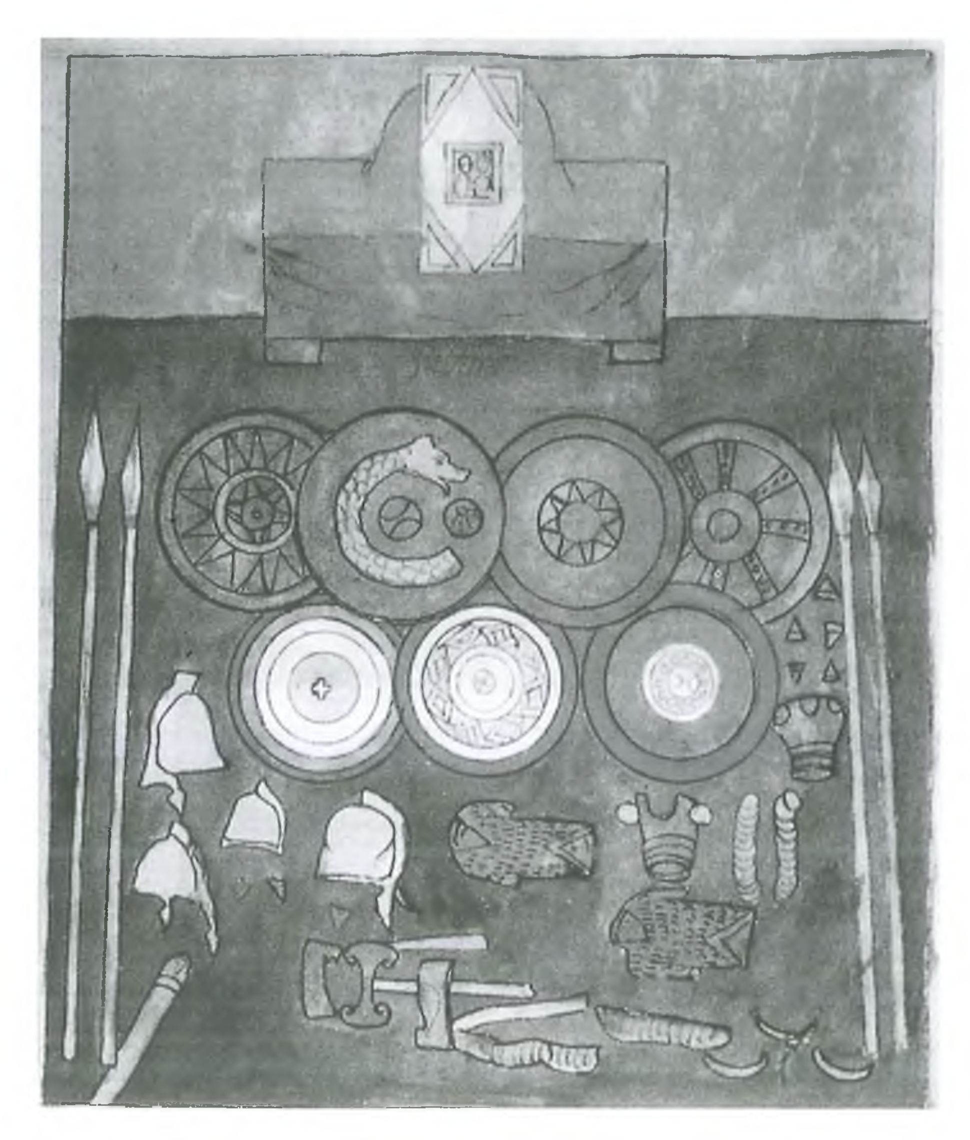
Oficiales fuera de servicio

Los soldados no combatían todo el tiempo. Las pinturas de un templo del culto imperial en Luxor, en Egipto, muestran a oficiales de caballería de principios del siglo IV relajándose. Otras actividades de ocio son más enérgicas, como la que representa una escena de caza de la bien conservada villa de Piazza Armerina, en la Sicilia central. La caza era fomentada por el ejército, como un buen entrenamiento para los problemas de mover hombres y caballos campo a través. Era también una ocupación tradicional para aristócratas. En las colinas que dominan Antioquia a fines del siglo IV, el santo Macedonius se encontró una vez con un general cazando, «acompañado de perros y soldados»

En otras ocasiones, los soldados iban en busca de santos. En Egipto a mediados del siglo V, cuando un dux («duque» –probablemente el dux Thebaidis Maximinus que guerreó contra los belmmyos en el 453) visitó a Shenut, el asceta estaba de retiro en el desierto. Los soldados esperaron en el monasterio varios días hasta que los monjes llamaron a Shenut, preocupados por la velocidad a la que las tropas estaban comiendo la comida de los monjes. Cuando Shenut salió de su aislamiento, dio al oficial uno de sus cinturones, que lo ayudó en la lucha contra los blemmyos. Y cuando Simeón el antiguo Estilita murió en el 459, fue el magíster militum per Orientem (general de los soldados en el Este), Ardabur con una escolta militar el que trajo el cuerpo a Antioquia.

Dos soldados conversando en un mosaico de caza de principios del siglo IV de Piazza Armerina, en Sicilia. Los dos llevan los típicos trajes no bélicos, con escudos y armas pero no armadura corporal o cascos. El uso de parches decorados en los hombros, muslos y puños de las túnicas y capas puede haber tenido algo que ver con la graduación.





Insignia del *magister officiorum* procedente de la *Notitia Dignitatum*. Este documento procede de principios del siglo V, aunque las ilustraciones son calcos de copias carolingias del original. El *magister officiorum* era responsable de las fábricas de armas (representadas aquí por armas y armadura) y de los regimientos de *scholae palatinae* (representados por la ornamentación de los escudos de las unidades).

cos de largo alcance desde las filas de retaguardia, seguida de proyectiles variados lanzados a mano, y después una carga para combatir cuerpo a cuerpo. El arma básica era la lanza, pero una espada larga era un arma secundaria efectiva. La infantería pesada podía también aligerar su propio equipo para misiones especiales. Los regimientos de caballería tenían tipos diferentes de equipamiento dependiendo de su misión. La caballería de choque llevaba armadura de malla y, a veces, los caballos estaban también protegidos con armadura. Para el combate se usaban lanzas pesadas y ligeras. Una eficaz silla con cuernos compensaba la falta de estribos, permitiendo que las cargas fuesen mortíferas. Otros jinetes estaban armados de forma más ligera, con arcos o jabalinas.

Los reclutas se incorporaban a sus regimientos para emprender carreras profesionales de 20 años o más. La movilidad de los ejércitos romanos y las carreras prolongadas significan que la experiencia acumulada de muchos soldados tardorromanos era enorme. La lápida de Aurelio Gaio, procedente de Frigia en la moderna Turquía registra una carrera en la *Legio Italica, Legio VIII Augusta y [Legio I] Iovia Scythica*, al final del siglo III, alcanzando el grado de *optio* (una posición de suboficial subalterno). Aunque su epitafio está dañado, menciona su servicio en una variedad sorprendentemente amplia de lugares que van a través de Europa, África del norte y Oriente Próximo: Asia (Menor), Caria, Lidia, Licaonia, Cilicia, Fenicia, Siria, Arabia, Palestina, Egipto, Alejandría, India (quizá Yemen o Abisinia), Mesopotamia, Capadocia, Galacia, Bitinia, Tracia,



Funda de casco de plata dorada procedente de Deurne, en los Países Bajos, encontrada originalmente en una bolsa de piel de becerro. Esta funda cubriría un casco de acero. Tiene grabado *VI Stablesiani,* el nombre de un regimiento de caballería. Las monedas asociadas sugieren que fue enterrada a principios del siglo IV.

Mesia, el territorio de los carpos, Sarmatia (cuatro veces), Viminacium, el territorio de los godos (dos veces), Germania, Dardania, Dalmacia, Panonia, Galia, Hispania, Mauritania, y otras 10 regiones ahora borradas de la piedra. Para los enemigos de Roma, la mayor parte de las guerras eran similares, con los francos luchando cerca de Tréveris, los moros cerca de Cartago o los sarracenos cerca de Edesa. Aurelio Gaio, en cambio, había olvidado probablemente más que lo que habían aprendido la mayoría de los pictos o sármatas sobre la guerra.

Tendemos a estar bien informados sobre personas, pero las unidades también tenían esas experiencias. A mediados del siglo IV podemos rastrear la trayectoria de la brigada de *Celtae* y *Petulantes,* dos regimientos de soldados de elite del ejército de campaña en la Galia, 2.400 hombres al completo. Aquí, después de las campañas contra los francos y alamanes a fines de los años 350, fueron manipulados por Juliano para que lo proclamasen emperador. Combatieron una breve acción contra los alamanes en el 360 cerca de la ciudad de Sanctio, en la que fueron superados en número, y su comandante, Libino, resultó muerto. Los romanos fueron agresivos en esta acción porque podían ver a su enemigo. Después marcharon con Juliano a Persia en el 363, donde se atiborraron de carne de sacrificios en Antioquía. El mismo Juliano resultó herido y muerto ese mismo año, pero la brigada participó en la marcha, bajando el Éufrates hasta Ctesifonte, y en la retirada subsiguiente. Las unidades volvieron luego al oeste en el 364 con Valentiniano I, hicieron una campaña en la Galia, y se les encuentra seguidamente luchando contra los alamanes otra vez en Retia, en el 378. Algunos de los hombres que combatieron a los alamanes en los años 350 probablemente lucharon contra ellos de nuevo en el 378. Algunos de sus enemigos pueden haber estado presentes en ambas acciones también, pero el periodo en el que intervinieron resultaría muy diferente.

LOS ENEMIGOS

Cuando los persas y los romanos se enfrentaron en Mesopotamia en el 363, el ejército de Juliano tenía una clara visión del enemigo. Amiano Marcelino, que participó personalmente en la expedición persa, describió al enemigo:

> Los persas que se nos enfrentaron ordenaron regimientos de catafractarios tan concentrados que el brillo de los cuerpos en movimiento, con las láminas de acero perfectamente ajustadas, deslumbraba la vista a quien los miraba, en tanto que la masa de caballos estaba protegida con cubiertas de cuero. La caballería estaba apoyada por compañías de infantería que, protegidas con escudos oblongos cubiertos con estructuras de mimbre y piel sin curtir, avanzaban en orden muy denso. Detrás de éstas estaban los elefantes, que parecían colinas ambulantes y, por los movimientos de sus enormes cuerpos, amenazaban destruir a todo el que se acercase a ellos.

Por contraste, combatir a los francos y alamanes en los bosques de Germania era una guerra de sombras y emboscadas. Árboles derribados bloqueaban con frecuencia los senderos y limpiar estos caminos era una actividad que ponía a prueba los nervios. En Renania, una unidad romana perseguía a algunos francos en el 388, pero

> se toparon con una interminable barricada, sólidamente construida con enormes troncos de árbol, y trataron de escapar por los campos pantanosos que bordeaban los bosques. Aquí y allí se dejaban ver tropas enemigas, subidas a los troncos de los árboles o escalan-



Friso del Arco de Galerio en Salónica, Grecia, para conmemorar la consiguiente victoria romana en la guerra persa (296-298), librada por el emperador Galerio (293-311). El arco se dedicó en el 303 d.C. Estos paneles muestran a la caballería romana en acción contra la infantería persa.

do las barricadas como si fuesen parapetos de torretas... Entonces, el ejército romano, rodeado por la fuerza enemiga principal, corrió desesperadamente por los prados abiertos, que los francos habían dejado sin ocupar. Allí la caballería se hundió en los pantanos y los cuerpos de hombres y animales, todos revueltos, se fueron a tierra en una común catástrofe.

Los problemas para asegurar el contacto con el enemigo ayudan a explicar la agresividad de Libino y su brigada en Sanctio.

Aunque la infantería era el núcleo de los ejércitos bajorromanos , la caballería siempre tuvo mucha importancia. Una de las muchas ventajas que los romanos tenían sobre sus enemigos era su potente caballería. Esta se iniciaba con una infraestructura para proveer remontas, un sistema de suministro que alimentaba a los caballos en verano e invierno, y una forma de entrenamiento que organizaba los ejercicios a un nivel individual, de unidad y de ejército. Los resultados podían ser impresionantes, como en el 354, cuando una línea romana flaqueó en un combate contra los alamanes. En un momento en el que el comandante romano, Arbetio, parecía haber perdido su valor, tres comandantes de regimientos de caballería pasaron al ataque. Los alamanes fueron dispersados rápidamente y se ganó la batalla. Es importante reconocer que las acciones de esos tribunos podrían describirse tanto como iniciativa como indisciplina. Una acción similar inició prematuramente la batalla de Adrianópolis en el 378, y ésta fue una batalla perdida (véase recuadro pp. 206-207).

Además del combate terrestre y las marchas a larga distancia, otras actividades podían incluir asaltos por mar y asedios. Juliano ordenó una incursión de comandos al otro lado del Rin, en el 359, después de recibir información de sus espías sobre una reunión de reyes alamanes. Unos 300 hombres se subieron en 40 botes y cruzaron el Rin de noche, se internaron luego en el país y sorprendieron a los alamanes en su fiesta. Durante la usurpación de Procopio, éste intentó tomar Cizico en Turquía du-

Granjas fortificadas en África del norte



Mosaico del siglo III procedente de Bardo (Túnez), que muestra una típica residencia campestre en el norte de África, con una fachada monumental, puerta y torres angulares. A pesar de su naturaleza aparentemente militar, las figuras que la rodean hacen pensar que esos lugares estaban más vinculados a la agricultura que a la guerra.

En África del norte, la zona de frontera estaba salpicada de haciendas propiedad de aristócratas romanos. Un buen ejemplo es la *villa* de Marco Cincio Hilariano en Nador, en la Mauritania Cesariensis, construida en el segundo cuarto del siglo IV. Quizá debido a su localización, en la vía principal entre Tipasa y Caesarea, estaba decorada con una gran fachada y una inscripción dedicatoria. Sin embargo, el interior sencillo, sin signos de elementos suntuarios o decoración de mosaicos, hace pensar que Hilariano vivía en otra parte, probablemente en Caesarea. La fachada daba la impresión de una pequeña fortaleza, con torres angulares y una puerta empotrada. Pero no hay un foso que circunde, en la parte trasera del edificio no hay torres y la entrada trasera no estaba defendida, así que esto demuestra una amenaza muy limitada. Una inscripción de una *villa* similar en Petra menciona la amenaza de «los pueblos de alrededor».

Un incidente del que informa Sinesio, obispo de Cirene a principios del siglo V, muestra el tipo de amenaza que Nador trataba de contrarrestar:

> vimos algunos seres miserables a caballo, hombres que, a juzgar por su apariencia, se habían visto obligados a combatir fundamentalmente por el hambre. Sin embargo, el enemigo no parecía tener más prisa que nosotros en lanzarse al ataque [...] así que dispusieron su formación de batalla y esperaron por nosotros [...]. En ambos lados las tropas permanecieron observándose. Finalmente, ellos se retiraron hacia la izquierda y luego nosotros hacia la derecha, pero a paso lento y sin prisa, así que la retirada no podía parecer una fuga.

Aunque estas haciendas podían hacer frente a tales amenazas, no eran auténticas fortalezas. Cuando el general romano Teodosio atacó una utilizada por moros rebeldes en Gaio durante una rebelión en el 373, utilizó arietes. Las defensas en Gaio eran probablemente similares a las de Nador, y contra los soldados no podían aguantar mucho.



Panel del siglo IV del Arco de Constantino en Roma, que conmemora la derrota de Majencio, su rival en la guerra civil. Muestra a las tropas de Constantino aproximándose a los muros de Verona en el 312. Una segunda derrota en la batalla del Puente Silvio, en la misma Roma, selló el destino de Majencio.

rante la guerra civil del 365; la guarnición de la ciudad había bloqueado el puerto con una cadena de acero. El comandante de uno de los regimientos atacantes, un tal Aliso, amarró juntos tres barcos, organizó un muro de escudos, y colocó un taco bajo la cadena antes de romperla con un hacha. Todo ello bajo los disparos del enemigo. Procopio perdió la guerra, pero Aliso, a causa de su actuación valerosa, pudo conservar su grado.

El ejército romano a lo largo de esta época fue, pues, capaz de una actuación efectiva y tenía una infraestructura sofisticada que abastecía a estas fuerzas con hombres, equipo y comida. Entonces, ¿qué sucedió? –¿por qué cayó el Bajo Imperio romano?–. Esta pregunta, desde luego, es demasiado simple. En el este, continuó como el Imperio bizantino durante mil años, y las estructuras militares cambiaron poco en el momento inmediatamente posterior a la caída del Imperio de Occidente. Esto podría demostrar que los contemporáneos percibían que había poco que corregir en la estructura misma del ejército. Tampoco, cuando observamos la actuación del ejército, hay mucho que se pueda considerar inadecuado. Las viejas explicaciones, en particular que el ejército estaba debilitado por la «germanización», son rechazadas por los historiadores en general. Aunque también hay otras cuestiones de falta de hombres –aunque hubo problemas para conseguir reclutas, estos no se limitaban al Bajo Imperio romano–. Mucho más trascendental fue una falta de dinero. En esto es donde podemos ver una diferencia entre las partes oriental y occidental del Imperio –la mayoría de las pérdidas territoriales y, por tanto, pérdidas de ingresos fiscales sucedieron en el oeste–. La pérdida de África ante los vándalos fue particularmente importante. En su primera entrada en África en el 429, se lanzó un contraataque inmediato en el 431, con tropas tanto de Oriente como de Occidente, que fracasó. La propia Cartago cayó en el 439, seguida por una contraofensiva en el 441 que también fracasó. Ahora que las bases financieras del ejército habían disminuido, los fracasos en el mando se hicieron mucho más graves. A los emperadores de Occidente les fue imposible reunir los recursos para invadir África (si bien Mayoriano fue asesinado en el 461, en medio de esos preparativos), y la gran invasión del 468 fue lanzada desde el Imperio de Oriente. Ésta fracasó también, y menos de una década después, Rómulo Augústulo, el último emperador de Occidente, fue depuesto en el 476 y el Imperio de Occidente dejó de existir.



JON COULSTON

13 Asia Central desde los escitas hasta los hunos

FECHAS CLAVE

ca. **1500 a.C.** Desarrollo del arco compuesto.

612 a.C. Medos y escitas conquistan Nínive.

514-512 a.C. El rey persa Darío I envía un ejército contra los escitas al norte del mar Negro.

329 a.C. Alejandro Magno conduce una expedición contra los Sakas escitas al otro lado del rio Syr Darya.

69 d.C. Los sármatas roxolanos invaden el Imperio romano.

134 Los sármatas alanos amenazan la Capadocia romana.

395 Los hunos invaden la Armenia romana, Capadocia y Siria.

440-455 El «imperio huno» domina las tierras danubianas.

445-453 Atila, jefe único de los hunos y sus pueblos dependientes.

451 Derrota de Atila y los hunos en la batalla de Chalons.

452 Atila invade Italia.

453 Muerte de Atila.

453 El poder huno se desintegra al liberarse los pueblos antes dependientes.

Peine de oro escita procedente de Solocha (Ucrania) representando tres guerreros en combate. Dos de ellos llevan una armadura de cuerpo entero y el jinete lleva también un casco importado griego «tipo corintio». Sus armas incluyen una jabalina, espadas cortas y aljabas para arcos *(gorytoi);* los tres llevan escudos. Fechado en el siglo IV a.C.

Eurasia, la masa de tierra que se extiende desde Europa hasta la China, tiene una geomorfología muy variada, pero a través de la misma están conectadas regiones de estepa herbácea. Las culturas humanas que favoreció la estepa antes del siglo XX estaban basadas en grandes rebaños y el uso del caballo, un modo de vida duro que promovía las incursiones, la guerra tribal y movimientos en masa ocasionales desde la estepa hacia las regiones vecinas de cultura agraria y desarrollo urbano. Jinetes que usaban arcos compuestos, curvados hacia atrás, componían los ejércitos de las estepas, de pequeñas bandas de asaltantes a pueblos enteros desplazándose como «hordas». A lo largo de la historia, la caballería de las estepas tuvo una profunda influencia sobre Europa, Mesopotamia, Persia, India y China, bien a través de la coexistencia a largo plazo, bien por las invasiones periódicas de las hordas. Desde *ca.* 700 a.C. al 550 d.C. el mundo grecorromano conoció e identificó tres pueblos distintos de las estepas con los que podían alternar el comercio pacífico y el doloroso conflicto. Los escitas se extendían por la región del mar Negro, y los sármatas se extendieron hasta lo que hoy es Hungría, pero ninguno de estos pueblos se desplazó en número tal como para amenazar a los Estados sedentarios. Por otro lado, los hunos arrastraron consigo una masa de pueblos, incluidos otros nómadas de la estepa, durante su movimiento hacia el oeste en Europa y, por un corto periodo de tiempo, bajo el caudillo de su horda, Atila, dominaron y aterrorizaron al debilitado y dividido Bajo Imperio romano.

LAS CULTURAS NÓMADAS DE LA ESTEPA EN GUERRA

Los nómadas de las estepas de Asia dependían enormemente de los rebaños que pastaban estacionalmente entre las tierras altas y las bajas, o se desplazaban de una región de pastos a otra con las estaciones. El comercio con los vecinos sedentarios era también importante, pues les proveía, por ejemplo, de grano, productos textiles y objetos de metal (especialmente armaduras y armas cortantes); esos objetos podían ser también obtenidos por la fuerza en la guerra.

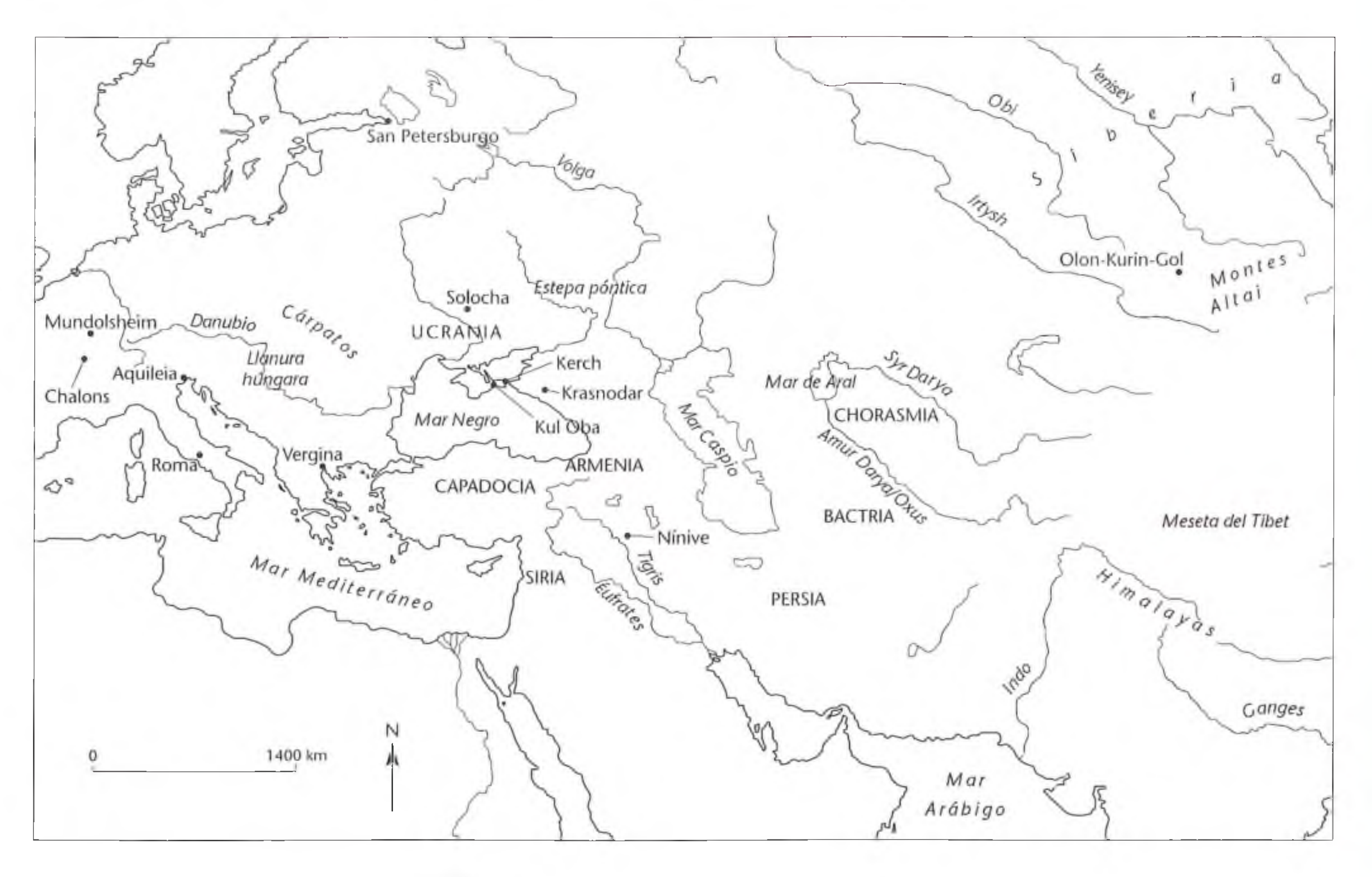
Los nómadas de las estepas sobresalían en la cría de caballos y en la monta, desarrollaron una cultura ecuestre de sillas arneses y decorados, herramientas para el pastoreo y vestimenta propia. También combinaban ciertas formas de armamento con la monta a caballo que esas armas se hicieron sinónimo de la identidad esteparia. La más importante de éstas era el arco compuesto (conocido desde el 1500 a.C. en adelante). Así la estepa estaba dominada por grupos de arqueros a caballo que eran consumados expertos.

Los arqueros a caballo podían disparar sus arcos prácticamente en 360 grados en rápido movimiento. Este significa que la guerra con arqueros a caballo era móvil y fluida, los individuos actuaban en una nube de jinetes, concentrándose en blancos específicos y alejándose de su alcance si se veían amenazados. El disparo era rápido y a distancia corta para atravesar armaduras. Todos los arqueros a caballo podían disparar hacia atrás cuando se retiraban en el llamado «disparo parto» (que se hizo famoso con Plutarco y Shakesperare), luego volvían en un instante a la persecución del enemigo.

Esas «fugas simuladas» pretendían atraer y aislar a enemigos demasiado confiados para así destruirlos por partes. En masa, los ejércitos nómadas podían superar el movimiento lento de la infantería enemiga y evitar a la caballería de los no nómadas hasta que éstos estuviesen fatigados. Cuanto más profundamente avanzase el enemigo, más expuesto quedaba a verse y rodeado. Hasta las mejoras en las armas de fuego del siglo XIX, los ejércitos convencionales marchaban por la estepa como los ríos fluyen por el desierto. Las habilidades de los nómadas y su uso del arco rara vez tenían competencia, y cada oleada sucesiva de nómadas traía nuevos, y a menudo mejorados, arcos y arneses equinos. La aparición de las hordas nómadas resultaba a menudo desconcertantemente súbita e inesperada. La movilidad de los grupos de arqueros montados indica que podían alcanzar mucha distancia en poco tiempo y su número era difícil de calcular con garantías. Los nómadas podían, pues, hacer una campaña con mucha más eficacia que los sedentarios en invierno, cuando los caballos de la estepa podían hurgar en busca de alimento en la nieve profunda y los obstáculos que había en verano, como ríos y pantanos, se congelaban.

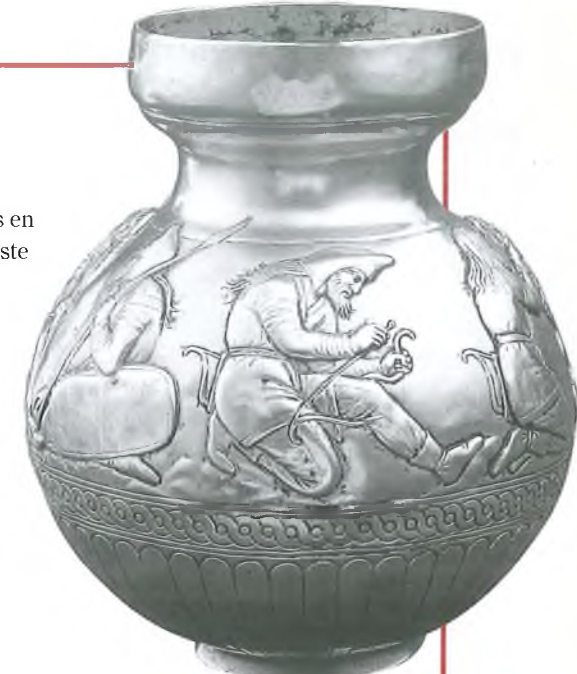
El estudio de los pueblos nómadas de las estepas se reduce a veces a etiquetas étnicas cambiantes alrededor de un mapa, con la dificultad siempre presente de que las historias escritas por sus vecinos sedentarios utilizan las denominaciones étnicas de un modo simplista. Una etiqueta única servía a menudo para designar a una agrupación de pueblos en torno a un núcleo dirigente. Así, «los hunos» invadieron los imperios romanos de Occidente y Oriente en el siglo V d.C. después de invadir a muchos otros pueblos, tribus y culturas. Su horda representaba a una masa de grupos germánicos, iranios y turcos dominados por una elite de nómadas «hunos» de la estepa de origen discutido. Pero, las fuentes literarias eran con frecuencia muy conservadoras, y los escritores griegos, desde la época clásica hasta plena Edad Media, utilizaron el término «escita» para denominar a cualquier pueblo nómada de la estepa.

Mapa que muestra los lugares principales mencionados en este capítulo y los extensos territorios de escitas, sármatas y hunos.



Arcos compuestos de la estepa

El arco compuesto es el arma esencial del nómada. Su construcción «compuesta» requería muy poca madera, difícil de obtener en la estepa eurasiática. Se pegaban tiras de cuerno en la superficie que miraba al arquero, y tendones en la cara orientada al exterior. Las formas tardías sármatas y hunas incluían también placas de asta o de hueso adheridas a la empuñadura, para evitar su flexión, y a los extremos, para actuar como patancas rígidas que permitiesen echar hacia atrás los brazos. Los componentes del arco se disponían formando una «C», que debía invertirse para poder armarlo. Esto permitía acumular mayor energía en un arma que era corta en comparación con otras. La pala inferior era siempre más corta que la superior, lo que lo hacía útil para emplearlo a caballo. Los arcos escitas y los de los primeros sármatas eran cortos, de unos 90 cm, el mango retraído y los brazos curvados con remates ligeramente en espiral y sin listones. Las armas de sármatas y hunos de época posterior eran más largas, de 1,5 m., y los arcos de época tardía tenían tres listones en la empuñadura y dos en cada remate. De este modo el mango seguía estando retraído, pero los remates estaban rectos y en ángulo hacia delante desde las palas, en especial cuando no estaba armado.



Vaso de electrón procedente de Kul Oba (Ucrania) que representa a un escita armando su arco compuesto corto, fechado en el siglo IV a.C.

LOS ESCITAS

Los escitas iranios se desplazaron hacia la estepa póntica al norte del mar Negro en el siglo VIII a.C. y varias dinastías de reyes escitas gobernaron la zona durante el periodo 700-285 a.C. Bastante después, las fuentes chinas del siglo IV mencionan tribus de jinetes que pueden haber estado emparentadas culturalmente con los escitas: utensilios con decoración «animal de estilo escita» se distribuyen desde el norte de China, a través de los montes Altai y hacia el oeste. Las primeras invasiones que se recuerdan de hordas nómadas de las estepas fueron las de los cimerios y los escitas que conquistaron Urartu (norte de Iraq) en el siglo VII a.C. Los escitas continuaron al asalto del Imperio asirio y se unieron a los medos en la toma de Nínive en el 612 a.C. Luego fueron expulsados de nuevo al norte del Cáucaso. Dominaron el entorno de las colonias del mar Negro y las regiones al norte del mar Caspio, al otro lado del río Syr Darya, y en el Altai. Hacia el 514-512 a.C. el rey aqueménida Darío I condujo una expedición contra los escitas al norte del mar Negro, pero lo fueron llevando cada vez más lejos de su cabeza de puente en el Danubio; los exploradores y las partidas de reconocimiento eran atacadas, pero no así el cuerpo principal del ejército. Incapaz de atraer a los escurridizos escitas a la batalla, tuvo suerte de regresar con él. En el 329 a.C. Alejandro Magno lanzó una campaña contra los escitas sakas al otro lado del Syr Darya. Su combinación de artillería de largo alcance, tropas ligeras y uso ofensivo de la caballería le permitió atraer a los nómadas a una batalla y los rechazó con pérdidas considerables. Después, la presión ejercida por los nómadas orientales puede haber obligado a los grupos sakas a desplazarse al sur dentro de Irán, donde los partos poco a poco fueron suplantando a los sucesores seléucidas de Alejandro Magno para formar el Imperio parto (véase capítulo 10). En el oeste, las tribus escitas con-



Página anterior Pectoral de oro escita procedente de Tolstaja Mogila en Ucrania, decorado con escenas de la vida nómada, animales y seres míticos (mediados del siglo IV a.C.). El detalle inferior, muestra que cada hombre tenía una aljaba (*gorytos*) muy cerca.

Derecha. Reconstrucción de un guerrero escita con armadura del siglo V a.C., con escudo, espada corta, lanza y *gorytos*, basada en los hallazgos de una tumba en Gladkovscina, Ucrania, y en figuras del peine de Solocha.





Vaina de fabricación griega destinada a guardar una espada corta escita. Se encontró en Chertomlyk, en Ucrania, y está fechada en el siglo IV a.C.

tinuaron haciendo incursiones y comerciando hasta el Danubio, hasta que los pueblos sármatas consiguieron dominar de la zona.

Los escitas son descritos en fuentes literarias griegas y se representan con frecuencia en el arte griego clásico y helenístico vistiendo pantalones anchos, una larga túnica envolvente, caftán y botas de fieltro. Las concentraciones de tumbas escitas extremadamente ricas en Crimea y hacia el este (Ucrania y sur de la Federación Rusa), y en los montes Altai (Mongolia) han proporcionado una gran cantidad de información sobre equipo militar y arneses de caballos. Los hallazgos del Altai, conservados excelentemente, contienen cadáveres de caballos en bastante buen estado, piel humana tatuada, utensilios de madera, ropa, productos textiles y adornos de caballo de fieltro. Las tumbas occidentales ofrecen conjuntos de aleación de cobre y escamas de hierro para corazas, mangas largas, polainas y cascos. Cascos importados griegos, tracios y macedonios se han conservado en cierto número en enterramients, como también grebas realizadas en metal. Las espadas *(akinakes)* suelen ser de tipo corto, que también se extendió por el Imperio parto. También son característicos de la zona del mar Negro y de las tierras que se extienden hasta el norte de Grecia los hallazgos de revestimientos de láminas de oro para aljabas *(gorytoi)*. Estos hallazgos demuestran que el arco se llevaba armado, sobre el lado izquierdo del arquero a caba-



Tumba escita realizada en madera excavada, recientemente, de los siglos III-II a.C., en Olon-Kurin-Gol en los montes Altai, Mongolia. El frágil contenido se conservó muy bien por el permafrost.

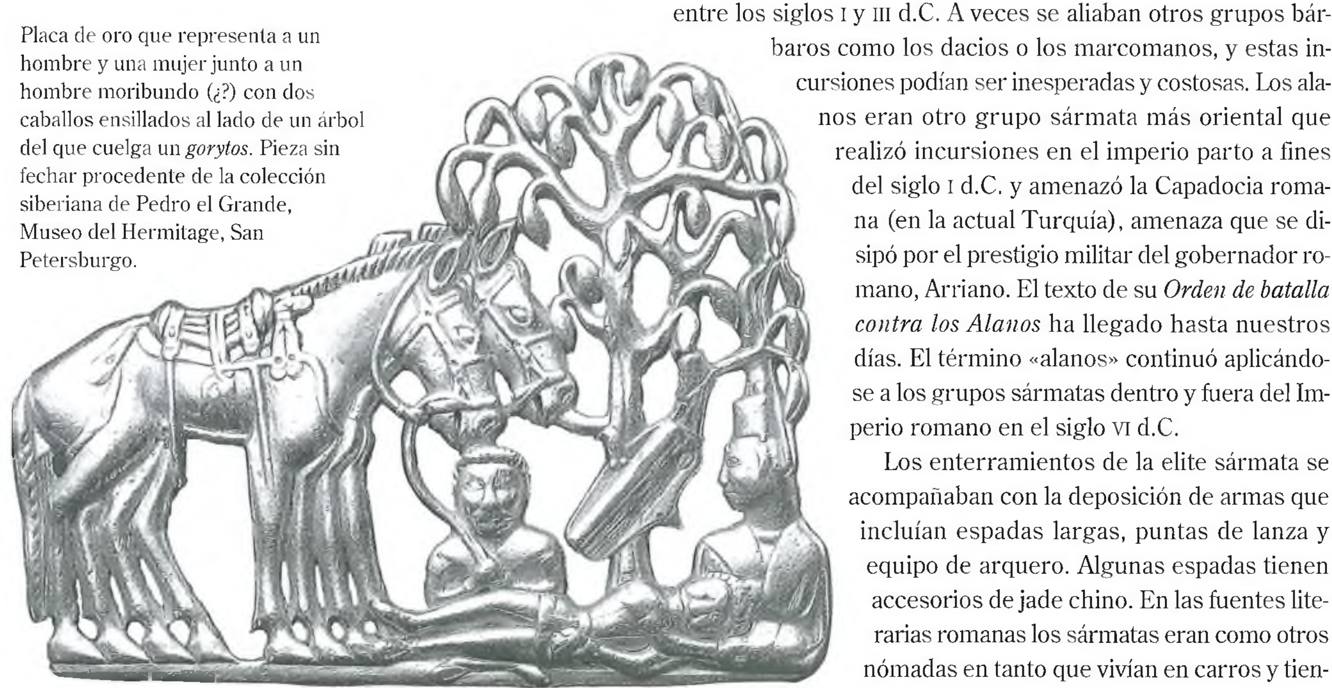
llo. Algunas tapas de *gorytos* están decoradas en estilo animal escita, pero muchas llevan bandas de decoración figurativa en el llamado «estilo greco-escita», con representaciones de guerreros escitas o escenas mitológicas griegas, lo que indica una fabricación para el mercado escita en las ciudades del mar Negro. Una tapa decorada con escenas homéricas se halló en la tumba del rey macedonio Filipo II en Vergina (Grecia), tal vez un trofeo obtenido en guerra contra las tribus escitas transdanubianas.

Los escitas influyeron directamente en las prácticas militares de las culturas sedentarias vecinas, en especial en las áreas de contacto prolongado, como en Chorasmia (al norte del río Amur Darya) y la región del mar Negro-Danubio. En la primera zona citada, se cree que los masagetas fueron los primeros en desarrollar armaduras pesadas de bronce para hombre y caballo. La satrapía persa de Bactria suministraba al rey de reyes su mejor caballería y arqueros montados mercenarios saka. El reino sucesor de Bactria parece haber confiado en la caballería acorazada de arqueros y lanceros como parte de su ejército de estilo macedonio. En el Imperio persa la tecnología del arco era una mezcla de la propiamente irania y la nómada de la estepa, pero las puntas de flecha que se encuentran habitualmente donde los ejércitos persas combatieron (p.e., Chipre, Asia menor occidental, Grecia) están hechas con las formas en lengüeta, con púa características de los escitas. Los parnos en Partia introdujeron nuevas formas de arco y sillas de montar, y el traje característico de la época parto-sasánida era en esencia el atuendo de los jinetes nómadas de la estepa. En el oeste, Macedonia desarrolló su caballería bajo las influencias de los nómadas de la estepa.

LOS SÁRMATAS

Desde el siglo V a.C. grupos sármatas se fueron instalando en la estepa póntica, al norte del mar Negro. Dos de estos grupos de iranios nómadas se extendieron hacia el oeste por las tierras esteparias danubianas; los contactos diplomáticos y los choques con los ejércitos romanos comenzaron a principios del siglo I d.C. Los roxolanos llegaron a dominar el área entre los Cárpatos y el mar Negro, y los iazyges consiguieron mantenerse en la Llanura Húngara. Desde éstas zonas eran capaces de hacer incursiones al otro lado del Danubio dentro del Imperio romano, que realizaron con cierta frecuencia entre los siglos I y III d.C. A veces se aliaban otros grupos bárbaros como los dacios o los marcomanos, y estas incursiones podían ser inesperadas y costosas. Los alanos eran otro grupo sármata más oriental que realizó incursiones en el imperio parto a fines del siglo I d.C. y amenazó la Capadocia romana (en la actual Turquía), amenaza que se disipó por el prestigio militar del gobernador romano, Arriano. El texto de su *Orden de batalla contra los Alanos* ha llegado hasta nuestros días. El término «alanos» continuó aplicándose a los grupos sármatas dentro y fuera del Imperio romano en el siglo VI d.C.

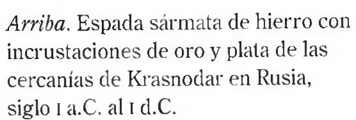
Los enterramientos de la elite sármata se acompañaban con la deposición de armas que incluían espadas largas, puntas de lanza y equipo de arquero. Algunas espadas tienen accesorios de jade chino. En las fuentes literarias romanas los sármatas eran como otros nómadas en tanto que vivían en carros y tien-



Placa de oro que representa a un hombre y una mujer junto a un hombre moribundo (¿?) con dos caballos ensillados al lado de un árbol del que cuelga un *gorytos*. Pieza sin fechar procedente de la colección siberiana de Pedro el Grande, Museo del Hermitage, San Petersburgo.







Arriba. Espada sármata de hierro con incrustaciones de oro y plata de las cercanías de Krasnodar en Rusia, siglo I a.C. al I d.C.



Derecha. Detalle de la Columna de Trajano (principios del siglo II d.C.) con tres jinetes sármatas con armaduras de escamas. El denso entramado de la armadura y su extensión a las patas de los caballos son rasgos de estilo que no pueden tomarse como reales. Sin embargo, la existencia de sármatas con armaduras pesadas está apoyada por la iconografía de la antigua región de Crimea y por los descubrimientos arqueológicos, además de por la literatura romana.

Página anterior: Placa de mármol hallada en Kertch, Ucrania, fechada en los siglos I-II d.C. El jinete se representa con atuendo sármata, un casco cónico y una coraza de escamas, manejando una lanza a dos manos *(montos)*. Con otra iconografía indica la influencia sármata en los hábitos de caza y guerra de las elites de las ciudades griegas de Crimea.

das, pero únicos entre los bárbaros del norte en que utilizaban pesadas armaduras. Esto está confirmado por los frescos de las tumbas, esculturas y graffiti de Crimea, donde las elites del reino del Bósforo se asimilaron completamente a los sármatas en sus usos funerarios, la caza, la guerra y el equipamiento militar.

La caballería sármata entró al servicio de Roma, pero principalmente en grupos con el fin de mantener aquellas artes en las que eran especialistas. Regimientos de caballería romana fueron también armados al estilo sármata con la lanza y empleados tanto contra nómadas danubianos como en otros frentes del imperio. Un tipo asiático de estandarte militar consistente en una cabeza de lobo en metal y un cuerpo de tela encima de un asta fue adoptado por la caballería romana a partir de las guerras danubianas de fines del siglo I d.C. Con una cabeza de serpiente, este estandarte *draco* se extendió por todo el ejército romano e incluso llegó a ser el estandarte personal de los emperadores.

LOS HUNOS

Los grupos nómadas de la estepa mencionados como «hunos» pueden rastrearse desde al menos el siglo II d. C., primero ocupando regiones sármatas y luego empujando a grupos como los alanos hacia el oeste. La definición étnica de estos hunos es discutida (¿turcos, mongoles, o híbridos?). Una horda cruzó el Cáucaso en el 395 d.C., alcanzando Armenia, Capadocia y Siria. Los hunos heftalitas llevaban haciendo incursiones en Persia desde el siglo IV d.C.; en el siglo V infligieron graves derrotas a los reyes sasánidas; en el siglo VI fueron derrotados por éstas con la ayuda de aliados turcos, pero también dominaron partes de la India occidental. El historiador Jordanes describió a los hunos occidentales en términos que encajaran bien con a muchos otros pueblos nómadas de la estepa, antes y después: «Son bajos de estaturas, rápidos en su movimiento corporal, jinetes despiertos, anchos de hombros, hábiles en el uso del arco y la flecha, y tienen cuellos firmes que están siempre rectos por cuestión de orgullo».

Durante un corto periodo (*ca.* 440-455 de. C.) los hunos crearon el primer «imperio» de la estepa que afectó seriamente a Europa. Su aparición en la conciencia romana fue bastante repentina, a fines del siglo IV d.C., y fue anunciada por godos, alanos y otros pueblos que, huyendo de ellos, irrumpieron en el imperio. Los propios hunos hicieron incursiones en provincias romanas después del 420 y se les cedieron partes de la Panonia romana (actual Hungría). Con posterioridad, la Llanura Húngara y las regiones adyacentes se convirtieron en el centro del poder huno. El Imperio romano de Oriente sufrió una serie de derrotas e incursiones de castigo que desembocaron en el sitio y destrucción de muchas ciudades danubianas importantes. En todas las negociaciones diplomáticas, los hunos pedían subsidios anuales en oro, mercados regulares, el regreso de prisioneros romanos fugados y la expulsión de los bárbaros que buscaban refugio entre los romanos. Las sucesivas guerras fueron provocadas por la negativa romana a cumplir estas condiciones. El más famoso y exitoso de los caudillos hunos fue Atila (véase recuadro siguiente). Los romanos y sus demás enemigos se consideraron salvados en el 453, cuando murió, y sus pueblos súbditos, encabezados por los gépidos, se rebelaron. El dominio huno se deshizo y se dispersó este imperio de la estepa.

Los caudillos hunos habían gobernado como una elite sobre una agrupación políglota de godos, alanos, gépidos y burgundios, promocionando a veces a personalidades bárbaras o romanas como jefes subordinados. Los bienes obtenidos de los romanos eran compartidos por las elites de los pueblos sometidos. Los hallazgos de revestimentos de oro y de coronas con incrustaciones de gemas, pueden ser presentes diplomáticos o indicadores de estatus transmitidos a jefes súbditos. Las elites del imperio de Atila son identificables además en enterramientos puramente hunos (unos 70 en Hungría) y en enterramientos germánicos con objetos hunos. Son característi-

Atila el huno

Atila fue el más destacado de todos los caudillos nómadas de la estepa en el Oeste, comparable con los posteriores grandes jefes de horda como Gengis Khan o Tamerlán. Ya tenía cierto conocimiento de Occidente como rehén durante su infancia, y fue un líder claramente calculador y carismático que explotó plenamente las ventajas de su posición diplomática y militar. Con su hermano, Bleda, y luego desde *ca.* 445 d.C. como jefe único, dominó una hueste de nómadas de la estepa y de pueblos germánicos, que utilizó en expediciones de saqueo que se extendieron por las provincias danubianas, la Galia e Italia. El historiador Jordanes lo llamó «el azote de todas las tierras».

En la batalla de los Campos Cataláunicos en el 451 d.C., con su horda compuesta por hunos, gépidos, ostrogodos, burgundios, escirios, turingios y francos, Atila se encontró con un ejército «romano» mandado por Flavio Aecio en algún lugar cercano a Chalons, en la Champaña. El ejército de Aecio tenía pocos soldados romanos y era igualmente un conglomerado de grupos bárbaros: visigodos, sármatas, armoricanos, sajones, burgundios y francos. Así pues, el historiador godo Jordanes se refiere a la batalla como «el campo de trilla de incontables razas». Los dos ejércitos lucharon durante dos días con grandes pérdidas en ambos bandos. Atila se retiró a un campamento fortificado y supuestamente se preparaba para morir. Después, los protagonistas se fueron separando poco a poco y los hunos se retiraron de la Galia. Al año siguiente devastaron Italia; aunque habían sido frenados, habían penetrado en el oeste de Europa más que cualquier otra horda nómada a lo largo de la historia.

La muerte repentina de Atila después de un festín nupcial en el 453 acabó con la cohesión del «imperio huno» de golpe, pero ya había indicios de que los hunos se estaban acomodando y perdiendo su superioridad militar. Los pueblos de la estepa que acabaron en la Gran Llanura Húngara no tenían allí el espacio para mantener sus características culturales propias: los sármatas primero, y los ávaros y magiares después, non pudieron evitar el cambio cultural y la posterior disolución.

Parte de un pavimento de mosaico de la gran basílica de Aquileia, en el nordeste de Italia. Esto es todo lo que quedó después de que Atila arrasase el edificio hasta los cimientos en el 452 d.C.



cos el equipo de arquero huno, las sillas de montar arqueadas y los arneses de caballo decorados. También destacan materiales romanos, incluidas piezas de oro entre las cuales hay al menos un casco romano. Las embajadas romanas de Oriente y Occidente eran recibidas en un centro que presumía de salones de madera, columnatas, fortificaciones e incluso baños construidos en piedra. Esto último era una indicación clara de la disposición de los nómadas para emplear a los técnicos de las culturas sedentarias, no sólo en la construcción de máquinas de asedio que redujeron fácilmente ciudades romanas como Naissus (Serbia) y Aquileya (Italia).

En la Llanura Húngara, los hunos, como los yaziges, parecen haberse hecho sedentarios, aunque el proceso no había avanzado mucho antes de la muerte de Atila. Sin embargo, el impacto de la cultura huna sobre los vecinos sedentarios fue profundo, como era de prever, en el campo de la tecnología militar. Los escritores romanos comentaron con aprobación las cualidades del «caballo huno», y los ejércitos romanos se acabaron transformando en fuerzas en las que la caballería se convirtió en un elemento dominante desde el punto de vista táctico. Jinetes armados con lanza y arco combinaban armamento, arneses, peto de fieltro y atuendo propios de los nómadas de la estepa con las armaduras metálicas elaboradas por artesanos urbanos.



Placas de oro de Mundolsheim (Francia), fechadas en el siglo v d.C., colocadas en una silla de montar huna reconstruida. El motivo de escamas solapadas es característicamente huno y se difundió en las artes decorativas romanas, germanas y persas a través de los contactos con los pueblos nómadas de la estepa.



ROBIN CONINGHAM Y MARK MANUEL

14 La guerra en Asia meridional

FECHAS CLAVE

***ca.* 3300 a.C.** Aparición de los centros urbanos en el valle del Indo.

2500-1900 a.C. Civilización del Indo.

1900-1200 a.C. Jefaturas calcolíticas locales.

1300 a.C. Se extiende el uso del hierro.

1200 a.C. Desarrollo de los reinos de la Edad del Hierro en el norte de la India.

1100 a.C. Fundación de Anuradhapura en Sri Lanka.

700 a.C. Aparición de los 16 *mahajanapadas*.

520 a.C. Anexión de Gandhara por Darío I.

326 a.C. Invasión de Alejandro Magno y batalla del río Hidaspes.

325 a.C. Chandragupta Maurya se convierte en el primer emperador Maurya.

272 a.C. Asoka sube al trono Maurya.

184 a.C. Cae el Imperio Maurya.

60-375 d.C. Aparición del Imperio Kushan.

320-530 Chandragupta I funda el Imperio Gupta en el norte de la India.

530 Invasión de los hunos y destrucción de ciudades en el norte de la India.

Primer plano del relieve en piedra en la *torana* sur de Sanchi. Estos relieves son algunos de los primeros en Asia Meridional que representan explícitamente actos de guerra. Anteriormente, la arquitectura monumental se había centrado en las doctrinas budistas de la renuncia a la violencia, respeto a los animales y corrección de los males.

Con un quinto de la población mundial, el Asia meridional (los actuales India, Pakistán, Bangladesh, Sri Lanka, Nepal, Bután y Maldivas) es un crisol de religiones, lenguas, economías y tradiciones. A pesar de su diversidad, se hicieron intentos frecuentes de integrar esas comunidades dispares, con los consiguientes conflictos y cismas. Este capítulo explora la arqueología del carácter distintivo de la guerra en el Asia meridional y rastrea su desarrollo desde las ciudades de la Edad del Bronce del Indo hasta las capitales fortificadas de la época de Buda. Aunque buena parte de este periodo es de carácter prehistórico, las posteriores crónicas budistas y griegas aportan narraciones detalladas, si bien las distorsionan la propaganda y la autoría múltiple. Estas fuentes están acompañadas, sin embargo, de datos materiales menos subjetivos en forma de arquitectura militar, esculturas y representaciones del arte de la guerra y los guerreros, así como armaduras y armas recuperadas en excavaciones.

Aunque la primera víctima conocida de un conflicto en Asia meridional está representada por un hombre con un microlito incrustado en su costado en el yacimiento mesolítico de Sarai Nahar Rai, nuestro capítulo se centrará en dos grandes tradiciones urbanizadas de la región, el Indo y el Periodo Histórico Arcaico, y dentro de ellas examinaremos los principales datos textuales, arquitectónicos y arqueológicos. Desde el principio se evidenciarán dos aspectos únicos en la guerra del sur de Asia. Primero, la emergencia de una tradición de no violencia y, segundo, el entrenamiento para la guerra de los elefantes –ambos aspectos tendrán una influencia posterior en las naciones europeas–. Nuestro capítulo acaba en el 530 d.C. con la invasión de los hunos heftalitas y la destrucción de las grandes ciudades y monasterios budistas del norte de la India.

LA CIVILIZACIÓN DEL INDO (*ca.* 2500-1900 a.C.)

La aparición de los Estados y ciudades de la Edad del Bronce en Mesopotamia y el Mediterráneo oriental se asocia estrechamente con el ascenso de la guerra y el culto al guerrero. En contraste, los gobernantes de la mayor entidad política del antiguo mundo de la Edad del Bronce, el Indo, parecen haber llegado al extremo de asegurar que la guerra y el conflicto resultasen invisibles.

Con orígenes culturales en las comunidades neolíticas de las colinas del Beluchistán, labradores y pastores colonizaron la fértil llanura aluvial del río Indo en el actual Pakistán y desarrollaron pequeños poblados amurallados en el IV milenio a.C. La convergencia cultural y económica desembocó en un único sistema integrado que abarcaba un millón de km^2 en el III milenio a.C. Unificado por el uso de planos urbanos, sistemas de drenaje, escritura, pesos y medidas comunes, incluso las dimensiones de los adobes, las materias primas eran canalizadas a los centros y los productos manufacturados se distribuían en los mercados doméstico y mesopotámico.

Aunque se sospechaba del uso de la fuerza y la coerción en la constitución de esta civilización, los arqueólogos no habían conseguido identificar ninguna evidencia directa más concreta que finas capas de incendio en el centro regional de Kot Diji. De modo más sorprendente, los arqueólogos tampoco habían llegado a identificar pala-



Mapa que muestra los principales lugares y regiones mencionados en este capítulo.

Vista aérea de la ciudadela de Mohenjo-Daro, la mayor ciudad del valle del Indo. La enorme ciudadela fortificada albergaba un «gran baño», «granero» y una estructura sobre pilares denominada «colegio de sacerdotes» por el arqueólogo sir John Marshall. La gran estructura visible a mano izquierda en un lado del montículo es una *stupa* budista de los siglos I-II d.C.

¿Una «masacre» en Mohenjo-Daro? Estos restos humanos hallados debajo de una calle en Mohenjo-Daro, fueron empleados durante muchos años para ejemplificar la invasión del valle del Indo por los indo-arios *ca.* 1900 a.C. Recientemente han sido reinterpretados por los arqueólogos como enterramientos deliberados con ajuares funerarios excavados en un estrato más antiguo.



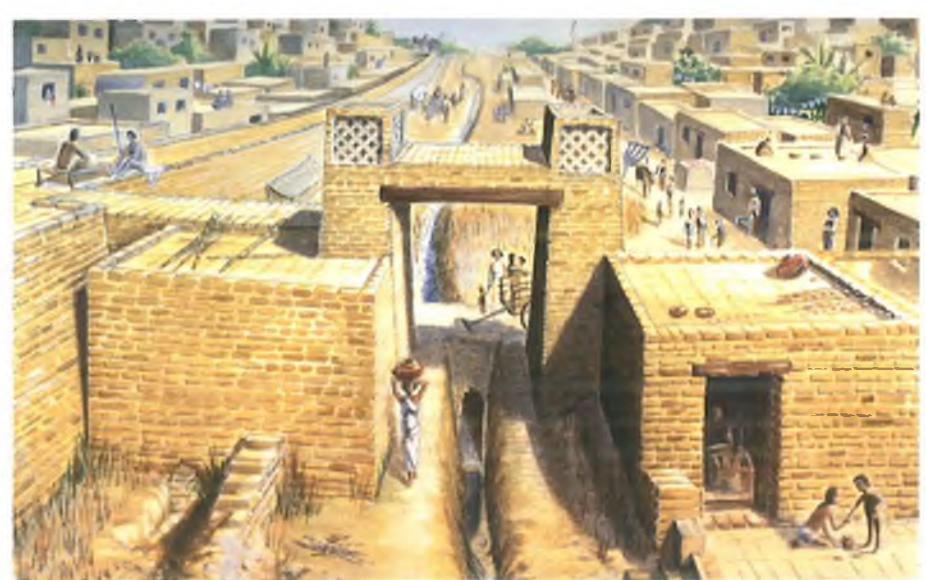
cios y tumbas reales, ni siquiera representaciones pictóricas de las elites. Esto había llevado a los expertos, a partir de los años 20, a sugerir que la civilización del Indo era de constitución pacífica e igualitaria, pero otros han alegado que la invisibilidad de la guerra y los guerreros no indica necesariamente que estuviesen ausentes de dicha sociedad.

La muestra más visible (aunque indirecta) de guerra en la civilización del Indo es un tipo de arquitectura defensiva: las grandes plataformas de adobe de sus ciudades. Gracias a una enorme inversión de trabajo, la ciudadela de Mohenjo-daro se eleva 10 metros sobre la llanura del Indo y encierra unos 80.000 metros cuadrados de estructuras. Dominando sobre los habitantes de la ciudad baja, estaba recubierta de adobe cocido, aunque los expertos no están seguros aún de si se diseñó prioritariamente para defender a los habitantes de la ciudadela de los enemigos o de las inundaciones. Centros amurallados se han encontrado también en Harappa, donde los expertos han identificado recientemente la presencia de otros tres montículos amurallados además de la «ciudadela» original. Mas impresionante que las demás, esta última tiene claros baluartes que se proyectan desde sus muros y dos grandes puertas, una al norte y otra al oeste. Este uso de límites formales para controlar el acceso y definir el espacio se encuentra también en centros más pequeños como Kalibangan y Surkotada. Este último, con contrafuertes y baluartes construidos en piedra, se cree que ofrecía un refugio seguro a los mercaderes que recorrían la principal ruta comercial que llevaba a los ricos yacimientos de cornalina del oeste de la India. El uso de la piedra local para las fortificaciones, documentado también en la gran ciudad de Dholavira, demuestra la versatilidad de los arquitectos constructores de defensas del Indo.

Ejércitos y soberanos se definen frecuentemente por el armamento que portan, pero en la civilización del Indo ha sido extremadamente difícil distinguir entre armas, utensilios de caza y herramientas agrícolas. De modo similar, se ha demostrado imposible identificar pruebas de un ejército profesional; la confusión rodea los mecanismos a través de los cuales el Indo se defendía a sí mismo de vecinos envidiosos, o mantenía a raya los elementos levantiscos. En ausencia de un aparato de imposición y coerción física, los especialistas actuales han propuesto que la elite del Indo suprimió todas las manifestaciones externas de rango o competencia entre individuos e incluso



Excavaciones de Harappa. Al principio se pensaba que sólo estaba fortificado el montículo de la ciudadela, pero las excavaciones recientes han demostrado que al menos cuatro de los montículos del yacimiento estaban circunvalados. Ningún de los montículos de Harappa presenta la monumentalidad atestiguada en Mohenjo-Daro.



Reconstrucción de la puerta del Montículo E en Harappa. La estrecha puerta limitaría y controlaría el acceso y la salida de la ciudad. Incluso dentro de la misma, las casas se abren a pequeñas calles laterales más que a las vías principales, lo que indica un sentido innato de privacidad y control sobre el espacio propio.

ciudades. En estos modelos, los que renuncian se considera que tienen el mayor ejercicio de la autoridad, evitando así la necesidad de conflicto y violencia. Sin embargo, otros especialistas han propuesto que los relatos de guerras y batallas se transmitían a través de tradiciones de transmisión oral o se registraban en materiales perecederos como los textiles. Hasta que se descifre la escritura del Indo, es improbable que se aclare la situación.

Con el comienzo del II milenio a.C. el fin de la civilización del Indo fue tan súbito que los primeros arqueólogos atribuyeron su hundimiento a las invasiones de hablantes indo-arios procedentes del oeste y de Asia central. El arqueólogo sir Mortimer Wheeler apoyó esta explicación basándose en los puñados de restos humanos encontrados en los niveles superiores de Mohenjo-Daro, que se interpretaron como un signo de que los arios «odiaban implacablemente al pueblo de Mohenjo-Daro» y de que para ellos «el exterminio total parece haber sido su empeño». Igualmente concluyentes para Wheeler eran las referencias en el primitivo texto sánscrito del *Rigveda* a la destrucción de un pueblo urbano conocido como los dasas por los arya montados en carro, el incendio de bastantes lugares en Beluchistán,

como Rana Ghundai, y la introducción de utensilios de bronce con afinidades estilísticas con el Asia occidental y central. Estudios más recientes han observado que lo repentino de este colapso se correspondió con el momento en que ciudadelas y ciudades de la región se abandonaron y se desintegró la uniformidad económica y cultural.

Esta confianza en un agente humano para el fin de la civilización del Indo se ha debilitado con el consiguiente examen de las 37 «víctimas» de Mohenjo-Daro, que permite vislumbrar que fueron enterrados de modo normal y que no tienen heridas compatibles con una «masacre». Además, la construcción de un edificio «palacial» sin fortificar en Mundigak, en Afganistán, y la remodelación de la puerta de Surkotada en el oeste de la India indican que muchos aspectos de la vida en el Indo continuaron inalterados. Desde luego, los especialistas se están convenciendo cada vez más de que la tradición del Indo terminó por una combinación de creciente aridez, cambios en los cauces fluviales e interrupciones en el comercio con Mesopotamia, más que por la guerra, y que hay bastante más continuidad que contraste entre la cultura del Indo y las tradiciones históricas arcaicas.

EL PERIODO HISTÓRICO ARCAICO (*ca.* 900 a.C.-530 d.C.)

El periodo Histórico Arcaico se asocia en general con la llegada del budismo, que difundió un credo de igualdad y preocupación por mitigar el conflicto, la codicia y el sufrimiento. En marcado contraste, este periodo también asistió a la aparición y destrucción de ciudades y Estados por ejércitos profesionales y elites guerreras. A diferencia de nuestro conocimiento sobre la guerra y el conflicto en la civilización del Indo, hay ricos testimonios textuales, arquitectónicos y escultóricos acerca de su papel y desarrollo en el mundo del Histórico Arcaico.

Después del colapso de la civilización del Indo una serie de comunidades del Calcolítico local y de la primera Edad del Hierro se establecieron a lo largo del subcontinente. Asociados en el norte de la India con el conflicto Pandava y Kaurava, como se describe en el poema épico *Mahabharata,* se sabe poco de la naturaleza de la guerra. Lo que está claro, sin embargo, es la aparición durante este periodo de lo que iba a ser el fundamento de la organización social del Asia meridional: el sistema de castas. Lo más importante para este capítulo es la mención de los *ksatriya varna,* los guerreros hereditarios de la India.

Nuestro conocimiento de este periodo está completado con el explosivo encuentro de Oriente y Occidente en el norte del subcontinente; a lo largo de un periodo de varios cientos de años, la región asistió a varias invasiones y retiradas protagonizadas por las civilizaciones expansionistas persa y griega (véase recuadro en páginas 236-237). Esto comenzó en el siglo V a.C. con las campañas de Darío el Grande, cuyo imperio aqueménida se anexionó las satrapías de Gandhara y Bactria. También introdujo en la región la acuñación en plata y el alfabeto arameo; asimismo se reclutó gente para el ejército persa y se desplegaron a lo largo del imperio.

Al este, 16 de las jefaturas emergentes de la Edad del Hierro en el Ganges comenzaron a consolidar su autoridad, centrada en poblados cada vez más urbanizados. La competencia consiguiente entre estos centros abrió uno de los más brutales capítulos de conflicto en el Asia meridional, cuando Estados poderosos engulleron a vecinos más débiles en el periodo caracterizado como el *matsya-nyaya* o la «máxima del pez» –la analogía del pez grande comiéndose al chico, y comido a su vez por otro más grande–. Esta agresión no sólo quería la destrucción de los rivales, sino que intentaba también ampliar el control a las materias primas y las tierras agrícolas adyacentes. Víctima de esta mortífera guerra fue el propio reino de Buda todavía en vida del mismo.



En tiempo de Kanishka (r. 120-150 d.C.), representado aquí en una estatua del siglo II d.C. procedente de Mathura, el Imperio kushan conquistó una parte importante de Asia central y el norte de la India. Esta expansión imperial permitió a los Kushan controlar tanto las rutas terrestres como las marítimas entre Roma y China, y facilitó la transmisión del budismo al Asia oriental.

El fracaso de las sucesivas generaciones de arqueólogos a la hora de identificar pruebas físicas de las campañas de Alejandro Magno en la India cuestiona el éxito de la táctica militar macedonia (véase capítulo 7). Más evidente resulta la construcción de imponentes fortalezas cuando el conflicto entre los *mahajanapadas*, o grandes Estados, continuó en el siglo IV a.C. , hasta que quedaron cuatro. En el 321 a.C., Magadha había establecido su supremacía sobre los territorios restantes, y su primer emperador Maurya, Chadragupta (que reinó del 325 al 297 a.C.), gobernó un Estado centralizado desde Afganistán al oeste hasta Bangladesh en el este, y desde Nepal en el norte al Deccán.

El periodo pos-Maurya asistió a una serie de inicios y disoluciones dinásticas cuando la autoridad política regional era contestada. Hasta la hegemonía de los kushan en el siglo II d.C. no se recuperó de nuevo la unidad a lo largo de una zona que se extendía desde Asia central al océano Índico. Representados en sus acuñaciones en pose marcial, estos guerreros a caballo llegaron a tener una influencia importante en la planificación urbana y el patronazgo religioso. Su control de la zona central de la Ruta de la Seda los llevó al contacto con las superpotencias del mundo antiguo: los chinos han, los romanos y los partos –produciendo cambios culturales religiosos y militares–. Finalmente, debería hacerse mención a Sri Lanka, que, aunque con frecuencia se ve como un componente periférico del Asia meridional, presenta un estimable testimonio, éxito de la política de no violencia del soberano Maurya Asoka y de la expansión de su hegemonía por medio del *Dharma* (véase recuadro en página siguiente).

ARQUITECTURA DEFENSIVA DEL PERIODO HISTÓRICO ARCAICO

Asociado al crecimiento de los poblados urbanizados tuvo lugar el desarrollo de una arquitectura defensiva compleja para protegerlos. La competencia militar y política entre los *janapadas,* o Estados emergentes, llevó a la construcción de cinco ciudades fortificadas en el norte de la India en Sravasti, Rajagriha, Champa, Kausambi y Varanasi hacia el 550 a.C. Muros macizos, de 9 metros de alto y 20 metros de espesor, con el empleo de más de 1.000.000 de metros cúbicos de arcilla, se construyeron en Kausambi, circundando un área de 50 ha; se ha calculado que terminarlos pudo ocupar a 2.500 hombres durante dos años.

Igualmente impresionantes son los muros de piedra de Rajagriha, en el Estado indio de Bihar. Utilizando la topografía de un pequeño valle para completar el efecto, la ciudad estaba rodeada por una muralla exterior de 3 a 5 metros de alto extendida 40 km a lo largo de la cresta de las montañas que rodean el valle. Los puntos más vulnerables, las aberturas del valle al norte y al sur, se reforzaron con la construcción de baluartes de 18 m de largo y 12 m de alto.

Se ha discutido mucho si todas estas grandes construcciones fueron puramente militares en su diseño. Por ejemplo, cuando se construyó la muralla más antigua y el foso en Anuradhapura en el siglo IV a.C., se encerró un área de 100 ha. Pero sólo un tercio de esa superficie estaba realmente habitado. Teniendo en cuenta otros yacimientos del periodo Histórico Arcaico, se ha propuesto que esas defensas antiguas pueden haber protegido también campos y huertos de las inundaciones y la depredación de los grandes mamíferos como el cerdo salvaje, el elefante y el ciervo. La impresionante monumentalidad de la arquitectura defensiva da a entender que había también un motivo menos funcional para rodear las ciudades del sur de Asia y que sus defensas actuaban como

La tradición de no violencia

Al igual que tiene una tradición de campañas militares, Asia meridional tiene una tradición igualmente importante de no violencia, como se manifiesta en el edicto de Asoca (que reinó desde el 272 al 235 a.C.): «Esta inscripción [...] fue grabada para que los hijos y los nietos que puedan tener no deban pensar en ganar nuevas conquistas [...] deberían considerar solamente la conquista por el *Dharma*». Por el contrario, cuando Asoka ascendió de modo sangriento al trono en el 272 a.C. planeó la anexión del último Estado independiente del norte de la India. Asoka estaba bien preparado para esta tarea al haber gobernado las heterogéneas poblaciones de lengua griega y aramea de Taxila, seguido de su designación como virrey de Ujjain en la India central. En el 261 a.C., su ejército avanzó sobre el reino de Kalinga, mientras su flota aseguraba la costa. La campaña de Asoka fue extremadamente destructiva, causando la muerte de 100.000 personas y la deportación de otras 150.000. Acabada la campaña, es probable que se construyese la fortaleza de Sisupalgarh para asegurar el dominio del reino devastado.

Horrorizado por este sufrimiento, Asoka renunció a la guerra y se dedicó a la filosofía del *Dharma,* abandonando la violencia, venerando la vida animal, edificando obras públicas, apoyando el budismo, y corrigiendo la burocracia y otros males de la administración. Asoka tenía esta filosofía inscrita por todo su imperio en las varias lenguas y escrituras de sus miembros constitutivos. Primer intento de crear una entidad política pluralista en el sur de Asia, extendió su autoridad enviando legados y misioneros budistas a los reinos vecinos. El éxito de las campañas del *Dharma* queda ilustrado por la expansión de la hegemonía sobre Sri Lanka, donde los misioneros convirtieron a la corte al budismo y coronaron a su rey con adornos enviados por Asoka en persona. Esta tradición de no violencia nunca se extinguió y fue utilizada más tarde por Gandhi contra el Imperio británico.



Pilar Asoka en Lumbin, lugar de nacimiento de Gautama Buda. Los edictos de Asoka se encuentran a lo largo y ancho de todo el Imperio Maurya, transcritos en varias lenguas: un intento de incorporar poblaciones diversas en un conjunto unificado.

parte de un microcosmos que transformaba la ciudad en una representación plástica del universo. Dentro de ese simbolismo, la muralla y el foso representan los límites del mundo, la ciudad simboliza el universo mismo y, por extensión, el soberano se identifica con el rey del universo.

Este planteamiento cosmo-mágico alcanzó su cenit en la ciudad ceilanesa de Sigiriya. Ocupada por el usurpador Kassapa I (que reinó desde el 473 al 491 d.C.), trasladó la capital de la isla desde Anuradhapura hasta un afloramiento rocoso de 182 m de altura. En un intento de recrear Alakamanda, el hogar de Kubera (dios de la riqueza), la ciudad se componía de tres elementos, cada uno de los cuales representaba un componente de la casa celestial de Kubera. El lago y el foso simbolizan el océano que rodea el universo; la zona interior de las rocas blanqueadas, el Himalaya; el afloramiento del monte Meru, el hogar de los dioses; mientras que la estructura del palacio en la

La batalla del río Hidaspes

	MACEDONIOS, GRIEGOS, PERSAS Y ALIADOS INDIOS	HYDASPES (REINO INDIO DEL PUNJAB)
COMANDANTES	Alejandro Magno	El rey Poros
EFECTIVOS	28.000 de infantería 8.500 de caballería	20.000 de infantería 2.000 de caballería 60 carros 200 elefantes de guerra
BAJAS	4.000 infantes muertos 280 muertos de caballería	12.000 infantes muertos 2.000 muertos de caballería 9.000 prisioneros 80 elefantes capturados

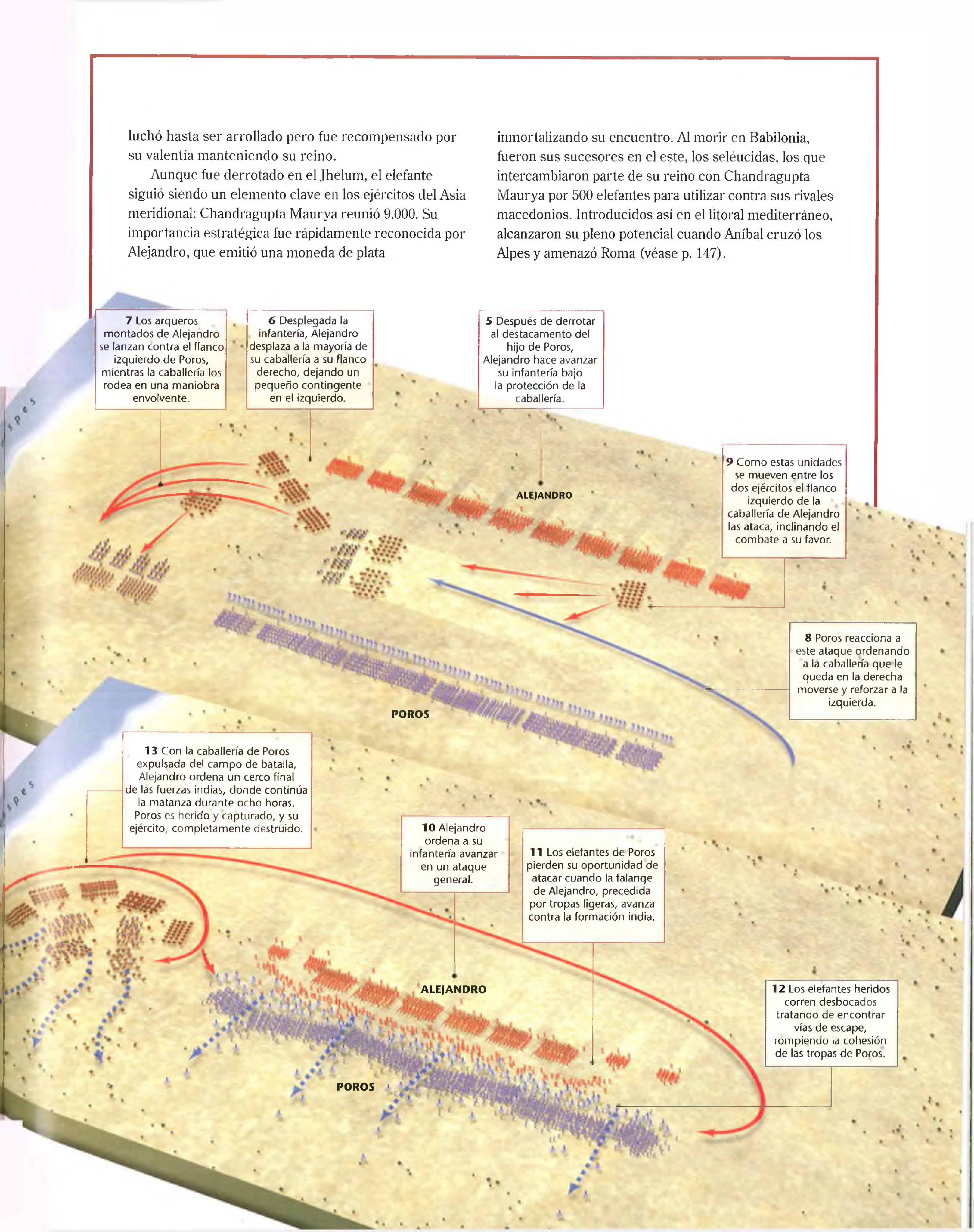
Con un peso de 5 toneladas y una talla de 3,5 m, un elefante de guerra cargando a 30 km por hora causa terror y confusión. Con su dura piel cubierta con armadura de cuero o metal, es casi inmune a las heridas. Estos atributos hicieron del elefante el vehículo elegido por las elites guerreras de Asia meridional desde los tiempos de Buda hasta la época de los mogoles. Cuando los ejércitos macedonio, griego y persa de Alejandro cruzaron el río Hidaspes en el 326 a.C. en apoyo del rey de Taxila contra su vecino Poros, se encontraron con no menos de 200 de estos paquidermos frente a ellos.

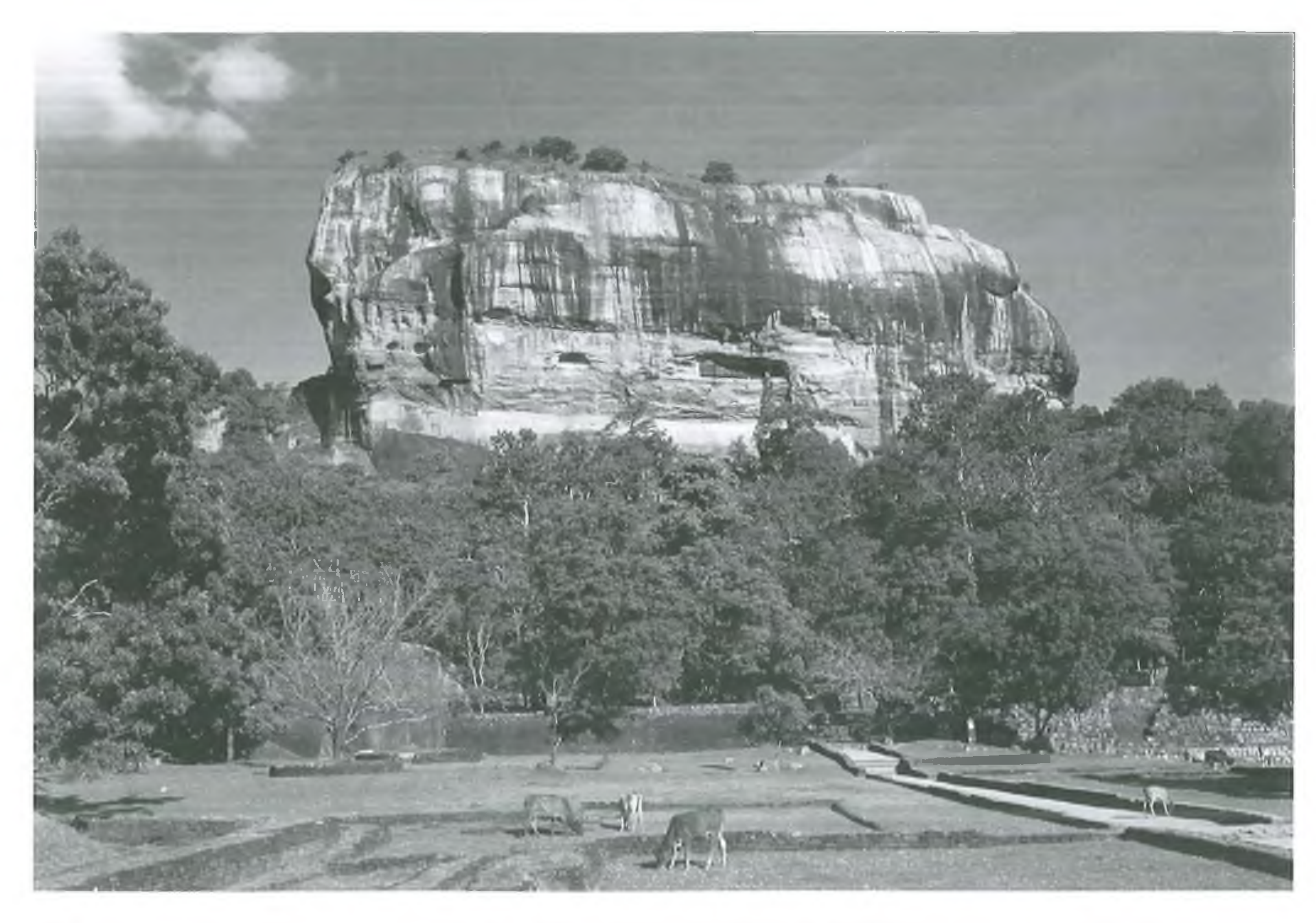
El ejército de Poros, rey de Hidaspes, contaba con 20.000 infantes apoyados por 2.000 de caballería y los 200 elefantes. Cautelosos por los éxitos macedonios, se dispusieron sobre la orilla del río bloqueando a Alejandro. Para superar por el flanco a Poros, Alejandro cruzó el río Hidaspes de noche y, cuando Crátero lanzó el asalto frontal por la mañana, el flanco derecho de Poros se desintegró al juntarse con la nueva fuerza. Los hidaspes se mantuvieron en su sitio y sus elefantes comenzaron a destrozar a la falange de Alejandro. En su desesperación, los arqueros aliados comenzaron a matar conductores de elefantes y cegaron a muchos de estos animales, que huyeron pisoteando a sus propias tropas. Debilitado, Poros

La importancia estratégica de los elefantes de guerra fue reconocida por Alejandro, que acuñó este decadracma de plata inmortalizando su encuentro con ellos.

luchó hasta ser arrollado pero fue recompensado por su valentía manteniendo su reino.

Aunque fue derrotado en el Jhelum, el elefante siguió siendo un elemento clave en los ejércitos del Asia meridional: Chandragupta Maurya reunió 9.000. Su importancia estratégica fue rápidamente reconocida por Alejandro, que emitió una moneda de plata inmortalizando su encuentro. Al morir en Babilonia, fueron sus sucesores en el este, los seléucidas, los que intercambiaron parte de su reino con Chandragupta Maurya por 500 elefantes para utilizar contra sus rivales macedonios. Introducidos así en el litoral mediterráneo, alcanzaron su pleno potencial cuando Aníbal cruzó los Alpes y amenazó Roma (véase p. 147).





¿Cielo en la Tierra? La ciudad del periodo Histórico Arcaico de Sigiriya, en Sri Lanka, se planificó deliberadamente como un microcosmos del universo histórico arcaico. El palacio real se colocó en la cima del elevado afloramiento granítico, coronando una posición defensiva casi inconquistable. La ciudad fue diseñada para representar Alakamanda, proyectando la autoridad del rey sobre el paisaje.

cima del peñón equivale a la del palacio de Kubera. Así, por la morfología de la ciudad, Kassapa se asimila a Kubera, proyectando aparentemente su autoridad divina sobre sus súbditos.

Hay menos carga simbólica en las capitales fuertemente fortificadas que aseguraban el valle de Taxila en Pakistán y, con él, el tramo surasiático de la Ruta de la Seda. Reflejando sus orígenes helenísticos y filohelenos, la ciudad de Sirkap, del siglo II a.C., estaba rodeada por un muro de piedra de 4,8 km reforzado a intervalos regulares con baluartes rectangulares. Una acrópolis amurallada sobre la cresta Hathial, al sur de la ciudad rectangular, y la colocación de la puerta principal ligeramente al este de la calle principal ofrecían una protección adicional. Casi abandonada durante la dominación Kushan de los territorios septentrionales del sur de Asia, fue reemplazada por una nueva generación de arquitectura militar desarrollada en el Asia central.

Inspirándose en ciudades de Asia central como Dalverzin-tepe en Uzbekistán, la ciudad fortificada de Sirsukh, también en el valle de Taxila era de plano casi cuadrangular; medía 1.375 por 1.000 metros. Sus murallas de relleno con frente de mampostería tenían 5,5 m de espesor y estaban reforzadas por una berma o contrafuerte bajo, para impedir su minado, mientras que baluartes de estribo jalonaban el muro y numerosas saeteras para disparar flechas proporcionaban un amplio campo de tiro para los defensores. La ausencia de grandes depósitos en su interior ha hecho pensar a algunos especialistas que el lugar debía ocuparlo una gran fuerza móvil.

Esta inversión en plazas fuertes bien fortificadas es un reflejo de la dominación de los Kushan de un paisaje hostil con el uso de la caballería. Esta combinación de velocidad y movilidad con centros amurallados les permitió controlar puntos clave de acceso y redes regulares de comercio a través de la Ruta de la Seda. El éxito de esta estra-

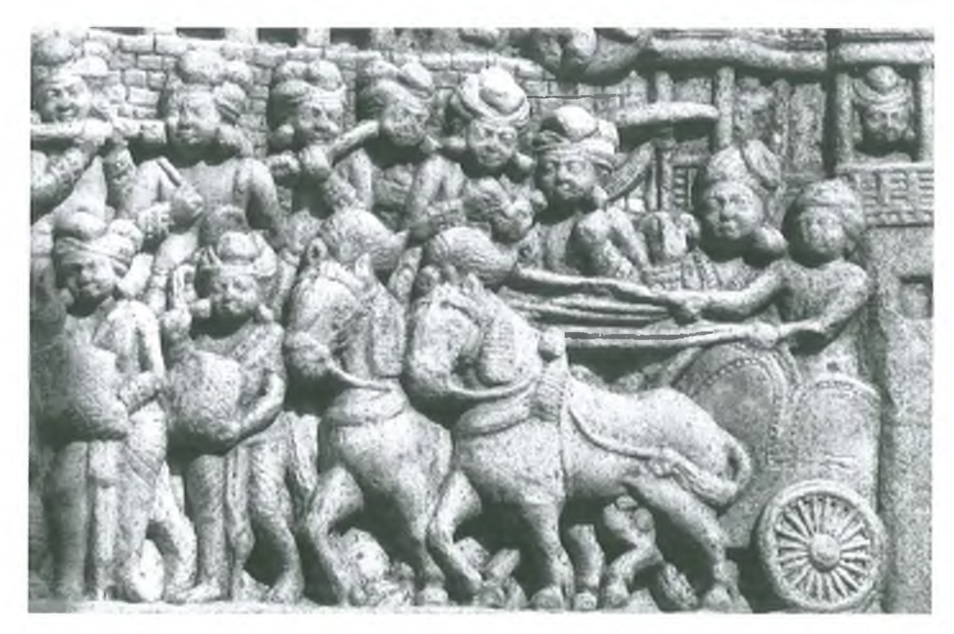
tegia está ilustrado por la ciudad caravanera de Begram, en la que un doble foso y murallas de 12 m de espesor estaban reforzadas con torres que contenían balistas pesadas y catapultas. Los arqueólogos que excavaron un almacén sellado en el palacio de la ciudad se quedaron asombrados al encontrar cientos de objetos de marfil de Asia meridional junto con vidrios grecorromanos y obras lacadas chinas, reflejo de la posición única de los Kushan en las encrucijadas de Asia.

ARMAS Y GUERRA

Los relatos griegos y romanos de la expedición de Alejandro Magno nos han dado perspectivas claras de las armas y técnicas militares de la guerra en Asia meridional. No obstante, se ven incrementadas y ampliadas por el *Arthasastra,* escrito contemporáneo de Kautilya, primer ministro de Chandragupta Maurya. Con un relato único del gobierno económico y político de un Estado del sur de Asia, de sus instrumentos profesionales y de sus estrategias para la guerra, el *Arthasastra* constituye un documento comparable a las tesis de Maquiavelo.

Según el *Arthasastra,* el ejército ideal se componía de cuatro divisiones principales: infantería, caballería, carros y elefantes. La infantería constaba de soldados de a pie equipados con espadas y lanzas apoyados por arqueros con arcos largos de bambú y honderos. Utilizada para el combate cuerpo a cuerpo, se aumentaba con unidades de caballería que lanzaban súbitos ataques por sorpresa, y hacían reconocimientos e incursiones contra los suministros del enemigo y sus líneas de comunicación. La división de carros consistía en vehículos tirados por dos caballos y se utilizaba para despliegues tanto defensivos como ofensivos, por ejemplo para proteger las filas de la infantería y romper a través de las líneas enemigas. La división final y más decisiva del ejército, los elefantes de guerra, eran utilizados para aplastar las formaciones de infantería y destruir fortificaciones. Otra fuente contemporánea calcula que el ejército Maurya constaba de 600.000 infantes, 30.000 jinetes y 9.000 elefantes.

Igualmente importante es el tratado de Kautilya sobre política. Activo en la etapa formativa del Imperio Maurya cuando todavía estaba extendiendo su hegemonía, Kautilya da a entender que todos los reinos vecinos eran enemigos del Estado pero que los vecinos de sus vecinos eran aliados potenciales. En una clasificación más en detalle de los Estados vecinos, Kautilya consideraba que los reinos fuertes son «enemigos», los reinos débiles sirven sólo para «ser exterminados» y los reinos que se enfrentan a pro-



Aunque se han encontrado en Daimabad (II milenio a.C.) ejemplos anteriores, el uso de carros, como éste representado en la *stupa* principal de Sancho, tuvo su apogeo durante el Periodo Histórico Arcaico. Una de las cuatro divisiones principales del ejército ideal del Histórico Arcaico, los carros se utilizaban tanto en defensa como en ataque. Su velocidad era vital para la comunicación en el campo de batalla y, según Kautilya, eran los vehículos escogidos para los reyes.

blemas internos son «vulnerables». Desde la perspectiva Maurya, los reinos poderosos como ellos tenían el deber de extender su control sobre los reinos más débiles. Bastante más revelador aún, Kautilya defiende la expansión por medio del uso de la triple estrategia de guerra abierta, encubierta y silenciosa.

Mientras que la guerra abierta utilizaba al ejército profesional, Kautilya advertía que debía estar apoyada por la guerra encubierta, esto es, el uso de tácticas de guerrilla. Estas estrategias más regulares tenían que estar apoyadas por una táctica maurya única que incluía el uso de agentes secretos, mujeres espías y asesinos, así como propaganda. El concepto de Kautilya de guerra silenciosa era intentar crear confusión, disensión y conflicto dentro de los reinos enemigos, debilitándolos militar y socialmente. Una propuesta como ésta estaba en contradicción directa con la épica más antigua, como el *Mahabharata,* en el que los códigos tácitos de la guerra estaban diseñados para fomentar el honor durante las hostilidades.

Palacio de la Apadana. Los bajorrelieves de la escalinata representan soldados de todo el imperio persa, incluidas tropas de Gandhara portando lanzas y soldados del Punjab y Cachemira con hachas de dos cabezas. Estas imágenes demuestran el control y el sistema impositivo que los persas establecieron a lo largo de su enorme imperio, que incorporó el noroeste del Asia meridional.



EL ARTE DE LA GUERRA

Las más antiguas representaciones de tropas del sur de Asia provienen de fuera del subcontinente, de la espectacular capital del Imperio aqueménida, Persépolis. Confirmando los datos de los reclutas de Gandhara e India en los ejércitos persas que se enfrentaron a Alejandro Magno, los bajorrelieves de la escalinata de la Apadana en Persépolis muestran tropas de Ganhara, procedentes de una región equivalente al noroeste de Pakistán y sur de Afganistán, armadas con lanzas y grandes escudos redondos de pieles secas. De modo similar, están representadas tropas de una región que se corresponde con Punjab y Cachemira, aunque están equipadas con hachas de doble cabeza.

A pesar del abundante corpus de datos textuales sobre el carácter de la guerra en Asia meridional durante la época maurya que ofrecen los escritos de Kautilya, no se conocen representaciones de guerreros o de combates. En relación quizás con la posterior búsqueda de la no violencia por Asoka, esta situación continúa durante varios siglos, hasta que se produce un cambio espectacular en el registro arqueológico con las grandes puertas o *toranas* del centro budista de Sanchi, en Madhya Pradesh.

Edificado por el gran rey guerrero sunga Agnimitra en el siglo I a.C., la *torana* sur de la principal *stupa* de Sanchi representa escenas de la «Guerra de las Reliquias», en la que los reinos vecinos combatieron por la posesión de los restos corporales de Gautama Buda. Agnimitra, hijo del comandante en jefe del último emperador maurya, encargó este relieve del asedio de una ciudad fortificada por un ejército que se corresponde con el modelo propuesto por Kautilya, con las cuatro divisiones de infantería, caballería, carros y elefantes claramente visibles.

La ciudad está situada en el centro con altas murallas de adobe o piedra, sobre las cuales se pueden ver galerías parapetos o de madera. Ocupadas principalmente por arqueros, que lanzan flechas sobre la infantería, en las murallas pueden verse otras tropas que arrojan bloques de piedra. El ejército sitiador avanza en orden de batalla, con los arqueros dando cobertura a los infantes armados con lanzas, picas, mazas y escudos. En primer plano puede verse a la vanguardia escalando los muros exteriores de la ciudad, mientras son rechazados por la guarnición armada con lanzas y mazas. Los carros y los elefantes se mantienen amenazadoramente en la reserva, a la espera para demoler las fortificaciones debilitadas y aplastar a las desmoralizadas tropas de su interior. Como la temperatura y humedad altas los hacen inadecuados, no se usan en ningún bando ni cascos ni armaduras de metal. En su lugar se utilizan calzones cortos, sarongs, turbantes y, como protección, escudos de tres cuartos.

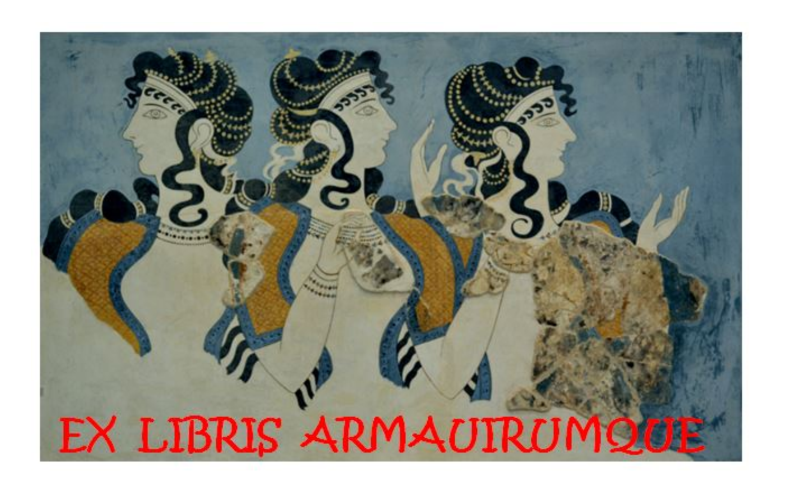
Este capítulo acaba con la destrucción del mundo del Histórico Arcaico por las incursiones repetidas de los heftalitas, o hunos blancos, en el siglo V d.C. En palabras de sir



Representación de un asedio durante la «Guerra de las Reliquias». Este relieve de la *torana* sur de la *stupa* principal de Sanchi presenta las cuatro alas principales de un ejército del Histórico Arcaico: infantería, caballería, carros y elefantes (véase también p. 228).

John Marshall, director general de Arqueología en la India de 1902 a 1928, «arrasaron Gandhara y el Punjab [...] llevando la ruina y la desolación por donde pasaron». La evidencia gráfica de este política de tierra quemada se encontró en el valle de Taxila, donde los restos humanos descansan cerca de almacenes de grano carbonizados en las ruinas de los monasterios.

A pesar de los dos hiatos presentes en nuestra panorámica del Asia meridional, la continuidad de la filosofía de la no violencia o *Dharma* de Asoka puede ser rastreada a través de los siglos hasta culminar en la resistencia pasiva de Mahatma Gandhi. Con un enorme éxito, este planteamiento simple desconcertó a los estrategas militares y políticos británicos y desempeñó un papel decisivo en el final de la dominación imperial en el Asia meridional. Desgraciadamente, esta política parece estar ausente actualmente en la zona, con conflictos en curso presentes en los ámbitos local, regional, nacional e internacional con estrategias similares a la triple división de Kautilya de guerra abierta, encubierta y silenciosa por toda la región.





CHARLES A. PETERSON

15 La guerra en la antigua China

FECHAS CLAVE

China arcaica (*ca.* 1600-771 a.C.)
1045 a.C. Los Zhou acaban con el reino Shang.
771 a.C. La dinastía Zhou expulsada del oeste; nueva capital en Luoyang.

Sociedad multiestatal (771-221 a.C.)
***ca.* 450 a.C.** *El arte de la guerra*, de Sun-Tzu.
403-331 a.C. Periodo de los Reinos combatientes.

Dinastías Qin y Han (221 a.C.- 220 d.C.)
221 a.C. Los Qin conquistan el último Estado independiente.
***ca.* 219 a.C.** Construcción de las murallas exteriores, más tarde la «Gran Muralla».
210 a.C. Shi Huangdi, primer emperador, muere.
201 a.C. Liu Bang es derrotado.
***ca.* 170 a.C.** Unidades de caballería especializadas en el ejército Han.
141-87 a.C. Emperador Wudi.
99 a.C. Derrota repetida de Li Ling.

La división (220 d.C.-589)
***ca.* 325 d.C.** Aparición del estribo, seguido de la caballería pesada (de choque).

Infante del famoso ejército de terracota encontrado en la tumba del Primer Emperador, fechado en el siglo III a.C. Su armadura está compuesta de pequeñas láminas de cuero remachadas sobre chalecos de piel que llegaban hasta las rodillas. Hacia el siglo IV esta armadura se producía en masa y se convirtió en el equipamiento estándar de los ejércitos de la época, cuya base era la infantería.

El inmenso espacio de tiempo tratado en este capítulo, *ca.* 1600 a.C.-589 d.C., se aborda mejor con una división en cuatro grandes periodos. Cada uno de ellos contempló acontecimientos distintos y significativos en la sociedad y la cultura chinas, incluido el arte de la guerra. Aunque con una dilatada identidad y conciencia cultural, China aparece como un solo país reconocible por nosotros en el tercero de nuestros periodos. Políticamente, desde luego, disfrutó de auténtica unidad sólo en este periodo; sin embargo, desde el final de nuestra época de estudio, 589 d.C., la unidad fue la regla más que la excepción.

La geografía de China está caracterizada sobre todo por sus dos grandes ríos, el Amarillo y el Yang-tse, que sirven como escenarios respectivos para el desarrollo inicial y el tardío. El borde de tierras altas y montañas que circundan y limitan buena parte de la China tradicional (luego absorbidas en su mayoría) compone un elemento adicional notable. Dos circunstancias sobresalen como determinantes clave en su historia militar y política. Primero, como es un país con extensa tierra arable y otros recursos, China desarrolló una economía agraria productiva que sostenía una población numerosa, una red de ciudades y pueblos, un comercio activo y, por consiguiente, la capacidad para hacer la guerra a gran escala. En segundo lugar, a lo largo de las fronteras norte y noroeste surgió una división brusca en las sociedades, economías y culturas a ambos lados: los pueblos ganaderos, nómadas, al norte; los agricultores chinos al sur. Esta circunstancia llevó al más persistente e insoluble problema exterior que los chinos tuvieron que afrontar.

La guerra en China tiene su origen al final de la época neolítica, o a mediados del III milenio a.C. El éxito de la agricultura cerealista motivó la aparición de numerosas comunidades sedentarias que, al cabo de un tiempo, comenzaron a rodearse de muros de defensa. Había conflictos, probablemente en forma de incursiones, medidas defensivas y contraataques, pero el registro arqueológico no ha revelado sus verdaderos detalles.

CHINA ARCAICA, *ca.* 1600-771 a.C.

La historia, definida por la aparición de la escritura, comienza con la dinastía Shang, *ca.* 1600-1045 a.C., una etapa caracterizada también por la producción de bronce. El reino Shang ocupaba el valle medio del río Amarillo en el norte de China, pero su influencia se extendía mucho más allá de su dominio político. A su vez se benefició de contactos con otras culturas de la región. La guerra de verdad comienza en China con los Shang. Una organización formal de los ejércitos reales, que aparentemente sumaban varios miles de hombres, permitía ataques sistemáticos (y contraataques) contra los enemigos de cualquier lado. Junto a las motivaciones más convencionales, un objetivo de estas guerras era obtener prisioneros para sacrificar en los ritos religiosos Shang. La organización y la disponibilidad de amplios recursos explican ampliamente la capacidad de hacer la guerra de los Shang, pero también desempeñó un papel el desarrollo tecnológico: las armas de bronce eran indiscutiblemente superiores a las de madera y piedra, que incluían largas hachas-puñal *(ge)*, lanzas, diversos tipos de hachas de guerra y puñales, así como el arco compuesto. En las fuentes se atestigua una

unidad especializada de arqueros. El carro de guerra hace también su aparición, evidentemente importado de la lejana Asia occidental. Servía sobre todo como símbolo de estatus; en cambio, desempeñaba un escaso papel, si tenía alguno, en el combate.

El reino Shang se extinguió en el 1045 a.C. por causa de un vecino y antaño vasallo del Oeste, los Zhou. Establecidos desde antiguo en el fértil valle del río Wei, la dinastía Zhou suministraba el liderazgo y núcleo esencial del ejército de lo que quizás fue una alianza de los enemigos de los Shang. Los Zhou, emparentados con los Shang en lengua y cultura, extendieron sus conquistas mucho más allá de sus antiguos límites hasta incorporar la mayor parte del norte de China. Políticamente, esto desembocó en un reino bastante poco articulado, con amplias áreas encomendadas a parientes y generales leales, en la práctica un sistema tribal extenso. Sin duda, claro, este marco sirvió para extender una cultura común, luego identificada como Han.

La prolongada dinastía Zhou (*ca.* 1045-256 a.C.) nos ofrece el marco de referencia cronológico para los más relevantes acontecimientos políticos y militares de la historia china. Éste fue el periodo en el que aparecieron las obras literarias, históricas y filosóficas que



Izquierda. Casco de bronce de fines de la época Shang, probablemente llevado sólo por los guerreros de la aristocracia. El bronce fue el metal predominante a lo largo del Periodo Arcaico.

Arriba. Mapa que muestra los lugares principales mencionados en este capítulo.

la posteridad reconoció como clásicos, y cuando vivieron algunas de las figuras más influyentes como Confucio. Sin embargo, se caracterizó por la falta de unidad política. Después de un largo periodo inicial de gobierno, la casa de Zhou fue expulsada de sus bases occidentales en el 771 y fue obligada a establecer una nueva capital en el este, en Luoyang. Allí, como su poder declinó rápidamente, vio su papel reducido al de mera cabeza ritual de un reino cada vez más fragmentado.

LA EVOLUCIÓN DE UNA SOCIEDAD MULTIESTATAL, 770-221 a.C.

El paisaje político de la China Zhou después del 770 revela más de cien territorios independientes o autónomos, que variaban mucho en tamaño y recursos. La tendencia dominante en los tres siglos siguientes (periodo llamado Primavera y Otoño) fue que estos nacientes Estados se hiciesen menos numerosos y más grandes, sobre todo mediante el conflicto armado. Las guerras eran frecuentes, normalmente cortas, a pequeña escala y se luchaba con unos objetivos limitados. Acarreaban, sin embargo, suficiente costo como para que se intentase reiteradamente controlar esos conflictos. En el siglo VII a.C. se creó la institución del hegemón, esto es, el reconocimiento de un Estado concreto como el primero entre iguales y encargado de mantener la paz. Tuvo un efecto limitado, pues la diplomacia y la forja de alianzas seguían el curso del estricto interés propio. A mediados del siglo V sobrevivían apenas dos docenas de Estados, y el proceso continuó. Cabe destacar que el liderazgo en cada Estado corría a cargo de una aristocracia que fomentaba las virtudes marciales y adoptó un código caballeresco que pretendía mantener la guerra dentro de unos límites, al menos para los de su rango.

Ésta es también la era del carro de guerra en China. En las batallas de este periodo aparece ahora a cientos, en raros casos a miles. Una tripulación de tres hombres incluía un arquero (con frecuencia un noble), un lancero y un auriga, y el tiro era de dos o cuatro caballos. A cada carro se adscribían unidades de infantería, normalmente 10, pero a menudo más. En la defensa, dichas unidades cubrían como pantalla al carro hasta que estaba listo para pasar al ataque. Sin embargo, no está del todo claro qué tácticas se usaban. La gran ventaja de los carros, la velocidad, los haría ir normalmente al frente lejos de sus escoltas de a pie, y dado el costo de los caballos y la presencia de un noble, difícilmente se arriesgarían en un modo literal de choque. Su uso debía estar regido por algún tipo de convenciones, observadas por ambas partes, y en grandes cantidades tenían que resultar efectivos.

También tuvo lugar cierto desarrollo de una infantería independiente. Los ejércitos del sur (de la cuenca del Yang-tse), por ejemplo, constaban casi únicamente de infantería desde el comienzo a causa del terreno. Cuando hacia finales de este periodo empezaron a producirse asedios, los soldados de a pie eran los únicos adecuados para esta tarea. La arqueología ha sacado a la luz buenas armas de infantería, que continúan en su mayoría diseños anteriores. El hacha-puñal *ge* recibió una hoja alargada en su final, lo que permitía un movimiento de punción y la convirtió así en una verdadera alabarda.

Desde mediados del siglo V a.C. el cambio se acelera en todos los sectores en todos los Estados. Aunque se habían emprendido reformas, por ejemplo en la justicia y la administración desde el siglo VII, ahora se iniciaron programas mucho más ambiciosos. Adoptando la perspectiva de la época, po-

Dos espadas de bronce hermosamente decoradas, conincrustaciones de turquesa, fechadas ambas alrededor del 500 a.C. Una inscripción en la espada de la izquierda recuerda que fue propiedad de Fu Chai, príncipe de Wu. La espada de la derecha tiene un diseño inciso muy bien conservado; las dos están todavía bien afiladas.

Alabarda de tres hojas o hacha-puñal del periodo de los Reinos Combatientes. Esta arma, habitual de la infantería hacía tiempo, alcanzaba longitudes de 2,5 metros y más.

dríamos describir éstos como esfuerzos de modernización. Actuaban en su favor tanto presiones internas como externas. Externamente, al entrar en el periodo conocido como de los Reinos Combatientes (oficialmente entre 403-221 a.C.), los conflictos entre los Estados adquirieron una mayor escala y se hicieron más mortíferos y de mayor duración. Internamente, las medidas emprendidas para poner más poder en manos del príncipe reinante se vieron acompañadas por amenazas por parte de destacadas familias. La tradición y el pasado pesaban mucho todavía, pero la capacidad para movilizar recursos y utilizar la fuerza con eficacia, se volvió aún más decisiva para determinar la suerte de la autoridad de un Estado.

El crecimiento y el desarrollo militares estaban ligados a una serie de cambios profundos y extensos. Los soberanos adoptaron diversos medios para concentrar poder en sus propias manos. La imposición de códigos de leyes, que nivelaban la estructura social, erosionó los privilegios de la antigua aristocracia. Con el fin de proporcionar acceso directo a la población para prestar servicios y recaudar impuestos, se puso en práctica un sistema de censo de hogares. De modo similar, se creó un cuadro de funcionarios, que fue cambiando progresivamente nobles por plebeyos, para proveer de personal al gobierno central y asumir el control directo sobre áreas locales. El nuevo Estado también promovió y se benefició del crecimiento económico que se manifiesta en la expansión del comercio, la aparición de la moneda, la extensión de las ciudades y los cambios demográficos. Estos avances también tienen una contrapartida intelectual, puesto que el periodo *ca.* 500-200 a.C. fue el más vivo y el más creativo de la historia del pensamiento chino.

En este ambiente era esencial un ejército fuerte, no sólo para preservar el Estado sino también para proseguir la expansión necesaria para mantenerlo a la par que los Estados competidores. Lo que sucedió, en resumen, fue la transformación de un ejército basado en el viejo orden aristocrático y comandado por nobles en un ejército de masas al servicio de un soberano autocrático y comandado por oficiales nombrados por él. Fundamental en este cambio fue el censo de la población, que permitió el reclutamiento directo de los campesinos. Las numerosas fuerzas de infantería, cada vez más efectivas, así creadas significaron el fin de la guerra con carros, con su énfasis en el heroísmo individual y en el comportamiento caballeresco. Hasta cierto punto al menos, el número era lo más importante: en la época de los Reinos Combatientes comenzamos a oír hablar de ejércitos de campaña de 100.000 y más hombres (de hecho, se dan también cifras mucho mayores, seguramente fantásticas)

La nueva infantería estaba asimismo mejor equipada. Aunque siguieron predominando las armas de bronce, aparece el hierro y su uso se hace cada vez mayor. Las tropas de choque estaban armadas principalmente con alabardas y lanzas y, en menor grado, con espadas. Los soldados protegidos por cotas hechas de numerosas placas de cuero o metal cosidas juntas, como se ve en el famoso ejército de terracota del Primer Emperador (véase recuadro de las pp. 254-255). A los arqueros se unieron los portadores de una nueva arma, la ballesta. Presente ya en el 400 a.C., la exacta y poderosa ballesta se convirtió en parte decisiva y perdurable del armamento chino. El componente esencial era el complejo mecanismo del gatillo de bronce que al final de este periodo pasó a producirse en masa. Desgraciadamente no tenemos idea de en qué proporciones estas tropas de choque y con armas arrojadizas constituían una unidad regular.

En el siglo IV a.C. los soberanos de los Estados del norte comenzaron a introducir la caballería en sus ejércitos. Los chinos probablemente se habían encontrado por primera vez con nómadas a caballo en la frontera norte un siglo antes. A pesar de sus evidentes ventajas, varios factores pueden haber inhibido la adopción y el crecimiento de la caballería –una escasa disponibilidad de caballos, la falta de jinetes experi-

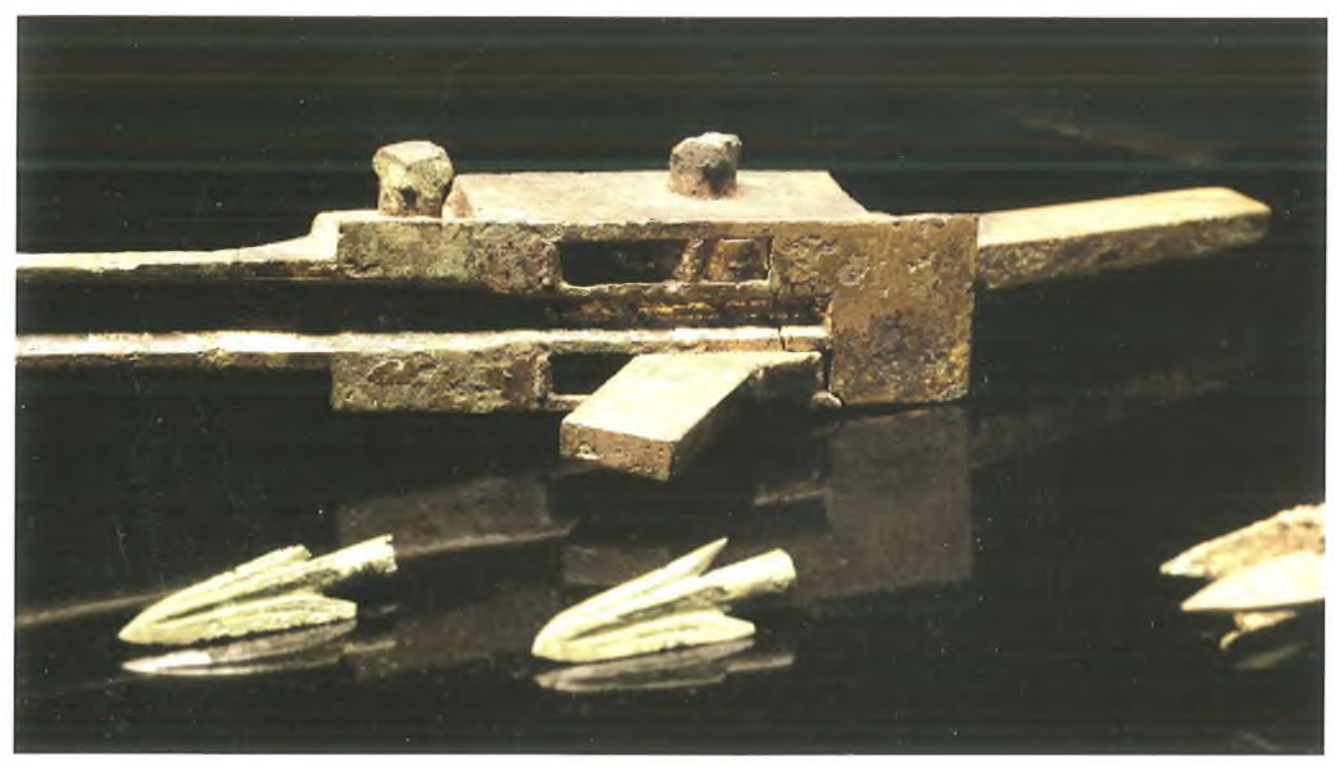
mentados y el conservadurismo–. Hasta la era imperial, el papel de la caballería siguió siendo limitado.

Las mejoras extendidas en la fortificación, que datan del siglo V a.C. indujeron esfuerzos más sistemáticos en las técnicas de asedio. Las murallas de ciudades y pueblos se repararon, se elevaron y se reforzaron en general. Murallas que pretendían servir para propósitos bastante diferentes también comenzaron a aparecer, construidas como barreras defensivas a lo largo de las fronteras de los distintos reinos. Aunque los Estados septentrionales construyeron murallas también para salvaguardar los territorios recién adquiridos en el norte, las murallas interiores tienen una significación mucho mayor en este periodo. Es irónico que bastante antes de que se construyese la Gran Muralla (que debería traducirse mejor como «Muros Largos») para defenderse de los invasores nómadas, los chinos estuvieran construyendo murallas para protegerse unos de otros.

Muchas de las técnicas de asedio recuerdan las utilizadas en otras partes del mundo –el ariete, la rampa, las escalas de asalto (en realidad «escalas de nubes» con contrapeso), minas, etc.–. Los defensores colocaban geófonos para detectar actividades de minado y así poder utilizar dispositivos de fuelles y tubos para enviar humos tóxicos contra los minadores. Se disponía de diversas pantallas para interceptar proyectiles, mientras que en las murallas podía colgarse una pantalla inflamable que se prendía para acabar con los posibles atacantes que utilizaban escala de asalto. Hay cuestiones abiertas sobre los tipos de artillería a disposición de los atacantes y de los defensores. Es cierto que se desarrollaron ballestas más grandes y pesadas, equivalentes a las *ballistae* griegas y romanas. Más que emplear el principio de torsión como estas últimas, los modelos chinos usaban un tipo de arco excepcionalmente fuerte o múltiples arcos montados en un armazón fijo o incluso en una especie de carreta. Eran armas muy efectivas, con alcances, según los tamaños de la máquina y la saeta, de 250 metros y más. La información es, sin embargo, sorprendentemente escasa, considerando que apenas hay referencias al otro tipo habitual de artillería en el mundo antiguo, la catapulta, y a su uso en asedios reales.

La pesada ballesta del periodo de los Reinos Combatientes era un arma difícil de usar: en este dibujo, el soldado sostiene la saeta con los dientes antes de cargarla; *abajo* el mecanismo del gatillo de bronce fue indiscutiblemente la innovación más importante del armamento de este periodo.





Como las guerras se fueron volviendo más largas, más complejas y de mayor alcance en sus consecuencias, surgió inevitablemente una demanda de profesionales y expertos. Entre los soldados, el profesionalismo fue fomentado entre los oficiales, cuyo liderazgo en todos los ámbitos resultaba esencial para la formación, control y dirección de los nuevos ejércitos de masas. También aparece en el surgimiento de unidades de elite dentro de esos ejércitos, a veces guardias personales de los soberanos, otras comandos o unidades de asalto especiales. Del mayor interés para nosotros, sin embargo, son los expertos que llegaron a consejeros, comandantes y, a veces, tratadistas. El más conocido, desde luego, es Sun-tzu, el autor de *El arte de la guerra,* el primer tratado militar del mundo (véase recuadro en página siguiente). Sin embargo, Sun-tzu fue uno más de los muchos especialistas en el arte de la guerra, aunque de los más antiguos y ciertamente el más influyente. Además, la búsqueda de soluciones pragmáticas y racionales a los retos de la guerra era característica de muchas empresas intelectuales de esta época de «las Cien Escuelas». Era característica, asimismo, de la firme creencia en el poder de las ideas y en la posibilidad de su aplicación con éxito.

Los expertos militares formaban parte de un nuevo grupo que había hecho su aparición en escena, el de los consejeros itinerantes –la mayoría en las artes de la política–, que podían ir de corte en corte, en busca de público y de un alto cargo (Confucio fue de los primeros, aunque era un firme propulsor de la persuasión más que de la fuerza). A su debido tiempo, los expertos militares desarrollaron distintas escuelas y propuestas. Una daba prioridad a la estrategia, otra a la tecnología y una tercera a los cálculos metafísico-cosmológicos. La mayoría no están bien representadas en las fuentes conservadas, pero compartían ciertas características. Eran pragmáticos en sus planteamientos y, al menos implícitamente, antitradicionalistas. Prestaban poca atención a las cuestiones morales, en el caso de Sun-tzu ninguna. Recalcaban la necesidad de una organización clara, una disciplina estricta y una obediencia incuestionable. El ejército tenía que responder perfectamente a las órdenes del comandante, cuyo protagonismo alcanzó un grado extraordinario. En virtud de su minuciosa preparación del ejército, su comprensión del aprovechamiento potencial del terreno y su adquisición de información fiable de la condición, el mando y las intenciones del enemigo, el comandante podía ganar la batalla apenas sin lucha. Tampoco su comportamiento superior emanaba simplemente de las cualidades convencionales de un buen general. Más importante, debía poseer una perspicacia casi mística que revelase la auténtica pauta determinante de los acontecimientos, tal como se iban a desarrollar. Y lo que resulta más sorprendente, según los teóricos, debería gozar de independencia absoluta en el campo de batalla y no sufrir interferencias del príncipe gobernante.

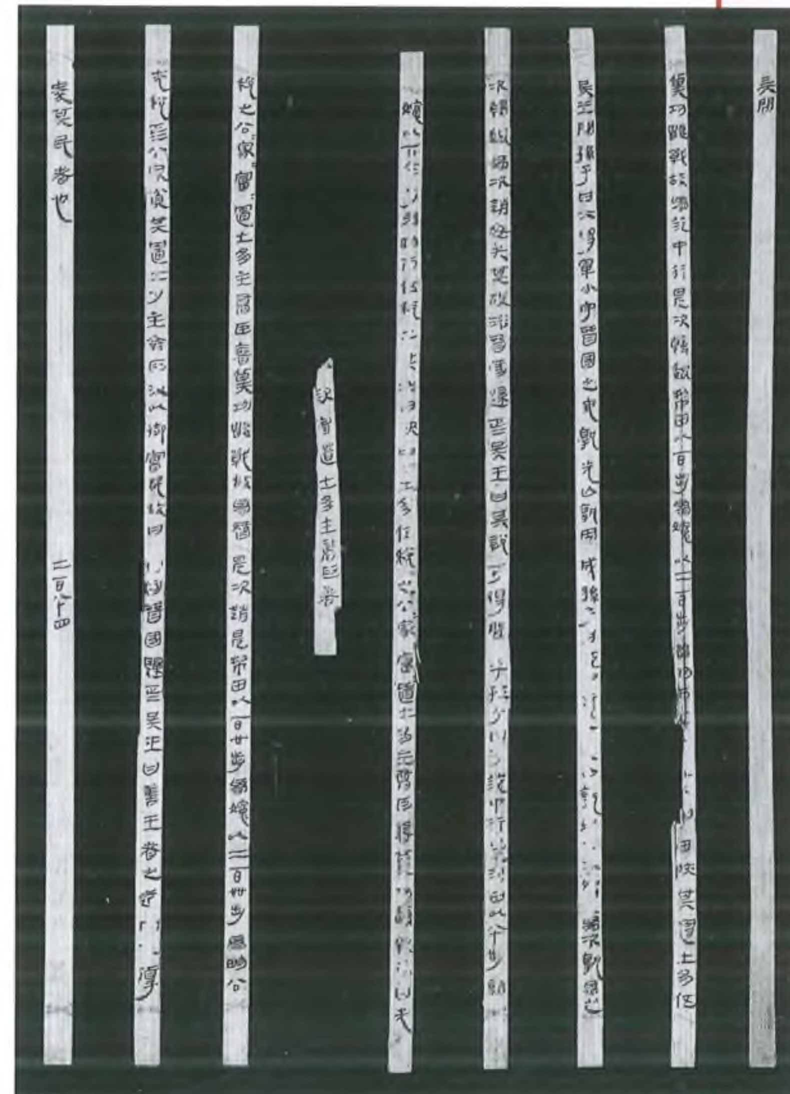
El periodo de los Reinos Combatientes llegó a su fin a manos del Estado mejor organizado, más autocrático, más militarista y, a ojos de sus contemporáneos, más despiadado, el Qin. Considerados mucho tiempo como rudos e incultos, los Qin, cuya capital estaba cerca de la moderna Xian, emprendieron una serie de reformas en el siglo IV a.C. que les permitieron ponerse al nivel de los otros reinos y, en algunos aspectos, superarlos. Una buena muestra de la opinión contemporánea sobre los Qin en el siglo III puede deducirse de las palabras del famoso filósofo confuciano Xunzi:

> Los soberanos Qin [...] tratan [a su pueblo] con dureza, los aterrorizan con autoridad, los amargan con privaciones, los persuaden con recompensas y los intimidan con castigos. Ellos se ocupan de que si el pueblo humilde espera obtener algún beneficio de sus superiores, sólo puedan alcanzarlo distinguiénose en el combate [...] Las recompensas aumentan conforme lo hacen los logros; así, a un hombre que vuelve de la batalla con cinco cabezas de enemigos, se le hace jefe de cinco familias en su aldea.

El arte de la guerra de Sun-tzu

Sun-tzu identifica tanto al autor («Maestro Sun») de *El arte de la guerra,* el más antiguo tratado militar llegado a nosotros, como al libro mismo. Aunque la obra se atribuye a un general y consejero militar de fines del siglo VI a.C., como texto data de la segunda mitad del siglo V a.C. (por tanto, es de otro autor o una compilación posterior de los *dicta* del Maestro Sun). Hasta mediados de los setenta, de hecho, cuando se descubrieron varios textos en una tumba de mediados del siglo II, había confusión sobre el nombre y la identidad real del autor. Este hallazgo dejó claro que hubo dos «Maestros Sun», el primer Sun Wu y un probable descendiente que vivió en el siglo IV, Sun Bin, autores ambos de tratados llamados *El arte de la guerra.* El último incorpora casi toda la obra del anterior en la suya ampliándola en algunas nuevas direcciones. La siguiente descripción, sin embargo, se centra enteramente en la obra primitiva.

Sun-tzu no es un manual militar en sentido literal; es, más bien, un conjunto de directrices, incluso un tratado psicológico, dirigido al comandante. En esta época, la de los Reinos Combatientes, de conflicto militar y profesionalización crecientes, Sun-tzu abogaba (y sin duda ayudó a determinar) por muchos de los principios defendidos por otros expertos militares, como se indicaba en otro lugar de este capítulo. Lo más sorprendente en Sun-tzu es el énfasis en el uso del engaño y la sorpresa, para promover lo cual es partidario del uso de una completa red de espías. Insiste también en la necesidad absoluta de que el comandante reconozca el momento y el lugar críticos donde asestar el golpe decisivo. En esta como en otras cosas refleja, explícita o implícitamente, un compendio de todos los «principios» modernos de la guerra. Interesante especialmente en alguien que se ocupa de la guerra, es claramente consciente de sus costes e incluso encuentra viable que haya ocasión de ganar sin recurrir al combate.



Arriba. Estas «páginas» de madera, con la escritura que va de arriba abajo, son parte de un hallazgo mucho mayor de casi 5.000 piezas completas e incompletas que datan de los siglos finales antes de nuestra era que fueron enterradas en una tumba Han. En unas 300 se conserva la mayor parte del texto de *El arte de la guerra* de Sun-tzu.

Después de haber consolidado su posición exterior en el oeste hacia el 300 a.C., los Qin consiguieron el dominio sobre los seis grandes reinos que quedaban *ca.* 260 a.C. El final, cuando los Qin estuvieron debidamente preparados, llegó rápidamente; en la década de 230-221 a.C. los Qin destruyeron uno tras otro a sus rivales y unificaron el país bajo su soberanía. Había nacido una nueva era.

EL PRIMER IMPERIO: LAS DINASTÍAS QIN Y HAN, 221 a.C.-220 d.C.

El primer paso en la construcción del imperio por parte de los Qin fue la extensión de sus propias leyes e instituciones a todo el país. En algunos aspectos esto no implicaba un cambio tan radical, en tanto que todos los Estados se habían ido desarrollando en unas líneas muy similares. Por descontado, y los hechos lo confirman, el resentimiento local por la imposición de una soberanía extraña debe haber sido muy fuerte. No está claro cómo el régimen modificó su ejército o si lo intentó. Presumiblemente, incorporó una proporción importante de soldados de los ejércitos derrotados y desmovilizó a los demás. Ante la necesidad de consolidar su control sobre el país y las amplias operaciones militares que se emprendieron en consecuencia, el gobierno debió mantener un gran número de hombres en armas, quizá unos 250.000. La conservación del ejército de terracota en la tumba del Primer Emperador, Shi Huangdi, nos ha proporcionado una información visual mejor que de cualquiera de los soldados chinos anteriores a la época moderna (véase recuadro en páginas 254-255).

Los Qin emprendieron un ambicioso conjunto de proyectos, muchos de los cuales tuvieron efectos profundos y duraderos. En su mayoría eran los que se podía esperar de un gobierno nacional. El país fue dividido en 36 (luego 42) distritos administrativos (con subdivisiones) y el código legal Qin se extendió por todo el territorio. Se hizo un esfuerzo para establecer una escritura china uniforme, que hasta entonces presentaba numerosas variantes. De igual modo se fijó la estandarización de la moneda, pesos y medidas, así como anchura de los caminos. Se emprendieron grandes proyectos de obras públicas, en los que trabajaron cientos de miles de campesinos. Se construyeron caminos a gran escala, totalizando más de 6.500 km según la mayoría de los cálculos y mostrando un paralelismo obvio con el Imperio romano. Varios proyectos de grandes canales también pretendían mejorar el transporte fluvial. La construcción de la propia tumba del Primer Emperador llevó años y miles de horas de trabajo por hombre, aunque la Gran Muralla es probablemente el empeño arquitectónico más famoso de los Qin.

No es de extrañar que la expansión estuviese también en la agenda de los Qin. Ya en el 219 a.C. se enviaron tropas al profundo sur, y en los años siguientes se extendió la soberanía china del norte a las costas meridionales y del sudeste por vez primera. Periódicamente se enviaban colonos tanto al norte como al sur para estabilizar estas regiones fronterizas con asentamientos. Desde el 215 a.C. el experimentado general Qin Meng Tian lanzó una serie de ataques contra los nómadas Xiongnu, que hicieron ganar nuevos territorios al imperio. Fue para protegerlo y asegurar toda la frontera septentrional por lo que se construyó la primera Gran Muralla. Estos «Muros Largos», en traducción literal, en realidad conectaban y ampliaban tres murallas construidas con anterioridad por los reinos chinos del norte, con un recorrido que discurría al norte de la actual muralla Ming-Qing. En diseño, construcción y función estratégica eran muy similares a las murallas Han que examinaremos más detenidamente a continuación.

Con toda probabilidad, la construcción del Imperio Qin llegó demasiado lejos y se hizo con demasiada rapidez, ganándose la animadversión de muchos pueblos que, por otra parte, eran políticamente neutrales. Sin duda, las clases privilegiadas de los Estados antes independientes siguieron sin reconciliarse con el nuevo regimen. Como corolario, una crisis de autoridad siguió a la muerte del Primer Emperador en el 210 a.C. y continuó sin resolverse hasta que la dinastía llegó a su final en el 207 a.C. En un Estado

tan absolutista como el Qin, la falta de una mano firme en su centro resultó fatal con casi absoluta seguridad.

Los años de guerra civil hasta la pacificación en el 202 a.C. costaron mucho al país en términos de seguridad interna y externa, pero no amenazaron la unidad que se había logrado. Ciertamente, los emperadores Han mantuvieron las leyes e instituciones Qin, aunque dotándoles de un aspecto ideológico diferente, confuciano en última instancia. El hecho de que el fundador Liu Bang (que reinó entre el 206-195 a.C., conocido póstumamente como Gaozu) fuera un plebeyo que había llegado a lo más alto por su propio esfuerzo hace más comprensible todo esto. Esta prolongada dinastía sufrió una ruptura entre 9-23 d.C., cuando un usurpador intentó sustituirla sin éxito. Como resultado, el periodo 206 a.C.-9 d.C. se conoce como Han Anterior (u Occidental), con capital en Chang'an, y el periodo 23-220 d.C. como Han Posterior (u Oriental), con capital en Luoyang.

La Han fue una época de numerosos logros que la convirtieron en el prototipo de la dinastía triunfadora a la que todas las dinastías posteriores miraban como referen-

Restos de la «gran muralla» Qin en el oeste de China. La ambiciosa línea de defensa y frontera pretendía mantener a raya a los guerreros nómadas.



cia. Esto era cierto en el plano militar también, aunque en un periodo tan dilatado la fortuna acaba siendo cambiante. Cuatro aspectos del registro militar Han requieren nuestra atención por su importancia: por vez primera China tuvo un gobierno que durante décadas pudo elaborar una política nacional militar y de defensa; fue la primera dinastía que se vio desafiada por una confederación nómada de un poder comparable al de la China; en respuesta a esta amenaza nómada los Han desarrollaron la primera arma de caballería independiente y a gran escala de la historia china.; y, de nuevo, en respuesta a la amenaza externa y para asegurar las ganancias territoriales y estratégicas, los Han construyeron el primer sistema completo de defensa de la frontera. La importancia de todos estos puntos se apreciará a continuación.

Los Han no fueron menos expansionistas que los Qin. Sólo a finales del siglo II a.C. las condiciones internas y la estabilización de la frontera del norte permitieron emprender iniciativas en otras direcciones. Luego tuvieron lugar una serie de movimientos agresivos: reafirmación de la posición china en el sur, incluso hasta Vietnam; invasión del norte de Corea; ataques a los soberanos nativos y conquista de sus territorios en el sudoeste; y en el oeste, avances cada vez más profundos en Asia central. El argumento explicativo básico era que, como quintaesencia de la civilización, China tenía que gozar de la subordinación de los pueblos vecinos, que se beneficiarían de esta relación. Así, aunque hubo cambios frecuentes en las condiciones locales y desafíos a la autoridad Han, había nacido el imperio territorial.

Con mucha diferencia, el principal problema lo planteaban los xiongnu en el norte. Organizados en clanes, migradores y pastores de oficio (fundamentalmente de caballos y ovejas), los nómadas estaban normalmente divididos y rechazaban una autoridad ajena a la tribu. Los avances realizados por los Qin, sin embargo, supusieron tal amenaza sobre los recursos y la seguridad de las tribus xiongnu como para que se uniesen bajo la autoridad de un jefe nuevo, capaz y agresivo, Modun (r. 209-174 a.C.). Las consecuencias para China no tardaron en llegar. Cuando el propio Liu Bang quiso recuperar tierras a lo largo de la frontera norte en el 201 a.C., fue derrotado, apresado y obligado a aceptar un tratado desfavorable con Modun. En términos puramente militares, este resultado no es sorprendente. Habiendo hecho la transición al nomadismo a caballo algunos siglos antes, estos nómadas orientales desarrollaron una caballería cuya velocidad, radio de acción y movilidad les daban ventajas enormes, especialmente en campo abierto, sobre un ejército basado en la infantería como el de los Han. Individualmente, además, las destrezas de los guerreros nómadas se ponían a punto por las actividades rutinarias de su vida diaria, la equitación y la caza, y se hicieron tiradores expertos con sus arcos compuestos curvados. Su entusiasmo por la lucha se veía fomentado por un *ethos* marcial.

Como consecuencia de este desequilibrio militar, las primeras seis décadas de la dinastía contemplaron un gobierno Han comprometido con la paz a casi cualquier precio. Para preservarla, los Han procuraron sobornar a los xiongnu, proporcionando mediante un tratado un subsidio anual, una alianza matrimonial y derechos comerciales. Hay que señalar que la recuperación del control de todo el imperio por el poder central no se alcanzó hasta después de mediados del siglo II a.C. El problema con el tratado era que no funcionaba. Los chinos pensaban que estaban comprando la paz; sin embargo, demasiado a menudo los xiongnu lanzaban incursiones e incluso, en el 166 y 158 a.C., ataques a gran escala.

Una aspecto básico para cualquier solución a esta agresión residía en la creación de una caballería que pudiese equilibrar la fuerza de los nómadas. Es imposible fijar la fecha precisa del inicio de este empeño, pero las unidades de caballería comienzan a estar presentes en los ejércitos Han hacia el 170 a.C. Se reclutaban en su mayor parte entre pueblos amigos que vivían a lo largo de la frontera. Se importaron muchas monturas,

Estatuilla en bronce de un jinete Han, armado con alabarda. La falta de estribos, procedente de una tumba limitaba la eficacia de esta caballería primitiva.

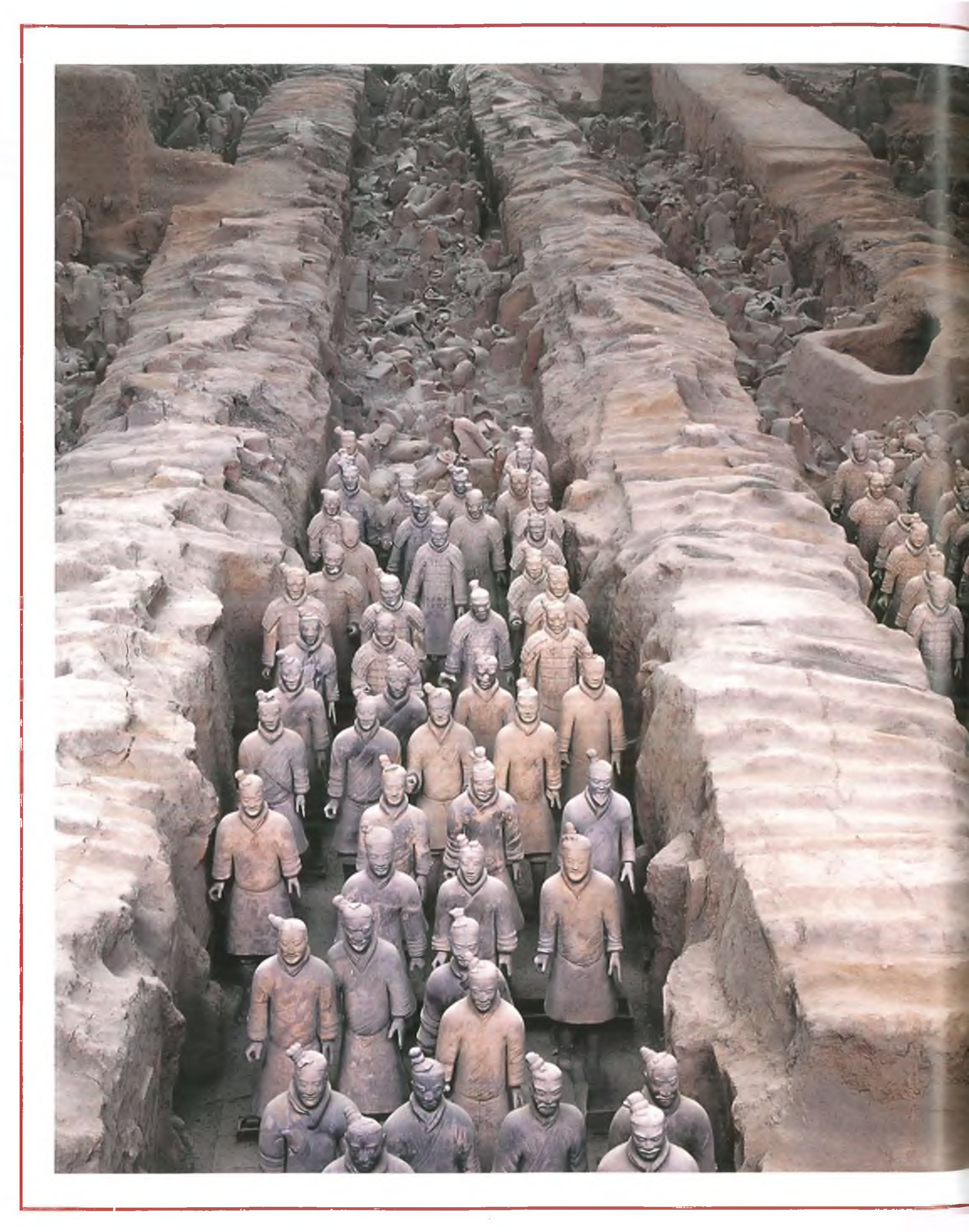
pero también hubo un serio esfuerzo de cría de caballos a gran escala, de modo que *ca.* 140 a.C. se habían establecido muchas granjas de cría a lo largo de las tierras fronterizas. La mayoría de los soldados de caballería eran arqueros montados, armados además con una espada u otras armas análogas para el combate cuerpo a cuerpo. Las estatuillas conservadas en las tumbas muestran a algunos jinetes con alabardas, así que había también un componente de choque (aunque como aún no se había inventado el estribo, estas tácticas deben haber estado muy limitadas). Las estatuillas indican que los jinetes llevaban túnicas de cuero largas más que armadura.

La infantería siguió siendo la columna vertebral del ejército Han; su número refleja los inmensos recursos humanos de la China. Los historiadores Han insisten repetidamente en la efectividad de la ballesta, y no parece haber razones de peso para dudar de sus afirmaciones. La actuación destacada en el 99 a.C. de la fuerza de 5.000 hombres al mando de Li Ling es testimonio suficiente de ello. Aislados en la estepa y sometidos al acoso y ataque constante de unos xiongnu muy superiores en número, casi consiguieron regresar a las líneas chinas; sucumbieron cuando se les agotaron las flechas de arcos y ballestas. La gran desventaja de la ballesta era su lenta cadencia de tiro –no más de una vez por minuto– debido a la dificultad de cargarla. Esto también explica por qué era inadecuada como arma para la caballería. Aunque durante varios siglos carecemos de datos explícitos, podemos suponer que los Han deben haber puesto a punto un sistema de disparo escalonado.

Para las operaciones ofensivas que iban a tener lugar, los Han debían disfrutar de una más que adecuada reserva de hombres. Funcionaba un sistema de servicio obligatorio que requería un periodo de dos años a los hombres que tuviesen entre 23 y 56 años. Con una población estimada de 58 millones en el 2 d.C., el número de reclutas disponibles un año cualquiera habría sido muy numeroso. También servían voluntarios y convictos. El verdadero problema consistía en entrenar a los hombres y mantener luego intactas unidades experimentadas. Probablemente fue habitual la prolongación forzosa del periodo de servicio. Había, desde luego, un grupo escogido de profesionales que constituían las unidades de la guardia en la capital y de los oficiales tanto de los ejércitos de campaña como del sistema de defensa fronterizo.

Fue tras el ascenso al trono del emperador Wudi (r. 141-87 a.C.) cuando se fijó una nueva táctica militar y política. La base de este cambio se preparó obteniendo información en las tierras fronterizas y más allá, rompiendo el tratado con los xiongnu, manteniendo el tesoro repleto y remodelando el ejército para grandes operaciones ofensivas. Durante tres décadas, del 129 al 90 a.C., Wudi lanzó una serie de ofensivas contra los xiongnu, basadas esencialmente en la táctica de buscar y destruir. Los ejércitos Han se propusieron destruir al enemigo y/o sus rebaños y propiedades. Dado lo hiperbólico de las fuentes chinas sobre las dimensiones de los ejércitos en combate, es imposible determinar las cifras exactas. Pero utilizando las cifras contemporáneas de suministros y consumo, y teniendo en cuenta que en ese ambiente vivir de los recursos sobre el terreno no era factible, podemos conjeturar que los ejércitos expedicionarios chinos alcanzaron un máximo de unos 75.000 hombres, con contingentes de caballería de quizás más de 25.000. Los Han también tuvieron la suerte de que el competente linaje de Modun dejó de gobernar después del 126 d.C., de manera que, con posterioridad, los xiongnu sólo disfrutaron de unidad real y un buen liderazgo de forma ocasional.

Las grandes ofensivas de Wudi continuaron con éxito total. Los xiongnu estaban divididos, su capacidad para realizar incursiones a gran escala se había re-





El ejército de terracota

Descubierto en los años setenta, este conjunto de más de 7.000 estatuas de soldados a tamaño natural fue creado para proteger al Primer Emperador Qin (y de la China) en el más allá. A pesar de su escala monumental, este hallazgo representa solamente una parte de la gigantesca necrópolis cuya construcción duró todo su reinado. La parte central, un enorme túmulo, no ha sido excavada todavía. Hay representados varios tipos de soldados –infantería (incluidos arqueros), caballería y carros– y están colocados en posición de batalla. Los siete tipos de uniforme y la variedad de peinados testimonian diferencias de graduación y función. Los rostros exhiben un grado notable de individualidad, mientras que las partes del cuerpo se realizaron en masa conforme al tipo y a la postura. También se han descubierto magníficas armas de bronce, pero como este sector de la necrópolis fue saqueado en época pos-Qin, son relativamente escasas en número.

Las filas de soldados (y caballos) del ejército de terracota que guarda la tumba del Primer Emperador. Hasta la fecha se han descubierto unas 7.000 estatuas.

Guerreros de época Han final o post-Han con armadura completa, que sostenían lanzas ahora desaparecidas. Eran probablemente oficiales y posiblemente no chinos.

ducido drásticamente, y fueron obligados a retroceder bastante lejos de las fronteras. Estas nuevas condiciones permitieron a los Han extender y consolidar sus barreras defensivas del norte (la Gran Muralla, véase más adelante). También aprovecharon la oportunidad para arremeter hacia el oeste en Asia central, donde extendieron un dominio más bien ligero en el actual Xinjiang. Aunque este avance tuvo como consecuencia la apertura de la Ruta de la Seda (que a través de una serie de etapas alcanzaba el Imperio romano), el objetivo principal era estratégico, no comercial. Los han querían impedir a los xiongnu el acceso a la riqueza y los bienes de ciudades oasis prósperas como Turfan.

Estas ganancias, naturalmente, no llegaron sin coste. Debido a la ferocidad de la lucha y las penosas condiciones, las bajas fueron elevadas. También el gasto. El tesoro, rebosante cuando el ascenso al trono de Wudi, quedó vacío a su muerte, a pesar de la de numerosos (e impopulares) nuevos impuestos. A la vista de las críticas de historiadores chinos posteriores, parece que en el expansionismo Han exista más que una apariencia de lo que en la época contemporánea se etiquetó como imperialismo. Además, la amenaza nómada nunca se llegó a eliminar del todo, pues las tribus sobrevivientes podían siempre retirarse a lugar seguro y reagruparse allí para combatir de nuevo.

Como resultado de un accidente histórico y del clima seco de Asia central, el sistema de defensa exterior de los Han ha ido surgiendo y perfilándose entre las sombras, hasta tomar una forma clara y sustancial. Miles de documentos, o más bien fragmentos de ellos, se han conservado en forma de tiras de madera que servían como «páginas» en comunicaciones o registros. El valor único de estos materiales reside en el detalle concreto, cotidiano, que proporcionan y que nunca se incorporaba a nuestras fuentes oficiales, editadas y compiladas en la lejana capital. Estos «documentos»abarcan desde informes de patrullas hasta entrenamientos de tiro, desde inspecciones de instalaciones hasta especificaciones sobre el tamaño de ladrillos. No nos muestran, claro está, la situación de conjunto, pero descubren los incontables detalles que componían la realidad a lo largo de la frontera.

Estos límites, de hecho, estaban señalados por murallas, construidas con tierra apisonada de una altura de 1,8 -3 metros. Aprovechaban accidentes naturales y estaban jalonadas cada milla o más con torres vigía, construidas de ladrillo y con una altura de 6-9 metros. Como las señales eran una de las funciones esenciales de estas torres y de los cinco hombres que componían su guarnición, la visibilidad era un factor fundamental para su emplazamiento. En puntos escogidos detrás de este bien guardado perímetro, se situaban los fuertes con guarniciones de quizás un centenar de hombres. Las guarniciones se ubicaban también en ciudades y en colonias militares, fundadas para apoyar a los ejércitos de la frontera. Evidentemente, no se pretendía que las murallas fuesen un obstáculo salvo para un puñado de bandidos. Más bien se pretendía que sirviesen (junto con el personal que las atendía) como un primer sistema de aviso: la vista del enemigo en cierto número acarrearía una alerta inmediata y una respuesta adecuada. Un gran ejército enemigo, desde luego, superaría la posición sin más. El sistema que los Han, así como las dinastías chinas posteriores, emplearon podría calificarse como una defensa elástica, al menos en aquellas zonas de población escasa. No se esperaba impedir la penetración de fuerzas numerosas sino sólo detenerlas en algún lugar de la frontera con unidades distribuidas para este fin.

La larga historia posterior de los Han asistió a un patrón de ganancias y pérdidas en las fronteras lleno de altibajos. Los xiongnu nunca recuperaron la posición de fuerza que habían disfrutado a principios del siglo II a.C., pero siguieron siendo una amenaza. Un fenómeno de mayor importancia en el periodo Han Posterior que en el Han Anterior fue la guerra en el interior, es decir, entre fuerzas chinas. Se dio sobre todo en el interregno del 9 al 23 d.C. y, luego cada vez más, en el periodo posterior





Arriba: Restos en Jiaohe de lo que fue en origen un fuerte fronterizo Han construido en adobe. El lugar fue destruido en el siglo XIII por los ejércitos de Gengis Khan.

Derecha: Restos de la «gran muralla» Han cerca de Hengshan, en la provincia de Shaanxi. Estos restos se encuentran en zonas yermas, improductivas; en las regiones más pobladas se han perdido.



al 180 d.C. Se trata de una guerra de posiciones y que recurre frecuentemente a asedios en contraste con la guerra de movimientos en la periferia. Dos acontecimientos fundamentales del periodo Han Posterior ayudan a explicar la fragmentación de China en el periodo siguiente. Uno fue la rápida pérdida de recursos y de control local por parte del gobierno imperial a manos de terratenientes que acumularon grandes propiedades por todo el país. El otro fue la pérdida del control militar que pasó a los poderosos generales designados para hacer frente a rebeliones, incursiones exteriores y problemas generales de seguridad. Estas figuras se convirtieron a su debido tiempo en verdaderos sátrapas que dividieron el país entre ellos. La dinastía Han acabó, pues, bastante antes que su final oficial en el 220 d.C.

LA ÉPOCA DE LA DIVISIÓN, 220-589 d.C.

Éste fue un periodo de conflicto, inestabilidad y cambio rápido. La disolución del imperio expuso a China a ataques procedentes del exterior y aseguró una competencia violenta entre los fragmentos supervivientes. Los trastornos en la vida civil fueron graves; la economía sufrió un descenso de la producción y una contracción en todos los sectores. Tuvo lugar una militarización de la sociedad, no sólo en el ámbito de los grandes ejércitos que combatían entre sí por la supremacía, sino también en el ámbito local, donde las familias adineradas reunían séquitos privados y construían villas fortificadas para su protección. La guerra y la inseguridad pusieron también en movimiento a mucha gente, a menudo hacia cualquier lugar que pareciese ofrecer refugio, pero en su mayoría hacia el sur; es ahora cuando el valle del Yang-tsé experimentó su primera gran oleada migratoria. Y en el norte los conquistadores venidos de fuera hicieron su aparición en escena a principios delsiglo IV. Nómadas en su mayoría pero de adscripciones étnicas diferentes, no puede decirse que destruyeran el viejo orden, pues lo encontraron ya hecho añicos y con poca capacidad para resistir. Durante los siguientes tres siglos, todos los fundadores de dinastías en el norte de China fueron no chinos, o en los casos de las dinastías reunificadoras Sui y Tang, con mezcla de sangre.

Réplica, realizada para una tumba, de un fuerte o villa fortificada de los inestables años de la época Han final o post-Han, cuando había que procurarse por cuenta propia los medios para protegerse. Dentro hay figuras de guerreros, un señor a la mesa y criados arrodillados.

Los conquistadores extranjeros de esta época se enfrentaron a muchos de los problemas que ocuparon a mongoles y manchúes siglos más tarde: ¿cómo hacer que una nación y un ejército conquistador pequeño gobierne una población sedentaria mucho mayor diferente en cultura y etnia? ¿Dónde trazar la divisoria entre una explotación eficaz y una opresión contraproducente? El más efectivo de estos regímenes aprendió, por un lado, a atraer a los chinos al ámbito del poder, y, por otro, a fomentar la producción agrícola entre el campesinado. En las condiciones competitivas de la época, además, tenían que mantener un alto nivel de capacidad y preparación militar. Utilizaron las masas chinas en infantería y en batallones de trabajo. Pero el uso verdaderamente efectivo de los nativos como soldados solamente se produce desde mediados del siglo VI. Las circunstancias diferían considerable-



Estatuillas procedentes de una tumba con representación de jinetes y sus monturas con armadura, fechadas en los siglos IV o V, cuando la aparición del estribo hizo posible la caballería pesada.

mente en el sur, que permaneció siendo esencialmente chino y se benefició de la llegada de refugiados. Disfrutó de la protección que su terreno bajo, inundable, le proporcionaba frente a la caballería del norte. Pero en tanto que región subdesarrollada, no desempeñó en este momento un papel relevante en el escenario político y militar.

Indiscutiblemente, la invención tecnológico-militar más significativa de la época fue el estribo, que hizo posible la primera caballería pesada auténtica. Como en Occidente, las fuentes escritas se mantienen mudas al respecto, pero los restos materiales revelan de modo incuestionable la presencia del estribo en China a principios del siglo IV. Su origen es desconocido. China puede proponerse como tal por su larga tradición de artesanía sofisticada, aunque no se puede descartar la posibilidad de que estuviese entre los pueblos de jinetes de la estepa. En cualquier caso, las estatuillas de las tumbas demuestran la presencia, en lo sucesivo, de una caballería acorazada –con la armadura de láminas típicamente oriental– con monturas equipadas con estribos. A menudo los caballos llevan también armadura. Las unidades de caballería pesada se convirtieron en componentes reglamentarios de todo ejército, como nos indican los textos militares fechados poco después de nuestro periodo. La caballería dejó de ser una simple fuerza de arqueros a caballo para convertirse en un cuerpo de choque, lo que tuvo que ser muy importante, si bien las tácticas concretas empleadas siguen siendo desconocidas. Algunos cambios en el armamento parecen relacionarse también con el desarrollo de la caballería. Una nueva clase de espada, de un solo filo y muy similar al sable occidental, y las lanzas se hicieron comunes. Sin embargo, el caballero occidental, con su armadura de placas, casco pesado y lanza potente, no tuvo equivalente en Asia oriental.

A pesar de la alta frecuencia de la guerra y de la inestabilidad general, la Época de la División no fue en modo alguno un periodo exclusivamente destructivo y de declive de la historia china. El nivel de la vida intelectual siguió siendo alto, y se produjeron numerosas obras literarias notables. La adopción del budismo en todos los estratos sociales, incluidos los conquistadores, sacó a relucir una gran energía creativa y enriqueció profundamente la vida china. El sur, entendido principalmente como el valle del Yangtsé, emprendió su primera fase importante de desarrollo. En el norte, se estaban poniendo las bases para la reunificación, aunque era difícil verlo en aquel momento. Cuando iniciamos el siglo VI, encontramos –a riesgo de simplificación excesiva– que los regímenes más asentados eran los más asimilados a la cultura china. Esto no quiere decir que sus jefes fuesen necesariamente admiradores incondicionales de esta cultura sino más bien que percibían la necesidad de desarrollar políticas e instituciones que hiciesen un uso óptimo de los recursos chinos. Aunque el ideal Han de un imperio grande y unificado se había mantenido vivo, fueron en última instancia las instituciones desarrolladas en la Época de la División las que apuntalan el éxito de los unificadores de fines del siglo VI.

Una de estas instituciones fue la milicia regional *(fubing)*. Milicias de varias clases se habían empleado periódicamente desde hacía siglos, constituidas normalmente so-



Arqueros chinos a caballo, un tipo de guerrero ampliamente utilizado en toda Asia, representado en una pintura mural de hacia 570 d.C. en la tumba de Lou Rui.

bre bases locales para un servicio temporal. La milicia que se desarrolló desde más o menos el 550 d.C. fue creada por el gobierno central de la dinastía Wei del Oeste (535-556 d.C.), en el noroeste, por la necesidad de más soldados. Usando el principio del entrenamiento o servicio regular anual, se apoyó en un tipo de pequeños propietarios rurales a los que se concedieron algunos privilegios A diferencia de las milicias más tradicionales que sólo servían en su zona, estas unidades estaban disponibles para el servicio, normalmente como infantería, en cualquier lugar tanto del interior como de la frontera. Una vez entrenada y probada en combate, se combinó con las tropas profesionales, mayoritariamente de caballería, para formar el más potente ejército de la China del momento e inclinaron la balanza en favor de la dinastía Wei del Oeste.

Es posible trazar una cierta genealogía de regímenes, o dinastías, que emplearon instituciones tales como la milicia regional con aparente éxito. Su autoridad no era, sin embargo, inmune a la usurpación. La dinastía Zhou del Norte (557-580 d.C.), al desalojar a la Wei del Oeste, logró unificar el norte antes de ser desplazada a su vez por la dinastía Sui (581-617). El imperio reunificado que constituyó esta última con su conquista del sur en el 589 d.C. fue heredado por Tang (618-906), anunciando una de las más grandes etapas de la historia china.



GINA BARNES

16 La guerra en la antigua Corea y Japón

FECHAS CLAVE

Corea

700-400 a.C. Edad del Bronce Antiguo.

400 a.C.-1 d.C. Edad del Bronce Final / Edad del Hierro Inicial.

300-668 Periodo de los Tres Reinos (Silla, Koguryo, Paekche).

532 Silla conquista Kaya costero.

562 Silla conquista Kaya interior.

€60 Silla conquista Paekche.

668 Silla y Tang conquistan Koguryo.

668-934 Periodo unificado Silla.

Japón

10.000-500 a.C. Periodo Jomon.

500 a.C.-250 d.C. Periodo Yayoi.

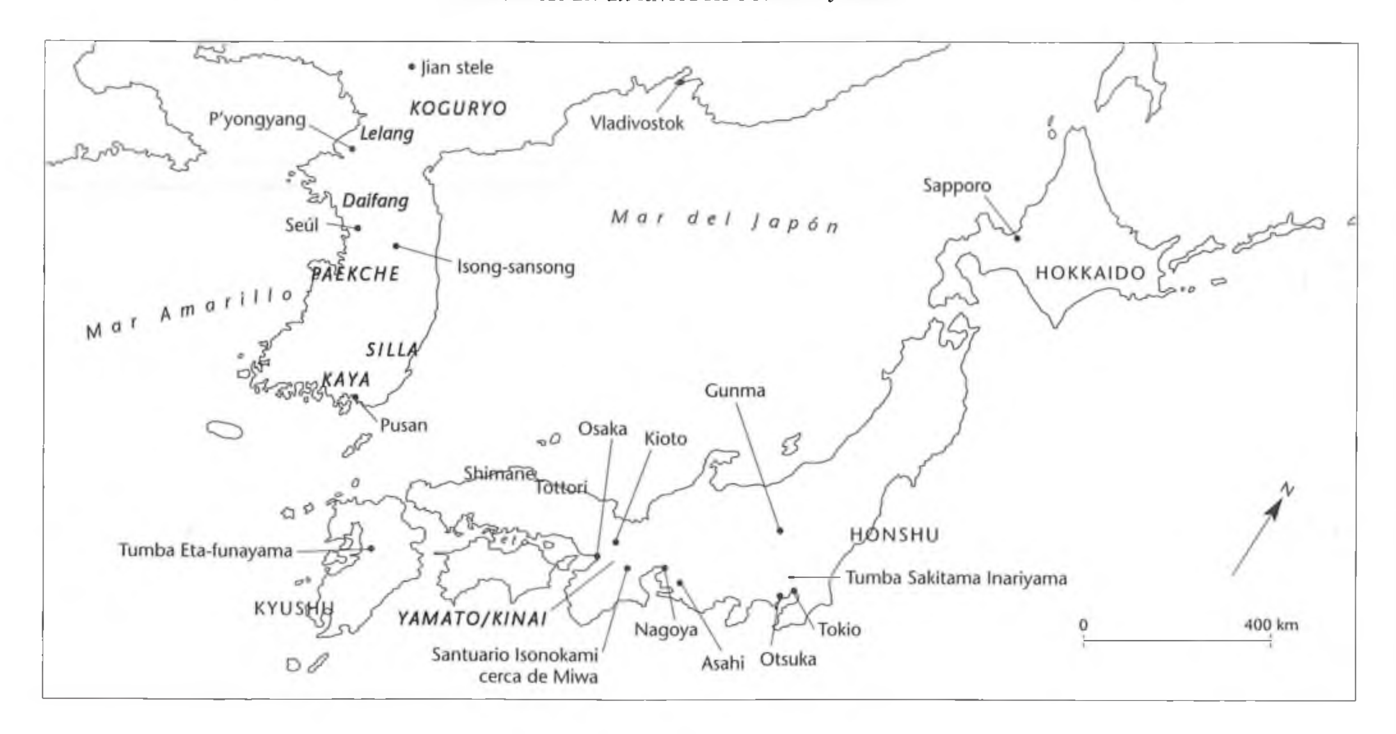
250 d.C.-710 Periodo Kofun.

Un haniwa (escultura funeraria) de 1,3 m de alto en arcilla cocida de un guerrero del siglo VI d.C. del este del Japón, con la armadura de láminas tipo Koguryo preferida por los jinetes. Estas figuras de tres cuartos del tamaño natural estaban pensadas para colocarse en la superficie de grandes tumbas tumulares, representando al gobernante y su séquito. Procede de Iizuka-cho, Otashi, prefectura de Gumma.

La península de Corea y las islas de Japón constituyen una unidad cultural distinta de China. Los idiomas que se hablan pertenecen a la rama tungusa dentro de la familia lingüística altaica, y una parte importante de la cultura material prehistórica deriva igualmente del nordeste de Asia. Los pueblos de la región seguían manteniendo una existencia basada en la caza, la recolección, la pesca y la horticultura mucho después de que se hubiesen desarrollado los regímenes agrícolas y las sociedades complejas de China. Pero con el tiempo se introdujeron los cereales: el mijo desde quizás el 2000 a.C. y el arroz desde 1500-1000. Los guerreros tunguses son los que supuestamente introdujeron el bronce en Corea a principios del I milenio a.C. mezclándose con los primeros agricultores. Las migraciones de los pueblos resultantes de la Edad del Bronce hacia las islas occidentales del Japón en una etapa posterior de este milenio desembocaron en la creación de la cultura Yayoi. La Corea de la Edad del Bronce y el Japón Yayoi testimonian los primeros incidentes bélicos recogidos en el registro arqueológico de la región.

A las armas de bronce se unieron armas de hierro procedentes de China durante la ocupación por la dinastía Han del norte de Corea y el macizo de Manchuria, donde se establecieron cuatro comandancias militares. La de Lelang fue la que más tiempo duró, desde el 108 a.C. al 313 d.C., pero durante el siglo III d.C. una nueva comandancia, la quinta, llamada Daifang se mostró más activa. La presencia de fuerzas militares chinas y la red tributaria dinástica, que llevó a la mayoría de los pueblos coreano y japonés a su esfera de su influencia, sirvieron para distribuir nuevos tipos de armas y herramientas de hierro así como espejos de bronce de estilo chino procedentes de esta sociedad avanzada desde el punto de vista tecnológico.

Al desaparecer la dinastía Han, las crónicas chinas registran un largo periodo de supuesta guerra entre los Yayoi, denominados en chino como los Wa. Los Disturbios Wa entre el 147 y el 189 pueden haber sido el resultado de la interrupción del suministro de bienes chinos, pero las relaciones se restablecieron con los Wei (220-265) y los Jin del Oeste (265-316). Con el comienzo de la fragmentación política del norte de China en el siglo IV, comenzaron a desarrollarse Estados secundarios en ese vacío político. En el norte de Corea, los pueblos Koguryo formaron un Estado fuerte (en el valle del río Yalú), mientras los Paekche hacían su aparición en el sudoeste (en torno a la actual Seúl). El sudeste de la península albergó a los caudillos Kaya (cerca de la actual ciudad de Pusan), y Silla surgió a fines del siglo IV (centrada en Kyongju). Los Koguryo y los Paekche puede que tuvieran raíces comunes, pero se convirtieron en enemigos despiadados; igualmente, Kaya y Silla eran de origen común pero estaban enfrentados políticamente. Silla se convirtió en el Estado más poderoso del sur, absorbiendo a Kaya en el siglo VI y derrotando a Koguryo y Paekche en el siglo VII para unificar la mitad sur de la península en el 668. En ese mismo periodo, las distintas entidades Yayoi, que se habían relacionado por separado con la corte China, se unificaron culturalmente en el siglo IV por la extensión de la Cultura de las Tumbas de Túmulo con origen en el Kinai (que incluye el área de las tres ciudades de Kioto, Osaka y Nara), donde Miwa se hizo con la hegemonía política en la primera etapa de la formación del Estado Yamato.



Mapa con los principales lugares y regiones mencionados en este capítulo.

En el siglo IV, se desarrollaron formas locales de armas y armaduras de cuerpo entero de hierro en Kaya y el Kinai. Inspiradas en último término en los estilos de armadura de las estepas, estos nuevos tipos indican la militarización de la sociedad en estas dos regiones, aunque no se cree que estuviesen en conflicto directo. Por el contrario, Kaya era la fuente de prácticamente todo el hierro disponible en las islas del Japón, y los caudillos insulares negociaban para proteger su suministro. A fines del siglo IV, la creciente agresividad de Koguryo en el norte supuso una amenaza para Paekche, que pidió la ayuda del incipiente Estado Yamato de Kinai. La inversión en la guerra trajo a Yamato una nueva fuente de poder, y la influencia de los aliados y refugiados Paekche en el siglo V transformó la estructura económica y administrativa del nuevo Estado Yamato.

A lo largo del siglo VI, Paekche y Yamato se prepararon contra las incursiones de Koguryo y Silla. Pero cuando Silla estableció una alianza con la nueva dinastía Tang en China en el siglo VII a fin de conquistar Koguryo, los cortesanos Yamato decidieron que la mejor manera de protegerse era adoptar la tecnología más avanzada Tang. Las reformas que comenzaron en el 645 llevaron a la transformación voluntaria de Yamato en un sistema administrativo de modelo chino, el Estado Ritsuryo, que incluía el mantenimiento de un ejército permanente. Paekche, aunque había construido muchas fortalezas con murallas de piedra a lo largo de su frontera con Silla, fue incapaz de mantener su independencia y sucumbió ante Silla en el 660.

Los principales periodos bélicos en la Corea y el Japón antiguos finalizaron con el establecimiento de Estados fuertes, centralizados, uno en la península (Silla Unificado, 668-934) y otro en las islas (Ritsuryo, 945-1185). El Estado Ritsuryo actuó militarmente para extender sus fronteras en el norte de la isla de Honshu y en el sudoeste en la isla de Kyushu durante su periodo de esplendor. En el Silla Unificado, militares especializados llamados los *Hwarang* protegían el Estado, pero la retirada de Koguryo hacia el norte y el establecimiento del Estado de Bohai en la cuenca de Manchuria dejaron a Silla Unificado en una relativa paz. Tanto Bohai como Silla Unificado adoptaron también la tecnología administrativa china y se convirtieron, como Ritsuryo, en nutridas burocracias que gobernaban vastos territorios.

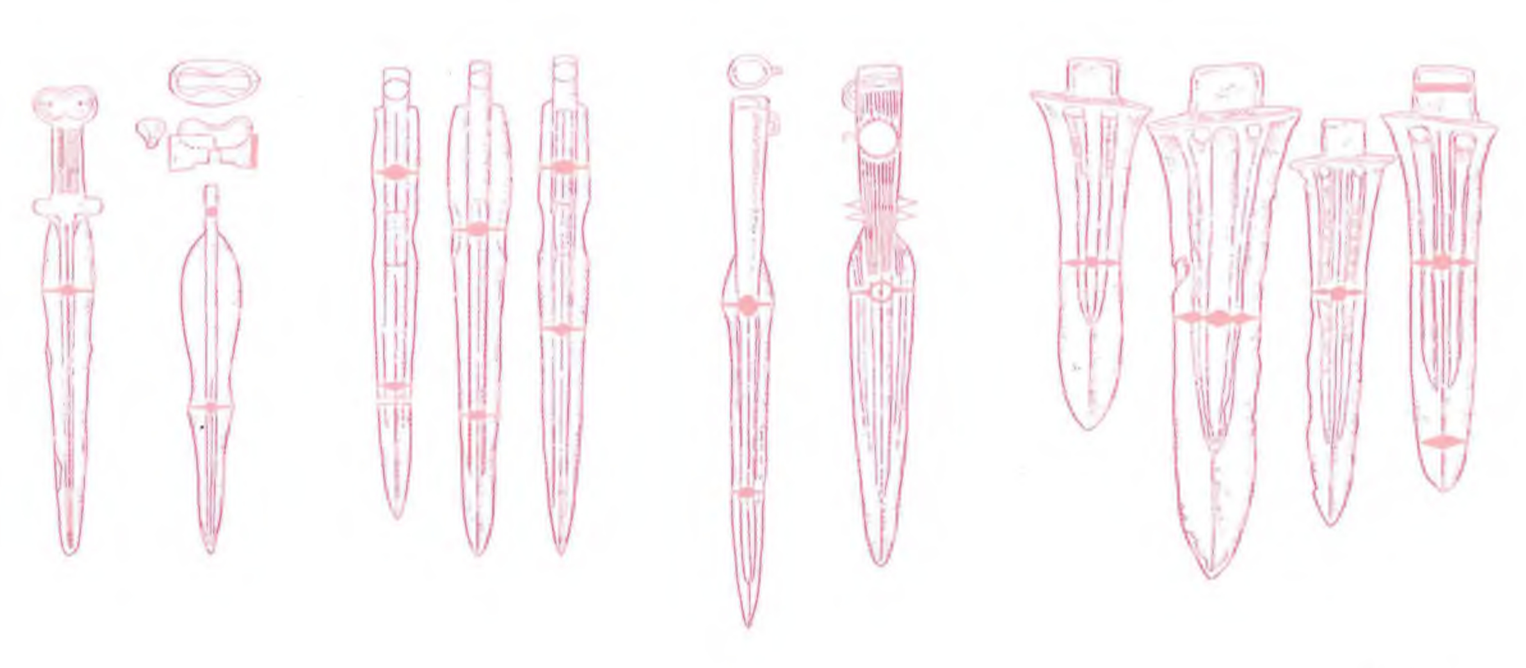
En los siguientes epígrafes, examinaremos algunos de los hechos bélicos de esta trayectoria histórica tanto desde el punto de vista arqueológico como histórico. Un foco de atención serán las armas y armaduras usadas en diferentes periodos, que reflejan la escala, la organización y la interacción de las sociedades que las hacían y las utilizaban. Otro será el modo en que la guerra se ha representado en los documentos históricos, desde perspectivas tanto internacionales como internas.

ARMAS Y GUERRA DE LA EDAD DEL BRONCE

La espada de bronce de doble filo con espigo, denominada a menudo «daga», fue la primera y más duradera arma de la región peninsular. Derivada de las dagas de la Edad de Bronce de la estepa, este tipo de espada tenía un perfil único periforme, de donde proviene la denominación de daga en forma de *pipa* (laúd). Bastante exagerada en sus primeras versiones pero atenuada más tarde, nunca perdió sus característicos rebordes situados a tres cuartos de la longitud de la hoja. Recientemente han sido rebautizadas como dagas tipo Liaoning, en alusión a su foco principal de distribución más que a su forma.

Se han identificado cinco etapas de producción y uso de armas de bronce en la península de Corea, que se inician a principios del I milenio a.C. La daga Liaoning estuvo acompañada primero por espadas de doble filo y puntas de flecha, ambas realizadas en piedra pulimentada. Más avanzado el milenio, a su modelo «reducido» se unieron otros productos en bronce: espejos de varias empuñaduras, hachas, cinceles, campanillas y empuñaduras de espada fundidas. Estos objetos de bronce pertenecían probablemente a jefes de habla tungusa, y les conferían estatus y reconocimiento como guerreros. La tercera etapa muestra la influencia del armamento chino, cuando el norte de la península se vio envuelto en los conflictos y la confusión resultantes del periodo de los Reinos Combatientes (403-221 a.C.). Puntas de lanza y alabardas se unieron a la daga para formar la trinidad de armas importadas en Kyushu a mediados de esta etapa, en torno a principios del siglo II a.C. Instrumentos de hierro comenzaron a difundirse por la península y las islas occidentales, iniciando la Edad del Hierro en Corea y proporcionando a los Yayoi estos dos metales. La ceremonialización también comenzó en este momento, con puntas de lanzas que aumentan en anchura y longitud, hasta los 60 cm en la cuarta etapa. Estas armas de tamaño desco-

Las armas de bronce coreanas y japonesas incluían espadas norasiáticas de doble filo con hojas estrechas o «en forma de laúd», normalmente con empuñaduras desmontables; puntas de lanza alveoladas de estilo chino; y alabardas de estilo chino con espigo, con agujeros para fijar la hoja perpendicularmente al asta.





Yacimiento de Otsuka, prefectura de Shizuoka: un poblado Yayoi tardío en altura rodeado por un foso. El traslado de enclaves situados en llanuras de las tierras bajas a zonas más altas se interpreta como prueba de fortificación en este periodo.

munal servían para ceremonias comunitarias y demostraciones rituales de poder entre los jefes de la quinta etapa. En esta época, se había establecido la comandancia china de Lelang en el lugar de la actual Pyongyang, y la presencia de los agentes comerciales y los ejércitos chinos había puesto fin a la guerra abierta en la península.

Los bronces y la técnica de la fundición se introdujeron en Kyushu al final del Yayoi Medio Inicial (*ca.* principios del siglo II a.C.), antes del establecimiento de Lelang. El repertorio incluía las tres armas principales, espejos y campanillas. Durante decenios se pensó que las armas se usaban solamente como objetos ceremoniales en demostraciones de prestigio por parte de los emergentes caudillos Yayoi; de hecho, han identificado dos tipos de puntas de flechas en bronce, fundidas en el Yayoi Final: unas estrechas corrientes y otras más escasas, más anchas, más grandes, planas, que se cree que se utilizaban para demostraciones. Algunas de las armas se hicieron más grandes y más anchas, con hojas romas y arena aún incrustada en los espigos fundidos, mientras que los patrones decorativos se fundían sobre los objetos mismos, las empuñaduras se adornaban con elementos escultóricos y piedras semipreciosas, y se añadían cuentas de vidrio a las vainas. En los años ochenta, sin embargo, se demostró de modo convincente que los instrumentos más estrechos servían como armas funcionales.

Muchas vasijas funerarias y ataúdes de madera yayoi han aportado no sólo los ápices de espadas estrechas y de puntas de lanza hechas en bronce, sino también de espadas de piedra pulimentada. Se ha argumentado que estas puntas se habían roto por el impacto y habían quedado incrustadas en la carne y huesos de los muertos. Utilizando técnicas forenses actuales para examinar heridas en los huesos conservados, se han establecido correlaciones con el tamaño único y la sección en forma de diamante de la espada. Puntas de espada similares se han recuperado en enterramientos pe-

ninsulares, y aún más revelador, tanto las espadas de piedra como las de bronce con filos reelaborados son numerosas, lo que sugiere que las puntas rotas eran habituales.

El momento culmimante de la guerra en el norte de Kyushu –calculado por el número de muertos por heridas o mutilados– tuvo lugar a mediados del Yayoi Medio (siglos II al I a.C.) y fue acompañado por la fortificación de las aldeas de llanura, que fueron provistas de profundos fosos en su perímetro y quizá de empalizadas como las del yacimiento Asahi en la prefectura de Aichi, que se rodeó con tres hileras de vallas y estacas a ras de suelo, luego un foso y un terraplén coronado con una cerca. El paso del siglo I a.C. al I d.C. vio también la construcción de muchos poblados en altura en las regiones costeras, cuando, al parecer, la guerra se extendió desde el norte de Kyushu a la región de Seto y más allá.

Una espada de hierro de estilo chino del siglo V de un solo filo con pomo anular con una cabeza de fénix. El pomo anular y el cilindro de ajuste son de lámina de plata. Procede de Kaya, siglo IV-V.



Se ha postulado que las puntas de flecha en piedra de la zona del mar Interior experimentaron un cambio radical al pasar de herramientas de caza a armas de guerra en el Yayoi Medio. Las puntas de flecha usadas por los cazadores-recolectores Jomon (10000-500 a.C.) y los primeros agricultores Yayoi eran pequeñas y ligeras, la mayoría de menos de 2 gramos de peso. Pero de pronto, la media se incrementó a 4 gramos y la variedad de pesos creció en paralelo a los de las puntas de flecha funcionales en bronce. Estas puntas de mayor tamaño se interpretan como armas pensadas para matar gente que llevaba ropa o armadura de protección hecha con materiales orgánicos.

Se entiende que la guerra en el Yayoi Medio se producía entre comunidades encabezadas por caudillos emergentes para proteger y/o extender sus tierras de cultivo y sus suministros de agua. La agricultura ricícola, tanto en Corea como en Japón, contaba con varios siglos de antigüedad en este momento, de modo que la limitación de los recursos se comenzaba a sentir. Sin embargo, otra fuente de rivalidad puede haber sido los esfuerzos para obtener bienes de prestigio chinos ofrecidos a través la red tributaria de los Han regulada por la comandancia de Lelang. Sabemos por relatos de la corte china que dio a un jefe Yayoi un sello de oro y cintas en el 57 d.C. el emperador Gwangwu. El sello tenía inscritos caracteres chinos que pueden traducirse como «el Rey de Na de Wa, asociado con Han». Los chinos informan de que las islas occidentales de Japón en este momento estaban divididas en más de 100 comunidades, a las que llamaban *guo;* esta palabra puede interpretarse como «comunidad» o «Estado», e indica la existencia de muchos jefes locales, posiblemente compitiendo entre sí, en el archipiélago occidental.

ARMAS DE HIERRO: IMPORTACIONES, COPIAS Y NUEVAS CREACIONES.

Las armas de hierro se conocen desde el Yayoi Medio, pero aparecen casi exclusivamente en el norte de Kyushu. Su repertorio era diferente del de las armas en bronce: las alabardas y las puntas de lanza de hierro copiaban las de bronce, pero las vainas para encajar puntas de lanza a menudo se envolvían más que ser un círculo o alveolo donde encajasen por completo. Estos dos tipos de armas se encuentran en el norte de Kyushu pero más raramente en el interior, y desaparecen en su mayor parte en el siglo III. Las espadas de hierro de doble filo pueden ser también copias de dagas de bronce, pero no tienen los característicos rebordes. Dos nuevos tipos de armas de hierro eran las espadas de un solo filo y las puntas de lanzas con espigo (estas últimas no se documentan en la península).

Las espadas de un solo filo tienen una hoja recta o ligeramente curvada con espigo y miden generalmente 60-80 cm de largo; no obstante, muchas rematan en un simple pomo anular y son mucho más largas –más de 120 cm–. Las espadas de pomo anular, especialmente las de mayor tamaño, se piensa que son presentes políticos chinos realizados a través de su sistema tributario. Un número considerable se documenta en el

norte de Kyushu, con datación en el Yayoi Medio o Tardío, mientras que las de más allá de Kyushu, que datan del Yayoi Tardío o del Kofun Antiguo, son bastantes menos. Un logro interesante de los herreros a lo largo de la costa del mar del Japón fue la supresión del anillo para formar una hoja con espigo; y la prefectura de Shimane aún es famosa por su producción de espadas japonesas. El enterramiento de una espada con inscripciones en chino en una tumba de Nara del siglo IV (véase recuadro pág. 272) da a entender que el Kinai estaba desarrollando sus propios contactos con el continente, quizás a través de comunidades del mar del Japón en oposición al norte de Kyushu.

LOS DISTURBIOS WA

Los archivos dinásticos chinos hablan de grandes desórdenes en las islas occidentales del Japón entre el 147 y el 189, que se han acabado conociendo como los Disturbios Wa. Nada más se dice sobre ellos en los documentos, así que sólo la arqueología puede arrojar luz sobre lo que estaba sucediendo en el Yayoi Final. Inesperadamente se abandonaron las aldeas protegidas con fosos en la región de Seto, mientras se construía una segunda tanda de asentamientos en altura. En general, no se encuentran muertes violentas similares a las del primer periodo de guerra en el norte de Kyushu, pero los nuevos descubrimientos pueden cambiar esta situación: en julio del 2000 los restos óseos de 53 individuos, 10 con heridas, fueron descubiertos en un foso del siglo II en la prefectura de Tottori, frente al mar del Japón. Algunos arqueólogos subrayan que los «disturbios» mencionados por los chinos pueden no haberse debido a la guerra sino que tal vez representan la ruptura del patrón de asentamiento y un movimiento general de población dentro de la región. Otros interpretan los Disturbios Wa como una competición entre Seto oriental y occidental por los espejos de bronce chinos y el hierro de Corea, de la que resultó vencedor el primero.

La etapa que siguió a estos disturbios en el archipiélago occidental asistió a la aparición de jefes regionales que fueron enterrados con sus espadas de hierro en grandes túmulos funerarios. Del Yayoi Final al Kofún Temprano, las espadas de doble filo eran mucho más numerosas que las espadas de estilo chino de un solo filo, pero con frecuencia se enterraba una de cada con un jefe. La continua rivalidad entre caudillos regionales viene sugerida por el desarrollo de formas tumulares únicas para distinguir sus culturas regionales de las demás. Así, túmulos cuadrados con proyecciones angulares en la costa del mar del Japón contrastan con túmulos con forma de ojo de cerradura en la cuenca de Nara en la región de Kinai.

Se cree que Nara es la sede de una de las comunidades *guo* mencionadas en las crónicas chinas, Yamatai, y se da por sentado que se convirtió en Yamato, el primer Estado del Japón. Según los chinos, Yamati había sido gobernado por una reina de nombre Himiko, que fue proclamada soberana después de los Disturbios Wa. Las crónicas recuerdan que su peor enemigo era una comunidad llamada Kunu; la guerra entre Yamatai y Kunu se menciona a principios del siglo III, pero como la ubicación de Kunu es desconocida (aunque se sospecha que haya estado en el área situada en torno a la actual ciudad de Nagoya), es difícil documentarla arqueológicamente.

ARMADURAS KAYA DE HIERRO

A mediados del siglo III, la región alrededor de Pusan que albergaba las jefaturas Kaya fue señalada por los chinos como una zona industrial que producía hierro para abastecer a todos los pueblos de alrededor. Esto no había dejado de ser una observación literaria hasta los años ochenta, cuando los arqueólogos coreanos comenzaron a descubrir de pronto armaduras y armas de hierro en tumbas Kaya. Cascos y corazas eran los tipos principales de armadura, compuestos ambos con tiras verticales más que con las laminillas cuadradas de las armaduras chinas Han. Puesto que la armadura



En Kaya y en las islas de Japón se encuentran armaduras de hierro para caballo en pequeñas cantidades. Testeras similares están representadas en las pinturas de tumbas Koguryo, y esta armadura se introdujo probablemente con la de láminas Koguryo a comienzos del siglo V.

de tiras se conoce en el arte Wei del Norte (Toba) en China y los cascos son de formas mongolas, se da por supuesta una influencia del norte de la estepa. Las corazas Kaya se elaboraban de forma ligeramente diferente entre sí, a menudo con añadidos decorativos que pueden haber servido para identificar a su portador. Este individualismo estilístico da a entender que cada jefe Kaya tenía sus propios herreros que realizaban armaduras por encargo.

La pregunta es: ¿de quiénes se protegían los Kaya? Hay pruebas de relaciones con los Wa en Yamato, pues se han descubierto bienes de prestigio del siglo IV en tumbas Kaya. En tanto que todo el hierro del Japón se importaba del continente, bien como lingotes, bien como productos acabados, abrir líneas de abastecimiento desde Kaya era una necesidad, aunque la interpretación tradicional de los historiadores japoneses de que el territorio Kaya formase parte de una comandancia japonesa llamada Mimana carece de fundamento con casi absoluta seguridad. Paekche debe haber sido también uno de los «pueblos de alrededor» que obtenía productos de hierro de Kaya, y es posible que las elites de Paekche y Yamato se conociesen entre sí a través del comercio del hierro. Pero no eran enemigos; al contrario, lucharon juntos contra Koguryo.

LA GUERRA CONTRA KOGURYO

Como Estado más septentrional, Koguryo estaba bien situado para aprovechar la influencia y los recursos de las culturas de la estepa. Durante la dinastía Han, los Koguryo llegaron a ser bien conocidos como pueblos de jinetes de las montañas que atacaban con frecuencia las comandancias de las llanuras. Estas incursiones motivaron represalias por parte de la dinastía Wei en 244-245, cuando la capital Koguryo fue saqueada y sus pueblos tributarios conquistados por los chinos. Hacia el 313, Koguryo había recuperado suficiente poder para devastar la región de la casi abandonada comandancia de Lelang. A la muerte del último gobernador chino de Lelang en el 357, avanzó hacia el sur en dirección a Paekche, en la cuenca del Han. Los Paekche dirigieron la mirada a sus espaldas y establecieron relaciones con Yamato en Japón, sellando una nueva alianza con el regalo de una espada de siete brazos con inscripciones en el 369 (véase recuadro en página 272). En el 372, Paekche se alió también con la corte china de Jin del Este. A fines del siglo IV se cree que Yamato envió tropas para ayudar a Paekche a rechazar la agresión de Koguryo, pero sólo conocemos estas guerras desde el punto de vista Koguryo.

En el 414, el hijo del rey Kwanggaet'o erigió una estela de granito de siete metros de altura, conocida como la estela de Kwanggaet'o o Kotaio, que contiene un larga inscripción que detalla las hazañas de su padre desde el 391 hasta su muerte. Es muy controvertido el significado de esta inscripción, pero lo esencial del mensaje es que Koguryo interpretó la ayuda militar Wa a Paekche en 391 como una «invasión», a la que respondió. En el 400 Koguryo invadió la península y devastó la costa sur destruyendo los principados costeros Kaya. La estela da cuenta de choques entre los principales protagonistas del momento, con una larga lista de batallas e intercambio de «rehenes».



Koguryo poseía la maquinaria militar más temida y lograda de su región. Como muestran algunas pinturas funerarias del siglo VI, habían perfeccionado el «tiro parto», consistente en disparar con arco hacia atrás montado sobre un flanco del caballo –una maniobra usada tanto en la caza como en la guerra–. No está claro si esta habilidad fue cultivada por los enemigos de Koguryo cuando adoptaron también el arte de montar a caballo, pero en el Japón medieval, el tiro con arco a caballo se convirtió en un arte samurai. Sin embargo, los arreos y las armaduras para caballos que se conocen en Paekche y Yamato desde los siglos V y VI dan a entender que Koguryo inspiró una preocupación ceremonial por los caballos entre la elite.

Tras la devastación de la costa sur peninsular, Kaya se reagrupó en el interior en el valle del río Nakdong, y los artesanos comenzaron a producir arreos en bronce dorado con remaches; los artesanos de Paekche aprendieron a fabricar sillas de cuero. Todas estas especialidades, así como los caballos mismos, fueron transmitidas a Yamato. «Piezas de cobre» para caballo (en realidad objetos de bronce o de bronce dorado), labores de filigrana fijadas en las sillas y plumeros son objetos de ajuar comunes en las tumbas Yamato desde fines del siglo V. Las armaduras de láminas, con un diseño flexible para jinetes, se convirtieron en posesiones codiciadas, relegando a las corazas rígidas del soldado de infantería. Este influjo continental ha inspirado la interpretación de la formación del Estado japonés conocida como «la teoría del jinete», según la cual Yamato fue conquistada por Paekche en esta época. Pero un análisis minucioso de los acontecimientos históricos apunta a que Paekche estaba demasiado debilitado por la lucha contra Koguryo y confiaba mucho en el apoyo de

Página anterior, arriba. La estela del rey Kwanggaet'o (conocida en japonés como el monumento Kotaio), erigida en Koguryo en el año 414 y que mide cerca de 7 m de altura, tiene una inscripción de casi 1.800 caracteres grabados groseramente en el granito. Ahora está en Ji'an, provincia de Jilin, China.

Página anterior, abajo. Pintura de una tumba Koguryo del siglo VI mostrando las habilidades con el arco de la elite. El contenido de las tumbas piramidales Koguryo ha sido saqueado en su mayoría a lo largo de los siglos; sólo quedan estas pinturas murales informativas (que hay solamente en un 3 por 100 de las tumbas) para arrojar luz sobre la vida Koguryo.

Abajo. Coraza y casco con visera, ambos de hierro con remaches, del siglo V, Yamato. La coraza consta de bandas horizontales dentro de un armazón, elaboración característica japonesa. El casco, sin embargo, presnta tiras verticales, como las que se encuentran en el llamado casco «mongol» usado en el noreste de Asia.



Vasija de piedra Silla del siglo V-VI d.C., con forma de caballo y jinete, con la espita saliendo del pecho y el cuello de la jarra en los flancos. El jinete aristócrata está muy lujosamente ataviado, lo que hace pensar en un uso más ceremonial que militar del caballo.

Yamato; una causa más plausible de ese influjo serían las estrechas relaciones entre Paekche y Yamato desde fines del siglo IV.

Un argumento adicional a favor de la independencia de Yamato viene confirmado por la fabricación de armaduras. El siglo V atestigua la producción en masa de corazas y cascos de hierro en talleres centralizados Kinai. Elaboradas de manera completamente diferente de las armaduras de tiras Kaya o de las de láminas Koguryo, las corazas constan de un armazón de sostén en el que se remachan en bandas horizontales placas más pequeñas rectangulares o triangulares; los cascos de quilla también estaban fabricados con bandas horizontales. El remachado se adaptó de la fabricación de arreos Kaya, y en Kaya se había adoptado previamente para la producción de armaduras de tiras. Así pues, se reconoce la transferencia de tecnología, pero no la imposición de estilos de manufactura extranjeros.

En el 427 Koguryo trasladó su capital del alto valle del río Yalú a las planicies costeras del antiguo Lelang. En su presión continua hacia el sur, saqueó la capital Paekche en el río Han en el 475, obligando a los Paekche a trasladarse a la cuenca más meridional del río Kum. Yamato respondió pidiendo a la corte china cinco veces durante el siglo V que reconociese su soberanía sobre toda la región de Corea y Japón. Mientras tenía lugar unas intensa interacción en el siglo V entre Koguryo, Paekche, Kaya y Yamato, el nuevo Estado de Silla estaba consolidándose en el sudeste, hasta convertirse en el poder político dominante en la península.

LAS GUERRAS DE UNIFICACIÓN DE SILLA

Silla, formada de una coalición de seis principados anteriores, es conocido como el Estado del oro: sus símbolos de prestigio fundamentales –coronas, cinturones colgantes, aros y pendientes de orejas– estaban hechos de oro macizo y se han conservado en tumbas de túmulo, con un recubrimiento

Espadas de hierro de Japón con inscripciones

Las espadas con inscripciones en la hoja, con incrustaciones de plata u oro, se usaron como obsequios de significado político para consolidar alianzas en la China de la dinastía Han. Una de estas espadas, con una fecha de reinado de 184-189 d.C., se cree que fue enviada a Japón a fines del siglo II y enterrada en la tumba Todaijiyama en la prefectura de Nara a mediados del siglo IV. Tiene un poco usual pomo anular en bronce fundido por separado, muy decorado con un diseño interior trebolado y proyecciones florales en el exterior. No muy lejos se ha conservado otra espada con inscripciones, en el santuario Isonokami: la espada de 7 brazos con una fecha inscrita equivalente al 369 y presentada presumiblemente por Paekche a Yamato al negociar su alianza contra Koguryo.
A fines del siglo V o principios del VI, Yamato adoptó esta práctica continental, mientras consolidaba sus fronteras contra la agresión Silla. Se conocen espadas con inscripciones en Kyushu, procedente de la tumba Eta-Funayama en la prefectura de Kumamoto, y en Kanto, de la tumba Sakitama Inariyama en la prefectura de Saitama. Ambas inscripciones incluyen el nombre «Waka Takeru Okimi», que se cree que es el soberano reinante a fines del siglo V, Yuryaku.

Debajo y a la derecha. Motivo de caballo realizado en plata en la hoja de una espada de hierro del siglo V-VI procedente del túmulo Eta-Funayama, en Kikusui-machi, perfectura de Kumamoto. La espada mide 91 cm.





Arriba. La espada de siete brazos donada a Yamato por Paekche, con inscripción de una fecha cíclica equivalente al 369 d.C. Conservada en el santuario Isonomaki, en Nara.

protector de guijarros y tierra sin igual en otros ejemplos de Corea. Por eso se conoce mucho de la cultura material Silla, aunque se han encontrado sorprendentemente pocas armaduras o armas en estas tumbas intactas, en contradicción con la gran potencia militar que Silla desarrolló en su lucha por la hegemonía.

Las referencias a la guerra en las crónicas Silla del texto medieval conocido *Samguk sagi* identifican como antagonistas de Silla a la China Tang, Paekche, Koguryo y Wa, así como a muchas comunidades menores *(guk)*, como los Usan-guk, los Somonguk y los Siljik Guk, y grupos étnicos como los Malgal y los Kitan. Curiosamente, muchos de los incidentes relatados son operaciones defensivas por parte de Silla. Las operaciones ofensivas se incrementaron con el tiempo entre los siglos IV y VII.

Históricamente, Silla comenzó su depredación por la conquista y anexión de los principados Kaya, en primer lugar: la costa en el 532, luego el interior en el 562. Seguidamente Silla dirigió su atención hacia Paekche, promoviendo la construcción de numerosas fortalezas en piedra a lo largo de la frontera. La mayoría de estos muros de piedra que rodean cimas de montaña, ven su forma definida por la topografía más que por una planificación geométrica predeterminada. A pesar de las desesperadas acciones defensivas de Paekche, sucumbió en el 660.

La más impresionante fortaleza de montaña Silla es Isong-sansong, situada en el antiguo territorio Paekche en la margen sur del río Han, mirando al norte hacia Koguryo. Koguryo era un enemigo formidable y, para conquistarlo, Silla acertó a concluir un tratado con la China Tang y organizó una ofensiva en tenaza simultáneamente desde el noroeste y el sudeste. Isong-sansong, con su pagoda octogonal, hace pensar también que se recurrió al budismo para proteger y promover los intereses de Silla. Estas estrategias funcionaron, pues la alianza Silla-Tang derrotó a Koguryo en el 668, momento en el que Silla se proclamó soberana de la península unificada.

La pérdida de sus aliados peninsulares en las guerras de unificación empujó a Yamato en Japón a consolidar sus hinterlands en el siglo VI, renovando alianzas con caudillos periféricos mediante el sistema ya consagrado de distribuir espadas con inscripciones. Con las victorias de Silla en el siglo VII y los temores a ataques por los estrechos, se construyeron en Japón muchas fortalezas con muros de piedra de estilo peninsular en la cima de montañas dominando los pasos marítimos del archipiélago occidental. La defensa final de Yamato contra Silla fue la adopción de la administración Tang, percibida como la tecnología más avanzada con la que Yamato podía rechazar las incursiones continentales.



ROSS HASSIG

17 Mesoamérica de los olmecas a los aztecas

FECHAS CLAVE

***ca.* 1150 a.C.** Orígenes olmecas; primeras armas de guerra especializadas.

***ca.* 400 a.C.** Desaparición de los olmecas; extensión del conflicto entre ciudades.

***ca.* 150 a.C.** Monte Albán crea el primer pequeño imperio.

***ca.* 100 d.C.** Teotihuacán comienza el primer gran imperio.

375 Influencia/presencia de Teotihuacan en Tikal; guerra entre ciudades en las tierras bajas mayas.

***ca.* 650** Desaparición de Teotihuacán; conflictos interregionales.

***ca.* 900** Tollán inicia el segundo gran imperio.

***ca.* 900** Incursión tolteca en Chichen Itzá, introduciendo las armas mexicanas en el Yucatán.

***ca.* 1100** Los arcos y las flechas llegan desde el norte al centro de México.

1179 Desaparición de Tollán.

1224 Chichen Itzá vencido por Mayapán.

1428 Comienzo del Imperio azteca.

1521 Tenochtitlán es derrotada por Cortés y sus aliados.

Un guerrero maya con un complejo atuendo sujeta a un cautivo con calzones por el cabello en este detalle de las pinturas de Bonampak. En estos murales está representado un surtido ecléctico de armas.

Los conflictos armados en Mesoamérica son antiguos, y fueron a más con el aumento de las comunidades agrarias sedentarias después del 2.500 a.C.; los conflictos entre poblados vecinos se extendieron con la urbanización. Hacer una crónica de todos los ejemplos de guerra ni es útil ni factible ahora; en lugar de ello nos centraremos en los avances tecnológicos y en la guerra que afecta a las sociedades más allá de su organización política local. En resumen, el foco de atención no serán los incesantes conflictos entre vecinos sino el curso de la guerra en conjunto que influye en la cultura y la historia mesoamericana desde *ca.* 2.500 a.C. hasta el 1520 d.C.

LOS OLMECAS

El testimonio más antiguo de una guerra compleja apareció en Mesoamérica con los olmecas (1150-400 a.C.), en la costa del Golfo de México. Fueron los primeros en enfrentarse a una serie de condicionantes fundamentales que dieron forma a la guerra en Mesoamérica en los 2.500 años anteriores a la conquista española. Entre ellos ocupaba un lugar principal la monopolización de la fuerza militar.

Como todas las sociedades complejas, la comunidad olmeca organizó, entrenó y concentró el ejército. Instrumentos como lanzas, ***atlatls*** (propulsores de lanzas) y dardos fueron desbancados por armas de guerra especializadas. Desarrollaron mazas, porras y lanzas con punta de piedra diseñadas para cortar y clavar más que para el lanzamiento. Estas armas de choque requieren que los soldados se acerquen al enemigo y son mucho más eficaces que las batallas de proyectiles. Los soldados olmecas no usaban armadura o escudos, pero proporcionan el testimonio más temprano de profesionalismo en tanto que las habilidades necesarias no se derivaban de ocupaciones prácticas cotidianas, sino que exigían un adiestramiento específico, probablemente en el seno de sociedades militares y seguramente sólo entre la elite.

Los guerreros olmecas están bien representados en relieves de piedra, y los reyes aparecen sosteniendo prisioneros atados, prueba de que habían alcanzado la capacidad militar básica necesaria para crear y conservar un reino. Además, llevaron su fuerza bastante más allá de sus fronteras en el México central y meridional, extendiendo más tarde su presencia a territorios tan lejanos como El Salvador.

Aunque sus soldados están representados en muchos de estos lugares distantes, cada uno de los centros olmecas apenas tenía unos pocos miles de habitantes de los que sólo podían desplegar un puñado de soldados de elite, en toda la región quizá 2.000 o menos, y aun menos podían ser enviados a largas distancias a causa de limitaciones logísticas. A mayor distancia recorrida, mayores eran las demandas logísticas, y más pequeño el contingente que se podía enviar, así que un ejército pequeño ejército tenía menos importancia en este momento. Pero fuese causa o consecuencia de lo anterior, los soldados olmecas estaban asociados con el comercio, no con la conquista, y su influencia exterior fue cambiando con el tiempo.

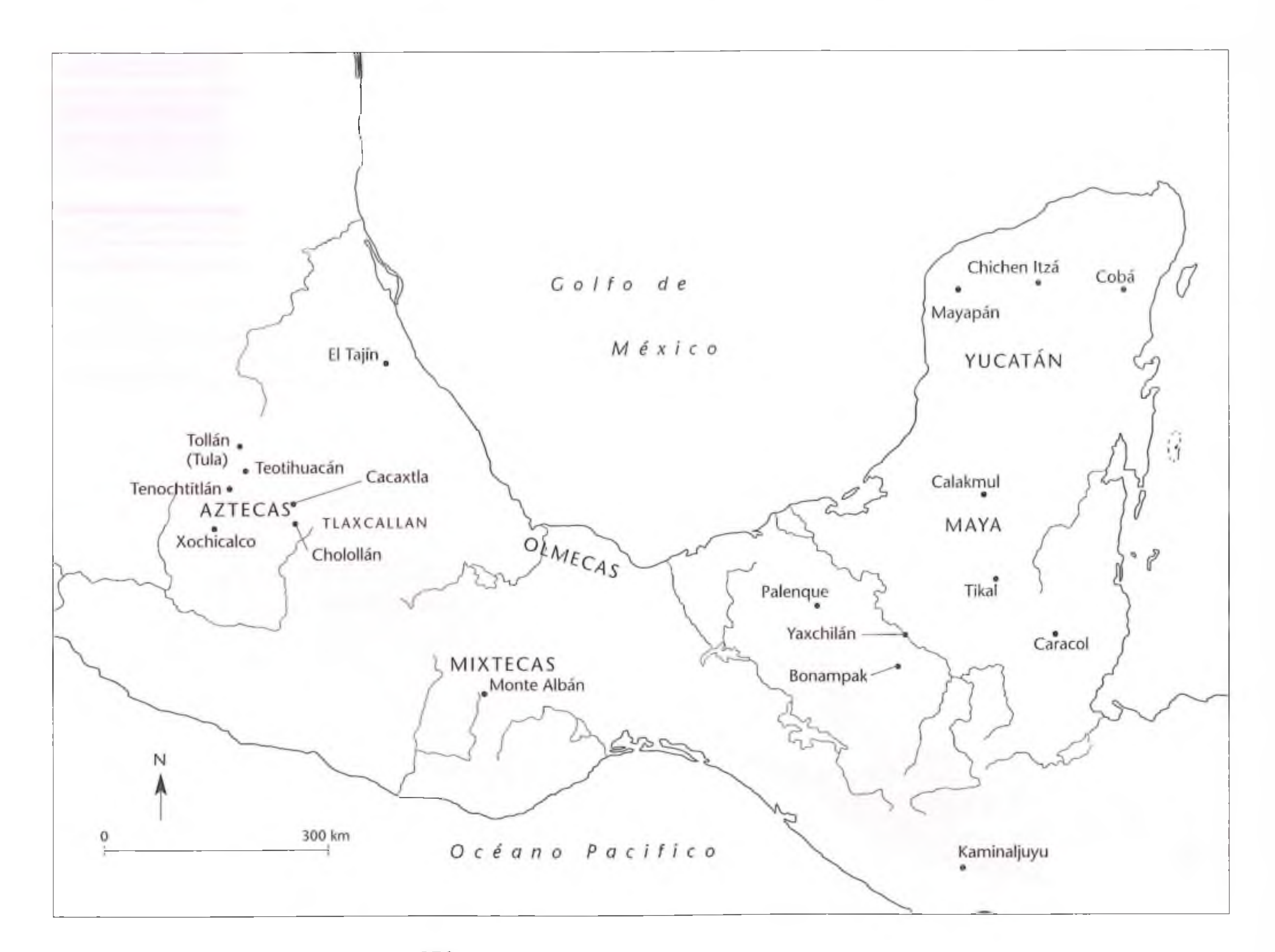
Desde el 1150 al 900 a.C., los olmecas comerciaron con las más avanzadas culturas de Mesoamérica: Oaxaca, las tierras altas y la costa del Pacífico de Guatemala, y el centro de México. Pero desde el 900 al 400 a.C. la expansión olmeca evitó los cen-

tros más complejos, en especial Oaxaca y Kaminaljuyu en Guatemala, al tiempo que creaba una red comercial con otros grupos desde el centro de México a El Salvador. Ahora se centraron en núcleos más pequeños, menos avanzados, que requerían una mayor presencia olmeca ante la ausencia de poder local más centralizado, lo que fue en paralelo con su adopción de –o fue ayudado por– dos nuevos avances: las tortillas y las hondas.

Comales para hacer tortillas aparecen en el México central ya desde 1150 a.C., y se encuentran en centros olmecas lejanos en esta última fase. Las tortillas retostadas eran transportables y de larga duración, y resolvían limitaciones logísticas al eliminar los cocineros y reducir así el tamaño de las partidas olmecas. Piedras para honda aparecen también en yacimientos olmecas distantes, indicando la adopción de esta arma de largo alcance que habría facilitado la intrusión en zonas menos pobladas.

Los olmecas fueron la fuerza militar más avanzada en Mesoamérica en esta época, lo que les permitió enviar partidas armadas a lugares lejanos. Pero aunque su ejército estaba bien preparado para consolidar y conservar un reino, los olmecas no podían, o en todo caso no lo hicieron, superar los límites de población y los obstáculos logísticos para desarrollar su capacidad militar en una dimensión imperial. Sin embargo, sus incursiones extendieron las ideas y prácticas que ayudaron a crear un área cultural común, incluidos conceptos militares, políticos y cultura material.

Hacia el 400 a.C., el dominio militar y la integración regional que podían haber logrado desaparecieron y fueron sucedidos por ciudades enfrentadas entre sí y reinos



Mapa con los principales lugares mencionados en este capítulo.



El yacimiento de Monte Albán, donde los zapotecas conmemoraron sus conquistas.

emergentes. En este momento, se comenzaron a utilizar escudos de madera, cuero y caña. Protegían todo el cuerpo y podían desviar o absorber golpes de porras y mazas, luego complementadas y reemplazadas por picas más largas que se usaban más para cortar y clavar que para lanzar. La pica se sostenía en una mano y se utilizaba arremetiendo en alto por encima y alrededor del escudo. Estas armas redujeron la movilidad, desplazando la ventaja de los atacantes a los defensores.

Las fortificaciones también adquirieron importancia en este periodo. La mayoría eran defensivas, rodeando pequeños emplazamientos con fosos y terraplenes, multiplicando la efectividad de los defensores de tres a cinco veces sobre los atacantes. Ningún grupo en concreto dominó este periodo, pero paradójicamente estas mismas fortificaciones dieron lugar a los siguientes intentos de integración regional.

Monte Albán comenzó sus fortificaciones en el 200 a.C. en el sur de México. Un extenso muro que rodeaba ciertos sectores del emplazamiento en la cima de la colina protegía su población, pero, aún más importante, permitía a su ejército hacer salidas a su voluntad contra rivales no fortificados, y el éxito de esta estrategia está atestiguado por los muchos monumentos conmemorativos de conquistas de la ciudad.

Como los monumentos de la mayoría de los reinos, desde los primeros tiempos olmecas pasando por el Maya clásico y las ciudades Estado posclásicas, los cautivos se representan desnudos o semidesnudos y atados. Estos monumentos subrayan el poder del rey victorioso y consolidan el poder político interno. Éste era el patrón seguido en Monte Albán, pero con el ascenso de la ciudad como potencia regional, los monumentos cambiaron: ahora representan los ropaje de cautivos, a menudo regios, señalando un cambio en los objetivos políticos, de la consolidación interna de un soberano y su linaje a través del menosprecio del vencido a su incorporación política. Ahora en lugar de exaltar al gobernante y despreciar a sus enemigos, los monumentos reflejan la integración de los grupos conquistados en la estructura política dominante. Sus victimas ya no son denigradas, lo que sugiere que el primer pequeño imperio en Mesoamérica comenzó en Monte Albán al menos desde el 150 a.C.



Figura de Teotihuacán con escudos rectangulares ribeteados. Los bordes internos de los escudos no presentan estorbos, pero ningún guerrero de verdad iría a la batalla sosteniendo escudos en ambas manos y sin armas.

EL IMPERIO DE TEOTIHUACÁN

El primer gran imperio, sin embargo, surgió en Teotihuacán, en el centro de México. Impulsado por la doble necesidad de materias primas lejanas de las que dependía una economía cada vez más compleja, y de un mercado para su producción, que rápidamente pasó de ser artesanal a protoindustrial, Teotihuacán comenzó a absorber ciudades cercanas desde el siglo I a.C., ayudada por innovaciones militares notables.

Las innovaciones materiales de Teotihuacán fueron esencialmente defensivas, pero los avances más destacados fueron de tipo organizativo. Continuaron utilizándose viejas armas, en especial picas, pero Teotihuacán comenzó también a utilizar el *atlatl*. Los *atlatls* eran antiguos pero hasta entonces habían carecido de importancia en la guerra, quizá debido a las exigencias logísticas de un arma que podía agotar rápidamente su munición. La necesidad de usar ambas manos hacía difícil usarlos con escudos, y su utilidad era menor cuando el enemigo se había acercado.

Entre sus virtudes estaba, sin embargo, su alcance, hasta 70 m, aunque mostraban su máxima eficacia a los 45 m, y tenían gran capacidad de penetración. Y fueron estas virtudes las que llevaron a los teotihuacanos a adoptarlos en conjunción con sus innovaciones organizativas y tecnológicas.

La innovación tecnológica fundamental de Teotihuacán fue la armadura, que se fue desarrollando poco a poco. Al principio, utilizaron cascos protectores de algodón acolchado, lo que les permitió usar escudos más pequeños, más móviles. Les añadieron colgaduras de plumas en el lado izquierdo y los extremos para disimular su verdadera dimensión y ocultar la posición de los pies de sus usuarios, mientras dejaban libre el lado derecho por el que luchaban los soldados. Además, estos escudos pequeños se usaban para desviar golpes, liberando los brazos de los soldados para contraatacar de inmediato, y al ser más ligeros, planteaban menos problemas logísticos para las incursiones más prolongadas. Sostenidos por una sola correa superior, probablemente iban atados a sus cinturones hasta que los necesitasen después de que se iniciase el lanzamiento masivo de dardos. Los lanceros, por el contrario, usaban escudos redondos que llevaban en sus muñecas izquierdas, de manera que pudiesen usarlos junto con las picas.

Pero fue su organización lo que dio el dominio a los ejércitos de Teotihuacán. Sus dos tipos de soldados estaban organizados en formaciones complementarias, cohesionadas, señalando un cambio fundamental en las tácticas de combate mesoamericanas. El papel de los proyectiles era importante, y los atlatlistas agrupados concentraban su fuego para romper las fuerzas enemigas. Pero por su vulnerabilidad en el ataque, los atlatlistas se integraron funcionalmente con lanceros especializados cuando entraban en contacto directo con el enemigo. Así pues, Teotihuacán ofrece el primer testimonio en Mesoamérica de grandes ejércitos y formaciones de combate que emplean sistemas de armas complementarios. Pero más allá de su organización militar superior, lo que resultó decisivo fue su mejor organización socio-militar.

Teotihuacán carecía de la homogeneidad étnica de los reinos, era una ciudad multiétnica con una organización social que incorporaba a gentes venidas de fuera, privilegiando la residencia sobre la descendencia en la ciudadanía. Los lazos de parentesco seguían siendo importantes sin duda, pero las pinturas murales de la ciudad destacan

tipos y clases más que individuos, lo que hace pensar en un potencial ascenso por el mérito, que también caracterizaba a su ejército.

La extensión de sus incursiones y la amplitud de su control exigían un ejército mayor que el que podían aportar las elites solas. En lugar de ello, el reclutamiento se hacía entre todas las clases con el fin de crear un ejército numeroso, bien entrenado, que se reflejaba en la uniformidad del armamento característica de los arsenales de gestión estatal y los sitemas centralizados. Las formaciones complementarias de lanceros y atlatlistas dependían también de tácticas ensayadas que eran difíciles de lograr con nobles díscolos, pues requerían una estructura de mando jerárquica. En resumen, Teotihuacán desplegó un auténtico ejército, no una simple acumulación de guerreros.

Hacia el año 100 d.C., en Teotihuacán vivían al menos 60.000 habitantes, lo que le permitía disponer de un ejército de unos 13.000 hombres y obtener los suministros de áreas circundantes en torno a 200 km de la ciudad. Más allá, se expandió por buena parte de México y Guatemala, con interés en áreas lejanas donde obtener bienes exóticos, como minerales, plumas raras y cacao.

Teotihuacán se enfrentó a dificultades logísticas mayores que los olmecas, pues sus ejércitos, mucho mayores, se desplazaban con más lentitud y necesitaban de más apoyo logístico, pero esto último lo minimizó estableciendo relaciones con ciudades que estuviesen en el camino o fundando sus propios centros , como Matacapán en la costa meridional del Golfo. Y en el área maya, colonizó ciudades ya existentes, en especial Kaminaljuyu en la actual ciudad de Guatemala. Pero el viaje seguía siendo dificultoso y los movimientos a gran escala se limitaban probablemente a la estación seca posterior a la cosecha, desde diciembre hasta abril.

Teotihuacán aparentemente confiaba mucho en la intimidación como instrumento de gobierno, y la falta de control directo entrañaba un cierto grado de inestabilidad política, limitando la explotación para que las provincias no se rebelasen. Pero su expansión en Mesoamérica se vio facilitada por afinidades culturales básicas, en gran medida legado de la anterior expansión olmeca. La expansión hacia el norte, más allá de Mesoamérica, exigía el establecimiento de costosos puestos avanzados independientes, sin control sobre las poblaciones locales.

En Mesoamérica, sin embargo, la ocupación colonial de centros lejanos fue no tanto expansiva como controlada desde el centro. Los enclaves coloniales facilitaron la



Guerreros ataviados de manera uniforme en Piedras Negras, lo que sugiere que las armas y la armadura las proporcionaba el Estado como en Teotihuacán, en contraste con la práctica maya más habitual de que cada guerrero se responsabilizase de su armamento.

constitución gradual de soldados, comerciantes y elites políticas, y una vez asentados, los colonos ejercían el control sobre el área circundante de modo sólido y con un escaso coste.

Sin embargo, algunos centros regionales anteriores continuaron existiendo y se desarrollaron otros nuevos en otras partes. Monte Albán siguió siendo la capital de un pequeño Estado expansionista, empleando las mismas armas que antes, picas y porras, con escudos pequeños llevados en el antebrazo. Pero nunca emuló la organización militar teotihuacana, com osi hacerlo entrañara la alteración de su propia estructura social. Al parecer continuó con un ejército sólo de nobles, pues no hay pruebas de la existencia de soldados plebeyos, y con pocos indicios de unidades militares y de la correspondiente estructura de mando. Esto limitó la expansión de Monte Albán más allá de su propio grupo étnico, y sus límites quedaron marcados por una serie de pequeñas fortificaciones. Pero el control de Monte Albán sobre su región fue un retroceso según fueron surgiendo enclaves rivales fortificados en altura en los primeros dos siglos del primer milenio. Y solamente recuperó su influencia después de que Teotihuacán entrase en el valle, y estableció una relación de no conquista durante los 250 años siguientes.

Teotihuacán también entró en contacto con reinos en las ecológicamente homogéneas tierras bajas mayas, entre ellos el gran centro de Tikal, donde las victorias militares se proclamaban en monumentos que muestran con frecuencia prisioneros atados, desnudos, pisoteados. Hay pocas pruebas de estructuras militares centralizadas, lo que da a entender que estos conflictos no eran imperiales, sino que pretendían legitimar y engrandecer a los linajes reinantes en el plano interno, y definir y clarificar zonas tributarias en el exterior.

La mayoría de las ciudades mayas carecían de fortificaciones, y cuando existían, casi todas eran pequeñas, protegiendo únicamente las limitadas áreas de las elites, y los ejemplos de mayores dimensiones como las murallas de tierra de Tikal, eran demasiado amplios para que pudiesen estar guarnecidos de modo continuo y probablemente servían como obstáculos para disuadir a posibles atacantes. Pero Tikal era diferente de la mayoría de las ciudades de la llanura por haber sido influida claramente por Teotihuacan al menos desde el siglo IV d.C., cuando la ayudó a expulsar a la dinastía reinante y colocar a una nueva persona en el trono.

Puede que Teotihuacán influyese a Tikal para que conquistase y conservase una o dos ciudades más pequeñas, pero los límites de sus fuerzas y la interrupción en las comunicaciones hacían difícil el control desde el centro durante todo el año. Situar a sus nobles en tronos extranjeros era el mecanismo más habitual de colonización, pero no garantizaba entidades políticas estables tipo imperial, pues los descendientes de los soberanos así implantados rompían lazos normalmente en una generación o dos para hacerse soberanos de ciudades Estado independientes. En el mejor de los casos, las tierras bajas, o partes de ellas, mantenían algún ligero vínculo por medio de matrimonios reales.

Aun cuando la influencia de Teotihuacán se hizo sentir en las tierras bajas mayas, la simple distancia limitaba su influencia, pues los costes del viaje mermaban las fuerzas que podían sostener, hasta el punto de que las ciudades mayores conseguían prácticamente una paridad militar. El desgaste provocado por la distancia estratificó la influencia de Teotihuacán, de un *hinterland* interior bajo un estrecho control, a otro exterior reorganizado y controlado regionalmente, y a zonas aún más lejanas, sembradas de enclaves coloniales cuyos habitantes presentaban una conexión más débil con el imperio.

La expansión de Teotihuacán se ralentizó y se detuvo ante las limitaciones logísticas y la competencia local. Y con el creciente desarrollo de los grupos locales y el consiguiente ascenso de la demanda de los mismos bienes que Teotihuacán buscaba, el coste se hizo insostenible. Teotihuacán comenzó a retirarse de sus puestos avanzados más

lejanos hacia el 500 d.C., iniciando un efecto de cascada de contracción de mercados para sus fabricantes, que se habían expandido para satisfacer la demanda de un mercado que antes era enorme. Para compensar, Teotihuacán comenzó a tomar más de las zonas restantes y a incrementar la represión sobre los habitantes de sus regiones remotas, con lo que redujo más aún el mercado para las mercancías teotihucanas.

Como reflejo de esta creciente resistencia, o quizás en respuesta al desarrollo de ejércitos comparables en otras partes, aumentó el militarismo en Teotihuacán y la ciudad realizó una innovación fundamental al introducir la primera infantería pesada de Mesoamérica. Teotihuacán inventó o adoptó la armadura de algodón acolchado de más de 8 cm de espesor en dos tipos básicos, conjuntos que cubrían el cuerpo y las extremidades y túnicas que se extendían hasta las rodillas, y eran efectivas contra los impactos de hondas, la mayor parte de los dardos de *atlatl* y las embestidas de las picas. El algodón mismo procedía de las regiones bajas, más cálidas, lo que hizo que la ciudad dependiese del control de zonas productoras lejanas. Además, era costoso importarlo, hilarlo, tejerlo y elaborar las prendas, y aunque Teotihuacán tenía unos 200.000 habitantes en el 500 d.C. y podía, pues, alinear un ejército enorme, el coste de la armadura de algodón provocó una división clasista. Sólo una minoría podía usarla, quizá las tropas de choque que soportaban lo más duro de los asaltos iniciales. Pero al mismo tiempo, surgieron órdenes militares de elite similares a los caballeros águila y jaguares aztecas, aunque no sabemos cómo actuaban en combate.

Pero estas innovaciones militares no detuvieron la decadencia de Teotihuacán, y puede que acelerasen su fragmentación social. Después del 500 d.C., la población de la ciudad disminuyó hasta el 650 d.C., cuando el centro ritual fue incendiado en un acto aparente de autoinmolación, y los días de Teotihuacán se acabaron.

Con la desaparición del imperio de Teotihuacán, Mesoamérica se fragmentó de nuevo en áreas semiautónomas. Ninguna ciudad adoptó la sofisticada estructura militar de Teotihuacán ni su armamento, que requería ejércitos de una base muy amplia, y la movilización de mucha gente implica debilitar las estructuras de clase, lo que podía resultar fatal en esos reinos. Tampoco se conservó la costosa armadura. Así pues, ningún imperio llenó el vacío dejado por la desaparición de Teotihuacán, sólo hubo fragmentación y desorganización política. Algunas ciudades mantuvieron o adquirieron importancia local, como Cholollán en el este y El Tajín en la costa del Golfo, pero otras, incluida Monte Albán, decayeron hasta la insignificancia. E incluso las lejanas regiones mayas se vieron afectadas.

LA GUERRA MAYA

Muchas ciudades mayas podrían haber dispuesto de ejércitos considerables si movilizaban a sus poblaciones enteras, y probablemente lo hicieron para su defensa, quizá incluso para combatir a ciudades limítrofes donde los problemas logísticos eran menores. Aunque la época contempló una proliferación de conflictos y proclamaciones de victorias, hay pocas pruebas de que llevasen la fuerza a distancias apreciables ni de que regulasen el armamento en el sentido de los grandes ejércitos organizados, lo que da a entender que el núcleo de sus ejércitos siguió siendo pequeño y de carácter elitista. Armas utilizadas en otros lugares, como los *atlatls* y las hondas, no desempeñaron papel militar alguno. En su lugar, los mayas utilizaron una gama amplia y ecléctica de armas y armaduras características de sociedades que carecen de unidades militares y las consiguientes estructuras de mando. Introdujeron escudos flexibles que podían enrollarse durante la marcha, y lanzas con hojas insertadas que se extendían por los laterales, en ambos casos armas de elite.

Así pues, lo esencial de la guerra maya consistía en incursiones que implicaban ataques rápidos y retiradas apresuradas por parte de grupos relativamente pequeños de



soldados entrenados individualmente y equipados de modo ecléctico, más que de batallas a gran escala entre fuerzas convencionales. Estas limitaciones militares encerraron las tierras bajas mayas en un sistema de ciudades-Estado a menudo hostiles entre sí que libraban guerras de efectos limitados a largo plazo.

Tikal fue derrotada a fines del siglo VI, y otros centros alanzaron importancia, entre ellos Yachilán, Palenque, Calakmul y Caracol. Las consecuencias de la derrota no parece que incluyesen la ocupación, pero la pérdida de territorios tributarios hasta que una ciudad recupere el poder para volver a tenerlos puede apreciarse como la causa de la falta de construcciones en Tikal después de su derrota y el *boom* de otras ciudades. Varias de ellas adquirieron mayor o menor importancia después de determinadas batallas, pero no surgieron potencias regionales estables. En toda Mesoamérica, esta época fue un periodo de fragmentación política dominado por poderes regionales que empleaban fundamentalmente tácticas y armas del pasado. Entre ellos estaba Cacaxtla, en el centro de México.

Edificada al parecer por un grupo maya llamado olmeca-xicalanca procedente de la costa meridional del Golfo, Cacaxtla fue un enclave comercial en el intento maya de restablecer los lazos comerciales con el México central. El mismo pueblo dominaba también Chololián en esta época. Los olmeca-xicalanca se centraron en el comercio de artículos exóticos como el cacao, conchas y plumas a cambio de bienes mexicanos, y sus enclaves proporcionaban protección a sus comerciantes. Pero su dominio militar era limitado, y Cacaxtla debió su éxito a la falta de competidores en la región. Sin embargo, introdujeron nuevas combinaciones de armas que influyeron en la práctica militar posterior.

Los soldados olmeca-xicalanca fusionaron armas mayas y mexicanas, acoplando *atlatls* y dardos con astiles emplumados para obtener mayor estabilidad en la trayectoria, y puntas con lengüetas que infligían mayor daño y eran difíciles de extraer. Las picas de puntas lanceoladas las conservaron para que se enganchasen en las heridas, se introdujo la práctica maya de insertar hojas en los laterales del asta, y cobraron importancia los cuchi-



Arriba: En esta foto desarrollada de la decoración de un vaso, una procesión de guerreros mayas victoriosos, vestidos de forma ecléctica y con lanzas, agarran a dos prisioneros por sus cabellos. Los guerreros no llevan escudos, y si bien visten una especie de camisa, no parecen tener armadura.

Página anterior: Un guerrero maya vestido con armadura pesada de algodón acolchado de estilo teotihuacano y con un escudo emplumado. La armadura pesada era muy cara y no se volvió a usar después de la caída de Teotihuacán y de que se produjese un cambio hacia una mayor movilidad en el combate.

llos de piedra sin mango para la acción a corta distancia. Estas armas iban acompañadas de escudos redondos orlados de plumas que se llevaban por una correa en el antebrazo para que quedase libre la mano izquierda. Pero la protección corporal desapareció completamente, lo que refleja no sólo el coste, sino probablemente la ausencia de enemigos de consideración. Tácticamente, privilegiaron el combate individual más que las unidades, con fuerzas ligeras, móviles, bien dispuestas para dar golpes súbitos seguidos de retiradas a lugares fortificados. Y aunque la presencia olmeca-xicalanca duró casi 200 años, Cacaxtla era un amenaza militar menor y sólo prosperó en el periodo interimperial.

Otros centros regionales construidos por grupos mexicanos que surgieron en el caos que siguió a la desaparición de Teotihuacán, incluyen Xochicalco y Teotenanco. Las dos eran ciudades en altura fortificadas y, como Cacaxtla, tenían amplias relaciones comerciales con el exterior.

Xochicalco, al menos, llegó a ser una potencia regional, como se refleja en sus muchos motivos militaristas y sacrificiales. Y también aquí el ejército estaba compuesto por elites y dominado por órdenes militares. Como en Cacaxtla, estaba equipado con *atlatls,* secundariamente con picas y también cuchillos, pero conservaron los antiguos escudos rectangulares mexicanos que, a falta de armadura, ofrecían más protección.

Pero al contrario que Cacaxtla, Xochicalco intentó restablecer un imperio tributario que controlaba desde su emplazamiento fortificado, a través de despliegues impresionantes de sacrificios humanos y de la imposición de un nuevo calendario.

Xochicalco estableció una nueva fecha de inicio, un avance aparentemente menor que era clave para sincronizar un imperio, como había pasado probablemente con Teotihuacán y como sucedió luego con los aztecas. Difundir una fecha unificada de inicio del calendario permitía que los territorios sometidos funcionasen a una con el centro en propósitos tales como el pago simultáneo del tributo. Xochicalo siguió manteniendo el dominio en la región durante dos siglos, pero fue destruida hacia el 900 d.C.

Quizá debido a la reaparición de ciudades-Estado fuertes, al aumento de la competencia y al alto coste de abastecer a una ciudad en altura, Xochicalco fue vencida y destruida en el siglo X. Las ciudades comerciales importantes en el ámbito regional fueron igualmente abandonadas y surgió otro imperio.

LOS TOLTECAS

La siguiente gran potencia surgió en la capital tolteca de Tollán, al norte del valle de México. Grupos inmigrantes procedentes del norte, de lengua nahuatl y otomí, se fusionaron con grupos mesoamericanos locales para formar la sociedad tolteca, que pronto dominaron los primeros, junto con buena parte del México central y aún más allá desde el 950 aproximadamente hasta el 1200.

La organización militar desempeñó un papel principal más evidente que en los grupos anteriores, como se refleja en los monumentos de Tollán. Parte de su éxito se debió al tamaño de los ejércitos toltecas, que se reclutaban de entre prácticamente toda la población, lo cual era menos una innovación cultural que una perpetuación de sus antiguas tradiciones, más igualitarias. Y otra parte se debió a sus innovaciones en armas y armaduras.

Los antepasados de los toltecas trajeron su propio armamento, que fusionaron con las armas mesoamericanas, adoptando algunas, substituyendo otras e innovando en otras más. Abandonaron las picas, que habían dominado la guerra en Mesoamérica, pero adoptaron el *atlatl* mesoamericano en lugar del suyo, pues las variedades norteamericanas empleaban pesos adaptados a la caza del ciervo, que los hacían innecesarios e incómodos en combate. Los cuchillos se conservaron, pero ahora enmangados en empuñaduras de madera, proporcionando la superficie de corte equivalente con la mitad del peso; además, cuando no los usaban, podían meter los mangos en sus bra-

Guerreros toltecas en su capital de Tollán (más conocida popularmente como Tula, nombre actual de la ciudad), con tocados, pectorales de mariposa, delantales en forma de V y *atlatls* cubiertos con piel de conejo en sus manos derechas. Los brazos izquierdos sostienen dardos y espadas cortas.

zaletes. Pero la innovación más importante fue la espada corta curva como arma principal de choque.

Adaptada quizá de las porras curvadas para cazar realizadas en madera, habituales en el norte, los toltecas las usaron como base para insertar hojas de obsidiana, como ya se había hecho con las picas, con el fin de crear un arma ligera, para una sola mano, con casi medio metro de superficie de corte. Excelente para cortar, esta espada conservaba parte de las ventajas de las porras cuando se usaba con la parte curvada hacia adelante, como hicieron los toltecas.

Los toltecas adoptaron los escudos redondos que se llevaban en el antebrazo para dejar libres las manos, pero reintrodujeron el uso de la armadura, aunque se impuso un tipo nuevo. La armadura de cuerpo entero se utilizó en ocasiones, pero el tipo habitual sólo recubría el brazo izquierdo, que podia utilizarse para desviar los golpes incluso sin escudo.

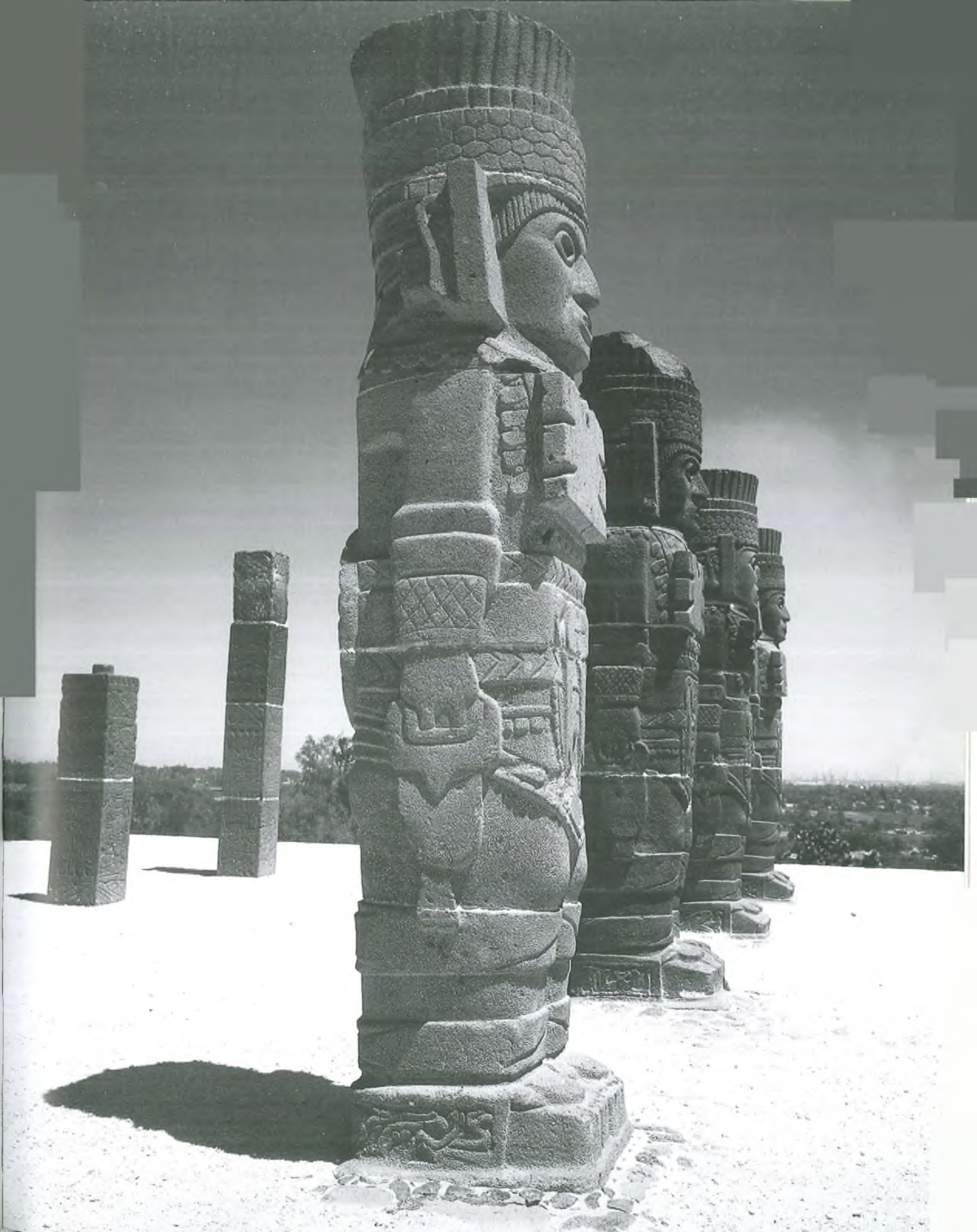
Este armamento permitió a los toltecas fundir la figura del atlatlista y del espadero en un solo combatiente, en lugar de requerir dos fuerzas separadas. Los soldados toltecas proporcionaban su propia cobertura de atlatl en combate, consumiendo rápidamente los cuatro o cinco dardos que llevaban sueltos en sus manos protegidas al aproximarse al enemigo; entonces era cuando cambiaban a las espadas cortas para el combate cuerpo a cuerpo. Al combinar las armas de esta manera duplicaban el tamaño efectivo de los ejércitos toltecas, pero requerían una coordinación y un mando eficaz en el campo de batalla, indicio de un ejército amplio, bien organizado y efectivo. Y aunque había órdenes militares toltecas, en especial los coyote y los jaguar, la insistencia de las representaciones gráficas en clases de soldados más que en individuos refuerza la naturaleza de base ampliamente igualitaria del ejército. Pero incluso con un máximo de población de 60.000 habitantes, que podía duplicarse contando con la población dependiente del entorno inmediato, Tollán no podía reunir un ejército tan numeroso como Teotihuacán. Sin embargo, al combinar las armas, su eficacia era probablemente la misma.

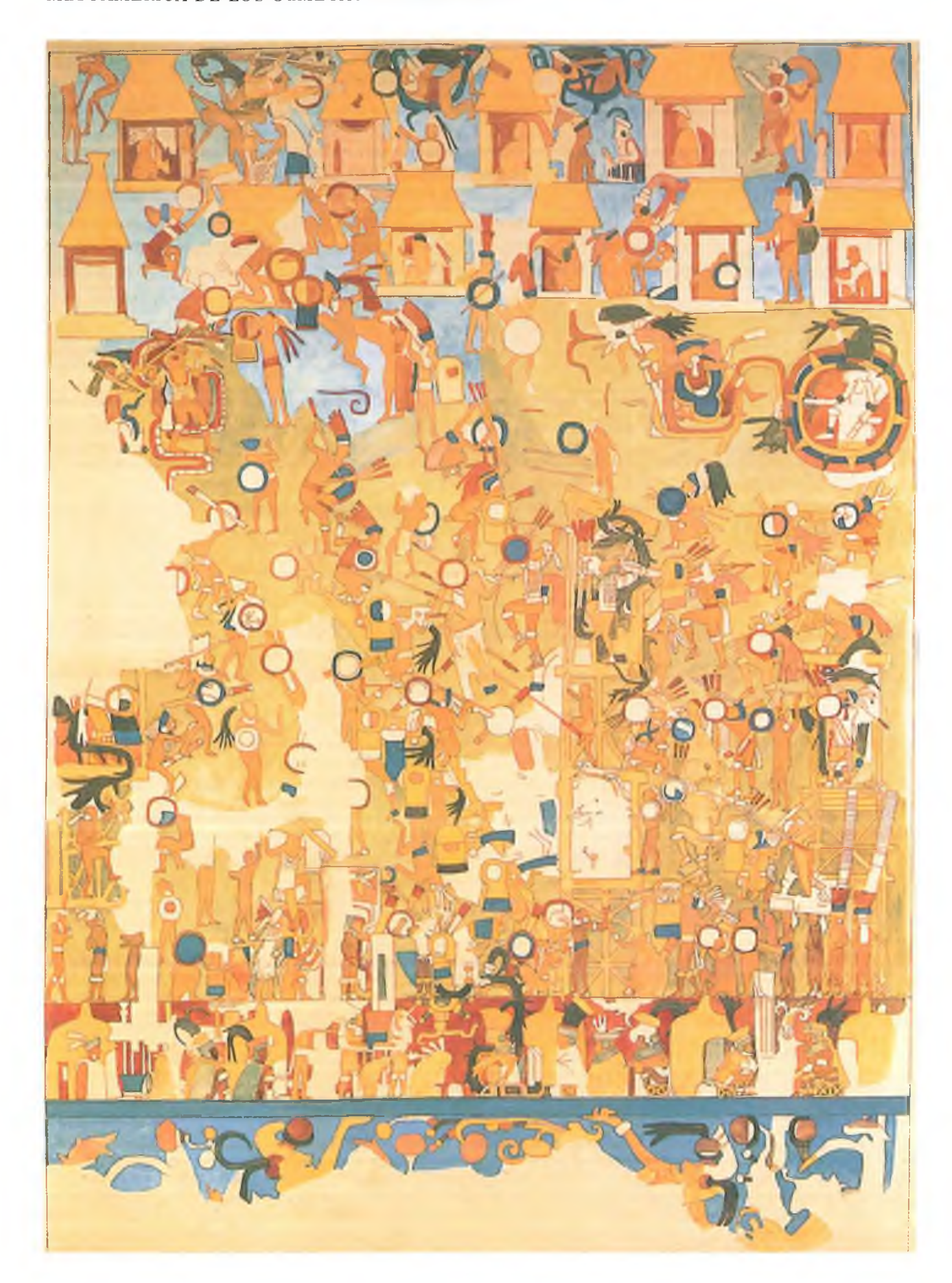
Fuese cual fuese el papel de Tollán en la desaparición de las ciudades fortificadas anteriores (y las potencias raras veces toleraban centros fortificados en sus esferas de influencia), los toltecas tomaron el control de la anterior red comercial y la extendieron notablemente, llegando por el sur hasta Costa Rica y por el norte hasta el desierto, quizás incluso hasta el suroeste de Estados Unidos.

Como sus predecesores, los toltecas no fueron tanto un imperio militarista como comercial que actuaba a través de enclaves comerciales y colonias en lugar de colonizar áreas remotas. Pero la potencia militar protegía a sus comerciantes, y el envío de grandes fuerzas se vio facilitado por el aumento de la población de Mesoamérica y el crecimiento de la productividad agrícola.

Al contrario que Teotihuacán, no hay pruebas de que el imperio comercial de Tollán se contrajese antes de su hundimiento. Más bien, se desintegró desde dentro cuando la capital fue abandonada en el 1179 d.C. La causa, en parte, fue la llegada de grupos bárbaros *(chichimecas)* que, aunque pocos, introdujeron los arcos y flechas de largo alcance que burlaban a los ejércitos convencionales en sus incursiones y pusieron en peligro los vínculos comerciales de Tollán, aumentando los costes de mantenimiento de su extenso imperio económico. Pero estas incursiones eran solamente un síntoma de un problema de mayor alcance, la progresiva desecación del norte que había provocado el desarraigo de estos pueblos y su desplazamiento hacia el sur. Y cuando la desertización alcanzó Tollán, su agricultura se tornó cada vez más inadecuada y la ciudad se acabó abandonando, dejando enclaves Toltecas dispersos por toda Mesoamérica.

Durante su florecimiento, Tollán ejerció una influencia sobre la evolución política de otras partes de Mesoamérica. En Oaxaca, el soberano del imperio regional del siglo XI del soberano mixteca 8 Ciervos tenía relaciones con Tollán y puede que se ins-





Acuarela de un mural que muestra un asalto en Chichen Itzá (el original a los pocos día de ser descubierto). Los atacantes emplean unas torres de sitio contra una pirámide, que ofrecía una mejor cobertura de proyectiles a los atacantes. Cuando se introdujeron los arcos y las flechas, su mayor alcance redujo la necesidad de torres de asedio, y no se conocen más posteriores a ésta.

pirase en él, aunque estaba escasamente institucionalizado y no consiguió sobrevivir a su fundador.

También el Yucatán conoció una importante influencia tolteca, aunque de un estilo diferente. Tras un conflicto en Tollán en el siglo X, la facción tolteca perdedora emigró a Chichen Itzá, donde se conocen históricamente como los itzá. Vencieron a los soberanos locales Putun y establecieron su propio imperio, introduciendo las armas y tácticas mexicanas en las tierras bajas mayas. Incluían el armamento tolteca estándar de *atlatls,* espadas cortas, cuchillos, escudos y armaduras de algodón, que hacía a los itzás superiores en el combate cuerpo a cuerpo ante fuerzas mayas de igual tamaño o incluso superiores. Y como prácticamente todos los toltecas eran soldados, sus ejércitos superaban a los de ciudades mucho mayores que los reclutaban solamente entre las elites.

Esta época proporciona también el primer testimonio definitivo de guerra naval, ingenios de asedio y el uso del fuego como arma, aunque probablemente todo tuvo pre-

cursores anteriormente y en otros lugares. Las canoas itzá aparecen en contextos militares, y hay representaciones gráficas de sus ataques con *atlatl* desde balsas contra guerreros mayas. Se utilizaban torres de sitio de tres y cuatro pisos de altura contra pirámides, aunque no para asaltarlas, pues la construcción inclinada de la pirámide hacía que, a mayor elevación de la torre, el templo situado en lo alto se encontrase cada vez más lejos. Más bien, estas plataformas elevadas permitían a los atlatlistas disparar sobre los defensores del templo mientras los atacantes escalaban los laterales. Se usaban también lanzas incendiarias contra los tejados de paja de los edificios, aunque sin duda de esto había muchos antecedentes. Pero el uso del fuego en el combate no era habitual, posiblemente porque la paja no es fácil de incendiar sin un acelerador, en especial en las zonas lluviosas.

El Imperio itzá era relativamente pequeño, ocupando el noroeste de la península del Yucatán. Era la región más seca de las tierras bajas mayas en la que sus ejércitos podían desplazarse mejor, ayudados por el soporte logístico de las tortillas que introdujeron los itzá. La extensión del dominio itzá viene indicada por una serie de pequeños emplazamientos fortificados.

En las regiones más lluviosas más allá de esa zona, y quizás como reacción a la expansión itzá, se llegó a una integración política maya algo mayor, sobre todo en Cobá, en el Yucatán oriental. Tan grande como Chichen, Cobá, situada en el interior, controlaba una serie de asentamientos, incluido un establecimiento satélite en la costa que posibilitaba el comercio marítimo sin exponer a la ciudad principal a un ataque por sorpresa de tropas en balsas o canoas. Y lo consiguieron no gracias a una organización militar superior, sino con la construcción de calzadas. Aunque sin ser extensa, Cobá creó quizás la red viaria más perfeccionada de Mesoamérica, construyendo al menos 16 calzadas de piedra enlucida con cal que trazaban líneas excepcionalmente rectas, se elevaban sobre el terreno ondulante para mantener un nivel de superficie y se combaban para evacuar las aguas. Estas calzadas permitían viajar durante todo el año, reducían el tiempo de desplazamiento y dotaban de mayor rapidez a los ejércitos de Cobá en sus desplazamientos a sus muchos territorios dependientes, de noche o de día, con lluvia o sol. También aportaban a Cobá una precisión inusual en el cálculo de tiempo y en la logística, permitiendo un control regional mucho mayor que otros Estados de Mesoamérica. Como resultado, Cobá mantuvo su independencia de Chichen Itzá durante dos siglos, derrumbándose sólo después de que Itzá cortase sus rutas de comercio.

La propia Chichen Itzá fue derrotada por un golpe a principios del siglo XIII. Ayudados por los mexicanos que introdujeron el arco, el cercano núcleo de Mayapán lo llevó a cabo, pero no consiguió mantener la integración política regional de Chichen. En el siglo XIII, la unidad política parcial del Yucatán había desaparecido, como la de Tollán en el centro de México.

Mesoamérica se desintegró en una multitud de reinos, ciudades-Estados y entidades políticas menores poliurbanas, pero sin imperios que durasen. Existía de nuevo un equilibrio militar, y aunque había guerras, ninguna ciudad era lo bastante fuerte para lograr un conquista y una integración política de larga duración, o ninguna lo intentaba. El siguiente y último gran imperio que surgió en Mesoamérica fue el azteca, y lo hizo en medio de pequeños imperios y pretendientes en lucha.

LOS AZTECAS

Los aztecas fueron los últimos inmigrantes venidos del norte, que se asentaron en el valle de México en el siglo XIII, donde establecieron su capital en el año 1325. Y en el 1428, con aliados, derrotaron a los poderosos tepanecas para iniciar su propio imperio. La motivación para esta expansión no vino del pueblo sino de los soberanos; los territorios tributarios proporcionaban una nueva fuente de riqueza que reducía la depen-



Arriba: Figura de terracota de tamaño natural de un guerrero águila azteca exhumada en el Gran Templo de Tenochtitlán, que representa a una de las dos principales órdenes caballerescas, cuyas salas de reunión estaban al lado del templo.

Página siguiente: Objetos entregados como tributo a Tenochtitlán por Cuauhnahuac (Cuernavaca). Incluyen cuatro tipos de uniformes militares y escudos aztecas, concedidos todos a raíz de hazañas militares. Las armas y armaduras aztecas, así como las materias primas para su realización, se conseguían en todo Mesoamérica a través del comercio y de tributos.

dencia del gobernante de los recursos iniciales con los que los jefes tradicionales de su entorno *(calpolli)* ejercían el poder. Y su éxito militar se apoyó en innovaciones marciales, tanto materiales como de tipo organizativo.

Los aztecas fundieron arcos y flechas con armas tradicionales mesoamericanas como los *atlatls*, hondas y quizá espadas cortas. También sustituyeron la punta de piedra de las picas por una larga cabeza de madera de forma ovoide en la que se fijaban hojas de obsidiana, lo que generaba una superficie de corte en un tercio de sus dos metros de longitud. Pero su invención o adopción fundamental fue una espada más larga y ancha. Realizada en madera con hojas de obsidiana insertadas en ambos lados, era una evolución lógica de la anterior espada, que probablemente tuvo lugar en el siglo XV.

Los aztecas conservaron los escudos redondos, pero añadieron un nuevo tipo de armadura. Una túnica a modo de jubón de algodón acolchado cubría el torso hasta la cintura o más abajo, dejando las extremidades al descubierto en el combate. Su portador era vulnerable a las heridas de corte, que la medicina azteca podía curar, aunque protegía su cuerpo de heridas perforantes más mortíferas. Había cascos de algodón, pero podían estorbar la visión parcialmente y la mayoría de los soldados combatía sin ellos.

Las batallas convencionales comenzaban normalmente al amanecer con los dos bandos encarándose a una distancia de unos 60 metros. Tambores o trompetas daban la señal para la andanada inicial de flechas o lanzamiento de hondas, bajo la que se aproximaban ambas formaciones. Las órdenes militares avanzaban primero, seguidas de soldados veteranos al frente de unidades organizadas, y enarbolando altos estandartes de batalla para señalar sus movimientos a pesar del estrépito del combate.

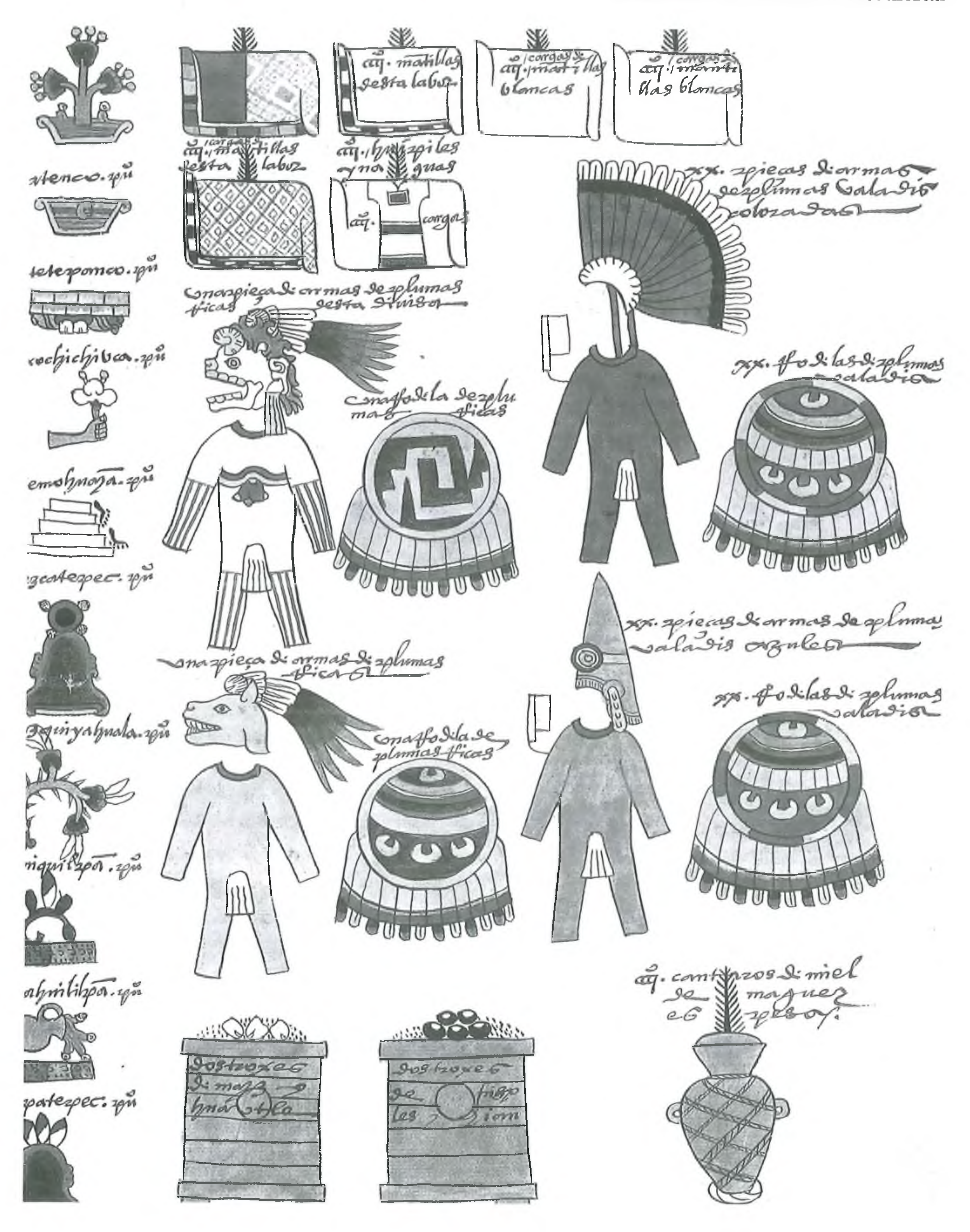
Mientras se aproximaban los dos bandos, los soldados lanzaban dardos para desorganizar la formación contraria. Pero una vez que se producía el choque, los proyectiles cesaban y comenzaba el combate cuerpo a cuerpo. Los combatientes de primera línea esgrimían sables y picas en una agotadora refriega, y los soldados se metían o se retiraban de la batalla cada 15 minutos aproximadamente para descansar y rearmarse.

Los flancos y la retaguardia de cada soldado estaban protegidos por el sólido frente de la formación. Por consiguiente, el objetivo era desorganizar la alineación de los enemigos, romper el frente contrario y penetrar por la brecha para dividir sus fuerzas. Pero como solamente las primeras filas podían llegar a desplegar sus armas, la superioridad numérica se hacía importante para desgastar a los contrarios o para extender el frente más allá de donde podía responder el enemigo, rodeando entonces sus flancos y envolviéndolos.

Las estratagemas eran también una parte importante de la estrategia militar azteca. Fingían huir e irse de la batalla, arrastrando a los enemigos tras ellos, pero después de pasar por donde había otras fuerzas escondidas, se volvían y reanudaban su ataque con la nueva ayuda por detrás del enemigo.

La rendición era negociable en cualquier momento, aunque cuanto más hubiese durado la guerra, mayor era el tributo que se exigía. Por supuesto, se enviaban emisarios a menudo a una ciudad que se tomaba por objetivo para reclamar presentes antes de declarar la guerra como reconocimiento tácito del estatus de tributario. Si la demanda era rechazada, se declaraba la guerra y se reclutaban, preparaban y enviaban tropas. La derrota del ejército de la ciudad suponía habitualmente su capitulación; si se rechazaba en ese momento, significaba que la ciudad podía ser saqueada y arrasada.

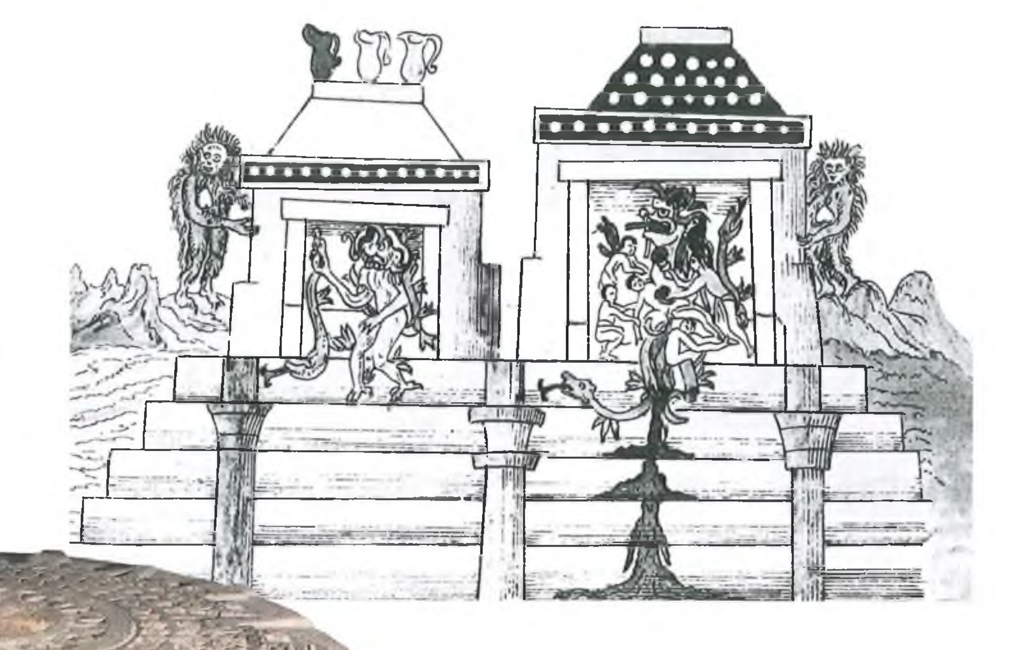
Los heridos eran atendidos después de la batalla, y los muertos se quemaban, guardándose listas para dar la noticia y compensar a sus familias. Los soldados capturados se





Derecha: El rey Nezahualcoyotl de Tetzcoco (fallecido en 1472) con un escudo emplumado, una espada larga y un pequeño tambor a la espalda para dar la señal de ataque. Su túnica de plumas probablemente cubría una armadura debajo. Lleva también un acolchado de algodón más típico del este del valle de México, y un casco.

Abajo: Escudo azteca con ornamentación de plumas con la figura de un coyote con glifo parlante, similar al que sostiene Nezahualcoyotl. Habitualmente, los adornos externos de los escudos se montaban sobre un entramado de cañas y cuero y ocultaban los soportes. Sólo se conservan unos pocos.



Derecha: Dibujo indígena del Gran Templo de Tenochtitlán. Las pirámides gemelas albergaban dos templos, el de Tlaloc a la izquierda y el del dios protector azteca Huitzilopochtli a la derecha. Los sacrificios humanos asociados a la guerra se realizaban en el segundo.

Abajo: Piedra de Tizoc (rey azteca entre 1481 y 1486), que representa una serie de conquistas de ciudades. Los guerreros aztecas (con atuendo tolteca) agarran los cabellos de los guerreros capturados (y armados), que representan a las ciudades indicadas por sus respectivos glifos.

llevaban si la ciudad capitulaba después de una batalla, pero también se capturaba a las mujeres y los niños en el saqueo si se rechazaba la rendición. Eran atados y llevados a Tenochtitlán para su posterior sacrificio. Aunque había razones religiosas para el sacrificio humano, la exhibición política del poder azteca era de importancia extrema. La mayor parte eran sacrificados en un festival en abril, al que todos los tributarios estaban obligados a asistir.

Los nobles tenían un estímulo para luchar en todas las sociedades mesoamericanas, pero en Tenochtitlán también lo tenían los plebeyos. Además del botín y el tributo, un guerrero afortunado podía ser promocionado al estatus nobiliario. Con una población en la ciudad de 200.000 hombres para reclutar y un total de 1,2 a 2,65 millones de habitantes viviendo en el valle de México, los aztecas podían disponer de ejércitos mucho mayores y más motivados que cualquier otro Estado de Mesoamérica. Además no sólo reclutaban al conjunto de los hombres del pueblo, sino que crearon escuelas de las que salían soldados de calidad contrastada procedentes de todas las clases. Pero el tamaño y la preparación por sí solos no evitan las dificultades a la hora de enviar esta fuerza a distancia.

Se organizaban en unidades de 8.000 hombres *(xiquipilli),* cada una de ellas subdividida por ciudades o *calpollis,* y estas subunidades variaban con cada movilización, según con cuántos hombres contribuía cada una. Los ejércitos aztecas comenzaban su marcha al amanecer, limitados a dos columnas por el ancho de los caminos y los tiempos de marcha, lo que hacía que cada *xiquipilli* se extendiese al menos hasta 12 km, de manera que el último hombre podía partir tres o cuatro horas después que el primero. Así, los siguientes *xiquipillis* eran enviados por la misma ruta en días sucesivos. Pero cuantos más días de marcha hubiese, mayor cantidad de sus víveres consumían mientras esperaban a que todos se reunieran. Así que para campañas importantes, los aztecas enviaban múltiples *xiquipilli* por rutas distintas para reunirse en un lugar acordado antes del ataque.

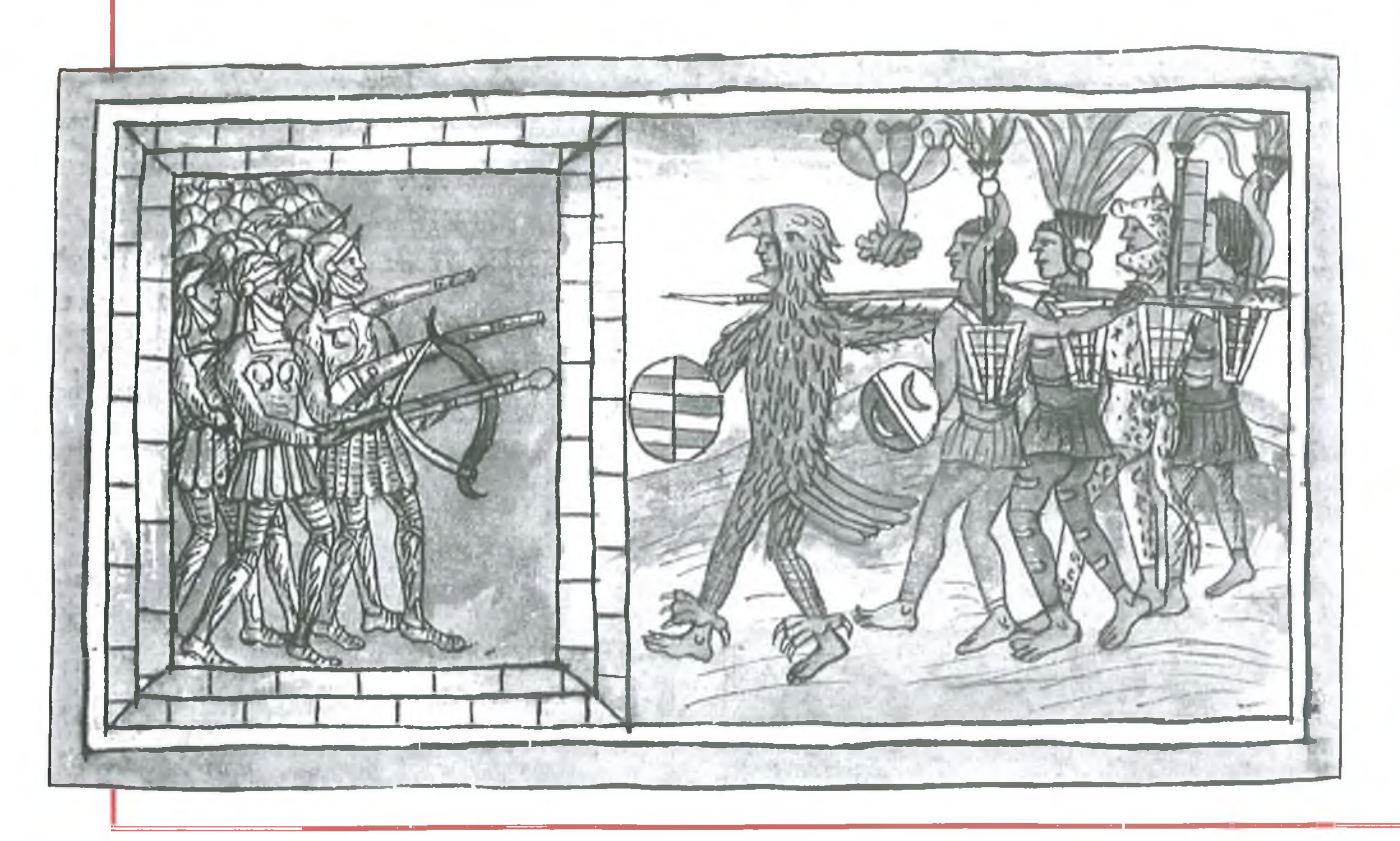
Y para superar los graves obstáculos logísticos, los aztecas se aprovecharon de su imperio, exigiendo a cada tributario cultivar víveres para el ejército. Se ha calculado que cada unidad de 8.000 hombres consumía unas 8 toneladas de maíz diarias. Dos días an-

La batalla de Tenochtitlán

Aunque los aztecas utilizaron armas y tácticas tradicionales, la batalla de Tenochtitlán se libró en gran medida no conforme a sus reglas, sino a las de los españoles. El rey que primero dio la bienvenida a Cortés en Tenochtitlán, Moteuczoma Xocoyotl (Moctezuma), murió a finales de junio de 1520 cuando los españoles fueron expulsados. Su hermano y sucesor, Cuitlahua, falleció a principios de diciembre del mismo año, casi un mes antes de que Cortés regresara, por lo que fue su joven sobrino, Cuauhtemoc, con quien los españoles se enfrentaron durante la batalla de Tenochtitlán. Inmersos en una considerable confusión política, los aztecas se retiraron a Tenochtitlán, atacando a los españoles y sus aliados con canoas.

En los primeros cuatro meses, los españoles lucharon en el valle y sus alrededores, aislando Tenochtitlán de sus tributarios y luego lanzando un asalto combinado naval-terrestre. Con 13 bergantines construidos en el valle, tripulado cada uno por 25 soldados y un falconete, los españoles y sus aliados aislaron a la ciudad de los suministros que les llegaban en canoas y destruyeron su acueducto de agua dulce. Después tres ejércitos atacaron las calzadas principales que conectaban la ciudad insular con la orilla del lago. Cada ejército tenía unos 200 españoles y, según se cree, unos 25.000-30.000 aliados indios. Mientras los bergantines repelían los ataques de las canoas aztecas, los tres ejércitos lucharon durante tres meses, avanzando y retrocediendo, por las calzadas. Los proyectiles españoles destrozaban las barricadas y las formaciones enemigas, permitiéndoles avanzar, aunque los contraataques aztecas hacían retroceder sus fuerzas desprotegidas en un vaivén a lo largo de unas calzadas que limitaban la cantidad que los aztecas podían concentrar, pero también entorpecían a los lanceros españoles a caballo. Con cada victoria española, los aliados indios se congregaban bajo sus estandartes, y los abandonaban igual de rápido con cada triunfo azteca. Pero al final, los defensores flaquearon, aunque nunca se dieron por vencidos, hasta que las fuerzas españolas alcanzaron la ciudad, arrasándola a su paso, y los hambrientos aztecas se rindieron el 13 de agosto de 1521. La victoria fue un triunfo de la voluntad sobre la realidad, pues, del principio al fin de la batalla, los españoles sumaron menos del 1 por 100 de las fuerzas desplegadas contra los aztecas.

Representación del dominico Diego Durán de Cortés asediado en Tenochtitlán antes de que tuviesen lugar los principales acontecimientos de la batalla.



tes de la salida del ejército, se enviaban corredores para alertar a las ciudades situadas a lo largo de la ruta de marcha para que reuniesen los suministros, que el ejército recogería al pasar, lo que daba a los aztecas un mayor radio de acción que cualquier otra ciudad en Mesoamérica.

Sin embargo, los costes de desplazar un ejército eran abrumadores y habitualmente se enviaban fuerzas más reducidas para campañas largas, lo que acababa generando cierto equilibrio con ciudades grandes situadas a bastante distancia. Y las fortificaciones complicaban esta situación, porque los cercos consumían rápidamente sus víveres y las máquinas de asedio ya no se podían utilizar. Pero refugiarse detrás de las fortificaciones no era habitual, pues, aunque los muros no se quebrantasen o escalasen, los campos y las aldeas del entorno, de los que dependía la ciudad, quedaban expuestos a la destrucción.

Si bien las batallas contra ciudades-Estado normalmente resultaban decisivas cuando tenían lugar cerca de la ciudad, y la victoria significaba la captura mientras que la derrota implicaba volver en otra ocasión, contra confederaciones e imperios la cosa era más difícil. Sus ejércitos podían enfrentarse a los aztecas en sus fronteras, con lo que la derrota sólo suponía perder ese lugar periférico. El enemigo podía retirarse al interior, donde los aztecas no disponían de apoyo logístico y no podían continuar. Así que la conquista de entidades políticas constituidas por muchas ciudades implicaba un lento y costoso proceso de ir mellando los límites.

La perspectiva de guerras prolongadas con pocas ganancias inmediatas era, sin embargo, problemática para un imperio en el que la pérdida de tributos amenazaba el poder del rey. Por ello más que jugárselo todo a una victoria difícil, cuando no a una derrota, los aztecas retaban a sus enemigos poderosos a guerras floridas *(xochiyaoyotl)*. Estas guerras aparentemente rituales comenzaban como demostraciones de valor entre fuerzas escogidas exactamente iguales. Si los aztecas demostraban su superioridad, sus enemigos deberían capitular y reconocer su dependencia. Pero si no lo hacían, la guerra entraría en una escalada progresiva hacia un conflicto mayor, más cruel, hasta convertirse en una guerra de desgaste. Este sistema mantenía ocupado al enemigo sin interferir en sus otras conquistas, y los aztecas iban conquistando poco a poco las ciudades circundantes, hasta que el enemigo quedaba completamente rodeado, asestando entonces golpes, menguando su fuerza y sus aliados, antes de aplastarlos completamente.

La expansión azteca continuó hasta la llegada de los españoles, incorporando la mayor parte del centro de México y llegando hasta el territorio de Guatemala sin que se apreciasen signos de debilitamiento. Sólo la confederación tlaxcalteca al este y el parcialmente cercado Imperio de tarasca al oeste plantearon obstáculos significativos.

Los españoles, sin embargo, trajeron técnicas militares nuevas que alteraron decisivamente el equilibrio reinante. Pero la conquista de México fue mucho menos suya que de sus aliados indios. La pretensión de Hernán Cortés de haber derrotado a los aztecas, que controlaban a millones de personas, con unos pocos cientos de españoles refleja su deseo de obtener el favor real y su recompensa, pero no la auténtica realidad.

Cuando Hernán Cortés avanzó hacia el interior y se enfrentó a Tlaxcala, su derrota segura era cuestión de pocos días hasta que los tlaxcaltecas decidieron aliarse con él. Inmersos en una guerra florida con los aztecas y a menos de 15 años probablemente de su derrota final, los tlaxcaltecas se dieron cuenta de que aliándose con los españoles podían derrotar a sus enemigos (véase la batalla de Tecnoctitlán, la capital azteca, en la página anterior). Aunque había pocos españoles, los tlaxcaltecas percibieron que sus armas, en especial ballestas, arcabuces, falconetes y lanceros a caballo, podían hacer la única cosa que sus propios ejércitos no eran capaces de realizar: penetrar y desorganizar el frente enemigo. Los españoles nunca fueron más de un 1 por 100 de las fuerzas alineadas contra los aztecas, incluso cuando su contingente alcanzó el millar. Fueron los 100.000 indios quienes explotaron la cuña española para derrotar a los aztecas.



BRIAN S. BAUER, ELIZABETH ARKUSH Y JOE SZYMCZAK

18 La guerra en los Andes en la Antigüedad

FECHAS CLAVE

***ca.* 3000-1800 a.C.** Primeros centros templarios monumentales (Periodo Precerámico).

***ca.* 3000 a.C.** Primeras fortalezas en el yacimiento de Ostra.

***ca.* 1800-200 a.C.** Intensificación de la agricultura y monumentos mayores (Periodo Inicial y Horizonte Antiguo).

***ca.* 1500 a.C.** Relieves de Cerro Sechín.

***ca.* 300 a.C.-300 d.C.** Fortalezas en altura en los valles costeros.

***ca.* 300-200 a.C.** Chankillo.

***ca.* 1 d.C.-700 d.C.** Moche y Nazca (Periodo Intermedio Antiguo).

600-1000 Wari y Tiahuanaco (Horizonte Medio).

1000-1400 Jefaturas guerreras (Periodo Intermedio Tardío).

***ca.* 1200-1450** Fortalezas de montaña en las tierras altas.

***ca.* 1100-1470** Imperio chimu en la costa.

1100 Comienzos de la formación del Estado inca en la región de Cuzco.

1400 El imperio Inca comienza a extenderse más allá de los Andes

1531 Los españoles llegan a la costa peruana.

1572 El último rebelde inca es capturado y ejecutado por los españoles.

Escenas de combate y de captura de prisioneros en un cuenco moche. A la izquierda, parejas de guerreros luchan con mazas y hondas. A la derecha, un guerrero victorioso golpea a su prisionero. Arriba, un guerrero lleva a un prisionero con una cuerda al cuello, acompañado por toques de caracola. La ropa del prisionero cuelga de la maza de su captor. Al contrario que en la mayoría de las representaciones, aquí los guerreros moche combaten y derrotan a enemigos que no son moches.

En los Andes, en el oeste de América del Sur, se sucedieron numerosas civilizaciones, y con ellas una larga historia de guerras, conquistas y fortificaciones. En contraste con la historia de la guerra en el Viejo Mundo, esta secuencia no se vio impulsada por revoluciones en el ámbito de la tecnología militar, como las armas de hierro o avances en técnicas de asedio, sino por cambios en la organización social: cuanto más populosas y jerarquizadas eran las sociedades, desarrollaron ejércitos más grandes, una mejor logística y nuevas maneras de imponer tributos y gobernar a los súbditos conquistados. En paralelo evolucionó un sistema muy arraigado de creencias acerca del combate, el sacrificio y los seres guerreros sobrenaturales. Las elites andinas extendieron su poder por medio de victorias militares y de violentas manifestaciones posvictoria vinculadas a estas creencias. Estos avances desembocaron finalmente en los extraordinarios logros militares de la última de las culturas andinas, los incas. Como nuestro conocimiento de las artes militares de los incas es mucho más completo que el de las culturas anteriores, le vamos a dedicar la mayor parte de este trabajo.

LOS ORÍGENES DE LA GUERRA EN LOS ANDES

Los comienzos de la guerra en los Andes pueden vislumbrarse vagamente, pero casi en el mismo momento en que los pueblos sedentarios, preagrícolas, se establecieron en la costa oeste del continente, apoyados en una rica vida marina, existen evidencias de conflictos. Hileras con pilas de piedras para lanzar defendían el yacimiento de Ostra, pequeña aldea y campo de trabajo en la costa centro-septentrional de Perú, fechada al menos en el año 3000 a.C. Más al sur, una gran muestra de restos humanos de la cultura Chinchorro, *ca.* 2000 a.C., revela niveles sorprendentemente altos de fracturas craneales por impactos de piedra –evidencia probable de guerra, puesto que los hombres tenían más lesiones.

Desde el 2000 al 500 a.C., surgieron una serie de sociedades más complejas, primero en la costa y después en las tierras altas, vinculadas a complejos monumentales de templo y palacio y con tradiciones estilísticas compartidas. Aunque la guerra no fuese tan intensa o destructiva como para que estos centros estuviesen fortificados, podemos detectar su presencia y sus usos iniciales en el ritual y la iconografía. Hondas, lanzas y propulsores fueron las armas utilizadas, y el arte rupestre indica que en esta época el arco y las flechas se emplearon tanto en la guerra como en la caza. Cabezas masculinas sin cuerpo y cuerpos de hombres sin cabeza en el yacimiento de Asia, en la costa central de Perú, señalan el comienzo de una larga tradición andina: la toma y la conservación de cabezas como trofeos, muy probablemente de enemigos muertos. Relieves que detallan de forma horrible extremidades desmembradas, cabezas cortadas y guerreros armados cubren las losas de granito macizo del templo de Cerro Sechín (*ca.* 1500 a.C.), y constituyen una afirmación poderosa de dominio militar. Imágenes de decapitadores sobrenaturales se vinculan conceptualmente al poder de sacrificar, preparando la escena para que las elites reforzaran su legitimidad con violentos alardes e imágenes.







Desde el 300 a.C. hasta el 300 d.C., las fortalezas en altura con murallas imponentes llegaron a ser comunes en los valles costeros del norte, lo que parece indicar guerra a una escala mayor y con consecuencias más graves. Aparecieron las mazas –piedras en forma de rosquilla fijadas a un mango de madera–, la primera arma especializada que no era también una herramienta de caza. Concebidas en un principio como defensa para grupos de comunidades enfrentadas entre sí, con el tiempo las fortalezas constituyeron sistemas integrados de defensa contra las incursiones procedentes de otros valles o de las tierras altas, y las necesidades defensivas deben haber sido uno de los factores de unión y de sustentación de Estados más grandes. Estos lugares fortificados raramente fueron habitados; en cambio servían para que hallasen refugio los habitantes de los poblados de las zonas inferiores. En algunos casos, como en el valle del Moche, también se situaban para bloquear el acceso a valiosas tierras de regadío, lo que parece indicar que la guerra implicaba la destrucción de cosechas o de redes de canales. Pero la gente y las tierras no fueron los únicos blancos. En el centro de la famosa fortificación de Chankillo, protegida por un triple sistema de murallas concéntricas, puertas descentradas y parapetos, y por guerreros armados con hondas y mazas, había un importante templo alineado para observaciones astronómicas: una revelación de que los lugares y estructuras sagrados fueron objetivo bélico. A pesar de sus defensas, este templo fue saqueado, probablemente por invasores victoriosos.

LA GUERRA ENTRE MOCHES Y NAZCA

La celebración de la guerra en el arte alcanzó su apogeo con la cultura moche (*ca.* 1 d.C.-700) en la costa norte de Perú. Tras un periodo de guerra y fortificaciones, los moches repelieron con éxito a los invasores de las tierras altas, unificaron los valles costeros vecinos y alcanzaron una notable prosperidad. Famosos por sus exquisitas cerámicas y trabajos en metal, los artesanos moches representaron repetidamente guerreros, batallas y el sacrificio de sus prisioneros de guerra, manifestando el carácter central que la ideología guerrera ocupaba en su cultura. En estas imágenes detalladas, el equipamiento habitual de un guerrero incluye una maza con una punta afilada en el extremo del asta; lanzas con punta de lengüeta y propulsores; un pequeño escudo redondo o cuadrado; un casco, y adornos como cimeras, guedejas y carretes en las orejas. La es-



tandarización de estas representaciones puede indicar la existencia una clase guerrera especializada.

Una vez vencido, un cautivo era despojado de sus atributos y conducido atado, desnudo y sangrando para su destino final: el sacrificio realizado por sacerdotes o dignatarios de alta graduación, que bebían su sangre de una taza. Los arqueólogos han encontrado las víctimas de estos sacrificios in situ en la cima de Huaca de la Luna, un magnífico templo de adobe; también han encontrado las riquísimas tumbas de las elites que presidían tales ritos, con los mismos atributos representados en las cerámicas.

Los arqueólogos debaten si las batallas que proporcionaban los prisioneros para el sacrificio eran combates ritualizados, puestos en escena entre miembros de la elite moche, o guerras políticas más destructivas contra extranjeros, en las que los prisioneros no eran el único resultado. En cualquier caso, las numerosas imágenes de combate y sacrificio, los monumentos en los que eran sacrificados los cautivos, y la riqueza de las elites que conducían y supervisaban estos sacrificios muestrañ el íntimo vínculo entre poder y violencia en la cultura moche.

Como los moches, la cultura nazca de la costa sur de Perú combinaba una iconografía militarista con indicios materiales de violencia, en este caso cabezas trofeo. Su representación frecuente en el arte indica su gran importancia simbólica. Las cabezas trofeo que se han recuperado arqueológicamente estaban cuidadosamente preparadas, expuestas, curadas y finalmente escondidas o enterradas. Aunque las más habituales son de hombre, también se han encontrado cabezas de mujeres y de niños. ¿Pertenecían estas cabezas trofeo a enemigos derrotados, o eran reliquias de antepasados venerados?

La razón para atribuirlas a la guerra se reforzó por el hecho de que los restos de esqueletos nazca tienen a menudo fracturas craneales indicativas de combate. Si las ca-

Arriba: Esta vasija moche representa el momento en que un guerrero lleva a su oponente cautivo. Golpeándole con una maza, su otra mano le agarra el pelo, convención artística moche para la captura de un prisionero.

Arriba. Página anterior: La fortaleza de Chankillo en el valle de Casma (320-200 a.C.). Un templo alineado con el solsticio de diciembre estaba rodeado por tres enormes murallas de hasta 8 metros de altura y 6,5 m de espesor y con parapetos. Miles de piedras de honda cubren las pendientes próximas, vestigio de la batalla final de Chankillo.

Página anterior: En el templo de Cerro Sechín en el valle de Casma (*ca.* 1500 a.C.), paneles monolíticos de granito grabados representan guerreros (abajo) y sus víctimas desmembradas (arriba). Estas imágenes debían conmemorar un conflicto singularmente importante y poco común, incluso una batalla mítica.



Izquierda: Dos víctimas de sacrificio entre las aproximadamente 70 exhumadas en la Huaca de la Luna, un templo de elaborada decoración en la capital moche. Las víctimas eran probablemente guerreros capturados: hombres jóvenes, fuertes, muchos con fracturas curadas de batallas previas, y algunos con lesiones nuevas de su reciente derrota. Fueron muertos a cuchilladas o a golpes de porra, parcialmente desmembrados y abandonados para su descomposición en la plataforma del templo, quizás para propiciar a los dioses.

Derecha: Las cabezas trofeo nazca eran preparadas minuciosamente: se abría la base de la calavera para extraer el cerebro, se perforaba un agujero en la frente para pasar un cordón por él, en ocasiones las cuencas de los ojos se rellenaban de algodón y los labios se mantenían unidos con espinas de cactus. Se estima que el 5 por 100 de la población nazca acabó como cabezas trofeo.



Abajo: Cerámicas nazca tardías como ésta muestran a los hombres de la elite vestidos con elegantes ropas y llevando cabezas trofeo, quizás un resumen visual de su poder o de su valor militar.

bezas trofeo fueron tomadas en la guerra, el hecho de que mujeres y niños fueran también objetivos da a entender que se cogían no en batallas campales sino en incursiones contra aldeas, un patrón típico de sociedades menos centralizadas. Ahora parece que los nazca estaban organizados como un conjunto de entidades locales con base en diferentes cuencas fluviales; pueden haber estado en guerra por la escasez de agua y de tierra de labor de su región.

LA GUERRA EN LAS TIERRAS ALTAS DE WARI Y TIAHUANACO

La era de de la cultura moche y nazca declinó en torno al año 600 d.C. con el ascenso de los Estados de las tierras altas de Wari y Tiahuanaco. Ambos estaban basados en capitales urbanas repletas de arte y arquitectura monumental, y en este arte y en los restos de espacios ceremoniales podemos ver la continuidad de tradiciones de valoración del guerrero y exhibiciones violentas. Guerreros y divinidades armados eran representados con frecuencia. Las cabezas trofeo se destacaban en el arte de ambas sociedades; cabezas auténticas han sido encontradas en un templo en el yacimiento Wari de Conchopata. Hay pruebas del sacrificio y desmembramiento público de las víctimas, posiblemente prisioneros de guerra, en la pirámide monumental de Akapana en Tiahuanaco. Pero ahora vemos un nuevo tipo de guerra: la conquista permanente de pueblos sometidos

lejos del centro. Wari, en particular, estableció centros administrativos a lo largo de una amplia extensión de 1.300 km en las tierras altas andinas, cuyo resultado fue más un archipiélago de nodos controlados que un imperio unificado territorialmente; el ámbito de dominio de Tiahuanaco, similar en cuanto a la falta de uniformidad, era algo más pequeño, y puede que se caracterizase más por la influencia de Tiahuanaco, que por un control absoluto.

Estos logros probablemente se consiguieron con fuerzas militares mucho más grandes y más organizadas que las que habían visto en los Andes con anterioridad. Los guerreros representados en las cerámicas wari blanden arcos y flechas o hachas, y llevan tipos variados de pintura facial y de motivos en ropas y escudos, lo que tal vez sugiere varios grados de jerarquía militar. Habría sido necesario un excelente soporte logístico para las campañas a larga distancia de Wari y para el establecimiento inicial de colonias, y es probable que en el uso de almacenes para alimentos de primera necesidad en centros provinciales, que se iba a demostrar clave en el éxito militar de los incas, los wari hayan sido pioneros; bloques de múltiples estancias pequeñas en centros wari de las tierras altas como Jargampata y Azángano se interpretan muy convincentemente como dependencias de almacenamiento. Las conquistas iniciales pueden haber sido sangrientas –restos humanos de la zona central wari en Conchopata y de un área lejana que cayó bajo su dominio muestran niveles inusitadamente altos de lesiones craneales–, pero, una vez establecido, el dominio parece que se aceptó sin prácticamente oposición, pues la mayoría de los centros provinciales de Wari y Tiahuanaco no tienen características defensivas dignas de mención.

Tanto Wari como Tiahuanaco se derrumbaron hacia el año 1000 d.C., dejando en su estela un panorama político fragmentado de pequeñas entidades de ámbito regional. La excepción fue el Estado de Chimu en la costa norte, que conservó tradiciones simbólicas alrededor del militarismo y se extendió rápidamente desde su densamente poblada capital urbana de Chan Chan en el valle de Moche hasta conquistar un imperio que abarcaba los valles costeros del norte. Pero fuera de la órbita chimu, hacia 1200 o 1300 d.C. muchas de las tierras altas andinas y de los valles altos occidentales estaban inmersos en guerras encarnizadas. Como los Estados implicados solían ser

Fortificación en altura (*ca.* 1400) al norte del lago Titicaca. Tres altas murallas protegen una aldea de alrededor de 300 casas en su interior. Dos o tres siglos después de colapso de Wari y Tiahuanaco, muchos asentamientos amurallados en altura como éste salpicaban las tierras altas andinas cuando las guerras asolaron la región con una ferocidad sin parangón.

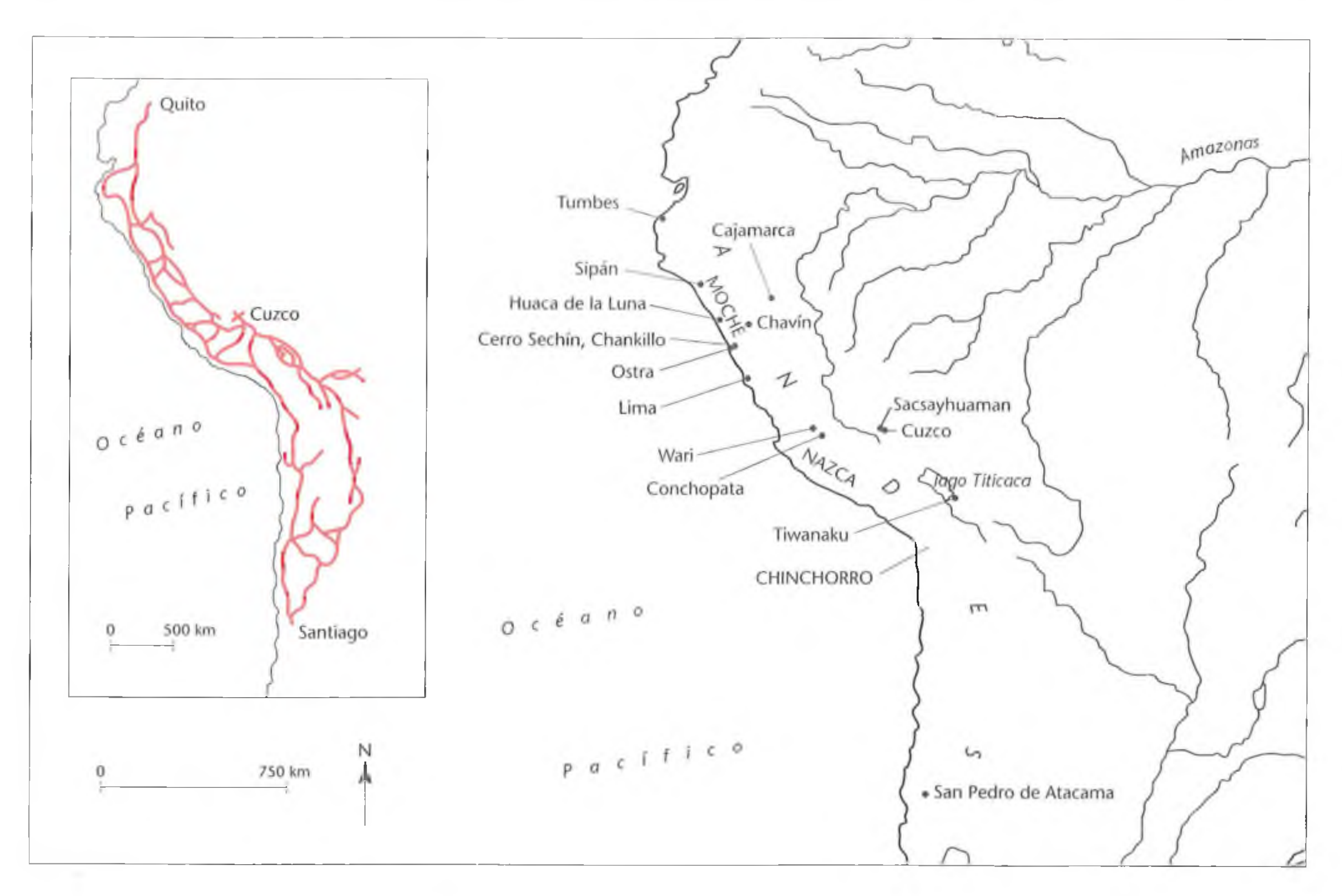


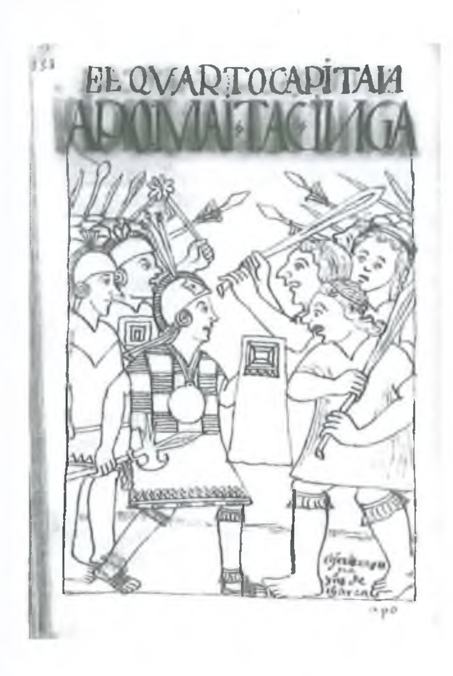
pequeños, este tipo de guerra implicaría asaltos rápidos, feroces, cuyos objetivos eran la incursión, el hostigamiento y el exterminio, más que ejércitos grandes y organizados en campañas de conquista, y no incluía cercos prolongados, a juzgar por la falta de fuentes de agua en la mayoría de las fortificaciones de las tierras altas. Sin embargo, fue la más omnipresente y destructiva de la secuencia andina, y motivó un espectacular cambio de los asentamientos hacia cumbres y cimas, defendidas frecuentemente con impresionantes fortificaciones construidas en piedra y en depósitos de piedras para hondas. La escasez de los recursos pueden ocasionar o agravar algunos conflictos, pues este periodo fue de escasas lluvias. Estos conflictos dejaron su marca en las altas tasas de fracturas craneales por heridas de honda que se encuentran en yacimientos como el de San Pedro de Atacama. Documentos de la época en que entraron en contacto con los europeos describen esta época como una etapa caótica en la que comunidades gobernadas por señores de la guerra menores rivalizaban por el control de tierras, rebaños de camélidos y reservas de grano. En estos relatos, el poder de los jefes políticos locales está estrechamente ligado a sus hazañas militares. Sin embargo, los temas iconográficos de tipo bélico de los periodos precedentes desaparecieron en su mayoría en esta época; quizá porque la guerra, convertida en parte de la vida cotidiana, perdió su encanto. Fue de este contexto de fragmentación y rivalidad de donde surgieron los incas para conquistar su imperio.

EL ASCENSO DE LOS INCAS

En el momento de su apogeo, en vísperas del contacto con los europeos, el imperio inca se extendía unos 4.000 km a lo largo del oeste de Sudamérica, con una población de al menos 6 millones de habitantes y parte importante de los actuales Ecuador, Perú, Bolivia, norte de Chile y noroeste de Argentina. El perímetro de este vasto imperio esta-

Mapa con los principales lugares mencionados en este capítulo, con el sistema de calzadas inca en un recuadro.





El autor indígena, Felipe Guamán Poma de Ayala redactó una larga carta de protesta al rey de España en 1615 que incluía un centenar de dibujos. Aquí ilustra una batalla entre tropas incas (izquierda) y las de otro grupo étnico (derecha). Ambos bandos utilizan diversos tipos de armas.

ba definido por una serie de puestos avanzados y fortificaciones. Dentro del imperio, los incas construyeron un sistema complejo de calzadas, almacenes y grandes centros administrativos para satisfacer las necesidades del Estado. Con estas infraestructuras y un sistema bien desarrollado de prestaciones de trabajo, el soberano inca podía reunir ejércitos numerosos con un simple aviso para combatir invasores o reprimir grupos étnicos rebeldes.

Las fuentes históricas y los datos arqueológicos sugieren que la incorporación y la dominación inca de los Andes comenzaron antes de finales del siglo XIV o principios del XV. Sin embargo, esta rápida expansión no se realizó en el vacío, sino que se había seguido una serie de políticas orientadas a establecer importantes alianzas que había comenzado varios siglos antes en la región de Cuzco, el núcleo tradicional del grupo étnico inca en las tierras altas. Sin embargo, una vez que la expansión se puso en marcha, ejecutada en gran medida con la fuerza militar, esta entidad política relativamente pequeña llegó a dominar a cientos de grupos étnicos dispares en cuestión de pocas generaciones.*

La ciudad de Cuzco era el centro político y religioso del imperio inca y la sede del grupo dinástico que gobernaba el reino. Tradicionalmente, se pensaba que los incas habían extendido de forma agresiva los límites geográficos de su Estado más allá de la región Cuzco durante el reinado de Pachacuti Inca Yupanqui (1438-1471). Rey guerrero de dimensiones legendarias, a Pachacuti se le atribuyó frecuentemente la reorganización de Cuzco así como sus instituciones sociales y políticas. Estas conquistas continuaron durante las siguientes tres generaciones de reyes. En el momento del contacto con los españoles, el imperio estaban en su máximo esplendor, y Huayna Capac, el biznieto de Pachacuti, estaba intentando extender el dominio inca en el norte de Ecuador y el sur de Colombia. La muerte repentina de Huayna Capac hacia 1528, las guerras de sucesión entre sus hijos Atahualpa y Huáscar por el control del imperio y la llegada de las fuerzas de Francisco Pizarro a las costas del Imperio inca marcaron el comienzo del fin de la soberanía indígena en los Andes.

Irónicamente, nuestras mejores descripciones de la guerra inca proceden de las fuerzas que los iban a transformar culturalmente. Los españoles describen muchos rasgos de la guerra inca, en buena parte porque ellos mismos tenían una larga historia de militarismo tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo. Alguna información adicional se ha conservado en raras ilustraciones, en especial las que nos proporciona Guamán Poma de Ayala, un escritor indígena que redactó una carta de 1.000 páginas al rey de España en 1615.

LOS INCAS EN GUERRA

El grueso de los ejércitos incas se reclutaba entre el conjunto de la población. El servicio militar en el imperio era parte de un sistema mucho más amplio de prestaciones de trabajo impuesto por el Estado a sus súbditos. Cada año, los numerosos grupos étnicos del imperio estaban obligados a enviar cientos, y en algunos casos miles, de individuos para trabajar para el Estado en varios cometidos, entre ellos pastores, cultivadores de coca, artesanos especialistas y, por supuesto, soldados. Con este sistema de prestación de trabajo, llamado *mita* (turno), los individuos servían al Estado durante un periodo determinado de tiempo. Una vez satisfechas las obligaciones de su servicio, eran reemplazados por otros enviados también por sus propios señores. Sin embargo, en tiempos de guerra, se hacían llamamientos adicionales a los gobernantes locales y se esperaba que proporcionasen más hombres para servir en el ejército. Si el conflicto se alargaba durante mucho tiempo, los hombres podían ser substituidos siguiendo un principio rotativo. Mientras estuviesen lejos de sus aldeas, se esperaba que los gobernantes locales y la comunidad velasen por las familias de los soldados. Sin embargo, muchos



conflictos parecen haberse limitado a la estación seca (de junio a septiembre), pues cuando llegaban las lluvias en octubre, no sólo se hacía más difícil el movimiento de los ejércitos por el terreno, sino que las masas campesinas sentían mayor apremio por regresar a sus campos.

Según todos los datos, las últimas batallas prehistóricas de los Andes fueron acontecimientos caóticos y sangrientos que tomaron la forma bien de grandes choques en terreno abierto, bien de ataques frontales sobre fortificaciones en altura. Antes de la batalla, los incas ofrecían sacrificios a santuarios, ídolos y oráculos locales para pedir su consejo. Se utilizaban espías para reunir información sobre la batalla próxima. Vestidos habitualmente como miembros del bando contrario, los espías se infiltrarían en los campamentos enemigos, proporcionando estimaciones de las fuerzas y los planes potenciales de batalla. Con este conocimiento, los incas solían organizar ejércitos mucho mayores de lo necesario. Esta estrategia estaba dirigida a aplastar al enemigo sólo



El fuerte de Sacsayhuaman domina la ciudad de Cuzco. Sus imponentes puertas, muros en zigzag y sus enormes piedras hacen de él una de las mayores construcciones de la América antigua. Los españoles y el Inca lucharon por su control durante los primeros años de la conquista.

con el número. A veces los jefes militares incas se limitaban a concentrar sus fuerzas en la frontera de un enemigo, a la espera de que esta demostración de poder militar fuese suficiente para inducir a negociar al bando opuesto.

Si las negociaciones o la intimidación fracasaban, los dos bandos se aproximaban. Los soldados insultaban a sus contrarios mientras sus señores, diferenciados claramente por sus plumas de colores y adornos de metales preciosos, se interpelaban entre sí. Estas demostraciones podían durar horas y, si ningún bando se retiraba, entablarían combate seguidamente. El conquistador Pedro Cieza de León describe una escena así en la guerra civil entre Atahualpa y Huáscar: «Comenzaron a gritar ruidosamente y a vociferar uno a otro [...] y tocaron muchos timbales, caracolas y otros instrumentos. Se insultaron [...] los de Huáscar preguntaban [a los de Atahualpa] por qué estaban siguiendo a un usurpador, a un hijo de una mujer humilde; ellos respondían a su vez que Atahualpa era el verdadero rey y que Huáscar no era digno de serlo porque estaba entregado a los placeres de Cuzco rodeado de mujeres y concubinas».

Una vez iniciado el conflicto armado, había poco control del movimiento estratégico; cada ejército esperaba vencer mediante una combinación de fuerza numérica y habilidades individuales. Aunque algunos escritores describen ataques más organizados y el uso de tropas de reserva para maniobras de flanqueo, la mayoría da a entender que los escuadrones se disolvían rápidamente en el fragor de la batalla, con tropas que luchaban individualmente. Esto podía disolver la ventaja numérica que los incas tendían a poseer y hacía a los ejércitos incas difíciles de mandar.

La formación inicial de batalla seguía líneas étnicas diferenciadas. Los líderes de confianza de los pueblos incorporados, que sabían como organizar a su gente y, más importante, hablaban su misma lengua, mandaban sus propias unidades en la batalla. Cada grupo se especializaba también en su tipo de armamento. Por ejemplo, los incas preferían cabezas de maza en estrella realizadas en piedra o bronce montadas en mangos de madera o porras de doble filo en madera de palma. La incorporación de pueblos de la Amazonía introdujo el arco y la flecha en el campo de batalla. Sin embargo, parece que, a lo largo del imperio, porras, lanzas y hondas eran el armamento más habitual.

Aunque muchas batallas tuvieron lugar en llanuras abiertas, los ejércitos incas realizaron también asaltos frontales a fortificaciones. El más famoso quizás fue dirigido por Huayna Capac durante la guerra inca-canari en Ecuador. Varios relatos históricos dan a entender que los canari se retiraron a un fuerte en altura rodeado por una serie de murallas defensivas. Se nos cuenta que después de varios intentos fallidos de tomar el fuerte, Huayna Capac ocultó a muchas de sus fuerzas y fingió una retirada como si fuese derrotado. Cuando los canari salieron para obtener provecho de su supuesta ventaja, los incas les cortaron la retirada y los empujaron hacia un lago cercano que más tarde cambió su nombre por el de Yahuar Cocha (Lago de Sangre) debido a la matanza que allí tuvo lugar.

Después de una campaña triunfal los ejércitos incas regresarían a Cuzco. Varios escritores señalan que los jefes de los ejércitos enemigos eran ejecutados y se hacía con ellos tambores o se los disecaba y se exponían públicamente. Los jefes de alta graduación que no resultaban muertos en la batalla o inmediatamente después eran llevados en desfile por la ciudad y ejecutados luego. Varios autores describen también cómo se colocaba el botín de guerra a los pies del soberano inca, que podía caminar sobre él y así reclamar la victoria como suya. Un explorador español del siglo XVI, Pedro Sarmiento, describe esta escena: «Los guerreros desfilaban sus escuadrones, vestidos con sus mejores galas, con muchas danzas y canciones. Y los cautivos apresados, con sus ojos fijos en el suelo, estaban vestidos con largas túnicas con muchas borlas. Desfilaban por las calles de la ciudad, que estaban muy bien preparadas para ello. Continuaban, volvían a proclamar las victorias y las batallas que habían ganado. Al llegar a la Casa del

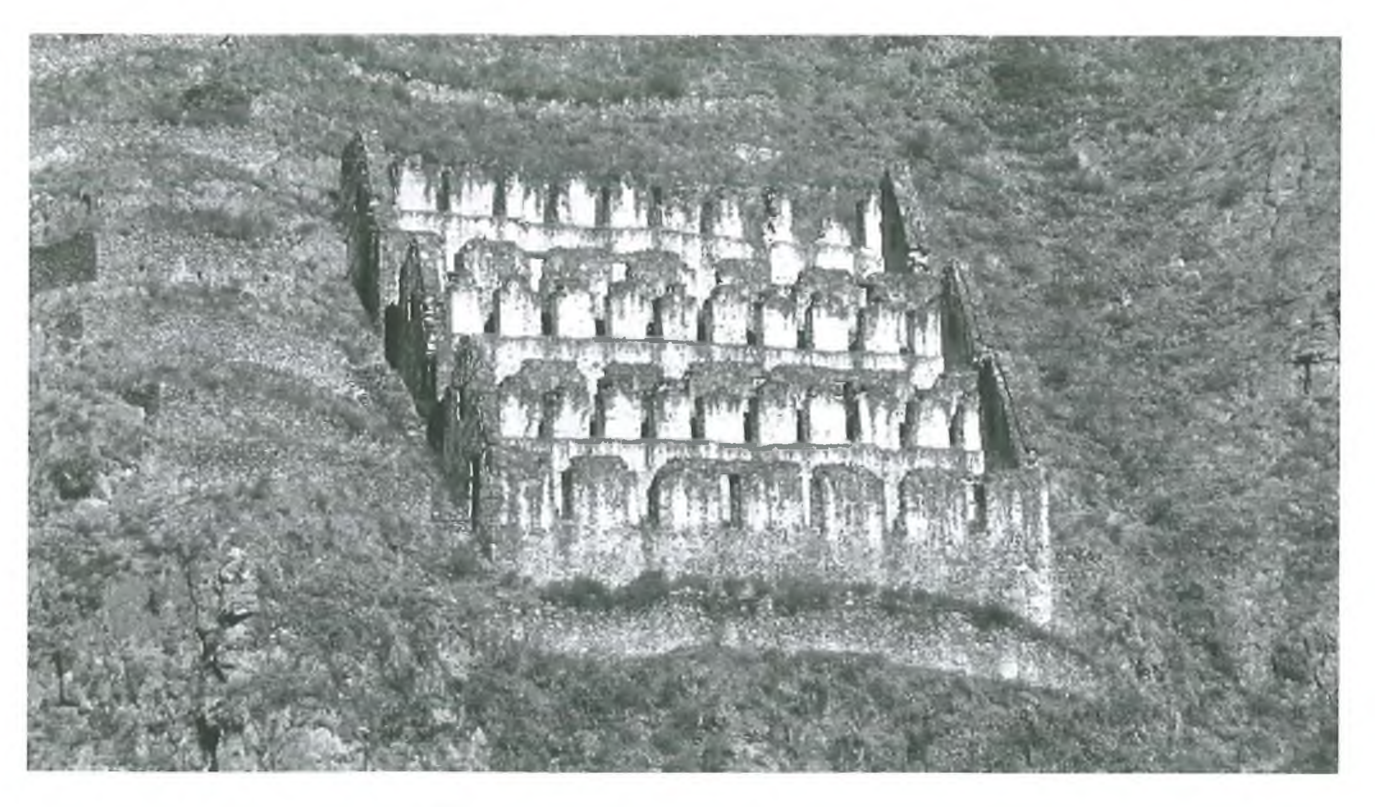
Sol, arrojarían al suelo el botín y los prisioneros, y el Inca camianría sobre ellos, pisoteándolos y diciendo: "Yo piso a mis enemigos"». Después de prolongadas celebraciones, que se dice que duraban semanas, el ejército se disolvía y los soldados podían regresar a sus aldeas, familias y campos.

APROVISIONAMIENTO Y MANTENIMIENTO DE LOS EJÉRCITOS INCAS

Ya que la logística es clave para el éxito a largo plazo de cualquier campaña militar, en especial cuando las batallas se libran lejos del territorio propio, cualquier discusión sobre el militarismo inca gira sobre su impresionante capacidad para dirigir y mantener la guerra. Aquí examinaremos dos aspectos interrelacionados de la infraestructura del imperio: su sistema de calzadas y sus instalaciones regionales de almacenamiento, los cuales desempeñaron papeles determinantes como apoyo para sus grandes ejércitos.

Aprovisionar a los soldados con alimentos y equipamiento es una de las preocupaciones esenciales de los Estados expansionistas. Las tropas consumían enormes cantidades de equipo militar, desde sandalias hasta escudos. Además, alimentar grandes ejércitos se hacía cada vez más difícil a medida que las campañas tenían lugar más y más lejos de la patria. Para afrontar estos retos, los incas desarrollaron un sistema de almacenes que abarcaba todo su imperio. Cada año se producían para el Estado grandes cantidades de excedentes agrícolas mediante el sistema de prestación de trabajo de la *mita*. Al ser pesada y voluminosa, esta comida se guardaba normalmente en almacenes en la provincia que la producía. Se construyeron miles de depósitos en las colinas que rodean los principales centros provinciales incas para guardar maíz, quinoa y patatas. Otros cientos de unidades de almacenamiento se construyeron alrededor de centros secundarios y terciarios de la administración inca. Estos vastos recursos alimenticios podían ser reclamados por los ejércitos en caso de necesidad.

También se almacenaban artículos no alimenticios para uso militar. Francisco Xerez, un componente de las fuerzas españolas de Francisco Pizarro que venció a los incas, nos ofrece un informe de primera mano de sus almacenes en la ciudad de Caja-



Gran número de almacenes se construyeron en las zonas alrededor de los grandes centros administrativos incas. Este conjunto está ubicado sobre la ciudad de Ollantaytambo, en el corazón del territorio inca, y muy probablemente guardaba excedentes agrícolas del gran sistema de terrazas situado en los valles cercanos.

Calzadas y puentes incas

Las dos calzadas más largas recorrían el imperio desde Ecuador hasta Chile. Una de ellas atravesaba el desierto costero, mientras que la otra transcurría a lo largo de la dorsal de los Andes. Varias rutas secundarias iban entre la costa y las tierras altas; otras descendían desde las tierras altas a la cuenca alta de las selvas del Amazonas. Se construyeron numerosas estaciones de posta o *tambo* a lo largo de las calzadas incas. Estos puntos de descanso incluían con frecuencia pequeños grupos de edificios así como almacenes, y proporcionaban alojamiento a los viajeros. Corredores llamados *chaski* recorrían las carreteras para llevar noticias de los comandantes del ejército y los administradores provinciales al soberano inca en Cuzco.

Para cruzar los numerosos ríos de los Andes, los incas construyeron puentes a lo largo de su red viaria. Cuando los ríos eran demasiado anchos para ser atravesados con vigas de madera, construían puentes colgantes de hierba y otras fibras. Estos puentes, los mayores colgantes de la era preindustrial, constituyen uno de los logros más impresionantes de la ingeniería inca. Los más grandes se construyeron en estrechas gargantas en valles fluviales profundamente excavados.

Varios escritores coloniales de primera hora nos cuentan que los puentes más grandes e importantes del imperio inca tenían vigilantes permanentes. En uno de sus muchos dibujos, Guamán Poma de Ayala representa a uno de estos guardas frente a un puente colgante. Los grandes carretes en sus orejas indican que es un hombre de considerable importancia en el imperio. Detrás del guarda, puede verse un viajero cruzando con una voluminosa carga. El puente está hecho de materiales entrelazados y está sujeto a plataformas de piedra.



Los guardas incas encargados de los puentes vivían cerca y guardaban siempre materiales de tejer y cuerdas confeccionadas para reparar el puente. Eran especialmente importantes durante las guerras, cuando, en tanto que puntos esenciales de control del país, eran atacados y quemados con frecuencia. Un escritor colonial de primera hora describe cómo un vigilante inca fue capaz de reconstruir un puente colgante pocos días después de que fuese destruido por fuerzas enemigas, lo que permitió al ejército inca continuar la marcha.



Arriba y a la izquierda: El puente sobre el río Pampa es uno de los mayor documentados de la red viaria inca. El diplomático y explorador norteamericano George Squier lo cruzó en 1865 y tomó dos fotografías. En una se ve la gruesa estera que cubría su suelo.

Debajo: Puente inca en un dibujo de la carta escrita por Felipe Guamán Poma de Ayala.



marca: «En esta ciudad [...] encontraron algunas casas repletas de ropas empaquetadas en balas que llegaban hasta el techo. Ellos dicen que era un depósito para suministrar al ejército. Los cristianos [es decir, los hombres de Pizarro] cogieron lo que quisieron, y aún quedaban los almacenes tan llenos que lo que cogieron parecía que continuaba allí».

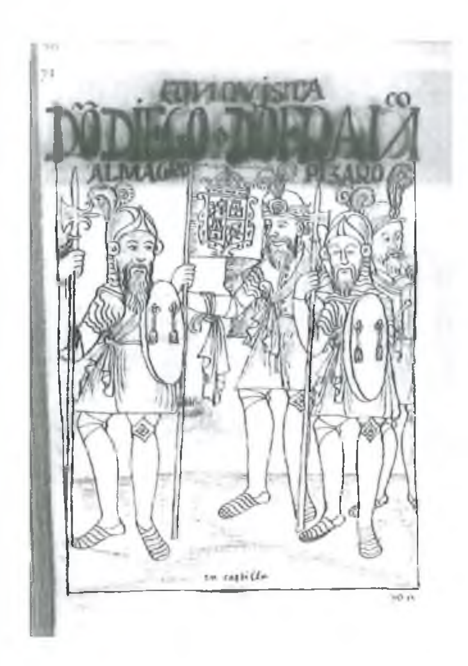
Para mover su ejército y los suministros por el accidentado territorio andino, los incas construyeron una vasta red de calzadas y puentes (véase recuadro en la página anterior). Los ejércitos españoles reservaron sus mayores elogios para estas construcciones monumentales. Cieza de León, un joven soldado español de infantería, recogió sus opiniones sobre estos logros de la ingeniería: «En la memoria de los hombres dudo que haya constancia de otro camino comparable a éste, que atraviesa profundos valles y asciende altas montañas, por entre montones de nieve, ciénagas, roca desnuda, ríos turbulentos; en algunos lugares va alisada y enlosada, trazada con esmero; en otros va sobre montañas, corta a través de la nieve; en todas partes estaba despejada y se mantenía libre de escombros, con alojamientos, almacenes, templos del Sol».

LA CONQUISTA ESPAÑOLA DE LOS INCAS

Cuando Pizarro y sus ejércitos llegaron a las costas del Perú en 1531, los incas habían forjado el mayor imperio de América. ¿Cómo hizo esta pequeña banda de soldados para derrotar al Imperio inca con su gran ejército? Muchos investigadores han subrayado las ventajas de las armas europeas y sus caballos, que desempeñaron un papel importante en la victoria en muchas escaramuzas. Sin embargo, los españoles no podrían haber infligido una derrota tan abrumadora sin otra serie de factores importantes que inclinaron la balanza de la guerra a su favor de modo definitivo. Entre ellos estaban la introducción de enfermedades europeas, las experiencias españolas previas en América y el hábil uso que hizo Pizarro de los aliados indígenas.

Cuando Pizarro llegó, el Imperio inca ya estaba tambaleándose por una serie de calamidades. La presencia europea en el continente americano, establecida en 1510, había difundido oleadas de enfermedades europeas mortíferas en la región andina aún antes de que España hubiese establecido contacto directo con los incas. De hecho, la guerra dinástica entre los dos hermanos Atahualpa y Huáscar se desató por la muerte prematura de su padre Huayna Capac en una epidemia de viruela hacia 1528. A la llegada de Pizarro al puerto de Tumbes, vio la carnicería de la guerra civil. El imperio inca estaba debilitado por la enfermedad –habían muerto ya millones de personas– y sus gobernantes estaban distraídos por las disensiones internas. La oportunidad para España no podía haber sido más casual.

Los españoles dejaron pronto la costa y avanzaron hacia la ciudad de Cajamarca donde Atahualpa, que saldría pronto victorioso en la guerra civil, estaba acampado. El Inca podría haber enviado su ejército contra los europeos, pero, en el contexto más amplio de la guerra civil, este grupo de recién llegados fue considerado más como un fastidio que como una amenaza. Atahualpa sabía también que estos mismos extranjeros habían llegado a la costa hacía unos tres años y que luego se marcharon, así que no consideró el regreso de los españoles como una amenaza a largo plazo para el imperio. Además, Atahualpa tenía curiosidad por conocer a estos extranjeros y creyó que podría ocuparse de ellos una vez que llegasen junto a su ejército. Por el contrario, Pizarro era un jefe bien aguerrido al frente de unas fuerzas expedicionarias en América y sabía de las tácticas exitosas que Hernán Cortés había empleado en la conquista de los aztecas en 1519 (véase el recuadro en la página 292). Entre las más importantes maniobras de Cortés estaba la captura y el prolongado rescate de Moctezuma, que proporcionó tiempo a los conquistadores para afirmar su posición en el imperio. Una situación similar se iba a presentar en Cajamarca y Pizarro sacó toda la ventaja de la misma.



Francisco Pizarro llegó a las costas de Perú en 1531 y capturó rápidamente al soberano inca Atahualpa en la ciudad andina de Cajamarca. Los españoles tenían armas mejores, pero la caída de los incas se agravó por la introducción de las enfermedades europeas, el conocimiento del proceder de Cortés con los aztecas, y el hábil uso que Pizarro hizo de los aliados indígenas.

La guerra entre los españoles y los incas comenzó con un golpe de mano. Atahualpa, ciego ante las verdaderas intenciones de los españoles, entró en la plaza de Cajamarca escasamente preparado. Su guardia real y buena parte de los más altos funcionarios del imperio que lo acompañaban fueron asesinados, y Atahualpa cayó víctima de la audacia de Pizarro. Con el inca prisionero, Pizarro ganó un tiempo valioso para saquear el imperio, esperar nuevas fuerzas que llegasen desde la costa y establecer contactos con sus rivales al trono.

El rescate del Inca, fijado en una habitación llena de oro y dos de plata, tardó muchos meses en reunirse. Durante este tiempo, Pizarro envió expediciones a Cuzco y Pachacamac, un oráculo en la costa central, que proporcionaron a los españoles un mejor conocimiento del imperio. El retraso también dio tiempo para que la noticia de la captura de Atahualpa se difundiese por el imperio. Cuando Pizarro reanudó su marcha hacia Cuzco, ocho meses después, no sólo había sido ejecutado Atahualpa, sino que su general más importante, Calcuchima, se había dejado apresar para hablar con su soberano.

Buena parte del avance español hacia Cuzco se realizó sin obstáculos y además en el camino utilizaron las vastas redes de almacenes creados por los incas para abastecer a su propio ejército. La muerte de Atahualpa dio también a muchos grupos indígenas la oportunidad de aliarse con los españoles, así que sus fuerzas se incrementaban a medida que recorrían el país. La ayuda proporcionada por los canari y los chacapoya, pueblos derrotados recientemente por los incas, fue tan importante que la corona española concedió a sus descendientes un estatus de exención de impuestos.

Cuando los españoles entraron en Cuzco, fueron considerados liberadores de la ciudad, que había sido ocupada por fuerzas de Atahualpa. Para asegurar su posición en la capital, los españoles nombraron inmediatamente a Manco Inca, uno de los pocos hijos de Huayna Capac que sobrevivió a las guerras civiles, para que actuase como soberano del reino. La coronación de Manco Inca no sólo elevó más a los españoles en la consideración de la elite de Cuzco sino que aseguró la adhesión del resto del imperio.

La coalición entre Manco Inca y Pizarro se derrumbó tres años después, en 1536, pero por entonces miles de españoles habían llegado a Perú y se había establecido una nueva capital (Lima) en la costa. Aunque los descendientes de Manco Inca continuaron la resistencia armada contra los españoles hasta 1572, finalmente fracasaron. Sin acceso directo a los antiguos ejércitos imperiales y a la compleja infraestructura del Estado, y debilitados por décadas de despoblación y alianzas rivales con los españoles, las fuerzas leales a los anteriores soberanos fueron incapaces de alterar la marea del cambio histórico.

Lecturas complementarias

INTRODUCCIÓN Y FUENTES GENERALES

BRADFORD, A. S., *With Arrow, Sword and Spear: A history of warfare in the ancient world,* Westport, CT, 2001.
CARMAN, J. y HARDING, A., *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives,* Stroud, 1999.
CONNOLLY, P., *Greece and Rome at War,* Londres, 1981.
DAWSON, D., *The Origins of Western Warfare: militarism and morality in the ancient world,* Oxford, 1996.
FERRILL, A., *The Origins of War from the Stone Age to Alexander the Great,* Londres, 1985.
GARLAN, Y., *War in the Ancient World: a social history,* Londres, 1976.
LLOYD, A. B. (ed.), *Battle in Antiquity,* Londres, 1996.
RAAFLAUB, K. y Rosenstein, N. (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds,* Cambridge, Mass., 1999.
SABIN, P.; VAN WEES, H. y WHITBY M. (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare,* 2 vols, Cambridge, 2007.
SIDEBOTTOM, H., *Ancient Warfare: a very short introduction,* Oxford, 2004.
YADIN, Y., *The Art of Warfare in Biblical Lands,* Londres, 1963.

LA GUERRA ANTES DE LA HISTORIA

ARKUSH, E. N. y ALLEN M. W. (eds.), *The Archaeology of Warfare. Prehistories of raiding and conquest,* Gainesville, 2006.
GUILAINE, J. y ZAMMIT, J., *Origins of War: Violence in Prehistory,* Oxford, 2005.
KEELEY, L. H., *War Before Civilization,* Oxford, 1996.
KELLY, R., *Warless Societies and the Origins of War,* Ann Arbor, 2000.
KRISTIANSEN, K. y LARRSON, T. B., *The Rise of Bronze Age Society. Travels, transmissions and transformations,* Cambridge, 2005.
LEBLANC, S. A. y REGISTER, K. E., *Constant Battles: the myth of the peaceful, noble savage,* Nueva York, 2003.
MARTIN, D. L. y FRAYER, D. W. (eds.), *Troubled Times: Violence and warfare in the past,* Langhorne, PA, 1997.
OTTERBEIN, K., *How War Began,* College Station, TX, 2004.
PARKER PEARSON, M. y THORPE, I. J. N. (eds.), *Warfare, Violence and Slavery in Prehistory: proceedings of a Prehistoric Society conference at Sheffield University,* BAR International Series 1374, 2005.
TACON, P. y CHIPPINDALE, C., «Australia's Ancient Warriors: changing depictions of fighting in the rock art of Arnhem Land, N.T.», *Cambridge Archaeological Journal* 4/2 (1994), pp. 211-248.
WENDORF, F. «Site 117: a Nubian Final Palaeolithic graveyard near Jebel Sahaba, Sudan», en *The Prehistory of Nubia,* vol. II, Dallas, 1968, pp. 954-995.

LA GUERRA EN EL ANTIGUO EGIPTO

DAVIES, W. V., *Catalogue of Egyptian Antiquities in the British Museum, VII: Tools and weapons,* 1. *Axes,* Londres, 1987.
EMERY, W. B., SMITH H. S. y MILLARD, A., *The Fortress of Buhen: the archaeological report,* Londres, 1979.
GOEDICKE, H. (ed.), *Perspectives on the Battle of Kadesh,* Baltimore, 1985.
LANDSTRÖM, B., *Ships of the Pharaohs,* Londres, 1970.
LITTAUER, M. A. y Crouwel, J. H., *Chariots and Related Equipment from the Tomb of Tut`ankhamun,* Oxford, 1985.
MCLEOD, W. E., *Composite Bows from the Tomb of Tut`ankhamun,* Oxford, 1970.
MORRIS, E., *The Architecture of Imperialism: military bases and the evolution of foreign policy in Egypt's New Kingdom,* Leiden, 2005.
MURNANE, W. J., *The Road to Kadesh: a historical interpretation of the battle reliefs of King Sety I at Karnak,* Chicago, 1985.
SCHULMAN, A. R., *Military Rank, Title and Organization in the Egyptian New Kingdom,* Berlín, 1964.
SHAW, I., *Egyptian Warfare and Weapons,* Princes Risborough, 1991.
SPALINGER, A. J., *Aspects of the Military Documents of the Ancient Egyptians,* Yale, 1982.
—, *War in Ancient Egypt,* Oxford, 2004.

LA GUERRA EN EL PRÓXIMO ORIENTE ANTIGUO

BEAL, R. H. *The Organisation of the Hittite Military,* Heidelberg, 1992.
DALLEY, S. M. «Foreign Chariotry and Cavalry in the Armies of Tiglath-Pileser III and Sargon II», *Iraq* 47 (1985), pp. 31-48.
—, *Mari and Karana: two Old Babylonian cities,* Londres, 1984.
HEIMPEL, W., *Letters to the King of Mari: a new translation,* Winona Lake, 2003.
LITTAUER, M. A. y CROUWEL, J. H., *Wheeled Vehicles and Ridden Animals in the Ancient Near East,* Leiden, 1979.
MALBRAN-LABAT, F., *L'armée et l'organisation militaire de l'Assyrie: d'après les lettres des Sargonides trouvées à Ninive,* Genève, 1982.
NISSEN, H. J., *The Early History of the Ancient Near East 9000–2000 BC,* Londres, 1988.
POSTGATE, J. N. «The Assyrian army at Zamua», *Iraq* 62 (2000), pp. 89–108.
—, *Early Mesopotamia: society and economy at the dawn of history,* Londres, 1992.
ROUX, G., *Ancient Iraq,* Harmondsworth, 31992.
STILLMAN, N. R. y TALLIS, N., *Armies of the Ancient Near East 3000 bc-539 bc,* Devizes, 1984.
USSISHKIN, D., *The Conquest of Lachish by Sennacherib,* Tel Aviv, 1983.
VAN DE MIEROOP, M., *A History of the Ancient Near East, c. 3000-323 bc.,* Malden, 2003.

EL PODER DEL IMPERIO PERSA

BITTNER, S. *Tracht und Bewaffnung des persischen Heeres zur Zeit der Achaimeniden,* München, 1985.
BRIANT, P., *From Cyrus to Alexander: A History of the Persian Empire,* trad. de P. T. Daniels, Winona Lake, IA, 2002.
COOK, J. M., *The Persian Empire,* Londres, 1983.
CURTIS, V., SARKHOSH y STEWART, S. (eds.), *Birth of the Persian Empire,* vol. 1, Londres y Nueva York, 2005.
HEAD, D., *The Achaemenid Persian Army,* Stockport, 1992.
OLMSTEAD, A. T., *A History of the Persian Empire,* Chicago, 1948.
RAHE, P., «The Military Situation in Western Asia on the eve of Cunaxa», *American Journal of Philology* 101 (1980), pp. 79–96.
SEKUNDA, N. V. «Achaemenid Military terminology», *Archäologisches Mitteilungen aus Iran* 21 (1988), pp. 69–77.
—, «The Persians», en J. Hackett (ed.), *Warfare in the Ancient World,* Londres, 1989, pp. 82-103.
SEKUNDA, N. V. y CHEW, S., *The Persian Army 560-330 bc,* Londres, 1992.
TUPLIN, C., «Xenophon and the Garrisons of the Achaemenid Empire», *Archäologisches Mitteilungen aus Iran* 20 (1987), pp. 167-245.

LA GUERRA MINOICA Y MICÉNICA

CROUWEL, J., «Fighting on Land and Sea in Late Mycenaean times», en R. Laffineur y J. Driessen (1999), pp. 455-464.
DICKINSON, O., *The Aegean Bronze Age,* Cambridge, 1994.
DRIESSEN, J., «The Archaeology of Aegean Warfare», en R. Laffineur y J. Driessen (1999), pp. 11–20.
FITTON, J. L., *Minoans,* Londres, 2002.
LAFFINEUR R. y DRIESSEN, J. (eds.), *Polemos, Le contexte guerrier en égée à l'âge du bronze, Aegaeum 19,* Liege, 1999.
MOLLOY, B. (ed.), *The Cutting Edge: archaeological studies in combat and weaponry,* 2007.
NIEMEIER W-D., «Mycenaeans and Hittites in War in Western Asia Minor», en R. Laffineur y J. Driessen (1999), pp. 141-156.
PEATFIELD, A., «The Paradox of Violence: weaponry and martial art in Minoan Crete», en R. Laffineur y J. Driessen (1999), pp. 67-74

LA GUERRA EN LA GRECIA ARCAICA Y CLÁSICA

ANDERSON, J. K., *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon,* Berkeley, 1970.
GABRIELSEN, V., *Financing the Athenian Fleet,* Baltimore, 1994.
GARLAN, Y., *War in the Ancient World: a social history,* Londres, 1975.
GREENHALGH, P., *Early Greek Warfare,* Cambridge, 1973.
HANSON, V. D., *The Western Way of War,* Londres, 1989.
—, *Warfare and Agriculture,* Berkeley, ²1998.
— (ed.), *Hoplites: the classical Greek battle experience,* Londres, 1991.
HUNT, P., *Slavery, Warfare and Ideology in the Greek Historians,* Cambridge, 1998.
LENDON, J. E., *Soldiers and Ghosts: a history of battle in classical antiquity,* New Haven y Londres, 2005.
MORRISON, J.; Coates J. y Rankov, B., *The Athenian Trireme,* Cambridge, ²2000.
RAWLINGS, L., *The Ancient Greeks at War,* Manchester, 2007.
RICH, J. y SHIPLEY, G. (eds.), *War and Society in the Greek World,* Londres, 1993.
SABIN, P., VAN WEES, H. y WHITBY, M. (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare,* Cambridge, 2007.
SNODGRASS, A. M., *Arms and Armour of the Greeks,* Baltimore, ²1999.
SPENCE, I., *The Cavalry of Classical Greece: a social and military history,* Oxford, 1991.
TRUNDLE, M., *Greek Mercenaries: from the late archaic period to Alexander,* Londres, 2004.
VAN WEES, H., *Greek Warfare: myths and realities,* Londres, 2004.
— (ed.), *War and Violence in Ancient Greece,* Londres y Swansea, 2000.

ALEJANDRO MAGNO Y LA GUERRA HELENÍSTICA

BAR KOCHVA, B., *The Seleucid army,* Cambridge, 1976.
—, *Judas Maccabaeus: the Jewish struggle against the Seleucids,* Cambridge, 1989.
BOSWORTH, A. B., *Conquest and Empire: the reign of Alexander the Great,* Cambridge, 1988.
CARTLEDGE, P., *Alexander the Great: the hunt for a new past,* Londres, 2004.
CHANIOTIS, A., *War in the Hellenistic World,* Oxford, 2005.
HAMMOND, N. G. L. y GRIFFITH, G. T., *A History of Macedonia II,* Oxford, 1979.
HOLT, F., *Into the Land of Bones: Alexander the Great in Afghanistan,* Berkeley, 2005.
LANE FOX, R. J., *Alexander the Great,* Londres, 1977.
MARSDEN, E. W., *Greek and Roman Artillery: historical development,* Oxford, 1969.
MCNICOLL, A. W., *Hellenistic Fortifications from the Aegean to the Euphrates,* Oxford, 1997.
MORRISON, J. S., *Greek and Roman Oared Warships 399-30 bc.,* Oxford, 1996.
WALBANK, F. W., *A Historical Commentary on Polybius,* 3 vols., Oxford, 1957-1979.
WALBANK, F. W.; ASTIN, A. E.; FREDERIKSEN, M. W. y OGILVIE R. M. (eds.), *The Cambridge Ancient History,* vol. 7/1, Cambridge, 1984.

LOS EJÉRCITOS DE LA ROMA REPUBLICANA

CORNELL, T., *The Beginnings Of Rome: Italy and Rome From the Bronze Age to the Punic Wars, c. 1000-263 bc.,* Londres, 1995.
ECKSTEIN, A. M., *Senate and General: individual decision making and Roman foreign relations, 264-194 bc.,* Berkeley y Los Ángeles, 1987.
—, «Conceptualizing Roman Imperial Expansion under the Republic: An Introduction», en N. Rosenstein y R. Morstein-Marx (eds.), *A Companion to the Roman Republic, 567-89,* Malden, MA, 2006.
ERDKAMP, P., *Hunger and the Sword: warfare and food supply in Roman Republican warfare (264–30 bc.),* Ámsterdam, 1998.
GOLDSWORTHY, A., *The Roman Army at War, 100 bc-ad 200,* Oxford y Nueva York, 1996.
HARRIS, W. V., *War and Imperialism in Republican Rome, 327-70 bc,* Oxford y Nueva York, 1979.
HOLMES, T., *Rice. The Roman Republic and the Founder of the Empire,* Oxford, 1923.
KEPPIE, L., *The Making of the Roman Army: from Republic to Empire,* Londres, 1984.
LAZENBY, J. F., *Hannibal's War: a military history of the Second Punic War,* Warminster, 1978.
—, *The First Punic War: a military history,* Stanford, 1996.
MCCALL, J., *Cavalry of the Roman Republic: cavalry combat and elite reputations in the Middle and Late Republic,* Londres y Nueva York, 2002.
ROSENSTEIN, N., *Rome at War: farms, families, and death in the Middle Republic,* Chapel Hill, 2004.

LAS CULTURAS GUERRERAS CELTAS E ÍBERAS

ARNOLD, B., «Power Drinking in Iron Age Europe», *British Archaeology* 57 (2001), pp. 12-19.
BERRESFORD ELLIS, P., *Celt and Greek,* Londres, 1997.
CHADWICK, N., *The Celts,* Harmonsworth, 1991.
CHAMPION, T. C. y MEGAW, J. V. S. (eds.), *Settlement and Society: aspects of west European prehistory in the first millennium bc,* Leicester, 1985.
COLLIS, J., *Oppida: earliest towns north of the Alps,* Sheffield, 1984.
CUNLIFFE, B., *The Ancient Celts,* Oxford, 1997.
GREEN, M. (ed.), *The Celtic World,* Londres, 1996.
JAMES, S., *Exploring the World of the Celts,* Londres, 1993.
MORET, P. y QUESADA SANZ, F. (eds.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a.C.),* Madrid, 2002.
RANKIN, H. D., *Celts in the Classical World,* Londres, 1987.
RAWLINGS, L. «Celts, Spaniards and Samnites: Warriors in a Soldier's War», en T. Cornell, B. Rankov y P. Sabin (eds.), *The Second Punic War-A Reappraisal,* Londres, 1996, pp. 81–117.
—, «Caesar's portrayal of Gauls as Warriors», en K. Welch y A. Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter: the war commentaries as political instruments,* Londres y Swansea, 1998, pp. 171–192.
RITCHIE, W. F. y RITCHIE, J. N. G., *Celtic warriors,* Princes Risborough, 1985.
ROYMANS, N., *Tribal Societies in Northern Gaul: an anthropological perspective,* Cingula 12, 1990.
VV. AA., *The Celts, Catalogue of the Exhibition in Palazzo Grassi,* Milan, 1991.

LA GUERRA ENTRE LOS PARTOS Y LOS SASÁNIDAS

BROSIUS, M., *The Persians: an introduction,* Londres, 2006.
CURTIS, J., *Ancient Persia,* Londres, 1989.
CURTIS, V. SARKHOSH y STEWART, S. (eds.). *The Age of the Parthians. The Idea of Iran,* vol. 2, Londres, 2007.
DODGEON, M. H. y LIEU, S. N. C., *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars (AD 226-363). A documentary history,* Londres, 1991.
GREATREX, G. y LIEU, S. N. C., *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars. Part II, AD 363–628,* Londres, 2002.
JAMES, S., *Excavations at Dura Europos 1928-1937. Final report VII, the arms and armour and other military equipment,* Londres, 2003.
WIESEHOFER, J., *Ancient Persia: from 550 bc to ad 650,* Londres, 1996.
WHEELER, E. L., «Why the Romans can't defeat the Parthians: Julius Africanus and the strategy of magic», en W. Greonmann van Waateringe, B. L. van Beek, W. J. H. Willems y S. L. Synia (eds.), *Roman Frontier Studies 1995. Proceedings of the XVIth Congress of Roman Frontier Studies,* Oxford, 1997, pp. 575-579

LA GUERRA EN LA ROMA IMPERIAL

BISHOP, M. C. y COULSTON, J. C. N., *Roman Military Equipment from the Punic Wars to the Fall of Rome,* Oxford, 2006.
BREWER, R. J. (ed.), *Roman Fortresses and their Legions,* Londres, 2000.
CAMPBELL, B., *The Emperor and the Roman Army, 31 bc–ad 235,* Oxford, 1984.
—, *The Roman Army 31 bc–ad 337. A sourcebook,* Londres, 1994.
—, *Warfare and Society in Imperial Rome, c. 31 bc–ad 230,* Londres, 2002.
COULSTON, J. C. N., «The archaeology of Roman conflict», en P. W. M. Freeman y A. Pollard (eds.), *Fields of Conflict: progress and prospect in battlefield archaeology,* Oxford, 2001, pp. 23–49.
FARNUM, J. H., *The Positioning of the Roman Imperial Legions,* Oxford, 2005.
GILLIVER, C. M., *The Roman Art of War,* Londres, 1999.
GOLDSWORTHY, A. K., *The Roman Army at War, 100 bc–ad 200,* Oxford, 1996.
—, *The Complete Roman Army,* Londres, 2003.
KEPPIE, L., *The Making of the Roman Army from Republic to Empire,* Londres, 1998.
MAXFIELD, V., *The Military Decorations of the Roman Army,* Londres, 1981.
SADDINGTON, D., *The Development of the Roman Auxiliary Forces from Caesar to Vespasian (49 bc-ad 79),* Harare, 1982.
SPAUL, J., *Ala 2: the auxiliary cavalry units of the Pre-Diocletianic Imperial Roman Army,* Andover, 1994.
—, *Cohors 2: the evidence for and a short history of the auxiliary infantry units of the Imperial Roman Army,* Oxford, 2000.
WATSON, G. R., *The Roman Soldier,* Londres, 1969.
WEBSTER, G., *The Roman Imperial Army of the First and Second Centuries ad,* Londres, 1986.

ROMA Y LOS BÁRBAROS

BLOCKLEY, R. C. «Warfare and Diplomacy», en *The Cambridge Ancient History,* vol. 13, Cambridge, 1998, pp. 411-436.
ELTON, H., *Warfare in Roman Europe: ad 350-425,* Oxford, 1996.
HOFFMANN, D., *Das spätrömische Bewegungsheer und die Notitia Dignitatum,* Düsseldorf, 1969.
JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire,* Oxford, 1964.
LEE, A. D., «The Army», en *The Cambridge Ancient History,* vol. 13, Cambridge, 1998, pp. 211-237.
NICASIE, M., *Twilight of Empire,* Ámsterdam, 1998.
SHAW, B. D. «War and Violence», en G. Bowersock *et al., Interpreting Late Antiquity,* Cambridge, Mass., 2001, pp. 130-169.
WHITBY, M., «The Army c. 420-602», en *The Cambridge Ancient History,* vol. 14, Cambridge, 2000, pp. 286-314

ASIA CENTRAL DESDE LOS ESCITAS HASTA LOS HUNOS

BARFIELD, T. J., *The Perilous Frontier: nomadic empires and China, 221 bc to ad 1757,* Oxford, 1989.
BRAUND, D. (ed.), *Scythians and Greeks: cultural interactions in Scythia, Athens and the early Roman Empire (sixth century bc - first century ad),* Exeter, 2005.
COULSTON, J. C. N. «Tacitus, Historiae I.79 and the impact of Sarmatian warfare on the Roman empire», en C. von Carnap-Bornheim (ed.), *Kontakt - Kooperation - Konflikt: Germanen und Sarmaten zwischen dem 1. und dem 4. Jahrhundert nach Christus,* Neumünster, 2003, pp. 415-433.
GROUSSET, R., *The Empire of the Steppes: a history of Central Asia,* New Brunswick y Londres, 2000.
HARTOG, F., *The Mirror of Herodotus: the representation of the other in the writing of history,* Berkeley, 1998.
HILDINGER, E., *Warriors of the Steppe: a military history of Central Asia, 500 bc to ad 1700,* Staplehurst, 1997.
KHAZANOV, A. M., *Nomads and the Outside World,* Madison, 1994.
MAENCHEN-HELFEN, O. J., *The World of the Huns: studies in their history and culture,* Berkeley, 1973.
PHILLIPS, E. D., *The Royal Hordes: nomad peoples of the Steppes,* Londres, 1965.
ROLLE, R., *The World of the Scythians,* Londres, 1980.
ROLLE, R.; Muller-Wille, M. y Schietzel, K., *Gold der Steppe: archäologie der Ukraine,* Schleswig, 1991.
SINOR, D. (ed.), *The Cambridge History of Early Inner Asia,* Cambridge, 1990.
SULIMIRSKI, T., *The Sarmatians,* Londres, 1970.

THOMPSON, E. A., *The Huns*, Oxford, 1996.
TORDAY, L., *Mounted Archers: the beginnings of Central Asian history*, Durham, 1997.
TRIPPETT, F., *The First Horsemen*, Amsterdam, 1974.
WRIGHT, D. C., *Peoples of the Steppe: historical sources on the pastoral nomads of Eurasia*, Needham Heights, 1998.

LA GUERRA EN ASIA MERIDIONAL

ALLCHIN, F.R. (ed.), *The Archaeology of Early Historic South Asia*, Cambridge, 1995.
CONINGHAM, R. A. E., «The antiquity of caste and the timeless nature of south Asia's subordination», en A. Reid y P. Lane (eds.), *Studies in Subordinate Archaeologies*, Leicester, 2006, pp. 50–74.
—, *Anuradhapura, vol. 2. The Artefacts. Society for South Asian Studies (British Academy)* Monograph n.º 4, Oxford, 2006.
—, «South Asia: from early villages to Buddhism», en C. J. Scarre (ed.), *The Human Past*, Londres, 2005, pp. 518-558.
—, «Contestatory urban texts or were cities in South Asia built as images», *Cambridge Archaeological Journal* 10 (2000), pp. 348-357.
ANURADHAPURA, vol. 1. *The Site. Society for South Asian Studies (British Academy)*, Monograph n.º 3, Oxford, 1999.
DANI, A. H. y MASSON, V. M. (eds.), *History of Civilizations of Central Asia*, vol. 1, Paris, 1992.
HSUAN-TSANG, Si-Yu-Ki, *Buddhist Records of the Western World*, trad. de S. Beal, Londres, 1906.
HUNTINGDON, S. y HUNTINGDON, J., *The Art of Ancient India*, Nueva York, 1985.
KENOYER, J. M., *Ancient cities of the Indus*, Oxford, 1999.
KULKE, H. y ROTHERMUND, D., *A History of India*, Londres, 1990.
MARSHALL, J. H., *Mohenjo-daro and the Indus Civilization*, Londres, 1931.
—, *A Guide to Sanchi*, Delhi, 1936.
—, *Taxila: an illustrated account of archaeological excavations*, Cambridge, 1951.
THAPAR, R., *Asoka and the Decline of the Mauryans*, Oxford, 1961.
TRAUTMANN, T. R., *Kautilya and the Arthasastra*, Leiden, 1971.
WHEELER, R. E. M., *Early India and Pakistan*, Londres, 1959.
—, *The Indus Civilization*, Cambridge, 1968.

LA GUERRA EN LA ANTIGUA CHINA

DI COSMO, N., *Ancient China and Its Enemies: the rise of nomadic power in East Asian history*, Cambridge, 2002.
GRAFF, D. A., *Medieval Chinese Warfare, 300-900*, Londres, 2002.
HSU CHO-YUN, *Ancient China in Transition: An Analysis of Social Mobility, 722-222 bc*, Stanford, 1965.
KIERMAN, F. A. Jr. (ed.), *Chinese Ways in Warfare*, Cambridge, Mass., 1974.
KOLB, R. T., *Die Infanterie im Alten China: Ein Beitrag zur Militargeschichte der Vor-Zhan-Guo Zeit*, Mainz, 1991.
LAU, D. C. y AMES, R. T., *Sun Bin: The Art of Warfare*, Nueva York, 2003.
LEWIS, M. E., *Sanctioned Violence in Early China*, Nueva York, 1990.
LOEWE, M. y SHAUGHNESSY, E. L. (eds.), *The Cambridge History of Ancient China*, Cambridge, 1999.
LOEWE, M. y D. TWITCHETT (eds.), The Cambridge History of China, vol. 1, *The Ch'in and Han Empires*, Cambridge, 1986.
LOEWE, M., *Records of Han Administration*, 2 vols, Cambridge, 1967.
MINFORD, J., *Sunzi, The Art of War*, Penguin, 2002.
NEEDHAM, J. et al., *Science and Civilisation in China*, vol. 5, part 6. Military Technology: Missiles and Sieges, Cambridge, 1994.

LA GUERRA EN LA ANTIGUA COREA Y JAPÓN

ANAZAWA, W. y MANOME, J., «Two inscribed swords from Japanese tumuli: discoveries and research on finds from the Sakitama-Inariyama and Eta-Funayama tumuli», en R. Pearson *et al.* (eds.), *Windows on the Japanese Past: studies in archaeology*, Ann Arbor, 1986, pp. 375-396.
BARNES, G. L., *The Rise of Civilization in East Asia: the archaeology of China, Korea and Japan*, Londres, 1999.
—, *Clashes of iron: armour, weaponry, and warfare in early East Asian states*. Thematic issue of the *Journal of East Asian Archaeology*, vol. 2/3-4 (2000).
—, *State Formation in Korea: historical and archaeological perspectives*, Londres, 2001.
—, *State Formation in Japan: the rise of a 4th-century ruling elite*, Londres, en prensa.
BROWN, D. M. (ed.), *Cambridge History of Japan*, vol. 1, *Ancient Japan*, Cambridge, 1993.
HUDSON, M. J., *Ruins of identity: ethnogenesis in the Japanese Islands*, Honolulu, 1999.
IMAMURA, K., *Prehistoric Japan: new perspectives on insular East Asia*, Londres, 1996.
JAMIESON, J. C., «Collapse of the T'ang Silla alliance: Chinese and Korean accounts compared», en F. Wakeman Jr. (ed.), *Nothing Concealed: essays in honor of Liu Yu-yun*, Taipei, 1970.
KANG, H., «The historiography of the King Kwanggaet'o stele», en Y. Pak y J. Yeon, *History, Language and Culture in Korea*, Londres, 2001, pp. 28-42.
KIM, J. Y., «The Kwanggaet'o stele inscription», en I. Nish (ed.), *Contemporary European writing on Japan: scholarly views from Eastern and Western Europe*, Tenterden, 1988.
KITAMURA, B., «Five kings of Wa», en *Kodansha Encyclopedia of Japan*, vol. 2, Tokio, 1983, pp. 287-288.
NELSON, S. M., *The Archaeology of Korea*, Cambridge, 1993.

MESOAMERICA DE LOS OLMECAS A LOS AZTECAS

COWGILL, G. L. «Teotihuacan, Internal Militaristic Competition, and the Fall of the Classic Maya», en N. Hammond y G. R. Willey (eds.), *Maya Archaeology and Ethnohistory*, Austin, 1974.
DE FUENTES, P., The Conquistadors: first-person accounts of the conquest of Mexico, Norman, 1993.
DIEHL, R. A. y Berlo, J.C. (eds.), *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacan ad 700-900*, Washington, 1989.
DURAN, D., *The History of the Indies of New Spain*, trad. de D. Heyden, Norman, 1994.
HASSIG, R., *Aztec Warfare: imperial expansion and political control*, Norman, 1988.
—, *War and Society in Ancient Mesoamerica*, Los Ángeles, 1992.
—, *Mexico and the Spanish Conquest*, Londres, 1994.
—, «The Collision of Two Worlds», en M. C. Meyer y W. H. Beezley (eds.), *The Oxford History of Mexico*, Oxford, 2000.
—, «The Siege of Tenochtitlan», en J. Black (ed.), *The Seventy Great Battles of All Time*, Londres, 2005.
LEON-PORTILLA, M., *The Broken Spears: the Aztec account of the conquest of Mexico*, Boston, 1966.
POHL, J., *Aztec, Mixtec and Zapotec Armies*, Londres, 1991.
SAHAGÚN, B. de., *Florentine Codex. General history of the things of New Spain. Book 12 - The Conquest of Mexico*, trad. de A. J. Anderson y C. E. Dibble, Salt Lake City, 1975.
TSOURAS, P. G., *Warlords of the Ancient Americans: Central America*, Londres, 1996.
WEBSTER, D. «Warfare and the Evolution of Maya Civilization», en R. E. W. Adams (ed.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, 1977.

LA GUERRA EN LOS ANDES EN LA ANTIGUEDAD

ARKUSH, E. N., «Collapse, Conflict, Conquest: the transformation of warfare in the late prehispanic Andean highlands», en E. N. Arkush y M. W. Allen (eds.), *The Archaeology of Warfare: prehistories of raiding and conquest*, Gainesville, 2006, pp. 286-335.
BAUER, B. S., *Ancient Cuzco: Heartland of the Inca*, Austin, 2004.
—, «Suspension Bridges of the Inca Empire», en H. Silverman y W. H Isbell (eds.), *Andean Archaeology* 3, Nueva York, 2006, pp. 468-493.
BOURGET, S. y NEWMAN, N. E., «A Toast to the Ancestors: ritual warfare and sacrificial blood in Moche culture», *Baessler Archives* N. F. (1998), pp. 85-106.
BRAM, J., *An Analysis of Inca Militarism*, Nueva York, 1941.
D'ALTROY, T. N., *The Incas*, Oxford, 2003.
DONNAN, C., *Moche Art and iconography*, Los Ángeles, 1976.
DONNAN, C. B. y CASTILLO, L. J., «Finding the Tomb of a Moche Priestess», *Archaeology* 45 (1992), pp. 38-42.
GHEZZI, I., «Religious warfare at Chankillo», en H. Silverman y W. H. Isbell (eds.), *Andean Archaeology* 3, Nueva York, 2006.
HAAS, J.; Pozorski, S. y Pozorski, T., *The Origins and Development of the Andean State*, Cambridge, 1987.
HEMMING, J., *The Conquest of the Incas*, Nueva York, 1970.
LEVINE, T. (ed.), *Inka storage systems*, Norman, 1992.
PILLSBURY, J. (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, New Haven, 2002.
ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, M., *History of the Inca Realm*, trad. de H. B. Iceland, Cambridge, 1999.
ROWE, J. H., «Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest», en J. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians*, vol. 2, *The Andean civilizations*, Washington, D.C., 1946, pp. 183-330.
SILVERMAN, H. y PROULX, D. A., The Nasca, Malden, Mass., 2002.
STANDEN, V. G. y ARRIAZA, B. T., «Trauma in the Preceramic Coastal Populations of Northern Chile: violence or occupational hazards?», *American Journal of Physical Anthropology* 112 (2000), pp. 239-249.
VERANO, J. W., «Where Do They Rest? The treatment of human offerings and trophies in ancient Peru», en T. D. Dillehay (ed.), *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, Washington, D.C., 1995, pp. 189-227.

Autores

Philip de Souza es profesor de Estudios Clásicos en el University College de Dublín, especializado en historia de Grecia y de Roma. Nació en Usk, sur de Gales y estudió Historia y Estudios Clásicos en la Universidad de Londres. Es miembro de la Royal Historical Society y es una autoridad destacada en la guerra antigua y en historia marítima. Entre sus libros más destacados están: *Piracy in the Graeco-Roman World* (1999), *Seafaring and Civilization: Maritime Perspectives on World History* (2001), *The Peloponnesian War* (2002) y *The Greek and Persian Wars* (2003). También dirigió (junto con John France) un volumen de ensayos: *Essays on War and Peace in Ancient and Medieval History* (2008).

Elizabeth Arkush se doctoró en la UCLA, donde investigó los fuertes precolombinos tardíos de los Andes meridionales. Recientemente ha coeditado *The Archaeology of Warfare: prehistories of raiding and conquest* (2006) y ha escrito sobre las dificultades de interpretación de la guerra andina. Es Assistant Professor en la Universidad de Virginia.

Gina Barnes, profesora emérita de la Universidad de Durham, es, actualmente, Professorial Research Associate en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres. Entre sus publicaciones está: *Protohistoric Yamato* (1988); The Rise of Civilization in East Asia (1999); *State Formation in Korea* (2001); y *State Formation in Japan* (2007).

Brian S. Bauer es Catedrático de Antropología en la Universidad de Illinois en Chicago. Sus investigaciones se centran en el desarrollo de sociedades complejas en las Américas y el periodo de contacto entre Europa y América. Ha publicado una docena de libros y monografías sobre la prehistoria andina, siendo su trabajo sobre los incas especialmente reconocido.

Daniel Boatright está realizando actualmente su doctorado en la Escuela de Arqueología, Estudios clásicos y Egiptología, de la Universidad de Liverpool. Su ámbito principal de investigación es la transmisión cultural de la tecnología del armamento en Egipto y el Mediterráneo Oriental durante la Edad del Bronce Final.

Robin Coningham es Catedrático de Arqueología en la Universidad de Dirham. Ha dirigido numerosas campañas arqueológicas en el sur de Asia, especialmente en la ciudadela de Anuradhapura, en Sri Lanka; el Bala Hisar de Charsadda, en Pakistán; y Tepe Pardis en Irán. Actualmente, está codirigiendo una campaña de prospección de cinco años en el entorno extramuros de Anuradhapura, y un programa de prospección y excavación en la llanura de Teherán en Irán.

Jon Coulston es profesor de Arqueología e Historia antigua en la Universidad de St. Andrews, Escocia. Su tesis doctoral versó sobre el programa escultórico de la Columna Trajana en Roma. Sus numerosas publicaciones han versado sobre el ejército romano, la guerra en la Antigüedad, el equipamiento militar, el arte romano y la ciudad de Roma.

Hugh Elton ha publicado diversas monografías sobre la guerra en el Bajo Imperio romano y las fronteras imperiales romanas; asimismo ha editado varios trabajos sobre la Galia del siglo V y el regionalismo en Asia Menor en la época helenística y romana. Su investigación actual se centra en zonas como Cilicia e Isauria en el sur de Anatolia; después de enseñar en varias universidades de Estados Unidos, fue director del Instituto Británico en Ankara desde el 2001. Desde 2006 ha estado trabajando en la Universidad de Trent, en el Departamento de Historia antigua y Estudios clásicos.

R. Brian Ferguson es antropólogo en la Universidad Rutgers, Newark, especializado en el estudio de la violencia organizada. Ha escrito sobre muchos aspectos de la guerra, incluyendo la biología de la guerra, la guerra tribal, la guerra en las civilizaciones antiguas y la violencia étnica contemporánea (véase www.newark.rutgers.edu/socant/brian.htm). Sus investigaciones actuales profundizan en la violencia letal entre los chimpancés y la violencia de bandas del crimen organizado en la ciudad de Nueva York.

Ross Hassig es un antropólogo especializado en cultura azteca. Entre sus publicaciones más importantes están: *Trade, Tribute, and Transportation: The sixteenth-century political economy of the Valley of Mexico* (1985), *Aztec Warafare: imperial expansion and political control* (1988), *War and Society in Ancient Mesoamerica* (1992), *Time, History, and Belief in Aztec and Colonial Mexico* (2001) y *Mexico and the Spanish Conquest* (2006).

Mark Manuel está realizando actualmente su doctorado en la Universidad de Durham sobre la civilización del Indo. Ha dirigido una prospección en Gujarat, en la India y ha excavado en Pompeya (Italia). Actualmente trabaja en proyectos en Anuadhapura, en Sri Lanka, y en la llanura de Teherán en Irán.

Alan Peatfield enseña arqueología griega en el University College de Dublín desde 1991. De 1986 a 1990 fue Knossos Curator de la Escuela Británica de Atenas. Es director de la excavación del santuario de Atsipades en Creta y ha publicado numerosos trabajos sobre religión minoica, artes marciales y combate en el mundo antiguo.

Charles A. Peterson fue profesor de historia de la China premoderna en la Universidad de Cornell, donde es, actualmente, profesor emérito. Sus temas de investigación han abarcado tanto la política y la administración como los asuntos militares y las relaciones exteriores, especialmente en el periodo medio chino. Sus publicaciones incluyen muchos trabajos especializados así como contribuciones a la prestigiosa *Cambridge History of China*.

David Potter, ocupa la cátedra Arthur F. Thurnau de Griego y Latín en la Universidad de Michigan y es el autor-editor de siete libros sobre Historia de Roma, incluyendo *The Roman Empire at Bay* (2004). Actualmente está escribiendo un libro sobre la guerra antigua y un manual de historia de Roma para Thames & Hudson.

Louis Rawlings es profesor de Historia antigua en la Universidad de Cardiff. Ha escrito numerosos artículos sobre la guerra en la cultura gala, íbera y cartaginesa, y es autor de la notoria obra *The Ancient Greeks at War* (2007).

Nathan Rosenstein es Catedrático de Historia en la Universidad Estatal de Ohio. Es autor de: *Imperatores Victi: Military Defeat and Aristocratic Competition in the Middle and Late Republic* (1992) y *Rome At War: farms, families, and death in the Middle Republic* (2004); así como editor (junto a Kurt Raaflaub) de: *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds: Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica* (2001) y (con Robert Morstein-Marx) de *A Companion to the Roman Republic* (2006).

Nicholas Sekunda estudió Historia antigua y Arqueología en la Universidad de Manchester, obteniendo el doctorado en 1981. Después de ocupar varios puestos de investigación en Australia y Oxford, fue profesor en Manchester antes de irse a Polonia en 1994. Actualmente es Catedrático de la Universidad de Gdansk en el Departamento de Arqueología; previamente fue profesor en la Academia Militar para la Enseñanza de Lenguas Extranjeras en Lodz, y en la Universidad de Torun.

Ian Shaw es Senior Lecturer en la Escuela de Arqueología, Estudios Clásicos y Egiptología de la Universidad de Liverpool. Sus publicaciones incluyen: *Egyptian Warfare and Weapons* (1991); *The Oxford History of Ancient Egypt* (2000) y *Ancient Egypt: a very short introduction* (2004).

Joe Szymczak es licenciado en Antropología por la Universidad de Pittsburg y máster en Humanidades por la Universidad de Illinois en Chicago. Sus intereses están centrados en la prehistoria de los Andes y en su registro arqueológico bélico.

Nigel Tallis es conservador en el Departamento del Próximo Oriente en el Museo Británico, donde muy recientemente fue codirector de la exposición *El imperio olvidado: el mundo de la antigua Persia*. Es especialista en la historia y la arqueología de la guerra en el Próximo Oriente antiguo y medieval y en los transportes por tierra y mar, en especial el desarrollo de los vehículos con ruedas y el uso del caballo.

Hans van Wees es Catedrático de Historia antigua en el University College de Londres. Es autor de: *Greek Warfare: myts and realities* (2004) y *Status Warriors* (1992), así como editor de varios volúmenes, incluyendo *War and Violence in Ancient Greece* (2000) y *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare* (2007).

Procedencia de las ilustraciones

a: arriba; b: abajo; c: centro; r: derecha; l: izquierda
1 akg-images/Nimatallah; **2** akg-images/Erich Lessing; **4–5** akg-images/Erich Lessing; **6** Egyptian Museum, Cairo; **9** Vatican Museums; **10** National Museum of Afghanistan, Kabul; **11** akg-images/Laurent Lecod; **13** National Museum of Anthropology, Ciudad de México; **14** © Pierre Colombe/Corbis; **15** National Museum, Copenhagen; **16a** Pacheco, *Estudios de arte Prehistorico*, Revista de la Real Academia de Ciencias 16, 1918; **16b** © LRMH, 1998; **18a** Landesdenkmalamt Baden-Württemberg; **18b** Schmidt; **19a** Déri Múzeum, Debrezen; **19b** Antikvarisk Topografiska Arkivet, Estocolmo; **20** © Richard A. Cooke/Corbis; **22a** © Paul C. Pet/zefa/Corbis; **22b** Seler, 1923; **23** Whites Aviation; **25a** Southern Methodist University, Dallas; **25b** Robert Layton; **26a** National Maritime Museum, Greenwich; **26b** Museum of Anthropology & Ethnology, Cambridge; **28** Jürgen Liepe; **30** Egyptian Museum, El Cairo; **31a** Egypt Exploration Society, Londres; **31b** Newberry, *Beni Hasan*, Londres, 1900; **32** © Paul Almasy/Corbis; **33** Sammlung des Ägyptologischen Instituts der Universität Heidelberg; **35** akg-images/Hervé Champollion; **37** Jürgen Liepe; **38a** © Roger Wood/Corbis; **38b** © Griffith Institute, Oxford, 2005; **39a** British Museum, Londres; **39b** Egyptian Museum, El Cairo; **40** © Griffith Institute, Oxford, 2005; **41a** Peter Bull Art Studio © Thames & Hudson Ltd, Londres; **41b** Metropolitan Museum of Art, Nueva York; **42–43** Jürgen Liepe; **42bl** Metropolitan Museum of Art, Nueva York; **44** Champollion, *Monuments de l'Egypte…*, 1835; **45** akg-images/Erich Lessing; **46** © Gianni Dagli Orti/Corbis; **48** Iraq Museum, Bagdad; **49** Photo RMN, Hervé Lewandowski; **50a** Musée du Louvre, París; **50b** Peter Bull Art Studio © Thames & Hudson Ltd, Londres; **51a&b** British Museum, Londres; **52** © Gianni Dagli Orti/Corbis; **53** Musée du Louvre, París; **54a** Iraq Museum, Bagdad; **54b&c** British Museum, Londres; **55** Peter Bull Art Studio © Thames & Hudson Ltd, Londres; **56** akg-images/Erich Lessing; **57** British Museum, Londres; **58** British Museum, Londres; **60–61** British Museum, Londres; **60** British Museum, Londres; **62** British Museum, Londres; **63** British Museum, Londres; **64** Photo RMN, Les frères Chuzeville; **66** Nicholas Sekunda; **67** Peter Bull Art Studio © Thames & Hudson Ltd, Londres (después M. B. Garrison y M. C. Root, *Persepolis Seal Studies*, Leiden, 1996); **68** American Journal of Archaeology; **69al** Ashmolean Museum, Oxford; **69ar&b** Bibliothèque Nationale de France, París; **70** University of Mississippi Museum; **71a** Staatliche Antikensammlungen und Glyptothek, Múnich; **71c** Nicholas Sekunda; **71b** bpk/Ethnologisches Museum, Staatliche Museen zu Berlin; **72al** Franz Georg Maier, *Alt-Paphos auf Cypern*, 1984, pl.II, 3; **72ar** Universität Zürich; **73a** Ashmoleon Museum, Oxford; **73bl** State Hermitage Museum, San Petersburgo; **73br** Dura Europos Collection, Yale University Art Gallery, New Haven; **74al** University of Tubingen, Institute of Archaeology; **74ar** akg-images/John Hios; **74b** Oriental Institute, University of Chicago; **75a** British Museum, Londres; **75b** © Gianni Dagli Orti/Corbis; **76** Ashmolean Museum, Oxford; **78** Nicholas Sekunda; **79a** British Museum, Londres; **79b** akg-images/Erich Lessing; **80l** Antikensammlungen, Staatliche Museen zu Berlin; **80r** Private Collection, Basel; **81a** Peter Bull Art Studio © Thames & Hudson Ltd, Londres; **81b** Cortesía de Professor Machteld Mellink; **82** British Museum, Londres; **83a** C. Texier, *Description de l'Asie Mineure*, París, 1849; **83b** Cortesía de Hector Catling; **84** akg-images/Peter Connolly; **85a** State Hermitage Museum, San Petersburgo; **85b** Dr Marius Mielczarek; **86** National Museum, Atenas; **87** Metropolitan Museum of Art, Nueva York; **88** National Museum, Atenas; **89l&c** National Museum, Atenas; **89b** Heraklion Museum; **90a** Alan Peatfield; **90bl** Heraklion Museum; **90bc&br** National Museum, Atenas; **91a&b** National Museum, Atenas; **92** Mycenae Archive: Piet de Jong; **93a** National Museum, Atenas; **93b** Alan Peatfield; **94a&b** National Museum, Atenas; **96** National Museum, Atenas; **97a** akg-images/Peter Connolly; **97b** DAI, Atenas; **98** National Museum, Atenas; **99al** National Museum of Denmark, Copenhagen; **99ar** Archaeological Museum, Volos; **100** akg-images/Erich Lessing; **103** akg-images/Peter Connolly; **104** Antikensammlungen, Staatliche Museen zu Berlin; **105al** Museum für Kunst und Gewerbe, Hamburgo; **105ac** akg-images/Nimatallah; **105cl** akg-images/Erich Lessing; **105cr** Nobert Schimmel Collection, Nueva York; **105b** akg-images/Peter Connolly; **107** Staatliche Antikensammlungen und Glyptothek, Múnich; **108** British Museum, Londres; **109** Photo RMN © Hervé Lewandowski; **110** Antikensammlungen, Staatliche Museen zu Berlin; **111** Staatliche Antikensammlungen und Glyptothek, Múnich; **112a&b** The J. Paul Getty Museum, Malibu, California; **113** Photo RMN © Les frères Chuzeville; **116** British Museum, Londres; **117** Mike Andrews/Ancient, Art & Architecture Collection; **118** akg-images/Erich Lessing; **120** Archaeological Museum, Estambul; **121** British Museum, Londres; **123** Museo Archeologico Nazionale, Nápoles; **124a,b&c** Royal Tombs at Vergina, Imathia, Grecia; **125** akg-images/Peter Connolly; **126** Archaeological Museum, Estambul; **128a&b** akg-images/Peter Connolly; **129** British Museum, Londres; **130** akg-images/Erich Lessing; **131a** Musée du Louvre, París; **131c** State Hermitage Museum, San Petersburgo; **131b** Museo Nazionale di Villa Giulia, Roma; **132a** Peter Bull Art Studio © Thames & Hudson Ltd, Londres; **132b** State Hermitage Museum, San Petersburgo; **135** Antikensammlungen, Staatliche Museen zu Berlin; **136** akg-images/Peter Connolly; **138** Museo Nazionale di Villa Giulia, Roma; **141** Peter Inker; **142** Museo Archaeologico Nazionale, Nápoles; **143l** Mike Craig © Salamandar Books Ltd; **143b** Museo Capitolino, Roma; **144** Peter Inker; **146a** National Museet, Estocolmo; **146b** akg-images/Peter Connolly; **147** Musée du Louvre, París; **149** akg-images; **151a** Peter Inker; **151b** British Museum, Londres; **152** The Art Archive/Museo della Civilta Romana, Roma/Dagli Orti; **153a&b** British Museum, Londres; **154** Roger Wilson; **155a** Ny Carlsberg Glyptothek, Copenhagen; **155b** Vatican Museums; **156** Musée Departmental de l'Oise, Beauvais; **158** akg-images/Nimatallah; **159** akg-images/Nimatallah; **162a** Museo Numantino, Soria; **162b** National Archaeological Museum, Madrid; **163** Simon James; **164** Musée Calvet, Aviñón; **165a** British Museum, Londres; **165b** akg-images/Peter Connolly; **166** Fitzwilliam Museum, Cambridge; **167c** Centre Camille Julian, CNRS, Aix-en-Provence; **167bl** Musée Borély, Marsella; **167br** Simon James; **168** Naturhistorisches Museum, Viena; **169a** Museul National de Istorie, Bucarest; **169b** National Museum of Denmark, Copenhagen; **170** akg-images/Erich Lessing; **171** Museo Nazionale delle Terme, Roma; **172** British Museum, Londres; **174** British Museum, Londres; **175** akg-images/Gérard Degeorge; **176** © Paul Almasy/Corbis; **177a** Erik Smekens, reproducido con el permiso de Louis Vanden Berghe y Ernie Haerink; **177c&b** Dura Europos Collection, Yale University Art Gallery, New Haven; **178** Dura Europos Collection, Yale University Art Gallery, New Haven; **179** © Roger Wood/Corbis; **180a** Duruy, *Histoire des Romains…*, París, 1843; **180b** akg-images/Tristan Lafranchis; **181** akg-images/Erich Lessing; **182** akg-images; **185** Rheinisches Landesmuseum, Bonn; **186** Musée du Louvre, París; **187** © Skyscan/Corbis; **188** Colchester Museum, Inglaterra; **189al** © Richard T. Nowitz/Corbis; **189ar** © Gary Braasch/Corbis; **189b** © Ted Spiegel/Corbis; **190a** Sally Nicholls; **190b** Landschaftsverband Rheinland/Archäologischer Park/Regional Museum Xanten; **191a** akg-images/Hedda Eid; **191b** Peter Inker; **192** Römisch-Germanisches Zentralmuseum, Mainz; **193a** British Museum, Londres; **193b** Roger Wilson; **194** British Museum, Londres; **195** © Vittoriano Rastelli/Corbis; **197** © Vittoriano Rastelli/Corbis; **201** Centre Belge de Recherches Archéologiques à Apamée, Apamea; **202** akg-images/Andrea Jemolo; **204** akg-images/Erich Lessing; **205** Hirmer Verlag; **208** Giraudon; **209a** Sonia Halliday; **209b** Narodni muzej, Belgrado; **210** Museo Regionale Villa dei Casale; **211** Bodleian Library, University of Oxford; **212** Rijksmuseum van Oudheden, Leiden; **213** Snowdog; **214** Bardo Museum, Tunis; **215** © Araldo da Luca/Corbis; **216** State Hermitage Museum, San Petersburgo; **219** State Hermitage Museum, San Petersburgo; **220** © Charles O'Rear/Corbis; **221** National Museum of the History of the Ukraine, Kiev; **222a** State Hermitage Museum, San Petersburgo; **222b** © Deutsches Archäologisches Institut/epa/Corbis; **223** State Hermitage Museum, San Petersburgo; **224l&ar** State Hermitage Museum, San Petersburgo; **224b** akg-images; **226** Jonathan Coulston; **227** Musée Archéologique de Strasbourg, Musées de Strasbourg, A. Plisson; **228** akg-images/Jean-Louis Nou; **230b** Georg Helms; **231** Georg Helms; **232a** © Harappa Archaeological Research Project, cortesía del Dept. of Archaeology and Museums, Govt. of Pakistan; **232b** © Chris Sloan, cortesía de J. M. Kenoyer; **234** Archaeological Museum, Mathura; **235** Robin Conigham; **236** British Museum, Londres; **238** © Christophe Boisvieux/Corbis; **239** © Adam Woolfitt/Corbis; **240** © Corbis; **241** akg-images/Jean-Louis Nou; **242** Qin Terracotta Museum, Lintong, Shaanxi Province; **244** Jiangxi Provincial Museum, Nanchang; **245** Morning Glory Publishing, Pekín; **246** Leigudun Provincial Museum, Wuhan; **247c**

Loewe; **247b** akg-images; **249l&r** Morning Glory Publishing, Pekín; **251** Morning Glory Publishing, Pekín; **253** akg-images/Erich Lessing; **254–255** Gavin Hellier/Robert Harding; **255** State Bureau of Cultural Relics, Pekín; **257** akg-images/François Guénet; **258a** akg-images/Suzanne Held; **258b** © Liang Zhouming/Corbis; **259** Morning Glory Publishing, Pekín; **260** Morning Glory Publishing, Pekín **261** State Bureau of Cultural Relics, Pekín; **262** DNP Archives; **265** Peter Bull Art Studio © Thames & Hudson Ltd, Londres; **266** Yokohama City Miazanbunkazai Center; **267** DNP Archives; **269** National Museum of Korea, Seúl; **270a** Gina Barnes; **270b** © Korea News Service/Reuters/Corbis; **271a** National Museum of Korea, Seúl; **271b** DNP Archives; **272** DNP Archives; **274** © Charles & Josette Lenars/Corbis; **277** © Richard A. Cooke/Corbis; **278** Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México; **279** Peabody Museum of Anthropology and Ethnology, Harvard University, Cambridge MA; **282a** © Justin Kerr; **282b** Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México; **285** © Angelo Hornak/Corbis; **286** City of Bristol Museum and Art Gallery; **288** Photo Salvador Guilliem, The Great Temple Project; **289** Bodleian Library, University of Oxford; **290a** Bibliothèque Nationale de France, Paris; **290b** Museum für Völkerkunde, Viena; **291a** Biblioteca Nacional, Madrid; **291b** Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México; **292** Hunterian Library, University of Glasgow; **294** Mireille Vautier; **296a,b&c** Elizabeth Arkush; **297a** Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima; **297b** Dr Steven Bourget; **298a** Helaine Silverman; **298b** Museo Amano, Lima; **299** Elizabeth Arkush; **301** Det Kongelige Bibliotek, Copenhagen; **302** © Fridmar Damm/zefa/Corbis; **304** © Galen Rowell/CORBIS; **305a&bl** Cortesía de The Latin American Library, Squier Collection, Tulane University, Nueva Orleans; **305br** Det Kongelige Bibliotek, Copenhagen; **307** Det Kongelige Bibliotek, Copenhagen

All 3-d battle plans: Red Lion Prints © Thames & Hudson Ltd, Londres

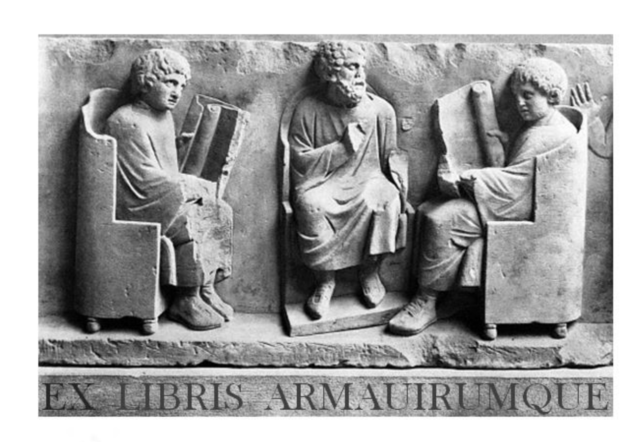
Todos los mapas: ML Design © Thames & Hudson Ltd, Londres

Procedencia de las citas

30 R. Parkinson, *Voices from Ancient Egypt* (Londres, 1991); **35** K. Kitchen, *Pharaoh Triumphant: the Life and Times of Ramesses II* (Warminster, 1982); **36** E. Wente, *Letters from Ancient Egypt* (Atlanta, 1990); **36-37**; J. Breasted, *Ancient Records of Egypt II: The Eighteenth Dynasty* (Chicago, 1906); **44** W. F. Edgerton y J. A. Wilson, *Historical Records of Ramesses III: The Texts of Medinet Habu I* (Chicago, 1936); **45** J. B. Pritchard, *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament* (Princeton, 1955); **50** J. S. Cooper, *Reconstructing History from Ancient Inscriptions: The Lagash-Umma Border Conflict. Sources from the Ancient Near East* 2/1 (Malibu, 1983); **57** B.R. Foster, *Before the Muses* (Bethesda, 2005); **61** R. Borger, *Die Inschriften Asarhaddons, Königs von Assyrien. Archiv für Orientforschung, Beiheft* 9 (Graz, 1956); **65** S. Parpola, *The Correspondence of Sargon II, Part 1: Letters from Assyria and the West. State Archives of Assyria I* (Helsinki 1987), n.º 240; **68** Hdt. 1155-1157; **74** *Strabo* XV.3.17; **74** DB iv 54-56, R. G. Kent, *Old Persian: Grammar, Texts, Lexicon* (Newhaven, 1953); **76** *Hdt.* 7.83; **77** *Hdt.* 5.52; **78** *Hdt.* 8.98; 83 *Diodorus* 14.98.3; **111** *Dem.* 9.48; **125** *Dem.* 2.17; **144** *Polybius*, 15.15.7-8; 18.30.6-8, 32.10-12, trad. Shuckburgh (Londres & Nueva York, 1889); **165** *Diodorus* 5.29; 168 *Strabo* 4.4.4; **173** Cassius Dio, *Roman History* 40.14.4ff; **173** Tacitus, *Annals* 6.31.3; **176** Justin, *Epitome of the Philippic History of Pompeius Trogus* 41.2; **178** Libanius *Or.* XVIII.264; **178** Ammianus Marcellinus, *History* XXIII.6.83; **178** Véase la discusión de las fuentes en J. Howard-Johnson, «The Two Great Powers in Late Antiquity: A Comparison» y Z. Rubin «The Reforms of Khusro Anushirwan», en A. Cameron (ed.), *States, Resources and Armies, The Byzantine and Early Islamic Near East III* (Princeton, 1995); **178** C. E. Bosworth, *The Sasanids, the Byzantines, the Lakmids, and Yemen. The History of al-Tabari V* (Nueva York, 1999); **181** J. M. Unvala, *King Husrav and His Boy* (Paris, s. f.); **205** Synesius, *Ep.* 78; **210** Theodoret, *Historia Religiosa* 13.5; **212-213** AM 24.6.8; **214** ILS 9351; **214** Synesius, *Ep.* 104 (trans. A. Fitzgerald, *The Letters of Synesius* (Oxford, 1926); **225** Jordanes, *The Origin and Deeds of the Goths* XXIV.128; **226** Jordanes, *The Origin and Deeds of the Goths* XXXV.182; XXXVI.191; **235** R. Thapar, *Asoka and the Decline of the Mauryans* (Oxford, 1961); **241** J. H. Marshall, *A Guide to Taxila* (Cambridge, 1960); **248-249** Xunzi, *Basic Writings*, trad. de B. Watson (Nueva York, 2003); **303** Cieza de León, Pedro de, *The discovery and conquest of Peru*, trad. y ed. de A. P. Cook y N. D. Cook (Durham, 1998); **303-304** Pedro Sarmiento de Gamboa, *The History of the Incas*, trad y ed. de B. S. Bauer y V. Smith (University of Texas Press, 2006); **306** Francisco de Xerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú* (1534) (Madrid, Historia 16, 1985); **306** Pedro Cieza de León, *The Incas of Pedro Cieza de León* (parte 1, 1553, y parte 2, 1554), trad. de H. de Onís, ed. de V. W. von Hagen (University of Oklahoma Press, 1976).

Índice analítico

Los números de página en cursiva indican una ilustración


EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE



Primera visión de conjunto que se hace sobre la guerra en el mundo antiguo, de la batalla de Kadesh al sitio de Tenochtitlán, pasando por el Antiguo Egipto, Alejandro Magno, Aníbal o la China Han.

ISBN 978-84-460-2766-9

9 788446 027669

akal